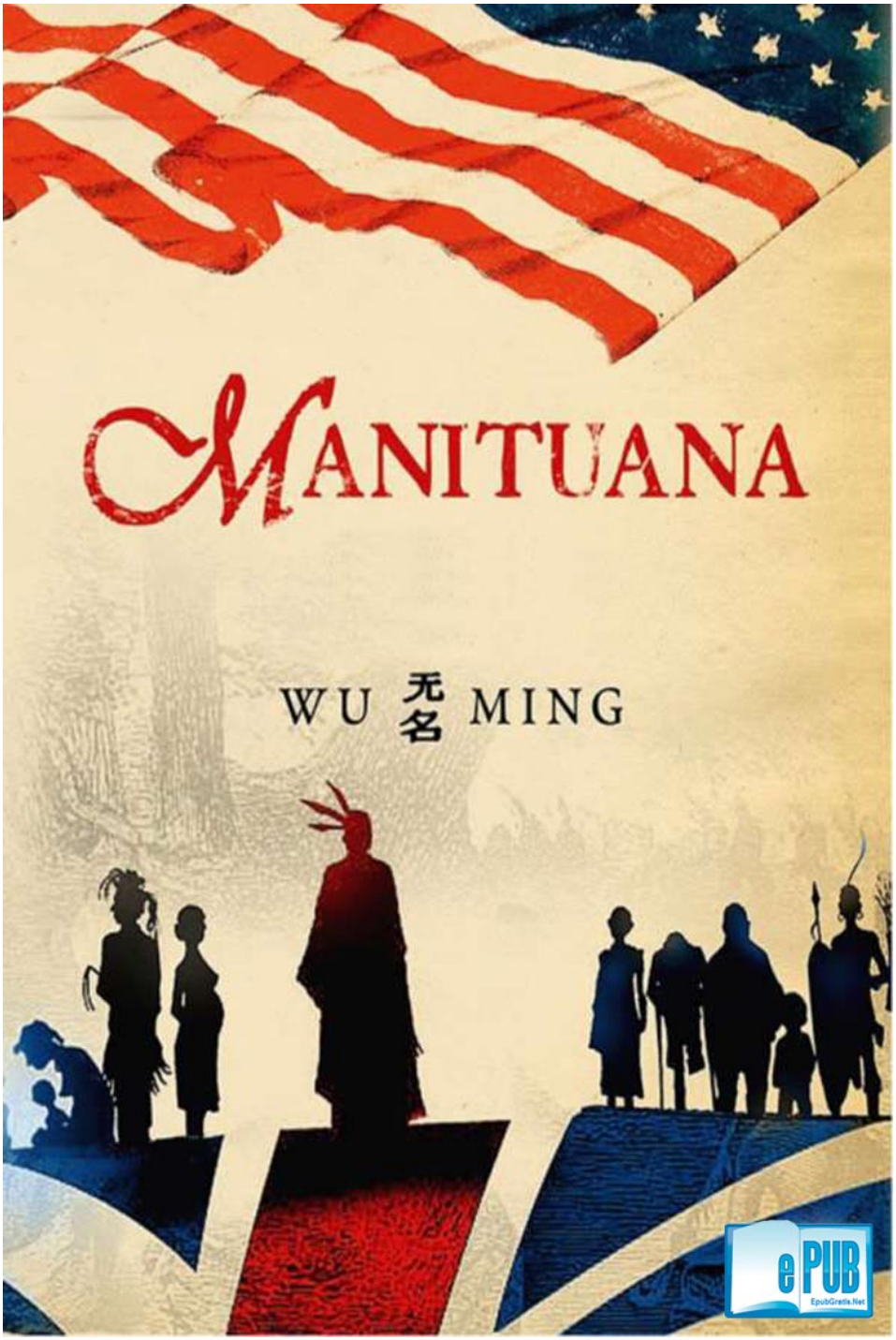
MANITUANA

WU 无名 MING



ePUB
EpubGratis.Net

Una historia de éxodos y retornos, batallas y encantamientos, ascensos al cielo y descensos a los infiernos. Una historia que atraviesa el Atlántico, de los bosques americanos a los bajos fondos de Londres. Una historia del lado equivocado de la Historia.

1775, en el alba de la revolución que engendró los Estados Unidos de América. Lealistas y rebeldes se disputan la alianza de las Seis Naciones iroquesas, la más poderosa confederación india. En el valle del río Mohawk, indígenas y colonos conviven desde hace decenios. Dolorosas decisiones trastornan el futuro de una comunidad mestiza. Un cazador iroqués abandona los bosques y las novelas de Voltaire. Un guerrero del Clan del Lobo interrumpe la traducción del Evangelio y empuña el fusil. Un baronet de Su Majestad aparece en los sueños de blancos e indios. Una mujer guía a su pueblo a través de las llamas.

De los autores de Q y 54, una novela épica sobre el nacimiento de una nación y el exterminio de muchos mundos posibles.

Wu Ming es el seudónimo de un grupo de narradores italianos que trabajan de forma colectiva desde hace años. En 1999, con el nombre de Luther Blissett, publicaron la novela Q (Literatura Mondadori, 2000), que cosechó un gran número de lectores. En 2003, ya con su nuevo nombre, publicaron 54 (Literatura Mondadori, 2005), que repitió el éxito de ventas de Q. Manituana es su nueva novela.

www.wumingfoundation.com
www.manituana.com

Los autores defienden el préstamo bibliotecario gratuito y están en contra de normas o directrices que prevén el pago de éste limitando el acceso a la cultura. Los autores y el editor renuncian a cobrar los eventuales royalties procedentes del préstamo bibliotecario de esta obra.

Se permiten la reproducción parcial o total de esta obra y su difusión por vía telemática, siempre que no sea con fines comerciales y con la condición que esta mención sea reproducida.

Wu Ming

Manituana

ePUB v1.2
karpanta 23.07.12

más libros en epubgratis.net

Título original: *Manituana*
Wu Ming, 2007
Traducción: Nadie Enparticular

Editor original: karpanta (v1.0 a v1.2)
ePub base v2.0

A Piermario
A Maria

Un solitario será sobrio, piadoso, llevará un cilicio, y hasta será un santo; pero yo no lo llamaré virtuoso en tanto no haya hecho algún acto que beneficie a los demás hombres. Porque mientras está solo, no es benéfico ni maléfico; ni es nada para nosotros.

VOLTAIRE, Diccionario filosófico

Antecedentes

31 de agosto de 1142. En los territorios que van desde el actual estado de Nueva York a Pensilvania, a consecuencia de las prédicas de los profetas Hiawatha y Deganawidah, cinco grandes tribus indias se unen y crean la Confederación Iroquesa, o Liga de las Cinco Naciones (mohawk, oneida, cayuga, onondaga y seneca).

11 de noviembre de 1620. El barco Mayflower llega al cabo Cod, en el actual Massachusetts. Los Padres Peregrinos fundan Nueva Inglaterra: comienza la colonización anglosajona de Norteamérica.

26 de mayo de 1637. Los colonos de Nueva Inglaterra, en guerra contra los indios pequots, atacan la aldea de Misistuck y le prenden fuego, exterminando a mujeres y niños.

1713-1715. Los tuscaroras, tribu india de Carolina del Norte, huyen de sus tierras después de haber perdido la guerra contra los colonos blancos, y se desplazan hacia el norte. Se convertirán en la sexta nación iroquesa.

20 de abril de 1710. La reina Ana de Gran Bretaña recibe en la corte a una delegación iroquesa encabezada por el jefe mohawk Hendrick Theyanoguin.

1730. El irlandés William Johnson desembarca en Nueva York. Su destino es el condado de Tryon, en el valle del río Mohawk, donde le espera una finca de su tío.

1755-1756. William Johnson es nombrado baronet y superintendente de Asuntos Indios de Norteamérica.

1754-1763. Las Seis Naciones apoyan a los ingleses en el conflicto colonial conocido como «guerra franco-india». Por el contrario, muchas otras tribus se alinean con los franceses. El Imperio británico conquista Canadá.

1763-1766. En la región de los Grandes Lagos, el jefe Pontiac dirige una gran revuelta contra los ingleses. Al acabar las hostilidades, Pontiac y sir William Johnson se reúnen en el lago Ontario y firman un tratado de paz.

5 de noviembre de 1768. Sir William Johnson y una delegación de las Seis Naciones firman el tratado de Fuerte Stanwix, que establece confines a la expansión de los asentamientos blancos.

16 de diciembre de 1773. «Motín del té» en Boston. Disfrazados de mohawks, algunos habitantes de Boston autodenominados «Hijos de la Libertad» suben a bordo de tres barcos en el muelle del puerto y arrojan al mar el cargamento de té. Es una acción de protesta contra el Parlamento de Londres, y el inicio de una cadena de acontecimientos que llevará a la guerra entre las colonias y la madre patria.

Prólogo

Lago George, colonia de Nueva York,
8 de septiembre de 1755

Los rayos del sol hostigaban al pelotón, luz de sangre se filtraba en el bosque.

El hombre en la camilla apretó los dientes, su costado ardía. Miró hacia abajo, gotas escarlata brotaban por la herida.

Hendrick había muerto, y con él muchos guerreros.

Recordó al viejo jefe atrapado bajo el peso del caballo, los caughnawagas que se arrojaban sobre él.

Los indios no combatían nunca a caballo, pero Hendrick ya no podía correr ni saltar. Tuvo que ser izado hasta la silla. ¿Cuántos años tenía? Dios santo, había conocido a la reina Ana. Era Noé, Matusalén.

Había muerto combatiendo al enemigo. Un final noble, incluso envidiable, si hubieran podido hallar el cadáver para darle cristiana sepultura.

William Johnson dejaba volar sus pensamientos, un vuelo de golondrinas, mientras los portadores marchaban por el sendero. No quería cerrar los ojos, el dolor le ayudaba a mantenerse despierto. Pensó en John, su primogénito, demasiado joven aún para la guerra. Su hijo habría de heredar la paz.

Voces y clamores señalaron el campamento. Las mujeres chillaban y maldecían, preguntaban por hijos y maridos.

Le dejaron dentro de una tienda.

—¿Cómo se encuentra?

Reconoció el rostro ceñudo y los ojos grises del capitán Butler. Intentó

sonreír, logró apenas una mueca.

—Tengo un infierno en el costado derecho.

—Señal de que está vivo. El doctor estará aquí en unos instantes.

—¿Los guerreros de Hendrick?

—Los he visto mientras venía hacia aquí. Escalpaban cadáveres y heridos, sin distinciones.

William apoyó la cabeza sobre el catre y tomó aliento. Había dado su palabra a Dieskau: nadie se ensañaría con los prisioneros franceses. Hendrick había arrancado una promesa de los guerreros, pero Hendrick estaba muerto.

Un hombre bajo entró en la tienda, sofocado, cercos de sudor en la chaqueta.

William Johnson levantó la cabeza.

—Doctor, aquí tengo algo para usted.

El médico le quitó la casaca, con la ayuda del capitán Butler. Cortó el calzón con las tijeras y comenzó a limpiar y taponar la herida.

—Es afortunado. La bala tocó el hueso y rebotó.

—¿Ha oído, Butler? Rechazo los proyectiles.

El capitán balbuceó un agradecimiento a Dios y ofreció un trapo a William, para que pudiera morderlo mientras el médico cauterizaba la herida.

—No se levante. Ha perdido mucha sangre.

—Doctor… —William tenía el rostro tenso y pálido, su voz era un quejido—. Nuestros hombres están trayendo al campo a los prisioneros franceses. Con ellos hay un oficial, el general Dieskau. Está herido, tal vez sin sentido. Le ruego que le preste atención urgente. Capitán, acompañe al doctor.

Butler y el médico estaban a punto de decir algo, pero William se anticipó:

—Puedo quedarme solo. No moriré, pueden estar seguros.

Butler asintió sin decir nada. Ambos se retiraron con un saludo. Para evitar el desfallecimiento, William aguzó el oído y concentró su pensamiento en los ruidos.

Viento que sacudía las ramas.

Graznidos de cuervos.

Gritos lejanos.

Gritos más cercanos.

Gritos de mujeres.

Un alboroto imprevisto atravesó el campo. William pensó que era Butler de regreso con los prisioneros.

Miró fuera de la tienda. Un grupo de guerreros mohawks: gritaban y lloraban, los tomahawks en alto sobre sus cabezas. Arrastraban a los caughnawagas con cuerdas al cuello, las manos atadas a la espalda. Las mujeres del campo los atormentaban con patadas, golpes y tiros de piedras.

El grupo se detuvo a unas treinta yardas. Ninguno de ellos miró hacia la tienda: estaban ajenos a todo, los sentidos puestos en la venganza. El más exaltado iba de una punta a otra.

—Vosotros no sois hombres. ¡Sois perros, amigos de los franceses! ¡Hendrick os dijo que no empuñarais las armas contra vuestros hermanos! ¡Era una advertencia!

Agarró a un prisionero por el pelo, lo arrastró de rodillas y cortó su cabellera. Este cayó en el polvo, comenzó a gritar y retorcerse. Las mujeres lo mataron a bastonazos.

William sintió que el sudor congelaba su piel.

Un segundo prisionero fue escalpado, las mujeres lo golpearon con patadas antes de apuñalarlo hasta morir.

William hizo votos para que entre los que cayeran muertos no hubiera blancos. Mientras permaneciera como un problema entre indios podría no intervenir.

Hendrick había muerto. Hijos y hermanos habían muerto. Los mohawks tenían derecho a una venganza, siempre que no tocaran a los franceses: servían para el intercambio de rehenes.

El tercer caughnawaga se desplomó en el suelo con el cráneo destrozado.

En el cuartel general de Albany, los capitostes enviados por Inglaterra no se avenían a razones. No se podía combatir como en Europa. Los franceses azuzaban a las tribus contra los colonos ingleses. Incursiones, incendios y saqueos. *Petite guerre*, así la llamaban. Los franceses tenían un nombre para cada cosa. El alto mando británico debería tener el coraje de pagar con la misma moneda. Estaba en juego el dominio de todo un continente.

La llegada de nuevos prisioneros interrumpió sus reflexiones. Civiles blancos, furrieles, herradores y soldados con uniformes desgarrados. Uno de los guerreros separó del grupo a un muchacho. Llevaba el uniforme de

tamborilero del regimiento.

William estaba extenuado. Apenas oía las palabras, pero la suerte del muchacho estaba clara. Otro guerrero se enfrentó al primero, cuando ya enseñaba su cuchillo.

Con las plumas en la cabeza y el cuerpo pintado parecían dos gallos en una pelea.

—Lleva el uniforme de los franceses. ¡No puedes cortarle la cabellera!

—Le oí hablar en caughnawaga.

—Hendrick dijo que los prisioneros blancos corresponden a los padres ingleses.

—Míralo bien, ¿parece un blanco?

—Si Hendrick estuviera aquí, te apartaría.

—Yo quiero vengarlo.

—Tú lo deshonras.

—¿Quieres que crezca y se convierta en un guerrero? Es mejor matarlo ahora, cuando los traidores caughnawagas se dan a la fuga y nos temen.

—¡Estúpido! Warraghiyagey se enfurecerá contigo.

William Johnson escuchó pronunciar su nombre indio. Warraghiyagey, «hace grandes negocios». Se incorporó sobre los codos, tenía que intervenir.

Vio descender el cuchillo hasta la cabellera del tamborilero. Llenó los pulmones para gritar.

Algo impactó en el rostro del guerrero.

La piedra cayó al suelo. El hombre abrió el puño, llevó la mano a la boca, tosió, escupió sangre. Una silueta pequeña y ágil se le echó encima y lo empujó lejos.

Un relámpago con piel de ciervo y cabellos renegridos. Rugía contra los guerreros, que retrocedían desconcertados.

—No tenéis honor —gritó la joven mujer—. Decís que queréis vengar a Hendrick, pero es el dinero de los ingleses lo que queréis. ¡Diez chelines por cada cabellera india!

Se acercó al guerrero que todavía tenía aferrado el puñal y le escupió en la cara. El hombre intentó darle un golpe, pero ella lo reprendió.

—Es poco más que un niño. No disparó ni un solo tiro. Debe tener la edad de mi hermano. —Señaló a un muchacho de buen aspecto, a un lado del círculo de mujeres que se había reunido en torno a la escena—. Una vez que hayáis cobrado la paga, la gastaréis para compraros ron. Los que ahora se dan aires de grandes guerreros, mañana se revolcarán en el fango como cerdos.

El guerrero hizo un gesto de desdén antes de alejarse.

La mujer se dirigió a los otros.

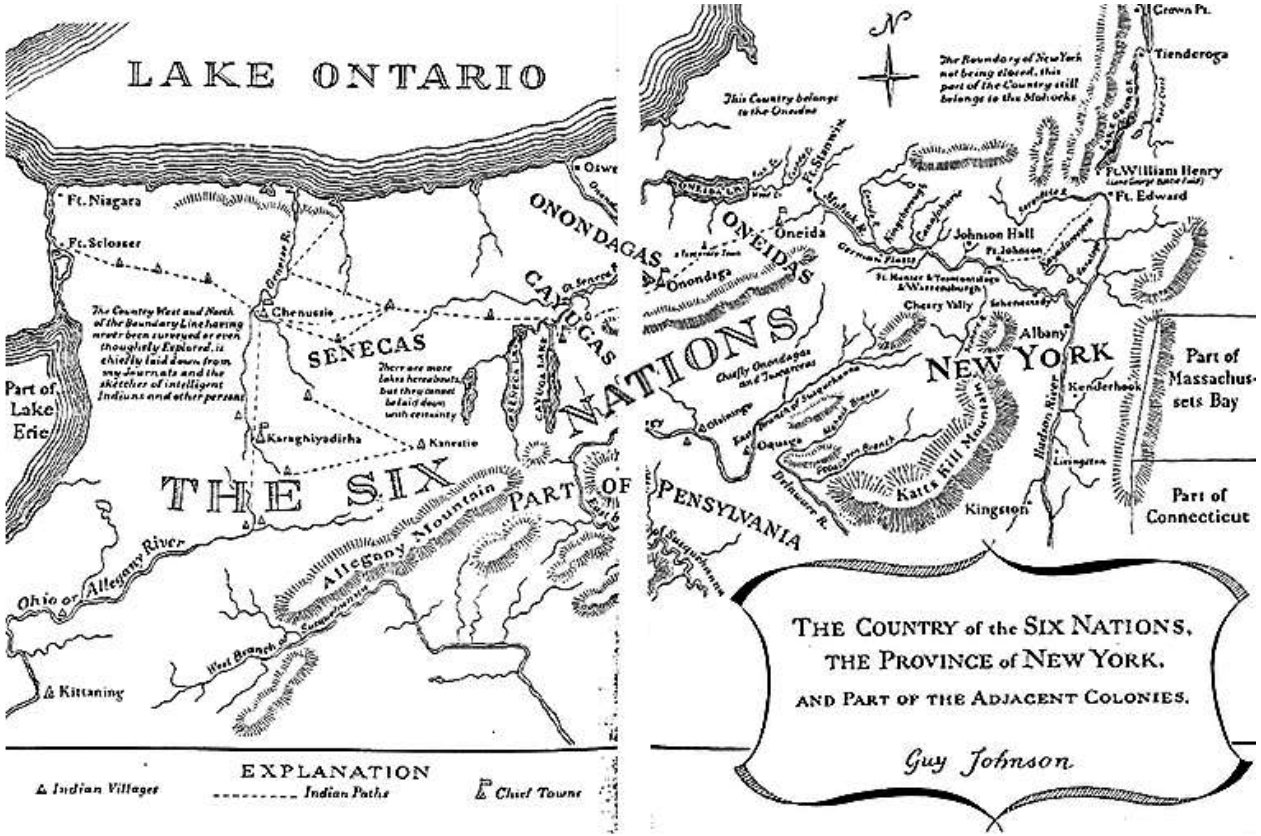
—Lo único que os importa son las cabelleras, pero las cabelleras no van a cazar, no llevan comida a las casas, no cultivan los huertos. ¿Estáis tan sedientos de sangre que olvidáis nuestras costumbres? Hoy muchas mujeres han perdido hijos y maridos. Deben ser recompensadas con nuevos brazos. —Miró al joven tamborilero de arriba abajo—. Adoptaremos a los prisioneros como nuevos hijos y hermanos, según la tradición. La madre de mi madre fue adoptada, era de los Grandes Lagos. El mismo Hendrick se convirtió en un mohawk de este modo. ¡Vosotros lo habríais matado!

Las mujeres se colocaron detrás de la joven. Juntas hicieron frente a los guerreros. Los hombres cruzaron miradas indecisas, luego se alejaron con falsa indiferencia y mucho murmullo.

William Johnson se abandonó en el catre.
Sabía de aquella furia, la conocía desde niña.
Molly, hija del *sachem* Brant Canagaraduncka.
Por sí sola podía hacer frente a los guerreros.
Decidía la suerte de un prisionero.
Hablaba como lo hubiera hecho Hendrick.

Primera parte

IROQUIRLANDA
1775


LAKE ONTARIO
Ft. Niagara
Ft. Schlosser
Part of Lake Erie
The Country West and North of the Boundary Line having never been surveyed or even thoroughly Explored, is chiefly laid down from my Journals and the sketches of intelligent Indians and other persons
Chenussio
SENECAS
There are more lakes hereabouts, but they cannot be laid down with certainty
Karaghiyadirha
Kanestio
THE SIX
NATIONS
PART OF
ONONDAGAS
CAYUGAS
Allegany Mountain
Allegany River
Ohio or
West Branch
Kittaning
EXPLANATION
Indian Villages
Indian Paths
Chief Towns
This Country belongs to the Oneidas
The Boundary of New York not being closed, this part of the Country still belongs to the Mohawks
Crown Pt.
Tienderoga
Ft. William Henry
Ft. Edward
Ft. Stanwix
ONEIDAS
Oneida
Onondaga
Johnson Hall
Ft. Johnson
Ft. Hunter & Tiononderoga & Warrensburgh
Cherry Valley
Schenectady
Albany
NEW YORK
Part of Massachussets Bay
Kinderhook
Hudson River
Kaats Hill Mountain
Kingston
Part of Connecticut
Chenango
Oquaga
Delaware R.
PENSYLVANIA
THE COUNTRY of the SIX NATIONS, THE PROVINCE of NEW YORK, AND PART OF THE ADJACENT COLONIES.
Guy Johnson

1

Habían llevado también a los niños, para que algún día se lo contaran a sus hijos y nietos. Después de muchos intentos, el asta por fin estaba recta. El Mástil de la Libertad.

Un tronco de abedul, cepillado y pulido sin mucho esmero. Un rollo de cuerda. Un retal de paño rojo cortado de una manta. La bandera del Congreso Continental.

El comité de seguridad de German Flatts aprobaba su primer documento: la adhesión a las reclamaciones que la Asamblea de Albany había enviado al Parlamento inglés. El pastor Bauer procedió a su lectura. El texto se cerraba con el solemne compromiso de «permanecer unidos, bajo los valores de la religión, del honor, de la justicia y del amor por la Patria, para no ser esclavos y defender la propia libertad a costa de la vida».

El estandarte comenzaba a elevarse, celebrado con cantos y plegarias, cuando el ruido de cascos interrumpió la ceremonia.

Una partida de jinetes se presentó en el atrio. Blandían sables, fusiles y pistolas. Alguien disparó al aire, mientras la pequeña multitud buscaba refugio entre las casas. En la explanada quedaron pocos valientes. Cabezas asustadas asomaban por detrás de los muros, los huecos de las puertas y las ventanas de la taberna. Un nombre saltó de una boca a otra, en un juego de voces.

El nombre del hombre que disparó al cielo.

Sir John Johnson.

Junto a él, los hombres del Departamento de Asuntos Indios. Sus cuñados Guy Johnson y Daniel Claus. Justo detrás, los capitanes John Butler y Cormac McLeod, comisario de los Johnson y jefe de los aparceros escoceses que cultivaban las tierras del baronet.

Faltaba solo el viejo patriarca del clan, sir William, héroe de la guerra contra los franceses, señor del valle del Mohawk, fallecido un año antes.

Sir John montaba un purasangre bayo de pelo brillante, furente por la presión del bocado. Se apartó del grupo y empezó a cabalgar por el perímetro de la explanada, mientras miraba a los miembros del comité con aire desdeñoso, uno tras otro.

Guy Johnson llevó su caballo a la sombra de un cobertizo y se subió allí con dificultad, a causa de su mole.

—Adelante, estamos aquí para discutir —dijo a las casas—. Es esto lo que queréis, ¿no?

Nadie respiraba. Sir John dio un tirón a las riendas, el caballo retrocedió y giró sobre sí mismo, luego se sometió a la voluntad de su dueño.

Entonces alguien se armó de valor. El grupo que se enfrentaba a los hombres a caballo se hizo más denso. Guy Johnson echó una ojeada severa.

—Presentar una petición al Parlamento es admisible, pero izar una bandera que no es la del Rey es sedición. Una os cubre de ridículo, la otra os lleva al cadalso.

De nuevo silencio. Los miembros del comité evitaban mirarse por temor a ver la incertidumbre en los ojos de sus compañeros.

—¿Queréis seguir el ejemplo de Boston? —continuó Guy Johnson—. Dos fusilazos al ejército del Rey y se les ha subido a la cabeza. Su Majestad posee la flota más poderosa del mundo. Es amigo de los indios. Domina todos los fuertes de Canadá a Florida. ¿Creéis que los rebeldes de Massachusetts conseguirán algo más que un dogal al cuello?

Hizo una pausa, como para sentir hervir la sangre en las venas de los alemanes.

—La familia Johnson —prosiguió con calma— posee tierras y comercia mucho más que todos vosotros juntos. Seríamos los primeros en estar de vuestro lado, si Su Majestad en verdad pusiera en riesgo el derecho de hacer negocios.

Una voz resonó vigorosa:

—A buen seguro no afectará a sus negocios. Usted es rico y bien relacionado. Los impuestos del Rey nos oprimen a nosotros.

Un coro de aprobación acogió esas palabras. Desde lo alto del cobertizo Guy Johnson reconoció a Paul Rynard, el tonelero. Un polvorilla.

El semental de sir John sacudió la cabeza y resopló nervioso, recibió

otro tirón.

La fusta del baronet impactó en el cuero de la bota.

—Los impuestos sirven para mantener el ejército —rebatió Guy Johnson—. El ejército mantiene el orden en la colonia.

—¡Al ejército lo necesitan para seguir sometiéndonos! —espetó Rynard.

Los ánimos se encendieron, algunos jinetes por instinto levantaron las armas, pero un gesto de sir John los contuvo.

—Aún no —susurró el baronet.

Guy Johnson, rostro enrojecido, gritó desde lo alto:

—¡Cuando los franceses y sus indios ponían en peligro vuestras tierras exigíais el ejército a grandes voces! La paz os vuelve arrogantes y estúpidos hasta el punto de desear otra guerra. Cuidado, a los muertos la libertad no les sirve de nada.

—¡Eso es una amenaza! —gritó Rynard.

—¡Que regresen a Irlanda con sus amigos papistas! —gritó alguien.

Una piedra lanzada hacia Guy Johnson no le acertó por poco.

Una mueca de complacido desprecio se dibujó en la cara de sir John.

—Ahora.

Los caballos iniciaron su avance, el comité de seguridad se disolvió en el acto. Los hombres corrieron en todas las direcciones.

El caballo de John Butler arrolló a Rynard obligándole a revolcarse en el fango. El tonelero se puso de pie, intentó escapar hacia la iglesia, pero sir John le cerró el paso. El baronet lo fustigó con toda su fuerza. Rynard se acurrucó en el suelo, las manos sobre la cara. Por entre los dedos pudo ver a McLeod desenvainar el sable y lanzarse al galope. Comenzó a arrastrarse, invocando la misericordia de Dios. Cuando recibió un golpe de plano en las asentaderas, gritó alto, en medio de las carcajadas de los jinetes.

Mientras Rynard descubría estar aún con vida, los hombres del Departamento se reunieron en el centro de la explanada. Guy Johnson montó en la silla y se unió a ellos.

Un ligero golpe de espuelas y sir John estuvo junto al Mástil de la Libertad.

Habló de manera que todos le escucharan, dondequiera que estuvieran escondidos.

—¡Oídme bien! Quien quiera desafiar la autoridad del Rey en este condado tendrá que vérselas con mi familia y con el Departamento Indio.

—Sus ojos endemoniados parecían detectar a los habitantes uno por uno, más allá de las ventanas oscuras—. Lo juro por el nombre de mi padre, sir William Johnson.

Sacó un pie del estribo. Con algunos puntapiés, el Mástil cayó en el fango.

2

Sentado en el sillón, Jonas Klug soltaba risitas en la penumbra. Un rayo de luz de luna se reflejaba en la orden de desahucio que tenía entre las manos. Extasiado la remiraba, aunque a oscuras no podía leerla ni distinguía las líneas. La acariciaba, rozando con sus dedos la textura de la hoja, la olía como la carta de una novia impregnada de aromas. Aromas de riqueza, aroma a tierra, a futuro.

Los indios, en cambio, apestaban a pasado.

Jonas Klug estaba achispado, había celebrado. La péndola de la sala marcaba las once menos cinco. Su mujer en la cama y también la servidumbre.

Emborrachar a los mohawks había sido fácil. Corrían torrentes de ron en eso que llamaban la Casa Larga, la tierra de las Seis Naciones iroquesas. Hombres y mujeres chapoteaban en charcos de alcohol. Igual o más que los blancos, los salvajes ebrios perdían todo decoro, reían hasta desencajarse las mandíbulas, se agachaban hasta perder el equilibrio, caían y rodaban en el polvo, o bien echaban espuma por la boca, iniciaban discusiones que se convertían en peleas que se convertían en amasijos de cuerpos furiosos. Uno de sus jefes había muerto así, de borracho, cayendo en el fuego.

Si el ron estaba llevando a la ruina a las Seis Naciones, ¿por qué no aprovechar? Klug era un hombre de negocios. Había visto un campo de tierra buena al este de la aldea, cinco mil acres de bosque y claros llanos, con algunas chozas indias y huertos de aparceros blancos: irlandeses o escoceses papistas, que pagaban a los mohawks en especie.

Klug era alemán. Veinte años antes, había desembarcado en Nueva York muerto de hambre. Años de esclavitud por contrato, quitando con pala la mierda de los demás. Luego el rescate, la libertad, el viaje a las

zonas del interior, y por fin las tierras. Como nunca se hubiera imaginado. Se había partido el espinazo, había labrado y construido, con la ilusión de salir de la miseria para siempre. Después estalló la guerra entre Inglaterra y Francia. Un período de terror, atrincherados en casa por miedo a las incursiones de los indios. Por fin. paz y prosperidad habían llegado. Jonas Klug hasta se había comprado una familia de esclavos para trabajar la tierra.

Ahora esos cinco mil acres también eran suyos. Con el dinerillo ahorrado podía construir un molino, una segunda granja, vender madera, sembrar cebada y centeno, hacer cerveza y whisky, criar ganado. O podía venderlas.

La ley —ese puñado de leyes que había— estaba de su lado. Del lado correcto. Dios no protegía a los salvajes: Jesús era blanco, no indio.

Los indios solo querían más ron. Los *sachems* más sobrios a menudo se habían mostrado contrarios al agua del diablo, y hasta el Viejo, antes de palmar, se había preocupado por ese problema. Como decir que se habían mostrado contrarios a la respiración, y William Johnson, baronet protector de los indios, se había preocupado por el aire. El ron estaba en todas partes y estaba allí para quedarse.

Tan simple como tomar una copita: tres años atrás, Klug había conseguido emborrachar al indio apropiado, el más estúpido y fanfarrón, Lemuel, Lemuel algo, y también a otros amigotes, idiotas como él. Mientras estaban borrachos, antes de que vomitaran hasta las amígdalas, habían firmado la cesión. Con una preciosa «X» de analfabetos, que igual servía. Klug no era un hombre de letras, pero con lo poco que sabía, mucho había hecho.

En el contrato, Lemuel y compañía se declaraban representantes legales de los habitantes de Canajoharie, los propietarios de la tierra. Algo así como un consejo de la tribu, cosa de salvajes. En virtud de esto, cedían cuatro mil acres, por el valor correspondiente a dos cajas de ron.

«X», «X» y «X», delante de testigos.

Beneficiario: Jonas Klug.

Poco después, una noche de luna llena, había mandado a un agrimensor amigo suyo, que fue muy generoso con las mediciones. Mil acres de más respecto al contrato. Luego había enviado todo a Albany y al cabo de un año le había llegado el título de propiedad.

Triste despertar para los salvajes de Jefe Beodo.

Los mohawks habían presentado un recurso, diciendo que Jonas Klug había actuado de mala fe, que solo los *sachems* podían firmar un contrato de ese tipo y que la negociación se había realizado sin un intérprete oficial. Habían removido cielo y tierra, habían apelado a su baronet, al gobernador Tryon, a la Corona de Inglaterra. Y peticiones en los tribunales, y más protestas, y amenazas de ponerse en pie de guerra. Imagínate si un tribunal podía dejar mal parado a un honesto labrador contra una turba de pieles rojas.

Klug no estaba solo, tenía quien podía protegerle y los indios lo sabían. Por eso hablaban y hablaban, presentaban apelaciones como si fueran abogaduchos untados con grasa de oso, pero no pasaban a la acción.

Muchos colonos admiraban a Klug por lo que había hecho. Había quien no veía la hora de ajustar cuentas con los salvajes, gentuza apestosa que cuando tenía hambre se metía en el granero, o arrancaba las manzanas del árbol como si fueran suyas, y si no estabas atento, hasta te vomitaba encima. Dios no podía haber dado a primitivos irreligiosos el derecho sobre esas tierras.

Klug los odiaba. Y odiaba aún más a los que los protegían: el Departamento Indio y el clan de los Johnson, con su corte de encajes, puntillas y porcelanas. Sobre todo a esa bruja, Molly Brant, la mujerzuela del viejo sir William, con todos esos hijos mestizos: un día polvos y sombreros de plumas; al día siguiente, conchas y pinturas de guerra. Sus feudos se extendían por cientos de miles de acres, en Onondaga, Sacondaga, Schenectady, Kingsborough, Albany, Schoharie. Compinchados con las Seis Naciones y el rey Jorge de Inglaterra.

Klug conocía bien a los latifundistas arrogantes y tramposos. Su padre se había dejado la vida trabajando los campos de señores como aquellos. Klug había emigrado para no cargar con ese peso en sus espaldas; sin embargo, allí también había. Una maldición terrena.

Quién sabe dónde acabaron Lemuel y sus amigos, nunca más los volvió a ver. Era posible que sus hermanos les hubieran molido a palos, tal vez los mataron, o los echaron de la aldea. Quién sabe, quizá se habían escapado al oeste, ahora eran vagabundos, maldecían cada día el momento en que se habían emborrachado, y para olvidar volvían a beber.

Las tierras serían suyas para siempre, hasta cuando quisiera. La acción de desahucio que tenía entre las manos, firmada por las autoridades competentes, era el último paso, el más esperado. Una patada en el culo a

Joseph Brant y al alma de William Johnson que ardía en el infierno.

Por eso Jonas Klug soltaba risitas en la penumbra.

Luego la péndola marcó las once.

De nuevo silencio.

Klug escuchó un ruido.

Joseph Brant le había dicho al gobernador: la paciencia de los mohawks estaba al límite. La suya, a decir verdad, se había agotado hacía tiempo. Allí tenía su finca, en esos cinco mil acres.

En la aldea los ánimos estaban crispados. Lo de Klug solo era el último de una larga serie de embrollos realizados por los colonos para robar las tierras de los mohawks.

Thayendanega, «une dos bastones», bautizado con el nombre de Joseph Brant, no era de los que se dejaban embriagar. Era un veterano de la guerra franco-india, un hombre respetado, el intérprete del Departamento Indio.

El gobernador Tryon había prometido hacer todo lo posible, pero la situación no había variado. Es más, las cosas se ponían peor, un futuro huérfano y negro amenazaba por la espalda a la nación. Los guerreros estaban impacientes, aún obedecían a los *sachems* pero los consideraban demasiado cautos. Eso no era cosa de jueces. Sir William ya no estaba y muchos querían resolver el asunto al viejo modo: poner la cabellera de Klug entre los trofeos de guerra.

Joseph había planteado una alternativa. No quería acabar sus días en la pobreza, las tierras y lo que había en ellas pertenecían a él y a su gente, aliada del Rey desde siempre. Pero tampoco quería que el culpable fuera visto como víctima. Con la presión conveniente, obtendría justicia para sí y los otros, en el respeto de las leyes inglesas.

El consejo de la aldea le había dado carta blanca.

Alrededor de la casa de Jonas Klug había una docena de hombres.

Joseph se deslizó hacia un lado. Los compañeros, a sus espaldas, estaban nerviosos. Se habían acercado a contraviento y habían envenenado a los perros. Dos guerreros se habían quedado a vigilar a los esclavos africanos que dormían en la cabaña al fondo de la finca. Una media docena de desamparados, que Klug trataba peor que a las bestias. No darían problemas.

Joseph miró su propia imagen reflejada en el cristal de la ventana. Dos

horas de marcha no parecían haber comprometido el carácter del atuendo: chaqueta de cazador con botones de hueso, pantalones de piel y botas de jinete. A la luz de la luna, la figura no era más que un perfil incierto trazado en el cristal: una sombra con su propio cortejo de sombras. Aparecería frente al alemán como un fantasma de los bosques.

Antes de ponerse en marcha, Joseph había pasado revista a la cuadrilla. David Royathakariyo y dos jóvenes del clan del Oso se habían pintado el rostro. Joseph se limitó a murmurar algo en voz baja, sacudiendo la cabeza: difícil saber lo que pasaba por la cabeza de los jóvenes. Pero, mientras no hiciera estupideces, cada uno tenía derecho a engalanarse como quisiera. Claro que las pinturas daban a entender una cosa: deseo de guerra.

Jacob Bowman Kanatawakhon, August Sakihenakenta y otros dos del clan del Lobo eran más de fiar.

Todos parecían estar bastante sobrios, dejando de lado al último en llegar, Johannes Tekarihoga. El hombre más noble de Canajoharie se había presentado ebrio. Olía a ron y daba largos tragos a una cantimplora, ofreciendo también a los demás. Joseph había pasado una tarde entera convenciéndolo para que participara. La presencia de un personaje de su rango daba legitimidad a la partida. Si el viejo *sachem* se dormía en medio del camino, se encargarían de recogerlo a la vuelta.

Joseph irguió su figura, hizo señas a la fila de guerreros para que se alejaran de la pared y a grandes pasos recorrió la distancia que lo separaba de la entrada. Se detuvo delante la puerta, inspiró. El aire nocturno llenó sus pulmones. El pecho se hinchó debajo de la chaqueta. Advirtió una sensación fría y profunda: satisfacción. Su aspecto era elegante y marcial.

Dentro, una lumbre encendida. Klug estaba despierto. Mejor así. Joseph llamó a la puerta con el puño de marfil del bastón de paseo, antiguo regalo de sir William.

—Jonas Klug, ¡abra la puerta! ¡Abra o la tiramos abajo!

Rumores entre los guerreros. Algunos lanzaron gritos de batalla. Joseph imaginó que el alemán descerrajaría la puerta y dispararía a ciegas. Imposible: Klug no expondría su pellejo, intentaría tergiversar.

La puerta se entreabrió. Joseph empujó los tablones con la suela de la bota. Klug, pálido, quedó a la vista de los indios.

—¿Qué os trae por aquí? ¿Qué queréis?

Por toda respuesta, Royathakariyo apartó a Joseph y se acercó al alemán rechinando los dientes.

—¿Qué nos trae por aquí, eh? ¿Tú qué crees?

Las manos del indio rodearon la garganta de Klug. El alemán braceó. Lanzó un grito forzado, mientras Joseph intentaba liberarlo de las manos del agresor. Cuando lo logró, Klug cayó de rodillas con un ataque de tos.

Su esposa bajó las escaleras con un fusil al brazo. Intentó hacer puntería, pero Kanatawakhon agarró el cañón y lo desvió hacia arriba. El disparo dio en el techo. La señora se echó a gritar como una posesa, imitada por los indios. Por un instante, pareció que competían para conseguir los gritos más altos. Luego, la mujer regresó a la planta superior, en brazos de las criadas.

Entretanto Klug intentaba escapar a su destino escabullándose a gatas. Los indios se le echaron encima.

—¡No en la cabeza! —ordenó Joseph.

Sobre la espalda y las piernas del alemán llovieron golpes.

Cuando consideró que ya había recibido suficientes, Joseph apartó a los guerreros.

—¡Basta ya! ¡Basta, he dicho!

Se agachó hasta Klug y agitó una hoja delante de su nariz.

—Esta es una declaración escrita en la que usted, señor Klug, admite haber obtenido mediante engaños las tierras de mi gente. —Con la otra mano agitó el bastón—. Esto solo es una muestra. Ya sabe lo que le espera si no firma.

Había preparado el discurso unos días antes. Sonaba bien.

3

Por la mañana podía oír la tierra respirar. A mediodía, oía la hierba crecer. Por la tarde, veía dónde los vientos iban a reposar. Muchas cosas invisibles para Molly Brant eran nítidas, claras como una caligrafía, limpias como el contorno de los árboles en un día sereno. Con su abuela materna había aprendido a ver donde otros ojos eran ciegos, a oír donde otros oídos eran sordos. Había aprendido a cautivar a los oyaron, espíritus que guían a través de los sueños. Y había aprendido la forma correcta de despertar. Abrir los párpados, agradecer al Dueño de la Vida, contar tres respiros y levantarse rápido, antes que la pereza del cuerpo enturbie la mente: así la cabeza permanece despejada, los sueños no escapan, los males del alma pueden ser curados.

La luz de la ventana rompió la oscuridad. El pie de la cama quedó en penumbra, pero de la cintura para arriba las sábanas estaban colmadas de sol.

Molly se levantó con soltura. Los negros cabellos cayeron sobre el camisón de lino. Echó el contenido de una jarra en el barreño, lavó su rostro. Se secó con una toalla de algodón y alzó la cabeza.

En el espejo, una red de ligeras cicatrices, piel que la viruela apenas había rozado. Otra batalla ganada en compañía de sir William.

El cosquilleo de tus cabellos me llena de pasión, enciende mis mejillas.

La voz llegó con un soplo de viento. Molly sondeó el reflejo de las pupilas. Podía sostener la mirada de cualquiera, incluso la de Molly Brant.

Arendiwanen, mujer de poder. Rica en cosas, tierras, hijos. Capaz de soñar con intensidad, como se hacía en tiempos de los abuelos, cuando Hendrick era joven y la nación prosperaba.

En el sueño de esa noche la iglesia estaba repleta. Ojos y cabezas casi rozaban el techo, como sacos de maíz almacenados para el invierno. Propietarios irlandeses, aparceros escoceses, guerreros mohawks. Osos y lobos acurrucados en el suelo de tierra. Enormes tortugas sostenían el altar con sus dorsos.

El pastor, de pie en el púlpito, hojeaba el libro de oraciones.

Peter se levantaba. Tocaba el violín: la vieja marcha irlandesa que su padre hacía entonar a las gaitas antes de dar batalla. Dos *sachems* con guantes negros y manto de luto se acercaban al ataúd para depositarlo debajo del altar, pero la fosa aún no había sido cavada.

Los fieles pasaban al frente, uno a la vez. Cogían un azadón e intentaban clavarlo. Inútil. La tierra era más dura que el hierro. El mango de la azada se rompía.

Joseph empuñaba el tomahawk para usarlo como piqueta. Un guerrero lo acompañaba, el rostro en sombras. Cavaba con las uñas hasta que sus dedos se manchaban con sangre.

Molly se acercó a la ventana. Corrillos de hombres y mujeres abarrotaban la plazuela delante del almacén.

Un cazador indio cargado de pieles y un vendedor de ollas querían contratarla como intérprete para poder cerrar sus tratos. Un barquero necesitaba provisiones para sus viajes y brea para reparar una barca. Colonos de granjas vecinas habían venido para aplazar las deudas familiares. Había dos señoras alemanas de Palatine, de esas que la llamaban bruja pero luego cruzaban el río para ir a su tienda, a causa de una infusión milagrosa contra el dolor de muelas. Había perros y niños, ancianos y guerreros, *sachems* y gandules a la espera de la ración de ron. Las mujeres, jóvenes y ancianas, se encontraban allí para contarse sus sueños, comentar las novedades y, llegado el caso, comprar carne salada.

Aun a través de los cristales gruesos, opacos y llenos de burbujas, Molly percibió inquietud. El volumen de las voces era más alto que el de costumbre. El tono agitado. No la conversación común para engañar la espera, sino una avalancha de frases.

Todos hablaban, nadie parecía escuchar.

4

Cada vez que Canajoharie se insinuaba a la vista, Joseph Brant meditaba sobre el destino de su pueblo.

A los pies de la colina, el río Mohawk formaba una gran curva que encerraba los campos y viviendas de madera, construidas según el modelo de las casas largas.

Cuando la nación todavía era numerosa, las tradicionales moradas hacían honor a su nombre: podían alojar hasta trescientas personas. Ahora toda la aldea ni siquiera llegaba a eso.

Las dimensiones de las casas se habían reducido mucho. Ya no había hombres para llenarlas y los mohawks se habían acostumbrado a vivir como los blancos. Los de condición más elevada tenían cristales en las ventanas, y los colonos más pobres los miraban con envidia.

Tan solo el territorio de las Seis Naciones seguía siendo una Casa Larga, de una manera simbólica: los senecas protegían la puerta occidental, los mohawks la oriental. En el centro, los onondagas custodiaban el fuego. Los cayugas, oneidas y tuscaroras ayudaban a los tres hermanos mayores en sus tareas ancestrales.

Por el sendero que conducía a la aldea, Joseph divisó una figura que corría hacia ellos.

Tras la visita a la finca de los Klug, media partida había equivocado el camino, perdida en las brumas del ron. Las estridencias alcohólicas habían espabilado a los perros en el radio de una milla. Acosados por las bestias, los guerreros se habían desperdigado en las inmediaciones. Algunos cayeron rendidos, vencidos por el sueño. Se necesitaron horas para reunirlos a todos y retomar el viaje. Los que se habían pintado el rostro lucían una máscara grotesca y poco digna.

—¡Fuerte Ticonderoga! —gritó Peter Johnson en cuanto su tío estuvo al alcance de la voz.

Cuando llegó hasta él, prosiguió:

—Los rebeldes. Tomaron Fuerte Ticonderoga sin disparar un solo tiro.

Joseph miró a su sobrino. En los últimos tiempos se habían visto pocas veces. Después de la muerte de su padre, Peter había regresado de Filadelfia solo en un par de ocasiones.

—Al mando está un tal Ethan Allen. ¿Quién es, tío Joseph?

—Es un bandido de las Montañas Verdes. Hace años que lucha contra el gobernador. Ven, vamos a ver a tu madre.

Joseph advirtió que un escalofrío recorría a los hombres detrás de sí. Los guerreros hubieran preferido cien latigazos, antes que enfrentarse a Molly en esas condiciones. Con diferentes excusas, se dispersaron cada cual por su lado.

Tío y sobrino se pusieron en camino.

A lo largo del sendero, hombres y mujeres aligeraban el paso, como con las primeras gotas de un temporal, luego se paraban de golpe, absorbidos por la primera muchedumbre. Las puertas de las casas estaban abiertas, para no cerrar el paso a las noticias.

No había muchacho que no hiciera las veces de mensajero, a la carrera desde la iglesia al muelle de bajeles hasta las granjas más distantes.

El local principal del almacén se desarrollaba en longitud. Entre volutas de polvo y humo, las mercancías ocupaban todos los rincones, anaqueles o estanterías, cuando no pendían de las vigas del techo. Cuerdas de cáñamo, cajas de madera para clavos, mechas, eslabones. Estuches con pigmentos para guerreros, marcados con ideogramas chinos. Espejos para pintarse el rostro, velas, herramientas, piedras de pedernal, barnices; y luego mantas, encerados, pieles, vestidos de varios modelos y tallas; alimentos frescos y secos, ahumados y en salazón. Al final, en pequeñas barricas, el indiscutible soberano de todo almacén, tenderete o mercado de intercambio en cientos de millas a la redonda: el ron.

Joseph saludó a su hermana, empeñada en convencer a un cliente de que sus chelines eran falsos, útiles solo para una limosna de avaros. Peter se ofreció enseguida para una pericia, garantizada e infalible. Su madre le dio su bendición y con un gesto invitó a Joseph a seguirle.

Detrás de una cortina de lino crudo se ocultaba un ambiente tranquilo, reservado para las negociaciones y clientes distinguidos. La mesita baja y las mecedoras descansaban sobre una alfombra de seda oriental. En la pared del fondo, peldaños de madera llevaban a las habitaciones personales. Molly se acercó a la escalera y ordenó que alguien sirviera el té. Luego acomodó un cojín en el sillón, se sentó y comenzó a espantar las moscas con un abanico de encaje.

Joseph la miraba. Era ocho años mayor que él. En su larga trenza asomaban cabellos blancos.

Una joven criada negra bajó a la sala con una bandeja de plata y porcelanas chinas. Joseph reconoció el servicio. Provenía del salón de Johnson Hall.

—¿Aún añoras la antigua casa? —le preguntó.

Molly se encogió de hombros.

—Echo en falta mis cosas, los muebles que había escogido, las vajillas compradas con William en las tiendas de Nueva York. El ama de llaves de sir John me ha dicho que mandaron a fundir la platería, temían que los rebeldes decidieran requisarla.

La atmósfera aterciopelada envolvía a Joseph. Olor a cuero, cereales y azúcar moreno. Todo estaba al alcance de la mano. La claridad se colaba por un único lucernario.

Sorbió aire por entre los dientes e ingirió el té.

—Los colonos cada día están más arrogantes. Desde que ha muerto tu marido, la ley de los blancos nos protege muy poco.

—Para la ley de los blancos, sir William ni siquiera era mi marido.

Joseph sacó de la chaqueta una hoja plegada.

—No podrán ignorar esto. —Entregó el papel a Molly, que lo abrió y le echó un vistazo—. La firma de Klug es auténtica —precisó el hermano—. Tenemos que enviar a Albany una persona de confianza. Hay que entregarlo al tribunal de la colonia.

Molly esbozó una sonrisa y dejó el documento sobre la bandeja.

—El paquebote de esta mañana ha traído noticias del norte. Los bostonianos tomaron Ticonderoga y se dirigen a Canadá.

—La rebelión se está extendiendo —asintió Joseph—, y la Casa Larga debe elegir su guerra, antes de que la guerra elija por la Casa Larga.

Siguió un silencio quebrado solo por las voces que llegaban a través de la cortina. Molly se mecía con suavidad en la silla.

—Muchos dicen que es un asunto entre ingleses, pero las tierras son nuestras y hemos firmado acuerdos con el rey Jorge.

Joseph se levantó y abrió la cortina.

Peter había convencido al cliente y le ofrecía el libro de créditos para que lo firmara. El muchacho era muy listo. Vivía en una gran ciudad, solo y sin miedos, orgulloso de sus orígenes y de lo que había aprendido. Hablaba y escribía tres idiomas: inglés, francés y mohawk. Sabía música, tocaba el violín, ejercitaba sus dotes comerciales. Pronto enseñaría a los guerreros también su valor. Sir William y Molly habían soñado un gran porvenir para su primogénito. El muchacho no les defraudaría. A gusto entre los blancos y en la Casa Larga, con dieciséis años encarnaba el futuro de la nación.

Joseph retrocedió, se giró y retomó el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué hubiera hecho sir William?

Molly observó la superficie oscura en la taza. Le pareció ver las aguas del sueño y la canoa que navegaba a contracorriente hacia la tierra donde duerme el sol.

—Se lo preguntaré en sueños. Sin duda hubiera defendido el valle. El mundo construido junto a Hendrick.

5

Aún era la granja más bonita de la zona. Paredes sólidas, cristales en las ventanas, terreno hasta el río. Margaret, la madre de Joseph, la había heredado de su tercer marido, el *sachem* Brant Canagaraduncka.

En el patio, una familia de aparceros irlandeses alzaba un carro para montar una de las ruedas sobre el eje. Los caballos de tiro abrevaban, vigilados por un chiquillo. Un par de cazadores mohawks reparaba la quilla de una canoa, mientras sus esposas regateaban con las mujeres de las granjas vecinas, en torno a una pila de mantas.

Por lo general, Joseph se detenía para cruzar opiniones y comentarios, pero no ese día.

Susanna lo esperaba en la puerta. Christina espiaba por detrás de la falda. En cuanto reconoció a su padre, le dedicó una sonrisa tímida. El le rozó la mejilla con un dedo y la niña se escondió otra vez.

Antes de entrar, miró a los ojos a su esposa y le dejó intuir su preocupación.

En la penumbra entrevio a los comensales, que se pusieron de pie de un salto. Herr Lorenz, armero de Albany, lo saludó y presentó al guía indio que comía a su derecha. Los otros dos huéspedes se inclinaron. El mayor debía de tener unos dieciséis años, habló en nombre de ambos. Eran maestros itinerantes, de la nación shawnee. Habían estudiado en Lebanon, para llevar a Cristo y las letras a las aldeas de frontera. Pasaban cada noche en la casa de un viejo alumno de la escuela. Agradecieron la hospitalidad, habrían de rezar por él.

Joseph se sentó con ellos, pero una figura en una esquina llamó su atención. Ojos pequeños reflejaban los chispazos del fuego.

—Isaac, ven a saludar a tu padre.

El chiquillo se acercó. Tenía nueve años, muy pocos para combatir. Joseph no estaba seguro de que fuera algo bueno: en tiempos de guerra los débiles sucumben. Lo asió de los hombros, como si quisiera medir su robustez y transmitirle fuerza al mismo tiempo. Vio que tenía las mejillas pintadas de rojo y negro. La presión se hizo más fuerte, Isaac intentó liberarse, pero se vio obligado a ceder ante la fuerza del adulto.

—Estas son pinturas de guerra —dijo Joseph mientras le limpiaba la cara con gestos enérgicos—. No deben ser usadas para jugar ni tampoco dentro de casa.

Le soltó y el muchacho corrió hacia la puerta de la casa. Los niños ya no tenían respeto por las cosas importantes.

—Tu hijo no tiene la culpa de lo que te atormenta —murmuró Susanna.

Joseph ignoró el reproche y llevó su mano hacia la pequeña Christina, pero la niña se echó hacia atrás y siguió a su hermano fuera de la casa.

Susanna le sirvió la comida. Joseph comió sin quitar los ojos del plato, los ruidos resonaban en el silencio. Cuando acabó, se sentó frente a la chimenea para fumar la pipa, en tanto los comensales se despedían uno tras otro.

El último era Lorenz, que se acercó sigiloso, con la evidente intención de decir algo.

Recibió una mirada indiferente.

—Piden fusiles, señor Brant.

—Bueno para sus negocios.

Lorenz sacudió la cabeza.

—No ha entendido. Piden fusiles. Muchos fusiles. Más de los que puedo producir.

—Hará una fortuna.

—Desde Albany hasta aquí, he encontrado tres puestos de bloqueo de la Milicia. Me apuntaron con armas, hurgaron dentro del carro, lo revolvieron todo. ¿Qué demonios está pasando, señor Brant? ¿Se han vuelto locos? ¿Quieren hacer lo mismo que en Boston?

Joseph dejó que las llamas le capturaran la mirada, mientras daba largas chupadas a la pipa.

—En tal caso, no permitiremos que nos asedien. El armero titubeó, luego comprendió que el indio no diría nada más y se despidió.

Joseph se quedó mirando el fuego. Susanna llamó a los niños.

Era hermana de Peggie, su primera esposa. Eran oneidas del valle del

Susquehanna. Después de quedarse viudo, Joseph la desposó, como mandaban las costumbres. Isaac y Christina se habían encariñado en el curso de un verano. Si los acontecimientos se precipitaban, debía pensar qué hacer con ella y con sus hijos.

Y con Margaret.

—¿Dónde está mi madre?

—En la cama.

—¿Está enferma?

—No. A veces confunde el día y la noche.

La anciana madre se presentó aferrada al brazo de Susanna. Se sentó frente a Joseph, en una poltrona raída que parecía hecha a su medida como un vestido. Huesos, carne, madera y paño se habían amoldado con un encaje perfecto.

—¿Cómo estás, Margaret?

La anciana entornó los ojos para reconocerlo.

—Antes de irme a dormir, le he pedido a Dios que me llevase consigo mientras duermo. Pero ahora que me habéis despertado ya no podrá complacerme.

—Será para otra ocasión.

—Bien. Quiero fumar.

Joseph le pasó la pipa.

—He visto a Molly, en el almacén. Te manda saludos.

—Dile que venga a verme, antes de que me muera. Debo decirle algunas cosas.

—Está bien, Margaret.

La anciana paladeó el sabor del tabaco con satisfacción.

—¿Recuerdas cuando William Johnson vino aquí por primera vez?

—Sí.

—Tu hermana era muy bella. La muchacha más hermosa del valle.

Joseph conservaba imágenes nítidas. Tenía once años cuando su padrastro había hospedado a ese caballero irlandés de cabellos rojos. Molly era joven y en edad de merecer. Joseph recordaba que los adultos habían hablado de la guerra contra Francia y de sus aliados hurons, abenakis y caughnawagas.

Acarició los cándidos cabellos de su madre.

—¿La guerra sigue todavía? —preguntó ella.

—Acabó hace doce años.

La anciana sacudió la cabeza sosteniendo la pipa con sus labios arrugados.

—¿Joseph?

—Sí, Margaret.

—¿Cuántos nietos tengo?

—Diez. Tienes diez nietos.

—Bien.

Margaret asintió a sus propios pensamientos.

Joseph la miró largo rato. Veneraba el pasado contenido en ese rostro, testigo de viejas épocas que pasaron una tras otra, con la corriente del río. Se preguntó si algún día Isaac y Christina cuidarían de él como él cuidaba a Margaret. Tal vez lo mirarían con la misma compasión. Tal vez no viviría lo suficiente.

La anciana tendió un dedo huesudo hacia el fuego.

—Mira. Las llamas son de color verde. Están llegando.

—¿Quién?

Margaret escupió al fuego y no respondió. Susanna le llamó a la ventana. El echó una mirada. Una canoa avanzaba por el sendero, portada por tres hombres.

6

Apoyaron la embarcación en el muro del granero y se sentaron bajo el cobertizo para recuperar el aliento. Joseph reconoció los rostros sucios por mucho andar. Cuerpos envueltos en estratos de pieles, cuchillos de caza en la cintura, Kentucky Jaeger de cañón largo: fusiles para osos.

—Recuerda que tu madre no quiere verlos en casa —dijo Susanna.

Joseph salió sin replicar.

Cuando lo vieron, le dirigieron parcos gestos de saludo. Masticaban tabaco, o carne salada.

El mayor fue el primero en hablar. Lo hizo en lengua mohawk.

—Salud, Thayendanega.

La cabeza huesuda y calva, con grandes orejas de soplillo, asomaba entre las pieles de castor como la de una tortuga por su caparazón. Hacía días que no se afeitaba. En la cara curtida por el sol y la intemperie, la barba crecía híspida y canosa.

—Bienvenido a mi casa, Henry Hough.

—¿Recuerdas a mi hermano John?

El joven gruñó un saludo incomprensible. Tenía un ojo bizco.

Henry Hough señaló al otro hombre:

—Daniel Secord también es de los nuestros.

—Dios te guarde, Joseph Brant, y proteja tu casa.

Secord parecía tener la misma edad que el menor de los hermanos, como mucho treinta años. Los amuletos seneca en el cuello y brazos eran señal de vanidad y superstición.

Hough levantó un gancho de hierro, para mostrar las pieles que tenía colgadas.

—Tu mujer podrá hacerte una chaqueta de invierno.

Joseph aceptó el regalo y se sentó con ellos.

—¿Qué os trae por Canajoharie?

—Daniel tiene un contrato de trabajo. Una exploración de los manantiales salados alrededor del lago Onondaga. Por cuenta de un sujeto que quiere hacerse rico. Nosotros lo acompañamos.

Joseph deslizó una mano sobre las pieles, suaves y lustrosas.

—No habéis elegido el camino más corto.

—Hemos venido para enterarnos de las novedades. Circulan extraños rumores: que la colonia está en convulsión, que los bostonianos quieren atacar Canadá.

—Tomaron Fuerte Ticonderoga.

Hough asintió sin cambiar de expresión. Los amigotes se limitaron a observar al indio, las miradas neutras de los que suelen dar poca importancia a las desgracias.

—El asunto se vuelve serio —comentó Hough—. ¿Los de Albany qué piensan hacer?

Joseph tuvo ganas de irse de allí. Habló con mucho esfuerzo.

—La Milicia se ha puesto a las órdenes de los rebeldes.

Hough pareció estudiar esas palabras como si salieran de las Sagradas Escrituras.

—Podéis dormir en el granero —dijo Joseph—. Ni os acerquéis a la casa o mi madre os maldecirá de nuevo.

El más joven desorbitó los ojos.

—¡¿La vieja sigue viva?!

El hermano mayor le propinó una patada que levantó una nube de polvo.

—Un poco más de respeto, hijo de perra. —Se dirigió a Joseph—. Eres un hombre generoso, Joseph Brant.

Regresó al atardecer, con una lámpara de aceite, ron, cerveza y una cazuela de carne guisada. Los observó comer en silencio, tumbados sobre la paja, y beber a grandes tragos, mientras los ojos se encandilaban y el alcohol escaldaba las entrañas.

Henry Hough se había calado un tricornio raído, para proteger la calva del frío de la noche. El largo cuello pellejudo se proyectaba hacia la comida. Tenía un aire ridículo y, sin embargo, inquietante.

—¿Los guerreros qué piensan?

—Saben que los colonos quieren nuestras tierras —respondió Joseph—. Si nos atacan, tendremos que combatir.

—Menudo brete, para tus amigos del Departamento.

El hermano más joven eructó, se limpió las gotas que caían de la boca.

—Si hay que freír a un paleto, podéis contar con mi fusil.

El mayor le lanzó una mirada furiosa.

—Johnny quería decir que somos fieles súbditos del rey Jorge.

—Pero si tú ni siquiera sabes quién es el rey Jorge —espetó el hermano menor, tratando de incorporarse en la paja—. Dices eso porque el miserable de tu cuñado está con los rebeldes.

Recibió un cuenco en la frente y se acurrucó como un perro apaleado.

—En cierto sentido, Johnny tiene razón —intervino Secord.

Había permanecido en silencio hasta ese momento. Su aspecto era menos achispado y más formal que el de los otros. Los colgantes contra el mal de ojo tintinearon cuando encendió un gran cigarro que acariciaba entre sus dedos.

—Dicho con todo respeto, ¿alguien ha visto al Rey? —continuó—. Vive al otro lado del océano y nos deja en paz. En cambio, los muy listos, los de Albany, son millares. Si se ponen al mando, querrán apoderarse de todas las tierras. Primero las de los mohawks, luego las de los Johnson, y al final también las nuestras.

Henry Hough hizo un gesto a su socio y se dirigió a Joseph.

—Aquí tienes una cabeza que funciona. Hay mucha gente entre nosotros que piensa del mismo modo. Tenlo en cuenta, Joseph Brant.

El indio permaneció en silencio. La noche había caído en la granja y en el valle, una oscuridad densa y sin luna ahogaba la tierra de los antepasados. Miró más allá del río. Nuevos fuegos brillaban a lo lejos, avanzadas del futuro inminente.

7

El rostro de Johannes Tekarihoga, *sachem* del clan de la Tortuga, era piedra milenaria, las rendijas de los ojos labradas por un cincel sabio. El anciano guerrero avanzaba impasible por el sendero a través del bosque.

Joseph caminaba a su lado con destino a Johnson Hall. Sin darse cuenta, rozó la mejilla con la palma de su mano. Se preguntó si el tiempo trabajaría del mismo modo sobre su cara.

A Joseph, el viejo *sachem* le agradaba. Había sido un combatiente de gran valor y una autoridad justa y confiable en las controversias internas de la nación mohawk. Además, era uno de los defensores más firmes de la alianza con los Johnson y la Corona inglesa. Hombre de pocas palabras, poder interpretarlas era descifrar un oráculo. Se precisaba imaginación y espíritu de iniciativa, dotes que a Joseph no le faltaban.

Hacía meses que no pisaba el bastión de los Johnson. Había pasado casi un año desde el funeral de sir William. No era sencillo habituarse a la ausencia del superintendente, el gran patriarca, Warraghiyagey. Más aún cuando las cosas se ponían difíciles y las decisiones complicadas.

El Departamento Indio había invitado a Tekarihoga para discutir sobre la rebelión. También estaría allí Pequeño Abraham, *sachem* de los mohawks de Fuerte Hunter.

Su mente volvió al sendero. No faltaba mucho, unas pocas millas de camino en el bosque. Después de horas de silencio, Joseph necesitaba oír una voz humana.

Se dirigió al *sachem*:

—¿Qué podemos esperar de esta convocación?

Johannes Tekarihoga prosiguió, paso amplio y constante. Pasaron minutos. La respuesta llegó con un soplo.

—Regalos.

Joseph logró ver una sonrisa en la inmovilidad del rostro.

La larga calle de acceso a Johnson Hall bullía de actividad. Criados y mozos acarreaban tierra, troncos, sacos. Indios y Highlanders montaban guardia a la entrada de la calle. Más adelante, las cabañas de los esclavos, bañadas por el sol. Crios de pocos años se revolcaban entre perros y aves de corral. Mujeres negras hacían comidas, perseguían niños, lavaban ropa. Hacia el final de la calle, otros indios y escoceses formaban una segunda y mejor dotada guardia, hasta la puerta del edificio principal.

A pesar de tantos años, Joseph siempre quedaba impresionado por la gran fachada, por el número de ventanas, por la madera que a simple vista parecía piedra blanca. Por mucho tiempo había sido la casa de su hermana Molly, durante casi veinte años ama de llaves y compañera de William Johnson, madre de sus últimos ocho hijos. En el testamento, sir William no los había olvidado, les había dejado tierras y bienes en abundancia.

Joseph también le debía mucho al baronet irlandés: se había encargado de él desde muchacho, le dio educación, le había dado empleo como intérprete en el Departamento.

En las escaleras de la entrada principal les aguardaba un negro, anciano, vestido con una vieja librea de paño. Con una inclinación de cabeza indicó el edificio adyacente, ese que sir William, años atrás, había renombrado como «el despacho».

Antes de entrar, Joseph se volvió hacia Tekarihoga, que se quedó mirándole, en silencio como durante el viaje. Joseph pensó que la Tortuga no podía tener mejor representante.

8

La cosecha de regalos era copiosa. Tekarihoga podía considerarse satisfecho, más aún en un período difícil para intercambios y comercio. Ante todo, las pinturas para el rostro y cuerpo. Espejos de distintas formas y tamaños, con incrustaciones o piedras engastadas de varios matices. Un barril de melaza y uno de carne seca, porque el estómago también merecía atenciones. Chaquetas de lana, confortables, resistentes y de buen corte, mucho mejores que las de pieles. Tabaco para mascar de primera calidad. Collares de wampum. Un gran cuerno de buey lleno de pólvora negra.

La sala principal del despacho era muy amplia. Decoración sobria: una enorme chimenea central, bancos y sillas adosados a los muros, una imponente mesa al fondo tras la cual solía sentarse sir William. En las paredes, los retratos de los Johnson intercalados con mapas geográficos, antigua pasión del Viejo.

El Departamento estaba al completo.

Sir John Johnson, hijo de la primera esposa de sir William, estaba apoyado en la larga mesa, no quería ocupar el lugar de su padre.

A su izquierda, barriga que desbordaba de un sillón con anchos brazos de madera, Guy Johnson, yerno de sir William, elegido por él como su sucesor en el cargo de superintendente de Asuntos Indios.

Pocos pasos hacia la derecha, Daniel Claus, ceño fruncido y brazos cruzados. El alemán había hecho fortuna desposando a una hija del patriarca y convirtiéndose en superintendente de los indios de Canadá.

Frente a ellos estaba sentado el capitán Butler, competidor de los Johnson en el comercio de pieles, pero fiel aliado en política.

Antiguo compañero de armas de sir William, gran conocedor de los territorios del noroeste. Un importante nodo en la red de poder que William

Johnson había tejido con paciencia y estrategia.

Pequeño Abraham, una esfinge sentada junto al propio cúmulo de regalos, daba al cuadro una pincelada diferente. Joseph y Tekarihoga tomaron asiento en sendos costados, sobre cómodas sillas.

Con un gesto de su mano, sir John pidió a Guy Johnson que hiciera los honores de la casa. El superintendente se aclaró la voz.

—Hermanos —dijo mirando a los *sachems*—, gracias por estar aquí, en un momento tan delicado para nuestra comunidad. Cuando urge tomar decisiones, el parecer de hombres sabios y expertos es como lluvia sobre tierra seca.

Dejó que Joseph tradujera, luego prosiguió con tono algo agitado.

—Tenemos noticias seguras de que la Milicia colonial está intentando secuestrarme y pedir a cambio concesiones, infligiéndonos un insoportable daño. Las calles del condado se han vuelto peligrosas, para aquellos que siempre nos hemos declarado leales al rey Jorge. Todo nos dice que la rebelión ya no es solo un problema bostoniano. Con la toma de Fuerte Ticonderoga, las milicias *whigs* controlan la navegación interna de Nueva York a Montreal. Corremos el riesgo de quedar aislados.

Joseph concluyó la traducción, en tanto Pequeño Abraham y Tekarihoga cruzaron una mirada cómplice. El *sachem* de Fuerte Hunter estaba considerado uno de los mejores oradores de la Casa Larga y sus palabras eran muy esperadas. Sobre todo porque en todo este asunto de la rebelión, aún no se había podido entender qué era lo que pensaba.

—Las preocupaciones de los hermanos ingleses también son las nuestras —comenzó—. Nadie debería entrar en la Casa Larga, amenazar a un amigo de mi pueblo y retirarse como un huésped cualquiera. Cuando llegué aquí, veinte guerreros de nuestra aldea me han recibido enseñando sus fusiles. La morada de Warraghiyagey es lugar muy especial para los mohawks, solo por detrás del sagrado fuego de Onondaga, y, como tal, tenemos la intención de protegerla. Otros veinte guerreros ya están en camino hacia Guy Park, porque Guy Johnson Uraghquadirah es nuestro superintendente y hemos prometido honrarlo siempre.

Acabada la traducción, todos esperaban que Pequeño Abraham continuara su discurso. En cambio, se dejó caer sobre el respaldo, señal de que había terminado, y tocó otra vez a Guy Johnson romper el silencio.

Agradeció al *sachem* por sus palabras, por la estima y la fidelidad. Luego, con la debida cautela, procuró dejar en claro que no era suficiente.

—Las noticias que me conciernen son una hoja que arde en un bosque en llamas. Esparcir agua sobre la hoja no apagará el incendio. Si se tratara tan solo de Guy Johnson, su familia bastaría para protegerlo, no habría necesidad de molestar a hombres como Tekarihoga y Pequeño Abraham.

Pequeño Abraham entendía el inglés e intervino sin esperar al intérprete.

—Hermanos, aquí se habla de una hoja que arde, pero nadie ha visto las llamas. Por eso he pedido una reunión a Philip Schuyler. Es el nieto del hombre que llevó a Hendrick a Londres y su palabra tiene mucho valor para mi pueblo. Si promete que nadie está intentando perjudicar a nuestro superintendente, esa promesa puede ser el viento que aparte del valle el olor del fuego.

Las palabras del *sachem* querían transmitir seguridad y Joseph se esforzó por traducir su propósito, pero el viento que soplaba entre los blancos anunciaba un temporal. Una reunión entre Pequeño Abraham y el general de los rebeldes sin duda no era una buena noticia.

El capitán Butler pidió la palabra. Cuando una discusión parecía perder el norte, siempre era él quien marcaba el derrotero.

—Pequeño Abraham tiene razón —dijo—. Siempre es oportuno controlar las voces que lleva un río y ninguno de nosotros hubiera convocado a los *sachems* sin antes haberlo hecho. Del mismo modo, nadie tenía dudas de que nos ayudarían a proteger Johnson Hall y al superintendente Johnson. Sin embargo, hay otros incendios. Algo lejanos, pero no tanto como para quedarnos tranquilos. El humo y las llamas de Lexington y Boston se pueden ver muy bien desde aquí. Las palabras pronunciadas por Ethan Allen en la toma de Ticonderoga corren de boca en boca. Hablar con Philip Schuyler puede ser una buena idea, pero sus promesas no pueden apagar fuegos tan grandes. Es preciso que los mohawks intenten contener la amenaza, antes de que las llamas lleguen a quemarles.

—En pocas palabras, hermanos —intervino brusco sir John, que hasta ese momento había escuchado en silencio—, lo que queremos decir es que las guerras tienen un defecto que obliga a escoger de qué parte estar.

En la sala cayó el silencio. Guy Johnson enrojeció de vergüenza. Joseph no tradujo las palabras de sir John, sabía que los dos *sachems* habían entendido todo.

Sin mover un solo músculo, Tekarihoga comenzó a hablar en la lengua

de sus padres, con tono bajo y acompasado. Un puñado de segundos, y luego paró. Pequeño Abraham cerró los ojos. Era su señal de aprobación.

La sala se llenó de silencio, mientras todos, uno a uno, dirigían la mirada a Joseph, a la espera de la traducción. Dejó que el silencio tomara cuerpo, materia interpuesta que unía y dividía a cada uno de ellos. ¿Qué había dicho Tekarihoga? «Si mi casa arde, mi vecino está en peligro.» Poco para los blancos. Su significado era: si mi problema puede afectar a otras personas, no es conveniente resolverlo solo. Se debe consultar a todos, empezando por los más cercanos, informar acerca del peligro, escuchar su punto de vista. Saber si están dispuestos a ayudarte. Una carga enorme para tan pocas palabras.

Joseph habló con voz grave y firme.

—Hermanos, el noble y sabio Tekarihoga saluda y agradece a todos. Él comparte las preocupaciones por las noticias recogidas y por las nubes que se van espesando. Las tierras y los bienes que compartimos tientan a muchos. Sabemos por experiencia de la codicia de ciertos colonos. El hecho de que algunos hijos hayan decidido rebelarse contra el padre inglés es una desgracia. Cuando los hermanos se amenazan con armas y las apuntan contra los padres, esto es siempre una calamidad y debe ser conjurada. Por eso Johannes Tekarihoga dice que es muy importante advertir a los oneidas, hermanos menores de los mohawks, nuestros vecinos en la custodia de la puerta oriental de la Casa Larga, antes que el fuego nos llegue por sorpresa. Si la amenaza contra Guy Johnson es una hoja que arde en un bosque en llamas, entonces esa amenaza ya no es solo un problema nuestro. Que las Seis Naciones sepan el peligro que corre su superintendente.

Joseph dejó flotar las palabras en la habitación, en tanto Pequeño Abraham y Tekarihoga esbozaban una sonrisa, mostrando su conformidad por la traducción.

Los blancos se cruzaron miradas. Joseph intuyó la desconfianza. Desde el comienzo de la rebelión, los oneidas eran un enigma. Su predicador, Samuel Kirkland, era partidario de los *whigs*. Joseph lo conocía bien: habían estudiado juntos en el colegio de Lebanon, cuando eran jóvenes. Sir William siempre lo había considerado un instigador.

Guy Johnson decidió poner al mal tiempo buena cara.

—Las sabias palabras de los *sachems* siempre son bien acogidas por nosotros. Lo que dice Tekarihoga es muy razonable, nos pondremos en

contacto con las otras naciones, primero con los oneidas. Si mi hermano Joseph se encarga de redactar el mensaje en mohawk, los honorables *sachems* podrán poner sus firmas.

Joseph se congratuló a sí mismo. Ante los blancos, hasta el más noble de los *sachems* contaba poco sin un buen intérprete.

Escrito en casa de Guy Johnson,
mayo de 1775

Esta carta es para vosotros, oh grandes hombres o *sachems*. Guy Johnson dice que se alegraría de que vosotros, los oneidas, recibierais este despacho sobre su actual condición. Cada día está más seguro de las intenciones de los rebeldes. Guy Johnson tiene un gran temor a ser hecho prisionero por los bostonianos. Nosotros, los mohawks, estamos obligados a vigilarlo de forma permanente. Por eso os mandamos este despacho, para que estéis informados. Guy Johnson confía en que vendréis a prestarle ayuda, y tiene la certeza de que vosotros, sin duda, estaréis de acuerdo con esta idea. Él tiene fe en que no permitiréis dejar que sufra. Por tanto, os esperamos. Es todo por ahora. Nos dirigimos solo a vosotros, los oneidas, pero tal vez más adelante llamaremos a las demás naciones. Concluimos, y esperamos que os preocupéis por la suerte de nuestro administrador, Guy Johnson, ya que todos somos una sola cosa.

Johannes Tekarihoga
Pequeño Abraham
Joseph Brant (intérprete de Guy Johnson)

Joseph leyó en voz alta. Tradujo el texto del mensaje, intentando reproducir las formalidades y cortesías.

El inglés era un idioma mucho más tosco y conciso: al pasar de sus ojos a la boca las palabras se acortaron, perdieron resonancia, dejaron en la hoja parte de su significado. En la lengua del Imperio, a cada causa le seguía una consecuencia; a cada acción correspondía un solo fin; a cada situación, la conducta más adecuada. Por el contrario, la lengua de los mohawks estaba llena de detalles, salpicada de dudas, completada con numerosas aclaraciones. Cada palabra se extendía y alargaba para capturar cada uno de

los sentidos y sonar en los oídos de la manera más apropiada.

En la carta, los *sachems* y Joseph se dirigían a los oneidas en calidad de hermanos mayores; las palabras habían sido escogidas de forma que conciliaran las posiciones de los mohawks de Canajoharie y Fuerte Hunter; expectativas y certidumbres de Guy Johnson habían sido descritas de manera que confirmaran su amistad con los mohawks sin generar dudas sobre la independencia de estos últimos. Guy era nombrado solo por su nombre, sin otra añadidura, ninguna frase generosa que exaltara su reputación. Aunque sir William no era mencionado, los oneidas comprenderían que este favor se pedía en homenaje a su memoria. De ahí la última frase: Joseph la había escrito y vuelto a escribir, hasta conseguir el tono conveniente, que le agradara incluso a Pequeño Abraham. Los hermanos menores serían puestos a prueba: ¿qué decisión tomarían? ¿Seguirían las inclinaciones de su reverendo presbiteriano o prestarían ayuda a los mohawks que protegían al heredero de Warraghiyagey? El llamamiento a la unidad de las Seis Naciones quedaba en equilibrio sobre un ordenado cúmulo de matices. El inglés perdía ocho sobre diez. Lo que quedó convenció a los blancos. Fue llamado un mensajero.

9

El delaware se detuvo y olfateó el aire.

—El perro está cerca.

El blanco sonrió. Hizo un gesto a los demás y avanzó, los ojos clavados en la espesura del bosque. Ahora que se fijaba bien, podía notar el olor a grasa de oso. Los salvajes preparaban con ella un repugnante ungüento para protegerse de los insectos. El guía indio que tenían, en cambio, para no alterar el olfato había adoptado la solución en boga entre los colonos: untarse de barro.

El bosque dio paso a un claro, la luz se reflejó en el suelo. Los hombres quedaron deslumbrados.

Una sombra escapó atravesando el follaje, unas cien yardas por delante del grupo de cazadores. Los blancos apenas la vieron, el delaware ya estaba corriendo en esa dirección.

Alguien gritó. Se lanzaron a la persecución.

La presa saltó matas y ramas caídas, huyendo a través del claro. Entrar en el bosque era la única forma de salvar la piel. Se metió dentro de la vegetación con la agilidad de un ciervo, pero hierba alta y terreno irregular dificultaban la carrera.

El delaware corrió hasta donde los árboles raleaban, empuñó el fusil y apuntó. Un trueno quebró el aire. El salvaje salió fuera de la nube de humo.

La cuadrilla de cazadores le vio desaparecer entre los árboles. Avanzaron hasta el punto donde el bosque lo había engullido y lo encontraron de pie, quieto junto a un gran tronco.

El guía levantó el fusil al cielo y lanzó un grito de triunfo. Al pie del árbol yacía la presa. El mohawk, desnudo hasta la cintura, apretaba los dientes. Sujetaba la pantorrilla con las manos rojas de sangre. Los

miembros sudorosos temblaban.

Los blancos exultaron y ataron al indio herido. El jefe de los cazadores lo registró y encontró lo que buscaba: una hoja plegada dentro de la funda del cuchillo.

Después de una rápida ojeada se dirigió a los otros.

—¡Maldición, está escrito en mohawk!

Nathaniel Gordon sacudió la cabeza. Esto es lo que ocurre si se educa a los salvajes, pensó. Se preguntó cuál sería la próxima novedad. ¿Un mono que recita los Salmos?

Se agachó y puso la hoja delante de los ojos del herido. En los dedos goteaba sangre fresca. Las moscas comenzaron a revolotear.

—¡Lee lo que está escrito aquí, perro!

El mohawk se quedó callado.

Gordon hizo un gesto al delaware, que sacó el cuchillo e hizo un corte en el brazo del prisionero. Desprendió un jirón de piel, lo separó, lo dejó a un lado.

El mohawk se estremeció, recorrido por temblores, pero no emitió ni un quejido. El blanco gruñó de rabia.

Agitó otra vez la hoja ante la nariz del indio.

—Es una orden de los Johnson, lo sabemos. ¿Qué hay escrito aquí?

Silencio.

El delaware hizo un nuevo corte. Otro trozo de piel se desprendió, esta vez del pecho. Lo colocó junto al primero. Con ellos haría una bolsa para tabaco.

El mohawk jadeó entre dientes.

—¡Habla! —rugió el blanco.

Uno de los otros lo retuvo, mano en el hombro.

—No hay prisa, Nat. Dejemos hacer al indio.

Los blancos se sentaron a poca distancia, para beber de una cantimplora, mientras el guía completaba el trabajo. Al fin, Gordon se levantó con aire impaciente.

—Estamos perdiendo tiempo, ¡maldita sea!

Con un silbido llamó al delaware.

—¡Ya basta! Hemos hecho lo que teníamos que hacer.

El delaware se limpió las manos con un puñado de hojas y señaló al torturado.

—Gran hombre —dijo.

El jefe de los cazadores primero miró al delaware, luego al mohawk colgado boca abajo. Todavía estaba vivo. Boqueaba, ahogado por la sangre que se escurría dentro de sus narices desde cada parte de su cuerpo desollado. Ya no tenía ni un solo trozo de piel. El rostro al revés, los ojos más abajo que la nariz, era tan ajeno como el de un animal.

—¿Gran hombre, eh?

El blanco se acercó y escupió en el rostro atormentado.

10

El sueño es el mismo, siempre. La iglesia, el ataúd. Peter toca el violín, Joseph empuña el tomahawk. Un guerrero le ayuda a cavar.

Ahora lo reconozco. Ronaterihonte.

La tierra está dura. Las uñas destrozadas echan sangre, la tierra se moja. Cada gota es una hoja escarlata.

La iglesia desaparece. En su lugar, un bosque de arces en pleno otoño. Sentado sobre una roca, William bendice con una sonrisa los esfuerzos de Joseph y del guerrero. Tiene el rostro pintado y un sonajero de tortuga.

Me acerco, me siento en sus rodillas, le acaricio los labios.

—¿Quién está en el ataúd, William?

Él responde, pero es un idioma desconocido. Un viento de tramontana se lleva las palabras. En el río aparece una canoa. A bordo, una muchacha. William sube y me ofrece su mano.

—Acompáñame al Jardín, amor mío, en el centro del Agua.

Joseph y el guerrero cargan el ataúd, la canoa remonta la corriente.

De repente, estoy de nuevo en la casa de Canajoharie, sobre el almacén.

Aprieto fuerte la mano de la muchacha. Sus ojos tienen el color del río.

Los hijos duermen. Yo estoy a punto de despertar.

11

Una presa rara, para el valle del Mohawk.

Los cazadores agradecieron la buena fortuna.

El pelo rojizo brillaba al sol, salpicado con gotas.

La bestia, dentro del agua hasta el pecho, levantó la cabeza. El hocico chorreó agua. Orejas enormes, narices caídas: tenía la expresión anonadada de un gigantesco mulo. En su frente se abría un trofeo asombroso, tan amplio como los brazos abiertos de un hombre.

El alce macho miró alrededor, olfateó el aire. Uno de los cazadores mojó su índice con saliva y lo alzó al viento. La brisa había cambiado de dirección.

El animal se sacudió, se dio la vuelta y huyó.

Los ancianos decían que un alce corre más rápido que los cazadores, más fuerte que un caballo, pero que el hombre corre más tiempo que cualquier animal. El alce va al galope mientras tenga aliento, pero a veces necesita detenerse, reposar. El instinto advierte que los cazadores aún están tras la pista, y entonces el alce vuelve a correr, pero tiene que detenerse otra vez, y otra vez más, siempre más a menudo. En cada parada los cazadores se van acercando. Cada vez que el alce retoma la carrera, es cada vez más lento. Cada vez más inseguro. No es nada sencillo para un animal tan grande hacer perder el rastro. El hombre puede llevar el paso durante un día entero. El alce, exhausto, verá el cuchillo como una liberación.

Por la tarde, las huellas eran muy abundantes. El alce buscaba la espesura del sotobosque, dejaba señales visibles. Los jóvenes lobos aceleraron el paso.

Más adelante, aún fuera de la vista, la presa abandonó la carrera. Levantó el hocico al cielo y lanzó un lúgubre reclamo, listo para la última

batalla.

Los cazadores se detuvieron en el límite del terreno abierto. El alce apareció a unos cuarenta pasos. Protegido por la sombra, Paul Oronhyateka apretó el gatillo.

Por detrás de la nube de humo, el animal cayó.

Los cazadores corrieron hacia la presa. Rodearon el cuerpo, pequeña multitud que asiste a un funeral.

—Agradecemos al Señor que nos haya concedido una cacería afortunada. Damos la sangre del alce, nuestro hermano, a los espíritus de la tierra, para que el Dueño de la Vida se complazca de nosotros. Que el espíritu del alce sea aplacado: su carne ayudará a vivir a nuestra gente. Amén.

El guerrero más anciano se inclinó, cuchillo en mano. Del cuello abierto, un borbotón de sangre mojó la tierra y las piernas de los hombres.

—Busca un sitio para descuartizar, Kanenonte —dijo al más joven del grupo.

Los demás se pusieron en cuclillas, apoyándose en los largos fusiles.

Alguien bebió sangre fresca. Alguien cargó la pipa. Pasó algo de tiempo. Oronhyateka se puso de pie. En ese momento, Kanenonte apareció a su lado.

Tenía los ojos desorbitados. Echaba espuma de rabia. Temblaba.

En la habitación, las mujeres formaban un círculo. Rodeaban a Molly Brant y a una mujer más anciana, que llevaba una falda y una manta rojo fuego. En medio de ellas, un ramillete de cedro ardía sobre una bandeja. Lo que había sido árbol se convertía en humo, delgadas volutas se elevaban hacia el techo al abrigo de las corrientes de aire.

La mujer vestida de rojo cogió el ramillete, con la mano derecha trazó un círculo, murmuró algo. Molly pronunció la pregunta más importante.

—¿Quién está en el ataúd?

—Te repito lo que ya te he dicho, Molly Brant. Creo que Warraghiyagey no está satisfecho con su ceremonia fúnebre. Remonta la corriente para regresar a la isla de sus padres. Ahora está en el mundo real, ve cosas que nosotros no podemos ver.

Molly percibió que el humo se reflejaba en el espejo. Llevó los ojos al reflejo en el cristal, luego a la cima incandescente del ramillete. El humo

osciló, como sacudido por una ráfaga de viento. La mujer del ramillete cerró los párpados. Molly asintió.

—Dile a tu oyaron que le pregunte, Molly Brant. Tus sueños tienen fuerza, Warraghiyagey hablará de nuevo.

Molly asintió. De pronto, un rumor llegó desde el exterior. Parecía el ruido de un río cuando la corriente se acelera y se hace rápido, luego una cascada. Antes de que Molly pudiera reaccionar, el murmullo se había transformado en gritos de rabia y horror.

En medio de la multitud, jóvenes guerreros golpeaban el suelo con los pies, sus músculos temblaban, los brazos se alzaban al cielo agitando hachas y cuchillos. Las piernas de los jóvenes estaban cubiertas de sangre coagulada. Alrededor, hombres más ancianos se hacían eco. Lloraban, gritaban, rugían maldiciones. Las voces herían los oídos.

La cosa que estaba a los pies de los guerreros ofendía la vista. La cosa que estaba a los pies de los guerreros había sido un humano. El cuerpo de Samuel Waterbridge ahora era una presa desollada, tirada en el suelo.

Molly conocía la muerte, impúdica y cruel, pero nunca la había visto en el lugar donde se desarrolla la vida. Nunca arrastrada dentro de la aldea, ni ostentada para que jóvenes hombres se propusieran una venganza.

Molly entró en el círculo de cuerpos enfurecidos.

Alrededor, las voces se callaron. A sus oídos llegó el jadeo de los guerreros, el llanto de una mujer.

—Esta muerte clama venganza, pero lo que habéis hecho desgarra el corazón. Juventud y rabia no sirven como excusas.

Hizo una pausa. En el intervalo nada se movía, los ojos echaban relámpagos.

La mujer siguió con su discurso.

—El cuerpo desollado hiere la vista. La muerte ha entrado en la aldea sin haber cantado los himnos, sin cumplir los rituales. La locura cruza la mente de los jóvenes. La muerte debe salir de Canajoharie.

Los hombres enmudecieron, también los jóvenes que habían recogido el cuerpo. Las mujeres acompañaron el discurso con gestos de aprobación.

Molly miró a Tekarihoga. El jefe del clan de la Tortuga asintió.

—Quienes trajeron el cuerpo a la aldea que lo lleven fuera, y que se haga lo que está prescrito.

Los jóvenes recogieron el cadáver, reducido a costras de sangre y polvo.

Mientras se alejaban, Kanenonte habló entre dientes a sus compañeros.

—Nosotros perdemos tiempo con la vieja ley y mientras tanto nos matan a todos.

12

Guy Johnson oía crujidos en la nuca y los hombros, o mejor, el ruido de la molienda, como cuando se tritura vidrio o se camina sobre la grava. Arena entre las vértebras, algo no funcionaba, había dormido mal. El ansia le llevaba por toda la casa, de aquí para allá, punto medio entre un animal tirado de las riendas y un prisionero que intenta estirar las piernas.

Por las mañanas se despertaba y ya no tenía calma. Cada día se sentía más bajo y grueso, aplastado como bajo una prensa. Con cada hora los hombros más curvados, las piernas contraídas. El peso de la herencia de sir William.

El peso de los asuntos indios.

Aquella tarde había girado la cabeza en círculos, derecha, izquierda, luego arriba, abajo, luego de lado, con la oreja izquierda hasta casi tocar el hombro, el mismo movimiento a la derecha, pero no servía de nada: lo que estaba fuera de sitio, no se acomodaba.

Pasaba frenético de una habitación a otra, miraba por las ventanas, se sentaba al escritorio, hurgaba entre los papeles, cogía la carta del general Gage, se levantaba, volvía al tablero de dibujo. Intentaba aquietar su estado de ánimo, desahogando la tensión en una de las grandes hojas blancas. Trazaba y superponía garabatos, líneas curvas, hasta esbozar figuras humanas que enseguida le parecían siniestras, fatídicas, presagio de malos augurios. Enrollaba las hojas, se levantaba y las echaba a la chimenea.

A Guy siempre le había gustado dibujar. Por desgracia, los dibujos se habían quemado en el incendio sufrido dos años atrás. Un rayo había impactado en la casa, las llamas habían devorado la madera, la colección de mapas, los libros de la biblioteca, importantes documentos sobre concesiones de tierras. Hizo reconstruir la casa en piedra, él y su familia

habían vuelto a instalarse hacía casi un año. Ahora Guy Park era un edificio imponente, Después de las amenazas de los bostonianos, se estaban realizando obras de refuerzo.

Desde Massachusetts los enfrentamientos se estaban extendiendo y aumentaba el número de rebeldes. Se temía un ataque a Canadá, desguarnecida fortaleza de lealtad a la Corona. De ahí la orden de Gage recibida poco antes: movilizarse, partir. Atravesar los confines con hombres válidos, indios incluidos.

Sí. Pero ¿cómo decir a los mohawks que tenían que ir a combatir a Canadá mientras el valle se encontraba en agitación?

Guy era un muchacho cuando había dejado el condado de Meath e Irlanda. Había llegado a América llamado por sir William, un pariente lejano, y se había casado con su hija Mary.

Los años transcurridos en la nueva tierra ya superaban los vividos en la madre patria.

Sin embargo, sería siempre un irlandés entre irlandeses, igual que el Viejo. Si tropezaba con una raíz o se cortaba con la navaja, aún maldecía en *gaedhilge*. Cuando, pensando en algo, contaba con los dedos, decía: *aon, dó, trí, ceathair*. Su antiguo idioma.

Y su antigua fe.

Como el Viejo y muchos irlandeses de las últimas generaciones, Guy era fiel a la Iglesia de Inglaterra. La pertenencia a la fe anglicana era condición necesaria para el *cursus honorum* en los rangos del Imperio: nada de papistas entre los hombres de confianza de Su Majestad. Los papistas eran España y Francia, potencias enemigas a un lado y otro del océano. Los papistas eran una sedición plurisecular, en la más cercana y rebelde de las colonias: Irlanda.

Sir William había nacido y crecido como católico. En la Irlanda sometida, pocos parientes suyos se habían convertido en hijos del Dios inglés. Parte de la familia Johnson había apoyado la rebelión jacobita, para poner en el trono a un católico, Jacobo VII de Escocia.

Por debajo de los betunes que cubrían el casco del alma, la antigua fe bombeaba sangre al corazón. Supersticiones, fórmulas de buena suerte, pedidos a algún santo, frases del misal latino.

Tras la derrota, exiliados jacobitas habían llegado a América. En el

valle del Mohawk, puerta oriental de la Casa Larga, se había instalado una comunidad de escoceses de las Highlands. Que fueran católicos no era un misterio para nadie, y mucho menos para sir William, que les había otorgado protección. Acabaron por formar parte de la comunidad, dispuestos a empuñar las armas para defenderla.

Desde hacía treinta años, leyes internas y no escritas regulaban el mundo que sir William designaba como «Iroquirlanda». Lo que Guy temía era el derrumbe del equilibrio entre indios y blancos, Corona y colonias, rebeldes *whigs* y lealistas *tories*. El derrumbe lanzaría a América a las llamas. Ni siquiera los más sólidos muros de piedra hubieran podido proteger del incendio a su mundo, la familia, las propiedades.

Además, Mary estaba embarazada otra vez y el parto muy cercano. Después de las niñas, ahora tal vez un heredero varón, y justo en ese momento tenía que partir. La indecisión apretaba el estómago. Frente al empeoramiento de la situación, solo una persona podía ayudarle.

—¿Padre? —dijo una voz infantil.

Guy, absorto, no recordaba en qué habitación se encontraba. Había llegado allí como un sonámbulo. Miró alrededor: estaba en la biblioteca. Estanterías semivacías, los dorsos de unos pocos libros que se salvaron del fuego. En la puerta estaba Esther, la primogénita, doce años de cabellos rubios y ojos verdes.

—¿Tu madre necesita alguna cosa? —le preguntó.

—No, padre, ella está bien. Pero acaba de llegar el señor Joseph Brant, pide ser recibido. Dice que es muy importante.

Hablando del rey de Roma.

Joseph Brant no había venido nunca a Guy Park más que como acompañante e intérprete. No solo intérprete, sino puente entre ambas comunidades, unidas por el interés y la fe anglicana: junto con el reverendo Stuart había traducido al mohawk el Evangelio de san Marcos. Sin embargo, si rasgabas el velo de la Iglesia de Inglaterra, en una orilla encontrabas papistas, en la otra paganos. Dos tribus de hombres detrás de máscaras.

Joseph era uno de los hijos del acuerdo construido por sir William, una planta crecida a partir de un injerto. Mirado con recelo por los indios menos en contacto con los blancos, mirado con temor por los blancos

menos en contacto con los indios. Mirado con respeto por quienes, sobre ambas orillas, se preocupaban por mantener firme el vínculo.

El mensajero había sido descubierto y desollado vivo. A la vista de la situación, ni siquiera podían llevar una noticia a los oneidas, la más cercana de las tribus hermanas. Estaban aislados. Lo que Joseph decía convertía en urgente la obediencia a la orden recibida.

Sir John ya había dicho que no se movería de Johnson Hall. Que hiciera lo que creyera oportuno. Guy decidió que tenía que partir, llevando consigo a su familia.

—Joseph, hermano. Si esta rebelión se transformase en guerra abierta, ¿qué harían las Seis Naciones? ¿Combatirían por el rey Jorge?

—Los mohawks saben que los hijos rebeldes del rey Jorge son las mismas personas que cometen injusticias contra ellos. Gente como Jonas Klug.

—¿Y entonces?

—Las Seis Naciones no se encuentran bajo sujeción de la Corona. En nuestras lenguas, la palabra «súbdito» no existe. Sir William lo sabía. Nunca nos ha tratado como súbditos, sino como aliados.

—Sir William ha hecho todo lo posible para proteger a los hermanos indios de los colonos que amenazan sus tierras. Lo ha hecho en el nombre del Rey.

—Mi gente nunca olvidará esto. Con todo, sir William ya no está.

Guy asintió con amargura. Joseph prosiguió:

—Para convencer a mi gente de que hay que desenterrar el hacha, Warraghiyagey hubiera pedido un consejo. Hubiera hablado en mohawk. Tras largas discusiones, los *sachems* aceptarían, a pesar de los sufrimientos causados a las Seis Naciones en la guerra de hace veinte años. Perdimos hombres valiosos, perdimos a Hendrick, sin obtener mucho a cambio. Combatirían no por el Rey inglés, sino por William Johnson.

—Ahora el superintendente soy yo —rebatió Guy—. Soy un Johnson. Mi mujer es la hija de sir William, espera un niño que tal vez sea varón, heredero directo de Warraghiyagey. No conozco el mohawk, pero puedo hablar en un consejo, con tu ayuda.

—Soy el intérprete del Departamento. Si en Johnson Hall se realiza un consejo, haré mi trabajo.

—No aquí en el valle. Alarmaría a los rebeldes. Proporcionaría la excusa para un golpe de mano. Tenemos que reunir a las Seis Naciones a varias millas de distancia. En Oswego.

Joseph se tomó tiempo antes de replicar. Miró por la ventana.

—Son muchos días de viaje.

Guy siguió la mirada del indio.

—Oswego está en el centro de la Casa Larga. Las naciones participarán en mayor número. Usted es un jefe de guerra, convenza a su gente para que venga. Esta rebelión es la amenaza más grave que hayan conocido los mohawks y las Seis Naciones.

Joseph pareció meditar la última frase.

Guy calló el verdadero motivo de la elección. Oswego estaba en la vía hacia Montreal. El general Gage pedía tropas para Canadá. Si el consejo marchaba tal como se esperaba, Guy guiaría un ejército indio.

Esto a Joseph no se lo podía decir.

El cuello seguía crujiendo.

13

Ecos de martillo, repiqueteo de clavos que agujerean maderas. Estridencias de sierras, golpazos de cuadernas. Formones que tallan y garlopas que alisan. Cantos de trabajo, gritos y maldiciones.

Joseph bajó al río. Pequeños fuegos esparcían olor a brea en el aire de primavera. Llegó donde estaban los jóvenes de su clan y preguntó a Kanenonte en qué punto estaban los preparativos.

—Hemos reparado siete cascos. Los otros se caen a pedazos. Alguien encendió una pipa y se la ofreció. Joseph dio una chupada.

—Necesitamos por lo menos veinte. ¿Qué es lo que hace falta?

—Tablones —dijo Oronhyateka—. Solo quedan para tres bajeles. También botes de barniz, al menos treinta. Y cajas de clavos, todos los clavos del valle.

Joseph lo tranquilizó. Delante del aserradero de Canajoharie esos últimos días se alineaban filas de troncos: la materia prima no faltaría. En cuanto al resto, Molly esperaba un cargamento de Nueva York. Preguntó si necesitaban algo más, luego se levantó y subió por el sendero que conducía al almacén. Los ruidos de trabajos lo acompañaron por todo el barranco.

Hacía meses que no se veía tanta actividad en torno al muelle. Desde el cierre del puerto de Boston, los malos aires que soplaban en la costa sofocaban el comercio. Quienes ganaban su pan como barqueros se quedaban en seco y los barcos se pudrían en las orillas del Mohawk.

La novedad ahora era Oswego. Un consejo. Una ocasión para escuchar a oradores ilustres, encontrarse con amigos y parientes lejanos, consolidar alianzas, celebrar nacimientos y matrimonios. Fiestas, ron, juegos de azar. Y algo más importante: regalos. Para el Departamento, reunir a los indios significaba mostrar los músculos y, sin regalos en abundancia, hasta el

yerno de sir William corría el riesgo de parecer débil. El mensaje tenía que ser claro: las despensas de Johnson Hall aún estaban llenas, a disposición de los amigos fieles.

Consejo significaba negocios. Oswego era el puerto más importante de los Grandes Lagos, tierras de leche y miel, de trigo y salmones, donde los barcos ingleses nunca dejaron de atracar.

En Canajoharie hasta las familias más ricas tenían pocas reservas y la próxima cosecha se anunciaba escasa. El humo de los sacrificios no despertaba a las Tres Hermanas. Mazorca, Alubia y Calabaza estaban agotadas y san Juan también parecía hacer oídos sordos a las plegarias.

Hacían falta herramientas y semillas. Hacían falta fusiles y municiones. Quien vendía pieles no ganaba lo suficiente, aunque si subía los precios tenía que quedarse con ellas y morir de hambre pero abrigado.

Convencer a su gente no le había costado a Joseph ningún trabajo. Muchos habían acogido la noticia de la partida como promesa de un invierno más llevadero.

Cuando llegó al almacén, Joseph encontró la puerta cerrada. Llamó en vano varias veces, luego se sentó a esperar y el ansia por la partida desbordó sus pensamientos.

Un viaje largo y fatigoso. Ciento cincuenta millas apiñados en los bajeles. Por la noche, mantas húmedas y nubes de mosquitos.

Sir John se quedaría con su familia en Johnson Hall. Guy Johnson llevaría a Oswego a sus hijas y su esposa embarazada. Para los suyos, Joseph estaba pensando otro destino. No podía llevarlos consigo, ni tampoco dejarles en la granja. Sin los guerreros, el valle era poco seguro. Podían ir a casa de sus familiares oneidas, ochenta millas más al sur. En Oquaga, una aldea rica y aún lejana a los desórdenes.

El toque de una mano interrumpió las reflexiones. Joseph comprendió y se volvió sin sobresalto. Molly era más silenciosa que un halcón. Algunos blancos juraban que la habían visto convertirse en pájaro carpintero, echarse a volar y luego transformarse en mujer poco más allá. Imposible, respondía Joseph, a mi hermana le gusta caminar.

Sin duda no se había alejado del almacén para dar un paseo.

—Requisaron el cargamento de Nueva York —dijo—. Ayer por la mañana, poco antes de Fuerte Hunter.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Uno de los barqueros. Encontró un caballo y vino hasta aquí. Si

quieres hablar con él, todavía está en la posada.

—No sirve de nada. Llamaré a los guerreros e iremos a recuperar las cosas.

—Ya conoces a Guy Johnson —rebatió Molly—. Preferirá pagar otro cargamento. No quiere problemas antes de partir.

—Otro cargamento tardará semanas, las herramientas para los barcos nos sirven ahora.

—Puedo conseguir algunas cosas, para no parar los trabajos. Debes hacer algo más importante.

Joseph permaneció en silencio.

—El sueño cada vez es más claro —dijo Molly—. El guerrero que cava contigo es Ronaterihonte.

Joseph se quedó boquiabierto. No escuchaba ese nombre desde hacía mucho tiempo.

—Debes ir a buscarlo. Irá contigo a Oswego.

Joseph abrió los brazos incrédulo:

—¿Con todo lo que hay por hacer? Se precisan varios días para llegar hasta su cabaña.

—El sueño lo pide. Las mujeres están de acuerdo.

—El no obedece a los sueños.

—Pero mi hermano sí. Tú conseguirás convencerle.

Molly quitó de su muñeca derecha un brazalete de wampum.

—Llévale esto —dijo—. No podrá negarse.

14

Los contornos de las cosas aparecieron, iluminados por el asomo del alba. Una mesa, dos bancos de madera, los morillos de la chimenea, el baúl. El ritmo de la respiración era un plácido vaivén. Percibió el olor de los cuerpos bajo la piel de oso, la calidez de su mujer y de su hija.

Ecos del despertar de otros tiempos. En el refugio de madera, el hombre estaba solo. Mujer e hija ya no estaban, muertas por la sed de sangre que había arrasado la frontera muchos años antes.

Desde entonces dormía poco y siempre se despertaba antes que la luz del día. Se levantó sin hacer ruido. Echó una mirada de reojo a la imagen de la Virgen, recortada de un almanaque francés, un regalo de su viejo tutor, el padre Guillaume. El artista había dado a la Virgen una vaga apariencia india.

Cogió un libro de la mesa, se envolvió en una manta y salió. El cielo era rosado y azul. La niebla subía en bancos desde la tierra, parecía más densa por la media luz de la mañana.

El sol caía a pico cuando tres figuras surgieron de los arbustos al final del sendero. El hombre dejó de afilar el cuchillo en la correa de cuero y cogió el fusil. En los últimos tiempos, los bosques de nuevo eran peligrosos. Los colonos más aislados ya no confiaban en la puntería para protegerse a sí mismos y sus propiedades. Muchos habían levantado empalizadas, pero este hombre no era un colono y poco tenía para defender. Le bastaba el fusil.

Reconoció a los visitantes y bajó el arma.

—Ronaterihonte, soy tu hermano —dijo uno de ellos.

El hombre respondió al saludo.

—Yo también soy tu hermano, Thayendanega.

Joseph Brant presentó a los otros.

—¿Recuerdas a Jacob Kanatawakhon y August Sakihenakenta?

Los guerreros saludaron con leves inclinaciones de cabeza mientras apoyaban los fusiles.

—Han sido dos días de viaje —dijo Joseph.

El hombre abrió la puerta.

—Adelante. Hay ciervo estofado.

Joseph observó el interior de la cabaña de troncos: la madera tiznada parecía brotar de la tierra. Un estante lleno de libros recorría la pared. Reconoció *El ingenuo* de Voltaire, *Ejercicios espirituales* de san Ignacio, la Biblia y *Emilio* de Rousseau. Títulos que provenían de Nueva York, trocados por pieles valiosas.

Philip Lacroix Ronaterihonte no era un cazador de temporada: vivía en el bosque incluso en el invierno. Hacía más de diez años que se imponía un retiro insólito para un indio.

Joseph miró al viejo compañero de armas. Desde que había tomado esa decisión, poco después del final de la guerra, la amistad juvenil se había esfumado hasta perderse en el recuerdo. Se preguntó qué era lo que quedaba: un hilo tan delgado como una crin de caballo. Aún no entendía por qué Lacroix se había aparecido en los sueños de su hermana.

—Molly me ha pedido que venga.

—¿Cómo está?

—Con buena salud. Ha dejado Johnson Hall y ahora tiene un almacén en la aldea.

—¿Sus hijos?

—Crecen. Peter ya es un hombre. Vamos de cacería.

—¿Y los tuyos?

—También crecen. Susanna es una buena madre.

Joseph cogió uno de los cuencos que Lacroix había llenado con carne. Jacob y August agradecieron y empezaron a comer sin ceremonias.

Lacroix se quedó apoyado en la repisa de la chimenea. Los cabellos caían sobre sus hombros como alas de cuervo. Una cruz de madera labrada pendía sobre su pecho. Su rostro no mostraba emociones. Sus rasgos

marcados podían pertenecer a un indio o a un mestizo, tal vez al hijo bastardo de un *coureur de bois*. La edad era difícil de precisar, aunque Joseph sabía que eran coetáneos.

—¿Ya sabes lo de Massachusetts?

Lacroix no respondió.

Joseph hizo un gesto señalando el nordeste.

—Los ingleses *whigs* reunieron un ejército para combatir a su Rey. Lo llaman Ejército Voluntario. Asedian Boston y están abriendo la guerra a Canadá.

August y Jacob se habían servido de nuevo, sin decir una palabra. Joseph los había elegido por eso, eran listos y discretos. Podía confiar en ellos.

—Los colonos de Albany apoyan la rebelión. Hay riesgo de que ataquen el valle. Espías y asesinos siguen nuestros pasos. Mataron a un mensajero que habíamos enviado a los oneidas. Desollado vivo.

Joseph esperó la reacción del cazador.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Lacroix.

—Guy Johnson quiere convocar un consejo. Para pedir que la Casa Larga se alinee con el Rey.

Lacroix echó otra rama seca al fuego.

—Has dicho que te lo había pedido Molly.

—Sí. Ha tenido un sueño.

El otro asintió, como si se esperase oír esas palabras. Joseph le enseñó el brazalete de wampum.

—Me ha dicho que te devuelva esto.

Lacroix lo cogió con las dos manos, mirándolo largo rato. Las conchas blancas y negras formaban rombos y lunas en torno a una cabeza de lobo. Un botón dorado se destacaba en la trama. Provenía del uniforme del ejército francés: el uniforme de un tamborilero.

Joseph sabía que ese objeto era la prenda de adopción en el clan del Lobo. Lo había trenzado Molly, para el muchacho que los sacerdotes franceses habían bautizado como *Philippe* Lacroix. Los mohawks le habían dado el nombre de un caído: Ronaterihonte, «es fiel», y una madre viuda a quien acudir. El brazalete representaba la nueva vida, esa que la misma Molly le había entregado al sustraerlo de la venganza de los guerreros. Joseph recordaba ese día, aunque era casi un chiquillo. El día de la muerte de Hendrick y de la herida en el costado de Warraghiyagey. La batalla en el

lago George le valió el título de baronet a William Johnson.

Philip aprendió el idioma con rapidez: en la misión donde había crecido vivían muchos caughnawagas, que hablaban una lengua parecida al mohawk. Juntos, Joseph y él habían recibido la iniciación guerrera y combatido codo con codo hasta el final del conflicto, como jóvenes lobos. Una vez acabada la guerra, sir William había enviado a estudiar a Joseph y se había unido con su hermana. En cambio Philip había tomado una esposa y había tenido una hija. Una breve pausa de serenidad.

Después de la tragedia, había hecho cosas terribles. Desde entonces, los hurons y los abenakis lo llamaban *le Grand Diable*.

Un día se había presentado ante Molly y, sin decir palabra, le había entregado el brazalete de wampum, renunciando a la vida que le había sido donada. Se había marchado de allí. Regresaba a Canajoharie un par de veces al año, para vender pieles, mirado con temor por quienes habían conocido la guerra y con reverencia por los jóvenes, atraídos por la leyenda.

—Molly dice que ya es hora de que vuelvas a la nación. Dice que el sueño significa eso.

El cazador se sentó en una vieja silla estropeada, seguía mirando la cinta de conchas.

Cuando Lacroix alzó la mirada, Joseph sintió inquietud.

—Partiremos con la luna nueva. El consejo se realizará en Oswego.

Había dado el mensaje. Ahora tenía prisa por emprender el viaje de regreso: faltaban pocos días para la partida y todavía había mucho por hacer.

Hizo señas a Jacob y August para que se levantaran.

—Regresamos a la aldea. Gracias por la comida.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, Joseph se volvió.

—Molly querrá saber tu respuesta.

Lacroix asintió otra vez.

—Dile que quisiera que mis sueños fueran tan claros como los suyos.

15

—Hemos recibido el Juego gracias al Dueño de la Vida, en el inicio de los tiempos. Nuestros antepasados lo jugaron tal como Dios había prescrito y de ese modo lo seguimos jugando.

Johannes Tekarihoga hizo un amplio gesto con la mano derecha. El brazo y el hombro, al desnudo, aún eran vigorosos. El cuerpo, envuelto en un manto azul profundo con bordes en concha, tenía seis pies de altura. Los jugadores juntaron las manos a la altura del corazón e inclinaron la cabeza. El viejo continuó, seguido por todos los demás.

—Padre nuestro que estás en los cielos…

El anciano *sachem* concluyó la plegaria, levantó la cabeza, exhortó a los guerreros con pocas palabras.

—Que el juego sea duro, pero noble. No perdáis la cabeza.

El campo, el único sin cultivar, bajaba en suave declive hacia el río Mohawk, no muy lejos de los grupos de casas que formaban la aldea. Dos facciones lo ocupaban, unos treinta hombres en cada bando.

Peter Johnson pensó que un detalle contradecía las afirmaciones del anciano. El Dueño de la Vida, al inicio de los tiempos, había prescrito que se jugara baggataway desnudos, con pinturas de guerra. Ahora todos tenían sus piernas cubiertas con perneras de cuero, algunos llevaban camisas.

Al inicio de los tiempos, además, nadie hubiera recitado el Padrenuestro.

Tekarihoga entornó los ojos, susurró unas palabras y lanzó la pelota al aire, justo en medio de los contendientes.

Uno de los palos la golpeó de lleno. El guerrero lanzó un largo grito, una cacofonía de voces invadió el campo de juego. Las facciones se entremezclaron, una sola masa vibrante, horda en estampida.

La pelota cayó rodando, pronto alcanzada por el tropel de jugadores. Se desató una refriega salvaje. Madera contra madera. Madera contra hueso. Por fin, el objeto de la disputa fue arrancado del amasijo de miembros e impulsado a gran velocidad hacia la meta. En carrera desenfrenada, Peter llegó hasta el fugitivo, le echó una zancadilla y pegó con todas sus fuerzas la punta del palo contra la bola de piel de ciervo. El tiro fue impresionante, pero mal orientado. La pelota llegó al límite del bosque con trayectoria recta y alta. Los jugadores se lanzaron a correr gritando y agitando los palos, pero advirtieron una presencia en el borde del campo de juego. El grupo se detuvo, las voces se fueron apagando hasta el silencio.

El hombre se agachó hasta la pelota que estaba a sus pies y la lanzó a Tekarihoga. Sin embargo, el juego no prosiguió. Los jugadores parecían encantados.

Peter miró al viejo *sachem*: asentía con aire solemne.

Molly esperaba con los brazos cruzados, de pie en la puerta del almacén. A poca distancia, mujeres curiosas, con niños en su seno o sentados sobre una faja en bandolera.

Los ojos de la mujer centellearon. Lo estaba esperando.

—Salud, Degonwadonti.

—Salud, Ronaterihonte. Adelante, el agua hierve en el fuego.

Molly ordenó a la criada que preparara té, luego hizo tomar asiento a Philip en un sillón tapizado en cuero negro, de brazos altos, confortable y lujoso. Hacía mucho tiempo que el trasero y la espalda del cazador no reposaban sobre algo tan blando. La comodidad tenía un toque sensual, casi obsceno. Lacroix se abandonó dentro de aquel abrazo. Dejó que las vértebras se acomodaran, que sus codos cayeran inertes en la madera curvada y lustrosa, que nalgas y muslos se hundieran sin hacer presión. Dejó pasar minutos vagos y soñantes, hasta que el aroma del té lo despertó. Encontró entre sus manos un platillo y una taza humeante.

—¿Azúcar? —preguntó la criada.

—Sí, gracias.

Azúcar. Quizá la lengua todavía conservase algún recuerdo. La criada terminó sus tareas y salió.

El hombre y la mujer bebieron los primeros sorbos. La punta de la lengua de Philip dio la bienvenida al sabor. La acogida del azúcar disuelto

fue muy grata, toda la boca realizó una compleja ceremonia. Philip no pudo contener un suspiro. El placer, una bestia indómita.

Después de unos minutos de silencio, Molly habló.

—No he sido yo quien te ha llamado, Ronaterihonte. Quien te llama es la nación, lo dicen los sueños.

Philip bebió otro sorbo. La taza le calentaba las manos.

—La nación te ha adoptado y te ha devuelto a la vida —prosiguió Molly—. Ahora te necesita. En los sueños de nuevo estás junto a mi hermano.

—¿Cómo podría ayudar a la nación? —preguntó el hombre de los bosques.

—El sueño aún no se ha revelado, algo permanece en sombras. Solo puedo decirte esto: debes ir a Oswego con Joseph y los guerreros.

—Ya no soy un guerrero, Molly Brant. Ya no soy nada.

—Tú eres un mohawk, y los mohawks están sufriendo.

Molly hizo una pausa, convocó y reunió las palabras, les pasó revista y por fin las puso en marcha, una tras otra:

—Nuestro nombre corre el riesgo de desaparecer, las fauces del tiempo ya han devorado linajes enteros. Nuestra tierra es invadida o robada, un invierno de carestía caerá sobre este valle. Yo me quedaré en la aldea, porque mujeres, ancianos y niños me necesitan, pero el futuro de la nación depende de lo que sucederá lejos de aquí. Tú y Joseph sois parte de ello. —Se interrumpió y sonrió—. Debes confiar en los sueños.

Philip se reclinó en el sillón y llevó la taza a sus labios, en tanto un susurro se insinuaba en sus oídos.

Bienvenido, Ronaterihonte. El círculo debe cerrarse. El viaje tiene que comenzar.

16

—Mujer del Cielo tuvo una hija, que fue fecundada por el viento occidental. Aún en el vientre, los dos nietos de Mujer del Cielo discutieron acerca de la forma de nacer. Gemelo Izquierdo no quería hacerlo de la manera normal. Se abrió paso para salir por la axila de la madre y de ese modo la mató.

Molly miró el rostro de Peter en el espejo y deslizó la navaja de afeitar sobre la piel. El muchacho estaba sentado con las piernas cruzadas, inmóvil, su pequeña hermana Ann aferrada a una pierna.

—Los gemelos enterraron a su madre —prosiguió Molly—, que se convirtió en Madre Maíz, de donde surgieron Calabaza, Alubia y Mazorca, las Tres Hermanas que mantienen la vida. Del corazón nació el tabaco, que se usa para enviar mensajes al Mundo del Cielo.

Rasuró ambos lados del cráneo. Quedó una larga cresta de cabellos oscuros recogidos por un lazo rojo. El espejo reflejaba la imagen de un guerrero joven, apuesto y fuerte. Carnes bien formadas, huesos bien alineados. Los ojos de la nación podían complacerse. Los espíritus de los antepasados lo protegerían.

—Los gemelos continuaron retándose. Derecho creó las hermosas colinas, los lagos, las flores y las criaturas amables. Izquierdo los despeñaderos y los rápidos, las espinas y los predadores. Derecho era sincero, sensato, de buen corazón. Izquierdo mentía, amaba combatir, tenía carácter rebelde y recorría senderos complicados. Y puesto que Derecho ha creado a los hombres, es conocido como nuestro Creador y el Dueño de la Vida. No hay que olvidar nunca honrarlo con plegarias, recita los Salmos cada noche.

Se calló y contempló al muchacho. Sir Wiíliam se hubiera sentido

satisfecho. Su hijo iba a Oswego, a su primer consejo. El cabello cortado al estilo tradicional, cintos de wampum para dar testimonio del linaje. Un verdadero mohawk, dirían todos. Sabía también las lenguas y la ciencia de los blancos. El verdadero heredero de Warraghiyagey.

—Tu padre estaría tan orgulloso de ti como yo lo estoy.

El muchacho se miraba en el espejo. Giró la cabeza, alzó la barbilla, bajó la frente para evaluar el efecto.

—Falta algo —dijo.

Se levantó, apartando a la niña con una caricia, y cogió el fusil. Se volvió hacia el espejo más grande, colgado en la pared. Con el arma a su lado, la imagen era perfecta. El muchacho se sonrió a sí mismo.

—Es un regalo de tío Joseph. —Deslizó la mano sobre el cañón liso y oscuro—. Es precioso.

—¿Con eso cazarás ciervos, Peter? —preguntó su pequeña hermana.

—Sí, y también voy a defender nuestro valle. —El muchacho pareció meditar las palabras que acababa de pronunciar—. ¿Quién ha inventado el fusil, madre? —preguntó—. ¿Gemelo Derecho o Gemelo Izquierdo?

—¿Quién, madre, quién? —intervino Ann con voz chillona.

Molly apareció por detrás de su hijo. Puso una mano en la cabeza de la pequeña.

—Nada de lo que ha hecho uno puede existir sin lo que ha hecho el otro. No puedes caminar al sol sin hacer sombra. Y la sombra también es útil, cuando el sol es muy fuerte.

—¿Entonces, ha sido Izquierdo? —insistió Peter.

—Hijo obstinado —dijo Molly con una sonrisa—. Sabes muy bien que la habilidad del hombre blanco ha hecho el fusil, los violines, los microscopios y otras cosas que te gustan. —Arrugó la frente—. Pero no sé si en la mente del primer armero, el fusil ha sido puesto por Dios o por el diablo.

—El diablo, señora, el diablo sin duda.

Juba había entrado en la habitación, ligera y silenciosa. Se detuvo a mirar al muchacho, que tenía en brazos a Ann. La niña jugueteó con la cresta que coronaba el cráneo. No había nada que le importara más.

La criada negra buscó con sus ojos la aprobación de Molly, luego colocó sus manos en la cabeza del joven y murmuró frases de bendición en un idioma desconocido. Una vez acabadas, volvió a mirar a la matrona del clan del Lobo.

—Trae el regalo —le ordenó Molly.

—¿Un regalo? —dijo Peter mientras se desprendía del abrazo de Ann.

—El fusil que tu tío Joseph te ha regalado no es lo único que te puede hacer falta.

Cuando Juba regresó con la caja, Molly sacó de ella un estuche de violín.

El muchacho dio un salto. Un violín nuevo. Hubiera querido echar sus brazos al cuello de su madre, pero ya no era un niño. Cogió el instrumento con delicadeza y tanteó su peso, pellizcó las cuerdas, aspiró el olor de la madera brillante.

—La música te hará compañía durante el viaje —dijo la madre—. Aprenderás nuevas canciones y muchas cosas más.

—¡Toca la canción que me gusta, Peter! —le suplicó Ann—. ¡Sí, tócala!

Su hermano no se hizo rogar. Agitó con rapidez el arco y la niña empezó a balancearse al ritmo del reel.

Molly miraba la escena, ocultando su preocupación detrás de una sonrisa. Muchos pensamientos llenaban sus días, y los sueños por las noches. William había dado a Peter educación y conocimientos, pero no había vivido lo suficiente para iniciarlo en la guerra. Ahora tocaba a Joseph completar su obra, hacer de él un guerrero. El momento habría de llegar en breve. Orgullo y temor se retaron en el ánimo de la mujer, prometiéndose una eterna batalla.

En el sueño, Peter también tocaba el violín, mientras William decía algo en la lengua de sus padres. Si hubiese podido entender aquellas palabras, hubiera podido despedirse del muchacho con más calma.

Un pequeño remolino de niños invadió la habitación con gritos vivaces. Peter los acogió con los brazos abiertos y dejó que lo tiraran al suelo.

Molly miró a sus hijos forcejear y rodar por los suelos, reír y bromear. El tiempo de juegos ya se estaba acabando, y no solo para Peter.

Una sombra se cernía sobre el valle, rozaba sus márgenes. La tarea que le tocaba a Molly no sería fácil: custodiar la tierra de los antepasados, proteger a los hijos de la nación como si todos fueran suyos.

17

Joseph no pudo ver quién dio la señal, pero la multitud comenzó a bajar lenta hacia el río, Guy Johnson a la cabeza del grupo, Daniel Claus a su lado. Joseph se quedó a un lado y dejó que la fila pasara para controlar que no faltara nadie.

Ciento veinte personas de piel blanca. Los funcionarios del Departamento Indio y parte de los Highlanders. Noventa guerreros mohawks. Johannes Tekarihoga. Familias con mujeres y niños. Treinta bajeles con carga completa. Armas y herramientas, barriles de pólvora, barras de plomo y moldes para balas. Provisiones, sacos de maíz, carne de cerdo salada, ron.

En medio de la multitud, un grupo de mujeres acompañaba a Mary Johnson, barriga prominente, aferrada al brazo de su hermana Nancy. Las hijas más pequeñas iban cogidas a la falda de su madre, como si tuvieran que llevar una cola hasta el altar. Esther, la mayor, caminaba dos pasos por detrás. Las criadas blancas y africanas apretaban correas de los morrales o esperaban apartadas. Guy no había querido que su esposa embarazada y las niñas se quedaran en casa. Las quería junto a él, donde pudiera protegerlas.

Sir John había venido para despedir a la expedición. Estrechó primero la mano a su cuñado.

—Buena suerte. Dios les proteja y acompañe en el camino.

—Y le ayude a defender nuestras tierras —respondió Guy.

Delante de muchas casas había palos clavados en diagonal en el terreno, señal de que la vivienda estaba vacía y los espíritus castigarían a quienes se atrevieran a acercarse.

Frente al almacén, Mary Johnson advirtió que un corrillo de mujeres se abría. Apareció Molly Brant, la pequeña Ann en brazos. La india levantó

una mano en señal de saludo. Mary sintió que la criatura que llevaba en su seno se movía. Se llevó las manos al vientre.

Esther vio toda la escena. Los ojos de aquella mujer en la barriga de su madre, el vago gesto con la mano. Creyó estar ante un castillo de naipes en el instante previo a la caída. Se acercó a su madre y apretó con fuerza un pliegue de su falda. Hubiera querido suplicarle a su padre que se detuvieran, que no dejara que todo se precipitase, pero se quedó callada.

La comitiva pasó por delante de Molly, que desde la galería observaba inmóvil. Cuando Joseph acabó de subir los peldaños, Peter apareció a su lado. El muchacho estaba preparado para el viaje, chaqueta de cuero, cuerno y fusil en bandolera. Molly miró a su hijo con resignación, acarició su rostro joven, el suave roce se transformó en un agarrón de la cresta. Peter apretó los dientes. Molly lo liberó y se dirigió a Joseph.

—Guíalo con sabiduría.

Se abrazaron.

El muchacho besó a su madre y corrió para alcanzar a los demás. Sus ojos brillaban. Filadelfia y los años estudiantiles no eran nada frente a la aventura que lo esperaba.

El último en recibir el saludo de Molly fue Philip Lacroix, al final de la fila. Respondió con un movimiento de la cabeza, sin necesidad de palabras.

Joseph divisó tres figuras inmóviles al borde de la pendiente. Susanna había traído a los niños para despedirse.

Tocó sus frentes de una en una, a modo de bendición que les protegiera de todos los males del mundo.

Isaac tenía los ojos húmedos. Lágrimas contenidas a duras penas, la mirada rabiosa.

—Quería ir contigo —dijo Susanna—. Algunos llevan a su familia —añadió enseguida.

Joseph comprendió el mensaje velado y endureció los rasgos del rostro.

—En Oquaga estaréis más seguros. —Acarició a Christina sin poder sonreír, luego miró a Susanna—. Cuida de mi madre.

Se volvió y bajó hacia la costa, donde Butler y su hijo supervisaban el embarque. A medida que los hombres subían a bordo, los bajeles dejaban la orilla. Por último quedaron Joseph, Lacroix, los Butler y los fieles del clan del Lobo. Empuñaron pértigas y canaletes y llevaron la barcaza hacia el río. El viaje a Oswego se iniciaba a contracorriente, remontando el Mohawk. Setenta millas hasta Fuerte Stanwix, primera gran parada en medio del

trayecto.

Joseph miró la perezosa estela del bajel y pensó en los que partían y los que se quedaban. El sol atravesaba las nubes. Cada elemento del paisaje estaba empapado de lluvia. Los miembros de los hombres, la madera de la Casa Larga y de las cabañas, los campos de centeno y maíz, los huertos de alubias y calabazas. Observó el despliegue de castaños en los suaves declives que llevaban a la primera curva del río. Tuyas frondosas, alerces puntiagudos. Todo se perdía de vista, a sus espaldas.

El reverendo Stuart decía que recitar el Padrenuestro cerraba el paso a las tentaciones del demonio. Nada malo podía pasar si la plegaria que nos enseñó Nuestro Señor ocupaba la mente; en caso contrario, se afrontaría la desventura en estado de gracia. Pocos tomaban al pie de la letra los consejos de Stuart, pero en medio de las aguas, las palabras del padrenuestro brotaron en los labios de indios y blancos. Joseph cerró los ojos, levantó su rostro al cielo. Rayos de sol lo iluminaron. Pidió a Dios que protegiera a su familia.

En las orillas, los colonos asistían al éxodo de los mohawks de Canajoharie. Los niños saludaban con la mano, los adultos observaban complacidos. Joseph intuyó que, para muchos, ver su partida era un alivio.

La flotilla siguió avanzando impulsada por pértigas y remos.

Joseph recordaba bien el trayecto. Lo había recorrido otras veces, junto a sir William. Primero para la guerra con los franceses, después cuando el superintendente había ido a firmar la paz entre la Corona y el gran jefe Pontiac.

Allí donde los afluentes arenosos se vertían al Mohawk, islotes y escollos estrangulaban la corriente, formando rápidos impetuosos. Varias veces tendrían que descargar los bajeles y continuar por tierra, arrastrándolos desde la orilla con gruesas guindalezas.

Para sortear los precipicios rocosos de Pequeños Saltos era necesario cargar a hombros las barcas, ascender media milla por el bosque y reencontrar el agua.

Joseph no temía por sí o por sus compañeros: muchos se habían ganado la vida como barqueros. Pensaba en las mujeres y en los niños, que nunca habían salido de sus casas ni siquiera por un día.

Guy Johnson se volvió para buscar a su esposa e hijas. Un par de bajeles más atrás, Mary se sujetaba con fuerza al borde de la barcaza, los ojos clavados en las niñas acurrucadas a sus pies. Nancy y las criadas en ambos lados.

Guy dirigió la mirada a Daniel Claus, sentado junto a él, uno de los pocos que conocía el verdadero motivo del viaje. Llevó una mano al bolsillo de la casaca, donde tenía la carta del general Gage. Una jugada arriesgada: primero obtener una clara declaración de fidelidad al Rey por parte de los *sachems* y, llegados a ese punto, exigir que cumplan con su deber de aliados. Exhibiría la orden enviada por el más alto representante del rey Jorge en América y llevaría a la batalla a los guerreros de las Seis Naciones. Demostraría estar a la altura de sir William.

Escuchó el silencio, quebrado tan solo por el ruido de los remos y las voces de quienes guiaban los bajeles. Algo era seguro: el río de la existencia dejaba el viejo lecho a sus espaldas, para correr hacia una nueva dirección.

18

Se estaban marchando. Los Johnson con criados, comisarios y amigos salvajes. Solo el demonio sabía hacia dónde, aunque no tenía importancia. En cualquier caso, ese era un gran momento. A juzgar por los preparativos, pensaban estar fuera mucho tiempo. Klug sintió que se abría un hueco en su pecho, como si le hubieran quitado una piedra del hueso. Bebió un trago de cerveza y ron, se limpió la boca con la manga.

Miró por la ventana, hacia el río. La vista estaba obstruida por una hilera de álamos. Detrás, las tierras de sus incómodos vecinos. Imaginó un valle sin indios, sin ricachones papistas compinchados con los linajudos, solo gente honesta que trabajaba. Gente como él.

Brazos, espalda y piernas aún le dolían. Los moratones pasaban del azul intenso al rojo al amarillo. Y también sus sentimientos cambiaban de color: del verde pálido del miedo al morado encendido de la rabia. Había ido a denunciar a Brant y a los otros salvajes. El abogado se lo había garantizado: había firmado bajo amenaza, no valía nada, los jueces sin duda se pronunciarían a su favor.

Klug dio gracias a Dios. Los jueces, gente sensata, al menos en la colonia de Nueva York. No como en Londres, allí había uno al que se le había metido en la cabeza liberar a los negros. Y los negros lo sabían. La voz corría de una granja a otra. Se los oía balbucear palabras sin sentido, entonar esos cantos que a lo mejor eran mensajes ocultos. Se pasaban informaciones, se ponían de acuerdo para escaparse. Si ponían un pie en Inglaterra, se convertían en hombres libres. Y ellos lo intentaban. Se escapaban de verdad. Ya le había pasado a Windecker, a Deypert y al doctor Heyde. Cortarle la lengua a todos, así había que resolver el problema de los negros; a fin de cuentas, tenían que romperse la espalda, no

pronunciar sermones.

Klug sacudió la cabeza. ¿Y los *tories*? ¿Qué era lo que decían? ¡Ellos también tenían esclavos!

Klug sintió que el odio le crecía dentro. Era hora de que eso se terminara. Esa gente se había pasado de la raya. El ejército del Rey bloqueaba los barcos en los puertos, requisaba cosas, mandaba a prisión a los que abrían la boca. Los bostonianos tenían razón. Los lealistas tenían que ser echados a fusilazos, devolverles al mar.

Los Johnson comprarían a los salvajes a fuerza de ron, y los lanzarían contra otros blancos, contra otros cristianos. No, no era posible quedarse mirando, poner una alfombra roja, decir adelante, haced como os plazca.

Klug tomó la decisión. A la próxima reunión del comité iría también él. Contaría lo que le habían hecho los salvajes. La próxima vez que se atrevieran a tocarlo, mucha gente cogería su fusil por Jonas Klug.

19

Los hombres del Departamento tomaban su cena sentados en semicírculo, demasiado cansados hasta para hablar. Navegaban hacía ya diez días y las huellas del viaje se veían en los rostros de todos. Al caer la tarde, el convoy había acampado en una ribera escarpada. Habían montado las tiendas y encendido los fuegos. Un racimo de calor y luz tenue, enraizado entre árboles y rocas.

Comida y ron reponían fuerzas. Cuando Cormac McLeod llegó al grupo, el humo de cigarros y pipas se entremezclaba con el de la hoguera.

El escocés tenía gesto serio. Llenó un plato y empezó a comer.

—¿Cómo se encuentra su esposa, señor Johnson?

—No muy bien —contestó Guy—. Este viaje nos está fatigando mucho.

Mientras encendía la pipa, Joseph Brant observó al caballero irlandés. La corpulencia que abultaba sus ropas era menos acentuada, el rostro enrojecido por el sol.

—Me pregunto qué posición tomarán los oneidas —añadió Guy Johnson, como si quisiera apartar las preocupaciones respecto a su esposa.

—Asistirán al consejo, pero no se alinearán —comentó Claus con tono aburrido.

—Pueden apostar por ello —añadió Butler—. Son unos cobardes. Es probable que hayan sido ellos quienes entregaron al mensajero a los rebeldes. —Hizo un movimiento brusco con la mano—. Se harán los tontos, y también los onondagas y todos los demás. Pero si les ofrecen más ron que los malditos *whigs* y les regalan toda la pólvora negra que quieran, ya verán cómo los tendrán detrás.

Johnson intentó replicar, pero McLeod intervino brusco.

—Me basta con que lleguemos sanos y salvos al consejo.

—¿Por qué dice eso?

El escocés lanzó una mirada a la noche que envolvía a los árboles.

—Estos bosques no son seguros. Un convoy de barcas es un blanco fácil.

—¿Teme una emboscada?

—Los rebeldes pueden haber comprado una tribu de los alrededores.

Guy Johnson se dirigió a Joseph.

—¿Qué piensa nuestro intérprete? El indio sacudió la cabeza.

—Nadie hará nada antes del consejo.

—¿Ha oído, señor? —intervino Butler—. Aún es pronto para preocuparse por la cabellera.

El escocés encorvó la espalda, cubriéndose con una manta.

—Me sentiré más seguro una vez superado el Gran Cruce.

Joseph se dio cuenta de que Peter escuchaba con atención. Se levantó e hizo señas al muchacho de seguirle. Harían juntos el primer turno de guardia.

Le llevó hasta el fuego de los guerreros ancianos para recibir la bendición de Tekarihoga. Ellos también estaban sentados en círculo y fumaban. Algunos, vencidos por el sueño o por el ron, roncaban bajo las estrellas. El viejo *sachem* era uno de ellos.

Prosiguieron hasta el puesto donde estaban Kanatawakhon y Sakihenakenta. Joseph les dijo que se fueran a descansar. Antes de irse, los guerreros indicaron una silueta oscura debajo de un viejo sauce. Peter se puso alerta, pero su tío le hizo señas de que se encargara del fuego.

Lacroix era una sombra que olfateaba el aire.

—¿Qué pasa? —preguntó Joseph cuando estuvo junto a él.

—No somos los únicos que hemos encendido fuegos.

Señaló las copas de los árboles. Joseph vio un hilo de humo claro, apenas perceptible, a menos de una milla.

—¿Cazadores?

—Tal vez.

Joseph regreso a la hoguera. Peter había preparado té negro. Bebieron en silencio, sosteniendo las humeantes tazas con las dos manos, para calentarse.

—¿Tío Joseph?

—¿Qué?

Peter señaló la sombra debajo del árbol.

—Combatieron juntos, ¿verdad?

—Tu padre nos llevó a la guerra. Teníamos tu edad.

—¿Y luego qué?

—Su esposa e hija fueron asesinadas después de la guerra. Desde entonces se ha retirado a los bosques.

—¿Por qué le llaman el Gran Diablo?

Joseph sabía que en algún momento iba a tener que responder a esa pregunta. Todos los jóvenes guerreros quedaban impactados por Lacroix.

—Es un nombre que le han dado sus enemigos. Se dicen muchas cosas sobre él. Se ha vengado por sí mismo.

Durante largo rato el crepitar del fuego fue el único ruido.

Luego Peter hizo una pregunta que Joseph no se esperaba. Permaneció callado, mirando el fondo de la taza, como si allí se pudiera leer la respuesta.

Por fin dijo:

—Sí. Es mi amigo.

20

Después de tres semanas, el convoy estaba a la vista de Fuerte Stanwix. Joseph había estado allí siete años atrás. Había acompañado a sir William para firmar el tratado más importante. Los *sachems* y los representantes de la Corona habían fijado el límite más allá del cual los colonos blancos no se podrían instalar: el río Unadilla, desde Fuerte Stanwix hasta Pensilvania.

Joseph recordaba la mole del fuerte en lo alto del terraplén, los cuatro bastiones y la empalizada a su alrededor. Pocas construcciones de troncos eran tan sólidas e imponentes, pero la guarnición británica estaba en ruinas desde hacía algún tiempo. Un par de inviernos de abandono habían acabado con el orgullo de la zona: las contraescarpas podridas, las casamatas desvencijadas, los baluartes desmoronados en el foso.

El convoy haría una parada por unos días. Los bajeles hacían agua. Poner estopa en las junturas ya no servía, necesitaban brea y barniz. Una parte de las provisiones estaban estropeadas, tenían que arreglárselas con caza y pesca. Era preciso templar fuerzas y espíritu para afrontar el Gran Cruce, atravesando cuatro millas de sendero cenagoso que llevaban hasta la otra vertiente, de las aguas del Mohawk a las del Wood Creek.

Por detrás de la explanada se entraba en territorio oneida. Una delegación venía hacia el fuerte para dar la bienvenida a Guy Johnson y asegurar una masiva presencia en el consejo de Oswego.

Guy organizó deprisa una comisión de acogida, compuesta por Daniel Claus, Joseph Brant y Peter Johnson.

En la comitiva que se acercaba, Joseph pudo reconocer al *sachem* que había celebrado el funeral indio de sir William. Shononses. Su presencia era un hecho inesperado. Diez guerreros lo escoltaban. Llevaba un traje muy valioso y plumas de pájaro enlazadas en la cresta de cabellos.

—Soy su hermano, Uraghquadira —dijo.

Para recibirle como correspondía, Guy Johnson había desempolvado el uniforme rojo con entorchados dorados.

—Yo también soy su hermano, Shononses. Su visita es un honor para nosotros.

Joseph lucía un traje elegante y bastón de paseo. Recibió el saludo de los guerreros.

—El río ha traído noticias de su llegada —continuó el jefe indio—. Antes de partir hacia el consejo, decidimos venir para desearle un buen viaje. El río dice que con ustedes está le *Grand Diable*.

—Sí —confirmó Guy.

Un murmullo se escuchó entre los oneidas.

—¿Recuerda al hijo de Warraghiyagey? —añadió—, Peter Johnson. Es su primer consejo.

Los oneidas saludaron al muchacho.

—¿Dónde está le *Grand Diable*? —preguntó Shononses.

Joseph hizo un gesto a Guy Johnson y salió en dirección al río.

Lacroix estaba sentado con los jóvenes guerreros. Limpiaban los fusiles y llenaban los cuernos con pólvora negra.

—El *sachem* de los oneidas ha venido a saludarnos. Quiere verte.

Lacroix se puso de pie.

—No te sientes junto a los oneidas —susurró Jethro Kanenonte.

—No te fíes de ellos —insistió Oronhyateka—. Te tienen miedo y te quieren halagar como mariquitas. No vayas.

Joseph le apuntó con el puño del bastón.

—Ten más cuidado con tu lengua.

El joven no se inmutó, adquirió un tono provocador.

—Joseph Brant sabe que los oneida son insidiosos. Ellos entregaron a Samuel Waterbridge a los rebeldes, harán lo mismo con nosotros. No tienen honor.

—Cállate —gruñó Joseph—. Mi mujer y mis hijos son oneidas. Los oneidas son nuestros hermanos. No quiero problemas antes del consejo.

Los guerreros callaron y siguieron limpiando las armas. Joseph y Lacroix se alejaron.

Shononses comenzó con un largo panegírico del difunto sir William, como si tuvieran que darle sepultura otra vez. Se ofrecieron alimentos y bebidas, en tanto Claus improvisaba un discurso de bienvenida, que Joseph

tradujo con fastidio. No soportaba el acento del alemán, era como el rumor de una pluma dentro de los oídos.

Los oneidas habían traído cintos de wampum, pieles de castor y mantas variopintas. Guy Johnson devolvió el gesto con pólvora negra, cuchillos y cuerdas. Solo después del intercambio de regalos afrontó la cuestión. Habló de la unidad de las Seis Naciones, de la importancia del consejo, de la necesidad de apoyo recíproco entre los mohawks y sus hermanos menores oneidas.

Joseph pensó que el discurso era bueno, pero faltaba algo. Le pareció percibir un movimiento, una figura conocida. El fantasma de sir William estaba sentado con ellos junto al fuego. Escuchaba y observaba con curiosidad.

Shononses estuvo de acuerdo con la necesidad de permanecer unidos pero proclamó la neutralidad de los oneidas. Un conflicto entre ingleses no podría nunca concernir a su pueblo. La respuesta del *sachem* dejó a todos insatisfechos.

Guy Johnson no pareció sorprendido.

—También en tiempos de la guerra franco-india los oneidas se presentaron aquí y se declararon neutrales —murmuró al oído de Joseph—. Sin embargo, sir William convenció a muchos de ellos. Incluso llegaron a bautizarse.

Fue el turno de las anédotas de guerra. Las historias se mezclaban con el humo que subía hasta perderse en la débil luz del crepúsculo.

Joseph buscó de nuevo el espectro sentado a un lado del círculo, detrás de las llamas, pero no vio nada. Si Molly hubiese estado allí, hubiera podido preguntarle, pedirle consejo.

Más tarde, en el ocaso, acabó paseando entre las ruinas del fuerte. Bajo el último resplandor de occidente los bastiones desmoronados parecían esqueletos de animales gigantescos.

Entre los grupos de hombres que vivaqueaban pudo distinguir algunos oneidas que vacilaban alegres. McLeod servía ron de una barrica. Cuando vio a Joseph sonrió y se golpeó el pecho.

—Ya son de los nuestros.

Joseph siguió adelante, pero tropezó con el capitán Butler. El irlandés señaló el bebercio:

—En definitiva, quien tenga más ron gana la guerra. Lo demás son tonterías —dijo agitando su mano.

El indio aceptó el cigarro que le ofrecía. Butler se agachó para coger un tizón de la hoguera más próxima y se lo acercó.

—¿Usted también está seguro de que todo va a salir bien?

Joseph permanecía callado. Los blancos solían hacer preguntas y responderse a sí mismos, por el gusto de escuchar sus propias palabras. Butler dio un par de caladas y prosiguió.

—Si los oneidas se echan atrás, convencer a las otras Naciones será muy difícil. Sobre todo a los senecas, yo los conozco bien. Son un hueso duro, detestan a los ingleses, pero solo ellos pueden alinear a mil guerreros.

Joseph pensó que el viejo oficial tenía razón. Más allá del recinto exterior del fuerte, la oscuridad de la noche se hacía impenetrable.

21

Los guerreros se detuvieron en el margen del torrente. Alguien pisó la tierra cenagosa del lecho. De la montaña solo bajaba un hilo de agua.

Joseph cruzó su mirada con Sakihenakenta. Se volvió hacia Lacroix, que miraba el bosque de la otra orilla.

—¿Dónde está el río? —preguntó la voz de Peter detrás de ellos.

Joseph se quedó callado. Tenía que pensar.

Estaban haciendo un reconocimiento, para abrir camino a la expedición, que se preparaba para atravesar el corredor entre el Mohawk y el Wood Creek. Ese tramo era Deowainsta, el Gran Cruce de Canoas. Cuatro millas de bosque, las pertenencias a cuestas, barcas llevadas sobre rastras de madera. Tardarían por lo menos dos días. Pero sin el río, se quedarían varados.

—Podemos ir río abajo hasta encontrar agua —sugirió Sakihenakenta.

Joseph sacudió la cabeza.

—Con la carga es mucho esfuerzo.

Si regresaban con la noticia de que no había agua para hacer navegar los bajeles, muchos renunciarían al viaje y volverían a sus casas. Joseph no lo podía permitir.

—No es período de sequía. Un río no desaparece de un día para otro.

Lacroix señaló la montaña.

—Pero troncos y barro pueden retenerlo por mucho tiempo.

Peter comenzó a subir por el barranco rocoso.

—Vayamos a buscarlo —dijo.

La respuesta al misterio apareció una hora más tarde.

Un molino. Las aguas perezosas del río se recogían dentro de la balsa a medio llenar.

Alguien cortaba leña sobre un tocón, en la parte trasera del edificio. Los guerreros se acercaron cautos, sin hacer ruido.

Era un hombre grueso y bajo, barba poblada, con un curioso sombrero de piel moteada, blanco y marrón. De repente se detuvo, dejó el hacha y se inclinó para coger el mosquete. Lo apuntó hacia los intrusos.

—¿Quién anda ahí? No son oneidas.

Joseph levantó una mano en señal de saludo:

—Somos mohawks de Canajoharie, vamos hacia Oswego con un convoy de barcas.

El hombre gruñó y entornó los ojos sin bajar el arma.

—Entonces están aquí por el río.

Acento holandés, mirada miope.

Joseph asintió.

—¿El molino es suyo?

El molinero emitió un gruñido de aprobación y miró de reojo a los otros guerreros.

—Me llamo Jan Hoorn. Falta aún medio día para que se llene la balsa, Dios delante. ¿Dónde están acampados?

—Fuerte Stanwix.

—Pueden quedarse tranquilos. Para cuando acaben de hacer el cruce, el río ya estará crecido. Díganlo a los de allí abajo. —Se apoyó en el tocón sin bajar el fusil—. Les hago un buen precio. Tres chelines por bajel. Puede ser en pólvora, carne salada, harina. Nada de ron. Un barril de ese caldo no vale ni una pinta de mi cerveza.

Jethro Kanenonte dijo algo en mohawk señalando la represa. Joseph se dirigió de nuevo al molinero: —Dice que se está apropiando del río. Y yo creo que tiene razón.

El holandés gruñó otra vez.

—El agua que está en el río es del río. El agua que está en mi balsa es mi agua. El padre de mi padre compró esta tierra con un contrato regular, en el año de gracia de 1701. Mi familia siempre ha vivido en paz con los ingleses del fuerte y con los indios. Mi hermano se casó con una oneida. Nunca hemos tenido problemas con nadie, Dios delante.

Peter intervino impetuoso:

—¿Qué nos impide abrir la presa sin su permiso?

El molinero sacudió la cabeza.

—No les serviría de nada. Cuando el torrente llega bajo, hay que

acumular mucha agua para poder inundar el cauce en el valle. Nosotros la recogemos en la balsa, hacemos funcionar las ruedas del molino y dejamos correr lo suficiente para que las barcas puedan navegar. Si abren las compuertas ahora, de golpe, podrán llegar hasta la primera curva del río, pero después otra vez se van a quedar en seco. —Señaló la balsa del molino —. Muy poca, ¿ven? —Bajó el fusil y se sentó en el tocón—. ¿Cuántos bajeles son?

Joseph sacó de la alforja un trozo de tabaco y se lo ofreció al holandés.

—Treinta.

El holandés mordió el tabaco y habló con la boca llena.

—Cuatro esterlinas, un precio de favor. Casi dos coronas de descuento.

—Trato hecho, señor Hoorn.

El holandés torció la boca en algo parecido a una sonrisa.

—Dios delante.

—Debe firmar un recibo para el Departamento Indio.

El molinero miró la hoja y el carboncillo que Joseph le enseñaba como si fueran objetos encantados. Empuñó el lápiz y dibujó una gran «X» en el trozo de papel.

—Muy bien.

Kanenonte sonrió señalando el gorro del hombre.

—Sombrero gracioso —dijo en un inglés forzado. El molinero se lo quitó y lo acarició con su mano.

—Pues sí, el viejo Guus.

El indio le ofreció su cuchillo a cambio del sombrero manchado, pero el holandés se lo encasquetó con aire indignado.

—No, señor. Tendrán que matarme para quitármelo de la cabeza. Era el mejor perro de caza que haya existido jamás; sí, señor, yo lo quería mucho.

Joseph lo observó, tal vez era más viejo de lo que parecía: manos nudosas, pocos dientes y corto de vista.

—¿Vive solo, aquí arriba? —preguntó.

El holandés asintió.

—A mi hermano y su esposa se los llevó la fiebre, en septiembre hará tres años. Al viejo Guus, en cambio, me lo mató un oso el invierno pasado. —Tocó de nuevo el extraño sombrero, del cual asomaban dos orejas caídas —. Es una verdadera pena, porque me hacía compañía y era como si entendiera. Sí, señor, entendía todo lo que le decía, Dios delante. El oso lo abrió de arriba abajo, el pobre Guus llegó con las tripas colgando. Darle el

golpe de gracia me costó mucho, pero ya no había nada que hacer. Antes de enterrarlo lo despellejé y con su cuero me hice este sombrero, para recordar lo bueno que era ese perro. Sí, señor. Y ahora estoy solo sacando adelante el molino.

El hombre pareció recordar algo.

—¿Es verdad que hay una revuelta?

Los indios se quedaron en silencio.

—Puede que estalle una guerra —respondió Joseph.

—¿Otra más? Espero que esta vez sea contra Massachusetts. Son peores que los franceses. Mucho hablar de Dios, pero si pueden molestar lo hacen de buena gana. —Escupió al suelo—. Aunque los de Albany no son menos asquerosos. Dios delante, me quedo en el molino y que se maten entre ellos.

Joseph sonrió. Peter hizo un gesto para indicar que el holandés debía de estar loco.

Joseph observó que Lacroix miraba los árboles alrededor del molino, la barbilla algo levantada. Se acercó.

—Regresemos —dijo Lacroix—. El bosque no es seguro.

Peter sintió un escalofrío. Su madre también hablaba así algunas veces. Frases que hacían intuir una amenaza indefinida, y por tanto más aterradora. De pronto tuvo ganas de marcharse de allí.

Había sido el primero en subir, fue también el primero en bajar.

22

Dos días después, Peter transportaba sacos de harina al punto establecido.

El bosque era una gran extensión de toneles y odres, barcas y hombres, mosquetes y remos, sacos de piedras de pedernal, cuernos de pólvora, cajas de clavos, herramientas. El embarque aún no había comenzado y el aire estaba cargado de tensión. Peter apoyó el saco en el suelo y se detuvo a tomar aliento. Los portadores lo superaron en silencio, cada cual concentrado en su propia tarea. Las últimas barcas volverían al agua antes de mediodía. Tío Joseph había bajado al Wood Creek, para controlar que estuviera corriendo de nuevo. Solo había llevado consigo a Lacroix. Los brazos de los guerreros servían para el transporte.

Peter se limpió el sudor y miró el claro que se abría entre los robles. Estaba salpicado de piedras blancas que asomaban en la hierba y el pantano. Vio a los portadores hacerse la señal de la cruz y recordó una de las historias que le contaba su padre, aquella de los quinientos bajeleros del coronel Bradstreet, que cayeron muertos de fatiga en el cruce un día de verano de 1758. Después de la hecatombe, la Corona había asignado sesenta mil esterlinas para que John Stanwix construyera un fuerte donde se guarnecieran los que iban por ese sendero.

Por alguna extraña razón, desde que Peter había vuelto del molino la inquietud no lo había abandonado. A esto se añadió la idea de que, por doquier, bajo sus pies, dormían los muertos.

Cogió el saco y deseó haber sido más ligero.

Delante del cauce que permanecía seco no dijeron nada. Afrontaron la subida, silenciosos como espectros.

El aire era bochornoso, pesado, las camisas empapadas de sudor.

En lo alto del sendero, el molino apareció bajo el sol de mediodía. No se acercaron enseguida, esperaron largo rato, agachados para observar los alrededores. Joseph pasó revista a los detalles uno por uno.

El agua ya no se oía correr.

Lacroix dio un salto hasta la otra orilla. Subieron hasta el edificio con cautela, los fusiles apuntando. El estanque estaba colmado de agua, pero en la compuerta había una pila de árboles recién cortados.

A través de la madera se filtraban hilos de agua turbia, que se perdían río abajo. Joseph ya había visto sangre manchando las aguas. Se acercó. El holandés estaba boca abajo en la balsa. Lo habían escalpado.

Lacroix apareció por el otro lado. Lanzó una mirada hacia abajo y se persignó.

Comenzaron a quitar los troncos embargados por un ansia silenciosa. Joseph se sentía expuesto, un blanco fácil, en tanto se esforzaba por liberar la compuerta. Se formó una pequeña cascada que cayó en el lecho seco. Pasarían horas hasta que el nivel del torrente aumentara lo suficiente. Tendrían que pernoctar allá abajo, entre serpientes y mosquitos, con una banda de asesinos en las inmediaciones.

Acabado el trabajo, no miraron atrás. Hubieran tenido que sacar el cuerpo y darle sepultura cristiana, pero el instinto los impulsó a coger sus fusiles y bajar a paso de carrera.

Los dos guerreros a la cabeza del grupo se inclinaron sobre las huellas en el barro. Los otros permanecieron en su sitio. Luego, sin decir una palabra, se abrieron en semicírculo, a lo largo de la orilla del río.

Joseph se acercó a Lacroix y Royathakariyo, agachados sobre una roca musgosa, la nariz pegada al suelo como sabuesos.

—Desembarcaron aquí y entraron en el bosque. —Lacroix señaló la dirección de la marcha—. Por lo menos cuatro blancos. Un guía indio. Se mueven rápido.

El bosque era espeso y silencioso. Solo el batido de las alas. Los ojos de todos estaban clavados en el verde.

Joseph había hablado con Guy Johnson y los otros del Departamento. Si alguien los perseguía, era preciso saber de quién se trataba. Le habían confiado la tarea de reunir a los mejores guerreros y explorar las riberas en

busca de huellas.

Agitó una mano sobre la cabeza. El grupo avanzó evitando los tramos a cielo abierto. Eran quince, pero si había buenos tiradores apostados podía no ser suficiente.

De vez en cuando, Joseph controlaba que su sobrino lo siguiera de cerca. Peter iba tras sus pasos, respetando la consigna. El muchacho estaba agitado, la compañía de los guerreros lo embriagaba. A su lado Walter, el hijo del capitán Butler, que según su padre era un tirador certero.

Recorrieron casi media milla. Royathakariyo y Lacroix se pusieron en cuclillas detrás de una roca, las espaldas cruzadas por la correa de los fusiles. Los demás se ocultaron bajo el follaje. Joseph sentía el olor de Peter a sus espaldas y podía ver la punta de su fusil. Le hizo señas de que se quedara donde estaba y se arrastró hasta alcanzar la piedra. Royathakariyo señaló hacia abajo, donde el terreno bajaba en rápida pendiente.

Eran cinco, marchaban en fila. El guía era un delaware. Llevaba el vistoso sombrero manchado de Jan Hoorn, con las orejas caídas a los lados.

Joseph se volvió hacia los guerreros y vio que Kanenonte montaba el fusil. Se arrastró hasta él y agarró el cañón del arma justo a tiempo. Guy Johnson lo había dejado claro: no aceptar provocaciones, no dar excusas para el ataque. No antes del consejo. Descubrir quiénes eran, cuántos, y regresar al campamento.

Joseph dijo todo sin hablar, pero los hombres allí debajo percibieron algo, se alejaron unos de otros y apuntaron con los fusiles. Los ojos del delaware exploraron el declive. Joseph y Kanenonte se quedaron inmóviles, escuchando su propios respiros. El grupo retomó la marcha y desapareció en la fronda.

Kanenonte clavó sus ojos en los de Joseph.

—Deben morir.

—Puede haber más. Los disparos los atraerían.

El joven guerrero se puso el arma en bandolera y se preparó para seguir a los blancos.

—Que vengan. Antes de que se ponga el sol nos lavaremos en su sangre.

Oronhyateka se colocó junto a su amigo. Joseph sabía que si dejaba ir a los jóvenes, los otros los hubieran seguido.

—No es buen momento para combatir. El día llegará, pero no es ahora.

Kanenonte contenía a duras penas la rabia.

—¿Quieres que nos sorprendan mientras dormimos?

Joseph miró de nuevo los rostros serios. Royathakariyo parecía propenso a dar batalla. Peter estaba en medio, sus ojos pasaban de una cara a otra. Walter Butler observaba sin ningún tipo de expresión. Había sido educado en la escuela del padre y no se echaría atrás. Esperaba la decisión del grupo.

Joseph permaneció firme. Se imaginó fuerte como un árbol, arraigado a la tierra con profundas raíces. Pronunció las palabras de manera que todos las escucharan.

—Nada de muertes antes del consejo.

Oronhyateka empezó a caminar a su alrededor con paso largo, susurrándole a sus oídos. Joseph sintió el aliento sobre la cara.

—¿Quién es Thayendanega para impedirlo? No es un *sachem*, no es noble. Es un jefe de guerra que no quiere dejarnos combatir. Un jefe inútil.

Joseph permaneció impasible:

—Ya te lo he dicho, ten cuidado cómo hablas.

—¿Debería temerte? ¿Solo porque has combatido en la guerra? Creo que ya ha pasado mucho tiempo y que has perdido el valor.

El joven cogió el tomahawk. Joseph estaba dispuesto a golpearlo con la culata del fusil, pero Oronhyateka arrojó el arma a los pies de Lacroix.

—Ronaterihonte nos guiará contra los enemigos. Que sea el jefe de guerra.

Los murmullos cesaron, los ruidos del bosque volvieron a oírse. Todos miraron a Lacroix, que miraba el hacha clavada en el terreno. Pasó por encima de ella y dio unos pasos hacia Oronhyateka. Lanzó al joven una mirada indiferente.

—Estamos yendo al consejo. Coge tu hacha, seguiremos a Thayendanega.

Nadie dijo una palabra. La fila se formó otra vez y emprendió el viaje de regreso, Kanenonte y Oronhyateka en último lugar. Peter caminaba como en sueños, seguro de haber asistido a un hecho crucial, que repasó en su mente hasta llegar al campamento. Delante de él, tío Joseph y el Gran Diablo recorrían el trayecto codo con codo. Observó que las sombras pasaban ligeras entre los árboles. Imaginó que eran las de aquellos dos muchachos que muchos años antes habían seguido a su padre por los mismos caminos, como ahora él estaba siguiendo a ellos. Se sintió

orgulloso de tener esa compañía. Orgulloso de ser un guerrero de Joseph Brant, orgulloso de ser un Johnson.

23

Los barcos avanzaban en fila por las tortuosas curvas del Wood Creek. La corriente se había vuelto traicionera. Guy Johnson consultaba el mapa, intentando protegerlo de las salpicaduras. Solo doce millas en línea recta, pero veintiocho a través del río. Hacía tiempo que la Corona tendría que haber financiado la construcción de un canal.

Era media tarde. Guy pensó en las nubes de mosquitos que esperaban la oscuridad para atacarlos. Ya habían decidido recurrir a la grasa de oso. El olor impregnaba la piel y las ropas, no había forma de quitarlo. Ahora, sin embargo, el hedor era menos punzante. La fuerza de la costumbre.

Pensó en los misteriosos perseguidores. Matachines mandados desde Albany. Había que llegar a Oswego lo antes posible.

Miró los rostros pálidos y cansados de Mary y de las niñas. Ese viaje era la oportunidad para renovar la fortuna de la familia. Estaba recorriendo el camino de sir William, no podía ser un error.

Recordaba bien la última vez que había afrontado ese viaje, la acogida que los indios le habían dado al Viejo, como si fuera el Rey en persona, el Gran Padre Blanco. Ahora tenía consigo a los mejores guerreros, los últimos de una gran estirpe; el futuro de la descendencia en el vientre de su esposa; regalos en abundancia, ron, fusiles, pólvora negra, espejos.

Su hija más pequeña, Judith, preguntó dónde acababa el río. Guy respondió que desembocaba en el lago Oneida de aguas apacibles. En la superficie se veían unas partículas oscuras que la gente del lugar llamaba «flores de lago». Nadie conocía su naturaleza. Unos decían que era polen de castaño, otros algas podridas. Sea como fuere, si se comían provocaban vómito, fiebre y diarrea.

La niña pareció asustarse. Guy acarició su mejilla y le dijo que no había

nada que temer. El lago era precioso, abarrotado de peces en todas las estaciones. Era suficiente montar una pluma en el anzuelo para pescar lucios y truchas en abundancia. Los salmones pesaban veinte libras y los peces voladores tenían unas alas que hasta los halcones envidiarían.

Judith dedicó a su padre una mirada luminosa. Guy continuó el relato.

Cruzarían el lago con las velas desplegadas, hasta la entrada del río Onondaga.

—¿Otro río?

Era la voz de Sarah, su segunda hija.

—Y otro lago. Grande como un mar. Tan grande que no se puede ver la tierra del otro lado.

Las niñas se quedaron boquiabiertas. Esther, en cambio, estaba sentada con las manos en el regazo, espalda derecha, como le habían enseñado. Su piel tenía el color de un lirio nacido entre las rocas.

Hicieron una parada en un barranco del lago, pescadores oneidas ofrecieron a Mary Johnson una cabaña acogedora.

Mientras el fuego secaba los vestidos, las mujeres ayudaron a Mary a recostarse y la arroparon con mantas.

Su hermana Nancy llevó a dormir a sus sobrinas.

—¿Cuándo llegaremos? —preguntó Judith, mientras se echaba sobre un manto de lana.

—Pronto estaremos en el lago Ontario.

—¿Allí habrá muchos indios? —preguntó Sarah.

—Más de los que nunca antes hayas visto.

Esther no escuchaba, tenía los ojos clavados en su madre.

Nancy percibió el temor de la niña, la acarició e hizo que se recostara junto a sus hermanas.

—Duerme.

La niña tenía ojos verdes, acuosos.

—¿Nos matarán? —preguntó sin énfasis.

—Pero ¿qué dices? Los indios son nuestros amigos y respetan a vuestro padre. Cuando lleguemos harán una fiesta.

Esther se volvió de nuevo hacia su madre, recostada en el fondo de la cabaña.

—Tengo muchos pensamientos. —Apoyó la cabeza en la almohada de

pieles—. Me los ha mandado esa mujer, Molly Brant.

—Duerme, he dicho.

—Tal vez nos ha maldecido —insistió.

La tía le apretó el brazo.

—Basta ya de decir tonterías, que asustas a tus hermanas. Ahora a rezar.

Un padrenuestro susurrado se confundió con el chisporroteo del fuego.

24

Espaldas en llamas, músculos doloridos, vértebras destrozadas, los dolores de cabeza de quienes estuvieron atentos mucho tiempo. Hasta para los barqueros con más experiencia las últimas veinticuatro millas del viaje eran una pesadilla de agua y roca. Los rápidos no daban tregua. Tres Ríos, Herradura de Caballo, Salto de Braddock, Rápido de la Roca Lisa, Cuerno del Diablo, Salto de las Seis Millas, Pequeño Rápido de la Roca Lisa, Varas Pandeadas del Demonio, Carrera de los Caballos del Diablo, Salto de Oswego. Por no hablar de las cascadas a mitad del camino: doce pies de altura y un ruido que era como el eco de cien truenos.

El convoy las había rodeado, los bajeles al hombro de nuevo, cargados con viejos, heridos, enfermos y una mujer embarazada.

Una tarde de finales de junio, los tres fuertes de Oswego habían aparecido a la vista. En el fondo, el azul del agua se topaba con el cielo.

Fuerte George era un esqueleto renegrido, había sido quemado durante la guerra.

Un poco más lejos, las ruinas de otro fuerte, refugio de colimbos y patos. La plaza de armas albergaba las cabañas de los indios llegados para el consejo. Frente a cada una de ellas campeaban armas, cabelleras y trofeos de guerra. Un bullicio difuso acompañaba el ir y venir de hombres y mujeres: llamadas, ladridos de perros, gritos de niños, mercaderes vestidos con pieles voceaban las virtudes de sus mercancías. Los fuegos se preparaban para iluminar la noche.

Oswego significaba «fluye rápido», pero los recuerdos de Joseph eran demasiado densos como para fluir de forma normal.

Dieciséis años antes, desde esa misma explanada, había partido la expedición contra los franceses. Sir William había guiado el asedio de

Fuerte Niágara. Su victoria más importante y el bautismo de fuego de Joseph y Lacroix. La primera vez que las Seis Naciones habían combatido unidas junto a los ingleses.

Fuerte Ontario aún estaba en buen estado, aunque la tropa ya no lo habitaba desde hacía cinco años. Joseph había trabajado allí como intérprete. En una barraca de la plaza de armas había visto a su esposa Peggy dar a luz a Isaac, el primogénito.

—Hermanos. —La voz de Pequeño Abraham volvió a resonar en la plaza, después de una breve pausa—. Las Seis Naciones son aliadas del Rey inglés desde hace muchas estaciones. Son amigas de la familia Johnson, de Warraghiyagey y de su sucesor Uraghquadirah, que desde hace un año vela por nuestros asuntos y nunca nos ha dado motivo de queja. Yo creo, sin embargo, que un hombre no siempre debe implicarse en las disputas de sus amigos. Si tú me dices que alguien ha quemado tu casa, yo cojo mi fusil y voy contigo al río, o también por muchas millas, por días enteros, hasta que se haga justicia. Pero si discutes con tu hijo porque el cántaro de agua está vacío y vienes a pedirme ayuda, yo te diré: «Ve con tu hijo y resolved este asunto entre vosotros». Si te acompaño a casa, no haría más que agravar vuestra discusión. Hermanos, yo creo que el Gran Padre inglés tiene autoridad suficiente para entenderse por sí mismo con sus hijos rebeldes. No podemos olvidar que entre ellos hay hombres como Nicholas Herkimer, Philip Schuyler y muchos otros que siempre han respetado a nuestro pueblo, los hijos, las hijas, los padres, las madres de la nación, la Casa Larga y el Fuego Sagrado. Dos meses atrás, cuando nos dijeron que nuestro superintendente corría el riesgo de ser hecho prisionero, enviamos de inmediato guerreros para defender su casa. Pedimos a los hombres más honorables de la asamblea colonial que nos garantizaran que nadie haría daño a Guy Johnson. Solo entonces se bajáron los fusiles. Hermanos, si las tierras del Rey estuvieran amenazadas por un ejército extranjero, las Seis Naciones combatirían para defenderlas, como ya lo hicieron en el pasado. Por cada golpe contra la Casa Larga, las Seis Naciones están dispuestas a devolver mil. Pero hoy esto no ocurre y la amistad entre las Seis Naciones e Inglaterra sigue siendo una amistad de paz, porque ninguna guerra ha sido declarada. Hermanos, he hablado.

El discurso de Pequeño Abraham dio por terminada la primera vuelta

de consultas. Guy Johnson había pedido que hablaran primero los jefes más influyentes de cada nación, oradores capaces de convencer a cientos de hombres. Nadie había puesto en discusión la lealtad a la Corona. Nadie había tomado posición contra los colonos *whigs*. En pocas palabras, era el mismo discurso repetido seis veces. Las diferencias que había dentro de la Casa Larga se ocultaban detrás de los matices de tono y palabras, sutilezas que los ingleses no estaban en condiciones de advertir.

Los oneidas habían sido los menos amigables. Las prédicas de Kirkland estaban haciendo un trabajo profundo.

Los senecas se mantenían atentos, para conseguir regalos de ambas partes.

Tuscaroras y cayugas seguían a los senecas como cachorros de loba.

Los onondagas, guardianes del Fuego Sagrado, habían reclamado una perfecta equidistancia.

Joseph esperó la señal de Guy Johnson. El superintendente parecía tranquilo, el aspecto seguro. Se puso de pie y empezó a hablar.

En primer término agradeció a los oradores por su franqueza, luego recordó a sir William, fallecido un año antes justo en medio de un consejo. Por fin, recitó unas frases que suscitaron gran aprobación, gestos con la cabeza y un resonar de oyeh de una punta a otra de la plaza. Joseph se estremeció. Eran las palabras utilizadas por sir William para convencer a las Seis Naciones para el asedio de Fuerte Niágara. Eran tan parte de Oswego como los olmos del viejo bosque y la brisa del lago. Guy Johnson evocaba la fuerza del lugar. Aquella que los mohawks llamaban *orenda*.

Joseph comenzó a traducir. Comprendió que el superintendente había tocado la cuerda sensible y se esforzó por infundir a las palabras toda la energía que podía darles.

En ese momento, Guy Johnson llevó su mano a la casaca y sacó una hoja plegada con cuidado.

—Hermanos —prosiguió—, tengo aquí una carta del general Thomas Gage. —Agitó la hoja y la desplegó delante de sus ojos—, el jefe del ejército del Rey me informa de que los rebeldes están amenazando los territorios de Canadá. Todos saben de la caída de Fuerte Ticonderoga. El objetivo de los traidores es subyugar las posesiones de la Corona. Saquearán ciudades, vaciarán graneros y polvorines, porque ellos poseen escasos alimentos y municiones, que ustedes aún tienen en abundancia gracias a los barcos de Su Majestad.

Joseph pensó que era un buen argumento, aun cuando los senecas no deseaban que se les recordara. Poco más de diez años antes, en tiempos de la rebelión de Pontiac, muchos de ellos pensaron que podían prescindir de los blancos, volver al arco y a las flechas. Muertos de hambre, habían tenido que cambiar de opinión. Joseph tradujo, intentando que el concepto fuera lo menos ofensivo posible. Conocía demasiado bien la susceptibilidad de sus hermanos.

—Los que ustedes llaman hijos rebeldes —continuó el superintendente — solo son enemigos del Rey, como lo eran los franceses. Es por eso que el general Gage —enseñó de nuevo la carta, el brazo en alto sobre la cabeza — ordena que se lleve a Canadá una expedición guerrera. Atacar desde el norte y descender hasta Albany, para no seguir arrastrando este inútil conflicto. Aquellos que hace un momento se han declarado amigos del Rey no pueden negarle su apoyo.

Rumores nerviosos circularon entre las cabezas, a partir de los que entendían el inglés, y enseguida Joseph se encontró bajo la mirada de cientos de ojos. Titubeaba, incapaz de repetir lo que había escuchado. La orenda de las palabras no sabe de distinciones de idiomas. Traducir un conjuro puede ser tan peligroso como lanzarlo.

Comenzó a hablar, intentando que las frases salieran de su boca como agua mala que había que sacar fuera. Pero por más que se esforzara, el sabor quedaba pegado a la lengua.

De la multitud se levantaron gritos de aprobación, voces demasiado jóvenes para entender lo que estaba ocurriendo. Los guerreros adultos y los ancianos estaban enmudecidos, como si alguien se hubiera levantado y hubiera apagado con una meada las llamas en el centro de la plaza. La sonrisa satisfecha de Guy Johnson desapareció.

En ese momento, Joseph comprendió. La estrategia del superintendente era evidente. Lograr compromisos y hacerlos efectivos de un solo golpe, gracias a una orden que exigía guerreros, no palabras. Ese era el verdadero motivo para reunir un consejo a ciento cincuenta millas de casa. Defender Canadá, no las Seis Naciones.

Joseph observó los rostros endurecidos de los *sachems* y de los guerreros ancianos. Cruzó su mirada con Philip Lacroix. El Gran Diablo era impasible.

Alguien le tocó la pierna y señaló al superintendente: Guy Johnson había retomado la palabra.

—La Corona inglesa —estaba diciendo— no les pide su apoyo sin prometer nada a cambio. Al término de la campaña, antes del invierno, cada guerrero recibirá cuatro esterlinas en moneda de Nueva York. Además, el general Gage promete de modo solemne que, una vez acabada la guerra, todas las tierras disputadas entre ustedes y los colonos serán devueltas a la Casa Larga. Cualquier pérdida de tierras o de bienes será indemnizada en igual medida.

Joseph concluyó la traducción en el silencio de la asamblea. En otras circunstancias, una promesa semejante hubiera levantado una explosión de entusiasmo, pero en ese momento era parte de un juego con trampa. Solo era otra apuesta, para contrabalancear la anterior. Los *sachems* sentían que les estaba tomando el pelo.

Joseph tragaba hiel. Como jefe de guerra, había dedicado cientos de palabras para convencer a su gente. Había que mostrar los músculos de las Seis Naciones, así los rebeldes dejarían de enseñar los dientes. Reunirse lejos de casa, lejos de oídos indiscretos, malentendidos y provocaciones, para luego volver con todas las fuerzas a defender el valle. Les había recordado a cada paso, con cada golpe de remo, cuán sólido y leal era el vínculo entre los mohawks y la familia Johnson.

A cambio, Guy lo había convertido en cómplice de un torpe truco, para forzar la mano del consejo.

Joseph volvió a su sitio. Tocaba de nuevo a los *sachems* y a su intérprete designado. Sabía que los jefes no perderían la calma. Tomarse tiempo era un arte que conocían a la perfección.

Mientras se sentaba, un susurro llegó a su oído. La voz de Kanenonte.

—El día ha llegado, Thayendanega. Samuel Waterbridge tendrá su venganza. Todos la tendremos.

Joseph se dio cuenta de que no tenía opción.

Si no quería perder la cara, tenía que ser el primero en subir a los bajeles hacia Canadá.

Tenía que hablar a los indecisos, a pesar de todo.

Llevar de nuevo agua al molino de Guy Johnson.

25

Las lámparas de los pescadores surcaban el lago y disputaban la supremacía a los astros. Más allá de las llamas que animaban el campamento, agua y tierra intercambiaban sus roles. El lago parecía una ciudad pequeña y las aldeas de la costa exiguas flotas en viaje.

El concilio llegaba a su término. Una noche de fiesta y luego, al alba, cada guerrero decidiría por sí mismo. La Casa Larga no tomaba decisiones que no fueran unánimes y los *sachems* estaban de acuerdo solo en una cosa: aceptar los regalos de la Corona y agradecer la cortesía.

Cantos, danzas, juegos de azar, relatos de borrachos, interpretaciones de sueños y la cómica ceremonia de los chamanes senecas.

Guy Johnson hubiera querido ahorrarse todas las formalidades. Ya había hecho las cuentas: doscientos guerreros era lo máximo que podía esperar.

Seneca, ninguno. Mohawks, menos de un centenar, los hombres de Brant. De las otras naciones, migajas. Parientes de los mohawks, amigos personales de los Johnson, hombres vinculados por antiguas alianzas o sueños recientes.

Sir William hubiera podido convencer al triple con media frase.

Hete aquí por qué no podía estar con su esposa. No podía abandonar los rituales. Tenía que mostrarse cortés con los vivos y devoto con los antepasados, si no quería llegar a Montreal solo.

Era preciso confortar el corazón de los indios.

Y aún más las tripas.

Ochenta galones de ron, la santabárbara de la velada. Vino de Madeira, reserva especial de Guy Park. Esperaba la ocasión para descorcharlo, brindar por el nacimiento de un varón. Se llamaría William, para reforzar la

imagen de una dinastía llena de vida y esperanza.

Nancy Claus recibió a la mujer en la antesala.

—Bendito sea Dios, ¿es usted la comadrona?

Lydia Devon estrechó una mano huesuda, que le recordó una pata de pájaro.

—Soy la hermana de la señora Johnson. Venga. Los dolores ya han comenzado.

—¿Hace cuánto?

Lydia se quitó el sobretodo y siguió a Nancy al dormitorio.

—Un par de horas —respondió la última revelando la angustia.

Mary estaba tendida en la cama, las manos apretadas a las sábanas y el rostro cansado. Una india de baja estatura le limpiaba el sudor de la frente con un paño húmedo.

Nancy la presentó:

—Ella es Tabby. Siempre nos ha asistido, en todos los partos.

Lydia asintió, dejó el bolso y el abrigo, y miró alrededor. Un revoque de arcilla pintado a la cal cubría las paredes de troncos. El mobiliario reducido al mínimo. Una habitación estrecha y espartana, más apropiada para los sueños de un mercader de paso que para los dolores de una parturienta. Acarició el rostro de Mary.

—Tranquila, hija. Aquí estamos.

Se dirigió a las otras mujeres.

—¿Cuándo ha sido visitada por última vez?

—Antes de partir la ha visto una partera —respondió Nancy—. Dijo que faltaban por lo menos tres meses. No debimos fiarnos, ni siquiera tiene diploma.

Nancy hablaba deprisa, comiéndose las palabras.

—Mi diploma son ochocientos catorce niños —dijo Lydia—, sin contar los cuatro que yo misma he traído al mundo. Y tú, Tabby, tienes hijos, ¿verdad?

La india asintió.

—¿Cuántos partos ha tenido hasta ahora, hija? —preguntó a Mary.

—Tres. Todas niñas —respondió ella con la respiración que comenzaba a entrecortarse.

Lydia Devon puso una mano sobre el vientre.

—Esta vez será un varón. Tiene la barriga en pico.

La comadrona se arrodilló en el suelo, untó su mano con aceite de lino y examinó a la paciente. Mary contuvo el aliento. Las paredes de la habitación se contraían con cada espasmo.

—Puedo sentirlo —comunicó Lydia instantes después. Suspiros y bendiciones acogieron la noticia. Mary alzó la cabeza del pecho y solo emitió un gemido—. Es bastante grande, ya verán, pero como estaba un poco estrecho se ha colocado en diagonal, intenta salir con el hombro, es por eso que está haciendo tanto trabajo. —Se puso de pie, cogió la mano de la paciente y la miró a los ojos—. Ahora, señora Johnson, tenemos que recostarla e intentaremos darle la vuelta, ¿de acuerdo? Mientras tanto, Tabby preparará una compresa con lana negra, brandy y pimienta; hallarás todo en mi bolso, hija. Y pediría que nos trajeran té, para reponernos. Lo vamos a necesitar.

Los hombres del consejo habían acabado las otras bebidas. La mayoría estaban borrachos cuando Guy Johnson se levantó, se disculpó y montó junto al hombre que le había traído un mensaje. El niño aún no había nacido, la señora Claus requería su presencia.

En cuanto puso un pie en el suelo, entró por la puerta trasera y se lanzó con ímpetu hacia la habitación de Mary. Pocos pasos y enseguida se detuvo, desorientado. Los compromisos políticos no le habían permitido estar presente en el nacimiento de sus hijas; se esperaba gritos lacerantes, que llenaran la habitación como el soplo del tubo de un órgano. Ahora, ante el silencio, no sabía qué pensar.

Tocó a la puerta, la criada abrió, luego se hizo a un lado y salió su ama.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó él.

La expresión en el rostro enjuto de Nancy le entristeció.

—Nada bien, Guy. Hubiera sido mejor llamar al doctor enseguida, como la otra vez.

Guy torció la boca:

—Sabe que Mary no quiere hombres a su alrededor.

—Por eso le he mandado llamar. Si ella supiera que está de acuerdo, aceptaría.

—Está bien —suspiró—. Dígale que me lo ha dicho. Y mándeme noticias. Aún tengo que hacer acto de presencia por allí.

Estaba a punto de irse, pero la voz de su cuñada lo retuvo.

—¿Y de su parto no me da noticias? ¿Habrá guerra?

—Guerra ya hay. Pero los *sachems* prefieren no darse por enterados.

En ese momento, ambos vieron tres figuras blancas al final de las escaleras. Las hijas de Guy y Mary estaban allí, de pie. Los largos camisones arrastraban por el suelo. Estaban cogidas de la mano, sus ojos brillaban en la penumbra.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —les reprochó Nancy—. Volved ya a la cama.

Las niñas no se movieron. Sarah estaba al borde del llanto.

—Mi mamá está mal —dijo con un hilo de voz.

Guy se cruzó con la mirada vítrea de Esther y sintió un escalofrío. No supo qué decir. Se volvió y dejó la casa.

Nancy las llevó escaleras arriba, mientras la más pequeña rompía a llorar.

—Si amáis a vuestra madre, rezad por ella con toda la fe que tengáis.

Faltaban pocas horas para el alba cuando Guy regresó a su sitio junto al fuego. Los relatos de cacerías y de sueños no acababan nunca. Muchos yacían tendidos sobre la hierba. Observó su propio rostro reflejado en el vidrio de una botella y se le apareció deforme, monstruoso. Hubiera querido que el Viejo estuviera allí, con su sabiduría, para ayudarle a parir el futuro. Hubiera querido que el tiempo corriera más rápido.

Ahora hay mucha gente en este sitio
hey, en el lugar de nuestro encuentro
comienza con dos que se miran uno al otro
hey, se saludan, hey, uno al otro
nos saludamos uno al otro, oyeh.
Heyyouheyyahheyahheyah
heyyouheyyahheyahheyah…

Figuras espectrales bailaban en torno al fuego, sombras enrojecidas, girándula de músculos sudados y pies golpeados en el suelo. Hechizado por las llamas, Guy respiraba vapores de alcohol que provenían de todas partes. A su lado, John Butler susurraba palabras incomprensibles. Los cantos

proseguían sin pausa, acompañados por los violines de Peter Johnson y Daniel Claus.

Entonces él pensó: haremos la Tierra
algunas personas caminarán sobre ella
yo los he creado y así ha sucedido
nosotros caminamos sobre ella, oyeh
y en este momento del día, hey
damos gracias, hey, a la Tierra.
En nuestra mente debe ser así
en nuestra mente debe ser así.

Al otro lado del círculo le pareció ver dos ojos oscuros que lo miraban. Joseph Brant, o quizá otra vez su propia imagen deformada por un juego de reflejos. Fue solo un instante, luego el vórtice de los bailarines llenó de nuevo la noche.

Heyyouheyyahheyahheyah
heyyouheyyahheyahheyah…

La parturienta estaba tumbada en una silla, con un cojín bajo la espalda y una mujer cayuga que la sostenía de las axilas. De pie, delante de ella, Tabby le friccionaba las caderas, mientras la comadrona intentaba por enésima vez dar la vuelta al niño.

—Tranquila, hija —repetía de vez en cuando—. Se ha girado, está listo para salir. Los dolores son regulares, muy prometedores. Con la ayuda de santa Ana, la naturaleza hará lo que debe.

Mary Johnson ya no tenía fuerzas para sonreír. El rostro hinchado, bañado de sudor, estaba paralizado en una expresión de sufrimiento y resignación. La frente ardía de fiebre.

Alrededor de la silla, las mujeres se turnaban para dar consejos, recuerdos tranquilizadores, caldo de pollo y ron.

—Ha llegado el doctor Savage, señora —dijo una voz detrás de la puerta.

La comadrona cogió una toalla y fue hacia el barreño para limpiarse. Mary hizo un gesto a la india para que interrumpiera el masaje, se bajó el

camisón y pidió a la criada que hiciera entrar al recién llegado.

Acabadas las preguntas de rigor, el doctor Savage preguntó quién era la comadrona.

La mujer dio un paso al frente.

—Muy bien, señora Devon. Les agradecería que usted y las otras mujeres llevasen a la señora Johnson a la cama. ¿Puedo preguntarle qué le ha sido suministrado, hasta ahora?

La mujer respondió que había aplicado una cataplasma en el estómago de la parturienta y ruedas de cebolla en los pies, había frotado las sienes con vinagre y le había hecho beber té, caldo, medio vaso de ron y uno de jarabe de gordolobo.

El doctor asintió:

—Muy bien hecho, señora Devon. Pero me temo que se necesita una terapia más fuerte.

Sacó una botellita de su maletín, echó veinte gotas en una cuchara y se acercó a la cama.

—Beba, señora Johnson. Esto le dará alivio. Es láudano y en pocos minutos reducirá la tensión muscular en exceso, que se debe a falsas contracciones.

—Permítame, doctor —intervino la comadrona—. Las contracciones no son falsas, he hecho tacto a mi paciente varias veces y…

Mary Johnson se sonrojó.

—Le ruego, señora Devon, no nos haga pasar vergüenza. Aun cuando fueran verdaderas contracciones, como usted dice, está claro que mi paciente necesita recuperar fuerzas, de lo contrario los músculos estarán muy débiles para soportar la fatiga. Y también usted, señora Devon, si desea descansar un par de horas y dejar que estas mujeres vayan con sus familias, adelante, hágalo. Precisaré su ayuda más tarde, cuando las contracciones se vuelvan a presentar.

Mientras lo decía, puso la punta de la cuchara en la boca de la parturienta y le ofreció un pañuelo para limpiarse los labios. Al poco tiempo, Mary Johnson dormía un sueño profundo.

Como todas las noches, Philip Lacroix se encontró con su esposa e hija. Caminaban juntos, en medio de la hierba alta, hasta la puerta de la casa. Ellas entraban, él se quedaba fuera para limpiar el fusil. Una vez dentro, se

daba cuenta de que la mujer no era su mujer. Era Molly Brant. Y la niña no era su hija, sino una chiquilla rubia. Molly se acercaba, se quitaba de la muñeca un brazalete de wampum y lo dejaba a sus pies.

«Para olvidar hay que conocer —decía—. Para renegar también hay que creer. Cuando lo has recibido, este brazalete tenía un valor. Cuando lo has devuelto, tenía otro. Salda las cuentas o perderás el equilibrio. No regreses con las manos vacías, Ronaterihonte.»

Dicho esto, el brazalete se hundía en el terreno, abriendo un abismo en el centro de la cabaña.

Philip se despertó empapado en sudor y con un extraño mareo. El sol ya había salido y los guerreros se repartían los regalos de los ingleses. En la orilla del lago, una flota de barcos esperaba el cargamento.

Mary se despertó a las cuatro de la mañana. Los dolores se presentaron otra vez y un repentino ataque de vómito parecía querer resolver el retraso haciendo nacer al niño por la parte de los dientes.

La mujer que la cuidaba se precipitó para levantar su cabeza, le colocó otra almohada por detrás y pidió ayuda. Tabby se levantó de la silla, acompañada por la comadrona que descansaba sobre un par de mantas. Se puso la cofia, untó sus manos y comprobó la situación. Por primera vez desde el inicio del parto, Mary comenzó a gritar. No auténticos gritos, sino más bien una serie de quejidos, modulados entre tonos graves y agudos. Tan penetrantes como para despertar al doctor Savage, recostado en uno de los bancos de la antesala.

—Los dolores son muy frecuentes —explicó la comadrona—, pero el niño aún no puede salir. Tal vez tiene el cordón enroscado en el cuello. Tabby, ¿puedes echarme una mano?

La india se acercó, señaló que la señora Johnson llevaba un collar y que era mejor quitarlo. Con brazos temblorosos, la espalda encorvada por la tensión, Mary llevó sus manos detrás de la nuca.

—Basta ya de supersticiones —espetó el doctor—. Si existe riesgo de asfixia hay que hacer una intervención.

Con gesto seguro sacó el fórceps del maletín, ordenó a la comadrona que ubicara las pinzas, dobló un poco las rodillas y comenzó a tirar.

Mary rezaba, Tabby le limpiaba la frente con un pañuelo mojado en vinagre, Lydia Devon, a horcajadas sobre la cama y de espaldas a la

paciente, apretaba la barriga para facilitar la expulsión.

El doctor se levantó, dejando el instrumento en posición. Sudaba. Pidió que le trajeran un trozo de tela, lo hizo anudar con fuerza en la juntura del fórceps y dio instrucciones a la comadrona para que tirara del trapo, hacia abajo, mientras él seguía haciendo fuerza con las pinzas de su utensilio.

Lydia aceptó de mala gana. Bebió un trago de la botella de ron, se agachó e hizo lo que había dicho el doctor. Una mujer seneca trazaba signos y símbolos en la barriga de Mary Johnson.

A pesar de los olores que se mezclaban en la habitación —alcohol y sudor, fiebre y hedores del cuerpo, caldo e infusiones de hierbas—, la comadrona enseguida reconoció el de la sangre.

Se levantó de un salto, cogió su bolso, hurgó dentro con las manos aún sucias. Sacó una gran jeringa y un frasquito de cristal. Se lo dio a Tabby.

—Úntale esto en el bajo espalda —ordenó—, hay que detener la hemorragia.

Luego llenó la jeringa en un pequeño cuenco de agua, el único limpio, apartó al doctor, se arrodilló de nuevo, extrajo el fórceps y apuntó la jeringa dentro de la mujer.

—En el nombre del Padre —susurró pulsando el primer chorro de agua —, del Hijo y del Espíritu Santo.

Apoyó la jeringa en el suelo y tendió una mano hacia el rostro de la paciente.

Mary Johnson respiraba con dificultad. La fiebre subía y el sol también, lento y entorpecido, incapaz de escapar al abrazo de los pantanos.

Joseph recogió sus cosas en una manta y la lió con una correa de cuero. Percibió una presencia. Se giró un poco.

Lacroix estaba de pie a sus espaldas.

—¿Regresas a casa? —preguntó Joseph.

—¿Y tú?

—No sabía de la orden de Gage. No estás obligado a ir con nosotros a Canadá.

Lacroix se sentó sobre una piedra y empezó a cargar la pipa con gran flema.

Joseph apoyó su equipaje y se sentó junto a su amigo.

En la antesala, Nancy Johnson lloraba sin hacer ruido, solo lágrimas y sollozos, una mano en los labios para contener el hipo, la otra apretando el estómago.

Cuando lo vio, corrió hacia su cuñado e intentó detenerle.

—No entre, Guy. No ahora.

El la apartó con el brazo y agarró el picaporte.

Dentro de la habitación, solo estaba la comadrona. Tenía entre sus brazos el cadáver del niño, envuelto en pañales. Seis pequeños amuletos pendían del cuello amoratado y cubrían el minúsculo pecho. Lydia Devon también lloraba: desde sus primeros pasos en el oficio solo se le habían muerto cuatro niños. Nunca una desgracia semejante.

Mary estaba tendida en un charco de sangre. Desnuda, inmóvil, un corte profundo en la barriga.

Guy cerró la puerta de golpe, para apartar el horror.

Apretó los puños y rechazó la mano de Nancy. Le pareció que el mundo vacilaba.

26

Cuando Joseph había perdido a Peggie, el consuelo de los que lo amaban había atenuado el sufrimiento. Molly y sir William, Tekarihoga y los ancianos de la aldea, Margaret y las matronas del clan, sus amigos Sakihenakenta y Kanatawakhon, el reverendo Stuart. Todos habían tenido palabras de aliento para el guerrero que se había quedado viudo.

Joseph había soñado de forma intensa, había puesto en manos de Molly a los niños y la anciana madre y había partido hacia Oquaga. Había regresado con Susanna y la vida había recomenzado.

En Oswego, en cambio, Guy tenía el brusco consuelo de Daniel Claus, John Butler y Cormac McLeod, y un patrimonio de frases de circunstancias, obsequio de otros miembros de la expedición, que tenía que invertir en el intento de no derrumbarse.

Joseph pensó en Lacroix, también él un padre y marido desconsolado, víctima de una tragedia aún peor todavía, afrontada en total soledad. El hombre de los bosques no había comentado nada sobre la muerte de Mary y el niño, había pasado muchas horas sentado a la orilla del lago y ahora estaba allí, en medio de la multitud. El rostro no mostraba emociones, pero entre garganta y pecho debía de haber una tempestad de recuerdos.

El funeral de la esposa de Uraghquadirah unía las almas de la Casa Larga un día más. La muerte de un niño destinado a llamarse William Johnson, nieto de Warraghiyagey era un yunque caído del cielo que aplanaba todo lo demás. La desgracia había dispersado recelos y rencores, los había dejado a un lado. Guy Johnson solo era un jefe de familia alcanzado por un rayo, consternado, a quien quedaban tres hijas y un viaje por hacer.

Joseph y John Butler cavaron y depositaron el ataúd. Tekarihoga y

Pequeño Abraham hicieron plegarias al Dueño de la Vida. Las lágrimas de Esther, Judith y Sarah humedecieron la falda de la tía, Nancy Claus, que lloraba sobre el hombro de su marido. La comadrona, Lydia Devon, rezaba con las manos juntas. La fosa se llenaba de tierra y Guy Johnson no conseguía levantar los ojos de sus propias botas. Joseph lo miró y sintió pena por él.

Los cristianos recitaron el Padrenuestro en inglés, en latín, en mohawk, en oneida. Onwari teconnoronkwanions… Pater noster… ise tsiati ioainerenstakwa… qui es in caelis… *Rawennio senikwekon… hallowed be Thy name…* La Babel de Iroquirlanda despidió a Mary Johnson, enterrada con su niño entre los brazos.

Lacroix concluyó la plegaria, *et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo*. Amen, y se persignó. Joseph vio que se acercaba a Guy y le ponía una mano en el hombro. El superintendente levantó la cabeza, sorprendido, ojos llorosos. Lacroix no dijo nada, no hacían falta palabras. El otro asintió. El hombre de los bosques se alejó.

Guy inspiró, sacudió los hombros como recorrido por un escalofrío, y por fin se dirigió hacia Nancy y las niñas.

«Hoy *le Grand Diable* ha confortado el corazón de un hombre», pensó Joseph.

Los bajeles hendían las aguas plácidas con las velas desplegadas, pero el viento no era suficiente. Era necesario utilizar los remos. El cielo era límpido, surcado por unas pocas nubes inmóviles y muy blancas, reflejadas en la superficie del lago. A bordo nadie hablaba.

Guy Johnson estaba sentado en la barca delantera, la mirada perdida en la estela de los remos. Después de las exequias no había dicho nada, ni siquiera a sus hijas, que había dejado en Oswego con la tía Nancy. En el muelle, Esther había visto los bajeles que se alejaban. Sus hermanas dormían, pero ella se había escapado de entre las mantas para verlos partir. Guy le había dirigido un gesto de saludo con esfuerzo, sin obtener respuesta. El primer rayo de sol se había reflejado en los cabellos dorados de la chiquilla, apenas movidos por el viento. Se había quedado allí, inmóvil, mientras la niebla del lago poco a poco le borraba de la vista. Guy había continuado sintiendo su mirada, lago adentro, como si los ojos claros de su hija hubieran podido alcanzarle también allí, o hasta el fin del mundo.

Había rezado en voz baja por su esposa, por el hijo nacido muerto y por sí mismo. Había pedido perdón a Dios, padre severo que parecía haberles abandonado. Había pedido perdón a Esther, intentando comprender su propia culpa.

Se armó de valor. Tenía que guiar una expedición y combatir batallas. Canadá estaba esperándole. Tenía que soportar el dolor, el peso sobre los hombros y los crujidos del cuerpo. Seguir adelante.

27

—Dos tribus se disputaban la Tierra. Una vivía al norte del San Lorenzo, la otra al sur. El Dueño de la Vida, amargado por aquella guerra, decidió bajar del cielo con un misterioso equipaje.

La noche era húmeda, el humo mantenía alejados a los mosquitos. Peter contaba la leyenda de Manituana, el lugar donde estaban acampados. Se la había contado su madre, pero no la recordaba bien.

Con él estaban Walter Butler y tres jóvenes guerreros de Canajoharie, que llegaron en el turno de guardia con una botella de whisky hurtada de quién sabe dónde.

—El Dueño de la Vida desplegó la manta y en su interior había una tierra de delicias, creada para que todos vivieran en la abundancia y ya no hubiera motivo para combatir. Apoyó el regalo en las aguas del San Lorenzo, a igual distancia de las dos orillas, e invitó a los hombres a trasladarse allí. Por largos años, el pueblo del Sur y el pueblo del Norte vivieron en paz en Manituana. Para hablar, mezclaron sus lenguas, de modo que ninguna incomprensión pudiera surgir. Nacieron los primeros hijos y muchos de ellos tenían a su padre de un pueblo y a su madre del otro. Cada familia deseaba que los descendientes aprendieran primero la lengua y costumbres de sus ancestros. Y así, mientras los hijos crecían y hablaban una lengua bastarda que no era materna para ninguno, la gente del Norte y del Sur se volvieron a odiar. Los del Sur regresaron al Sur y los del Norte al Norte. Solo los hijos que no eran de ningún pueblo permanecieron en Manituana, mientras sus familiares se preparaban para combatir, para decidir quién de ellos se quedaría con la isla. Los gritos y los cantos de guerra se elevaron hasta lo alto y obligaron a bajar al Dueño de la Vida por segunda vez. Llegado a la tierra, comprendió que los hombres combatían

de nuevo por culpa de su regalo. Entonces cogió la manta y se la llevó. Pero mientras corría la cortina del cielo, la manta se abrió y la tierra se precipitó en el río.

La voz de Peter se hizo más profunda, el ritmo de las palabras se redujo.

—Se levantaron olas altísimas y los guerreros apostados en las orillas murieron todos. Manituana se rompió en pedazos, migajas, escollos. Las Mil Islas del San Lorenzo.

—¿Y los hijos que estaban sobre la isla? —preguntó uno de los jóvenes guerreros—. ¿Qué fue de ellos?

Peter miró la taza que tenía entre las manos y ofreció un final inesperado.

—Esos hijos somos nosotros. Cuando la isla cayó del cielo, muchos se ahogaron, otros en cambio se sujetaron con fuerza a un trozo de tierra y lograron salvarse. Pero ya estaban hartos de las guerras entre Norte y Sur, así que buscaron otra patria y al fin la encontraron, en el valle del Mohawk.

Los muchachos de Canajoharie vaciaron la botella a la salud de Peter.

Le tocaba a Walter Butler:

—Yo no conozco leyendas indias, pero puedo contar la historia de Ethan Allen, el Goliat de las Montañas Verdes, el hombre que ha conquistado Fuerte Ticonderoga.

—¿De veras la conoces? —preguntó Peter.

—Me la ha contado mi padre. Conocía a Allen antes de que se convirtiera en un bandido.

Walter, contento por haber llamado la atención, comenzó la historia.

Ethan Allen era un forajido sanguinario, de más de seis pies de altura. Hacía años que señoreaba en las Montañas Verdes, que en otros tiempos eran parte de Nueva Hampshire. Luego esas tierras fueron compradas por la colonia de Nueva York para mandar allí a sus colonos. Allen era un agricultor que no quería pagar impuestos a los de Albany, porque los odiaba. Había disparado contra los recién llegados, había reclutado una banda de criminales, los Mozos de las Montañas Verdes, y se había proclamado «coronel». El Rey en persona había puesto un precio de trescientas esterlinas a su cabeza. Él había ofrecido cinco a quien le entregase el gobernador. El padre de Walter lo consideraba el delincuente más peligroso de América. Cuando los *whigs* habían disparado contra el ejército en Lexington y Concord, y poco después habían puesto bajo asedio

a Boston, Allen cayó en la cuenta de que podía aliarse con ellos. Ellos la tenían tomada con el gobernador de Massachusetts, él con el de Nueva York. Su objetivo era proclamar territorio independiente las Montañas Verdes, y con la ayuda de los bostonianos podía conseguirlo. Entonces se había hecho whig también él.

Habían tomado el Fuerte Ticonderoga cuando la guarnición estaba borracha. Ethan Allen había gritado: «¡En nombre del Gran Jehová y del Congreso Continental, yo tomo posesión de este fuerte!». Los Mozos de las Montañas Verdes habían entrado apuntando con sus fusiles. Como cuando los griegos habían entrado en Roma escondidos dentro de un gran caballo de madera, solo que no había ningún caballo de madera.

¿Los griegos en Roma? Peter estaba a punto de objetar, pero escuchó un ruido de ramas.

—¿Has oído? —preguntó Walter volviéndose de golpe hacia el monte.

Se levantó de un salto con el fusil en su mano y la cara pálida. La visión de una figura conocida lo tranquilizó.

—Señor McLeod —dijo.

Le dirigieron un saludo discreto, mientras el escocés entraba en el campo de luz.

—Tres granujas han pillado una botella de mis víveres. Les han visto que venían hacia aquí.

Peter miró alrededor incómodo. Los muchachos indios habían desaparecido.

—Por aquí no han pasado —se apresuró a decir Walter.

—Podemos ofrecerle un poco de té —propuso Peter.

McLeod gruñó un agradecimiento. Se sentó y echó un vistazo a sus espaldas.

—No están solos haciendo la guardia esta noche. También está aquel indio. —Señaló la oscuridad—. Lacroix.

Peter se volvió, como si pudiera ver a través de las tinieblas.

—¿Dónde? —preguntó.

—Allí abajo, sentado a oscuras.

—Imposible —comentó Walter—. No lo hemos visto ni oído.

—Ya —asintió McLeod cogiendo la taza—, como tampoco han visto a esos tres rateros, ¿eh?

Walter intentó decir algo, pero el escocés empezó a hablar de nuevo.

—Casi me lo llevo por delante. Inmóvil como el tronco de un árbol.

—Es un hombre extraño —se apresuró a decir Walter—. ¿Cómo le llaman?

—Sus enemigos lo llaman *le Grand Diable* —respondió Peter—. Por una venganza, he oído decir.

—Es historia de hace muchos años —dijo McLeod.

—¿La conoce?

El hombre atizó el fuego con un palo.

—Al volver de la guerra, se casó y se fue al oeste de cacería, con su esposa e hija. Un día llegó a casa y encontró a su familia asesinada. —La voz de McLeod se hizo ronca—. Indios hurons, desbandados y borrachos. Relegados que las tribus habían desterrado. —Escupió al suelo—. Las habían masacrado como a bestias.

Se calló. El crepitar de las llamas era el único ruido consistente, en medio del coro de rumores de animales nocturnos. Peter quiso saber cómo acababa la historia.

—Estuvo fuera todo un invierno. Regresó en primavera con veintisiete cabelleras en un saco.

Peter apretó las mandíbulas.

—Las he visto con mis propios ojos —dijo el otro, la voz aún más ronca—. Están enterradas cerca de la tumba de sus mujeres.

McLeod se puso de pie.

—Señores, gracias por el té. Buena guardia.

El hombre se alejó, los dos jóvenes permanecieron en silencio. Walter dijo que haría el segundo turno y se envolvió en la manta.

Peter observó las tinieblas. Imaginó la superficie del lago, un mar en el corazón del continente. Todas las historias de aquella noche hablaban de guerra y le recordaron que pronto habría de combatir, junto a grandes guerreros.

Mientras limpiaba el fusil, pidió estar a la altura.

28

De las orillas del San Lorenzo se desprendían aromas de verano, el aire libre dispersaba los miasmas que provenían de los bajeles. El sol aún ofrecía luz y pronto los rápidos de Lachine pondrían a prueba el convoy.

Joseph miraba el paisaje de las riberas, buscando asideros para su memoria, visiones de hacía quince años, cuando había surcado esas aguas por primera vez. Observó el perfil de sombra proyectado por la embarcación y vio que Philip también hacía lo mismo. El rostro del cazador solitario ondeaba en la corriente.

La guerra contra Francia había durado siete años, pero por sus jóvenes edades habían participado solo en las últimas expediciones de sir William. La captura de Fuerte Niágara, donde habían recibido su bautismo de fuego, y la toma de Montreal, el último baluarte francés en América. Los franceses ya sabían que la guerra estaba perdida y la ciudad se había rendido sin oponer resistencia. Sin embargo, fue entonces cuando Philip y él se habían visto en verdadero peligro, mientras recorrían aquel río. Se habían salvado juntos y ese había sido el inicio de su amistad.

Joseph se dio cuenta de que apretaba el remo más de lo necesario. Una presión rígida, tensa, que el hombro comenzaba a acusar. Intentó distender los movimientos y seguir remando. Imaginó que Philip también estaba recorriendo el camino de los recuerdos.

Tenían diecisiete años, pero esa vez no se había tratado de lanzar insultos o disparar por detrás de un árbol a la espera de que los guerreros resolvieran el asunto. Esa vez, el olor del miedo y de la muerte había penetrado hasta el fondo de las narices, bajando hasta el estómago y subiendo hasta la garganta.

Estaban haciendo un reconocimiento de la zona junto a dos guerreros

expertos, gente que había combatido bajo el ala de Hendrick, matadores de hombres, respetados de una punta a otra en la Casa Larga. El general Amherst, que guiaba la expedición, temía que las tribus aliadas de los franceses planearan un ataque en los rápidos. Sir William se había ofrecido para mandar una canoa para que hiciera una inspección.

Era una tarea importante, Joseph recordaba que se había sentido orgulloso. Tenían que desembarcar y patrullar la costa, controlar si alguien había dejado marcas o huellas en el sendero que bordeaba la orilla derecha del río.

Cuando la canoa se había acercado a las rocas, el guerrero en la proa hizo señas de detenerse. Silencio, solo el chapoteo de la embarcación y el borboteo del rápido aguas abajo. Joseph solo había tenido tiempo de rozar el fusil, antes de que todo sucediera.

De repente, demonios feroces habían surgido del río, cubiertos por montones de algas. Los guerreros de proa y popa fueron arrastrados hacia abajo, con un abrazo que no dejaba escapatoria.

Joseph había visto reflejado su propio miedo en el rostro de su amigo. Luego Philip se había lanzado fuera de la canoa con un grito de guerra. Lo había visto avanzar con el agua hasta el vientre y desafiar a los abenakis. Ellos se habían reído, no era más que un muchacho, todo les parecía muy ridículo, gracioso. No obstante, se disponían a matarlo.

Joseph había contado los fusiles de los guerreros que quedaron en el fondo de la canoa. Cuatro con el suyo. Luego había hecho lo mismo con los enemigos. No podía errar el tiro.

Había abatido al primero con un disparo en medio del pecho, sin darle tiempo de acercarse a Philip. Al segundo solo había conseguido herirle en el costado, pero Philip se había encargado de matarlo con el tomahawk. El tercero y el cuarto se habían abalanzado sobre el joven mohawk ciegos de rabia. Joseph había podido dispararle solo a uno, a la cabeza. La lucha entre Philip y el último adversario había durado pocos respiros, pero a Joseph le habían parecido eternos. Luego su amigo había emergido del agua blandiendo el cuchillo. Tenía una vistosa herida en el costado. Un poco más allá, el adversario trataba de ponerse de pie, mientras se taponaba un corte en el brazo, profundo, hasta el hueso. Mientras se alejaba hacia el bosque, les había maldecido en su lengua y en francés, incrédulo de haber sido vencido por dos muchachos.

Aún furente de miedo, Philip se había lanzado a la persecución.

A Joseph ya no le quedaban más armas cargadas. Volver a cargarlas hubiera requerido mucho tiempo. Como en sueños, los ojos de la mente habían observado que el cuerpo saltaba al agua y corría a toda velocidad hacia la orilla.

Los alcanzó entre los árboles. Había tenido que separar a Philip del adversario, que aún forcejeaba para evitar las cuchilladas. A pesar de la herida, Philip era un manojo de nervios y músculos listos para el ataque, o para desarmarse cuando las fuerzas flaquearan.

Sin pensar, Joseph había mirado el rostro del guerrero moribundo y levantado la culata del fusil. El ruido de los huesos del cráneo que se quebraban había entrado en sus oídos para no irse nunca más.

Cuando habían vuelto a la canoa, la pequeña ensenada estaba roja de sangre y la corriente mecía los cuerpos inertes de los caídos. Los dos supervivientes se habían mirado sin decir palabra. La herida de Philip era profunda. Tenían que regresar deprisa al convoy. Un solo par de brazos para remar, transportar los cuerpos de los compañeros, esperar que el grueso de los enemigos estuviera lejos. En esa situación, disparar no había sido muy acertado.

Pero de los jóvenes no se espera sabiduría.

Joseph había remado con la fuerza de la desesperación, ansioso por ver aparecer el perfil de embarcaciones amigas. El enfrentamiento había ocurrido en el agua, pero la sangre lo impregnaba todo. También el espíritu.

La corriente de los recuerdos dio paso a las imágenes del presente, otro convoy, otra guerra. Joseph miró otra vez a Philip que remaba. Pensó que tenía que tener algún sentido que se repitiera ese viaje. Era como volver donde todo había empezado.

29

La isla de Montreal apareció bajo pleno sol de julio. La isla Jesús, el segundo pilar de la entrada a Canadá, asomaba a sus espaldas. Las aguas del San Lorenzo se abrían en un triple recorrido, con pasajes de fácil defensa, para volver a reunirse más al norte.

Peter Johnson había escuchado los relatos de ese viaje tantas veces que reconocía cada detalle, como si ya hubiera estado allí. En la orilla oriental, columnas de humo entre los árboles señalaban la aldea de los caughnawagas, que un tiempo habían sido mohawks renegados, aliados de los franceses. Desde la playa, mujeres y niños observaban los bajeles.

Superada la curva del río, la isla mayor se abrió a la vista en toda su amplitud. La colina estaba sembrada de parcelas y huertas que descendían hasta la ciudad, abrazada entre bastiones. El campanario de la iglesia de Nuestra Señora se destacaba en la población.

Peter hubiera querido decir algo, compartir un comentario que expresara el entusiasmo por haber llegado al final del viaje, tal vez disparar al aire para anunciar su llegada. Pero para muchos acercarse a la meta no era nada alegre, a causa del luto que se había abatido sobre la expedición y los pocos guerreros que les acompañaban. El silencio dominaba los corazones. Guy Johnson estaba sentado en el bajel delantero, triste y taciturno, junto a los hombres del Departamento. Tío Joseph no había dicho palabra desde que habían salido de Oswego. Los otros guerreros no consideraban a Peter lo bastante adulto para permitirle conversar con ellos. Además, había pasado los últimos años en Filadelfia, metido en sus estudios, y llevado una vida muy diferente. En el último tramo del viaje, si no hubiese sido por Walter Butler, Peter no hubiera tenido a nadie con quien cruzar un par de palabras. Pero Walter remaba en el bajel del

Departamento, junto a su padre. Peter se resignó a guardar para sí la emoción y remó más fuerte.

Una vez, en Nueva York, Peter había visto las tropas de Su Majestad que marchaban en desfile. Ahora, a un paso de la guerra, el efecto era muy distinto. En la Plaza de Armas, al lado de la iglesia, la guarnición de la ciudad los acogía con redobles de tambores. Peter estaba deslumbrado por el rojo escarlata de los uniformes, retomado en los estandartes. El gobernador Carleton esperó a la delegación en el centro de la plaza y juntos saludaron la bandera. Guy Johnson y Daniel Claus, firmes delante de la Union Jack, no dejaron traslucir la fatiga. Siguieron la ceremonia hasta el final, cuando dieron la orden de romper filas y regresar a las tareas de vigilancia. Los soldados se dispersaron rápido en pequeños grupos.

—¿Combatiremos con ellos? —preguntó Peter. Joseph le tocó el hombro.

—No solo con ellos, eso espero. Somos pocos para defender la ciudad.

El muchacho advirtió la sombra que atravesaba la mirada de su tío. No preguntó nada más.

El gobernador Carleton leyó el mensaje con atención, las pupilas se deslizaban de una palabra a otra. Luego dobló el papel y con un gesto cansino se lo restituyó a Guy Johnson.

—El general Gage siempre piensa en todos.

La voz era lenta. Guy pensó que se parecía a la de un enfermo. Cruzó su mirada con Daniel Claus, sentado junto a él, y esperó.

El gobernador estiró las piernas debajo de la mesa, dejando que el vientre se apretara contra el borde de madera. Rizos grises enmarcaban un rostro lampiño y sudado, arrugas de pensador marcaban la calvicie incipiente. Con un gesto hizo que trajeran algo para beber.

—Hace mucho calor, ¿verdad?

Bebió una copa de líquido amarillento y limpió los labios carnosos con un pañuelo de encaje.

Johnson y Claus permanecieron callados. Era verdad, en el edificio de la Intendencia el aire era sofocante y olía a cerrado, la luz entraba por una sola ventana. Sudaban bajo las casacas de lana.

—Les manda aquí para defender Canadá. Claro. —Carleton asintió para sí—. ¿Qué demonios sabe Gage de Canadá? Está atrincherado en Boston desde hace tres meses y pretende dirigir las operaciones militares.

Golpeó la copa sobre la mesa y un asistente se apresuró a llenarla de nuevo.

—Saben, le he enviado mis mejores unidades. Ahora me veo obligado a mantener la posición con pocos miles de hombres, en un territorio que es diez veces más grande que Inglaterra, mientras él sigue emboscado.

Las últimas palabras fueron murmuradas entre dientes.

Con un toque de mano desplegó un mapa en la gran mesa e hizo señas a los otros para que lo miraran, cosa que él no necesitaba hacer. Johnson y Claus estiraron el cuello. La cuenca del San Lorenzo estaba reproducida en toda su grandeza, del lago Ontario al océano.

Carleton estiró de nuevo las piernas.

—En Londres no pueden entenderlo. —Ahora hablaba para sí mismo, mirada perdida, manos cruzadas sobre el vientre—. Está claro que a ellos se les escapa la naturaleza del problema. —Pasó el índice por el borde del mapa—. Las dimensiones de este continente.

Suspiró. Miró a los dos caballeros como si advirtiera su presencia por primera vez.

—Tenemos una tarea difícil. Civilizar un inmenso territorio salvaje y hostil. Una carga pesada de llevar, sí. Sin embargo alguien debe hacerlo. —Limpió el sudor que bañaba su frente—. Hace mucho calor, ¿verdad?

Hizo llenar de nuevo las copas y sorbió la bebida con aire distraído, escuchando los rumores confusos que llegaban desde fuera, mezclados con el tictac de la péndola al fondo de la sala.

—He pedido refuerzos a Inglaterra, pero hasta ahora nada. También he intentado reclutar a los campesinos franceses. Inútil, aún nos consideran ocupantes, no van a combatir nunca por Jorge III.

Miró a los dos en silencio, serio, esperando la respuesta de una pregunta implícita.

—Y ahora Thomas Gage me envía a ustedes, con doscientos indios. —Forzó una sonrisa—. Qué maravilla. Tal vez piensa que debería imitar a Leónidas en las Termópilas.

Johnson y Claus eran dos estatuas de sal clavadas en las sillas. Guy sintió que la rabia le crecía dentro, combinada con una tremenda frustración.

—Podemos reclutar un millar —intervino gélido—. Si Su Excelencia nos lo permite. Con un ejército indio podríamos llegar hasta los rebeldes y detenerlos en el lago Champlain. Reconquistar Fuerte Ticonderoga. Hacerles regresar al lugar de donde vinieron.

Carleton escuchaba impasible.

Daniel Claus se inclinó hacia delante.

—Con todo respeto, Excelencia, ejerzo el cargo de superintendente para los indios canadienses desde hace muchos años. Permita que organicemos un consejo aquí. Tengo buenas razones para creer que las tribus de estos territorios combatirán por el Rey.

El gobernador forzó un golpe de tos.

—No me consta que usted, señor Claus, ni usted, señor Johnson, tengan título alguno para ejercer los cargos de superintendente del Departamento Indio.

El alemán enmudeció, Guy intervino con un tono de voz algo más alto de lo que la etiqueta impone.

—El difunto sir William Johnson nos ha designado sus sucesores.

—Como ya saben —rebatió frío Carleton—, los nombramientos del Departamento son prerrogativa del ministro de las Colonias.

Guy se sentía cansado, extenuado por el luto reciente e incomodado por la testarudez de aquel hombre. Sintió la tentación de mandarlo todo al diablo, levantarse y regresar a casa, dejarse llevar por los acontecimientos en vez de ir en contra de ellos. Apartó esa sensación con un respiro profundo.

—Excelencia, según sus propias palabras, tiene muy pocos soldados para defender Montreal. Y si Montreal cae, los rebeldes tendrán vía libre hasta Quebec…

Carleton lo interrumpió otra vez:

—Si están tan convencidos de que los indios acatarán las órdenes, dígame, ¿qué es lo que pretenderían a cambio?

—Regalos. Y la confirmación de lo que les hemos prometido en Oswego.

Carleton levantó una ceja que significó más que un signo de interrogación dibujado en un papel.

—Que los combatientes por la Corona serán resarcidos por todas las pérdidas territoriales.

—¡Ah! —dijo el gobernador—. Nada menos.

Se balanceó sobre la silla, pero no dijo nada más. Guy vio un hueco y decidió aprovecharlo.

—No le pedirán que lo ponga por escrito. Es suficiente que Su Excelencia lo diga delante de los jefes de guerra.

La péndola, el chirrido de los carros en la plaza, el paso de marcha de la ronda, griterío de niños. La luz menguaba, el sol doraba los contornos de las cosas.

Carleton asintió, con movimientos de la cabeza pesados y lentos.

—Les diré lo que haré. Dejaré que organicen ese consejo. Reúnan a todos los guerreros que puedan. Los rebeldes temen a los indios tanto como yo. Tendrán miedo y tal vez no nos ataquen. En cualquier caso, nos hará ganar tiempo. No obstante, les ordeno permanecer dentro de los confines canadienses. No podrán ir más allá del paralelo cuarenta y cinco, esperarán que los rebeldes lo crucen para presentar batalla.

—Excelencia… —intentó intervenir Guy Johnson, pero la mano levantada del gobernador le obligó a callar.

—Señores, yo aquí represento a Su Majestad. Sir Guy Carleton no pasará a la historia por haber desatado a los salvajes contra los súbditos ingleses, aunque se trate de traidores. Ellos deben ser colgados en una horca después de un juicio por alta traición, no ser degollados y escalpados en medio de los bosques. —Miró a ambos a los ojos—. Estas son mis órdenes. Aténganse a ellas sin excepciones.

30

Montreal, 5 de septiembre de 1775

Estimado sir John:

Los mensajeros que he enviado desde Oswego ya le habrán dado la noticia de la muerte de mi esposa y de la criatura que llevaba en su seno. Una gran pérdida para mí y una señal nefasta para la expedición, la cual, estoy convencido, con esta tragedia ha conseguido una imborrable aura de infortunio. De hecho, la mala suerte ya no nos ha abandonado. Deje que le ilustre los sucesos de los últimos meses y juzgue por sí mismo.

Hemos llegado a Canadá a mediados de julio con solo doscientos guerreros, recibiendo una acogida más bien fría por parte del gobernador, el general Carleton. De su antipatía por nuestra familia ya estábamos al tanto, pero no nos esperábamos que desalentara una iniciativa destinada a prestarle ayuda. En realidad se encuentra sin tropas, porque las ha enviado como refuerzo al general Gage a Boston, y bajo amenaza de una invasión por parte de los rebeldes *whigs*. He intentado explicarle a Su Excelencia que el general Gage ha querido devolver el favor enviándonos a nosotros, con los irregulares indios, en apoyo de Canadá, pero el argumento no ha producido sobre él ningún efecto.

Sin embargo, ha accedido a confirmar a los indios las promesas hechas en Oswego por un servidor a cambio del apoyo a nuestra causa, es decir, el resarcimiento por parte de la Corona de todos los territorios perdidos en caso de conflicto con los *whigs*. Hemos tenido la previsión de obligarle a asumir dicho empeño ante un consejo de tribus

canadienses, convocado para la ocasión por nuestro fiel Daniel Claus. Entre los casi dos mil asistentes, las promesas de Carleton han suscitado una gran impresión, pero ya se sabe que el entusiasmo de los indios tiene breve alcance, si no encuentra salida en una rápida actuación. Por desgracia, el desconfiado recelo del gobernador respecto a los indios se ha revelado un obstáculo aún más difícil de superar que cualquier rápido o estrecho pasaje encontrado para llegar hasta aquí. No se fía de los indios y no quiere que combatan solos, por temor a perder el control sobre ellos y ser acusado de salvajismo. Es firme voluntad de Su Excelencia que nuestros guerreros combatan junto a tropas regulares en regimientos mixtos, bajo el mando de funcionarios británicos. La orden recibida ha sido mantener la posición y esperar la ofensiva de los rebeldes o la llegada de nuevos contingentes de la madre patria.

Las consecuencias eran predecibles. Un largo verano de inactividad ha sido más que suficiente para debilitar la moral y hacer regresar a sus casas a la mayor parte de los guerreros.

A todo esto se debe añadir que los rebeldes *whigs* no han perdido tiempo para intentar corromper a las tribus, comprando a peso de oro su neutralidad.

Los caughnawagas se han dejado convencer por trescientas esterlinas.

Más grave aún es que, una semana atrás, ha llegado a nuestro campamento una delegación oneida, aconsejando a los guerreros que firmen la paz con los rebeldes de Albany y comentando que los mohawks de Fuerte Hunter ya lo habrían hecho. Si esto se correspondiera a la verdad, nuestro valle y nuestras posesiones se encontrarían expuestos a un grave riesgo, sin tribus indias dispuestas a defenderlos, y usted y su familia estarían en peligro.

Con el corazón afligido por estas noticias, habíamos decidido regresar a toda prisa, pero nos ha llegado la noticia de que los rebeldes han retomado su marcha hacia el norte. Desde el Fuerte Ticonderoga están remontando el lago Champlain.

Les guía Montgomery, a quien recordará como oficial del general Amherst en la guerra franco-india. Es irlandés como nosotros, su padre sir William le conocía bien, y hoy se sorprendería por tener que luchar contra su antiguo conmilitón. Aún no sabemos cuántos hombres tiene consigo Montgomery, pero esta noticia ha convencido

al gobernador Carleton para movilizar a los indios, siempre que sea bajo la responsabilidad de un oficial. Se ha ofrecido Butler. Mientras le escribo, guía a los guerreros más allá del San Lorenzo, hasta el puesto de avanzada del Fuerte St. Johns, el primer obstáculo que los rebeldes encontrarán en su camino. Nuestros mohawks están con él.

Inútil es decir que la moral de los miembros del Departamento es más bien baja. Los combatientes a nuestra disposición son pocos, aún no se tienen noticias de refuerzos de Inglaterra, y no cabe duda que Montreal no resistiría un ataque masivo. Nuestra aportación en la defensa de Canadá no puede considerarse determinante. Por eso tengo intenciones de organizar el regreso apenas sea posible.

Y puesto que la incertidumbre por lo que podría suceder allí nos deja a merced de una profunda angustia, le ruego que me envíe noticias de la colonia cuanto antes.

Con la esperanza de reunirnos pronto
y con mis mejores deseos,
le saluda su afectísimo cuñado,

Guy Johnson

31

Alrededor del bailarín, blancos e indios batían las manos. La melodía de las gaitas y el ritmo acelerado del tambor parecían provenir del fondo de la tierra, sepultados por el vocerío y los gritos de estímulo. El hombre en el centro de la atención brincaba alternando las piernas, rodillas en alto, mano derecha levantada sobre la cabeza, mano izquierda en la cadera. Llevaba el sombrero tradicional de su gente, ese que los ingleses llamaban con desprecio «mierda-en-la-cabeza». El kilt y los calcetines largos a rombos habían quedado en casa, en una pequeña finca propiedad de los Johnson.

Desde el principio, Peter había reconocido la música, una marcha. Los pasos, en cambio, eran indescifrables. Más que danza era un juego de piernas para desorientar al adversario y sorprenderle con un golpe de daga.

Tendidas en la hierba amarilleada por el sol, dos espadas formaban una cruz. Peter conocía el desafío, consistía en golpear con los pies en el suelo cerca de las hojas, primero en un cuadrante, después en otro, sin pisarlas nunca. No un simple juego, con el habitual corolario de apuestas: bailar sobre las espadas era uno de los modos para obtener presagios. Los mohawks eran muy entusiastas. Su padre juraba que la Danza de Guerra de las Highlands, y no los extenuantes consejos, era lo que había persuadido a las Seis Naciones a combatir contra los franceses.

«No hay nada de qué extrañarse —decía—. Los escoceses son los más indios de los pueblos de Europa.»

El tambor se volvió acosante: los músicos daban prueba de entusiasmo guerrero. Los gritos se unieron en coro. Peter miró al bailarín: volaba, suspendido a una pulgada del suelo, pies tan rápidos que flotaban en el polvo. Un guerrero capaz de moverse de ese modo debía ser un blanco imposible para cualquiera.

El círculo de espectadores empezó a estrecharse. Los Highlanders avanzaban con zancadas pausadas, a paso de danza. Los otros se esforzaban por imitarlos. Parecía un ejército en marcha que rodeaba amenazante al último enemigo que quedaba en pie. En realidad, se acercaban para controlar que el campeón no pisara las armas. Si podía lograrlo, al día siguiente rechazarían el asalto de los rebeldes y el bautismo de fuego de Peter culminaría con una victoria.

El polvo nublaba la vista de las espadas.

El crepúsculo de verano suavizaba líneas y contrastes en la plaza de armas del Fuerte Saint Johns. Los centinelas de los bastiones también prestaban oído a la música, que entró en el último y furioso galope. Hubo un sobresalto colectivo, luego las voces se callaron, las manos dejaron de batir y señalaron la cruz a los pies del bailarín. Toda la primera fila se sacudió con rifirrafes y protestas, luego la de atrás y aún más atrás. El círculo de hombres contuvo el aliento. En medio del silencio repentino, Cormac McLeod avanzó hacia el bailarín, que esperaba en posición de firmes, delante de las espadas.

El gran jefe de los escoceses se arrodilló con solemnidad frente a las hojas cruzadas, sopló el polvo, luego alzó su mirada hacia el guerrero. McLeod empuñó las armas, las levantó en alto formando una cruz y golpeó tres veces las espadas una contra otra.

—*Bualidh mi u an sa chean* —gritó a pleno pulmón.

—*Bualidh mi u an sa chean* —repitieron los Highlanders en un estallido de júbilo, se echaron sobre su campeón y le llevaron en alto sobre los hombros.

En la plaza permanecieron los indios, preguntándose aún por los resultados de la danza, de la batalla y de las apuestas. Véspero ya brillaba junto a la luna.

Peter respiró el aire de la noche. Nunca había visto un edificio tan antiguo, ni siquiera en Albany ni siquiera en Nueva York. En realidad, el fuerte había sido reconstruido hacía poco, pero la empalizada, cubierta de musgo, parecía surgir de la tierra desde antes del inicio de los tiempos. La bandera británica ondeaba perezosa en medio del humo de los fuegos, los colores apagados de la noche la hacían parecer blanca y negra.

El día anterior, una salva de hurras había saludado su llegada desde las explanadas del fuerte. La guarnición era exigua. El 84.° Regimiento, los *Royal Highland Emigrants*, era en realidad poco más que un batallón.

Reclutados en Boston, Nueva York, Canadá y Nueva Escocia. Gente recién llegada a suelo americano: pescadores de Terranova, colonos de Carolina, desembarcados con otro tipo de esperanzas, habían decidido deprisa de qué lado estar. Soldados con uniformes verdes de los regimientos canadienses: el rojo con kilt, sable y pistola se lo habían prometido, pero todavía no había llegado.

Ahora el fuerte bullía de actividad y preparativos. Se llenaban los cuernos con pólvora, se limpiaban los fusiles. McLeod afilaba la hoja de la espada en la fresa. Nadie dormiría antes de la batalla, solo pocas horas de inconsciencia, para juntar fuerzas y estar de pie al alba. Peter sin duda no pegaría ojo. Por fin el momento había llegado.

Esa tarde, tío Joseph y John Butler habían estudiado el plan de batalla. Los rebeldes se esperaban encontrar un pequeño contingente atrincherado dentro del fuerte, en cambio ellos los esperarían en el río. Los guías aseguraban que el mejor punto era un estrechamiento pocas millas al sur, donde la corriente retardaría el avance de los enemigos.

—Los escoceses han bailado sus danzas —escuchó la voz de su tío justo detrás de sus oídos—. Ahora tocan las nuestras.

Peter se sentó a su lado y sacó un espejo. Sin hablar, comenzó a pintarse el rostro con grandes cuadrados rojos y azules, mientras Joseph terminaba la limpieza de su propia arma con la baqueta y un trapo enjabonado.

—Dicen que la cabellera es la esencia de un hombre. Pero yo digo que la esencia de un hombre es el fusil. El ánima del fusil es hueca, vacía. El alma del hombre es inaferrable, inasible. Sin el fusil, solo eres otro animal que lucha por la comida. El fusil, Peter, es un regalo de Dios para los hombres de los bosques, que los ha convertido en señores por encima de las bestias. —Joseph se concedió una pausa. Reflexionó un instante y concluyó —. Claro, hay que ser señores justos, no tiranos.

Apoyó el fusil y sacó el espejo y las pinturas del saco de piel.

Peter nunca había oído palabras como esas. Joseph comenzó a pintarse las mejillas.

Llegó Philip Lacroix. Los cabellos caían pesados sobre sus hombros, las pinturas de guerra eran sobrias. Había utilizado solo el negro para trazar una línea sobre los ojos.

—Mañana, durante el ataque, estarás siempre junto a mí y a Philip —dijo Joseph.

Peter tragó saliva. Sin saber en qué pensar, se quedó mirando el caldero que hervía en el gran fuego en el centro del campo. La carne tierna del oso se cocía en su grasa.

En cuanto el cazador sacó las visceras del vientre de la presa, los jefes guerreros agarraron con sus manos la carne caliente. Peter y los guerreros de su edad tenían que llevarla a los más ancianos, junto al licor. Cuerpo y sangre de los enemigos darían fuerza a los hombres para la guerra.

Acabada la cena, los mohawks bailarían hasta el agotamiento, deteniéndose para tomar aliento entre cantos y relatos de hazañas.

La luz comenzaba a inundar el cielo mientras una brisa fría esparcía las brasas y disipaba el eco de bailes y canciones. Peter, armas en orden desde hacía horas y cara pintada, observó a los Highlanders de pie ante el capellán para la santa misa. En medio de las nieblas del alba, con los fusiles apoyados en el suelo y los sables al costado, recordaban las ilustraciones de un libro de la biblioteca de Johnson Hall. Caballeros, armados con lanzas y espadas, listos para combatir por su Rey. John Butler y su hijo estaban entre ellos. Se colocaron en fila delante del sacerdote y se arrodillaron uno a uno para recibir el cuerpo de Cristo. Cada uno ofrecía el fusil para que fuera bendecido.

Por último, Peter vio que Lacroix se ponía de pie y hacía la señal de la cruz. Se dirigió hacia el grupo de los guerreros. Peter aligeró el paso, advirtiendo que castañeteaba los dientes con la boca cerrada, al ritmo de la danza de guerra escocesa.

Blancos e indios empezaron a salir de la fortaleza en dos largas filas paralelas, en dirección hacia el bosque. No más de quinientos hombres.

Dos horas después, los exploradores regresaron para referir que el ejército rebelde avanzaba por la orilla oeste del Richelieu. Al menos dos mil hombres. Peter pensó que era así como se medía el valor: cuando se afronta un adversario compensando la disparidad de fuerzas con la astucia y la sorpresa. Sintió que estaba cerca de una prueba memorable.

32

Los rebeldes aparecieron en el sendero que costeaba el rápido. Inspeccionaban el terreno y el bosque aledaño, mientras las barcas se acercaban a la orilla.

A Peter le recordaron hormigas dispersas en el tronco de un árbol. No llevaban uniforme, cada uno empuñaba un arma diferente. De lejos, el Ejército Continental americano parecía un grupo de cazadores.

Peter inspiró a fondo para contener la agitación. El olor a musgo del sotobosque se mezclaba con ráfagas dulzonas que subían desde el río. Lacroix, agachado a su lado, no movía un solo músculo. Toda la línea de combate estaba inmóvil. Butler había desplegado a los hombres en la ladera de un pequeño promontorio que dominaba el estrechamiento del Richelieu. El 84.° Regimiento y los Highlanders en el centro, los indios a los flancos. Atacarían desde lo alto, cubiertos por los árboles, cuando se encontraran a cielo abierto en medio del pasaje.

Joseph se deslizó en silencio hasta llegar al extremo de la fila, donde guiaría la fusilería de los mohawks.

Lacroix miró a Peter e intuyó su estado de ánimo.

—Controla el miedo. No lo dejes libre —murmuró—. Cuando todo sucede rápido, aprende a ser lento.

Los rebeldes en el río sacaban la carga de las embarcaciones para reducir el calado y que puedan cruzar el rápido. En grupos, tensaban los cabos y los soltaban poco a poco para conseguir que pasen los bajeles sin golpes violentos. Resbalaban y se hundían en el lodo hasta las rodillas.

Peter se dio cuenta de que era el momento. El grito de guerra de las Highlands resonó en la cima, fuerte, repetido por decenas de voces. A lo largo de la orilla se desato el pánico, que se convirtió en terror ciego

cuando los primeros doscientos fusiles abrieron fuego desde el bosque.

Peter no sabía si había dado en el blanco. Cuando el humo se dispersó había cuerpos flotando en el agua y otros que braceaban para no ahogarse. Butler ordenó la segunda descarga. Las hormigas corrieron en todas las direcciones, en busca de refugio, detrás de las rocas del pedregal o en hoyos de la tierra. Algunos intentaban llegar hasta la otra orilla, pero la corriente se los llevaba.

Uno de los bajeles se había encallado en los escollos, los otros estaban varados en la orilla.

Algunos respondieron al fuego, apuntando a ciegas hacia el monte. La voz de Peter se unió al grito de júbilo de los mohawks. Los indios eran buenos para hacer creer que eran el doble.

Los disparos prosiguieron sin orden, cada cual en busca de un blanco escondido.

Ya los tenían en un puño.

Luego, tierra y cielo temblaron.

Peter fue alcanzado por una lluvia de piedras y hojarasca, un enredo de ramas quebradas se precipitó desde lo alto.

Butler corrió por detrás de la línea de fusileros, hacia Joseph, pero resbaló y cayó. Una segunda explosión, y dos cuerpos saltaron por los aires, en trozos.

Butler se levantó lleno de barro, cara y casaca manchadas con sangre. Soltó maldiciones mientras llegaba hasta Joseph.

—Estos hijos de perra nos están tirando con un cañón de a ocho.

Gritaba, ensordecido por las explosiones. Peter podía escuchar todo.

Joseph intentó localizar el mortero debajo de ellos.

—¿Dónde está?

Butler señaló la curva del río.

—Detrás de las rocas.

Un tercer impacto partió en dos el tronco de un árbol, que se derrumbó sobre la fila. Uno de los soldados gritó, la pierna atravesada por una rama puntiaguda.

Peter escupía tierra e intentaba respirar, el aire estaba cargado de cenizas. Los árboles y helechos retenían el humo de los disparos, que se transformaba en una espesa niebla.

—¿Cómo hacen para vernos desde allí abajo? —gritó Joseph incrédulo.

—No necesitan vernos —respondió Butler—. Disparan al azar contra la

colina. Con ese aparato podrían echarnos encima todo el bosque, si quisieran.

A modo de sello de las palabras del irlandés, un cuarto cañonazo cayó a unas pocas yardas, haciendo trizas maderas y plantas.

Los indios estaban aterrorizados, a punto de dispersarse. Joseph recorrió toda la fila, junto con Butler, gritando con todas sus fuerzas.

—¡Quietos! ¡Sigan disparando!

Peter lo perdió de vista en medio del humo y el follaje. Solo entonces se dio cuenta de que estaba empujando con sus palmas para levantarse: las piernas querían echarse a correr, pero la mano de Lacroix lo mantenía en el suelo.

El quinto golpe de cañón se abrió paso entre los árboles y llegó casi hasta la cima de la pendiente. La lluvia de ramas y hojas sepultó a media fila, impidiendo hacer fuego.

McLeod gritaba órdenes a sus hombres, agitando la espada. Juraba por san Andrés y san Columba que destriparía a cualquiera que hubiera vuelto la espalda al enemigo. El aire ya era irrespirable y no se veía nada. Peter tuvo que esforzarse para reconocer a Joseph y Butler en los hombres que se tendieron a su lado. El barro y las pinturas de guerra se mezclaban en la cara de su tío, dándole una expresión monstruosa.

Butler gritó por encima del ruido del bosque que saltaba en pedazos.

—Tenemos que escabullirnos en pequeños grupos y subir hasta la cima.

Joseph sacudió la cabeza.

—No. Allí arriba seremos blancos más fáciles.

—No hay alternativa —gruñó el irlandés.

Joseph miró a Lacroix. Ambos se miraron. Había perdido la cuenta de los cañonazos, los oídos le zumbaban, tosía y escupía.

—Iremos nosotros —dijo Joseph.

Lanzó un grito agudo y de la fila salieron Kanatawakhon y Sakihenakenta.

Oronhyateka y Kanenonte, músculos brillantes por el sudor, se colocaron junto a Lacroix.

Joseph miró a los guerreros y se acercó a Peter hasta respirar sobre su cara.

—Subir es tan peligroso como quedarse aquí. La única salvación es bajar. Tenemos que acercarnos al mortero, ¿entiendes? Donde no pueda hacernos daño. Hacer que pare.

Peter asintió hipnotizado.

—Quédate a un paso de mí —dijo Joseph—. Mantén la cabeza baja y cuando te lo diga échate al suelo.

Miró a Butler esperando su aprobación.

—De acuerdo. Cojan dos fusiles cada uno. Les daré toda la cobertura que pueda. Que Dios les guarde, malditos locos.

Cargaron las armas y comenzaron a descender con trote corto, atravesando los helechos y el humo cada vez más espeso. Sin hacer ruido, llegaron hasta el borde del bosque y se escondieron detrás de un gran tronco caído, a unas treinta yardas de los refugios de los rebeldes.

Tras la desbandada inicial se estaban reorganizando, intentaban recuperar los materiales y reagrupar las fuerzas. Los disparos del mortero volaban alto sobre sus cabezas, con fuertes zumbidos. Peter lo divisó detrás de un cúmulo de rocas donde la curva del río formaba un pequeño rehoyo. Estaba apartado del grueso de la columna, fuera de tiro. Lo defendía un grupo de hombres apostados dentro de una barca hundida en el barro hasta convertirse en trinchera. El mortero se encontraba pocas decenas de yardas más atrás. Cuando el viento abrió un hueco en la niebla, Peter distinguió a los artilleros.

En ese momento vio a Lacroix, cuchillo y maza en la cintura, fusil en bandolera, tomahawk en puño.

Joseph empezó a disparar a las posiciones rebeldes, acompañado por los otros. Por encima de ellos, desde la ladera de la colina, los Highlanders descargaban las municiones, incitados por los gritos roncos de Butler y McLeod.

Fue entonces que Lacroix salió de pronto del refugio.

Peter Johnson asistió incrédulo a lo que siguió.

Más tarde esa noche, una vez en el fuerte, tuvo que descomponer y recomponer el recuerdo de los gestos, como en un juego de encaje, para hacerlo creíble a su propia imaginación. Contarlo hubiera sido imposible.

Lacroix había llegado hasta las defensas enemigas cubierto por un manto de humo. Sin correr, caminando rápido y en silencio.

Alguien, tal vez un oficial, al otro lado había gritado:

—¡Disparen! ¡Disparen!

Demasiado tarde. El Diablo estaba ya entre ellos.

El capitán Jacobs se volvió, las manos en el estómago. Mientras trastabillaba, alcanzó a ver que el indio partía el cráneo del segundo oficial con un solo golpe de tomahawk y clavaba el cuchillo en las costillas del sargento mayor. Eran movimientos fluidos, una danza. *Dios mío*. Sintió que sus rodillas cedían, se agachó, escupió la sangre que subía por la garganta y tragó aire con la boca abierta. *Dios mío*. Alguien desde el bajel dio la alarma. Por detrás de las rocas gritaron que se callara, porque los lealistas estaban bloqueados en la colina, bajo tiro del mortero. El capitán Jacobs cerró los ojos y los volvió a abrir, todo estaba ofuscado. *El Señor es mi pastor*. El teniente Bones sintió el cañón del fusil bajo la barbilla mientras intentaba empuñar su propia arma. El tiro le arrancó la cabeza de cuajo y la hizo volar lejos. En verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas. Donkers levantó el fusil, pero el pánico le impidió disparar bien y acabó con las tripas entre los pies, las manos que se agitaban para intentar retenerlas. *Repara mis fuerzas y me guía por el sendero justo*. Abrahamson se lanzó con la bayoneta rechinando los dientes. Cuando el tomahawk le rompió el brazo con un ruido seco, se quedó inmóvil contemplando el miembro que colgaba de su hombro. Luego levantó la cabeza para recibir el golpe de gracia en plena sien. *Por el honor de su nombre*. Marteens resbaló en la pátina viscosa mientras intentaba salir arrastrándose. Una sola cuchillada en el muslo le cortó la arteria y lo dejó moribundo en el fondo del bajel, gritando como un cerdo degollado. *Aunque camine por cañadas oscuras nada temo, porque tú vas conmigo*. Los artilleros estaban abriendo fuego contra la sombra que avanzaba lenta hacia ellos. ¿Cómo haces para disparar a una sombra? *Tu vara y tu cayado me sosiegan*. Huyan, hubiera querido gritar el capitán Jacobs, si le hubiera quedado aliento en la garganta. Primero vio caer a Rodgers con el hacha en el pecho. Los operadores de la pieza se abalanzaron furiosos. La sombra se inclinó, le rompió la pierna a uno mientras golpeaba al otro con la culata del fusil y luego mató a ambos con el puñal. *Dios mío*, pensó Jacobs apoyando la frente en el suelo, las piernas flexionadas contra el vientre. Respiró el olor húmedo de la hierba, mezclado con el de su propia sangre. Vio que la sombra se alejaba. *Dios mío*, pensó otra vez, antes de que la última convulsión le hiciera escupir el alma.

Los bastiones del fuerte los acogieron en un abrazo protector. Los

combatientes se echaron aquí y allá, acurrucándose bajo mantas y pieles, cerca de las hogueras. Pocos tuvieron fuerzas para entretenerse con relatos y revivir la jornada campal. Ya habría tiempo, al día siguiente, cuando el mundo hubiese reaparecido en torno a ellos.

Peter se sentó, demasiado cansado hasta para mover los párpados. Las palabras de tío Joseph y John Butler llegaban en ráfagas. Habían rechazado a los rebeldes, les infligieron muchas pérdidas, pero pronto llegarían otros. Había que resistir. Dar tiempo a Carleton para organizar las defensas de la ciudad.

Peter escuchaba, pero su mente estaba en otra cosa.

Sintió la mano de Joseph en un hombro.

—Hoy te has comportado bien. Molly se sentirá orgullosa de ti. Ahora duerme.

El muchacho se tendió, pero tardó mucho tiempo en dormirse. Cada vez que cerraba los ojos veía el ataque de Lacroix, y luego al guerrero que los esperaba en la orilla del río, cubierto de sangre hasta la cabeza. Oronhyateka y Kanenonte se apartaban a su paso, temerosos e impresionados. Y el rostro de Lacroix: bajo la sangre que empezaba a coagularse, cada músculo se había paralizado. Los labios estaban secos y llenos de grietas, un lecho de río muerto, castigado por el sol. El Diablo seguía adelante. Le vieron detenerse, cincuenta yardas más allá, y quitarse las ropas, ajeno a todo. Había entrado en el agua con pasos pesados. Se había quitado la sangre de la piel, con grandes y rudos manotazos. Peter había mirado a su tío. Joseph había mirado largo rato a su antiguo compañero de armas. Peter se giró bajo la manta.

A través de los párpados, las llamas oscilaban al ritmo del tambor y de la gaita.

Una danza de guerra y de muerte.

33

El castillo de Ramezay no era un verdadero castillo. Nada de almenas y torreones, solo grandes chimeneas sobre un tejado a dos aguas. En medio de la campiña irlandesa, la residencia del gobernador hubiera parecido una enorme granja. En Londres, la hubieran confundido con un cuartel.

Por tercera vez desde que estaba en Canadá, Guy Johnson dejó atrás el edificio y cruzó el jardín. Rayos de sol tibio atravesaban la niebla. Tres conversaciones con Carleton, otras tantas puñaladas en la espalda.

Esa mañana, un mensajero de sir John había llevado noticias al campamento de los mohawks. Los rebeldes señoreaban en el valle. Habían arrestado a dos escoceses, mientras montaban guardia en el camino del condado en las cercanías de Johnson Hall. La situación se precipitaba. Según las voces, los hombres del Departamento eran piezas cotizadas. No se atrevían a tocar a sir John, aún no, pero para todos los demás, regresar a casa era demasiado arriesgado. En la prisión de Albany tenían preparadas las jaulas.

El mensajero no había acabado de llegar, y ya McLeod estaba pidiendo autorización para hacer el equipaje. Los Highlanders habían llegado de Fuerte Saint Johns cargados de resentimiento. Se habían batido con valor, habían rechazado al enemigo. Dos días después, Carleton había enviado una compañía para sustituirlos. Muchas gracias, pueden regresar a la ciudad, tal vez más adelante puedan servirnos. Usados y dejados de lado en cuanto fue posible. Carleton prefería defender Canadá por sí solo, o ilusionarse con que los campesinos franceses le echarían una mano, antes que conceder algo a los Johnson y al Departamento Indio. Ya nadie quería combatir por el gobernador. Los indios también ardían de desilusión. Las incursiones rápidas eran normales para ellos, pero odiaban los

enfrentamientos sin botín, sin cabelleras, sin honores y regalos para premiar a los guerreros.

Su familiaridad con los indios puede ser muy útil en Fuerte Niágara, coronel Johnson.

Niágara, al otro lado del lago Ontario. El mejor lugar para acabar pudriéndose, en medio de los senecas, en los confines del mundo.

Guy cruzó la verja y despidió el carruaje con un gesto. Quería caminar, desentumecer los huesos. Tal vez el calor de la mañana le aliviaría el dolor que paralizaba el cuello. Cada día se sentía más bajo, aplastado como una culebra bajo un ladrillo, un ladrillo caldeado al rojo por el sol. Tenía que salir del punto muerto, tomar la decisión apropiada, jugarse el todo por el todo. Pero ¿qué?

A Fuerte Niágara no iría, esto era seguro. Un sitio de soldados y mercaderes de pieles, donde la única diplomacia posible era adular a un puñado de *sachems* altaneros y arrogantes.

Regresar a Guy Park era demasiado peligroso.

Y además, estaba el problema más grave, la segunda puñalada del gobernador Carleton.

Coronel Johnson, teniente Claus: les presento al mayor John Campbell, acaba de llegar de Inglaterra con el cargo de superintendente para los indios canadienses.

John Campbell, hombre de Londres, conocido en los salones de la capital, irrumpía en la escena de la noche a la mañana para destituir a Daniel Claus y recordar a Guy que su posición era solo un poco más sólida que la del alemán. No lo suficiente para sentirse tranquilo, inmune a ulteriores infamias. Salir de escena podía significar desaparecer para siempre, renunciar a ser el sucesor de sir William.

¿Qué hacer?

Ni aun el Viejo se había visto jamás en semejante laberinto. Más lo pensaba y más se convencía. No servía de nada preguntarse qué hubiera hecho en su lugar. La respuesta obvia era que ningún Carleton petulante se hubiese permitido tratar a sir William de ese modo. El Viejo había venido a Montreal para conquistar la ciudad, con setecientos indios, no para hacer antesala en un castillo que parecía una granja.

La calle de Saint Paul estaba abarrotada de carros que se dirigían al mercado. Las entradas de las tiendas de té, pieles, licores y tejidos estaban enmarcadas por carteles, que trepaban por las fachadas hasta las primeras ventanas, aclamando la variedad y calidad de las mercaderías. Por las trastiendas abiertas se divisaban las murallas y el ajetreo de estibadores denunciaba la proximidad del río, con la línea del puerto y los mástiles de los barcos agolpados alrededor de los muelles.

Delante de la capilla del Socorro, un grupo de caughnawagas recitaba el rosario para ganarse la limosna de los viandantes. Las mujeres que entraban en la iglesia tenían entre sus manos pequeños modelos de barcos. Debían ser exvotos, símbolos de plegarias atendidas por un marido a merced de las olas. Guy decidió ir a arrodillarse ante la Virgen de los Marineros, para pedir ayuda contra la borrasca de los últimos meses. Se acercó a la puerta, pero el uniforme rojo que llevaba llamó la atención de inmediato y le hizo desistir.

Mientras volvía a la calle, mano presionando el cuello, una mujer del vulgo empezó a caminar a su lado.

—*Escusé*, señor mío, usted *très mal*. Su sombra está sucia.

—¿Qué dices? —preguntó Guy.

La mujer hablaba deprisa, una mezcla de inglés y francés, pero ninguno de los dos parecía ser su idioma. Era de una raza indefinible: rasgos del rostro europeos, la piel oscura, ojos algo rasgados, los labios carnosos de las africanas.

—Su sombra está sucia —señaló el suelo—, ella va separarse, ¿entiende? La muerte lo sigue. Desde allá *du lac*.

Guy se sobresaltó y la agarró de la muñeca.

—¿Me estás echando un mal de ojo?

—No, señor, Massoula no echa. La Virgen llora sus lutos.

A Guy le pareció que su cerebro se desbordaba, que la calle era la cubierta de un barco en un océano tormentoso. Apretó los puños, como cuando había visto el corte. Como ante el niño, inmóvil bajo los pañales.

—*Bandoka* ha hecho el nido *ici*. —La mujer se tocó detrás de la nuca —. Dentro su cuello, y él ahora hace *très mal*.

Como despertado por un nigromante, Guy recordó que estaba en Montreal, en una calleja transversal de la calle de Saint Paul, frente a una hechicera de nombre Massoula, que sabía de él muchas cosas, de las desgracias más negras a los dolores cervicales.

Con un ondear de dedos, la mujer le invitó a seguirla.

—*Venez*, solo una moneda, venga *avec moi*.

Guy titubeó. Solo faltaba el engaño de un carterista francés para remate de la jornada. La mujer caminó unas cien yardas y entró en una posada junto a las murallas. Un instante después, se asomó y agitó el brazo para llamarle. Guy se encaminó hacia allí, pensando que en un local que daba a la calle no se podía correr ningún peligro.

Llegado a la puerta, cambió de opinión. En la pared campeaba un retrato del rey Jorge colgado cabeza abajo. Los ojos de los parroquianos saltaron sobre el extraño en uniforme rojo como gatos hambrientos sobre una langosta tumbada de espaldas. Nadie parecía contento de verle, y a juzgar por las maldiciones y salivazos al suelo, ninguno quería demostrar lo contrario.

La mujer estaba sentada en una esquina y Guy avanzó deprisa hacia ella. Cuando terminó de acomodarse, la gentuza francesa volvió a sus naipes y vasos. Le pareció oír el sonido de cuchillas que se deslizaban dentro de sus vainas.

—Usted tiene *bokú* de *bandoka*, señor mío, *vremàn bokú*. Un hombre malvado viene de *très* lejos, cruza el mar, también él mandado por *bandoka*. Hay que quitar, Massoula le dice cómo. Entonces la sombra de nuevo es ligera, el cuello ligero, usted libre.

Un hombre malvado, de muy lejos. Con los ojos de la mente, Guy vio el rostro cuidado de Campbell, peluca corta y tez pálida.

—*Bandoka enlleva* la mansión, luego la familia, luego el *travay*, luego el argento, luego la sanidad. Al final *enlleva* la sombra y está perdido.

Guy se estremeció y a duras penas se contuvo de pedir un coñac. La lista de desgracias parecía una fórmula ritual, pero era difícil no reconocer la serie de los últimos meses desastrosos.

—Háblame del hombre que cruza el mar.

—Sí, él trae *bandoka*, pero también trae solución. Debe cortar la raíz *du mal*.

La mujer pareció a punto de completar la frase, luego bajó sus ojos hacia la mesa, como a merced de una súbita fatiga.

—¿Qué solución? Adelante, habla, aquí tienes media corona.

—Esto es usted que sabe, no Massoula.

Guy apresó la mano de la mujer en la mesa, mientras tendía sus dedos para coger la moneda. Se sintió burlado, el habitual truco de pacotilla,

aciertan un detalle y luego siguen adelante con versos y adivinanzas. Estaba a punto de levantarse, pero antes de que el trasero dejara el banco, volvió a ver el rostro de Campbell, sintió en los oídos sus palabras.

El ministro de las Colonias me ha pedido que le entregue esta carta y solicita que le envíe cuanto antes una lista de reprobaciones y reclamaciones por parte de los aliados indios de Su Majestad.

Campbell traía una carta de lord Dartmouth, el ministro de las Colonias. Una lista de reclamaciones, eso era lo que pedían desde Londres.

La presión de Guy se redujo y Massoula se guardó la moneda bajo el vestido.

—Tenga siempre con usted esto, señor mío. —La hechicera colocó algo sobre la mesa—. Para cortar la raíz *du mal*, para afrontar *le traversée*.

La mujer se levantó deprisa y alcanzó la salida, antes de que Guy pudiera detenerle. Observó el pequeño objeto sobre la mesa. No era más que un colgante, realizado con una concha agujereada. Sacudió la cabeza, lo cogió y lo hizo desaparecer en su bolsillo.

Salió de la posada, aturdido y fatigado. Aligeró el paso, mientras el sol de mediodía vertía sobre los tejados reflejos de miel.

34

Hay un oso en el bosque.

Cada noche sale a matar animales.

Sus garras llenas de sangre arañan la puerta.

La palidez del rostro, terso como marfil, hacía resaltar el contorno de los ojos y los labios de Molly. Señaló a Joseph el límite del monte con árboles, donde las ramas eran sacudidas con violencia. Joseph percibió la presencia de la bestia y tuvo miedo.

Dile a mi hijo que debe llevar al leviatán al abismo.

A lo profundo del bosque que lo ha parido.

Allí donde el sol no consigue penetrar.

Joseph hubiera querido preguntar por qué tenía que ser Peter quien se arriesgara en esa hazaña mortal.

Molly se irguió imponente, la mirada era una llama negra.

El camino hacia atrás te lleva a lo que eras, no a lo que serás. Ve y aquello que debas hacer, hazlo pronto. O no habrá arco iris, ni buenos presagios, ni cosecha. ¿Por qué Peter?

Cada eslabón de la cadena se encuentra en el sitio apropiado. No puedes ver el inicio de la cadena ni su final. Yo tampoco puedo. Tampoco los muertos.

De las colinas se oyó un aullido de advertencia. Cuando Joseph volvió a mirar a su hermana, en su lugar una loba corría en dirección a la llamada.

Los animales salvajes se agazaparon.

La tortuga se deslizó más hacia el fondo en el lodo del estanque.

El sol se eclipsó, el último rayo de luz tocó las alas de un águila.

En la espesura de la vegetación, el oso, enorme y feroz, avanzaba rompiendo ramas y plantas.

Al despertar, Joseph encontró a los guerreros listos para partir. Muchas mantas ya estaban enrolladas y los primeros bajeles surcaban el río.

Para los mohawks, la Campaña de Canadá había terminado. Los alerces se tornaban amarillos, era tiempo de cazar y prepararse para el frío. En casa, esposas e hijos sufrían la prepotencia de los colonos. Algunos regresarían de inmediato a Canajoharie. Los más sabios, o los más comprometidos, pasarían el invierno en Oswego.

Partían también Cormac McLeod y sus Highlanders. Sir John estaba en peligro, la guardia de honor volvería para protegerlo.

Joseph sentía nostalgia de Susanna y de los niños. Si hubiera estado en casa, esa tarde se hubiera echado en la cama y habría olvidado todos los problemas, al menos por unas horas, pero no podía regresar. El era Thayendanega, «une dos bastones», destinado a unir a los mohawks y a los blancos. El legado de sir William en el umbral de la muerte. En el fondo, ¿qué otra cosa hace un intérprete sino enlazar las palabras, los hombres y las cosas? Joseph era una criatura del Departamento, crecido bajo el ala de los Johnson. Si el sol de la familia llegara a oscurecerse, sería el primero que se hubiera quedado en el frío, y después de él, toda la nación.

Tenía que decidir también por Peter. El muchacho era un Johnson y era un mohawk. Había combatido, había estado a la altura, pero ahora Molly quería de él algo más.

Hubiera podido hablar del sueño con los guerreros más ancianos, pero Tekarihoga también se estaba despidiendo. La tortuga regresaba al estanque, con expresiones de deseo y secas palabras de augurio para los que se quedaban. Joseph no hubiera sabido decir quién necesitaba más la ayuda del cielo, si los que se quedaban o los que se disponían a regresar. Vio a Oronhyateka y Kanenonte, uno junto a otro. Miraban el centro del río. A sus pies, mantas, armas, dos cantimploras. Se acercó para saludarlos.

—Vuelve a casa tú también, Thayendanega —dijo Kanenonte—. La guerra, aquí, no es como la soñábamos.

—Combatiremos en Canajoharie —añadió Oronhyateka—. Si te quedas aquí, las arañas tejerán su tela alrededor del gatillo de tu fusil.

—Lo que suceda en casa aún depende de lo que suceda aquí —respondió Joseph—. Y esto depende también de mí.

Más allá del río, Joseph sintió olor a lluvia y una punzada amarga en medio del pecho.

Oronhyateka se rascó la barbilla, pensativo.

—Tú eres mi hermano, Thayendanega —dijo Kanenonte—. Pero hablas como uno de esos políticos blancos.

Joseph sonrió.

—Mis labios se mojarán otra vez con el agua del Mohawk. Pero no ahora.

35

Lo que le importaba al coronel Ethan Allen: ser tratado como un caballero. Ay de aquel que se permitiera lo contrario. Podía responder con ingenio a quienquiera que lo provocara, rico o pobre, amigo o extranjero. No había podido estudiar mucho; sin embargo, sabía hablar y convencer. Los dedos eran toscos, pero sabían tocar las cuerdas del corazón. Había convertido en memorable la toma del Fuerte Ticonderoga, hazaña considerada imposible, pronunciando una frase perfecta. Había pedido que le entregaran el fuerte «en nombre del Gran Jehová y del Congreso Continental». Una gran frase, de esas que van más allá de cualquier equívoco, con un solo significado: Ethan Allen marchaba impulsado por el dedo de Dios. Su fama había empezado a trascender su casa, y detrás de la colina ya se asomaba luz de leyenda. El coronel Ethan Allen era un conquistador y esa era su estrategia.

¿En nombre de Jehová? No del todo. Ethan no creía en el Dios de los anglicanos ni en el de los papistas. No creía en el Señor de la Biblia, colérico vengador, que ordenaba violaciones, matanzas y saqueos. Su Dios era una fuerza superior que regula el universo, y a él se le rezaba con la Razón, no con salmos o comiendo pan desabrido. El Dios de Ethan era inteligencia que gobierna y organiza la Naturaleza. El Ente iluminaba al Hombre y le hacía capaz de afirmar la Libertad.

Lo que le importaba al coronel Ethan Allen: ser tratado como un caballero. Luego de la toma de Ticonderoga había ido a Filadelfia, donde el Congreso estaba en sesión permanente. Había pretendido ser recibido e intervenir ante los representantes. Una nueva fase de su estrategia: esos señores no podían no recibir al hombre que combatía en su nombre y en el de Jehová. ¿Cómo podrían dejar mal parado al Goliat de las Verdes Montañas?

Ethan había hecho correr la voz de su llegada, en las calles de Filadelfia la multitud se apiñaba para verle. En su discurso había pedido el reconocimiento de los Mozos de las Montañas Verdes como fuerza beligerante, aliada del Ejército Continental. A esos bandidos convertidos en héroes les correspondía la misma paga que a los demás soldados. Había reclamado el derecho a elegir bajo qué oficial servirían. A cambio, continuarían arriesgando la vida por la causa de la Libertad. El Congreso lo había consultado con el general Schuyler y había aceptado todos los pedidos.

El problema de Ethan Allen: a veces la pierna era más corta que el paso, quedaba suspendida en el aire, caía y arrastraba consigo a todo el cuerpo. Ethan temía esos momentos.

Veintitrés de septiembre de 1775. Una tarde como ninguna otra, en la orilla oriental del San Lorenzo. Las ideas se le agolpaban en la cabeza. La más osada de todas: tomar Montreal. Le había convencido el mayor John Brown: un golpe de mano, una acción audaz y llena de espíritu. Tomar Montreal solo con las fuerzas de sus hombres. El último golpe de cincel, había pensado Allen. Acabar la obra maestra iniciada en Ticonderoga cinco meses atrás. Tomar Montreal antes que el general Montgomery, anticiparse al ejército continental.

Aún no tenía preparada la frase. Un verso, un pareado de prosa épica, redondo, pulido, para decir en el momento adecuado, proyectil de sílabas disparado hasta Londres. Todos repetirían esas palabras. Sin embargo, primero había que encontrar las palabras, y cada sílaba contaba, cada trozo de imagen que se soplaría hacia el enemigo. Cuando se elabora un gran tema, es necesario cuidar hasta los mínimos detalles.

Ethan Allen cruzaría el San Lorenzo en Longueil, en una noche sin luna, y llegaría a Montreal por el norte. Brown cruzaría en La Prairie, para luego llegar por el sur. Cuando despuntara el sol, presionando por dos flancos, envolverían Montreal con una pinza. No, la imagen no era apropiada: tirando de ambos lados, la abrirían a la fuerza. Como las puertas de un armario, arrancadas de los goznes con sus propias manos para apoderarse de la Historia. Su única preocupación: que la pierna fuera tan larga como para dar el paso.

La noche era el fondo de un pozo, no aparecía nada, el manto de aire frío pesaba sobre cuello y hombros. Ethan sentía en las manos los pequeños mordiscos del viento.

Ciento diez hombres, entre ellos ochenta canadienses dispuestos a combatir con los patriotas. Las canoas eran pocas y tuvieron que hacer tres viajes, con el riesgo de ser sorprendidos a caballo del río, un pie en Longueil y el otro en el aire.

El cruce del San Lorenzo duró toda la noche. Frente a ellos, la mirada no encontraba asidero.

El alba todavía era una huella de caracol cuando Allen distribuyó centinelas alrededor del campo. Había cruzado su Rubicón. Quién sabe si César la había dicho enseguida, su frase más célebre. ¿Había nacido abriendo las alas en sus labios o había sido pensada largo tiempo, modelada por el líder militar, la lengua haciendo esgrima con los dientes? La suerte está echada. Perfecta, brillante, inmortal.

Allen se dispuso a esperar la señal: tres gritos a pleno pulmón saldrían de las gargantas de los hombres de Brown, abriéndose camino entre las nieblas del alba.

Los pájaros ya estaban haciendo pruebas de orquesta. Allen aguzó los oídos.

Dos horas después, medio cielo estaba inundado de luz. El rocío se desvanecía, abandonaba los campos y aún no se había alzado ningún grito. ¿Dónde había ido a parar Brown? La idea había sido suya, el golpe de mano, una acción audaz. Allen miró alrededor: en los hombres se estaban perdiendo las ganas de combatir, de lanzarse al futuro inminente como osos sobre un panal de miel. Una noche de cruce y horas de espera agotan los nervios, humedecen el polvo pírico que enciende los corazones. Todo era un golpear los pies contra el suelo, encogerse de hombros, frotarse las manos y bostezar. Se miraban con disimulo, hablaban a media voz, indicaban a Allen con leves gestos de la cabeza.

Allen estaba seguro: Brown no llegaría nunca. No lo podían haber descubierto: el aire y el San Lorenzo hubieran traído ecos de enfrentamientos. Ni siquiera había cruzado el río. No llegó y punto, inútil preguntarse el porqué. El Rubicón estaba a sus espaldas, pero la suerte estaba echada a medias. El pie tenía cierto peso y, al caer, desequilibraba el cuerpo. Mientras tanto el azul conquistaba el cielo.

Allen acarició la idea de regresar, volver a cruzar el río ocre, volver a poner pie en Longueil. Imposible, se necesitarían horas, el enemigo los

descubriría. Lo único que podía hacer era mantener la posición, pero ¿hasta cuándo?

Ethan suspiró. El día de los misterios y de las opciones imposibles. El enemigo sí llegaría.

Presentar batalla, pues.

36

La noticia llegó corriendo: los rebeldes estaban cerca, muy cerca, y se preparaban para atacar. No era el Ejército Continental quien amenazaba Montreal: se trataba de irregulares, y los dirigía Ethan Allen.

Había que salir enseguida, con todas las fuerzas disponibles. Dar la batalla antes de que el conquistador de Ticonderoga estuviera a la vista de la ciudad.

Los hombres del Departamento —Joseph, Philip, Peter, Guy Johnson y los Butler— se unieron a la improvisada formación que cerraría el paso al Goliat de las Montañas Verdes. Apenas unos cuarenta soldados regulares, en medio de una multitud de milicianos, chaquetas y sombreros de todas formas y colores. Voluntarios civiles con ropas de caza, rangers, guerreros de las naciones de Canadá, sobre todo caughnawaga.

Peter miraba al guerrero que tenía a su lado. *Le Grand Diable*. Pensó: Pase lo que pase, lo seguiré.

Pensó en el hombre que estaban a punto de afrontar. Decían que su estatura era gigantesca. Peter recordó las historias junto al fuego, el rostro de Walter Butler más allá de las llamas ondulantes.

Seguir a *le Grand Diable*. Peter descubrió que detrás del miedo había algo más. Entusiasmo y un sentimiento nuevo, sólido, inesperado. Determinación. Ya conocía la batalla, el trueno de los cañones en los oídos, la tierra que temblaba bajo los pies. Había visto la muerte. El único modo de evitarla era vencer.

Las dos formaciones entraron en contacto hacia las dos de la tarde. Descargas de fusilería cruzadas a distancia, de una punta a otra en un

amplio claro. Sin embargo, el enemigo cambiaba de forma, estaba perdiendo consistencia, se desmembraba en fugas desordenadas.

De repente, Lacroix hizo una señal con la mano. Los hombres se movieron.

Joseph, Lacroix y Peter avanzaron lentos, llevando la cabeza baja, con Walter Butler y una cuadrilla de caughnawagas, formando un arco de unas cincuenta yardas. Se mantenían a ras de las matas y se dirigían hacia el flanco de la formación enemiga. Los proyectiles zumbaban sobre ellos, insectos pesados y sin gracia.

Los hombres tomaron posición detrás de grandes troncos de pino al borde del claro. Los rebeldes no se habían dado cuenta de nada.

Peter vio a un hombre alto y corpulento que gritaba órdenes en medio del estruendo de los fusiles. Recorría a grandes zancadas la fila de los rebeldes, arrodillados detrás de los troncos y en los hoyos del terreno. El andar oscilante, nervioso, era el de un animal en una trampa. Rugía órdenes con rabia, arañaba el aire con las manos, señalaba dónde disparar. Peter comprendió: Goliat estaba frente a él.

El muchacho avanzó un paso. El miedo apretaba las entrañas. Obligó al cuerpo a moverse de nuevo, hasta llegar al lado de Lacroix. Ambos cruzaron una larga mirada.

La mente de Peter quedó clara, ligera. La decisión sobrevino en un abrir y cerrar de ojos, un relámpago.

Peter salió a cielo abierto. Se deslizó con agilidad hacia una roca que parecía colocada en el campo por la mano de Dios.

Joseph y Lacroix le siguieron. Una vez a cubierto, Joseph dirigió a Peter un gesto de aprobación. El muchacho se lanzó hacia delante. Joseph hizo una señal a los caughnawagas, que emprendieron el ataque. Entraron en el flanco de la formación rebelde.

Los enemigos retrocedieron, se desbandaron, se dieron a la fuga. Dos se detuvieron para disparar a Peter. Joseph apuntó con rapidez e hirió a uno en el hombro. Antes de que el otro entendiera de dónde había llegado el disparo, Lacroix lo abatió con la culata del fusil. Peter prosiguió la cacería.

Ethan Allen ya había corrido una milla. A veces se tropezaba. Unos pocos pasos más y cayó, exhausto.

Peter llegó hasta él, jadeando. Apuntó el fusil.

—Ha sido derrotado. Ríndase.

Con voz quebrada por la fatiga, Allen respondió:

—Mis hombres nunca entregarán las armas sin garantías de un trato correcto. Exijo su palabra.

Peter, confuso, miró a sus espaldas. Tío Joseph y el Gran Diablo se acercaban con calma.

—Ordene a los salvajes que permanezcan lejos de mí —dijo Allen.

—Es mi prisionero. Le doy mi palabra —respondió Peter. Allen le entregó su sable.

Peter lo levantó en alto, se volvió hacia los guerreros y lanzó el grito de guerra del clan del Lobo.

37

La noche envolvía la isla de Montreal, la ciudad, el campamento fuera de las murallas. Una lechuza lanzaba reclamos en medio de la bruma que subía desde el río. Desde dentro de la tienda, Guy podía entrever un cuarto de luna apenas ofuscada por las nubes.

Estaba sentado a una mesa de campaña, con la luz tenue de una lámpara, y se masajeaba el cuello dolorido. Observó su sombra en la lona encerada. Aparecía torcida y deforme.

Su sombra está sucia. Ella va separarse.

En la cabeza, el canto de la lechuza se mezcló con las palabras de la hechicera. Guy tendió una mano, como para agarrar su propia figura. Sin pensar, sacó el amuleto que la bruja le había vendido. Desde el día de aquel encuentro lo había llevado siempre en el bolsillo, por pura superstición. Lo colocó sobre la mesa, bajo la luz sesgada de la lámpara de aceite, y de pronto se sintió ridículo. Con una media sonrisa, pensó que en el fondo algo de suerte le había dado: ahora tenían a un prisionero famoso, el gran Ethan Allen, encerrado en el recinto y bien vigilado por guardianes de confianza. Los últimos que quedaban.

Guy suspiró y se puso serio. Se habían ido todos, los escoceses, los mohawks. Estaba solo, con una decisión que tomar. Significaba elegir por y para sí, pero esto no hacía más fáciles las cosas.

Fuerte Niágara o el valle del Mohawk. O tal vez quedarse allí, esperando que el ejército rebelde apareciera en la orilla del río. Una espera sin sentido, las intenciones de Carleton eran evidentes: el gobernador no tenía intención de defender Montreal. Nunca la había tenido, cada decisión solo había servido para ganar tiempo y deshacerse de ellos. Se retiraría a Quebec, donde podía contar con el apoyo de la flota.

Guy sintió que lo que le aplastaba ya no era solo una piedra, sino una avalancha, toda una montaña se le venía encima. El cuello estaba rígido y contracturado. Se masajeó con fuerza. ¿Cómo lo había llamado la bruja? El nido de bandoka. Claro, la mala suerte.

Apartó el recuerdo de aquella mujer y empezó a leer la misiva para el ministro de las Colonias. Había descrito con todo detalle las cuestiones territoriales en suspenso y las violaciones realizadas por los nuevos colonos en perjuicio de los indios. Escribir se le daba bien, pero mientras miraba la hoja tuvo la sensación de que era su condena al olvido. Hasta le había puesto la firma.

Se puso de pie y avanzó en la penumbra, los hombros encorvados. No bastaba con la tortícolis, también había piojos para desquiciar los nervios. El campamento estaba infestado. Se asomó a la puerta de la tienda y observó otra vez la noche.

Enviar esa misiva era un acto de abdicación. Le pedían que comunicara al gobierno las cuestiones abiertas en el valle del Mohawk, para que otros pudieran remediarlas. Para él se reservaba la misma sorpresa que le había tocado a Claus. Dejado de lado después de años de honorable servicio.

El alemán se había encerrado en un mutismo absoluto, aunque algunos sostenían haberle oído maldecir en su lengua durante el sueño. Maldiciones dirigidas a Carleton y a Campbell, con toda probabilidad.

Guy se sentó en el catre, la cabeza entre las manos. Hubiera querido tener a su esposa a su lado, sentir su mano cálida aliviando la tensión con un masaje. La echaba de menos. Y echaba de menos a sus hijas. Tenía que pensar también en ellas, que estaban en Oswego. Murmuró una plegaria por el alma de Mary y pidió a Dios que protegiera a las niñas.

Regresó a la mesa: pluma, tintero, secafirmas. La barra de lacre y el sello de sir William. Si llegasen a destituirle, se lo quedaría como recuerdo. Le dio vueltas entre los dedos, representaba el blasón del patriarca: dos indios sostenían un escudo con tres conchas en el centro. Debajo, el lema del Viejo. *Deo Regique Debeo*.

Me debo a Dios y al Rey.

Guy se quedó paralizado. Sus ojos corrieron hacia el colgante de la bruja Massoula: una concha. No era la coincidencia lo que le erizaba la piel, sino de nuevo el eco de sus palabras.

El hombre que cruza el mar trae bandoka, pero también trae solución.

Campbell venía de Inglaterra. La solución que traía no era la petición

del ministro. La solución era cruzar el mar.

Guy se estremeció. La idea se le metió en la mente, hasta el punto de hacer desaparecer el dolor del cuello.

Cortar la raíz du mal.
Ir a buscar los nombramientos.
Con la ayuda de Dios y por voluntad del Rey.

—¿Quiere llevar la carta a lord Dartmouth *en persona*?

Daniel Claus formuló la pregunta con ojos desorbitados, las manos aferradas a los brazos de la silla.

La reacción de John Butler fue más calmada. El viejo capitán no movió un músculo, pero era evidente que tenía las orejas tiesas.

Guy Johnson miró primero a uno y luego al otro. Tenía el aspecto de quien no ha pegado ojo, pero por primera vez en semanas parecía determinado.

Se encontraban dentro de su tienda. Guy había convocado a los otros solo a media mañana, para no alarmar a nadie, ni siquiera a los directos interesados. No quería que un espía de Carleton tuviera noticias de sus intenciones. Hacía calor y la actividad en el campo languidecía.

—Ha entendido bien, señor Claus —dijo Guy—. Y en esa ocasión, pediré audiencia con Su Majestad. Para que dirija su atención hacia nuestra familia. Los Johnson le sirven con fidelidad desde hace más de treinta años, y no puede negar lo que nos corresponde por derecho. Me refiero, claro está, a los nombramientos de superintendentes de Asuntos Indios.

Después de días de humor negro e insultos mascullados entre dientes, el alemán reaccionó.

—Son tres mil millas de océano y el invierno está cerca.

Guy asintió sin inmutarse.

—No hay tiempo que perder, en efecto.

Butler miró el fondo del sombrero que tenía sobre las rodillas.

—Ninguno de nosotros conoce Londres, mucho menos los laberintos de la corte. Nuestra fortuna está aquí en América.

—Lo sé bien, capitán Butler —respondió Guy—, pero en este momento parece haberse agotado. Sin los nombramientos, no podemos ejercer la administración de los indios, nadie nos protegerá, nuestro nombre caerá en el olvido. Sir William nunca se hubiera sometido a un final tan indigno. Yo

digo que hay que intentarlo.

—Se necesitan meses, años, para obtener una audiencia del Rey —objetó Claus.

—Es verdad. Pero nosotros llevaremos a Su Majestad un regalo. Y a quien trae regalos, difícil es negarle acogida.

Los dos caballeros miraron a Guy perplejos.

—El jefe de los rebeldes, señores. Es el hombre que ha tomado Ticonderoga, y nosotros lo hemos atrapado. Le arrastraremos encadenado a los pies de Jorge III.

Claus esbozó una sonrisa maligna:

—Como Vercingetórix ante César. Esto es un golpe de genio, señor Johnson.

—Con todo respeto —intervino Butler—, más bien tiene visos de una apuesta a ciegas.

—Tal vez lo sea, capitán —respondió Guy—, pero creo que no hay mucho que perder.

—El superintendente Johnson tiene razón —dijo Claus—. Todos los caminos están cerrados.

—Está claro que tendremos que llevar con nosotros algunos indios —continuó Guy—. Alguien que hable en nombre de muchos y pueda impresionar a la corte.

El alemán pensó en voz alta:

—Nuestros *sachems* se han marchado.

—Tenemos a Joseph Brant —sugirió Guy—. El único que aún no nos ha abandonado. Es un jefe de guerra, y habla inglés. Y no olvidemos al pequeño David que ha abatido a Goliat. Peter Johnson será nuestro passe partout. Por el nombre que lleva.

Los ojos de Claus se encendieron.

—Tenemos una delegación india. Solo nos falta encontrar un barco.

Ambos se giraron hacia el viejo irlandés. —¿Mantiene sus reservas, capitán?

John Butler se levantó con un movimiento enérgico y dio un paso hacia Guy.

—Escúcheme bien, Johnson. Seré muy sincero con usted. Yo he aprendido algo de sir William: sin los indios nosotros no somos nada. Ellos son nuestra fuerza, nuestra garantía. Los indios no miran los nombramientos, sino las caras. En Londres no encontrará la solución a

nuestros problemas.

—No estará entre los nuestros, por tanto.

El tono de Guy era dolorido y sincero.

—Lo siento —respondió Butler—. Con mi hijo hemos decidido marcharnos a Niágara. Esta guerra está empezando a complicarse. Los sénecas tienen más guerreros que cualquier otra tribu y es a ellos a quienes hay que convencer. No a un cortesano londinense, con todo respeto.

Siguió un momento de silencio. Luego Butler se caló el sombrero en la cabeza y ofreció la mano a los otros.

—Buena fortuna, señores. Dios les asista.

Le vieron alejarse bajo plena luz del día.

—No ha insistido mucho para convencerle —dijo Claus.

—Ya había hecho su elección. Tal vez sea mejor así.

Guy se sentó frente a la mesa y estiró las piernas. El alemán le apremió:

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Nuestras familias? No pensará dejarlas en Oswego.

—Por supuesto que no. Hay que reclutar una escolta e ir a buscarlas. Le confío este encargo, señor Claus.

El alemán se dejó caer en el catre. Las novedades de esa mañana le habían extenuado.

—¿Y usted?

—Yo iré a Quebec a gastar los últimos dineros del Departamento —dijo Guy—. Necesitamos un barco, un capitán y una tripulación fiables. Lo arreglaré todo para que a su regreso encuentren un transporte rápido hacia allí.

—Hace falta alguien que le cubra las espaldas, señor.

El irlandés asintió para sí, mientras servía licor en un par de vasos y le daba uno a Claus.

—Tengo un buen guardaespaldas. Joseph Brant. Y le recomiendo uno a usted: Philip Lacroix. Su nombre infunde respeto a lo largo del San Lorenzo.

Guy hizo tintinear su vaso contra el del alemán.

—Por el rey Jorge y por nuestro viaje.

Claus bebió sin decir nada, debatido entre el entusiasmo y la aprensión.

38

De pie en el muelle, envuelto en una pesada manta roja, Joseph observaba que los bajeles de pescadores ponían la proa hacia el norte, hacia el estuario y el mar abierto. Solo pocos remontaban la corriente. Tiempo de migraciones: el cielo estaba surcado por bandadas de aves de paso. ¿A cuánto estaban de casa?

Al principio, Joseph había acogido la decisión con estupor. Sonaba como el discurso de un loco: no Fuerte Niágara, sino Londres. Ser recibido por el ministro de las Colonias, en lo posible por el rey Jorge en persona.

Durante el paso de las aves migratorias había especies que iban hacia el norte, en dirección opuesta respecto al flujo de alas y plumas que surcaba el cielo. Volátiles hijos del invierno, que se refugiaban en sus fauces heladas y abiertas. Si el Señor había concedido tanto valor y resistencia a estos emplumados, tanto más debía haber concedido al hombre, o por lo menos a ciertos hombres, pensó Joseph. Arriesgarse era ahora necesario, la pinza que presionaba sobre el Pueblo de la Piedra tenía que ser cortada por el mango.

La maniobra desesperada de Guy Johnson podía resultar en provecho suyo, de los mohawks y de las Seis Naciones. El superintendente necesitaba de él y no lo ocultaba: si quería mostrar que tenía a los iraqueses de su lado, tenía que llevar consigo algunos representantes de la Liga. Si podía conseguir que fuera recibido en la corte, Joseph podría arrancar compromisos directos, garantías concretas para las tierras y los confines que se debían respetar. Hendrick lo había logrado muchos años atrás. Llevaban de regalo al jefe de los rebeldes, escoltado por el guerrero que lo había capturado, un joven mohawk hijo del gran William Johnson. No era una locura imaginar una buena acogida en Londres.

Remontar la corriente hasta el corazón de hielo del Imperio era un acto de valor, no de estúpida inconsciencia.

Desde el muelle, Joseph había visto que los barqueros abenakis preparaban dos canoas. Escoltaban a Daniel Claus y Philip Lacroix hacia Oswego, para ir a buscar a las mujeres de la familia Johnson. Menos de veinte años antes, los hombres de aquella tribu combatían junto a los franceses contra los mohawks. Hoy recibían órdenes de *le Grand Diable*, el más temido de sus enemigos en otros tiempos. El grupo había partido deprisa y con sordina, mejor evitar que las voces surcaran el río más rápido que ellos. Los familiares de los Johnson eran mercancía preciada.

Cuando el pequeño convoy había entrado en las aguas, Joseph y Lacroix se habían saludado con un gesto cómplice, como solían hacer años atrás. En las últimas semanas el vínculo se había afirmado. Como siempre, las visiones de Molly se revelaban con impresionante claridad.

Un ruido de pasos llamó la atención de Joseph. La figura de John Butler se acercaba.

El viejo soldado se puso a su lado.

—En Fuerte Niágara, usted y Lacroix pueden ser muy útiles —dijo—. Los senecas admiran el valor.

—Soy un hombre del Departamento —respondió Joseph—. He dado mi palabra a Guy Johnson.

El irlandés asintió.

—Espero que no tenga que arrepentirse. Dios le asista, Joseph Brant.

Joseph estrechó la mano que Butler le ofrecía. Las bandadas seguían su rumbo.

39

El aire aún no sabía a sol cuando Esther sintió que la manta se deslizaba y una voz que decía que había que levantarse, deprisa, que tenían que partir. Se quitó de encima la paja e intentó hacer lo mismo con el sueño, pero este se quedó pegado en los ojos. Había sido una noche difícil. El sobrado donde las habían alojado estaba lleno de mazorcas y Esther había recordado lo que decía su madre: no jugar en el granero porque las serpientes son golosas de maíz. Si hubiera estado ella, no hubiera permitido nunca que durmieran allí dentro. Pero ella ya no estaba y Esther no había dormido.

Antes de salir de Oswego, tía Nancy había llevado a ella y a sus hermanas a dejar un ramo de flores sobre su tumba. Tenían que marcharse lejos, donde estaba su padre. Las esperaba en el puerto al final del Gran Río, donde comenzaba el océano.

Por qué no había venido a buscarles, Esther no conseguía entenderlo. Había mandado a tío Daniel, con barqueros indios y el hombre al que llamaban el Gran Diablo. Apiñados en canoas de cortezas, habían cruzado el lago y entrado en el río.

En la gran cocina, Judith y Sarah tomaban el desayuno: leche y galletas. Esther las odiaba. Solo oír cuatro bocas masticando esas cosas le daba náuseas. Pidió pan y miel, pero ya no había. Tía Nancy le ofreció una galleta untada con grasa.

—Come algo, hoy tenemos que caminar.

Esther no hizo preguntas, ya no era una niña. Durante los viajes en barca también se andaba a pie, ahora esto lo sabía. Poco importaba si el peligro que había que evitar era un rápido, un secano u otra cosa.

Abrió la puerta y respiró aire frío. Un murmullo líquido delataba la presencia del río, escondido por un manto de árboles y bruma. Esther echó

la galleta a los cerdos y miró alrededor.

En el patio, el Diablo hablaba en francés con el dueño de casa, un señor con coleta, que apestaba a ajo y tabaco. Los indios estaban agachados junto a los rescoldos del fuego y comían tiras de carne asada.

Tío Daniel y la criada salieron de la granja en completo silencio. Sobre sus espaldas tenían a Judith y una prima, dentro de los morrales indios que sirven para llevar a los niños. Se colocaron detrás del barquero que hacía de guía, mientras los otros cargaban sobre sus hombros las canoas, para cerrar la fila junto al Diablo.

—*Adieu. Bon courage* —les saludó el francés desde la puerta.

El camino no era de los más anchos, como para carros y caballos. Se avanzaba en medio de la maleza, por la hierba y entre los mosquitos. Los pies se hundían en el barro y no querían salir.

Sarah comenzó a quejarse a la media hora de marcha. Parecía que un gato le hubiera saltado a la cara para afilar las uñas. Lloraba, le dolían los pies, tenía sed.

Mientras la criada le pasaba la cantimplora, el Diablo se acercó y le preguntó si quería sentarse dentro de una canoa. Esther se esperaba que su hermana se pusiera a gritar. Una noche, para darle miedo, le había contado que ese indio en realidad era Satanás y había venido para llevarlas al Infierno. En cambio, ella se sorbió las lágrimas y tendió sus brazos al Diablo, que la levantó y la dejó en la barca.

Después de una vianda rápida e incomible, carne seca y miel, la hija mayor de tía Nancy se rindió y acabó sentada en la otra canoa. Esther reanudó la marcha, orgullosa de que nadie tuviera que llevarla como a las otras niñas.

No duró mucho. Pronto la fatiga venció al orgullo. No había comido nada desde el día anterior, tenía las ropas desgarradas, la piel ardía bajo los rasguños, las ampollas hinchaban sus pies. Las piernas ya no respondían, eran troncos que se arrastraban en el bosque y se atascaban con cada tropiezo.

Esther se dejó caer, la cabeza le daba vueltas. Vio que se acercaba el Diablo y por instinto se abrazó las piernas, como para protegerse de un viento helado. De repente, se sintió fuera de la escena. Se observaba a sí misma con la vista de un pájaro acurrucado sobre una rama. Se vio tender una mano, coger la cantimplora que se le ofrecía, llevarla a los labios.

Jarabe de arce y agua. Mejor que la miel.

Mientras bebía, sintió que un brazo se deslizaba en la espalda, otro debajo de los muslos. En un instante volvió en sí, con un nudo en la garganta y los pensamientos en desorden.

No había levantado así a la pequeña Sarah. La había cogido por debajo de los brazos, como se hace con una niña que quiere jugar.

Esther ya no era una niña, pero a menudo los mayores no hacían caso.

El Diablo lo había entendido.

El fuego dormitaba delante del refugio. El Diablo estaba sentado, por primera vez desde que habían partido, dando chupadas a una pipa fina. Había montado un entoldado junto a los barqueros, con palos y lona encerada. Había asado truchas y ardillas, y Esther se había sorprendido de que fueran buenas para comer. Tía Nancy y la criada habían metido en cama a las niñas y se habían echado a dormir, muy cansadas hasta para dar las buenas noches. Tío Daniel roncaba sentado, la barbilla en el pecho. En su colchón de mantas, Esther sentía que la fatiga le pesaba en las sienes y no conseguía conciliar el sueño. Empezó a pensar en la jornada, en los rasguños y los pies hinchados, la sonrisa de las niñas sobre las canoas, el abrazo del Diablo.

Un sollozo reprimido se unió a los reclamos de lirones y lechuzas. Escondida bajo las mantas, Judith lloraba. Esther se volvió hacia la tía Nancy, para comprobar que lo había escuchado, pero las mujeres roncaban, sumergidas en un mundo distante. Estaba a punto de levantarse, pero vio que el Diablo venía hacia ellas y prefirió quedarse acostada, fingir que dormía.

Por las pestañas, vio que se arrodillaba y deslizaba una mano sobre los cabellos de su hermana. Escuchó que susurraba algo, en tanto los sollozos se hacían menos frecuentes. Debía de ser una canción de cuna, de las que sabía su madre, y que Esther también hubiera querido escuchar.

La voz del Diablo se apagó. Hizo otra caricia más, luego cogió la pipa y regresó al fuego.

Esther no estuvo segura de haber visto bien, le pareció haber visto un gesto, los dedos de una mano que rozaban el ojo.

Se sintió confusa.

Que el Diablo era fuerte siempre lo había sabido.

Podía también ser galante y gentil, para agradar a los hombres.

Pero que podía llorar, eso nunca lo había oído.

40

Quebec era una gran ciudad esculpida sobre las rocas. Un castillo fabuloso dominaba el río, los chapiteles de Nuestra Señora, las casas apretadas dentro del recinto de las murallas.

Esther leyó el nombre, escrito con letras doradas en la proa del barco.

A-DA-MANT.

A comparación de ese barco enorme, un gigante con la barriga en el agua, el bergantín que las había traído desde Montreal era un duendecillo del río.

Habían llegado el día anterior, sanas y salvas, aunque tía Nancy era otra persona: las mejillas hundidas, los ojos hinchados, la cara atrapada bajo una red de rasguños. Las niñas parecían animales fugados de una trampa después de días de lucha.

Su padre las había acogido loando a Dios, pero era al Diablo a quien debía agradecer.

Esther ignoraba su propio aspecto. No había podido encontrar un espejo donde mirarse: apenas tiempo para darse un baño caliente, comer, dormir unas pocas horas y ya tenían que partir de nuevo.

Se había esperado demasiado, decían los maestres de raciones en el puerto de Quebec. Era necesario darse prisa, evitar que hielo y tempestades bloquearan el río. Hablaban de Londres y en tanto cargaban. Respondían «Londres» a los viandantes curiosos. El nombre de la capital llenaba todas las conversaciones, zumbaba sobre las cabezas, era el estribillo de todo el mundo.

¿Londres? Imposible, pensaba Esther. Londres estaba más allá del océano. Se tardaba meses en llegar allí, uno de esos viajes que se afrontan una vez en la vida, para buscar fortuna.

ADAMANT.

Grabó el nombre en la memoria, mientras subía a bordo siguiendo los pasos de su padre, que llevaba de la mano a sus dos hermanas. Se giró. El Gran Diablo estaba al pie de la rampa, con un saco cargado en la espalda, y le dirigió una mirada. Esther se dio la vuelta de golpe para esconder la cara.

Las mejillas se sonrojaron.

41

El estuario del San Lorenzo era un mestizo. Híbrido de aguas diferentes; más salado que un río, más dulce que el océano. Campo de batalla de corrientes opuestas, oleadas de crecida y mareas que influían en la navegación hasta los lagos, en el corazón del continente. Peter pensó en sí mismo, un estuario de dos pueblos, vía de salida y puerta de entrada.

—Es como el cañón de un fusil —dijo señalando el mapa.

—¿Un fusil? —preguntó Daniel Claus perplejo.

—De los que se ensanchan en la boca.

—Y entonces, ¿nosotros seríamos el proyectil?

—Claro. Un proyectil de madera, tela y carne.

—Pero así, hijo mío, estamos disparando a Inglaterra —objetó Claus.

El joven Johnson se encogió de hombros. Después de todo, el juego no le parecía algo tan serio.

—Mejor un cuerno de caza —intervino el otro.

—¿Y nosotros? —preguntó Peter para no ser menos.

—Nosotros somos el sonido. El Rey no podrá dejar de escucharnos.

El estuario del San Lorenzo era la oscuridad de la bodega. Treinta hombres en un cajón de madera de seis pasos cada lado, un cubo de agua podrida, una palangana para las necesidades, las sobras como única comida. Ethan Allen había intentado rebelarse, exigir que lo trataran como a un caballero, que le evitaran la humillación de los grilletes, que lo dejaran hablar con el señor Watson, el propietario del barco.

—Soy un coronel del Ejército Continental americano —había protestado—. Me están tratando como a una bestia, es indigno para un

oficial.

Grandes ratones negros nadaban en la sentina que llegaba hasta los tobillos. Allen le había lanzado a uno un puntapié rabioso, salpicando todo alrededor. Por la rendija un par de ojos amarillentos lo miraban, recortados sobre piel oscura. Sucedía cuando menos se lo esperaba. Levantaba la cabeza y esos ojos de besugo estaban allí, irritantes como las moscas atraídas por las heces en la cubeta. Tal vez el negro ni siquiera hablaba su idioma.

—¡Somos hombres, no animales! —gritó Allen exasperado a aquellos ojos apagados—. ¡El mundo va a saber cómo el rey Jorge trata a sus prisioneros!

Arrojó el cuenco de metal contra la rendija y falló por poco.

Cuando una voz cavernosa se escuchó por detrás de la puerta de madera, los prisioneros levantaron la cabeza de su amargura. Nadie les había dirigido aún la palabra, desde que habían sido trasladados allí abajo.

—¿Sabes quién soy yo, coronel?

Era difícil decir si la voz pertenecía a aquel rostro, porque la rendija no mostraba toda la cara.

Allen, con la respiración entrecortada por la rabia, permaneció callado.

—Mi padre era hijo de un príncipe —prosiguió la voz. Las palabras tenían un timbre bajo y vibrante—. Hombres blancos lo transportaron en un barco como este, junto a muchos otros. Tantos que en la bodega ni siquiera podían sentarse. La mitad de ellos murieron en la travesía. Tú, coronel, llegarás vivo. Eres afortunado.

—¡Yo soy un hombre libre y soy un oficial! —rugió Allen con expresión endemoniada.

Los ojos no respondieron. La rendija se volvió a cerrar.

El estuario del San Lorenzo era una lenta despedida. Cientos de millas separaban Quebec del océano. Joseph miró las crestas nevadas que el *Adamant* dejaba a sus espaldas. Parecían cerrarse tras su paso, como las aguas del mar Rojo sobre el ejército del faraón.

Si no puedes regresar al punto de partida, la única opción es seguir. Seguir adelante, proyectarse más allá.

Joseph había tejido grandes tramas con sus pensamientos. Hacia Londres, como Hendrick muchos años atrás. ¿Cuántas veces había oído

aquella historia? Hendrick en la corte de la reina Ana. Con él estaba el padre de Canagaraduncka, el padrastro de Joseph, conocido como «Brant», de ahí el apellido que llevaba Joseph.

Canagaraduncka había hecho cientos de relatos sobre los «cuatro reyes indios» acogidos con todos los honores. En Londres, Hendrick había negociado el apoyo de las Seis Naciones a la Reina, en la primera de las guerras contra los franceses. Había concertado una alianza entre iguales. Le habían llevado al teatro y a recepciones de la corte. Célebres pintores lo habían retratado. Todos se inclinaban a su paso.

En el momento de ese viaje, Hendrick debía de tenerla edad de Joseph.

El estuario del San Lorenzo era una respuesta inesperada.

Detrás de Guy, sentada en la paja, Nancy Claus entretenía a las niñas. Explicaba que el río, miles y miles de años atrás, se había abierto paso hacia el mar. Había erosionado el granito, arrancado tierra de las orillas, abatido bosques.

Guy pensó que, dicho de ese modo, parecía que el río hubiera decidido por dónde pasar.

En realidad, el San Lorenzo había erosionado el granito que la corriente le había permitido, ni un grano más. Había abatido bosques hasta donde las crecidas habían logrado subir y arrancado la tierra que se había dejado arrancar.

Mirándolo bien, a pesar de toda la fuerza de sus aguas, el San Lorenzo se había tenido que contentar con el único lecho posible. La decisión solo era un modismo, un punto de vista estrecho, que no tenía en cuenta ciertos detalles. Del mismo modo, pensó, los hombres creen poder elegir, pero el camino que recorren siempre es el único que tienen a su disposición.

Guy era el río. Pensó que había tomado la mejor decisión, pero solo porque era la única posible.

El río tenía que abrirse paso hasta el mar, para no enarenarse y morir.

LA TRAVESÍA

1775

El ritmo de las oscilaciones era intenso y apretaba el estómago. El aire entraba copioso en las narices, acompañando ese movimiento. Philip Lacroix realizaba un singular cara a cara con las gaviotas, empeñadas en maravillosas acrobacias. Por fin la mente estaba despejada, liberada de cargas, el cuerpo recuperaba vigor, después de la inmovilidad forzada y los días de tempestad vividos bajo la manta. Gestos simples, esenciales: respirar, percibir los latidos y controlarlos, coordinar miembros y cerebro con movimientos fluidos, capaces de aliviar la tensión acumulada.

Cuando llegó a la punta, Lacroix había dirigido la mirada hacia abajo, a la cubierta del *Adamant*. Se advertía bastante actividad, ir y venir de figuras minúsculas, no exentas de gracia. El eco deformado de órdenes y maldiciones atenuadas y engullidas por el viento. Poca cosa los humanos observados desde lo alto. Había dirigido la mirada a otro lado. El océano se abría a su alrededor, por doquier. No sentía terror ante la inmensidad. Sentía el frío rígido y cortante. Sentía la fuerza de la masa de agua.

De pronto, advirtió un pinchazo de aguja, punzada ligera que subía por los pies. Miró hacia abajo. Vio una figura muy pequeña, desenfocada. Intentó precisar sus contornos, ayudado por la majestuosa luz de la mañana. La hija mayor de Guy Johnson, Esther. La muchacha celaba una fuerza singular y primitiva. El dolor y la herida por la muerte de su madre la hacían más sensible y cercana a los espectros. Como Molly.

Percibió una nueva presencia, alguien subía por el palo mayor.

Joseph llegó a la punta y se colocó a su lado. Llenó sus pulmones con

aire fresco.

Lacroix siguió mirando el océano.

—¿Crees que el Rey querrá recibirnos?

—La Reina recibió a Hendrick —respondió Joseph.

—Hendrick era un jefe. Tú eres el intérprete de Guy Johnson.

—Ya no —rebatió Joseph—. Soy embajador de la nación mohawk. Esta vez las palabras que diré serán las mías. Nuestras.

Lacroix asintió, mientras las voces de marineros y gaviotas sustituían las palabras.

—Lo que necesitamos es justicia —añadió Joseph a bocajarro.

—¿Justicia inglesa?

—Los colonos que roban nuestras tierras son enemigos del rey Jorge. Esta rebelión es la oportunidad para reivindicar nuestros derechos. —Joseph cerró el puño para dar más fuerza a la idea—. Los *sachems* no lo entienden, piensan que las cosas seguirán como siempre. Sin embargo todo está cambiando.

Permanecieron de nuevo en silencio, esta vez por más tiempo, escuchando el viento y mirando las velas que asomaban hinchadas por debajo de ellos.

Philip Lacroix respiró hondo. Liberado del hedor de los hombres, el aire salobre no estaba mal. Esbozó una sonrisa.

Joseph también distendió la expresión del rostro. Por un instante, fugaz como el final de un sueño, le pareció que estaban de nuevo sobre una canoa, a lo largo del río que llevaba a dos jóvenes guerreros hacia la edad adulta.

Los marineros caminaban rápido, algunos le sonreían, pero la mayor parte ni siquiera la veía. Un enorme hombre negro que enrollaba una cuerda en el codo le enseñó sus dientes cándidos. Uno brillaba como metal. Esther sintió miedo y se alejó hacia el castillo de popa. Se detuvo bajo la escalerilla, donde el viento no podía arrastrarle. Se sentó sobre una barrica que alguien debía de haber puesto allí con ese fin. Desde arriba provenían voces, reconoció la de su padre y la del hombre con la pierna de madera, el señor Watson.

—…causarán una gran impresión —estaban diciendo—. Se volverán locos.

Estaban justo encima de ella. Podía oír el ruido del paso renqueante, el toe toe en los tablones de la cubierta.

Asomó la nariz por la barandilla y miró abajo, hacia el azul profundo estriado de espuma. Imaginó los tenebrosos escondrijos llenos de monstruos.

Se puso de pie sobre la barrica. La mirada se hundió entre las olas. Levantó un pie hasta la borda. La masa oscura la llamaba a sí.

Esther.

Un susurro en los oídos. Un parpadeo. Lo suficiente para ver que dos ojos negros de mujer se reflejaban en los suyos. Titubeó.

Luego escuchó un grito, un grito vibrante, desde el palo de trinquete.

—¡Tierra firme a proa!

La chiquilla la vio: una sombra oscura que se insinuaba entre el cielo y el mar, interrumpía las olas y marcaba un final. El Otro Mundo. En la cubierta la agitación contagió a todos. El capitán se puso a gritar órdenes.

Alguien agarró a Esther por el brazo y la arrastró fuera de su escondite. Pese a ser una mujer menuda, la tía Nancy tenía una mano muy fuerte.

—Mira dónde te habías metido. Vete abajo, es preciso cuidar de tus hermanas.

El coronel Ethan Allen se rascó las costras de suciedad del antebrazo. Ya no olía el hedor de los cuerpos, el olfato había dejado de hacer caso. El alboroto en la cubierta le había despertado del duermevela. Controló las muescas talladas en el tablón de madera. Ya, podían estar a la vista de las costas inglesas. En la cueva del lobo, pensó entusiasmado. Tenía que pensar algo, estrujarse las meninges. El héroe de Ticonderoga no podía desembarcar como un prisionero cualquiera. Hacía falta una frase memorable, un discurso, algo que pudiera viajar de boca en boca, encender la pólvora. Podía dirigirse a los *whigs* de la madre patria. ¿Patria? Las Montañas Verdes eran su patria. Sí, tal vez era esto lo que tenía que decir. Pero no, qué podían saber de su país los habitantes de Inglaterra… Abajo los tiranos. Más bien era este el concepto. Cuando le procesaran por traición, se defendería pronunciando un discurso sobre la libertad del pueblo. Quien se rebela contra el tirano no traiciona, sirve a la libertad. Lo transcribirían y publicarían en miles de copias. Ethan Allen, Sobre la libertad. Una frase que daría la vuelta al mundo.

Allen se rascó la cabeza, cayeron piojos. Apartó la mole de uno de sus hombres tumbado en el suelo e intentó estirar las piernas. Dos pasos adelante, dos atrás, ese era todo el espacio a disposición. «Un mundo nuevo avanza por el camino de la Historia.» Sonaba bien. Pero los conceptos abstractos no bastaban, había que evocar algo tangible, que todos pudieran entender. Pisó una mano, alguien protestó. Allen propinó unos puntapiés para ganar pulgadas y se apoyó en la pared. Sobre la cabeza el alboroto continuaba, Inglaterra estaba cerca. Ruidos de compuertas, velas amainadas, llamadas.

Allen pensó en el muchacho al que se había rendido. Un mestizo, nada menos. Había entregado su espada a un bastardo. Apretó los dientes por la rabia y miró la masa de cabezas agachadas. Ahí los tienes, los patriotas. Una idea comenzó a tomar forma. ¿Qué era esa insulsa islilla, Inglaterra, al lado de América? El Nuevo Mundo, una gran nación surgía de las cenizas del Imperio. Sonrió emocionado. La rendija de la celda se abrió y el guardián miró hacia dentro.

—Ánimo, coronel —dijeron los ojos amarillos—. Hemos llegado al lugar donde serás ahorcado.

Las posadas del puerto habían acabado la ginebra antes de mediodía. En Falmouth era viernes de mercado, y además se habían tenido noticias de que las velas del *Adamant* estaban a punto de entrar en puerto. Para anunciar la llegada había atracado una chalupa muy temprano por la mañana. De ella bajaron unos marineros y un oficial. Este último había entrado en los locales del Almirantazgo y había visitado las cárceles.

La voz se había corrido. El barco traía prisioneros, entre ellos Ethan Allen, el infame conquistador de Fuerte Ticonderoga.

Resultado: en las calles la multitud se había convertido en turba clamorosa. Las fangosas calzadas estaban invadidas por vendedores de brebajes alcohólicos, vendedores de callos y cigalas, vendedores de pelucas usadas con certificado de ausencia de piojos, niños con ramos de flores, mendigos, malabaristas, limpiabotas de primera, segunda y tercera categoría. Voces de vendedores de almanaques se mezclaban con cantinelas de afiladores. Los carteristas se ganarían el pan de un mes en unas pocas horas.

Cuando se corrió la voz de la llegada a puerto, la multitud comenzó a

apiñarse en el muelle: nobles procedentes de las residencias de las inmediaciones, vulgo descalzo, sirvientes de permiso, mercaderes, marineros, campesinos llegados para el mercado.

Quienes vivían en casas que daban al muelle bajaron a la calle para ofrecer lugares de ocasión donde poder gozar del espectáculo lejos de golpes, empujones y codazos. El dueño de un aserradero intentó montar una tribuna deprisa y corriendo. La obra quedó inconclusa: con las primeras campanadas de la tarde, el *Adamant* amainaba las velas y entraba en el puerto. Una doble fila de soldados se abrió paso a la fuerza.

Cuando el madero estuvo cerca del atraque, la multitud se balanceó. Muchos creyeron que la posición conquistada no era la mejor, los más discretos se limitaron a ponerse de puntillas, pero la mayoría empezó a codear a diestro y siniestro, pisando pies y perros falderos escapados a sus dueñas.

Después de mucho desorden, la masa alcanzó un precario equilibrio y contuvo el aliento.

Allí están. Por la pasarela avanzaba un grupo de hombres, parecían ingleses, pero algunos tenían piel más oscura. En el medio, un palmo más de altura, un hombre con grilletes.

Ethan Allen.

La multitud comenzó a gritar, insultar, maldecir. Se inició la lluvia de hortalizas, pero nadie quería provocar la reacción de los hombres de la escolta.

Los soldados presentaron armas. El capitán que los comandaba hizo el saludo. Un hombre robusto y bien vestido se apartó del grupo recién desembarcado y con acento irlandés proclamó:

—Capitán, le entrego treinta y tres prisioneros, enemigos del Rey y de Inglaterra, y su jefe Ethan Allen. El se ha rendido ante este valiente joven, Peter Johnson, hijo del fallecido superintendente de Asuntos Indios, sir William Johnson. En esta hazaña también han participado los jefes iraqueses aquí presentes, orgullosos aliados del Rey, Joseph Brant Thayendanega y Philip Lacroix Ronaterihonte.

Hubo un clamor de estupor y aprobación. El capitán avanzó para tomar en custodia al prisionero. Antes de que los soldados se lo llevaran, Ethan Allen alzó su voz para superar el ruido de la multitud.

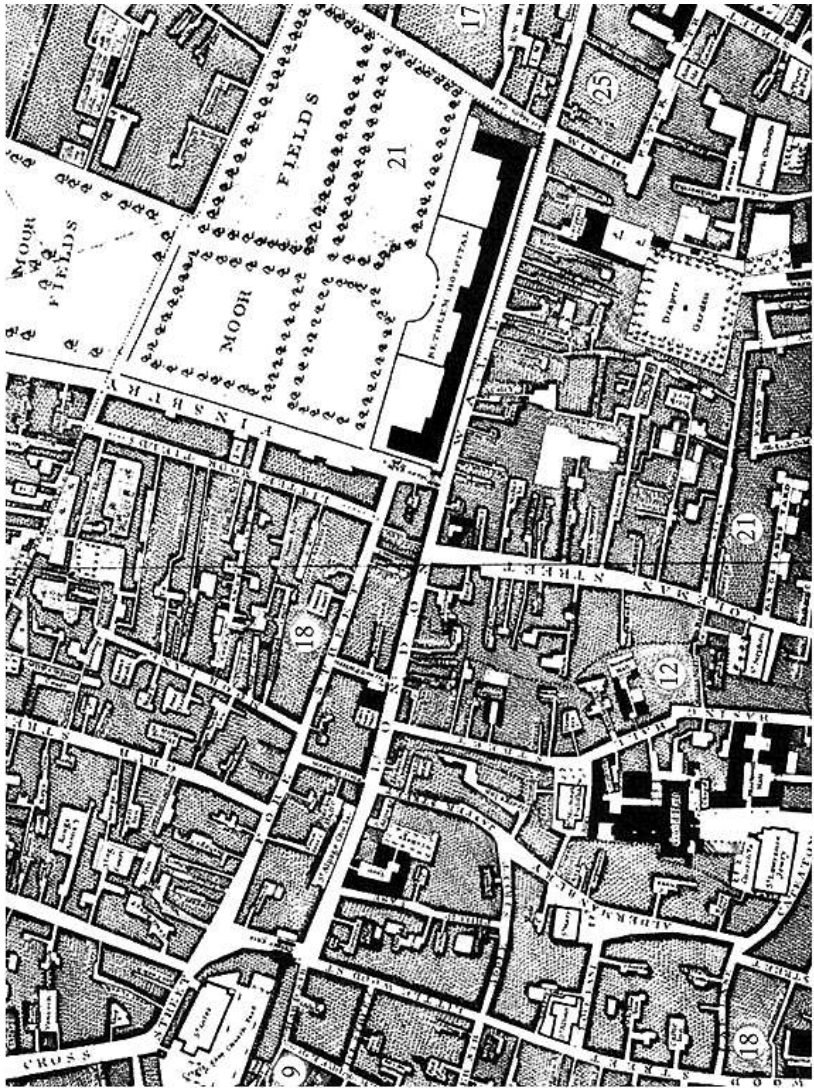
—¡Yo soy el fuego que consume Babilonia! ¡Muerte a los tiranos!

Ethan Allen caminó bajo una lluvia de insultos y hortalizas en mal

estado.

Segunda parte

MOHOCK CLUB
1775-1776



Detalle del mapa de Londres completado por John Roque en 1747. Arriba, el Hospital Real de Bethlehem, que los londinenses llaman «Bedlam», el manicomio más antiguo del mundo. Debajo a la derecha, cerca del núm. 18, Lad Lane y el hostal Cisne de dos Cuellos.

1

El carruaje atravesó la calle, mientras los gigantes de Saint Dunstan daban dos campanadas. El cochero luchaba contra el sueño: unos tragos de más a la botella debajo del asiento. La niebla era densa, tenía que fiarse del instinto del caballo, norte puesto en el establo.

Un grito de bestia salvaje laceró la noche. El hombre tiró de las riendas y se sobresaltó. Cuando el grito se repitió, provenía de más cerca. El cochero advirtió un apretón de tripas.

Una peluca de color blanco se asomó por la ventanilla.

—¿Qué demonios sucede, Giles?

—No estoy seguro de querer saberlo, señor.

El cochero captó un movimiento con el rabillo del ojo, al otro lado del carruaje. Se giró de golpe: una imagen fugaz, después solo niebla.

—¡Animo, Giles, en marcha!

El criado apretó los párpados, la mente voló a la botella debajo del asiento. No podía haber visto lo que le había parecido ver. ¿Un hombre desnudo?

Agitó con fuerza la cabeza y amagó con dar un latigazo al caballo, pero un golpe seco sacudió el carruaje. El pasajero lanzó un grito de miedo y estupor.

No había duda: en la portezuela estaba clavada una flecha.

—Fustiga a esa maldita bestia, Giles, ¡por el amor del cielo!

El criado chasqueó el látigo, pero el caballo se empinó con un relincho, antes de recostarse sobre las patas anteriores, la cabeza tendida en los adoquines. A la luz tenue de la farola se veían dos flechas, clavadas en el cuello del animal.

La ginebra no tenía que ver, pensó Giles. Tal vez había llegado su hora.

Percibía presencias, sombras serpenteantes.

—¿Qué queréis? —gritó para darse ánimos.

Entretanto, había cogido la gran pistola que tenía junto a la botella y la cargaba con mano tremante. La apuntó contra la niebla, donde se oían aquellos pasos. Corrían alrededor del carruaje, aquí y allá entreveía la palidez de un cuerpo.

—Quien se acerca está muerto —gruñó desde el pescante.

El pasajero se asomó otra vez.

—Decid cuánto queréis y dejadnos tranquilos —exclamó con voz estentórea.

Por respuesta, una segunda flecha alcanzó el ladillo. La cabeza se metió dentro de la caja del carruaje.

—No tema, señor, venderemos cara la piel —aseguró Giles, pero apenas tuvo tiempo de girarse para recibir un golpe en la cabeza.

Mientras sentía que la fuerza de la gravedad llevaba las de ganar y la vista cedía a la oscuridad de la inconsciencia, consiguió arrancar a la vigilia una última imagen. Una gran medialuna turca, tatuada en la frente de un energúmeno con la cara pintada, una única cresta de cabellos en lo alto de la cabeza. Menudo morro, pensó Giles antes de desplomarse sobre el empedrado y perder el sentido.

El caballero llamó al cochero, pero comprendió que se había quedado solo a merced de las bestias. Veía figuras que pasaban como flechas delante de la ventanilla, escuchaba susurros, gritos de animales. Cuando una sombra se detuvo amenazante delante de la puerta, blandió el bastón y asestó un mandoble. Aprovechó la confusión para abrir la portezuela del otro lado y lanzarse fuera. Intentó correr pero tropezó y, cuando por fin estuvo en pie, le habían cercado. Contó por lo menos cinco. Todos con la cabeza rapada y el torso desnudo. Un hilo de sangre caía sobre una cara. El hombre vio armas largas, palos puntiagudos, un espetón, y hasta un tridente.

—¡Emperador! —exclamó uno de los salvajes a sus espaldas—. Este me ofende enseñándome el culo.

—¡Vil afrenta! —respondió el de la medialuna en la frente—. Castigadlo según la ley de los mohocks.

El salvaje metió una estocada en el trasero del caballero. Este se giró de golpe, pero así haciendo enseñó las espaldas a otro miembro de la banda, que enseguida le dio una segunda, obligándole a hacer otra cabriola; pero

ya llegaba un tercer golpe, luego un cuarto, mientras todos gritaban como posesos:

—¡Mo-hock! ¡Mo-hock! ¡Mo-hock! —agitando los brazos, golpeando los pies en el suelo y chocándose uno contra otro con fuertes empujones.

De pronto, aquel al que llamaban Emperador levantó un brazo. Los subordinados se detuvieron.

La víctima estaba acurrucada, manos en las rodillas, tragaba aire a grandes bocanadas. Con un segundo gesto del cabecilla, le levantaron por los pies para que cada moneda saliera fuera de los bolsillos.

El Emperador recogió el botín, luego se inclinó hacia el desventurado.

—Me llamo Taw Waw Eben Zan Kaladar II, Emperador de los mohocks de Londres. Después del atardecer, este es mi coto de caza.

Tomó un profundo respiro y la medialuna se llenó de arrugas. Luego arrancó la cándida peluca del caballero y se la ató a la cintura.

—Puede marcharse —añadió—. Pero deprisa. Necesita un baño.

El desafortunado se levantó con esfuerzo, apretando los dientes, y comenzó a correr a ciegas, hacia el fondo de la calle. Con un movimiento rápido, el jefe de la banda cogió el arco, lo apuntó y disparó una flecha contra el trasero del hombre en fuga. Este apenas si pudo gritar, antes de perder el sentido.

Los otros atacantes se cruzaron miradas perplejas.

—¿Y si estira la palma? —se quejó uno de ellos—. Puede que sea un milordón.

El energúmeno solo le dedicó una mirada, mientras se ponía el arco en bandolera. —Seremos famosos.

Nadie dijo nada más. Precedidos por el jefe, uno a uno volvieron a entrar en la niebla, criaturas de pesadilla antes del despertar. El último lanzó de nuevo un grito de guerra animalesco, para desafiar la noche de Londres.

2

A lo largo de la calle las casas se concentraban, la campiña dejaba paso a los suburbios. Philip Lacroix pensó en el éxodo que lo había llevado de los bosques de Canajoharie a la capital del Imperio, del valle del Mohawk al del Támesis. Pensó en el río remontado a contracorriente; en los torrentes impetuosos cruzados de forma vertiginosa; en los saltos y los montes rodeados con las embarcaciones a hombros; en los vientos que soplaban en el lago Ontario; en las Mil Islas del San Lorenzo y en las heladas tempestades del Atlántico septentrional, que podían inclinar los mástiles del *Adamant* hasta tocar las olas.

Sin embargo, los últimos cinco días, esas doscientas millas en las calles irregulares entre Falmouth y Londres, habían sido los más fatigosos. Tal vez era solo cuestión de costumbre: Philip tenía poca familiaridad con vehículos de ruedas. Tal vez el malestar tenía que ver con la velocidad: la diligencia viajaba más rápido que el espíritu del pasajero, y este último se veía obligado a perseguirla. Se encogió dentro del abrigo de castor y miró a su amigo sentado junto a él.

Joseph Brant estaba absorto. Más allá de la ventanilla, edificios cada vez más imponentes. La luz del día se apagaba, la ciudad parecía un amasijo oscuro dispuesto a devorarles, un animal gigantesco, el aliento suspendido en el aire, denso y visible. Joseph había estado en Nueva York, una vez, pero aquello era otra cosa.

Reaccionó, intentando sonreír a Philip.

—Bienvenido a Babilonia —murmuró.

Sombras de grandes edificios acosaban en la niebla. El aire olía a quemado, aguas sucias y basura, pero Peter respiraba a pleno pulmón, mientras intentaba distinguir algo. Hubiera preferido llegar en pleno día, el

crepúsculo les hacía rehenes del olfato, muy cansados para lograr orientarse y no meterse en problemas. Hubiera querido tener fuerzas frescas y luz a voluntad, para explorar cada uno de los callejones a los lados de la calle.

El convoy de carruajes paraba, los caballos resoplaban, los pasajeros exhaustos curioseaban tras las ventanillas. Alguien del Departamento, a la cabeza de la fila, había entrado en el hotel para alquilar las habitaciones.

Peter vio a un muchacho de su edad que empuñaba una larga vara con una llamita en la punta. Se acercaba a las farolas de la calle y las encendía una por una, haciendo llover luz amarillenta sobre el empedrado. Sombras pasaban deprisa por debajo del resplandor, emergiendo de la nada para desaparecer de inmediato. Le pasó por la mente una ventana asomada sobre un mundo al revés, desde donde era posible observar las extrañas criaturas que lo habitaban. No era así como se había imaginado la llegada a la capital. La orden era no bajar de los carruajes. Estiró el cuello, pero no consiguió ver más allá del siguiente coche.

Joseph se limpió los dedos del tabaco frotándolos entre sí. El aroma dulce mitigaba el hedor de Londres. Guy Johnson decía que el fuerte olor a quemado se debía al carbón, y también la niebla. Era difícil imaginar que una roca sacada de la tierra pudiera servir para hacer fuego.

Los carruajes esperaban hacía ya media hora. El Yelmo de Oro tenía dos cuartos menos de lo previsto. El personal del hotel estaba haciendo lo posible para encontrar una alternativa.

—En Quebec estábamos todos en una habitación —observó Peter entre bostezos—. ¿Aquí no se puede?

—Aquí somos los embajadores de la nación mohawk —le respondió su tío—. Los enviados del rey de Francia no aceptarían compartir una habitación.

Peter cerró los ojos y se reclinó en el asiento. Joseph se volvió para ofrecer una pizca también a Philip, pero descubrió que había salido fuera del carruaje.

Necesitaba estar de pie, erguido sobre sus piernas, quitarse la tensión del viaje. Dio unos pocos pasos hasta una farola, para observarla de cerca. Entre una y otra había un tramo de oscuridad completa: el mundo se

mostraba como piezas inconexas, intermitencia luminosa que hacía imposible acostumbrarse a la noche. Más allá de la ligera cascada de luz no se veía nada. Del pozo de la memoria surgió un recuerdo opalescente, los dedos flacos del padre Guillaume presionados contra el pupitre: «Recuerda, Philippe. No hay Luz sin Tinieblas. Un principio y su opuesto. Para afrontar las tinieblas hay que tener fe, porque no se puede ver más allá del paso que estás dando. Es nuestra prueba terrenal».

Un ruido le trajo al presente, un chirrido siniestro se acercaba, difícil decir desde dónde, la niebla propagaba el sonido todo alrededor. De pronto percibió una presencia debajo de sí, se sobresaltó. Un ser monstruoso tocaba su rodilla y emitía sonidos incomprensibles. Era un hombre, o lo que quedaba. El tronco se apoyaba en una plancha de madera, desplazado sobre pequeñas ruedas gracias al impulso con las manos. Una capa compacta de costras y andrajos incoloros cubrían el cuerpo, a duras penas se distinguían ojos, boca, algunos dedos. Philip sintió el instinto de apartar el horror, pero permaneció inmóvil, capturado por la magnitud de tanta fealdad. «Es nuestra prueba terrenal.» El ser apestaba y hablaba, decía algo, un sonsonete incomprensible, excepto dos palabras, «señor» y «excelencia». Entre sus dedos retorcidos asomaba un platillo de lata. El ser pedía limosna. Philip sintió asco, repulsión, miedo. Apartó la garra del mendigo y regresó al carruaje.

Joseph le vio entrar, pálido y ceñudo.

—¿Qué pasa?

—Este lugar apesta —dijo Philip.

Su amigo se encogió de hombros.

—También la grasa de oso. Pero ¿qué harías sin ella?

Ruido de cascos resonó en el empedrado, la silueta de dos caballos llevó un vehículo bajo el cono de luz de las farolas. El hombre sentado en el pescante se puso de pie.

—Ruego su atención, por favor. —Hablaba silabeando las palabras, para estar seguro de que pudieran entenderle—. Me llamo Jerome, para servirles. Soy del Cisne de Dos Cuellos, en Lad Lane. Mi patrón me ha pedido que les refiera que estamos dispuestos a acogerles como mejor podamos. Nuestra posada no es apropiada para largas permanencias, pero hemos conseguido liberar dos habitaciones tranquilas. El personal estará a su disposición.

Philip cogió el equipaje de mano y bajó a la calle.

—Una habitación es para mí —dijo—. Y creo que Peter la compartirá con gusto.

El muchacho despertó de su somnolencia y se colocó al lado del Gran Diablo. A Joseph no le quedó más que seguirles.

Jerome se encargó de transportar las maletas. Antes de subir al pescante, se aseguró de que los pasajeros estuvieran cómodos.

—Señores, si me permiten, aunque hay niebla, daré rienda suelta a estas bestias. No todas las calles de Londres están bien iluminadas y es peligroso, después del anochecer.

Los dos indios no dijeron nada. Joseph se limitó a un gesto con la cabeza.

Cuando las ruedas empezaron a moverse, Philip miró hacia fuera. Aún le parecía escuchar el chirrido, cada vez más débil y lejano.

3

Unos sesenta hombres, una docena de caballos, cinco perros. Pollos en abundancia, apiñados en la misma jaula. Cuatro niños perseguían un gordo cochinillo. Gaviotas conversaban en vuelo. La Creación.

Voces y ruidos se elevaban desde el patio como los humos de una sopa caliente. Escalaban la balconada, llamaban a cada puerta, despertaban a los clientes uno tras otro.

El sueño de Philip era una red de mallas anchas: la mayor parte de los sonidos lo atravesaba sin romperlo. En el duermevela, era capaz de dar un nombre a cada ruido, calcular su volumen y distancia. Lo había aprendido de niño y ya era una costumbre. En la misión trabajaban muchos caughnawagas. Había sido uno de ellos quien enseñó a Philippe las nociones de la caza. Los padres no se opusieron, siempre y cuando la actividad no sustrajera tiempo al estudio y a las plegarias. Por eso, como no podía estar en los bosques de la mañana a la noche, surgieron una serie de ejercicios para mantener despiertos reflejos, sentidos y músculos. «La Creación» era uno de ellos. Así lo había bautizado el padre Guillaume, siempre atento para poner un toque de Dios en cualquier cosa relacionada con sus alumnos.

Philip se levantó de la cama. Peter aún dormía. Sacó las ropas del baúl y comenzó a vestirse. Sencillas pero de buenas telas. Se calzó las botas, salió y miró desde la galería.

El Cisne de Dos Cuellos era un amplio edificio sin adornos, que cerraba tres lados de un patio. El cuerpo central albergaba las habitaciones, con acceso desde el exterior a través de las balconadas de madera que recorrían la fachada.

Huellas de hombres, vehículos y bestias se entrecruzaban en el fango.

Un borracho arrastraba sus pies fuera de la taberna. Mozos parecían sucumbir bajo cargas imposibles. Un muchacho corría con piernas ligeras para entregar cartas y paquetes. Carruajes y caballos se entrechocaban para ganar el portón de salida. Los cocheros pedían paso, mientras nubes de niños asediaban a los pasajeros con ofrecimientos de peines, esponjas, navajas, espejos y frutos anaranjados que Philip nunca había visto. Frente a los establos, diligencias esperaban caballos y reparaciones.

La atmósfera del lugar tenía un aire familiar, pensó Philip. En el valle del Mohawk, las casas más grandes también eran al mismo tiempo posadas, establos, oficinas de correos, tiendas, cobertizo para embarcaciones y armerías. La gente iba y venía, las vidas se rozaban y esto bastaba para conocer más cosas de las que Canajoharie pudiera contener. Se dirigió a las escaleras y fue hacia abajo.

Ni tiempo de mirar alrededor y ya estaba rodeado por vendedores de baratijas, escandalizados de que un caballero como él afrontara el día sin comprar tales mercancías. Pagó por uno de los frutos desconocidos, lo guardó en su bolsillo y se liberó del asedio. Hizo pocos pasos en dirección al ingreso pero un individuo con traje raído y aire presuntuoso logró poner en sus manos un papel.

—Una exhibición que usted no puede perderse, señor. Solo tres chelines.

Las palabras parecían recitadas de memoria.

—¿El hombre-erizo? —preguntó el indio leyendo el anuncio.

—Un hombre con púas en lugar de vello normal, señor. Impresionante. Nunca visto en ninguna ciudad del reino.

Las frases sonaban como una cantinela.

—¿En qué consiste la exhibición? —preguntó Philip.

—El hombre-erizo enseñará la espalda y las piernas. Podrán tocarlo y comprobar que no hay nada de falso, solo un capricho de la naturaleza. Luego lo verán comportarse como un erizo, andar a cuatro patas, levantar las púas, buscar gusanos.

—¿Este hombre come gusanos?

El otro hizo un guiño:

—Claro que no, alguna cosilla suelta, para embobar a la chiquillería y ganarse algo de pasta.

—¿Qué dice?

El individuo abrió mucho los ojos, como si hubiera sido pillado

cometiendo un crimen:

—Nada, señor, nada. Impresionante. Lo nunca visto. El hombre-erizo.

Y, repitiendo esto, se alejó con el fajo de papeles pegado al corazón.

—Nada de qué preocuparse, señor. Es el mercado.

Philip se giró y vio a un hombre elegante, de unos treinta años. La sonrisa de boca abierta se extendía hasta las orejas y cortaba el rostro en dos, tronco de árbol que espera el último golpe. El hombre llevaba un gran sombrero. Junto a él, un negro alto y grande, también muy bien vestido, llevaba un maletín de cuero.

—Permítame que me presente, señor. Me llamo Maugham. Frederic W. Maugham, y la «W» es por Winslow. Este es mi secretario, el señor Cornelius Pigou. Usted es extranjero, se ve enseguida, señor…

—Philip Lacroix.

—Francés, por tanto.

—He crecido en Canadá.

—Es su primera vez en Londres, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Tendrá que acostumbrarse a gente como ese andrajoso. Dejando de lado el entremetimiento de los que intentan venderlas, las mercancías de baja calidad son inofensivas. La moneda buena desplaza a la mala, si hay libertad para elegir, y Londres es la capital de la libertad de elección. En ninguna otra parte del mundo circulan tantas mercancías. —Maugham abrió los brazos, como para abarcar la mayor cantidad de mundo posible—. ¡En ninguna otra ciudad el mercado se regula con tan admirable equilibrio!

Philip buscó en vano dar un sentido a esas palabras. Maugham debió de intuirlo, porque cambió su expresión, bajó la voz y continuó el diálogo con un tono más calmo y paciente.

—Señor Lacroix, el hombre vestido con andrajos acaba de ofrecerle una de las mercancías más solicitadas: la diversión, la distracción, la sorpresa de lo insólito. Cada día, personas de gustos simples se entusiasman viendo la exhibición del hombre-erizo y a saber cuántos más de sus colegas, presuntos o reales caprichos de la naturaleza: enanos, gigantes, hermafroditas, mujeres con pico de pato, hombres con cuatro testículos. Se trata de engaños, de montajes para inocentones. Productos de ínfimo nivel, presentados además de forma vulgar. Si los que venden estos espectáculos aún hacen negocios, es porque actúan en condiciones particulares, limitando con artificios la libertad de elección. ¿Me sigue?

—¿Seguirle?

—Quiero decir: ¿entiende lo que estoy diciendo? Ese tipo de espectáculos se propone a personas como usted, frente a hostales y casas de postas. Gente de paso, que se encuentra en Londres por primera vez, está en busca de sensaciones fuertes, pero no conoce lo que la ciudad ofrece ni tiene tiempo para informarse y escoger la mejor oferta al precio más ventajoso. Así acaba viendo al hombre-erizo, y tal vez continúa la velada dejando que lo desplumen en una tasca donde la comida es malísima y el vino es agua con color, para concluir su propio excursus en un callejón, con una buscona de baja categoría. A menudo, por detrás existe un acuerdo, cuando no un único interés: el patrón del hombre-erizo también es el propietario de la tasca, y además el protector de la buscona. Su excursus ha sido organizado desde el principio, para evitar que conozca otras ofertas. Así se debilita y se cierra el mercado, se baja la calidad de los bienes, se da un mal servicio a la ciudad, a Inglaterra, al Imperio. Y entonces llego yo.

—¿Usted?

—Sí, yo. Un súbdito leal como Frederic W. Maugham no puede permitir que un caballero como usted regrese a Francia o Canadá convencido de que los entretenimientos de Londres son ordinarios, que la comida es incomible y costosa, que las rameras inglesas tienen carnes flojas y senos caídos. Lo mío es una misión: favoreciendo las fuerzas del mercado, contribuyo a la riqueza de la nación. El servicio que ofrezco a los caballeros es, ni más ni menos, la posibilidad de ejercer su propio libre albedrío. Como le decía antes: la moneda mala es desplazada por la buena. Yo pongo en circulación moneda buena.

El largo discurso había embriagado a Philip. Estaba dividido entre el deseo de volver al hostal y la curiosidad de entender de qué iba el asunto.

—¿Usted también me está ofreciendo algo?

Maugham sonrió e hizo un gesto a su secretario.

—Pigou, abre el maletín.

El negro lo abrió.

El maletín estaba vacío.

—Lo que yo vendo, señor Lacroix, es información. ¿Ve lo que hay en ese maletín?

—No hay nada, creo.

—¡Exacto! ¡Exacto! Nada. Pero imagine… —Bajó aún más la voz—. Imagine que ese maletín está lleno de papeles. Cientos y cientos de hojas.

Negro sobre blanco, todo lo que Londres puede ofrecer a un hombre de mundo. Nombres, direcciones, precios. Las putas más hermosas a los precios más convenientes. Los espectáculos más extraños para clientes selectos. El mejor opio para fumar con total discreción. Las recepciones particulares a las que se entra con palabras clave. Las personas a las que dirigirse para satisfacer los gustos menos… usuales. Aquel que puede ofrecer estos servicios se pone en contacto conmigo, y yo pongo en contacto la oferta y la demanda. Me eligen a mí porque soy el mejor, y lo he conseguido sin atajos, derrotando a mis competidores gracias a la calidad del servicio. ¿Me sigue, señor Lacroix?

Philip no dijo nada. Confusión y curiosidad dejaron paso al desprecio. El negro cerró el maletín. Maugham continuó.

—Se trata de información que hace funcionar la economía, señor Lacroix. Sin embargo, usted comprenderá, no son cosas que se pueden gritar a los cuatro vientos. Yo soy un patriota y un súbdito que ama al rey Jorge, pero debo decir que las autoridades inglesas todavía están muy atrasadas. En nombre de una moral vetusta, ponen inexplicables frenos al comercio y mantienen fuera de la ley algunos bienes y servicios. Pronto tendrán que cambiar de actitud, y dejar que el mercado libre crezca. ¡Pero hasta que ese día no llegue, lo que tiene que estar en ese maletín estará aquí dentro! —Con la punta del índice derecho se tocó la frente—. Solo tiene que pedirlo, señor Lacroix. ¿Quiere pasar un buen rato con alguien? Puedo proponerle mujeres jóvenes, mujeres ancianas, mujeres entradas en carnes, mujeres esqueléticas, o bien hombres, niños y otras criaturas de Dios, no sé si me explico. ¿Qué le gustaría ver? ¿Encuentros de boxeo a muerte? ¿Le gusta apostar? Hay un sitio donde los negros luchan con cuchillo y garrote. Negros libres, por supuesto. Pigou también es un hombre libre. Yo estoy en contra de la esclavitud: cada uno tiene derecho a venderse al precio que considere oportuno. Eh, ¿adonde está yendo? ¿Señor Lacroix?

Philip se dirigió hacia el hostal. Maugham y Pigou le siguieron por una decena de yardas:

—¿Señor Lacroix? Tengo muchas más propuestas para usted. Créame, no encontrará a nadie más que pueda decirle…

Uno de los porteros del Cisne de Dos Cuellos vio a los acosadores, agitó su puño y dijo:

—¿Aún por aquí, asquerosos depravados? ¡Si vuelven a importunar a algún cliente nuestro, haré que os den una buena paliza!

Ambos se alejaron. Philip entró y dejó el mundo a sus espaldas. Respiró hondo.

Dentro se abrían dos salas, una detrás de la otra. Joseph le hizo señas desde una mesa junto a la ventana. Daba bocados a una loncha de tocino acompañado por un desconocido. Este último escupía palabras en un dialecto incomprensible, con aires de quien va para largo. Philip cogió una silla e intentó encontrar el punto del discurso. Miró a su amigo: escuchaba atento, asentía, de vez en cuando levantaba el tazón y bebía un trago de caldo.

—¿Entiendes algo? —susurró Philip en lengua mohawk.

—Nada de nada —fue la respuesta—. Estoy acostumbrándome al acento de Londres.

La figura rechoncha de Jerome avanzó a grandes pasos hacia ellos.

—Señores —dijo con voz acongojada—. No deben comer aquí, he dado orden de preparar una sala, comida especial…

—No se preocupe, Jerome —lo interrumpió Joseph—. Aquí está bien.

—Como gusten, señores. El hotel dispondrá de habitaciones libres mañana por la mañana y aunque no queremos que se marchen.

—No nos iremos —intervino Joseph—. Aquí estamos bien. Y usted, Jerome, es un hombre muy amable.

—Como los señores deseen. Su presencia nos honra. —Estaba a punto de volverse, pero se detuvo, hurgó en los bolsillos del chaleco y sacó un sobre—. Se me olvidaba. Una misiva para ustedes. —Con una ligera reverencia la entregó en las manos de Joseph—. Que tengan un buen día, señores.

Philip vio a su amigo abrir el sobre y leer el mensaje. Le interrogó con la mirada.

—Hemos sido invitados a una recepción de un tal Warwick —respondió Joseph—. El conde de Warwick.

4

Del *Daily Courant*, 30 de diciembre de 1775:

INFORME DE LA ENTREVISTA CON EL CORONEL JOHNSON
SUPERINTENDENTE DEL DEPARTAMENTO
DE ASUNTOS INDIOS
DE LAS COLONIAS AMERICANAS

El 28 de diciembre pasado, a la hora del té, me he presentado en Westminster, en el hotel del Yelmo de Oro, donde está alojado el superintendente del Departamento de Asuntos Indios de las colonias americanas, el coronel GUY JOHNSON. Él es un hombre robusto, de mediana estatura. Lleva el cabello corto hasta la nuca, peinado hacia atrás, como para dar espacio al rostro, honesto y pequeño. Aunque desempeña un cargo importante, su modo de hablar es conciso, lacónico, con un acento irlandés muy pronunciado. Tras un breve intercambio epistolar, me ha recibido con mucha gentileza y aceptó de buena gana responder a mis preguntas.

Acerca de las razones que impulsaron a la delegación indígena a cruzar el océano, ha afirmado que las tribus aliadas están sumamente confundidas por los acontecimientos en las colonias. Oficiales que combatieron juntos en la guerra contra los franceses se han convertido en adversarios unos de otros. Ante semejante circunstancia, el pueblo MOHAWK desea escuchar de viva voz a Su Majestad y actuar solo en base a sus directrices.

Una visita similar tuvo lugar en 1710. También en aquella ocasión se trataba de consolidar una alianza, y el esplendor de Londres tenía que

servir de contrapeso a las patrañas de los jesuítas franceses, según las cuales Cristo había nacido en París y fue crucificado en Inglaterra.
La reina Ana recibió en la corte al emperador Tiyanoga, que los colonos llamaban Hendrick, acompañado por el rey de Maquas, llamado Brant. Se dice que este era el abuelo del príncipe *Thayendanega*, también él conocido con el nombre de Brant.
He pedido al coronel Johnson que me dé información sobre nuestros aliados indios. El me enseñó un mapa, dibujado de propia mano para el ministro de las Colonias LORD GERMAIN. Allí, las Seis Naciones Iroquesas ocupan los territorios al oeste de la colonia de Nueva York, hasta los Grandes Lagos. El pueblo más importante y respetado es el de los mohawks, cuyas tierras se encuentran dentro de los confines de la colonia. Desde tiempos de la reina Ana, la nación mohawk está muy avanzada. Viven en aldeas de casas sólidas y dignas, cultivan la tierra con la habilidad de un campesino de Essex, son cristianos devotos y se aseguran muchos lujos y comodidades gracias al comercio con los mercaderes ingleses. En cuanto a la consistencia militar, toda la federación puede disponer en pocos días de QUINCE MIL HOMBRES en pie de guerra. Según el coronel Johnson, una posición clara e inequívoca por parte de estos aliados bastaría por sí misma para hacer desistir de su propósito a los bostonianos que asedian Quebec. «No por nada —dijo— han sido suficientes un centenar de guerreros para defender Montreal y capturar al más peligroso de los enemigos», haciendo referencia a aquel ETHAN ALLEN que hace pocos meses se había apoderado del Fuerte Ticonderoga.
He preguntado entonces por qué razón el príncipe Thayendanega, llegado a Canadá para defender Montreal, había partido hacia Londres justo cuando el ejército continental alineaba sus tropas a orillas del San Lorenzo.
Con esta pregunta, el coronel Johnson se ha levantado, ha guardado el mapa y después de un largo silencio me ha explicado que los quince mil guerreros de las Seis Naciones solo esperaban una señal para intervenir contra los rebeldes y perseguirles hasta Nueva York. Él guiaba una pequeña avanzadilla, que llegó hasta Canadá como refuerzo por órdenes del general Gage. Por desgracia, entre el general y el gobernador de Quebec surgió un desacuerdo sobre el uso de las milicias mohawk y las mismas fueron obligadas a licenciarse.

> «Muchos oficiales temen que las tropas indias escapen a su control —ha aclarado el coronel Johnson—. Esto no sucede cuando el mando ha sido delegado en una persona de su confianza. Sir William Johnson, mi tío, se ha ocupado durante dos decenios de los asuntos indios. Él murió hace más de un año, pero las Seis Naciones siguen teniendo fe en nuestra familia. Si esta confianza se viese confirmada también por Su Majestad, la alianza con los indios solo podrá aportar beneficios a los intereses de la Corona».

Con esta importante puntualización se concluyó la entrevista y el coronel Johnson me ha concedido una cita para un informe completo de su audiencia con lord Germain.

Panifex

5

Un cerdo con ropas elegantes, y una oveja en la cabeza.

La peluca era demasiado larga, la posición del hombre hacía que tocara el suelo. Era gordo e incluso no muy alto. También bastante entrado en años, se hubiera podido decir. Las mejillas caían flácidas a ambos lados del rostro, como las de una marrana. No obstante, estaban empolvadas de forma abundante y uniformaban la tez con el color de la cabellera. Labios y pómulos reavivados con rojo, salpicados por una constelación de lunares. La respiración abultaba el chaleco, que parecía a punto de ceder, como el portón de una fortaleza bajo los golpes de un ariete. Los zapatos apenas rozaban el suelo, manteniendo la silla en equilibrio sobre las patas traseras. Permanecía así, apoyado contra la pared, balanceándose un poco.

Philip desvió la mirada de la extraña criatura y volvió a prestar atención al dueño de casa.

—Cuánto envidio a los mohawks, Alteza —decía el conde de Warwick mirando a Joseph, mientras daba pequeños toques a su rostro empolvado—. Un pueblo que se pinta la cara solo para ir a la batalla.

Philip recordó que, al entrar en el salón, un criado con una chaqueta llena de botones había cogido sus sombreros y había hecho la presentación. «Su Alteza Joseph Brant *Thayendanega*, príncipe de *Ganjahore*, y el señor Philippe de la Croix.»

Philip se había quedado sin habla. En comparación, «el coronel Guy Johnson y el teniente Daniel Claus» parecían simples miembros del séquito; hasta Peter había recibido una acogida más cordial, en calidad de «victorioso caballero del Rey».

Vio que Joseph entreabría los labios para decir algo, pero el conde ya estaba hablando de nuevo:

—Ustedes son la gran atracción de la velada, pero mis huéspedes están un poco desorientados. Se esperaban exóticos guerreros, descalzos, el rostro pintado, cubiertos con plumas y penachos. Al principio, se sintieron decepcionados al verles tan caballeros. Sin embargo, les aseguro que no caben en sí.

Y con el brazo hizo un amplio gesto circular, para señalar la totalidad del salón.

Philip observó a los invitados: era difícil atribuir naturaleza humana a la mayor parte de aquellos seres cubiertos con telas vistosas, apretados dentro de trajes, en equilibrio sobre tacones de diez pulgadas, dedos invisibles bajo racimos de anillos, cabezas escondidas entre los hombros debajo de pelucas parecidas a pájaros henchidos de paja. Estaban dedicados a bailar, beber, masticar comida, conversar.

Warwick pareció comprender lo que pasaba por la cabeza del guerrero, sonrió y explicó:

—Esta… fauna es muy diferente a la de sus bosques, ¿no es así, monsieur Lacroix? Pero le aseguro que detrás del aspecto ridículo, *ils sont ni plus ni moins que des bétes feroces!*

Joseph, que no entendía la lengua de Molière, arrugó la frente. Warwick acudió en su ayuda, sin mirarle. Sus ojos quedaron en blanco. Era como si hablara consigo mismo, olvidándose de los huéspedes, en un estado semejante al sonambulismo.

—Bestias feroces, príncipe. Monstruos que el mismísimo Linneo, el gran naturalista, no sería capaz de clasificar. Después de una buena mirada se diría primates, familia de los hominidae, pero algunos de ellos son rapaces nocturnos, otros insectos parecidos a las termitas, otros más reptiles con sangre helada. Todos carnívoros y cazadores. Matan para comer, pero su hambre se llama tedio, viven con la permanente necesidad de hallar algo nuevo, alguien nuevo, distraerse, hurgar en los demás la verdadera vida, la jouissance que ellos están condenados a simular. Cuando encuentran una presa la devoran, picotean cada huesecillo, lo despedazan y chupan la médula.

Philip y Joseph se quedaron con la boca abierta. El conde les miró, se sacudió del trance y prosiguió con otro tono:

—Bien, esta noche las presas son ustedes. Tendrían que haber oído los disparates que se han dicho poco antes de que llegaran aquí. Circulan ideas muy extravagantes sobre los indios, entre los nobles ingleses. Veamos, por

ejemplo, al duque de Sorethumberland, allí detrás.

Y tendió el índice. Los dos mohawks siguieron la trayectoria y en medio de la multitud variopinta identificaron al probable objeto del discurso, un hombre alto y muy delgado de edad indefinible, vestido de rojo brillante. Conversaba con una especie de mujer-tonel, mucho más baja que él, con los hombros encorvados. La mujer tenía entre sus brazos un pequeño animal con pelo largo y hocico aplastado.

—¿Qué tipo de bestia es esa? —preguntó Joseph.

—Un perro faldero. Un ser inútil para perder el tiempo. Piensen que a veces mis huéspedes llegan con monos acurrucados sobre el hombro, *et les singes, vous le savez, ils chient, juste comme les hommes.*

¿Monos? —pensó Philip—. ¿Monos que defecan en los hombros?

Warwick ya había retomado el argumento.

—El buen duque estaba convencido de que en las tierras de Su Alteza correteaban rinocerontes, y que ustedes los indios reducían a polvo los cuernos para obtener un afrodisíaco más poderoso que la cantárida.

¿Rinocerontes? ¿Cantárida? Philip y Joseph estaban atónitos.

—Como decía —continuó Warwick—, ellos no saben nada de nuestras colonias. No tienen idea de donde están ni de quienes las habitan. Se suele describir Londres como «el corazón del Imperio», pero un corazón bombea sangre al resto del cuerpo, mientras que aquí es todo lo contrario: las colonias son las que bombean la sangre que mantiene con vida a Londres.

—Entonces la ciudad de su Rey sería la cabeza —afirmó Joseph.

Warwick sonrió.

—Si así fuera, tendría que contener el cerebro. Miren alrededor: en teoría, este salón reúne lo mejor de la alta sociedad del reino. Bien, puesto que se disponen a pasar la velada en este sitio, les invito a escuchar las conversaciones. Les aseguro que no encontrarán huellas de raciocinio. Yo creo que estas calles y moradas son las posaderas del Imperio. Del trasero y su orificio poseen todas las características: aquí se deyectan todos los recursos que el Imperio nos envía. Solo que, por un capricho de la naturaleza, estas posaderas se encuentran delante del cuerpo y no detrás. El conde se echó a reír.

—Tiene una rara consideración de sus invitados, conde —dijo Joseph —. ¿Por qué razón se rodea de personas por las que no siente estima?

—Míreme bien, Alteza. Pertenezco a la misma especie. Yo también estoy en busca de *jouissance*. Me regodeo con lo desagradable. Asisto con

verdadero placer a espectáculos ridículos y repugnantes. Organizo veladas como esta y observo la decadencia de mis tiempos, un pie dentro y otro fuera del espectáculo. No es ningún secreto, todos saben cuál es mi propósito, y sin embargo acuden en tropel, porque no hay recepciones que lleven el paso de las mías.

Philip no estaba seguro de haber entendido. Joseph estaba seguro de no haber entendido. Warwick lo sabía y rió de nuevo.

—Ustedes ignoran la índole de quien gobierna a sus vecinos blancos, así como nosotros no sabemos nada de ellos o de ustedes. Por supuesto, se sabe que los coloniales están en rebelión, más allá del océano, pero la mayor parte de nosotros tiene una idea muy remota. La pregunta más frecuente, cuando se habla, es: «¿Por qué nos odian?».

—No les odian a ustedes —dijo Joseph—. Detrás del velo de las palabras, está mi gente: quieren nuestras tierras y nuestra dignidad.

—Oh, sin duda no quieren la nuestra —replicó Warwick—. Nosotros no tenemos.

Philip vio que un gato pasaba a toda velocidad por debajo de la silla del gordo durmiente y le hacía perder el equilibrio. El hombre cayó al suelo con un ruido sordo y prorrumpió con un pedo sonoro, que provocó la hilaridad gárrula de la dama más cercana. La bestezuela, asustada, se refugió debajo del ruedo de la falda, pero con gesto resuelto la señora le soltó una patada y lo lanzó lejos. Philip observó la bola de pelo que volaba a través del salón y se dio cuenta de que no era un gato, sino un oposum. Cayó sobre la espalda de uno de los bailarines, que actuó como si no pasara nada, limitándose a esbozar una sonrisa estúpida mientras espiaba por el hombro. Por fin, el animal aterrizó en medio de la sala, donde corrió el riesgo de ser aplastado por decenas de tacones que se movían sincronizados. En ese momento, Philip lo vio mejor y entendió. No era un oposum. Tampoco un conejo. Era el ratón más grande que jamás hubiera visto. Después de un instante de pánico, el roedor se dirigió muy rápido en su dirección. Philip se apartó para dejarlo pasar, pero un golpe seco clavó al animal contra el suelo. Fue como si alguien hubiera hecho estallar un globo. Un cordón de intestinos saltó del vientre de la bestia y acabó en las espaldas del duque de Sorethumberland, que se volvió sorprendido, creyéndose víctima de una broma. Alguien le indicó el trasero y él realizó varias piruetas antes de ver qué era lo que le había golpeado. Su dama apenas tuvo tiempo para abrir el abanico y vomitar en un florero, mientras

el perrito lamía las visceras en el suelo. Los sirvientes acudieron a limpiar. Alguien, mientras tanto, ayudaba a levantarse al hombre-cerdo. Philip estaba seguro de haberle oído gruñir y tuvo que apretar los dientes para no reír.

Joseph Brant levantó el bastón y contempló el cadáver.

El conde de Warwick se apresuró a llamar la atención del mayordomo. El hombre, un negro de librea con guantes cándidos, levantó al ratón por la cola y se lo llevó en medio de los grititos de asco de las damas.

Los bailarines volvieron a recorrer el salón con pasos coordinados. Los músicos de la orquesta eran máscaras de sudor y cerusa. Peter había sido convencido con muchos ruegos para que se exhibiera con el violín junto a ellos. Alguien comenzó a alabar el hecho de que un heroico soldado mostrara interés por la música y que tuviera un modo de tocar tan delicado. Joseph no lograba distender los músculos faciales, el hedor que saturaba la sala era demasiado: una mezcla de sudor rancio y flores podridas. Le habían dicho que los nobles europeos solían usar perfumes, pero eso que estaba oliendo no era un olor agradable.

Se volvió hacia Philip, que miraba alrededor con perplejidad.

—Tal vez aquí también necesitan ahuyentar a los mosquitos.

El mayordomo anunció la llegada de alguien y una mujer deforme se presentó en la sala. Las caderas eran tan anchas que rozaban las jambas de la puerta. Un paje tenía que ayudarle para avanzar sin problemas, siguiéndole de cerca para corregir el rumbo con pequeños empujones en los costados. Una cascada de bucles coronaba la cabeza. El vestido centelleaba, como entretejido con trozos de espejos, tanto que mirarle hería los ojos. De su cuello pendía un muestrario de piedras talladas que caía hasta el seno robusto.

El mayordomo declamó en voz alta una cifra considerable y la mujer-dosel miró alrededor complacida.

—Es el precio del vestido y las joyas que lleva —dijo el conde a Joseph y Philip—. Al final de la velada siempre proclamamos una vencedora.

—Nuestras mujeres también pueden transportar grandes cargas —comentó Joseph.

—A decir verdad, Alteza, las nuestras cargan solo su propia vanidad —se burló Warwick—. Un peso enorme, en efecto. Permítanme que se lo demuestre.

Joseph observó que el conde se acercaba a la mujerona con

desenvoltura, le besaba la mano, la adulaba, y entretanto deslizaba la punta del bastón por debajo del ruedo del vestido. Aprovechando un ruidoso aplauso a los músicos, levantó un poco el borde. Una estructura de hierro sostenía el peso del vestido, montada sobre ruedecillas.

6

De pie con uniforme militar, Guy Johnson miraba la escena, a cierta distancia del círculo de interés y curiosidad que rodeaba a los mohawks. A su lado, debajo de una peluca blanca, Daniel Claus contemplaba a los invitados de lord Warwick.

Pese a la firmeza de su postura, Guy acusaba el peso del viaje y la fatiga de los últimos meses. El estupor frente a la aristocracia londinense dejaba paso a consideraciones más importantes relacionadas con su presencia en la capital.

Londres era un caldero hirviente de humores y sucesos, el riesgo de ser engullidos era serio. Las puertas por abrir eran dos: lord Germain, el nuevo ministro de las Colonias, y el rey Jorge. Era preciso abrirlas pronto, conseguir los nombramientos.

En ese momento, toda la atención se dirigía hacia «el príncipe Thayendanega y sus valientes guerreros mohawks». Por las atenciones de lord Warwick y la curiosidad morbosa de los invitados, se intuía que la cosa estaba destinada a durar. Esto podía estar bien: Guy confiaba en Joseph Brant, sabía cuánto le importaba la herencia de sir William y el pacto de sangre con la familia Johnson. Sabía que haría su parte para honrar la memoria y los preceptos del Viejo.

Al «monje» Lacroix también tenía que reconocerle mérito: difícil de entender, pero fiable como pocos.

Los mohawks defenderían los intereses de su pueblo y de la familia Johnson.

Sin embargo, el riesgo de quedar ensombrecidos era concreto. Tal vez se necesitaba insistir en los logros militares obtenidos contra los rebeldes, en la captura de ese payaso exaltado llamado Allen.

Sin embargo, en el fondo algo había cambiado. Encorvado de fatiga, la pátina oscura del dolor. No era fácil quitarse de encima a bandoka.

Mary y el hijo varón. La responsabilidad era suya, había querido llevarla consigo. Desde esa noche le costaba mirar a la cara a sus hijas y había comenzado a temer el futuro. Tal vez esa era la sensación de envejecer. El miedo como un lastre cada vez más pesado. O tal vez solo era la dureza de un viaje iniciado muchos meses antes.

Sin embargo, el año 1775 se estaba cerrando en la residencia sobre el Támesis de un aristócrata congraciado con el rey Jorge, entre rameras de ilustre abolengo y parásitos de alto vuelo. Lejos de las tierras y posesiones, con la guerra a las puertas. Por fortuna tenía a sus hijas consigo, a salvo.

Defender el honor y los bienes de los Johnson. Obtener las audiencias necesarias, realizar buenos negocios. Alejar la sombra lúgubre.

Guy espabiló los sentidos y advirtió que en su mano tenía una copa, pero no recordaba el contenido. Vio que Peter acompañaba con el violín la música de la orquesta. Tocaban sobre una pequeña tarima, debajo de un enorme espejo dentro de un marco de madera dorado. El muchacho estaba a gusto. Había estudiado y recibido una buena educación, hablaba bien y ya tenía fama de combatiente. Podía abrirse camino en la consideración de la Corona. Volvió a mirar en dirección a Joseph Brant y el conde de Warwick, pocos pasos más adelante: el indio estaba impasible, no cambiaba de expresión ni abría la boca, metido en su papel de manera impecable. A juzgar por los halagos del conde, podía pedir cualquier cosa.

Mejor no dejarse llevar por la prisa, actuar en el momento justo, saber esperar. Reaccionó de nuevo y se giró hacia Daniel Claus.

—Parece que nuestro príncipe ejerce una atracción irresistible sobre la aristocracia británica.

Indicó con un gesto de su cabeza el corrillo animado por la locuacidad del conde. El alemán apoyó su peso en la otra pierna y el único comentario que profirió fue una exhalación. Guy Johnson miró de nuevo la copa que tenía entre sus manos.

El maestro de ceremonias interrumpió música y bailes para anunciar que lady Somersault, la extraña arquitectura semoviente de brocados y joyas, era la vencedora de la velada, gracias a la considerable opulencia de la carga que transportaba, por un contravalor de miles de esterlinas. A la noticia siguió un aplauso, interrumpido por nuevos platos de carne de caza dirigidos a la larguísima mesa del banquete.

El alboroto fue inmediato e irrefrenable, los corrillos se disolvieron, agitados por un sobresalto como un ejército en retirada. Pero no de fuga se trataba, sino de asalto, tanto que algunos camareros a duras penas se sustrajeron al abordaje. Enredos de manos despedazaron la comida. Ruidos de masticación llenaron la sala.

—Quita el apetito, ¿verdad?

Una voz hastiada. Paso incierto, pierna derecha rígida, hombros ladeados como la sonrisa. El hombre saludó con una leve inclinación.

—Sir Theodore Leed. Es un honor.

Guy Johnson y Daniel Claus devolvieron el saludo.

Leed hizo un gesto en dirección a Joseph Brant, que contemplaba el banquete como un serafín.

—Con todo respeto, señores, a menos que desde que he dejado América las Seis Naciones no se hayan transformado en una monarquía, su indio tiene de príncipe lo que yo tengo de rey de Suecia.

Tenía el tono brusco de un soldado, y también el aspecto. Guy y Daniel cruzaron una mirada elocuente.

—En realidad, Joseph Brant Thayendanega es un jefe guerrero, no un príncipe —admitió Guy

—Me lo imaginaba —añadió el lisiado—. Me asignaron a Fuerte William Henry durante la última guerra. —Rozó la pierna, y luego el hombro, con la punta de los dedos—. Mortero francés, cirujano escocés. Combinación trágica.

Se concedió una sonrisa amarga.

Guy sintió que la angustia subía por su garganta. Tragó saliva un par de veces, intentando no pensar en su finca, en el valle y, sobre todo, en el abismo de agua que lo separaba de casa.

Fue Claus quien intervino, tal vez dándose cuenta de su dificultad.

—¿Y desde entonces no ha regresado a América?

—Por desgracia no, me otorgaron licencia absoluta. Sin embargo, estoy informado de lo que ocurre. Sé que han tenido problemas con el general Carleton respecto a los indios.

Claus le miró con indisimulado recelo.

—¿Acaso usted también pertenece a la facción contraria a su uso en esta guerra?

Leed sonrió. La pregunta era una forma explícita de tomarle el pulso. Observó que la horda famélica se alejaba de la mesa con el aire cansado y

satisfecho de quienes han sudado para ganarse el pan. El parloteo se reanudaba en parejas y grupos, mientras la orquesta cambiaba las partituras.

—En aquel tiempo conocí al comisario Johnson —dijo por fin Leed—. Me ha dolido saber de su muerte. Es raro encontrar en una misma persona a un líder militar capaz y un hábil diplomático.

—No ha respondido a mi pregunta —replicó Claus arrastrando las erres. Cuando se ponía nervioso, el acento alemán se imponía.

—Claro que sí, señor. Un hombre como sir William sabía usar a los indios contra los enemigos de la Corona y, al mismo tiempo, tenerlos bajo control. Que me den otro William Johnson y seré el primero que apoye el uso de los irregulares indios.

—Es una manera elegante de decir que está en contra —intervino Guy.

—De ningún modo —rebatió el otro—. Es una forma de decirles que comprendo la delicadeza de su misión. Creo que soy el único en esta sala.

—No obstante, considera a los indios demasiado indisciplinados para combatir de nuestro lado.

—La disciplina, coronel, sirve para hacernos creer que la guerra es una partida de ajedrez entre caballeros. —Ahora Leed hablaba como si estuviera comentando el sabor del vino, pero los ojos estaban ofuscados por un malestar que parecía estar pudriéndose en lo hondo del ánimo—. Una idea con la cual, nosotros los oficiales, nos encanta perder el tiempo. —Una mueca torció de nuevo la boca—. Pero aquellos que, como nosotros, conocen América, saben que esta guerra será de un tipo particular. Sin reglas y con escenarios imprevisibles. —Miró a los dos interlocutores con firmeza, una enorme fuerza mental se agitaba dentro de una envoltura con fallos—. Guerra civil, la más sangrienta. Los ingleses la conocen, en una ocasión un rey ha perdido la cabeza. Eso es lo que espanta a los medrosos como Carleton. —Un leve gesto fue suficiente para expresar la escasa consideración por el gobernador de Canadá—. Saben que los indios son los combatientes ideales para este tipo de conflicto, y tiene miedo. Miedo de lo que se puede desencadenar.

Guy Johnson advirtió un molesto sudor por debajo del cuello. Tuvo la sensación de que alguien había capturado los ruidos, que los sonidos ya no se propagaban. Las bocas se abrían mudas. El arco de Peter tocaba las cuerdas sin producir ni una nota. Tacones y suelas golpeaban un suelo acolchado. Cada cuerpo, cada movimento era absurdo e inhumano. Le

parecía estar rodeado por placas de cristal. Las dos yardas cuadradas que comprendían a Leed, a Claus y a él eran un fragmento de un mundo enajenado, superpuesto al de la fiesta, como una mancha de aceite sobre la superficie del agua, que flota sin dejarse absorber.

—Sus palabras son en absoluto insólitas, sir Theodore.

El veterano movió su busto rígido y asimétrico, como un títere.

—¿Piensan que no son apropiadas para un leal soldado de Su Majestad? —Leed englobó toda la sala con un solo gesto de su mano—. ¿Y si les dijera que ante el espectáculo de esta nobleza no puedo dejar de sentir algo de simpatía por quienes están cansados de financiar estos lujos con sus propios impuestos? ¿Pensarían que soy un traidor?

Guy cruzó su mirada con Claus, nervioso. ¿Dónde quería llegar? Tal vez el mortero le había dado también en la cabeza y debajo de la peluca el cráneo estaba deformado, su mente lesionada.

—Pues bien, se equivocarían. Y mucho —concluyó Leed—. Yo estoy dispuesto a todo para salvaguardar la unidad del Imperio. —Miró de nuevo a Guy Johnson—. ¿Y ustedes?

—No comprendo qué quiere decir.

El veterano hizo un gesto en dirección a Brant, otra vez a merced del dueño de casa y sus huéspedes.

—Azuzar perros de guerra contra otros ingleses, aun cuando enemigos del Rey —sentenció Leed—. Hay que tener agallas para hacerlo. Una gran fe en Dios y en Jorge III. —Dio un golpe de tacones—. Señores, ha sido un honor.

De nuevo media inclinación, una sonrisa, y se alejó.

Los dos caballeros se quedaron mirándole mientras arrastraba la pierna, como un viejo animal herido. El malestar que compartían les impedía abrir la boca.

—Así que esto es lo que hacen los indios. Observan desde lejos nuestras costumbres extravagantes.

Philip Lacroix se volvió de golpe. La mujer estaba vestida de azul, un collar de perlas al cuello. La piel cándida como una sábana estaba cubierta de efélides que se perdían por debajo del vestido. Era de complexión robusta, bien sólida. Parecía haber surgido de la nada, rostro adulto, rasgos marcados apenas suavizados con maquillaje. Los cabellos dorados

reflejaban la luz de la sala. Philip se quedó mudo mirándola. Luego pareció recordar algo.

—Disculpe, señora, me temo que no entiendo.

La mujer sonrió.

—Quiero decir que parece un profesor de historia natural mientras mira ilustraciones de animales exóticos.

Philip no sabía qué pensar. ¿Las palabras de la mujer eran una broma o qué?

La mujer tendió una mano.

—Lady Florence Mowbray.

—Philip Lacroix.

La mujer quedó desconcertada, esperando el besamanos, luego abrió el abanico que llevaba colgado de la muñeca y sonrió:

—Pues no me esperaba a Hércules de Kerkabon.

—Usted no es la señorita de Saint-Yves.

—¡Por fortuna! ¿En verdad ha leído *El ingenuo*? ¿Y qué piensa?

El mismo texto ofreció a Philip la respuesta.

—Una bonita fábula. Me gustan las fábulas de los filósofos, me río de las de los niños y odio las de los impostores.

Los ojos de lady Mowbray demostraron una sincera sorpresa.

—Nadie más en esta sala podría citarlo de memoria. Suponiendo que alguien lo haya leído. ¿En los bosques americanos se conocen los *contes philosophiques*?

—En los bosques americanos se conocen muchas cosas europeas —respondió Philip.

Lady Mowbray cubrió parte del rostro con el paisaje del abanico. Lo hizo ondear sobre la nariz para impedir que el sudor estropeara el maquillaje.

—Nosotros no sabemos nada de su país. Leemos a Voltaire que con pasión desaconseja América.

—A él le agrada Inglaterra —comentó Philip.

—Tal vez. En realidad, creo que le agrada contrariar a sus connacionales. Ese hombre es un provocador, el más agudo de Europa. —Hizo una pausa, como para decidir si se aventuraba aún más o se detenía. Luego agregó—: A su lado, Rousseau no es más que una triste figura, ¿no cree? Además, no es francés, sino suizo, que es otra cosa. Oh, disculpe, no le he preguntado si conocía.

—¿A los suizos? —le interrumpió Philip—. No. Pero he leído Emilio.

—Asombroso —dijo la mujer acercándose medio paso—. Y… —sopesó la pregunta—, ¿de qué parte está? Philip la miró perplejo.

—De los dos paladines, ¿a cuál elige?, ¿de quién es partidario? —precisó ella—. Hoy día, no se es nadie si no se tiene una opinión al respecto.

—¿Con respecto a qué?

—Bueno, ustedes, en cierto sentido. No dejaré escapar la oportunidad de saber qué opina un directo interesado.

—Me temo que no entiendo.

Ella le rozó el brazo con la punta de los dedos.

—El salvaje, el ingenuo, el hombre natural. ¿Cree que es ejemplo del hombre primitivo, virtuoso e incorrupto, o más bien un rezagado que debe progresar hacia la civilización?

Philip sopesó la pregunta y decidió decir lo que en realidad pensaba.

—Pertenezco al Pueblo de la Piedra, custodio de la puerta oriental de la Casa Larga. Soy hijo del clan del Lobo. Rezo a Dios a la manera de los papistas franceses y he combatido por el rey de Inglaterra. Los filósofos nunca han puesto un pie en América ni tampoco han conocido un indio.

La mujer le concedió una sonrisa maravillada:

—*Mon Dieu*, es Alejandro cortando el nudo gordiano. Tiene razón: pronunciarse sobre todo, y en especial sobre lo que no se conoce, es una de las enfermedades de nuestro tiempo. Típica de los franceses, yo agregaría.

Dio media vuelta a su alrededor, echando miradas a la sala e inclinando un poco la cabeza en señal de saludo hacia algunos de los invitados. La mujer prosiguió.

—Su historia debe de ser mucho más interesante que cualquier relato con moraleja. Sin duda desciende de un gran rey.

—No he conocido a mis padres —respondió Philip—. Los misioneros canadienses me acogieron cuando tenía dos años.

—Huérfano, por tanto —comentó lady Mowbray con aire más serio—. ¿Soltero también?

—He tenido una esposa y una hija. Murieron hace muchos años.

La mujer se dio una palmada en la mano.

—Pago prenda por mi indiscreción.

En derredor, el salón era un hervidero de cuerpos y voces.

—¿Es usted casada?

—Sí. He trocado mi virtud por un bien más grande. —Las palabras surgieron a través de una sonrisa forzada—. Un condado, para ser precisa. Pero he tenido la feliz idea de pretender una educación, para no vivir en la ignorancia como un animal.

Philip no supo qué decir. Ella parecía regodearse con el efecto de sus propias palabras.

—Lord Mowbray exige máxima discreción, y que no se le contradiga en público. Una mujer con una cultura distinta es más de lo que estas personas lograrían soportar. Como ve, monsieur Lacroix, nosotros los ingleses somos muy civilizados. Hacemos contratos para cada cosa. Hete aquí por qué muchos filósofos nos toman como modelo.

Philip alcanzó a ver la figura de Joseph, escoltado por el conde de Warwick y un corrillo de damas muy entusiasmadas.

—Pero ahora acompáñeme —propuso lady Mowbray sin perder tiempo —. Socorramos al príncipe, el espectáculo está a punto de comenzar.

7

Los italianos tenían la manía de la «máquina».

No así los alemanes. Los alemanes, como mucho, levantaban un obelisco o una estatua: un amorcillo, un ángel con alas desplegadas, un monumento ecuestre en obsequio al comitente. Obras rústicas de yeso y cartón, pocos días de trabajo duro y el resto de las fatigas se dedicaban a los fuegos, mezclar las pólvoras, probar las mechas. En el momento justo, el obelisco o la estatua se abría o incendiaba, y de su interior salían los cohetes.

Los italianos no. Los italianos alzaban castillos fabulosos con madera, tela y cartón piedra, de cien pies de altura, con paredes corredizas o plegables, explosión de trampantojos y falsas perspectivas. Los italianos construían arcos, grandes cúpulas, fachadas de catedrales, los fuegos escondidos dentro de gárgolas y altorrelieves.

La máquina, eso importaba. Sin la máquina, los fuegos estaban «desnudos». Eso había dicho uno de los maestros artificieros, mezclando idiomas como polvos píricos:

—*Saris la machine, los fuegos sont desnud, ¿comprenz? Desnud. Deje que Germans being Germans, We do different, con el argent of de Lord.*

Por qué lord Warwick se había empecinado con la escuela italiana, no se podía saber. El señor Abbott, el veterano maestro de ceremonias del conde, prefería a los alemanes. Más simples, pero precisos y confiables. Sin embargo, en toda Europa, eran los pirotécnicos italianos quienes gozaban de mejor reputación. Los italianos forjaban su propia gloria embelleciendo ideas nacidas en otros sitios, añadiendo un toque extravagante y bufonesco.

Con ellos estaba un arquitecto, un tal Guidalberto Rizzi. Abbott había visto sus bocetos: un edificio sin estilo reconocible, fachada suntuosa con

base de pórticos, se elevaba y se interrumpía dos veces con nuevos espacios huecos, bosques de pilastras y capiteles, y por encima se alzaban torres, chimeneas verticales de cuyo interior salían los fuegos. Aún más arriba, en una plataforma circular giraban unicornios, dragones chinos y leones parecidos a los de la República de Venecia. De sus fauces salían llamas, apagadas enseguida con chorros de agua de las trompas de dos elefantes de madera, primero escondidos detrás de los árboles y luego suspendidos en el aire mediante cuerdas. Elefantes que, a su vez, tenían que estallar en una explosión de relámpagos rojos, blancos y azules.

Lord Warwick no era hombre de escatimar en gastos y había satisfecho cada pedido. Abbott había reclutado a los artesanos y obreros, y procurado los materiales. Un mes de trabajo, las calles de la residencia abarrotadas de carros y mozos con torsos desnudos. Plataformas se elevaban, andamios se ensanchaban, cubos subían con garruchas y de vez en cuando caían rozando cabezas. Lord Warwick celebraba los incidentes con aplausos desde la terraza, Abbott no sabía qué pensar. Dentro del carro-taller, los pirotécnicos mezclaban cinc, antimonio y arsénico rojo.

Abbott estaba preocupado. Hasta la música de acompañamiento le parecía arriesgada. *Música para los reales fuegos de artificio*. Lo recordaban todos, el gran fracaso de 1749. En esa ocasión también se había tratado de italianos.

Un desatre: estallidos prematuros, incendios, muertos, heridos, peleas y detenciones. El Rey y su corte se retiraron, poniendo sello a un memorable fiasco.

En menor escala, Abbott temía tener que asistir a algo similar. Lo atravesaban horribles presentimientos.

El cielo era de color azul prusia. El único elemento germánico del *display*.

La servidumbre precisó varios minutos para apagar los candelabros y velas del salón panorámico. Poco a poco, los grandes ventanales cesaron de reflejar las luces, las sonrisas y los colores brillantes de la multitud, y se hizo transparente. Cada uno vio desaparecer a su doble y se encontró en compañía de un azul profundo e intenso, frente a la bóveda del cielo.

Philip Lacroix Ronaterihonte nunca había visto fuegos de artificio.

Joseph Brant Thayendanega nunca había visto fuegos de artificio.

Peter Warren Johnson había visto fuegos de artificio, en Filadelfia, pero sospechaba que ese espectáculo sería una experiencia mucho más rica.

Con palancas y varas, los obreros quitaron las lonas a la misteriosa obra en el centro del parque, rodeada por largas antorchas clavadas en el suelo y grandes candiles colgados en los árboles.

Peter miró alrededor buscando a su tío y al Gran Diablo, pero no pudo verles.

¡Bum!

La multitud se sobresaltó y los cristales temblaron. El cielo aún no se iluminaba.

A breve distancia, una segunda explosión.

¡Bum!

Y luego:

¡Bum!

La tercera salva era la última señal. Un relámpago iluminó el cielo sin hacer ruido alguno. La orquesta arrancó con la ouverture.

De una cúpula en lo alto del templo se levantó una muralla de fuego, que se transformó en una cascada de llamas rojas, blancas y azules. La Union Jack.

Una serie de estallidos espantosos borraron la música, acompañados por estelas verdísimas que parecían salir de cada punto del palacio, subían al cielo y daban vida a efímeras estrellas.

Los italianos tenían la manía de los ruidos. En sus espectáculos incluían el mayor número posible de «golpes de cañón», repletos de pólvora negra.

—Abundance of grand rumor, Míster Ebbott, is de Italian style, fshhh, ¡ka-bum! ¡Bum, bu-bum! Tutto explota, ¿comprenz?

Abbott, de pie en un montículo, gozaba de una buena vista sobre la máquina y todo el display. A la izquierda se veía el palacio, el verdadero, los fuegos reflejados en los cristales del salón panorámico. Un edificio frente al otro, como si el de piedra sufriera el asalto de su doble envuelto en llamas y hubiera renunciado a defenderse, limitándose a contemplar la violencia de la que era víctima.

En ese momento comprendió la intención de los italianos.

También Philip lo entendió. Apoyado contra la pared del fondo, junto a lady Mowbray, observaba el espectáculo por encima de pelucas y diademas.

¿El palacio de madera no era acaso la caricatura del palacio de lord Warwick? La pompa inútil, las estatuas, los oropeles, las galerías suspendidas. Los pirotécnicos ponían a la nobleza inglesa frente al espectáculo de sí misma. La *jouissance* del dueño de casa encontraba su punto culminante en la hoguera de las vanidades imperiales.

Un león echó un chorro ardiente, más débil de lo previsto. Se convirtió en una lluvia de lapilli que cayó sobre el prado, rozando la fachada del templo.

Fue así que una columna del pórtico tomó fuego.

Antes de que alguien interviniera, las llamas se extendieron a otra columna.

Los elefantes, en tanto, permanecían escondidos.

Desde detrás de un seto aparecieron unos energúmenos con el torso desnudo, cada uno con un cubo de agua.

Entretanto, el fuego había afectado a una tercera columna.

Abbott se lanzó a la carrera montículo abajo.

El fuego devoraba la fachada. Continuaban saliendo cohetes, en una explosión de astros artificiales. Asomaban y enseguida caían. Ocasos definitivos, sustituidos por nuevas y rápidas auroras. Puñados de chispas danzaban en los ojos de los espectadores.

Abbott llegó hasta el seto detrás del cual operaban los *tireurs*. Vio a los italianos y se lanzó contra ellos.

—¡Inconscientes! ¡Irresponsables! ¡Sabía que provocarían un desastre!

Los italianos le miraron como si fuera un poseso. Uno de ellos le enseñó las palmas de las manos, para calmarle o tenerle a distancia.

—*¡Calm, friend, tranquill! ¡C'est part du spectacle! Is de Italian style, ¿no remember?* —Luego se giró hacia los obreros con el torso desnudo y ordenó—: *¡Tirez la corde, now!*

Otro pirotécnico, cubierto de tatuajes desde la barbilla hasta los dedos de las manos, señaló por detrás de Abbott y le hizo señas de que se volviera.

En ese momento, toda la fachada se vino abajo.

Abbott se quedó con la boca abierta.

Peter, Philip, Joseph y todos los demás se quedaron boquiabiertos. Los músicos pararon de tocar. Un prolongado «Oooh» de estupor llenó el salón.

Detrás de la fachada destruida por el fuego había surgido una pirámide. En la punta de la pirámide, un disco de fuego, réplica del sol, irradiaba una luz blanca.

La pirámide se elevó, levantada con cabrias y tirantes. En la base, se encendieron decenas de cohetes. Era como si las llamas variopintas la llevaran lejos del suelo, hacia el cielo. Cielo que se iluminó de estrellas y se tiñó, en el último gran estallido, de rojo, blanco y azul.

El aplauso fue estrepitoso. Todos se giraron hacia lord Warwick, para congratularse. El dueño de casa sonreía burlón.

«¿Y los elefantes? ¿Dónde están los elefantes?», pensó Abbott.

—¿No debía haber elefantes? —preguntó a los italianos—. En honor a los huéspedes indios.

Los italianos le miraron como si fuera un gusano salido de debajo de una piedra, luego rompieron a reír.

—*Ellos sont indiens de Amerique. Elephants stay en India, imbezèl.*

Noche. Peter regresaba hacia el hostal y se sentía con una altura de diez pies. La madera y las telas del carruaje no bastaban para contenerle. La emoción de la multitud, la música, los fuegos de artificio continuaban sonando, tronando, estallando en la mente. Corrían en las venas junto con la sangre, espesa y fuerte. El corazón latía como un tambor, en el rostro tenía dibujada una sonrisa. El carruaje daba saltos, Peter no sentía incomodidad alguna, como si sus miembros, cargados de excitación, no percibieran malestar o fatiga.

Estaba en el centro del planeta, entre un grupo de héroes que Londres había saludado sombrero en mano. Estaba achispado, los licores, rosolíes y vinos tenían sabor a néctar, sabores muy distintos al ron de las colonias. Las damas y señoritas —algunas le habían mirado, se había dado cuenta— eran ninfas, el salón donde se había realizado el baile era un Parnaso. Los

hombres le habían tratado con el respeto que conviene a un joven guerrero victorioso.

Peter miró por la ventanilla. La noche estaba oscura, en muchos puntos la iluminación pública estaba ausente. Sintió que la mole de los edificios se cerraba sobre el vehículo. Londres era una inmensa fortaleza, sus bastiones protegían a todos los súbditos leales, llegaban a los cuatro rincones del mundo, hasta el valle del Mohawk, hasta Canajoharie. Peter pensó que el futuro tenía los colores del arco iris.

8

Un sótano húmedo, sin revoques ni pavimento. En el rincón más oscuro, un gato muerto saciaba a un grupo de ratones. El calor de la estufa era una gota en un mar de hielo. Rayos de sol mortecino y gritos exaltados se filtraban por los tragaluces.

El ogro con delantal trasvasaba vino de las damajuanas a las botellas, sin llenarlas. El cariacuchillado gastaba con una lima una bandeja de peltre. El más delgado de los tres cogía la limadura con una cucharilla, la echaba en el burdeos, añadía agua y contaba en voz alta:

—Ciento siete, ciento ocho, ciento nueve…

Por la puerta del fondo, irrumpieron en el salón dos individuos, elegantes como lores comparados con los otros. Bajo los gabanes, chaquetas de lino crudo y calzones de lana. El más alto incluso tenía una peluca, estropeada y sucia pero de buena hechura. En la mano, un papel arrugado.

—Señores —anunció con énfasis—. El *Daily Courant* nos ha honrado con un artículo.

—¡Jodida mierda! Anda, lee algo.

—¡Silencio! Que me bailan los números. ¿Dónde estaba?

—Es una carta del gallito que desplumamos la otra noche. Dice que si alguien no le cree, puede ver al doctor Flint, y preguntarle cómo había quedado, después del tratamiento de los indios.

—La flecha en el culo. ¡Cuántas risitas, doctor Flint!

—Ciento ocho. Habías llegado a ciento ocho.

—Qué va, al menos ciento diez. Me toca empezar otra vez.

—Déjalo —le paró el recién llegado—. Tenemos que hablar.

—¿Alguna jugada para esta noche? —preguntó el contable.

—También.

El cariacuchillado sonrió con el ojo bueno vidrioso por la ginebra. No tenía planes para la última noche del año, más allá de un chiquillo que le debía un favor.

—Trae el vino —ordenó el lord al del delantal—. Quiero probarlo, antes del emplomado.

Se guardó el periódico y fue a sentarse en una caja de madera abandonada por ahí. Los otros cuatro arrastraron otras tantas hasta formar un círculo. Le pasaron una botella. Echó un trago, se quitó la peluca y comenzó a peinarla con sus dedos. La cabeza al descubierto reveló la cresta de guerrero indio y una medialuna turca tatuada en la frente. Con un gesto, invitó al otro lord a tomar la palabra.

Era un rabillo pálido, aspecto sifilítico, barriga de cerveza. A simple vista, pocos le hubieran dado un penique.

—Bueno —se aclaró la voz—. La cuestión es esta: aquí en Soho, todos rapiñan en solitario. Cortabolsas, descuideros, tironeros, topistas. Algún salteador en la calle que va hasta Tottenham. Golpes como los nuestros, solo hay uno que se los jala. Se llama Dread Jack, tiene una panda de siete y juega sucio: ratea y pilla rateros, raspa, hace bisnes, chiva a los que compran y se embolsa la moneda.

—En Covent Garden no había alguien tan mierdoso —comentó melancólico el escuálido.

—Para compensar, estaban los bracos del juez Fielding y tuvimos que salir escopetados.

—Animo, guarranos —cortó en seco el Emperador—. Tal vez la mudanza nos venga bien. El Garden ya estaba muy poblado. Aquí, nada de canes, solo los machuchos de la Guardia, les haces ¡bu! y se meten en la iglesia. Domamos a Dead Jack y se acabó el juego. Todos los pollos para nosotros, todos los cacos con nosotros.

—Lo pones fácil —espetó el cariacuchillado—. Ese no es un dedón cualquiera. La sesera india se la pasa por la entrepierna.

—No digas chorradas, Colé. Nosotros somos los Mohocks de Londres, más que una cresta. Esta de aquí —se dio unas palmadas en la frente— no me la he hecho ayer.

—Lo sabemos, Dave. —El ogro recitó los versos—. Tu abuelo era Hendrick, el rey de los mohocks, que a Londres llegó y un polvo se echó.

—Así es. Toda la ciudad está babeando por los indios, como entonces.

Si éramos la panda de Don Nadie, aquel ni la hubiera escrito la carta en el Courant.

—¿Tú crees que Dread Jack lee el periódico?

—A duras penas podrá escribir su nombre, pero ¿qué importa? Al rebaño le bastará oír nuestro nombre para cagarse de miedo.

—¿Y qué sacamos de eso?

El contable arrugó la nariz en una mueca gatuna.

—Si se cagan, pagan —sentenció el Emperador—. El miedo es el alma del comercio. Los salvajes de la ciudad no verán la hora de unirse a nosotros. Los viejos de la Guardia rezarán a Dios, los bracos de Fielding se acurrucarán en su caseta de Bow Street. Dead Jack se lo pensará dos veces, antes de hacerle la guerra a los mohocks de Londres.

Dicho esto, sacó de su bolsillo una cajita forrada de terciopelo, extrajo un palillo de pluma de oca y comenzó a escarbar caries y dientes estropeados.

—¿Y el lote de vino que les hemos birlado? —preguntó el ogro señalando las damajuanas—. Ellos estaban preparando ese golpe.

—¡Exacto! Ya pasaron tres días. ¿Tú les has oído quejarse?

—No, pero tiempo al tiempo…

—Tiempo, una mierda. Que esto no es ajedrez para quedarse esperando. Ya hicimos la primera jugada, ahora toca doblar la apuesta.

—¿Doblar la apuesta? ¿Cómo?

El Emperador dejó el mondadientes, cogió un terroncillo que parecía azúcar y se lo metió en la boca. Haciendo ascos, sorbió el resto de la botella, hizo gárgaras y escupió al suelo todo el brebaje.

—Alumbre —dijo con el índice apuntado hacia la garganta—. Empasta los dientes como nada. Un caballero…

—Sí, Dave —le consintió el ogro—. Un caballero es como un caballo. ¿Cómo mierdas doblamos la apuesta, entonces?

El otro frunció mucho los labios.

—Cuando empiefes a fablar afí y te inflen a patadas, ¿cómo te ganarás la fasta? ¿Chufando el haba?

Carcajadas catarrosas llenaron de ecos el sótano. El ogro replicó con gestos, invitando a sus amigotes a cuidar de sus propias habas.

—¿Qué estábamos diciendo? Ah, ya, muy sencillo: vamos allí, nos presentamos, y si quieren un resarcimiento, se lo daremos de buena gana.

Silencio, quebrado solo por el chillido de los ratones. El cariacuchillado

se levantó para echar mano a una nueva botella. Bebió un largo trago. Era de las ya alteradas, pero no pareció darse cuenta de la diferencia. El contable fue el primero que habló:

—Por mí, va bien. ¿Cuándo?

El Emperador arrojó la peluca y se levantó de un salto.

—Esta noche. ¿No queríais divertiros? Mañana empieza el año mohock.

9

Ojosolo Fred videaba a las furcias desde detrás del mostrador de la taberna. Ubicada en un patio de Tottenham Court Road, en el centro de lo que llamaban, con todo respeto, «la manzana de los matachines» de Soho. Hacía veinte años, pero sin letreros, que llevaba su nombre, Taberna Ojosolo, esto es, desde que Fred había bajado para siempre de cascarones y maderos a la tierra firme, y con los cuatro dengos que había sacado de pagas, raterías y contrabandos, se había comprado ese garito para convertirse en un dedón starrio y beodo en santa paz, y a la mierda el agua salada. El bisnes era joroschó, la ganancia era segura, la tela en el bolsillo no faltaba, y él tenía la golosa justa para inspirar respeto. El resto lo había hecho el ojo bizco, porque con uno bueno era suficiente para videar lo que había que videar, unas cuchilladas mezclando rasgos y expresión, la mueca torcida y los cuatro subos que le quedaban en la rota, picados y afilados como los de un tiburón muerto. Había sido el dueño.

Otros tiempos. Luego la edad starria, lerda, achacosa, y jodida había machacado huesos y tripas, obligando a Fred a trabajar para un patrón, un málchico mierdoso y grasño que conocía desde que era malenco y se llamaba James, ahora Dread Jack. Tenía una panda de drugos infames, fulleros y zanguangos. Todo el día piteando ginebra y llenándose la faltriquera y los pantalones con dengos fruto de tajos, humillaciones y rapiñas.

Terminaba un año de mierda, empezaba otro, aunque al final nunca cambiaba nada, y si cambiaba era para peor, esto pensaba Ojosolo. Por eso allí la beodera era ya de tamañas proporciones: los drugos de panda de Jack munchaban, magreaban y piteaban ginebra, piteaban, magreaban y gargajeban con sus rotas inmundas. Las furcias, pese al frío infame como

faca, vestían corpiños de piel, casi todas sin llevar nada debajo, con las rucas y la espalda desnudas, los grudos bien a la vista, y faldas amplias para proteger el oficio. Las furcias pasaban de una mesa a otra, con la ginebra y las mercancías bamboleantes; con cada magreo, un cricho agudo y grosero, pero después smecaban, smecaban muy fuerte cuando uno de los grasñosos de Dread les hundía la jeta dentro de los grudos. En fin, Ojosolo, detrás del mostrador, no hacía más que servir ginebra y videar las carnes, más o menos frescas.

Dread Jack se repantingaba en un banco apoyado contra una pared, recibiendo atenciones de Betty, llamada «la Comilona», y también de Ellie, que no tenía un brazo, pero a cambio la naturaleza le había regalado dos grudos impresionantes. Otros drugos de panda estaban sentados alrededor, zanguangos y finchados y guarranosos como correspondía a todo dedón de ínfimo rango. Y venga eructos de ogro, gargajos y blasfemias.

La cosa se puso interesante cuando de pronto la rota de Tom, llamado «Trompeta», soltó un estertor como un oso herido. Trompeta Tom, el topista de la panda, estaba en una mesa apartada pasándoselo en grande con Mary «la Culona» hacía ya largo rato. Que sí que no, ginebra, calentón y demás demases, el crobo que le corría por las venas se había subido todo a la sesera y Trompeta, después de ese bufido, había levantado la falda por encima de la cabeza de la Culona, le había metido el haba y se la poleaba por detrás.

Pues bien, esta cosa, después de unas guarranadas como comentario al principio, había traído un raro tipo de calma: las mujeres ya no crichaban, alguna se smecaban muy divertida, pero por lo bajo, y los dedones videaban absortos como en el teatro o las funciones de la calle. Mary gemía muy grosera debajo de la falda, Trompeta bufaba y jadeaba como un verdadero ogro. Ojosolo, detrás del mostrador, estaba ya muy caliente, y había comenzado a sobarse la entrepierna. Rediós, qué desgracia la edad starria cuando ya nadie te desarruga el haba. Y entonces, justo en medio del espectáculo, gracias a la calma chicha que había caído en la taberna, de repente, Ojosolo empezó a slusar una golosa fuerte y estentórea. Venía de la oscuridad de la calle. Fred aguzó los ucos, el único interesado en la cosa a pesar del calentón:

Como un halcón temerario
llega el indio al escenario

El sonido de las golosas se acercaba.

y con el arco y las flechas
a la escoria deja maltrecha.

Fred slusó un chumchum de pasos rápidos y luego videó que la puerta se abría de par en par y aparecía un dedón con una jeta exaltada más que increíble, que llevaba una cresta de loco en vez de cabello y una medialuna tatuada en la frente, mientras exclamaba con la mismísima golosa:

Pero es con el hacha
que el Emperador te escacha.

Ojosolo solo tuvo tiempo para emboscar la jeta debajo del mostrador, porque aquel dedón loco había arrojado el arma hacia delante, haciendo puntería en la barriga de un tonel a las espaldas de Fred. Siguió un cricho salvaje, como un grito de batalla, y detrás de él empezaron a entrar málchicos pintarrajeados con garrotes y facas y auténticos arcos y flechas listos para usar. Para la panda de Dread Jack la sorpresa fue de órdago, y la trifulca que se armó de dimensiones épicas, si bien en una sola dirección. Los málchicos metían garrotazos sin parar en jetas y rotas, mientras el Emperador de la medialuna avanzaba a zancadas para recuperar el hacha incrustada en medio del tonel y se subía de pie en el mostrador, justo donde estaba la cabeza emboscada de Ojosolo. Llegado allí, finchado y triunfante, se puso a videar la escena con dicha mayor. Trompeta Tom, el haba aún por fuera, había recibido al inicio un flechazo en esas partes, y aullaba y ladraba como un perro; las furcias, Culona más que las otras, crichaban como águilas y se arrinconaban en zonas menos batidas por mandobles, tortas y garrotazos; los drugos de panda de Jack, beodos y mosqueados, habían intentado echar la ruca a las facas, pero los dedones locos se les lanzaron encima al instante y habían reducido jetas y rotas a máscaras deformes, con crobo que chorreaba por todas partes y subos, incluso buenos, que salían volando como gargajos. Una derrota.

Fue entonces que, desde su pedestal, Crestón clamó a los presentes acoquinados y machacados con grandes aspavientos del hacha y una golosa melosa:

—Señoras, señores, por favor, prestad atención. Yo, Taw Waw Eben Zan Kaladar II, emperador de la nación mohock londinense, declaro de forma oficial abierto el año mohock. Desde ahora, por tanto, os encontráis todos bajo mi benigna y ecuánime autoridad, respetando la cual, solo puede reportaros beneficios y una vida larga y libre de fatigas. Hemos venido a informaros, para que no tengáis que mostrar sorpresa por algunos, ejem… cambios que desde hoy mismo mejorarán la existencia en nuestro vecindario.

Dread Jack, que se había aplastado contra la pared con tres furcias que hacían de escudo, dio unos pasos al descubierto, una faca bien larga desenvainada en una ruca. Todo enrojecido en la jeta, rugió con la golosa ronca y encabronada:

—¿Y quién diablos eres tú, grasño mierdoso que vienes a soltar guanarradas en casa ajena sin ningún respeto? Ven abajo, que te vuelvo el culo del revés como un par de pantalones.

—Lo sabía, aquí está el gran Dreeead —dijo el Emperador.

Mientras lo decía, se bajó de un salto y clavó el hacha en la sesera de Jack, que se desplomó todo espatarrado. Después de algunos crichos de mujeres, cayó el silencio en toda la taberna. Hasta los drugos del dedón calvorota que se las daba de Emperador parecían sorprendidos y asustados. Crestón II lanzó una patada a las tripas de Jack, que la palmó en medio del lago de crobo donde estaba. Luego se puso a caballo y con un golpe seco lo escalpó. Todos videaban acoquinados. Aquel agitó en alto el pellejo de Jack:

—Señoras, señores. Desde hoy trabajan para mí. Esto es todo. Feliz año nuevo. —Dio un par de golpes con la ruca abierta en el mostrador y añadió —: Viejo, ya puedes salir, hay que atender a los clientes. Nosotros nos vamos.

Se dirigió a los drugos de panda, y con pasos rápidos, uno tras otro, salieron como habían entrado.

Ojosolo Fred, mientras asomaba cauto la jeta por encima del mostrador, se encontró pensando que tal vez sí, esta vez el año nuevo iba a ser diferente.

Un año indio.

10

Extracto del *Daily Courant* del 5 de enero de 1776:

SOBRE LOS CRIMINALES DISFRAZADOS DE INDIOS QUE VUELVEN A IMPERAR EN LAS CALLES DE LONDRES

En el último número del año recién pasado, publicamos la carta de un caballero de Mayfair, que relataba la feroz agresión y asalto por él sufridos de manos de presuntos indios mohocks. Desde entonces, numerosos lectores nos han escrito poniendo en duda la autenticidad de la carta, o al menos, los hechos en ella descritos. Humildes servidores de la Verdad, hemos rastreado al autor, hemos verificado las distintas circunstancias y estábamos a punto de publicar una ardorosa defensa de su honestidad, cuando ha llegado a nuestra sede de Grub Street una noticia que, por sí sola, vale más que cien defensas.

El primero de enero pasado, poco después de la medianoche, una cuadrilla de indios ha hecho irrupción en la Taberna Ojosolo de Tottenham Court Road, devastando el local a golpe de hacha y flechas, hiriendo a varias personas y por último matando, con el salvaje ritual del escalpado, a un tal James HOTBURN, de treinta y un años, residente en Soho. El tabernero y algunas mujeres presentes ya han prestado testimonio de lo ocurrido ante los jueces de Old Bailey.

Inútil es decir que los protagonistas de estos sucesos no pueden ser los mismos indios que actualmente se encuentran de visita en nuestra capital. El pensamiento ha ido enseguida hacia el tristemente célebre MOHOCK CLUB, que los londinenses aún rememoran con horror y que nosotros, en atención a los lectores más jóvenes o desmemoriados,

recordaremos aquí con unas pocas líneas.
En la primavera de 1712, dos años después de la visita del rey Hendrick a la reina Ana, un grupo de canallas que había tomado el nombre de Mohock Club, comenzaron a infestar la noche de Londres en busca de viandantes para molestarles, con métodos de una rara crueldad. Entre ellos:

> Encerrar a la víctima dentro de un tonel y echarle a rodar por Snow Hill;
> Perforar las mejillas de los desventurados con anzuelos para luego arrastrarles por doquier con un sedal;
> Tumbar carruajes sobre cúmulos de inmundicia; cortar manos y narices;
> Aplastar la nariz de alguien y sacarle los ojos con los dedos (el denominado suplicio del León);
> Obligar a la víctima a hacer cabriolas y piruetas, agitando una espada en medio de sus piernas (suplicio del Maestro de baile);
> Poner cabeza abajo a las damas y cometer indecencias en sus piernas así expuestas (suplicio del Acróbata).

Parece que detrás de la mascarada se ocultaban algunos vastagos de la nobleza de la ciudad en busca de distracciones.
Hoy se puede creer que más bien se trata de peligrosos maleantes.

Panifex

11

Pieles de naranja y tabaco mascado hostigaban el patio como castigos divinos. Criados y lacayos, agachados en los palcos, ocupaban los asientos para sus señores. En la galería, bastones de paseo y abanicos astillaban la balaustrada. Algunos invocaban a los actores, otros a los príncipes indios. Las dos facciones se intercambiaban salivazos. La orquesta arrancó con una melodía solemne, gritos y destrozos se convirtieron en canto. El texto hablaba de la carne asada de la vieja Inglaterra, y de sus muchas ventajas sobre el ragú de los franceses. Joseph cruzó la mirada con Philip sin decir nada.

Warwick abrió paso hasta el banco central de la primera fila, como un guía indio en un sendero invadido por zarzas. Apartaba los obstáculos con método y sin vacilaciones. Un saludo a la derecha, un pellizco a la izquierda, el bastón apuntado hacia delante y la barriga justo detrás. Cuando los invitados estuvieron sentados, el conde tomó asiento al lado de Joseph.

—Los nobles de Londres piensan que las mejores plazas de un teatro son las de los palcos. Cuestan más que las otras, por tanto, tienen que ser mejores. Si todos los niveles tuvieran el mismo precio, ninguno de ellos sabría dónde sentarse. Tendrían que elegir, ponderar, exponerse al error. No la calidad de los objetos, sino el sueño de la razón es lo que hace nacer el lujo.

Dicho esto, llevó su mano derecha al pecho y entonó la última estrofa de la canción. La música se repitió en los compases finales, cubierta por los silbidos de quienes reclamaban que se alzara el telón. Un proyectil anaranjado rozó la mejilla de Warwick y se estrelló contra el parapeto que protegía a los actores y músicos de las intemperancias de la multitud.

—La primera fila en el centro es lo mejor en absoluto —susurró Warwick como si le dictase a Joseph su última voluntad—. La escena está de frente, muy cerca, y los lanzamientos de frutas pocas veces llegan hasta aquí. En los palcos, para seguir bien la acción es preciso asomarse, y los que están en lo alto solo esperan eso para volcar una bacinilla con agua, o algo peor.

Tras este comentario, los bastidores empezaron a oscilar y el aplauso del público de Drury Lane acompañó al telón. El corifeo era un hombre alto, vestido con una larga túnica de terciopelo y un gorro de punta caída. La voz estentórea superó la confusión que se transformaba en murmullo.

—En la hermosa Verona, donde colocamos nuestra escena, dos familias de igual nobleza, arrastradas por antiguos odios, se entregan a nuevas turbulencias, en que la sangre patricia mancha las patricias manos. De la raza fatal de estos dos enemigos vino al mundo, con hado funesto, una pareja amante, cuya infeliz, lastimosa ruina llevara también a la tumba las disensiones de sus parientes. El terrible episodio de su fatídico amor…

Un grito grosero cayó de lo alto al patio.

—¡Eh! ¡Esos son los príncipes indios!

Filas de cuellos comenzaron a torcerse en todas las direcciones. El murmullo volvió a elevarse, las miradas pasaron de abajo arriba y luego de nuevo abajo, a la búsqueda del origen de tanto asombro, hasta que Joseph y Philip fueron identificados. Ambos no se atrevían a mover ni un solo músculo: la atención de esa gente se asemejaba a una amenaza. Lord Warwick contuvo una risita complacida.

—¡Los indios! ¡Por Júpiter, los indios!

—¡Que los muestren!

—Veo tan solo la cabeza.

—¡Queremos ver sus caras!

—¡Muestren a los indios!

El corifeo comenzó a bracear y levantó más la voz:

—Señoras, señores, les ruego, estamos aquí por *Romeo y Julieta*.

—Ellos están todos los días. ¡Queremos a los indios! Un par de manzanas impactaron contra la primera voz del coro, que se vio obligado a refugiarse detrás de los bastidores.

Lord Warwick se puso de pie y golpeó con fuerza el bastón en el suelo.

—¡Señores, por favor!

Una hortaliza volante rozó su peluca y le convenció de volver a

sentarse. Miró a Joseph y se encogió de hombros.

—Es el precio de la fama —dijo divertido, pero la expresión de su rostro cambió cuando se dio cuenta de que una banda de energúmenos había bajado al patio e intentaba abrirse paso.

—Si no nos muestran a los indios, bajamos a verles —gritaba el más exaltado, y en tanto tiraba estocadas con un bastón de paseo.

Pocos pasos más adelante, un oficial de uniforme rojo desenvainó la espada. Alguien gritó:

—¡Los guardias! ¡Los guardias!

Un enano con una peluca desproporcionada se subió a un banco, sacó una hoja del bolsillo del chaleco y se puso a leer con fervor, la voz forzada en falsete al término de cada frase.

—Es el *Riot Act* —explicó Warwick, mientras fingía que quería proteger a Philip y en realidad lo usaba como escudo—. Aquí en Inglaterra, la libertad del individuo nos es tan cara que los guardias no pueden cargar contra la multitud si no hacen una advertencia previa leyendo estas líneas.

Un hombre mayor vestido con elegancia entró a grandes pasos en el escenario. Se plantó justo en el centro de la tarima y abrió los brazos, las palmas abiertas.

Mientras los espectadores le reconocían, las voces se fueron apagando.

Warwick inclinó la cabeza hacia Joseph.

—El empresario, David Garrick. Es el actor más famoso de Londres. Se ha retirado de la escena, pero aún es una autoridad.

Logrado algo de silencio, el hombre sonrió al patio.

—Parece que hoy el Bardo ha encontrado pan para sus dientes. Decid pues, ¿qué os retiene en los miasmas de Londres, en vez de transportaros a la etérea Verona?

Un par de voces respondieron desde las últimas filas.

—Queremos ver a los indios.

—Sí, Garrick, mira, están allí en primera fila.

David Garrick distinguió en el patio a dos caballeros de piel cobriza. Con gestos sinuosos de histrión, se los señaló a todos.

—Les invito, entonces, a acercarse hasta este proscenio, puesto que hoy el maestro Shakespeare debe inclinarse ante quienes le han robado la escena.

Lord Warwick rozó el codo de Joseph.

—No queda más que subir, Alteza, y pensar que los próximos peldaños

serán los del palacio de Saint James.

Joseph miró de nuevo a Philip. No iría solo. El otro asintió a regañadientes y se levantaron. En el más absoluto silencio llegaron hasta Garrick, que los acogió con una elegante reverencia y, con un gesto leve, les invitó a tomar la palabra.

Joseph observó aquella marea de caras curiosas y sintió una rara incomodidad. Había hablado muchas veces en la asamblea de su gente. Había participado en consejos y reuniones. Pero siempre se había sentado en círculo, entre iguales. Nunca se había visto solo frente a —o mejor, contra— tanta gente desconocida. Cuanto más pensaba en ello, más aumentaba la incomodidad.

El conde de Warwick, con índice y medio, mimó a un hombrecillo que subía unas escaleras.

—¡Que digan algo!

—¡En inglés!

—No, ¡en su idioma!

—¡Los tatuajes! ¡Queremos verlos!

—¡Que bailen una danza de guerra!

Un espectador se asomó por la balaustrada para golpear su bastón en la cabeza de alguien que estaba debajo y agitaba los brazos. Este se dio cuenta, paró el golpe y lo devolvió. El otro respondió. Los vecinos se entusiasmaron con el duelo, y algunos ya proponían apostar sobre si el hombre en lo alto caería abajo o bien no.

Naranjas y tabaco volvieron a volar. Los ojos de Warwick se tornaron suplicantes. Joseph encontró las palabras.

—Hermanos de Londres —dijo, luego esperó que el silencio se adueñara de nuevo del Teatro Real y repitió otra vez—. Hermanos de Londres, muchos de ustedes se preguntan qué es lo que ha impulsado a Thayendanega, «une dos bastones», y a su hermano Ronaterihonte, «es fiel», mensajeros del Pueblo de la Piedra y de la Casa Larga de las Seis Naciones, a cruzar el océano para llegar hasta aquí. Unos dicen que es la disputa entre las colonias americanas e Inglaterra. Otros sostienen que estamos aquí para pedir ayuda al Rey contra los que roban nuestras tierras. Todo ello es verdad, pero eso no disminuye la curiosidad y admiración que sentimos por su ciudad, grande y magnífica, llena de cosas que los americanos pueden solo imaginar. Una curiosidad mayor la sentimos solo por William Shakespeare, y en particular, por *Romeo y Julieta*. Si las

relaciones entre hombres y mujeres, aquí en Inglaterra, son como Shakespeare las describe, nos preguntamos cómo es posible que Londres tenga un millón de habitantes. Si nuestro pueblo adoptara el mismo tipo de cortejo, desaparecería en unas pocas estaciones.

Aplausos. El público reía, silbaba, lanzaba al aire fuegos artificiales de pieles de naranja.

Los dos indios se dirigieron hacia la escalerilla. Los espectadores se acallaron con el extraño silencio de quien no sabe qué cosa esperarse. El corifeo miró a Garrick con aire desconcertado. ¿Tenía que abandonar la escena y reclamar el telón, o seguir donde lo había dejado? Pero después de una elegante reverencia al público, el Gran Garrick se retiró. La primera voz del coro se quedó rígido en medio del escenario, sin saber qué hacer.

Joseph Brant estaba bajando por la escalerilla para regresar al patio. Detrás de él, Philip advirtió las dificultades del corifeo. Se acercó y murmuró:

—El terrible episodio de su fatídico amor…

En la primera fila, algunas bocas volvieron a abrirse. Sin darse espacio para la sorpresa, el corifeo recomenzó:

—El terrible episodio de su fatídico amor, la persistencia del encono de sus allegados al que solo es capaz de poner término la extinción de su descendencia, va a ser durante las siguientes dos horas el asunto de nuestra representación. Si nos prestáis atento oído, lo que falte aquí tratará de suplirlo nuestro esfuerzo.

En el patio, sin poder contener la emoción, el conde de Warwick se agitaba en el banco. Estrechaba manos a la derecha, a la izquierda y también detrás, luego abrazaba a Joseph, para cerciorarse de que fuera real, de carne y hueso.

—Esta ciudad no será la misma cuando ustedes se hayan marchado —dijo al fin con melancolía—. Diré más, no será el mismo ni siquiera Shakespeare. —Adoptó un tono suplicante y prosiguió—: Deben prometer que no dejarán Londres antes del verano. Tienen que prometerlo o haré todo lo que esté en mi poder para aplazar la audiencia con el rey Jorge.

Joseph lo prometió, luego clavó los ojos en el escenario con aire arrobado y el conde, las manos recogidas sobre el puño del bastón, se esforzó para callarse hasta el final de la escena.

En uno de los palcos centrales, un grupo de caballeros fingía prestar atención a la obra. Las voces eran susurros, los rostros en sombras. Los trajes elegantes de estilo sobrio denotaban la pertenencia a la clase de los financieros de la City. Estaban sentados en hilera, pero era evidente que uno de ellos era el centro de gravedad del grupo. Las cabezas de los otros, apenas inclinadas, convergían en su figura, y los comentarios murmurados iban todos en su dirección.

—Ese bufón de Warwick pretende vendernos incluso a los indios. La próxima vez les tocará a los caníbales de África.

De una cajita de plata, el hombre pellizcó una pizca de tabaco y la aspiró, luego se limpió la nariz con un pañuelo bordado.

—Los periódicos no hablan de otra cosa —comentó la sombra a su lado.

—¿De veras esperan poner de moda a los salvajes? —comentó un tercero en tono desdeñoso.

—Quieren hacernos tragar la idea de que la Corona pone en manos de estos primitivos la defensa de sus propios intereses en América —añadió aquel que aún no había hablado.

El hombre en el centro de la fila esnifó otra vez el polvo amarillo, luego cerró la cajita y la guardó en su bolsillo echando una mirada distraída hacia abajo. En el escenario estaba en curso el duelo entre Mercucio y Tebaldo, con golpes secos de espadas de madera. Algunos entre el público gritaban su apoyo, como si no se supiera ya quién habría de ganar.

—El problema, querido Cavendish —continuó el hombre en el centro sin dejar de mirar abajo—, es que los intereses de la Corona difieren cada vez más de los nuestros. Cada día que pasa, este conflicto con los coloniales nos cuesta miles de esterlinas. La mitad de nuestros contactos comerciales se perdieron. Los puertos americanos se cierran, las mercancías son requisadas o arrojadas al mar. El ejército tenía que restablecer el orden en pocas semanas, y ya han pasado más de seis meses.

—Tendrían que haber hecho caso a Burke. En toda la Cámara es el único con algo de sentido común, había previsto todas las cosas.

—A pesar de su estima por él, señor Pole, el gobierno tiene una opinión muy distinta.

—Quizá tal vez tendríamos que cambiar de gobierno.

—No antes de que haya perdido la guerra —sentenció el caballero sentado en el medio.

—¿En verdad cree que nuestro ejército puede ser derrotado?

—Yo no sé nada de asuntos militares, señores. Con seguridad no puede ser derrotado el progreso. Estamos haciendo una guerra para garantizar que la Compañía de Indias pueda agotar en América sus existencias de té. ¿No se dan cuenta de que así no se venderá siquiera una onza? Es más, me han dicho que, para protestar, los americanos han tomado la costumbre de beber café. Esto sucede cuando se fuerza la mano del mercado. Cuántas veces le he dicho al ministro de Comercio que el mercado tiene que ser libre, libre, por Dios. Demanda y oferta, demanda y oferta. Todos los blasones del mundo no bastan para ser un buen contable.

—¿Han sabido que por fin el señor Adam Smith se decidió a dar a la imprenta sus teorías?

—Gracias a Dios, ya no pareceré un predicador en el desierto. Ese es un verdadero hombre de ciencia.

—Tenemos que financiar la distribución del texto en Londres.

—Cientos, miles de ejemplares.

El hombre señaló la cabeza de Warwick, en la primera fila.

—¿Y mientras tanto seguir aguantando a estos viejos parásitos? Alguien debería fastidiarles los planes.

Los susurros fueron cubiertos por el clamor del público ante la muerte de Mercucio. Cuando el griterío cesó, el hombre sentado en el centro volvió a hablar.

—Traen aquí a un par de indios bien educados, que conocen a Shakespeare, y pretenden que todos piquemos el señuelo. Ridículo.

—Indecente —añadió la sombra sentada a la derecha.

—Vergonzoso —comentó la de la izquierda.

—Penoso —concluyó el último personaje, después de un instante de duda.

El hombre del centro se levantó.

—Hoy los actores son flojos. El viejo Garrick podría cubrir todos los roles y hacer un mejor papel.

—¿También a Julieta? —bromeó uno de los otros.

—Claro. Tal vez el mismo Shakespeare la haya encarnado.

—Tiempos duros —rió el otro.

—No peores que estos —rebatió serio el caballero—. Nuestros compatriotas americanos piden libertad de comercio y el gobierno no encuentra nada mejor que fraternizar con cortadores de cabelleras. El

mundo al revés.

Las sombras se deslizaron fuera, dejando el palco vacío, como una boca negra abierta frente al escenario.

12

Tía Nancy continuaba diciendo que contuviera la respiración. Cuando Esther obedecía, una criada robusta tiraba de los cordones del corsé, comprimía las costillas y atrapaba el aire dentro de la caja torácica. Esther creía morir, pero su pequeño cuerpo conseguía defender un espacio, lo suficiente para sobrevivir.

—Ya está —concluyó la criada con una sonrisa ceñuda.

La volvieron hacia un espejo apoyado en el muro. Esther miró a la dama en miniatura frente a ella. El peinado rozaba el borde superior del marco, adornado con hilos dorados, cintas de terciopelo, lazos de puntillas. Los cabellos estaban en alto sobre la cabeza, como ramas de una planta en una espaldera, y caían en bucles perfectos. A duras penas reconocía su propia cara. Una capa de cerusa le daba aspecto plano, uniforme, una muñeca de porcelana. Resaltaban los labios bermellón y la sombra en los ojos. La falda rozaba el suelo, tres capas de telas con cuerpo, y por debajo bragas largas hasta la rodilla y calcetines de seda. Se preguntó cómo haría para orinar. A causa del corsé los respiros eran cortos y frecuentes, acelerados por las palpitaciones, debidas al pánico de encontrarse encerrada allí dentro.

Tía Nancy le había explicado que tenía que dar buena imagen. Ya era una señorita, y la ocasión mundana requería un esfuerzo. ¿Lo haría por su padre? No quería darle un disgusto, ¿verdad? No, Esther no quería. Tía Nancy dijo que en lo alto del cielo su madre estaría orgullosa de ella, viéndola tan hermosa. ¿Hermosa? Esther miró de nuevo el espejo. No estaba tan segura.

Intentó caminar, se sintió torpe y lenta. Así vestida nunca hubiera podido correr, ni aligerar el paso, mucho menos esconderse donde no

pudieran encontrarla. Solo podía dar vueltas sobre sí misma, como la miniatura de la cajita de música que le había regalado su padre el día anterior, una mujercilla pequeñita que acompañaba el ritmo en una peana de madera.

Esther se volvió hacia sus hermanas, sentadas en una esquina. La observaban atónitas, como se mira a una persona que se marcha de repente. Esther comprendió que se estaban separando, sin embargo no sintió pena. Así tenía que ser. Tenía que convertirse en una señora, aprender a dar vueltas sobre sí. Podía hacerlo. Usar la coraza que le habían ceñido en torno y seguir el juego. Volvió a mirar la superficie brillante del espejo y se dedicó una sonrisa. Desde el mundo al revés, aquel ser pálido torció una mueca fría.

En el carruaje la hicieron sentarse al lado de su padre. Frente a ellos, lord Warwick apoyaba el trasero en el borde del asiento y las manos en el puño del bastón. Junto a él, Joseph Brant le dirigió una sonrisa vaga.

Esther observaba las ruedas de otros carruajes que pasaban veloces. Salpicaban de fango las ropas de los viandantes y los tenderetes de los vendedores.

Llegaron a un puente animado por el ir y venir de hombres y cosas. Había visto un termitero destrozado por los leñadores, una vez. Apartó de inmediato ese pensamiento y respiró hondo para contener un conato de vómito. Tal vez era el vaivén del coche, o tal vez las termitas que corrían por la cabeza.

La voz de su padre le llegó atenuada por los ruidos del exterior y los del coche.

—Lord Germain es proclive a sostener nuestra causa. Ha respondido a mi carta con premura, pidiendo que pusiera por escrito las cuestiones en suspenso.

—Esta es una buena noticia —comentó el conde—, Germain es el ministro de las Colonias más insidioso que jamás hayamos tenido, pero es la única persona que puede resolver sus problemas.

La atención de Esther fue atraída por una pandilla de chiquillos que había capturado y atado un perro, y lo empalaba con un espetón de asar. Los aullidos eran desgarradores. En tanto, otros habían atado a tres gatos por la cola y los hacían girar en un ovillo de uñas, soplidos y maullidos. Se

estremeció, mientras el coche seguía adelante. Luego la carroza redujo la velocidad y se encontró mirando a un señor gordo en un palanquín, que cuatro criados portaban a buena distancia de las aguas de la calle. La gran cabeza asomaba fuera del habitáculo y gritaba una serie de injurias hacia otro palanquín, que provenía de la dirección opuesta. De pronto, el hombre paró de gritar, vio a la chiquilla y la miró con desagrado. Ella se volvió de nuevo hacia el interior.

Su padre y el conde no dejaban de hablar.

—¿Cree que sucederá pronto? —intervino Joseph Brant.

—Claro. La presencia en la ciudad de Su Alteza Joseph Brant está causando la sensación que corresponde. En el fondo, es el príncipe de Canajoharie. No pueden dejarle haciendo antesala por mucho tiempo.

El indio miró el bastón de paseo que tenía entre sus rodillas sacudiendo la cabeza.

—Yo soy un jefe guerrero. Es un título ganado en el campo. Mis orígenes no son nobles, lord Warwick.

—Como los de cualquier otro —dijo el conde—. No es Dios quien asigna los títulos nobiliarios, sino la fuerza. —Acomodó un mechón de la peluca fuera de sitio—. Mirándolo bien, el origen de la nobleza inglesa no es otro que la violación.

Esther sintió que su padre se agitaba en el asiento. Las náuseas estaban pasando, pero tuvo que reclinar la cabeza en el respaldo y respirar hondo. Poco entendía de lo que decían los mayores, pero podía percibir sus estados de ánimo. El conde hablaba con aire aburrido, como si todo fuera obvio.

—Mucho tiempo atrás, una horda de hirsutos guerreros franceses atravesó el Canal de la Mancha, conquistó estas tierras y ejerció el derecho de los vencedores sobre las mujeres de la isla. Luego repartió los títulos nobiliarios que aún hoy llevamos. —Warwick agitó con gracia una mano —. Y aquí estamos. Bastardos preocupados por cultivar los buenos modales para hacer olvidar nuestros orígenes.

—Los lores ingleses guían a los ejércitos en batalla —intervino Joseph Brant—. El valor y el coraje son la verdadera fuente de nobleza.

—¿Valor y coraje? Cualidades apreciadas por un pueblo como el suyo, que aún tiene en cuenta las antiguas virtudes. —Otro ligero gesto de la mano—. Pero mire hacia fuera. Yo no resistiría un día en estas calles, mucho menos una noche. Esta gente pasa ahí toda la vida. Más que coraje. Ladrones, miserables y mercaderes sobreviven a todo y por doquier. Como

los ratones. —A Esther le daba vueltas la cabeza. Imágenes y palabras sonaban vagas y algodonadas, el rostro de Warwick parecía deforme, el de Joseph Brant tenía rasgos animalescos—. Es la raza del hambre insaciable, que devora cualquier cosa. ¿Piensa que el valor y el coraje cambiarán el curso de los acontecimientos? Son conceptos buenos para las alegorías de los pintores, a quienes pedimos retratos en armadura y uniforme de gala. Una patética tentativa para apartar el pensamiento de que pronto esta gente roerá nuestros huesos.

Su padre habló desde una gran distancia:

—Sin embargo, milord, no puede negar que la aristocracia cultiva una cierta forma de excelencia.

—De hecho, he pensado mucho sobre lo que quiere decir ser aristocrático. —Esther vio que el conde sacaba una petaca de metal de la chaqueta, destornillaba el tapón y se la ofrecía a los demás—. ¿Gustan cordial?

Ambos rechazaron y Warwick bebió un trago abundante, para luego volver a hablar con el mismo tono.

—He llegado a la conclusión de que significa tener a alguien dispuesto a cargar con las culpas en nuestro lugar. Para comprobar esta teoría, el otro día me tiré un sonoro cuesco en el salón, en presencia de tres de mis criados. Bien, no solo fingieron no haber oído nada, sino que cuando acusé con vehemencia a uno de ellos, no dijo ni una palabra y se ha dejado infligir un castigo con el aire más contrito del mundo. Pues eso, ser aristocráticos significa actuar con plena impunidad, a pesar de las evidencias. —El conde levantó de nuevo la petaca—. Viva el rey Jorge.

Bebió un segundo trago.

—Viva —respondieron los otros dos sin entusiasmo.

13

Los carruajes redujeron la velocidad, los caballos marchaban al paso. La entrada de los jardines de Vauxhall era escenográfica, columnas jónicas se elevaban soportando una suerte de pérgola. Philip advirtió con sorpresa que más allá de la verja la mirada podía ampliarse, aun cuando encauzada por setos y contenida por hileras de árboles dispuestos con arte. En algunos puntos el horizonte era visible, la campiña se abría. La mole cenicienta de la ciudad era un luchador que aflojaba la presión. Philip intentó llenar sus pulmones, pero el aire aún sabía a humo y carbón, a hedor humano y animal. Peter bajó del carruaje y estiró con sus manos la chaqueta.

La entrada costaba un chelín.

Esther caminaba delante de su padre. Respondía a las sonrisas con una sonrisa, se presentaba según las conveniencias cuando Warwick decidía que era el caso de detenerse, pero estaba concentrada en la pena física del corsé. A pesar de todo, todas las señoras parecían adaptarse. Algunas tenían la cintura tan estrecha que dos manos hubiesen podido ceñirla, pulgares e índices tocándose, pero parecían estar a gusto bajo la cerusa, las mejillas rojas, los lunares, los complicados peinados.

Esther hubiera querido taparse los oídos, las conversaciones eran aburridas, inútiles. Las personas que le eran presentadas también lo eran. Pensó que era una verdadera lástima que la confianza entre ella y Peter no se hubiera fortalecido en el transcurso del viaje. La condición de héroe y la compañía de los adultos le alejaban sin remedio.

En medio de la multitud, en los jardines de Vauxhall, Esther Johnson pensó otra vez en su madre.

La ausencia era más profunda que el océano que habían atravesado.

Su padre se detuvo: más presentaciones, más charlas. Descifró un puñado de palabras. «Canadá», «malditos *whigs*», «guiar a los indios»… Desde la tarima central de los jardines llegaba la música de una orquesta.

Todos parecían no hacer caso de ella. Esther retrocedió. Nadie se dio cuenta.

El Gran Diablo estaba cansado de multitud. Lanzó una mirada a Peter, absorto en la contemplación de los músicos. Decidió alejarse del grupo. Vauxhall parecía ser bastante grande para conceder soledad.

Un paso tras otro, Philip llegó a la vista de la Rotonda, un edificio circular de mole sólida.

El interior estaba iluminado por candeleras y espejos. Poca gente, dedicada a observar los frescos que decoraban las paredes. La música sonaba lejana.

Barcos. La mayor parte de las pinturas trataba de barcos. Los ingleses eran muy conscientes de ser grandes navegantes. Las escenas eran un relato ininterrumpido de una vocación. Una en particular le impactó: el pintor la había pintado en modo admirable, el cuidado por los detalles reflejaba personajes vívidos. Era una rendición. Un barco había sido abordado, la tripulación superviviente reunida a un lado de la cubierta. Al otro lado, los vencedores, armas apuntadas. Los rostros de los vencidos mostraban incertidumbre, terror. Su vida estaba en manos de un enemigo ebrio de victoria.

El hombre de los bosques observó cada detalle de la pintura.

La escena formaba parte de su experiencia. Se había encontrado en ambas situaciones: prisionero y cazador de hombres.

Se alejó de la pintura.

Junto a una estatua, una figura conocida.

Esther salió de las sombras.

Philip la miró sin proferir palabra. Advirtió la respiración entrecortada, la incomodidad que la chiquilla debía de sentir con las ropas que le habían impuesto. Tuvo una visión de sí mismo más joven, vestido de punta en blanco para las ceremonias religiosas.

No sabía bien cómo romper el silencio, pero algo le impulsó a hacerlo.

—Señorita Johnson. ¿Por qué no está con los demás?

Las palabras salieron forzadas. Philip las escuchó resonar como si provinieran de un lugar distante.

—Me aburría. No me dejaban sola ni un momento.

La voz de Esther era clara, aunque revelaba una cierta vergüenza.

Philip no recordaba que, a esa edad, la soledad representara un valor.

El silencio volvió a espesarse. Decidió que era tarea suya disiparlo una vez más.

—¿Ha visto los frescos?

Bajo la máscara de cerusa, Esther intentó sonreír.

—Barcos. Solo barcos. Como si no hubiéramos visto ya suficientes.

Philip asintió. Esther cambió su expresión de pronto y dio un par de pasos en dirección al indio. En voz baja prosiguió:

—¿No está cansado, señor Lacroix, de llevar estos trajes? ¿No le parece que todos se ven rígidos como marionetas?

La chiquilla había pronunciado las palabras deprisa, sin tomar aliento.

Philip la miró a los ojos.

—No son los trajes. Es el alma.

Esther pareció sorprendida, como si fuera la primera vez que un adulto le daba la razón.

—¿Cuándo volveremos a casa, señor Lacroix?

—No lo sé —respondió Philip—. Ahora salgamos de aquí.

Fuera, las notas de la orquesta apenas les rozaron.

14

Noche. Niebla. La campiña cercana a Vauxhall: nabos a la izquierda; cebollas a la derecha. Cinco espectros marchaban alineados al borde de una zanja. El primero de la fila esnifaba tabaco para quitar del cerebro los vapores. El segundo se esforzaba para mantener encendida la antorcha y blasfemaba a contraviento: las maldiciones hacían de pantalla. El tercero daba vueltas entre las manos a una barra. Cuarto y quinto estaban unidos uno al otro por una escalera de madera.

Una luz lejana se ahogaba en el aire húmedo. Los espectros parecían decididos a alcanzarla, pero el barro helado frenaba el paso, duro como piedra, series de hoyos y grietas. Las ramitas secas esparcidas en el suelo eran cuchillos y trampas de acero. Todo estaba rígido y afilado. También la niebla.

Llegados a una alta cerca, la marcha se detuvo. Las llamas de la antorcha danzaron en los rostros. Una cicatriz, una nariz enrojecida, un incisivo faltante. Por detrás de los palos plantados en el suelo, risas groseras que no parecían humanas.

—Mieeerda, Dave. ¡Eres el gemelo copiado del dedón este de aquí!

La admiración del ogro era sincera. Con un ojo estudiaba los arreglos indios del amigote, con el otro, la imagen de un salvaje en un viejo almanaque. El Emperador se esforzaba para encuadrar la cabeza en un trozo de espejo clavado en una caja.

—Gemelo *bastardo* —precisó el rubio. Se acercó al ogro y señaló el retrato del indígena emplumado—. Estas son de águila, no de gallina.

—Gallina tu madre. —El Emperador se giró de golpe: si le hubieran

dicho furcia, a su madre, no se lo hubiera tomado tan a pecho—. Gallo de Turquía, así se llama. Pavo real americano.

—¿Turquía? ¿Qué coño pinta Turquía?

—América, India, Turquía… Es la misma guarrura —comentó el más delgado con gesto asqueado.

El Emperador se dio unas palmadas en la frente, un poco más abajo de las plumas de pavo.

—Esta de aquí es una medialuna turca, mira tú, y ¿sabes quién me la ha hecho?

—Sí, Dave —asintió el ogro con aire compungido.

—Las chorradas son importantes —sentenció el Emperador—. Os digo que es el alma del comercio. Un dedón grandioso resalta por ellas.

—Exacto. —El rubio era el único que podía permitirse tanta insistencia —. Rebuscando bien, la plumería de águila te la agenciabas, en algún antro. En cambio no, nos traes al estercolero de Vauxhall para desplumar a dos pollos. Serán muy americanos, pero eso es peor. A lo mejor llevar encima esa plumería quiere decir algo, en salvaje. A lo mejor quiere decir «soy un cabrón», y tú, para hacerte el americano, te vas delante del príncipe de los mohawks con el letrero «soy un cabrón» en la jeta.

—Me la trae floja como una muerta fría, el príncipe indio.

—¿Te la trae floja? ¡Pero si le has escrito un testamento que lame el culo!

—¡Rediós, Neil, tú, que has estudiado! La carta no es para el príncipe, es para el *Courant*.

—¿No es para el príncipe? —se asombró el cariacuchillado.

—No, malditos beodos. Dársela al príncipe es todo teatro, para que los panfilotes echen el ojo. Los panfilotes videan, charlotean, y les entra el cague. Los gacetilleros charlotean, imprimen, llenan las gasettas. Los málchicos se cagan, las furcias van calientes, los súbditos rabotan. El Emperador y sus drugos apalean dengos sin guarranarse.

Gritos excitados acogieron la parrafada del jefe. El rubio también pareció dejar de lado las dudas para unirse al coro. El Emperador sacó el palillo y se apuñaló una encía.

—Ahora, a emperifollarse —ordenó—. Estáis a punto de convertiros en los salvajes más grandiosos de Londres.

15

Una alborotada multitud adornaba con pelucas, sombreros y peinados las anchas aceras de Pall Mall. Para contenerla, como una larga faja escarlata, brazos y fusiles de la Guardia Real, reforzados aquí y allá por los cascos de la Caballería. Dos hileras de pueblo se extendían por más de media milla, de la entrada septentrional del Palacio hasta el cruce con Hay Market.

Algunos bien informados juraban que los indios no aparecerían, y que la noticia, difundida en todos los ambientes y amplificada por las gacetas, carecía de fundamento. Aun así, repartían codazos para conseguir la mejor vista.

Otros sostenían que un hermano, un primo, un amigo, había gozado del privilegio de ver de cerca a los salvajes y aseguraba que no eran nada del otro mundo, que los dos se asemejaban a un señorón cualquiera de Islington ataviado para la celebración dominical. Aun así, hacía horas que esperaban para controlar en persona.

Alguien se mofaba de todos, pobres estúpidos, porque esperaban en el sitio equivocado, cuando estaba claro que los príncipes canadienses llegarían por el parque de Saint James. Intentaba convencer a un par de desconocidos para que fueran con él, que eso era seguro, no podía ser de otro modo. Aun así, no quería saber nada de ir allí solo. Si el pobre estúpido era él, quería a alguien a su lado para compartir la desgracia.

De pronto, comenzó a levantarse un murmullo, primero asombrado, luego excitado, y luego cada vez más fuerte, agudo y penetrante, hasta que los «Aaah» y los «Oooh» se tornaron en algo comprensible, un terremoto de «Ya llegan», «Son ellos», «Allí están».

Un carruaje de gran lujo avanzaba con solemnidad desde el fondo de Pall Mall. Los soldados apenas podían contener la inmensa turba de

cuerpos y voces.

En ese momento, detrás de un grupillo de damas que reclamaba a grandes voces al príncipe de los indios, aparecieron otros salvajes.

—¡Dejen pasar! Tenemos una carta para Su Alteza —gritaba el guía emplumado, con intención de entrar en la multitud y llegar hasta la carroza.

Las señoras le abrieron paso, porque uno vestido de esa forma podía ser un mensajero del príncipe, y colarse detrás de él era tal vez la vía más rápida para alcanzar las primeras filas.

—Debe de ser gente del séquito, criados, lacayos —dijo alguien.

Otro rebatió que uno de los salvajes vivía en su mismo barrio, a dos pasos de su casa.

—¡Para ya! ¿No ves que tiene la piel roja? ¿Tu vecino es piel roja?

Otros más hicieron notar que al menos dos indios parecían borrachos.

—¿Y se sorprende? En India beben sin control, todos lo saben. Peor que los escoceses.

Mientras tanto, los salvajes aprovechaban la confusión para llegar hasta casi la primera fila. Empezaron a empujar con vehemencia, de modo que los soldados atribuyeran los empellones a los de delante. Los guardias repartieron palos sobre cabezas inocentes. Los desafortunados primero intentaron justificarse señalando a sus espaldas, luego lograron echarse a un lado. Guardias y salvajes se encontraron cara a cara.

El príncipe Thayendanega, coronado con plumas, se asomó fuera de la carroza para controlar lo que estaba ocurriendo. El mensajero de los salvajes comprendió que no tendría otra ocasión. Hizo señas a los suyos de levantarle, y con un salto se lanzó más allá de los soldados, el brazo extendido y la carta en mano. El príncipe, sin pensar, la cogió.

—De parte de los indios de Londres —gritó el mensajero.

El indio londinense sintió que los guardias le pillaban y le echaban al suelo. Retorciéndose como una serpiente se quitó el abrigo que llevaba como un capote. Eludió el agarrón, se levantó con una pirueta, se prendió de la carroza y trepó con la velocidad de un ratón. Subido sobre la caja, bajo la mirada atónita del cochero, con las ropas desgarradas y la cresta revuelta como un nido, abrió los brazos y la boca en una sonrisa alucinada.

—Dios salve al Rey —chilló—. ¡Poder mohock!

Con un grito salvaje se lanzó hacia abajo, en posición de crucificado, para aterrizar en los brazos tendidos de los amigotes. Ellos, apiñados en medio de la turba, no encontraron sitio para bajarle. Le mantuvieron en

alto, como el cadáver de un mártir expuesto a la multitud, y con golpes de caderas, rodillas y pies abrieron un hueco hacia la salvación. No tan ancho como para acoger a todos.

Una hora más tarde, mientras los embajadores de los mohawks entraban en el palacio St. James recibidos con todos los honores, dos indios de Londres entraban en Newgate con grilletes en las muñecas.

16

El conde de Warwick tomó asiento en un sillón de ébano y cuero, junto al secretario de Estado, y estudió la situación.

Jorge III, la reina Carlota y nueve príncipes. Buena señal. La presencia de los hijos significaba curiosidad. La curiosidad generaba preguntas. Las preguntas generaban puntos.

Su Majestad parecía de buen humor. Los rizos que enmarcaban el rostro estaban modelados a la perfección. Jorge III no usaba pelucas. Según se decía, por miedo a que el calentamiento del cráneo pudiera dañarle el cerebro. En obsequio a la moda, se hacía peinar y empolvar la cabellera como si fuera un postizo. Una operación que le impacientaba, a menudo hasta el punto de tener que suspenderlo, con resultados trágicos en términos de peinado.

La Reina, ya cercana al parto, había escogido un vestido rosado, amplio, con muchos encajes. Sus cabellos estaban recogidos sobre la cabeza, sin adornos. Gestos y postura indicaban que una hora antes, mirándose al espejo, Carlota no había quedado desilusionada.

El aspecto de los principitos contaba poco, hasta era difícil distinguirles con precisión. Excepto los cuatro adolescentes, niños y niñas eran todos iguales.

En ese momento, la puerta del salón se abrió de par en par y el maestro de ceremonias dio inicio al encuentro.

—El coronel Guy Johnson —anunció—, superintendente del Departamento de Asuntos Indios de las colonias septentrionales.

El jefe de la delegación apareció en la puerta. Allí hizo la primera inclinación, la segunda en el centro de la sala, la tercera en el destino, rozando con sus labios el anillo de Su Majestad y la mano de la Reina.

Un andar que no era de bailarín, ligera incertidumbre en los últimos pasos, pero en definitiva una presentación aceptable, que no manifestaba emociones, aunque acusaba la inexperiencia.

Detrás de él, no mucho más agraciados, avanzaron los otros cuatro. Daniel Claus, el peor en absoluto. Desgarbado, torpe, alemán. Para su fortuna, la familia real también era de aquellas landas y no tenía gran tradición en materia de elegancia. De los dos indios, el más vistoso era el príncipe Thayendanega: manto de seda roja, penacho de plumas de águila, cintos de conchas, collar de uñas de oso. Philip Lacroix, mucho más sobrio en su aspecto, no llevaba nada de indio. El muchacho, Peter Johnson, llevaba un traje hecho por el mejor sastre de Londres.

En el rostro del Rey, ninguna expresión particular.

La Reina entornó un poco los párpados.

Los mocosos no perdieron la compostura.

—Altezas Reales —dijo el recién llegado—, antes de presentar ante Sus Majestades a los hombres que tienen el honor de acompañarme, permítanme corregir lo que acaba de anunciar el maestro de ceremonias.

Warwick hizo una mueca de disgusto. No era ese el discurso que habían ensayado. El maestro de ceremonias era un hombre susceptible. Había que dejarle en paz.

—No es mi costumbre arrogarme títulos que no me corresponden —prosiguió Johnson—, y no quisiera que, a causa de un banal error, pase yo por un impostor frente a Su Majestad. El cargo de superintendente de Asuntos Indios me ha sido confiado por mi antecesor, sir William Johnson, y por los jefes de las Seis Naciones Iroquesas, pero aún no ha recibido la confirmación del sello real. El único título del que puedo presumir es, por tanto, el de coronel de la Milicia de Nueva York.

Una jugada arriesgada, pensó Warwick. Había sido el mismo Johnson quien se había presentado al maestro de ceremonias como superintendente. Había provocado el error solo para corregirlo, y poner la mosca del nombramiento detrás de la oreja del Rey.

Ahora el maestro de ceremonias podría tomarse venganza. Era los ojos y oídos de Londres dentro del palacio. Podía hacer circular rumores, sembrar dudas sobre la puntuación, aunque por regla general las actas del secretario de Estado eran contundentes. Un punto por cada sonrisa del Rey, dos por los comentarios, tres por las preguntas. Las frases superficiales valían cero, las interrupciones impacientes menos dos. Una audiencia

exitosa tenía que sumar por lo menos ocho puntos. Las apuestas sobre los resultados fascinaban a la buena sociedad tanto como los caballos.

El Rey levantó una ceja e hizo gesto de proseguir.

La Reina se abanicó.

Uno de los mocosos fue llevado a mear.

Guy Johnson terminó el discurso, se hizo a un lado y con un amplio ademán del brazo señaló al rey Jorge la delegación americana.

Le tocaba al alemán. Dio un paso hacia delante, mientras el superintendente lo presentaba con voz estentórea. Warwick se mordió el labio. Claus tenía el aspecto pálido y fatigado típico del onanista. Ojos, nariz y boca parecían estar comprimidos dentro de una caja muy pequeña.

Cuando se inclinó para besar el anillo del Rey, pareció que hacía la evaluación de la piedra. Dijo el discurso acordado, muy breve, para no ofender los oídos reales con esa pronunciación desgraciada.

La Reina cerró el abanico de repente y preguntó a Claus de qué región alemana era su familia.

Milagros del acento teutón y de la nostalgia de Su Majestad por el hedor a coles y salchichas. Sin siquiera encender el cerebro, Daniel Claus había marcado un punto y medio. Por desgracia las reacciones de la Reina valían la mitad respecto a las del rey Jorge, que en cambio había permanecido impasible, los ojos de sapo apuntados al centro de la sala.

Warwick cruzó los dedos bajo la barbilla. Era el turno del campeón, el plato fuerte, el hombre que podía cambiarle la cara al encuentro y conseguir los siete puntos que faltaban.

Johnson le presentó de forma sencilla, un pésimo inicio. Nada de «Su Alteza», nada de «príncipe». Solo «jefe Joseph Brant Thayendanega», y punto.

El indio avanzó, Apolo del Nuevo Mundo, emblema en carne y hueso de virilidad y fuerza serena. Inclinó el torso frente al Rey, besó la mano de la Reina, retrocedió.

Warwick no pudo evitar cubrirse la boca con las manos. El príncipe, el campeón americano, había olvidado el anillo del Rey. Una tarde entera ensayando la ceremonia con el maestro de baile y luego un error banal echaba a perder todo el trabajo.

Antes de abandonarse al desconsuelo, el conde estudió la expresión de Jorge III, la gestualidad del rostro que representaba el Imperio.

No había señales de irritación. Los labios relajados, la tez clara, sin

enrojecimientos, las manos apoyadas en el regazo.

Miró al secretario de Estado. Escribía el acta con el habitual escrúpulo.

Prestó atención al discurso del príncipe. Fiel al guión previsto, se había quitado uno de los cintos de su hombro y lo sostenía en alto con ambas manos.

El cinto, estaba explicando, representaba la alianza de las Seis Naciones con la Corona de Inglaterra. Las Seis Naciones estaban dispuestas a combatir contra los enemigos del Padre Inglés, pero antes de hacerlo querían asegurarse de que el Padre Inglés estuviera dispuesto a combatir contra los enemigos de las Seis Naciones. De hecho, las alianzas o son recíprocas o no lo son.

Fue el énfasis en el adjetivo «recíprocas» lo que aclaró a Warwick todo lo ocurrido. Recordaba bien que el príncipe se había informado con gran detalle sobre el significado de cada reverencia.

El beso del anillo era el homenaje que se exigía a los súbditos. Los ministros extranjeros se limitaban a una inclinación. Hablar de alianza y hacer un gesto de sumisión hubiera sido contradictorio. El príncipe había evitado el dilema. No había ninguna puntuación prevista para una genialidad semejante, pero poco importaba. Todo Londres hablaría de ello.

Persiguiendo fantasías de gloria, Warwick no escuchó la pregunta de la Reina.

El príncipe respondió que su nombre indio significaba «une dos bastones», o más bien, «hace dos apuestas».

Con la palabra «apuestas», los ojos de Warwick volaron hacia el rey Jorge. Su Majestad tenía debilidad por los caballos. Los labios reales temblaron un poco. Warwick prefirió no mirar.

—¿Y cuál sería su doble apuesta, jefe Brant?

Warwick mantuvo los párpados entreabiertos.

—Apuesto por las Seis Naciones, Majestad, y por la Corona de Inglaterra.

A través de las pestañas, el conde vio que el Rey le concedía una sonrisa, que era la sonrisa de millones de ingleses. El Imperio británico sonreía al príncipe Thayendanega.

Cinco puntos y medio, siete en total. Ya casi estaba. Otra sonrisa del Rey, un comentario de la Reina. Nada imposible, pero toda una hazaña para el muchacho, al que ahora le tocaba intervenir. Warwick esperó que estuviera a la altura de su tío.

—Peter Warren Johnson, hijo natural del difunto sir William Johnson de Johnson Hall.

El muchacho dio un paso hacia delante, bastante seguro. Se prodigó en inclinaciones y besos, incluido el anillo de Su Majestad. Con gesto lento y teatral, desenvainó una espada y fue a depositarla a los pies del rey Jorge. La espada era la de Ethan Allen. El muchacho explicó que el jefe de los rebeldes se la había entregado en persona, y ahora él se la entregaba a Su Majestad, como señal tangible y auspicio de gloria de la alianza, etcétera, etcétera.

Se oyeron rumores en la zona de los mocosos, luego el más grande se acercó a su madre y le susurró algo en el oído. La Reina se aclaró la voz:

—El príncipe Jorge Augusto desea saber cómo fue realizada la captura de ese famoso bandido.

Warwick exultó: una pregunta hecha por la Reina. Un punto y medio, el Paraíso.

El muchacho hizo un relato fascinante. Ni demasiado largo, ni demasiado breve. El rey Jorge asentía complacido. Acabada la historia, continuó meciendo la cabeza ensimismado, como si acunara un pensamiento. Luego se detuvo y, por segunda vez, entreabrió los labios.

Se congratuló con el muchacho, alabó su valor y por algunos minutos se perdió en un monólogo sobre aquella virtud tan preciosa. A Warwick le costaba seguir el hilo del razonamiento. El Rey hablaba con una extraña entonación que le hacía parecer muy emocionado, a punto de llorar. Hacía pausas incorrectas entre una palabra y otra, dejaba las frases en suspenso después de las conjunciones. La vox pópuli decía que era un modo de disimular el tartamudeo, pero los más informados afirmaban que detrás había algo más. El Rey tenía problemas de nervios, era hipersensible, en realidad tenía que contener el sollozo.

Llanto o no, la larga digresión terminó con una pregunta.

—Dígame, señor Johnson, ¿qué razón le impulsa a considerar tan sólida e invencible la alianza entre la Corona de Inglaterra y las Seis Naciones iroquesas?

El muchacho era una revelación. En cuanto pudiera, tenía que encontrar la forma de premiarle. Warwick había perdido la cuenta exacta de los puntos, por lo menos diez. Una audiencia así le posicionaría entre los favoritos de Su Majestad, superando en la clasificación a figurones como Carmarthen y Windelmere.

—No sabría decirle, Majestad —dijo el pequeño fenómeno—. Ningún pez, por ejemplo, podría decir por qué el mar es mejor que la tierra firme. Ese es su mundo, y él no puede desconocerlo ni explicarlo. Y así es para mí la alianza entre Inglaterra y las Seis Naciones. Soy un súbdito de Su Majestad, como lo era mi padre; y soy un mohawk del clan del Lobo, el clan de mi madre y de mi tío Joseph Brant.

El rey Jorge sonrió con franqueza, luego se levantó, un gesto inédito, nunca visto. Cogió la espada de Ethan Allen y se la devolvió a Peter Johnson.

—No es nuestra intención ofenderle, señor Johnson, restituyéndole un regalo, sino que quisiéramos que usted conserve la espada que ha conquistado. Solo prometa que volverá a traerla cuando lleve en el pecho las insignias de general.

Ahora era Warwick quien contenía las lágrimas. Debía de tener fiebre, las palabras de Su Majestad sonaban como de otro planeta. Siguió el resto de la ceremonia casi hipnotizado: las inclinaciones, los saludos, los agradecimientos. Se despidió haciendo zalamerías de muñeco mecánico y fue el último en cruzar la puerta.

El mundo de las audiencias ya no sería el mismo.

17

Los torreones surgían imponentes del foso que rodeaba las murallas. El edificio central, rodeado por torretas claras, se recortaba sobre un cielo plúmbeo. Fuerza y elegancia se unían. A comparación, el castillo de Quebec era poca cosa. Solo en los libros ilustrados había visto uno parecido. Peter se llenaba los ojos con cada detalle, quería grabarlo en su mente, para reconstruir aquel edificio majestuoso piedra por piedra cuando estuviera lejos de allí, describirlo desde todos los ángulos, observarlo cada vez que hubiera querido.

La Torre de Londres, donde se encarcelaba a los enemigos del Rey, los traidores y los conspiradores. Quizá Ethan Allen también estaba encarcelado en los calabozos del castillo.

Padre, si pudieras verme, pensó Peter. Primero, ante Su Majestad. Ahora, en un lugar salido de los cuentos que me contabas cuando era niño, la morada de soberanos y caballeros.

Pensó también en su madre, en lo orgullosa que se sentiría sabiéndole allí, en la carroza de un aristócrata inglés que le acompañaba en la visita a la Torre.

La carroza recorría el perímetro de la fortaleza y lord Warwick señalaba a Peter los detalles del edificio. El conde lo trataba con confianza sin ser indiscreto. Cuando llegaron a la altura de la explanada lateral, admiraron el conjunto de uniformes rojos y estandartes. Había sido Peter quien expresó el deseo de ver el cambio de la Guardia Real y Warwick le había consentido de buena gana. Era la recompensa por su extraordinaria exhibición delante del Rey.

La geometría perfecta de la formación, los movimientos sincronizados, ni un paso en falso. Los soldados marchaban como si fueran una sola cosa,

era una referencia directa al orden que sostenía al Imperio. Peter sonrió, pensando en el tropel de harapientos al que se había enfrentado en los bosques canadienses. Frente a esa maravillosa consistencia, el Goliat americano era un gnomo. Observó toda la maniobra por la ventanilla y pensó que esos soldados de uniforme escarlata no darían respiro a los rebeldes. Era suficiente que el rey Jorge los mandara a América y la rebelión acabaría muy pronto.

Mientras las unidades regresaban al cuartel, el conde le señaló a Peter el sitio de las decapitaciones. «El rincón del verdugo», lo definió con una risita para sí, pero enseguida su rostro se entristeció e hizo una reflexión amarga sobre el hecho de que cualquiera podía acabar con la cabeza apoyada en el tocón, incluso reyes y reinas. Tocó madera con un gesto teatral y siguió hablando en tono persuasivo, enumerando los nombres de personajes famosos que en ese lugar habían recibido los servicios del verdugo. Peter no reconoció ninguno, pero la visión de cabezas que rodaban a sus pies le hizo estremecerse.

La carroza redujo la velocidad hasta detenerse y ambos bajaron para caminar por el paseo en la orilla frente a la fortaleza. El viento agitó el foulard del conde. Warwick se lo colocó por debajo de las solapas de la chaqueta. Peter pensó que el abultamiento en el pecho lo hacía parecer un gallito arrogante. Incluso su andar era el de un emplumado: el conde apoyaba los pies con cuidado, observando el suelo. Se dio cuenta de que el muchacho le miraba y sonrió, pronunciando las sílabas con elegancia: «Coprofobia». Pidió disculpas a su joven amigo. Dijo que los excrementos y aguas negras eran su pesadilla: pisar algo no deseado, primero lo pondría nervioso, luego triste.

De cerca, murallas y torreones eran aún más imponentes. En los pináculos ondeaban estandartes. Un ligero toque del conde hizo volver los ojos de Peter al suelo.

A poca distancia, detrás de un corrillo de curiosos y una hilera de barrotes, dormía un gran animal.

La casa de fieras real contaba con varias bestias. El león de la Torre era el más famoso. Esto dijo el conde mientras abría un hueco para sí y para el muchacho con ligeros toques de bastón.

No era más que un enorme gato, pensó Peter. Mechones despeluchados, movidos por el viento, asomaban en la cabeza. La lengua colgaba de las fauces apenas entreabiertas. Apestaba de una forma repugnante. Si no

hubiera sido por el ligero movimiento de la cola, Peter hubiera creído que estaba muerto.

Warwick giró el bastón, trazando un círculo en el aire en dirección a los genitales del animal que pendían flojos.

—Fíjese, le ruego, en el diámetro testicular —dijo. Sacudió la cabeza.

—Qué desperdicio, ¿verdad?

Peter hizo notar que no parecía ser muy feroz.

El conde dijo que vivía en la Torre desde hacía mucho tiempo y había olvidado el instinto del predador. Asumió un tono triste, melancólico.

—He aquí el emblema de Inglaterra, el león que ruge en los blasones y estandartes del reino.

Como si le hubiera oído, el animal levantó la cabeza y enseñó sus fauces con un bostezo bestial. La gente se echó hacia atrás con gritos de espanto. Peter también retrocedió. No el conde, que en cambio se inclinó hacia los barrotes emitiendo un grito desganado, parecido a un rugido. El felino no le hizo el menor caso. El conde se quedó contemplando la bestia apoyado en su bastón, la cabeza reclinada sobre el hombro.

Peter le preguntó en voz baja qué estaba mirando.

—Un ser cansado de vivir —respondió Warwick, sombrío.

Se sonó la nariz con gran estruendo, luego le pidió al muchacho que le acompañara, lejos de allí, fijándose bien dónde ponía los pies.

Caminaron por largo rato sin cruzar palabra. Hasta que el conde miró su reloj y con un repentino cambio de humor dijo que tenían una cita.

No podía dejar de mirarla. Era perfecta. Más que el cambio de la Guardia Real, más que el castillo. Sin embargo, tenía que haber salido de allí, de la casa de las hadas y las princesas. Debía de haber una habitación, en la torre más alta, donde custodiaban a ese ser encantado. Era joven. Sonrisa leve, que le causaba un ligero apretón en la boca del estómago. El la miraba, consciente de su falta de educación. Ojos, boca, rizos, cuello cándido. Perfume. Aroma que Peter no podía reconocer. No existía ese olor en América.

El conde estaba alegre, hablaba sin prisa y sin pausas, un flujo de palabras arrullaba el estupor de Peter ante la criatura que estaba sentada con ellos en el carruaje.

—Es fácil decir héroe, querido muchacho. Después de todo, ¿qué es el

heroísmo? La luz de la buena estrella que ilumina nuestra virtud personal. —El conde esnifó tabaco, acompañándolo con un trago de licor de la petaca—. Héroes hay en cada guerra y en cada esquina de la calle, con o sin suerte, ricos y felices o abrazados a una botella de ginebra. Pero un hombre, ah, un hombre. Poder hallar a uno en esta Gomorra de seducción y latrocinio, pederastia y decadencia, carcomida por los ratones como los huesos de una vieja fiera. En estos tiempos el hombre es raro, hay que buscarlo con una lámpara, como hacía un tal Diógenes.

A Peter le costaba seguir el razonamiento, perdido en los ojos de la joven. Al conde no le importaba, escuchaba sus propias palabras, extasiado consigo mismo.

—Usted, querido muchacho, viene de un mundo joven y fuerte. En ustedes corre sangre rojo bermellón, y no la mezcla azulina que atasca nuestras venas. Yo tengo el honor… no, no, no se protejan… yo tengo el honor de servirle como mentor y cicerone en esta marcial jornada. Ah, el hombre nuevo, que aún no ha forjado la propia virtud viril. Guerrero, soldado del Rey, espartiata gallardo aun cuando casto. Lo que falta para su perfección, permítame concedérselo como obsequio, o si prefiere como un recuerdo de mí mismo. Un toque personal, porque allí donde hay algo para el conde de Warwick, a mayor razón tiene que haber algo para un noble hombre.

Peter no entendía. Vio que el conde golpeaba con su bastón el techo del carruaje. El cochero detuvo a los caballos.

—Yo me bajo aquí —anunció lord Warwick.

Besó la mano de la joven, le encomendó a su invitado, dedicó una reverencia a Peter y con un único movimiento sinuoso se colocó sobre el estribo. Antes de bajar, inspeccionó el suelo que tenía debajo.

Peter apenas tuvo tiempo para darse cuenta, el carruaje ya partía de nuevo. Se encontró solo y mudo, en el habitáculo, en compañía de la muchacha. Sentía que hubiera tenido que decir algo, pero su mente estaba vacía y no podía quitar sus ojos de los suyos.

Luego el hada le rozó una mano y con delicadeza la llevó a su regazo.

18

Las carcasas peladas de un faisán y diez perdices yacían sobre una bandeja de plata, en el centro de la mesa circular. Había algo de siniestro en el conjunto de las sobras: la disposición ordenada de los huesos en el plato sugería una lúcida brutalidad. La cabeza del emplumado más grande estaba orientada en dirección sudeste, como si añorara un rumbo migratorio hacia mejor suerte. Los otros esqueletos esperaban inertes su inhumación en las fauces de los gatos, en la parte trasera del club.

El camarero levantó la bandeja y apartó de la vista de los comensales los macabros restos de la cena. Luego regresó de la cocina con una botella de oporto, que los invitados no dejaron que les fuera servido, alejando al hombre con gesto resuelto. Comenzaron a llenar las copas por sí mismos, de forma generosa.

—Decía usted, señor Whitebread —dijo el caballero sentado al norte—, que el príncipe de los salvajes se ha negado a besar el anillo de Su Majestad.

Un hombre de aspecto joven, con peluca negra, se aclaró la voz.

—Tal vez es mejor decir, señor, que no lo hizo. Se limitó a besar la mano de la Reina.

—Y su pluma inmortalizará el momento en el Courant de mañana, supongo —rebatió el otro.

—No tanto para la posteridad —intervino el hombre sentado al oeste—, sino para avivar el cotilleo de Londres.

Rieron todos, incluso Whitebread, aunque tuvo que esforzarse para hacerlo. Nunca se sentía del todo cómodo entre los peces gordos de la City.

—Cuéntenos del discurso —apremió el hombre al este.

—¿Es verdad que ha amenazado al Rey? —preguntó el caballero al

sudoeste.

Whitebread sacudió la cabeza.

—No del todo. Ha dicho que entre los aliados la lealtad tiene que ser recíproca. —Echó una mirada a los rostros de los comensales, intentando percibir sus reacciones—. Y que las tribus indias combatirán con Inglaterra solo si el Rey les garantiza el respeto de sus confines.

El señor Norte llenó de nuevo su copa y pasó la botella.

—¿Y qué me dice de las refriegas, señor Whitebread? —Tenía un tono insinuante—. Da la impresión de que, desde que estos mohawks están en la ciudad, los ánimos se crispan con facilidad y las heces desbordan de los barrios bajos.

El periodista asintió.

—Un episodio muy particular. Parece que entre la multitud había agitadores disfrazados de indios. —Se detuvo, indeciso sobre si continuar, pero los ojos de todos estaban clavados en él y no podía echarse atrás—. Imagínense que a la sede del periódico ha sido enviada una carta. El remitente afirma que ha entregado una idéntica a los emisarios indios, el día de la audiencia. Su firma tiene el título de «Emperador de los mohocks de Londres».

Todos rieron de nuevo. Excepto el caballero al norte, aquel que parecía gozar de la mayor consideración por parte de los demás.

—¿Mohocks de Londres? ¿Indios de ciudad? —espetó incrédulo el señor Este.

—Ridículo —susurró Norte.

—Indecente —añadió Oeste.

—Vergonzoso —continuó Sudeste.

—Penoso —concluyó Sudoeste. Luego, guardando en su bolsillo el palillo de plata con el que se había mondado los dientes, agregó—: No me sorprende que los salvajes muestren solidaridad entre ellos. La escoria de Soho y los cortadores de cabelleras de los bosques, quiero decir. En el fondo, ¿qué es lo que los distingue?

—El dialecto —comentó distraído el señor Norte, antes de esnifar una pizca de tabaco. Rieron.

Whitebread levantó un poco la voz para estar seguro de que le entendieran.

—En la carta, los indios de Londres piden ser reconocidos como la séptima nación iroquesa.

Un ruido imprevisto apagó las carcajadas de los presentes. El señor Norte había quebrado el pie de la copa con la presión de sus dedos.

Todos se volvieron alarmados, pero Norte observaba distraído el pequeño corte en el pulgar. Dejó que una gota de sangre resbalara hasta la base del dedo, como si jugara con ella.

—Tiene usted toda la razón, señor Cavendish. La escoria es escoria, aunque anide en las tabernas hediondas del East End, en los andenes de Boston o en los bosques de Canadá. —Enseñó la palma abierta, donde la gota se había posado formando una pequeña mancha roja—. Y cuando la escoria se une, el Imperio sangra. Recuerden a ese tal Espartaco.

Miró a Whitebread, que se sintió invadido por una sensación de incomodidad y rigidez, como si la silla se hubiera convertido en mármol.

Los ojos del señor Norte eran rendijas. Solo dejaban escapar un resplandor azul. Los otros caballeros estaban pendientes de sus labios, atentos a captar su pensamiento, incluso tal vez tratar de anticiparlo.

—Visto que en la corte no se dan cuenta —dijo mirando al periodista—, alguien debería poner sobre aviso al público. Quizá nuestro amigo Panifex.

—Claro, señor Whitebread —intervino Este—. Usted debería publicar la carta de este Emperador de los indios de ciudad. Así la gente comprendería la gravedad de lo que está ocurriendo.

—¿Está bromeando, señor Pole? —espetó Whitebread, cada vez más incómodo en su silla—. ¿Dar espacio en el periódico a los desvarios de un loco?

—Dígame, señor Whitebread, ¿quién está más loco? —Era de nuevo Norte quien hablaba, el tono de voz calmo sonaba siniestro y amenazador a los oídos del periodista—. ¿Aquel que reclama una nación india en el corazón de Londres, o aquel que está dispuesto a jugarse el Imperio con tal de negar la libertad de comercio a las colonias?

Estaban de nuevo todos callados, mirando hacia el norte. El caballero se limpiaba la mano herida con una servilleta.

—El gobierno invita a estos indios —prosiguió—, y ahí los tiene, convertidos en favoritos de la multitud y de las bandas callejeras, que ahora incluso piden reconocimiento. Tenemos además a un presunto emperador que se ha atrevido a desafiar la autoridad legítima de la Corona, tal como ocurre en América. A lo mejor también quiere que le reciban en Saint James con todos los honores. O un escaño en el Parlamento.

Los comensales rieron complacientes.

—Las decisiones equivocadas se pagan —insistió—. Con la ruina política para los que gobiernan. En miles de esterlinas para aquellos que, como nosotros, señores, producen la riqueza de la nación.

—Bien dicho.

—Sabias palabras.

Whitebread fingió que miraba a Norte, pero en realidad observó el busardo ratonero embalsamado en el mueble a sus espaldas. El periodista recorrió la línea del pico afilado. Ojos de vidrio amarillo le contemplaban con voracidad.

—Refriegas, peleas, un par de jefecillos que saben leer y escribir —agregó el señor Norte con aparente indiferencia—. Así comenzó todo en Massachusetts.

—Sí, señor Whitebread, escriba de esto en el Courant —intervino el señor Sudeste, sin contener su entusiasmo—. Diga que estos malditos indios solo han traído problemas a la ciudad de Londres. Y que si no estamos atentos, la rebelión de las colonias podríamos tenerla en casa.

Mientras todos asentían, «Panifex», de nombre Richard Whitebread, esbozó una sonrisa de compromiso, sin encontrar nada para rebatir.

19

Del *Daily Courant* del 2 de marzo de 1776:

SOBRE LOS DESÓRDENES OCURRIDOS EN PALL MALL A MANOS DE LOS NOTORIOS INDIOS LONDINENSES

El pasado día 29, a las diez de la mañana, Su Majestad el rey Jorge III y la reina Carlota recibieron en el palacio de Saint James al coronel Guy Johnson, del Departamento Indio en las colonias americanas, al jefe de la nación mohawk, príncipe Joseph Brant Thayendanega, y a su secretario particular, el señor Philippe Lacroix.

La llegada a la corte de la delegación americana ha sido seguida por una gran multitud de londinenses, con las consecuencias que se suelen deducir cuando mucha gente se reúne en un solo lugar: hurtos, huesos magullados, heridas y desacatos. A todo esto agréguese el descontrol causado por una camarilla de saltimbanquis disfrazados de indios, que ni aun con la Guardia Real por delante ha querido abandonar el insensato propósito de acercarse al príncipe de los mohawks. Dos de ellos, ahora en presidio, están alojados en Newgate, a la espera de que jueces y testigos resuelvan dos importantes cuestiones. La primera: si estos falsos indios son los mismos que la última noche del año cortaron la cabellera a un tal James HOTBURN, conocido como Dreadjack, en la Taberna Ojosolo de Tottenham Court Road; y también los mismos que días atrás asaltaron el carruaje de un caballero de Mayfair, como descrito por la víctima en persona en una carta a nuestro periódico. Segunda: cuál ha sido el motivo de tanto empeño para llegar hasta los príncipes mohawks, si un acto de locura o más bien un plan preciso. De estos interrogantes depende la suerte de los

dos malhechores, id est, el manicomio Santa María de Bethlehem, o mejor, como esperamos, el cadalso de Tiburn.
Ahora bien, la razón que nos impulsa a pasar por alto los detalles de la recepción en la corte, detalles que hasta las piedras ya conocen de memoria, es que, salvo los directos interesados, solo nosotros, en toda Londres, tenemos una respuesta para ambas cuestiones. La respuesta es la carta que reproducimos a continuación, la misma que los indios de Londres habrían entregado al príncipe Thayendanega. Un desconocido ha dejado una copia en la sede de nuestro periódico, pocas horas después del fatídico encuentro.
Nos hemos interrogado mucho sobre la oportunidad de abrir estas páginas al delirio de un loco, secundando de este modo su perversión. Nos hemos respondido que, bajo la locura aparente, estas líneas esconden un plan lúcido. Y si con su difusión se hace el juego a quienes nos las han enviado, ocultarlas sería aún más grave, porque supondría negar a nuestros conciudadanos el único recurso que tienen ante semejantes ultrajes: estar en alerta, vigilar, conocer el día y la hora de la próxima visita del ladrón.

Al Príncipe de los Mohocks,
Su Alteza Joseph Brandt Teyandegea

Hermano:

Escribimos esta Carta conscientes de que los Ministros de la Corona —y sus amables Guardias— no nos permitirán hablar fácilmente con Usted en un encuentro franco y tranquilo, prefiriendo aburrirle con inútiles Recepciones, Espectáculos teatrales y Desafíos de espadachines.
Su Visita a las ciudades de Londres y Westminster es para nosotros motivo de inexplicable Orgullo y grandes Esperanzas. Orgullo, por los honores que la capital del Imperio rinde a un príncipe de sangre india; Esperanza, por la ocasión que Dios ha querido conceder a los Mohocks de las colonias y a los del Viejo Mundo de poder abrazarse y dar vida a una única nación poderosa.
Para ser sinceros, comencemos por decir que los Mohocks de

Londres —excepto quien Le escribe— no tenemos ni una gota de sangre india en nuestras venas, pero nos sentimos análogos de pies a cabeza. Los así llamados hombres de bien, de hecho, nos consideran salvajes y suelen atribuirnos las más crueles gamberradas, para luego recordarse de nosotros cuando necesitan carne de cañón para sus ejércitos. Tiempo atrás, nosotros también éramos un pueblo orgulloso y valiente, dedicado a la caza y la agricultura, que deseaba vivir en paz, pero los hombres de bien nos birlaron las tierras, y con ellas los bosques, árboles, animales y aguas, obligando a nuestros abuelos a vivir en barrios malsanos y a convertirse en sirvientes, soldados, mendigos o ladrones. Un destino que los ingleses de América quieren dar también a su pueblo y del cual les ponemos sobre aviso. Los mohocks de Londres, agobiados por siglos de privaciones y abusos, no tuvieron nunca la oportunidad de hacer pactos con un soberano. Pero tienen una ventaja respecto a los hermanos de América, que es la de vivir en el corazón del Imperio, a pocas manzanas de las moradas de Su Majestad, y de poder hacer oír su propia voz muy fuerte. Imagine que los Indios de las Colonias y los de la Madre Patria unen sus fuerzas en una gran nación. Entonces los mohocks de Londres serían recibidos por el Rey como embajadores, honor que viceversa nunca sería concedido; por otro lado, los mohocks americanos tendrían a alguien que los presentaría en la capital del Imperio sin necesidad de cruzar el océano de aquí para allá.

Por esto es que consideramos esta unión de gran conveniencia para todos y hacemos solicitud formal, hermano, para entrar a formar parte de su Confederación, como la Séptima Nación. Si un pacto de este tipo no fuese posible, hasta estamos dispuestos a hacer acto de sumisión a su autoridad, pidiendo a las Seis Naciones que nos consideraran como súbditos, o que nos adoptaran a la manera india, o al límite, que nos hicieran prisioneros. Todo con tal de ser mohock con justo título.

Así que si quieren hacernos el honor de aceptar nuestra invitación, les pedimos, hermano, que se incluyan estas condiciones en el pacto de alianza que cierren con Él:

Primera: que los indios de Londres y Westminster no tienen

obligación de servir en el ejército de Su Majestad, sino solo obedecer al jefe supremo de las Seis Naciones, Joseph Brandt Teyandegea y al Emperador Taw Waw Eben Zan Kaladar ll.
Segunda: que los territorios indios de la ciudad de Londres y Westminster, y también los suburbios de Southwark, sean considerados como Puerta Oriental de la Casa Larga, sometidos a la autoridad exclusiva del citado Joseph Brandt Teyandegea y del Emperador de los mohocks. Guardias, soldados y milicias de Su Majestad podrán acceder a estos territorios solo con autorización formal.
Tercera y última: que fuera de los territorios mencionados se garantiza a los indios de Londres y Westminster, el derecho de cacería, del ocaso al alba, en la orilla izquierda del Támesis, en los cotos comprendidos entre Hyde Park y Tower Hill.
Confiando en su entrega a la cosa común de los Indios de las Colonias y de la Madre Patria,

Somos, HERMANO,
sus súbditos y humildes servidores.

Taw Waw Eben Kaladar II
Emperador de los Mohocks de Londres y Westminster

Creemos que no hay mucho más que añadir sobre la identidad de los autores de esta carta. Se trata, con seguridad, de los notorios Mohocks de Soho, que la gente de Londres ya ha renombrado como SOHOCK. El título de Emperador, por otra parte inapropiado para una nación india, es en realidad el mismo que aparece en los testimonios del caballero de Mayfair y del tabernero del Ojosolo. Solo por esto, los dos detenidos del otro día tendrían que permanecer en el Albergue Real de Newgate, a la espera de una justa condena. Pero además, una carta de esta índole constituye de por sí un delito grave porque, con el artificio retórico de ser indios por analogía, se acaba agitando de forma evidente a una vasta categoría de individuos.
Estamos seguros de que el príncipe Thayendanega está muy lejos de considerar con simpatía los desvarios de estos sohock, sin embargo, no podemos dejar de notar que su presencia ha desatado en la peor

escoria de esta ciudad un peligroso ánimo de desquite.
No cabe duda de que las Seis Naciones son un aliado valioso de Su Majestad imperial. Su valor militar es indiscutible, solo hay que leer los informes de aquellos franceses que tuvieron la mala suerte de combatir contra les iroquois. No obstante, recibirles en la corte con gran pompa, presentarles como el fiel de una delicada balanza y dedicarles Espectáculos y Festejos, da lugar a que muchos piensen que se merecen atenciones similares. «Pero ¿cómo? —se pregunta sorprendido un mozo de carnicería—. ¿Es posible que el rey Jorge considere a los salvajes más importantes que a sus propios súbditos? ¿Por qué mi fusil no puede servir a la causa de Inglaterra mejor que las flechas de los primitivos? Y entonces, ¿por qué no me reciben a mí también en el Palacio de Saint James, donde además nunca me permitiría humillar a Su Alteza, negándole la debida reverencia?» Estos son los comentarios que se escuchan en las calles de Saint Giles y Whitechapel, en Soho y en el Garden. Aun cuando enrevesados y poco razonables, estos nos ponen sobre aviso. ¿No será que, por complacer a un aliado, por más que sean importantes, los ministros de la Corona están corriendo el riesgo de echar a perder la alianza entre el Rey y su pueblo?

Este es un peligro que se debería evaluar con mayor atención.

Panifex

20

Joseph le pasó el periódico con un gesto rápido, como si temiera ser espiado por alguien.

—Mira esto.

Philip observó a su compañero. Parecía asombrado. Cogió las páginas de la gaceta y comenzó a leer. Joseph miró más allá de la barandilla. La cúpula de Saint Paul se elevaba por encima de los tejados de la City. Era el edificio más grande que jamás hubiera visto. Sus ojos siempre la buscaban, su majestuosidad era una confirmación.

El pequeño transbordador remontaba el Támesis en medio de un tráfico similar al de las calles. Joseph y Philip habían seguido el consejo de un camarero del Cisne. El único modo de ver Londres de forma tranquila, había dicho. No necesitaron esforzarse para comprender que el patrón y piloto del bajel era pariente suyo pero, dejando de lado los olores que salían del río, les había dado un buen consejo.

El agua chapoteaba contra los costados. De las orillas llegaban ecos lejanos.

Por fin, Philip rompió el silencio.

—Esta gente cree que eres un rey.

—Lo mismo le ocurrió a Hendrick.

Philip hizo un gesto con la mano.

—No es solo eso. Hay personas, aquí, que quieren ponerse bajo tu autoridad, la de las Seis Naciones.

—Solo son locos.

—Tú sabes lo que piensa nuestra gente: a menudo el Dueño de la Vida habla por boca de los locos. Lo que hemos visto de esta ciudad es lo que nos han mostrado.

Las palabras resonaron en el aire. Philip devolvió el Daily Courant. Gaviotas se acercaron al barco emitiendo largos chillidos.

Philip miró el río que corría plácido y las naves atracadas en los muelles, mecidas por la corriente.

Joseph sentía la fatiga de los últimos días. Todo había sido una sucesión de recepciones, visitas, entrevistas. Habló con voz ronca.

—He aceptado este papel para abrir las puertas del Rey. He conseguido su respeto, el compromiso de defendernos. Lo demás no importa.

Philip empezó a cargar la pipa en silencio.

—Cuando regresemos llegará el momento de las decisiones —continuó Joseph—. La Casa Larga debe decidir qué bandera izará. Alguien tiene que convencer a los guerreros. ¿Puede hacerlo Pequeño Abraham? ¿Shononses? ¿Cualquier otro *sachem*?

—No —respondió Philip.

—Yo soy Joseph Brant Thayendanega del clan del Lobo, pariente de sir William Johnson, intérprete del Departamento Indio, amigo del Rey de Inglaterra y favorito de la gente de Londres. ¿Hay alguien en la Casa Larga que pueda presumir de títulos más válidos? —Sacudió la cabeza.

Esperó la respuesta de Philip, que no llegó.

El bajel se desplazaba lento en la luz de la tarde. Los rayos del sol se reflejaban en el agua, cegando a quien miraba a occidente.

21

Rechinar de ruedas con aros sobre guijarros y placas de granito, crujido de ejes en baches y canales de desagüe. Herraduras de caballo sobre el empedrado. Gritos de cocheros, voces de vendedores, llantos de niños. Violines desafinados, canciones borrachas. Letanías de pordioseros, rosarios recitados con lamentos incesantes, cubiletes y calderilla agitados: el aire hería el olfato y el oído, pero la vista también tenía que superar una prueba. Cuerpos de fealdad miserable, cubiertos de andrajos, haciendo movimientos con la cabeza y el tronco, regulares como un péndulo, gestos que servían para mantenerse calientes más que para conseguir la piedad del prójimo. Castañeteo de dientes, maldiciones, peleas por una botella. Muchedumbres enjutas, limosna concedida más por temor que por compasión. Parecían deambular como larvas inquietas, a la buena ventura. Por las ventanas, manos distraídas echaban restos. Mendigos reunidos en patéticas orquestinas cencerreaban y berreaban, ensayando pasos de baile. Los más afortunados defendían míseros dominios personales, como si una autoridad les hubiera concedido a perpetuidad un rincón de la calle, un trozo de losa. Fuera cual fuera la condición tocada en suerte, hombres y mujeres compartían el mismo colorido ceniciento, como si el cielo lechoso que se encontraba sobre sus cabezas se hubiera apoderado de la carne. Cada cual, pordiosero o cochero, sirviente o señor, parecía ocupado en una actividad de importancia vital. Pero solo se trataba de prolongar por tiempo indefinido la existencia: comer lo suficiente para no morir de hambre, beber lo suficiente para no pensar, abrigarse con los suficientes trapos para no morir.

Philip caminaba por Drury Lane, se dirigía al norte, donde acababa la ciudad. Por momentos volvían a su mente las frases de la carta escrita por

el jefe de los «indios» de Londres.

Los así llamados hombres de bien, de hecho, nos consideran salvajes y suelen atribuirnos las más crueles gamberradas, para luego recordarse de nosotros cuando necesitan carne de cañón para sus ejércitos…

Las calles hervían de todo tipo de personas. El vientre de la capital se mostraba sucio y vocinglero. Aire impregnado de polvo de carbón, cargado de heces humanas y animales. Había recorrido los primeros cien pasos con un pañuelo blanco sobre su nariz; poco después, con todo, había renunciado al velo protector, para no dar mucho en el ojo. Lo último que quería era llamar la atención: las miradas se clavaban en un extranjero que escondía parte de su rostro, la piel cobriza por el sol. Caminar sin pisar bostas de caballo, por otro lado, ya era toda una hazaña. Para qué hacerlo más difícil.

Tiempo atrás, nosotros también éramos un pueblo orgulloso y valiente… pero los hombres de bien nos quitaron las tierras, y con ellas los bosques, árboles, animales y aguas, obligando a nuestros abuelos a vivir en barrios malsanos y a convertirse en sirvientes… Un destino que los ingleses de América quieren dar también a su pueblo…

Llegar hasta el final de la metrópoli, luego a la campiña, la misma que había entrevisto en Vauxhall. Llenar los pulmones de aire fresco y dar gusto al cuerpo, puesto a prueba no solo por el humo y el olor, sino también por la comida y las bebidas.

Beber agua significaba tragar el flujo repugnante que corría por las cañerías subterráneas de madera de olmo, expuestas a todo tipo de basura, quizá también a lo que arrastraba el Támesis, líquido pútrido contaminado con la mugre de Londres y Westminster. Además de excrementos humanos, en esas aguas se vertían los ácidos, los minerales y los venenos de talleres y manufacturas. Por no hablar de los cadáveres de animales y hombres, y los desagües de tinas de baño, cocinas y aseos públicos. Philip, que detestaba la ebriedad, había tenido que acostumbrarse a la cerveza, el menos dañino de los líquidos que apagaba la sed de los londinenses. El

cuerpo comenzaba a hincharse y dolía.

Necesitaba respirar. Pasar un día solo, en los campos de las inmediaciones de Londres, tal vez preparar trampas, cazar un pájaro, dormir debajo de un árbol.

En el cruce con High Holbourn Street, unos chiquillos le rodearon. Quitándose los gorros y tendiendo sus manos, indicaron que estaban pidiendo limosna. Uno de ellos sacó un pequeño puñal, para convencer al extranjero de no ser avaro con la dádiva a los pobres. Philip les enseñó el enorme cuchillo de caza que tenía escondido bajo la chaqueta. Maldiciendo, la jauría de chiquillos rompió el cerco. El que parecía el jefe, un mocoso pelirrojo y desgreñado, le lanzó una mirada cargada de odio. La mirada de un animal malvado.

Cuando los chiquillos echaron a correr por Red Lyon Street, Philip pudo ver el rostro del jefe de la banda tal como era. Rasgos que se sumaban como presagio de un destino inminente, ojos sin esperanza, un final inútil como única certeza, la costumbre de sí mismo como único consuelo. El invierno no tendría piedad con él.

Más adelante, una familia de desesperados llevaba una caja de madera remachada sin cuidado. El hombre, de edad indefinible, lloraba. La mujer, esquelética y cubierta con una mantilla oscura, tenía una expresión anodina. Con la carga a cuestas, marchaban con pasos vacilantes. Detrás había un enjambre de niños semidesnudos. Un perro cojo daba tumbos sobre tres patas. A su paso, algunas almas pías se quitaban el sombrero, o le daban patadas al perro.

Era un cortejo fúnebre.

Philip deseó llegar pronto a la campiña. El viaje ya se hacía insoportable. El peso que le oprimía el pecho era compasión e indignación. Por lo que había leído y oído, en todos esos años, la ciudad no había parado de crecer, sedimento urbano del Imperio.

Un destino que los ingleses de América quieren dar también a su pueblo.

Mientras contemplaba la marcha del cortejo, Philip tuvo una visión: Londres extendida por todo el mundo. Un único enorme tumor, hecho de edificios y torres prominentes, barracas en ruinas, plazas pintorescas, fuentes y jardines, redes de callejones donde el sol nunca entraba. Un mundo edificado, puesto en obras, pavimentado, empedrado, apuntalado; un mundo en construcción, por capas, ruinoso, deteriorado; un mundo de

luz artificial y muchas sombras, salvación de pocos y condena para la mayoría: la noble ciudad de Londres y Westminster.

Orinó la última pinta contra un muro de ladrillos y reanudó la caminata, hasta que el paisaje de los suburbios cambió dejando paso a la campiña.

Philip llegó a la cima de una pendiente y miró a sus espaldas. Las últimas casas de Londres distaban media milla. La ciudad estaba cubierta por un manto plúmbeo. El hombre miró alrededor. En el aire había señales de primavera.

Decidió que había llegado el momento de cruzar por los campos.

—No, aquí no. Hay alguien aquí abajo, debajo de ese árbol.

El hombre había dejado en el suelo una pequeña caja de madera y se estaba pasando por la frente un pañuelo sucio.

—¿Qué puede importarles, mujer? Aquí está bien. Mira a los niños, están cansados. No comen desde ayer por la mañana. Y yo tampoco, si es por eso.

Los cachorros humanos se habían sentado en la orilla de la zanja, exhaustos y helados. Trapos mugrientos, cabellos despeinados, apiñados unos contra otros para darse calor, bulto de carnes flacas y huesos. La mujer era el retrato de una miseria resignada. El hombre era un triste espantapájaros. Dejaba ver manchas de piel grisácea por debajo de remiendos mal cosidos, pero no renunciaba a una absurda y anticuada peluca.

—Tú y tu manía por las formalidades —prosiguió—. «Tenemos que dar el último adiós a Billy todos juntos.» Claro, madamisela. Pero yo digo que era mejor dejar a los pequeñines en casa, mendigando, y así esta noche tal vez nos llenábamos la barriga. Míralos, pobres criaturas: ¡ya no pueden más!

La mujer rompió a llorar.

—Deja que lo mire por última vez.

El hombre asumió una expresión compungida. Se quitó de la cabeza el tricornio y abrió la caja. Un cuerpecito enjuto, vítreo, apenas cubierto con un blusón remendado y nada más. Imposible darle una edad. Podía tener cuatro, cinco, seis o siete años: dependía de la cantidad de comida que había logrado engullir antes de quebrarse.

Mientras la mujer lloraba y los niños se lamentaban, llegó al entierro el

último de la familia, dando tumbos sobre tres patas.

—No sé qué me impide echarte a las brasas —dijo el hombre dando un puntapié al perro.

El animal aulló sin convicción. El hombre sacó un pequeño azadón de la faja atada en la cintura. El llanto de la mujer se hizo más fuerte.

—Dios, Dios, ¿por qué te has llevado a mi Billy?

—Ya está bien, hay que darse prisa —cortó en seco el hombre—. Quiero llevar a estas criaturas al Támesis, por la marea baja, quizá encuentren algo para vender. O como que hay Dios, acabaré por venderlos a ellos.

La mujer seguía llorando. El hombre no había cavado la mitad de la fosa y ya se había postrado sin fuerzas. Uno de los niños tiró de su manga. Alguien se acercaba.

El desconocido levantó su mano derecha en señal de paz. Por toda respuesta, el hombre blandió la azada, los ojos desorbitados.

—¿Qué quiere de nosotros? ¡No necesitamos nada! —gruñó.

—Quiero acabar el trabajo que usted ha empezado, señor.

El recién llegado señaló la fosa.

Un movimiento imperceptible, un golpe de aire: la azada cambió de manos. La mujer llevó su palma derecha a la boca y emitió un pequeño grito.

—Solo quiero ayudar —dijo el recién llegado.

El hombre, extenuado, cayó sentado. La mujer empezó a llorar otra vez. El extraño terminó de enterrar la caja. Luego se quedó de pie delante de la pequeña tumba.

—Mira, marido. Está rezando… —dijo la señora.

El hombre tragó saliva.

—Sí, mujer. Plegarias papistas. Oiga, ¿quiere que nuestro hijo vaya al Infierno?

Estaba a punto de levantarse, pero la mujer le detuvo.

—Déjalo. —Sus ojos enrojecidos estaban cargados de pena y resignación—. ¿Crees que para Billy hay alguna diferencia?

El hombre agachó la cabeza, mientras el sol palidecía aún más.

22

Una luz gris se filtraba por las cortinas. La habitación estaba silenciosa, en penumbra. Nancy cerró la puerta a sus espaldas, con delicadeza: le encantaba ver dormir a las niñas. Los pequeños cuerpos ocupaban dos camas, la mayor sola. Debajo de las mantas, se adivinaba el ritmo de la respiración.

Nancy sonrió. Atravesó el cuarto hasta la ventana, abrió las cortinas.

Las niñas se movieron.

—¡Levantaos! Que ya es hora de asearse y desayunar.

Las pequeñas se sentaron, bostezando y restregándose los ojos. Todas excepto una.

—¡Esther! Despierta, ¡tú no puedes dar mal ejemplo!

Nancy advirtió que la cama de la niña más grande estaba vacía.

—¿Dónde está Esther, niñas? —Su voz revelaba preocupación. Las pequeñas no respondieron. Se limitaron a mirar a Nancy con ojos soñolientos—. ¡Esther! ¿Dónde estás? ¿Dónde te has escondido?

La mujer se acercó a la cama, quitó las mantas. En la sábana se extendía una mancha de sangre.

Había dormido en un corral de ovejas, después de haber pedido permiso al pastor. El hombre había sido amable, incluso le había invitado a su propia casa, pero Philip había preferido quedarse a cielo abierto, bajo las estrellas, apenas visibles en la noche británica. El hombre había confiado en él, las ovejas y los perros también aceptaron al recién llegado. Se había alejado mucho y tenía que levantarse con las primeras luces, para poder llegar a la cita.

Había sido un sueño agitado. Le daban vueltas en la cabeza unos versos en latín: *pulvis es et in pulverem reverteris*. Había soñado que se levantaba y salía del redil, persiguiendo una sombra familiar. Era el espectro de su esposa, sonriente, le acariciaba los cabellos como un soplo de viento y le llevaba hasta los campos, donde había dos cajas que tenía que enterrar, una muy pequeña. En el pecho el corazón era pesado, como cargado con una piedra. *Tu hija*, había susurrado el fantasma. *Tu hija*. Philip había mirado dentro de la caja más pequeña. En el fondo había solo un objeto: un botón de uniforme de tamborilero atado a un mechón de cabellos rubios. Había intentado preguntarle al fantasma, pero sus rasgos habían cambiado con la luz de la luna. Un rostro ovalado con piel aún tersa, la boca fina y la larga trenza negra, con algunas canas bien visibles. Philip la había reconocido, mitad mujer y mitad muchacha. Molly lo había mirado severa, luego había señalado la luna roja como el sol del ocaso. *La luna sangra. Un animal ha sido herido.*

Había abierto los párpados de golpe, como si hasta ese momento hubiera fingido que dormía. La claridad en el este anunciaba el alba.

Ahora recorría con paso ligero el viaje de regreso. Los demás le esperaban en el hotel de los Johnson, para ir a la audiencia con lord Germain.

Philip no tenía ninguna gana. El sueño bloqueaba los pensamientos.

Esta hoja es amarilla y la coloreó el Abuelo Invierno. Esta hoja es marrón y la coloreó el Abuelo Invierno. Esta hoja es roja… No. No. No. ¿Y ahora? Había llegado el momento. ¿Qué momento? No. Esta hoja es amarilla y la coloreó el Abuelo Invierno. Sangre, igual que madre. No, no y no. Tal vez debía rezar. Tía Nancy seguro que se lo hubiera dicho, pedido, ordenado, pero desde hacía algún tiempo Esther tenía miedo a Dios. También tenía miedo de admitirlo, pensarlo, sentirlo. Dios. Miedo. Sangre entre las piernas. Quería tocarse. Miedo. ¿Moriría como madre? No. No se estaba muriendo. Frío líquido salía entre las piernas. No quería rezar. La canción de los colores de madre. Esta hoja es amarilla y la coloreó el Abuelo Invierno, esta hoja es roja… La canción hablaba del Señor Invierno, pero a Esther le gustaba más Abuelo y con el tiempo madre la cantaba así. El Abuelo Invierno era sir William, aunque ya sabía que no era verdad, pero era él. Abuelo. Madre. ¿Dónde estáis? ¿Quién vendrá a

buscarme?

No se estaba muriendo. Cuando se había despertado, descubriendo ese desastre, lo había pensado, pero ahora ya no. Ciertas cosas, se sienten. Ciertas cosas, ella las podía sentir: como ver fantasmas, o cosas horribles que iban a suceder. El abuelo William, por ejemplo, ella lo veía, de vez en cuando. Era él, pero no se lo había dicho a nadie. Le sonreía, con una sonrisa hermosa. Una vez, había hecho un gesto con la mano, luego le había dicho que siguiera adelante. Madre, en cambio, no. No todavía, estaba esperando, ella también vendría. Lo importante era no decir nada, no hablar con ninguna persona. También todo eso sobre Dios. Si no, sabrían que ella era muy mala. ¿Alguien vendría a buscarla? ¿Tía Nancy, su padre? ¿Dios? ¿El Diablo?

Frío y fatiga agarrotaban los miembros, ya era de día. Había una luz amarilla, llena de humo, que entraba por las ventanas del cobertizo donde se había refugiado. Estaba sucia. Tenía los pies entumecidos y llenos de fango. La manta sobre el camisón no abrigaba demasiado. En cualquier caso, no saldría de allí. Tenían que ayudarla, pero no pediría ayuda. A nadie. No se estaba muriendo. Estaba confusa, sucia. Cerró los ojos, encogió los hombros sacudidos por escalofríos. Vio la casa donde había nacido, más allá del mar. El gran río, el valle, los bosques. Luego una figura de mujer, el rostro en sombras. Se despedía antes de su partida. También estaba Peter, estaba en la puerta de Johnson Hall vestido de general, le hacía señas de entrar. Decía: «Toma tu lugar».

La visión desapareció. ¿Regresaría a la vieja casa? ¿Cuándo? ¿Cuál era su lugar?

Desde la muerte del abuelo William, el mundo se había echado a temblar, cada vez más. El verde de las praderas del valle del Mohawk se convertía en rojo sangre. ¿Por qué?

De nuevo escalofríos en la espalda. Esther pensó que hubiera tenido que saber más. Sobre la sangre. Para conseguir vencer el terror. Para no tener miedo de tocarse entre las piernas. Para no sentirse sucia. Para encontrar su lugar. Para regresar a casa, a las praderas verdes.

Siempre que alguien viniera a buscarla, porque no pediría ayuda, y mucho menos saldría sola.

Advirtió la agitación en cuanto cruzó la puerta. En el centro de la gran

sala, la figura delgada de Nancy Claus gritaba órdenes a las criadas. En las pausas, se llevaba una mano a la boca y la mordía, mientras con la otra se apretaba el estómago.

Cuando le vio se dirigió hacia él, pero enseguida se paró, se quedó a distancia.

—Señor Lacroix, le han esperado mucho. Se preguntaban… Dios mío, no hay tiempo, no puedo explicarle.

El indio se acercó, apestando a establo y sudado.

—¿Qué ha pasado?

—Todos se han ido a la cita con lord Germain, le han esperado mucho…

Se mordió de nuevo el dorso de la mano. Gritó a una criada que siguiera buscando, que diera la vuelta al hotel.

—¿Qué ha pasado? —repitió Philip.

Nancy se sobresaltó, como si en un instante hubiera olvidado la presencia del indio. Philip notó que aún llevaba el camisón, cubierta solo con un chal de lana; los rizos despeinados asomaban de la cofia.

—Esther —dijo—. Desapareció. —Contuvo un sollozo—. Guy no quería irse, Daniel le ha obligado, hemos venido a Londres por esto, por esta audiencia, no podían…

Esta vez el mordisco dejó una marca en la mano.

Philip se hizo indicar la habitación de las hijas de Guy Johnson, subió las escaleras deprisa y llegó hasta la cama ensangrentada. Olfateó. Los olores de Londres le habían entorpecido el olfato, pero aún podía reconocer la sangre de luna.

Un corte que no cicatriza.

Bajó las escaleras y se quedó en el último peldaño. ¿Qué hace un animal herido? Busca una madriguera. Se esconde.

Miró alrededor. Nancy le estaba diciendo algo, no le prestó atención. La salida más cercana no era la principal, sino una pequeña puerta de servicio.

Una vez abierta apareció un corral, pollos y patos revoloteando. En el fango, huellas de pequeños pies llevaban a una caseta baja en el fondo del patio; sin duda la leñera.

Philip entró con cautela. El techo obligaba a encorvarse, el olor a serrín le cortaba la respiración. Poco más allá de la puerta, antes de que los ojos se acostumbraran a la oscuridad, escuchó su voz.

—Quédate lejos.

Philip se agachó en silencio. Los venenos del aire malo le atacaron otra vez. Tosió, sintió náuseas y fastidio. Polvo eres y en polvo te convertirás. Cerró los ojos y reencontró la calma dentro de sí.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó a la sombra.

De nuevo silencio.

—Estoy sucia.

El Gran Diablo habló con voz tranquila:

—Yo también. Esta ciudad es sucia.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó la voz con tono desconfiado.

—Tuve un sueño —replicó el indio—. En la tumba de mi hija había un mechón de cabellos, rubios como los tuyos. Ella ahora tendría tu edad.

—¿Murió al nacer? —preguntó Esther dejándose entrever por detrás de un montón de ramas secas.

Philip se apoyó en una pila de troncos.

—Era muy pequeña.

—Mi madre murió también. Y mi hermano. Había sangre por todas partes, toda la sangre del mundo.

El indio se cruzó con su mirada a través de un hueco entre las ramas.

—Yo también he perdido mucha sangre. ¿Moriré? —preguntó Esther frotándose los pies enrojecidos por el hielo y cubiertos de tierra húmeda.

—Algún día, como todos —respondió el indio mientras se levantaba con un movimiento lento—. Pero no ahora. Le diré a tu tía que venga a buscarte.

Cuando se volvió, las ramas secas crujieron.

—¿Por qué te llaman el Gran Diablo?

Philip se giró.

—Porque en la guerra, a los hombres les encanta meterse miedo. Luego la guerra se termina y el miedo queda.

Estaba a punto de volverse otra vez, pero ella habló de nuevo. Parecía que no quería dejarle salir, como si temiera que una vez fuera de allí la sinceridad desaparecería.

—Yo también sueño con personas muertas. A veces sueño con mi abuelo William.

Philip asintió sin decir nada. La muchacha tenía el don, era cercana a los espectros. Lo había percibido por primera vez observando a los

hombres hormiga desde el penol del *Adamant*. Ahora estaba allí frente a él y le miraba, como a la espera de resolver un enigma.

Lo hizo sin pensarlo. Se quitó el brazalete de wampum y se lo ofreció.

—Te protegerá. De los vivos y de los muertos.

Ella lo cogió y lo apretó en su puño. Luego deslizó su mano cándida dentro de la áspera del cazador. Una antigua sensación reapareció con un escalofrío.

Philip llevó a la niña fuera de la leñera.

Un revuelo de sensaciones y temores llenaban la cabeza de Guy Johnson, mientras se preparaba para regresar al hotel.

Guy Johnson, americano, coronel, superintendente, súbdito de, sucesor de, yerno de, padre.

Un asistente le había entregado un mensaje a la salida de la audiencia. Guy y Daniel, todavía en la puerta, penosos residuos de sonrisas de protocolo desdibujaban sus rostros. Formales y torpes, altaneros para esconder el miedo. No tenían el don de gentes de Joseph, un estilo seguro y trasoñado, sonámbulo de poder y esplendor. En Londres, el indio de Canajoharie se había convertido en animal de ceremonias, exótico campeón de exhibición canina. Ninguna nueva vida, en cambio, para el alemán y el irlandés: solo la política, una tarea que se debía desarrollar con un peso que oprimía el pecho, un resultado que había que conseguir y llevarse a casa. Casa azotada por una tromba de aire, aire que se arremolinaba y salpicaba sangre a su alrededor. Bandoka.

El billete estaba escrito por Nancy: habían encontrado a Esther. Philip Lacroix la había encontrado. Por segunda vez, tenía que agradecerle al Gran Diablo.

Estaba bien, pero ya no era una niña. Debía recordarlo: la sangre lo cambia todo, hay un antes y un después.

La hoja de hielo que había partido en dos su cerebro se había disuelto, y el viaje de regreso era menos penoso. Podía hablar, comentar la audiencia, aunque una parte de su atención continuara escapándose, a otro lugar, lejos y hacia atrás, más allá del mar. De vez en cuando, presionaba los labios contra los dientes, el futuro estaba lleno de brumas, decisiones que tomar, peticiones y expectativas. ¿Junto a quién lo habría de afrontar? ¿Qué razón daría de sí mismo, y frente a qué público? Sabía que tenía un papel, y no se

sentía actor.

Espantada por su propia sangre, Esther se había escondido en la leñera.

Ya no era una niña, y por eso mismo Guy tenía que castigarla. Debía castigarla, demostrar firmeza, en esta circunstancia y en otras.

Había causado desorden y preocupación. Había violado una regla de obediencia, se había escapado. Se había escapado y tenía que castigarla. Tenía que hacerlo, para dar un ejemplo a las más pequeñas.

Para dar un ejemplo a todos.

Era lo que se esperaba de él: castigar a quien huye espantado de su propia sangre. Estaba en juego su autoridad.

Sabía que tenía un papel, pero no se sentía actor. Prevalecía el alivio de saber que estaba sana y salva.

Entró en la habitación, ella estaba sentada en la cama, levantó la barbilla, con lo que a él le pareció una ceñuda indiferencia. Se acercó con los hombros curvados, dispuesto a estrecharla entre sus brazos. Ella no se movió. La llamó, ella sacudió su cabeza como para negar su propio nombre. El padre alzó la voz, ella no respondió. El se agachó para mirarla a los ojos, le levantó la barbilla con la mano. De nuevo la llamó por su nombre. Vergüenza, fatiga, desafío, rencor, miedo, amor filial, distancia… ¿qué había en la mirada de su hija?

Guy la estrechó fuerte. Ella levantó un poco los brazos, colocó las manos en las caderas de su padre, abrazo renuente suspendido en el aire.

Permanecieron así, sin decir nada, en la habitación de un hotel de la ciudad más grande del mundo.

23

Londres, 19 de marzo de 1776

Estimado primo John:

Le escribo porque acabo de enterarme de la provocación realizada contra ustedes y nuestra familia por parte de los rebeldes de Albany. Al Ministerio de las Colonias ha llegado noticia de que los indios de Fuerte Hunter acompañaron al gral. Schuyler a Johnson Hall, para controlar que nada se hiciera contra ustedes, más que privarles de las armas y la pólvora. Creo que este despreciable comportamiento de los indios solo puede explicarse con una promesa de dinero, licores ú otras cosas. Le ruego que verifique esta hipótesis, y sobre todo que averigüe si los rebeldes, al contrario de lo que se pensaba, poseen bienes en cantidad suficiente como para mantener con los indios algún tipo de comercio. En ese caso, hay que recompensar por su fidelidad a los mohawks de Canajoharie, con regalos cuyo valor sea como mínimo el doble, de manera que los otros vean dónde reside la conveniencia.

A propósito de la fidelidad de los indios, le ruego que me dé noticias sobre las actividades de Butler en Niágara y las relaciones que mantiene con los jefes seneca.

En cuanto a nosotros, el objetivo que nos habíamos propuesto con este viaje ya ha sido logrado. Después de dos meses de espera, hemos tenido el honor de ser recibidos por Su Majestad y el ministro de las Colonias. Este se ha mostrado tan contrario a la conducta del gobernador Carleton, que ha decidido ofrecer disculpas oficiales a Joseph Brant por lo que ha sucedido en Canadá. El cargo de

superintendente, por fin, me ha sido otorgado por propia mano del ministro.
La suerte del señor Daniel Claus, no obstante, sigue siendo incierta. Es preciso, por tanto, permanecer aún en Londres, para aclarar el asunto de su nombramiento. Además, Joseph Brant tiene que reunirse por segunda vez con lord Germain, para recibir las respuestas sobre las cuestiones territoriales que le ha presentado. No puedo ocultar que la presencia de nuestros indios, aún más que los prisioneros capturados en Montreal, se ha revelado de gran utilidad. La gente de Londres les tratan como a príncipes, y ellos se han convertido en una atracción tan importante para la aristocracia, que ningún entretenimiento puede ya prescindir de incluirles entre sus invitados de honor.

No tengo más que añadir, pero quedo,
con estimación y aprecio, suyo afectísimo

Cnel. Guy Johnson

Después de firmar, el superintendente sopló la tinta para que secara, levantó la hoja y la volvió a leer desde el principio. Era una buena carta. A pesar de todo, aún sentía un nudo en medio de la garganta. Nada tenía que ver la política, la diplomacia, los indios. El hecho era que, de todas las cosas, la que más le angustiaba no podía confesársela o mostrársela a nadie.

El coronel Guy Johnson tenía miedo. La expedición a Johnson Hall era, a todos los efectos, la primera acción de guerra en el valle del Mohawk. El nuevo superintendente de Asuntos Indios de las colonias septentrionales se quedaría en Londres de buena gana hasta el próximo invierno, tal vez más tiempo. Si no hubiera sido por todas las riquezas que había acumulado en el Nuevo Mundo, hubiera regresado a Irlanda, con su gente.

¿Dónde llevaría a sus hijas? El éxodo y las fatigas del viaje ya habían matado a Mary y el niño, el heredero que tenía que llamarse William y había muerto antes de recibir un nombre. Esther y las pequeñas eran la única familia que le quedaba. No podía permitir que la guerra se llevara también a ellas. Tenía que dejarlas en Londres, a salvo. Encontrar un buen colegio, regresar a América solo. Ver en persona, juzgar, preparar un lugar de llegada. Reconquistar pronto las tierras de los Johnson, expulsar a los rebeldes, volver a vivir.

El coronel Guy Johnson tenía miedo. Odiaba los cañones. Ni siquiera le

gustaba la cacería. En Londres te lo podías permitir: nadie pretendía que el conde de Warwick fuera un buen tirador.

En Londres podías ser noble, mercader, juez, ministro. En América antes que nada eras un guerrero, como los indios. En América sabías que, tarde o temprano, te tocaría combatir, arriesgar la piel. En América, la riqueza, el poder, el prestigio estaban en el cañón del fusil.

No estaba permitido tener miedo.

24

—Debe admitirlo, Doughty. La ciencia solo puede ser objetiva.

—Objetiva en lo ideal, pero sujeta a las circunstancias, como todo asunto humano.

—En ese caso, se trata de opinión.

—Sin embargo, usted recordará la disputa entre Wilson y Benjamin Franklin.

—¿La del pararrayos?

—Exacto. ¿Es más eficiente un pararrayos largo y puntiagudo o uno corto y con punta roma?

—No recuerdo cuál de los dos tenía razón.

—Porque los experimentos no han podido demostrarlo. No obstante, el Rey decidió darle la razón a Wilson, y ahora sus teorías están en los manuales científicos y sus pararrayos en nuestros campanarios.

—No comprendo adonde quiere llegar.

—Bueno, jamás podrán convencerme de que esa decisión se tomó solo por razones científicas. Wilson era tory, Franklin whig. Uno era londinense, el otro de las colonias. Uno era protegido de lord Como-se-llame, el otro era un representante comercial de Pensilvania. ¿Cree que ha pesado más la objetividad científica o la rebelión en Nueva Inglaterra? Apuesto una guinea a que en Pensilvania instalan pararrayos puntiagudos como aquí los tenemos romos.

Peter dejó de fisgonear la discusión entre los dos caballeros, que siguieron debatiendo impertérritos. Observaba la sala triangular de la Royal Society con la nariz apuntando hacia el techo, los estantes de madera, las hileras de libros alineados, gruesos como ladrillos, que parecían sostener las paredes.

Caminando con la cara arriba estuvo a punto de chocarse con otros huéspedes, que le miraron ofendidos. Se disculpó y se apartó un poco. Los títulos en las grandes estanterías eran pomposos e infundían temor. Los pocos asistentes a esa hora del día discutían en grupos de dos o tres, en voz baja. Parecía que tenían que resolver dilemas fundamentales, afrontándolos con respeto, con cuidado.

Lord Warwick, benefactor y miembro de la sociedad por tradición familiar, le había procurado una invitación en cuanto supo de aquella pasión. Para Peter era un interés que se remontaba a su infancia en Johnson Hall y a los microscopios de su padre, que siempre le habían fascinado.

—En Londres hay un sitio donde los hombres de ciencia debaten sus teorías y sus experimentos. El Rey les protege y permite que todos puedan servirse de los nuevos descubrimientos e invenciones.

El muchacho recordó el rostro de sir William alejándose del microscopio e invitándole a acercarse para mirar allí dentro. Un recuerdo nítido, de cuando era niño. Había sentido la mano cálida y pesada en el hombro, mientras miraba minúsculos seres que se movían bajo la lente.

—Corpúsculos, Peter —había dicho su padre—. Microbios. Seres tan pequeños que el ojo humano no lograría verlos sin la ayuda de este invento. ¿Entiendes?

Peter había asentido.

En la Sala de la Ciencia había pasado tardes enteras, eternas como solo pueden serlo a esa edad. El templo de lo increíble, donde cada objeto podía revelar un lado recóndito de la naturaleza. Maquetas mecánicas de movimiento continuo, molinetes de vapor, la cámara oscura que mostraba la realidad al revés. Pensó de nuevo en el microscopio. ¿Cuánto espacio había en un portaobjeto? ¿Cuántas cosas podían caber? Todo un mundo, un universo. No era muy diferente de mirar las estrellas e imaginar cuántas eran o cuán grande era el cielo.

—Se mueven. Se reproducen. Mueren —había dicho la voz detrás de él —. La aspiración de todo científico es descubrir el secreto de la vida.

Peter había levantado la cabeza y mirado serio a su padre.

—El pastor Stuart dice que es un misterio de Dios y que querer saberlo es una blasfemia.

Sir William había sonreído.

—Dios nos ha dado los ojos, las manos y el cerebro. ¿Crees que lo habría hecho si nos hubiera querido mantener en la ignorancia?

Peter se sentó en uno de los sillones de la sala de las conferencias. El fuerte olor a madera lustrada siempre le había gustado. Los hedores de Fleet Street no llegaban hasta las augustas salas de Crane Court. La emoción le hinchó el pecho. Estar allí, en el sitio descrito por sir William mucho tiempo atrás, era un homenaje a su memoria y a los años felices pasados en Johnson Hall, en el valle que había sido todo el mundo, hasta que le enviaron a estudiar a Filadelfia.

Por eso había querido ir allí, aceptando de inmediato la invitación de lord Warwick. Sin compañía, escoltado tan solo por los portadores puestos a disposición por el conde. Peter había caminado, a riesgo de ensuciarse los zapatos, y ellos le habían seguido con el palanquín vacío y aire perplejo, quedándose a esperarle fuera del edificio.

—No blasfemamos cuando intentamos conocer las leyes que Dios ha impuesto al universo. Rendimos homenaje a su inteligencia creadora y alabamos su obra. No pretendemos saber la razón divina que ha dado origen a las cosas, sino que investigamos su mecanismo intrínseco. La larga cadena de causas y efectos que las hace como son. ¿Entiendes?

Peter recordaba que había asentido para complacer a su padre. El concepto no le resultaba muy claro, pero los seres que se movían bajo la lente despertaban su curiosidad y eso bastaba. Solo creciendo había entendido que la fe de sir William era algo que estaba más allá de las religiones, y al mismo tiempo contenía a todas. En su valle había sitio para todos. El rey de Inglaterra y el Papa estaban muy lejos, y el Dueño de la Vida adorado por los mohawks no era indigno de ser llamado Dios, aun cuando se recurría a él con modos salvajes y pintorescos. Desde muy pequeño, Peter sabía que no todas las ceremonias en el bosque eran indias. La noche de San Juan, en la espesura del monte, se encendían pequeños fuegos y se hablaba gaélico, celebrando misas que la luz del día hubiera prohibido. Los desterrados escoceses y los colonos irlandeses de su padre se comunicaban a través de dialectos antiguos como piedras. La Lengua de la Noche. Sir William la utilizaba cuando quería decirles algo íntimo, que los demás no debían comprender.

—Es la lengua de la fe, de la sangre y de la guerra —decía—. No se habla con ella por puro caso.

El inglés, en cambio, servía para dar órdenes, para escribir y para poder entenderse de una punta a otra del valle. En Filadelfia le habían enseñado también el francés, el idioma del enemigo.

Pero el mohawk era el idioma que prefería. El mohawk olía a ron y pieles. Era la lengua del comercio y de la caza; de los consejos y de la diplomacia. Pero antes que nada, para él, el de las canciones de cuna.

Se le apareció el rostro severo de Molly y sintió la presión de sus manos pequeñas y fuertes, tan distintas a las de su padre. La Sala de la Ciencia nunca había sido su mundo, sin embargo le fascinaba también a ella. Consideraba los instrumentos de sir William como intérpretes, capaces de describir la Naturaleza en el idioma de los blancos. Molly estaba interesada en la relación entre los microbios y las enfermedades, la electricidad como cura, las prácticas de los doctores ingleses. «Es una buena medicina —decía—, pero deja enfermos los sueños.» Sueños, amuletos, danzas rituales. Peter había aprendido a apreciar también estas cosas, como parte de la vida en el valle. Su madre parecía ser el centro, tan importante como el río o las praderas. Era como si todo ahí girara en torno a ella. No era solo su percepción de niño: según fue creciendo esa idea se había reforzado, y aunque no podía comprender todos los misterios de Molly, sabía que su poder tenía raíces en la noche de los tiempos. Las canciones que le habían dormido durante años habían sido compuestas a la sombra de los viejos pinos y se transmitían desde los orígenes del mundo.

De repente, se sintió nostálgico y triste. Las noticias de casa no eran buenas. Si los rebeldes habían llegado hasta Johnson Hall, podían llegar hasta Canajoharie en un día de marcha. Molly estaba en peligro.

Se dijo que no, la gente del valle la protegería, su madre era demasiado lista para dejarse sorprender. Tal vez había partido, como la esposa de tío Joseph, llevando a sus hermanos y hermanas a un lugar más seguro. Los rebeldes no podían ensañarse con mujeres y niños, era más bien John quien corría peligro, su hermanastro mayor. Peter se estremeció al pensar que la casa de sus primeros años de vida podía ser saqueada. Desde siempre los colonos envidiosos solo querían quitarle todo el mobiliario, vaciar las despensas, los almacenes, la armería y las caballerizas, robar los esclavos. Robarían también el microscopio y los artilugios de la Sala de la Ciencia, y él no podía hacer nada para impedirlo. Seguro que pensaban como el pastor Stuart, o aún peor. Romperían las preciosas lentes de su padre, desparramarían portaobjetos y probetas, destrozarían la cámara oscura. Su Dios no dejaba espacio a nada, era pequeño, mezquino y obtuso. A imagen y semejanza de sus fieles.

Se levantó para contemplar la gran Sala de la Ciencia querida por Su

Majestad Jorge III.

Ya era tiempo de regresar. Había que combatir a esa gente, devolverla al pantano de donde había salido, impedir a toda costa que destruyera lo que su padre había construido.

Ahora la captura de Ethan Allen le parecía poca cosa.

Tenía que disparar de frente. Defender su país.

25

Ser portero al final no era tan malo, pensó Lester. Un trabajo de mierda como tantos otros, pero algo de propina siempre se conseguía. Ahora, con los carboneros enhuelgados desde hacía dos semanas, unos peniques de más podían ser útiles. No era lo mismo pagar a alguien para que te lleve el coque a casa, que hacerlo uno con la carretilla hasta el dock, ida, vuelta y la espalda hecha polvo. Algo de propina, sí, hasta en la cueva más grasña de la ciudad, el hospital de Santa María de Bethlehem. Para todos el Bedlam, el Sitio de los Locos.

Lester decía que la había inventado él, la propina en el Bedlam, aunque eso no era verdad. La patente le correspondía a su antiguo patrón, un follador empedernido, que le hizo un bombo a una lavandera de Saint Giles. A Lester le tocó pagar el pato y lord Garfield le había dado el portante, como se hace con los criados que se dan los revolcones. A cambio, le había conseguido ese trabajo, de vigilante de residencia a vigilante de los locos, que dicho así era una putada bien gorda, pero luego apareció el asunto de la propina, esto es, que en Londres había un montón de madamiselas y milordones que se morían por ver a los trastornados, oírles gritar, y sobre todo verlos desnudos. Entre estos lunáticos, ni que decir tiene, estaba el mismo lord Garfield, que a cambio de entrada gratis para toda la vida, llevaría hordas de amigos dispuestos a soltar el dengo. Pocos meses después, el lord estiró la pata, y así a Lester no le quedó otra que ampliar el negocio. Ahora ya hasta hacía reservas, regulaba las visitas para que no saltaran a los ojos, embolsaba propina como si fuera un teatro.

Un carruaje inesperado se detuvo delante del portón. Bajaron cinco personas e hicieron señas de acercarse. Lester se echó el gabán a los hombros y atravesó la calle de acceso, reducida a un sendero por las

malezas que la asediaban. Cuatro gallitos y una polluela. Ellos, pelucas y botones dorados; ella, una montaña de cabello que se mantenía en alto por milagro, y en la cima, una cofiecilla minúscula. Si era gente con pasta, gastaba poco para arreglarse los piños. Las medias sonrisas que acogieron a Lester podrían haber ahuyentado a una nube de murciélagos.

—Estamos aquí por los locos —dijo el elegante del grupo, apoyado en el bastón con aire de sabiondo.

—El lugar es este, señor.

—Eso ya lo sé, querido amigo. Y sé también de un portero que organiza visitas científicas en el hospital, ¿no es así?

—Así dicen. Pero creo que primero hay que fijar un horario para entrar, ¿sabe? Y que le haga la presentación un miembro anciano del club.

—Comprendo —se carcajeó aquel, enseñando los subos ni que fueran perlas—. Y dígame: ¿piensa que una guinea es suficiente?

¿Una guinea? Mierda santa.

—Claro que sí, señor. Adelante, es por aquí.

Un lugar de espanto, pensó Neil. Si los milordos pedorreros se divertían de verdad videando todo eso, estaban más chiflados que los locos de las jaulas. Mejor acabar todo rápido, rediós, y esperar que en la bulla no se escape alguno, que si uno de estos te muerde, te pega la peste.

El portero hacía de guía en medio de una habitación gigante, parecida a las barracas de Spitalfield donde había trabajado de veco. Pero aquí, en vez de telares había rejas, rejas de hierro a la derecha, rejas a la izquierda, y por detrás caras, jetas de todos los tipos, blancas como fantasmas o enguarranadas de costras, arrugadas o rechonchas; y luego los ojos, amodorrados o endiablados, bizcos o desorbitados; rotas que berrean los peores chillidos o que refunfuñan para sus adentros, babosas o con mueca; brazos en cruz o agitados, rucas que saludan y que mandan a la mierda; seseras que dicen sí, que dicen no, que solo se bambolean y no dicen nada; patas que bailan y patalean, de rodillas o de pie, narices que moquean y olfatean, culos al aire y debajo de las mantas, pichas por fuera y pichas en reposo, de asno y de enano, de sodoma y de adorno.

Un lugar de espanto. Qué le veían a ese sitio los milordinos, se preguntó Neil. Te das una vuelta por la Abadía y allí encuentras los que tú quieras, de estos málchicos chiflados. Uno a la vez, hasta te haces unas

risas, no digo que no; hay uno al que solo dices un nombre de polluela y aquel ¡zas!, se baja los pantalones y ya la tiene tan tiesa que puedes embocar rosquillas; pero todos juntos no, cuando están así amontonados te dan cague, sí sí, sí, parece el infierno de los muertos vivientes. Pon que se viene abajo una reja, adiós, se acabaron las risitas.

A Rob y Colé les debía de haber entrado calambres a fuerza de estar con el culo apretado, pensó Neil. O a lo mejor no. A lo mejor entre pirados hay respeto, como que no se hacen daño entre ellos, cosas así. No porque ellos sean pirados, Rob y Colé, sino que los otros, los pirados con todas las letras, ni lo saben; basta estar del lado justo de la reja, y más que babearte el hombro o mearte los pies no hacen. En cambio, si estás de este lado, pon que de repente se caen las rejas, mejor acabar todo rápido, sí, sí, sí, sacar fuera a Rob y Colé y pirárselas para la campiña.

Qué mierda le veían, los milordinos del Sucashire…

Empieza la función, pensó Dave, el Emperador. Había videado a los málchicos en la jaula del fondo a la derecha.

—Señores, señora. Si hoy estamos aquí es para reparar una odiosa injusticia.

Un movimiento repentino y se había vuelto hacia los drugos con aire guarranoso y fanfarrón. Estaba al lado del anfitrión, que lo videaba con jeta perpleja. El Emperador, aún por el momento en el papel de dedón lleno de pasta, con pedazo de peluca y adminículos varios, comenzaba su número, y como siempre los drugos de panda al oscuro de los detalles picantes.

—Sí, queridos amigos —puso la ruca derecha en las espaldas del portero—, una terrible y trágica injusticia. Sin duda mis amigos estarán pensando en nuestros dos hermanos, Rob y Colé, quizá los mejores de nosotros, que yacen encarcelados en este valle de atroces sufrimientos. ¿Y cómo no darles la razón? —agarró fuerte el hombro del portero—. ¡Rob y Colé! Dos sinceros patriotas, considerados chalados y encerrados por haber osado defender su dignidad propia y la del pueblo del cual son parte. ¡Chalados, tronados, sonados, zumbados, mentecatos, chiflados, lunáticos, depravados, dementes! ¡Eso es lo que son! Lo mucho que el necio no entiende, él lo llama Locura. Esta es la verdad. Y es por esta verdad que estamos hoy aquí. —Hizo una gran inclinación delante de Suelta-la-pasta Lester, aturullado. Los drugos tampoco capiscaban mucho. Terminó la

pausa de actor consumado—. Sería muy fácil, muy sencillo para nosotros reclamar que nuestros amados hermanos queden a nuestro cuidado. Recuperar a aquellos que nos han sido quitados con la fuerza y la prepotencia. Justo, sacrosanto. Pero poca cosa. Una tarea más grande nos aguarda, ahora.

En ese punto, el pobre Lester ya había entendido que había que intervenir, que el dedón era extraño, goboraba y goboraba, y que aquello acababa en alguna parte. Le entró un gran cague, ¿y si todo se iba a la mierda? El dedón no paraba. ¿Contra quién mierda despotricaba?

—Señores, las leyes y las costumbres conceden a algunos hombres el derecho de juzgar el espíritu humano. Nosotros no estamos aquí para cuestionar el valor de su ciencia o lloriquear por sus decisiones, si son justas o bien no. En cambio, nosotros nos rebelamos contra el derecho atribuido a los hombres de bien para decidir la encarcelación de por vida en los hospitales. Sitios que no son más que espantosas prisiones. Esto no se puede tolerar. Los Tronados son las víctimas por excelencia. Son hombres, todos estos. Sobre estos hombres, tienen que reconocerlo, la única ventaja que tienen es la fuerza. Y es para volcar esta ventaja que estamos nosotros aquí. Querido amigo, suelta las llaves de las jaulas.

Quitó el pomo que servía de empuñadura del bastón y sacó un estilete, largo y delgado, lo apuntó al cuello de Lester, y abrió de par en par la rota llena de subos dorados, simulando estupor.

Menudo zumbado, pensó Betty, llamada la Comilona, enfundada a duras penas en los ropajes de dama de alto abolengo. A pesar de haber visto y vivido cosas que hubieran puesto como un tomate a una legión de putañeros, no podía contener, ella sí, un sincero estupor. Algo de razón en todas esas guarranadas tenía que haber, porque si un loco como el Emperador había quedado fuera de allí, estaba claro que las cosas no funcionaban. Pero tenía fuerza. Se había hecho dar las llaves, todas, y había abierto las puertas de las jaulas, todas. Se había puesto a crichar como un verdadero salvaje. Los drugos habían saltado fuera enseguida. Rob y Colé, grasñosos y renqueantes, brincaban como codornices por el pasillo y hacia la salida, porque los pantalones cagados se veían desde una legua. Pero Dave no se daba por enterado, se había subido a los barrotes de las jaulas y goboraba para que salieran, que el momento había llegado, la justicia alcanzada. El vigilante hacía pucheros, pedía piedad, chillaba que era peligroso. Rodeado por los drugos del jefe de los indios de Londres, otra

cosa que lloriquear no podía hacer.

Los sonados parecían asustados. Algunos, semidesnudos, se asomaban más allá de los barrotes, pero sin convicción, ninguno se había lanzado hacia el portón de salida.

Fue entonces que Betty entendió qué parte tenía en la comedia. No daba crédito a sus propios ucos. El dedón calvorota le estaba diciendo que sacara las mercancías e hiciera el espectáculo. Sí, eso, poner a la vista los grudos y hacer esos juegos que tan bien le salían en Tottenham. Estaba tronado de veras. Entretanto, todos los málchicos de la panda se habían dado la vuelta para videar, y por las jetas que tenían no era fácil distinguirlos de los otros. Vaya mierda. Betty hizo a todos una mueca repugnante, pero ¿qué más podía hacer? Empezó a hacer su número, después de todo, los borrachos grasñosos de los garitos de Soho no eran mucho mejor. Bastaba creer que estaba en el Ojosolo de guarraneo y de jarana. Porque además, tampoco era la danza de Salomé eso que hacía, solo eran unas cochinadas con los grudos que ponían de lo más calientes a los dedones salidos. Tocarlos, moverlos, sacudirlos, llevarlos a la boca y pasar la lengua por ellos, las guarranadas de siempre.

El Emperador dio en el blanco. Los grillados salieron de las jaulas, casi en filas ordenadas, mientras el mohocks de Londres le hacía señas a Betty de retroceder hacia la salida. El Emperador había engarrado una antorcha, y mientras el largo pasillo se llenaba, conducía el rebaño como un pastor. Alzaba el tono de la golosa, los impulsaba a recuperar la libertad, pero eran los enormes grudos de Betty el secreto del éxodo de Bethlehem.

Pero mira qué historiucha cochina. Era algo que daba miedo ser la lombriz del anzuelo para esa manada de cocotas echadas a perder que le seguían como un cachorro. Dios, rabos de todas formas y tamaños, sobresalidos de las figuras de sus dueños, sostenidos por rucas gigantes, Dios, esto veía, ¡parecía mentira!

El portón de Bethlehem se abrió de par en par sobre Londres.

26

—Si les damos la libertad a los negros y América a los indios, ¿qué nos queda, señores?

—Ya. ¿A quiénes les venderán los esclavos africanos si la sentencia del caso Somerset se convierte en ley?

—Por mi parte, señor Pole, podría preguntarle dónde conseguirá la madera para sus astilleros de Nueva York, si los bosques de las zonas del interior quedan en manos de los pieles rojas.

—*Touché*. Pero la raíz de los dos problemas es la misma: se llama América.

—Oh, no, señor Gilbert. América sería la solución. El verdadero flagelo es la miopía: intentando mantener el monopolio comercial, acabaremos por perder todo el mercado.

—Animo, no sea pesimista, se prepara una contraofensiva para la primavera. Su Majestad enviará tropas para saldar las cuentas con estos rebeldes.

—He oído, sí. Mercenarios alemanes, según parece. Así comenzó la decadencia del Imperio romano.

—Dios mío, qué lúgubre.

—No lo suficiente, Cavendish. Me espero lo peor. Pero, como se dice, un hombre de negocios debe saber mirar lejos. Hay que dejar pasar la tormenta. Entonces llegará nuestro momento.

—Charlas demasiado serias para esta hora de la tarde. Propongo que pasemos a otra cosa, señores. ¿Es verdad que Corsica Boswell está reunido en el privado con el príncipe de los indios?

—Sí. Creo que se trata de una entrevista.

—Nada menos, señor Whitebread. La competencia le ha derrotado,

entonces.

—No pasa nada.

—A lo mejor Boswell deja de incordiarnos con sus amigos corsos y comenzará a promover la causa india.

—Si así fuera, señor Pole, puede apostar que pronto le veremos con plumas en la cabeza.

—A propósito, hay rumores de que han admitido al salvaje guerrero en la Logia del Halcón.

—¿El jefe Joseph Brant un francmasón? Debe de haber un error. Estoy seguro de que pertenece al clan del Cocodrilo.

—Muy ocurrente. ¿Quién hubiera dicho que íbamos a ver un desastre semejante?

—Negros, corsos o indios, esta manía por lo exótico debe acabar. Como habíamos previsto, comienza a provocar serios daños bajo nuestras narices. Ya habrán leído sobre lo ocurrido en el Bedlam, tres noches atrás.

—Claro, algo increíble.

—Demencial.

—Esto hay que decirlo. Mujeres agredidas en medio de la calle. Hombres dedicados a las más sórdidas indecencias contra jambas y farolas.

—Actos contra natura… con perros y gallinas. Se necesitaron dos días para atraparlos a todos.

—Ya habíamos dicho que estos indios de ciudad eran un peligro.

—Pero la pura palabrería no basta, señores. Y tampoco la pluma afilada de nuestro amigo Panifex, aquí presente. Es preciso hacer limpieza.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Los acontecimientos nos han dado la razón. Esta confusión debe cesar. Tal vez no podremos impedir que sea abolida la esclavitud. Pero basta ya de indios andando por Londres. Ni en Soho. Ni en nuestro club. Son suficientes los veinte mil negros que llenan los tugurios del East End, gracias.

—La delegación india se marchará pronto. No hay de qué preocuparse.

—Bien. Muy bien, señor Whitebread. Esperemos entonces que junto con ella desaparezcan también sus epígonos.

27

Del *Daily Courant* del 8 de mayo de 1776:

LA DESPEDIDA DEL PRÍNCIPE THAYENDANEGA DEL MINISTRO DE LAS COLONIAS, LORD GEORGE GERMAIN

El día 6 recién pasado, por segunda vez desde su llegada a la ciudad, el superintendente del Departamento de Asuntos Indios, cnel. Johnson, y el príncipe de los mohawks, Joseph Brant Thayendanega, han sido recibidos por el ministro de las Colonias.
Al término del coloquio, me he acercado al cnel. Johnson para conocer los detalles del encuentro, pero él no ha querido detenerse, y en cambio pidió a su secretario que me hiciera llegar una copia del discurso que el príncipe dirigió a lord Germain.
Lo reproduzco aquí, tal como lo he recibido, esperando hacer cosa grata a nuestros lectores.

> Hermano *(¡el príncipe Thayendanega se ha dirigido así al ministro de las Colonias!)*:
>
> En nuestro último coloquio nos has respondido con pocas palabras, diciendo que te ocuparías de las reclamaciones de las Seis Naciones respecto a sus tierras, en particular las de los mohawks, y las resolverías; que todo esto se solucionaría con plena satisfacción para nosotros cuando en América se acabaran los desórdenes, y que esperabas que las Seis Naciones se siguieran comportando con el apego al Rey que siempre han

> demostrado; en dicho caso, podían confiar en el favor y la protección de Su Majestad.
> Hermano, nosotros te agradecemos tu promesa, esperamos que sea mantenida y no quedar desilusionados, como ha ocurrido muy a menudo, a pesar de la cálida amistad de los mohawks hacia Su Majestad y su gobierno; ella ha sido recordada tantas veces por las Seis Naciones que nuestra incapacidad para obtener justicia es motivo de sorpresa para todas las Naciones Indias.
> Hermano, el desorden que prevalece en América y la distancia que nos separa de nuestro país solo nos permite decir que a nuestro regreso informaremos a los Jefes y los Guerreros de lo que hemos visto y oído, para unirnos a ellos en la toma de medidas más sabias para parar estos tumultos.
> Hermano, pronto partiremos a nuestro país, después de haber permanecido aquí por largo tiempo, te pedimos que no prestes oídos a todas las historias que se cuentan sobre los indios, sino solo las decisiones que llegan de nuestros Jefes y de los sabios del Consejo, y que te serán comunicadas por nuestro Superintendente.

Parece evidente, no obstante la referencia a los antiguos tratados y a la cálida amistad, que los indios de las Seis Naciones ya se han conformado a nuestra forma de hacer alianzas, no tanto en nombre de una abstracta lealtad, sino más bien en vista de un provecho. Tomamos nota de ello, considerándolo una señal de su progresiva civilización, la cual, como bien saben ciertos filósofos, no puede más que sepultar la pureza de espíritu. Lo que no entendemos, en cambio, es cómo se ha llegado a la paradójica situación por la cual Su Majestad y el gobierno deben esperar la decisión de los jefes de las tribus respecto a la intervención de los indios en los desórdenes de las colonias, cuando sabemos que esta intervención no se ha pedido y que, por tanto, son los jefes de las tribus quienes deben esperar una proclama de Su Majestad para poder alinear a sus guerreros entre las filas del ejército. La diferencia puede parecer sutil, pero en realidad es capital y nace, creemos, de un malentendido sobre las palabras del ministro, que ha pedido al príncipe Thayendanega que conserve el

apego de los indios a su Rey, sin con ello intentar, desde luego, formalizar un pedido de apoyo militar. No ocultamos que no nos parece que las vicisitudes americanas necesiten de la intervención de aliados, de una u otra parte. Como decía Salustio, «hay aliados que es preferible no alinear». Los únicos indios que esperamos ver combatiendo con los Casacas Rojas son esos sohock de los cuales toda Londres ha hablado tanto en los últimos meses. Hace ya dos semanas que no se registran delitos atribuidos a estos salvajes —sin duda menos civilizados que sus presuntos hermanos—, y varias voces creen que han sido capturados por un pelotón de alistamiento y embarcados en un navio de la Marina que partía hacia las colonias.

Pronto Londres se despedirá también de los verdaderos indios. Dentro de un mes, la delegación encabezada por el príncipe Thayendanega zarpará hacia Nueva York. Esperamos que su uso en la batalla no aliente, aun más allá del Atlántico, a escoria y canalla a cometer crímenes y pedir reconocimientos.

Si mal no recordamos, estaban disfrazados de indios mohawks los delincuentes que asaltaron los barcos del puerto de Boston para echar por la borda el té de la Compañía de Indias. Dicho espíritu de imitación ha ya producido demasiado trastorno. No es caso de echar más leña al fuego.

Panifex

28

La tropa alineada detrás del muchacho presentó armas. Peter avanzó hacia el general. Tambores y pífanos marcaron los pasos. El sol brillaba alto, nubes corrían al este. Banderas ondeaban.

Era magnífico. Toda la belleza de la vida marcial contenida en una sola escena, la bóveda del cielo como bastidores del teatro. Al término del discurso, el general Burgoyne colocó la medalla: el ceremonial consentía al condecorado unas palabras de agradecimiento.

Guy Johnson sonrió. Sin duda el mestizo hacía honor al nombre de los Johnson. La satisfacción se reflejaba en el rostro del superintendente: otro éxito más para llevarse en el saco. Detrás de la impasibilidad, en cambio, solo otro mohawk hubiera podido percibir la complacencia en los ojos de los dos indios.

Peter abrió la boca. El superintendente, el príncipe y el eremita aguzaron el oído. Una fuerte ráfaga recorrió la plaza de armas. El viento se llevó la voz.

Llegaron nítidas solo las últimas palabras.

—…aún son muchos, y mucho más peligrosos que Ethan Allen. Conozco mi deber, y por eso pido a Su Excelencia el honor de poder servir al Rey y a mi país entrando a formar parte de su regimiento.

Los ojos del muchacho brillaron.

Los americanos se quedaron de piedra. Bastó cruzar una mirada para comprender que Peter les había tenido a oscuras a todos.

El momento pareció eterno. Enfundado en su uniforme rojo, Burgoyne miró largo tiempo al joven, como para evaluar el peso de la petición. Luego hizo una mueca satisfecha. Y la rechazó.

Peter aguantó el golpe sin mover un músculo, pero el general habló otra

vez. La voz acostumbrada a dar órdenes atravesó la plaza de armas de una punta a otra. Todos los soldados de Su Majestad combatían por el reino y por su propia casa, dijo. Por eso el portaestandarte Peter Johnson no se alistaría en un regimiento que debía zarpar hacia Canadá, sino en los refuerzos del 26.° Regimiento de los Cameronians, asignados a la colonia de Nueva York. Partirían en un par de meses. El joven héroe podría combatir por su tierra natal.

Peter pareció erguirse aún más en posición de firmes, como si se elevara del suelo. Los acontecimientos le encontrarían en su sitio. Había tomado la mejor decisión. Su madre se sentiría orgullosa de él, la memoria de su padre sería honrada por la victoria sobre el enemigo de siempre.

Era lo correcto. Era el momento de recorrer su propio sendero de caza.

Philip observó el rostro del muchacho e intuyó sus pensamientos. Estaba listo. Ya no era deseo de aventura, no había nada que quisiera demostrar. Había cruzado el umbral. Había encontrado un motivo para combatir y lo haría hasta el final.

Lo mismo les había pasado a él y a Joseph, muchos años atrás.

—Nos tocaba a nosotros llevar a la guerra al muchacho.

Philip se esperaba una reacción así. Tampoco él estaba contento. Al término de la jornada, la melancolía le asaltaba, pesaba sobre los hombros, ineluctable.

Joseph estaba entristecido. Había rechazado el carruaje y pretendido regresar a pie. Philip había decidido acompañarle en la luz del crepúsculo. Las calles no eran seguras.

—Eso es lo que hemos hecho. Por eso Ethan Allen está en la cárcel y el muchacho puede caminar solo —dijo mientras intentaba evitar los charcos. Se plantó delante de Joseph y le miró a los ojos—. Tú has dicho que teníamos que combatir por el Rey.

Joseph contrajo las mandíbulas.

—Estoy orgulloso de que mi sobrino combata en el ejército del Rey —dijo—. Pero quería que fuera a mi lado. Quería que combatiera junto a nuestros guerreros.

Joseph se movió. Philip lo retuvo por el brazo y siguió mirándole a la cara.

—Ha elegido combatir entre los blancos, la gente de su padre. Cada

hombre tiene un camino trazado por el cielo.

Por un instante, Joseph pareció haber perdido la orientación. Sombras monstruosas se arrastraban por las paredes, insidiosas como serpientes. Estaba oscuro, y los faroleros aún no habían terminado el recorrido.

La noche apremiaba. Sin hablar más, aceleraron el paso.

29

Un vuelo de gansos atravesaba las nubes, uno tras otro, punta de flecha en busca del horizonte. El conde de Warwick comentó que esos pájaros habían visto muchas más tierras que él. Un par de alas podían más que los títulos de nobleza y las riquezas. La naturaleza impone a ciertas especies la migración. Quizá también a algunos hombres. Otros son sedentarios, las cadenas que los atan a los lugares son pesadas, herrumbrosas, doradas solo en algunos casos. Warwick intentó en vano contar los pájaros: muy movedizos. El placer de la gregariedad jamás los habría de abandonar. Seguirían siendo una bandada de gansos hasta la muerte, hasta la próxima generación de gansos, y sus semejantes nunca conocerían el hastío.

El conde de Warwick observó al hombre que posaba para el señor Romney: penacho de plumas, camisa blanca, brazaletes de plata para sujetar los puños. El retrato del príncipe Thayendanega permanecería en su casa de campo, elocuente testimonio de su amistad.

—Está en buenas manos, señor Brant. El señor Romney logra infundir el brillo de la vida en los ojos de los modelos. El alma aparece a mano alzada.

La voz de Warwick era llana, sin señales de excitación. El pintor se cubrió el rostro. Era el juego de roles que imponía esa reacción: Romney era consciente de su propia maestría. Cada uno de los gestos estudiados y revestidos de sacralidad. Diluir los colores. Medir el objetivo que debía retratar con el pincel. Extender nubes de pigmentos variados sobre la tela: toques rápidos como la lengua de un cachorro que lame un tazón de leche, pinceladas amplias como la corriente de un río cuando llega a la llanura.

—Ya casi hemos acabado —dijo el pintor—. Por favor, levante un poco la barbilla, señor Brant.

Warwick miró de nuevo hacia fuera. La luz de la tarde era suave, anunciaba la época cálida.

—¿Nunca ha sufrido melancolía, señor Brant? Yo sí. Me entra siempre, a esta hora. En tiempos antiguos se hubiera dicho que mi vida está bajo el dominio de Saturno. ¿Existe algún remedio indio para esta disposición de ánimo?

Joseph respondió con seguridad.

—La caza. Yacer con una mujer. Jugar con los niños. Fumar la pipa. Danzar. O también, sentarse y mirar el horizonte. Es extraño, cosas muy distintas sirven para curar el mismo mal.

Warwick asintió.

—Dígame. ¿No siente nostalgia? ¿En qué piensa cuando lleva la mente a casa?

Delante de Joseph aparecieron los rostros de Susanna y los niños. La finca. Canajoharie. Molly.

—En el respiro de mi mujer, por la noche, junto a mí. La piel de mis hijos. Los olores. Aroma de arándanos en los bosques a la orilla del río, maíz tostado y jarabe de arce. Aroma de cosas sabrosas en el almacén de mi hermana.

Warwick parecía a punto de llorar.

—Si perteneciera a un lugar distinto, yo también tendría nostalgia. Le confieso que siento una sensación muy similar, a veces. Nostalgia de lo desconocido, de lo no visto, de lo no imaginado. Nostalgia de las vidas de otros que se han cruzado con la mía.

—Ha sido muy generoso con nosotros —dijo Joseph—. A cambio, no ha querido nada más que mi imagen en un retrato. Esto es… —buscó la palabra adecuada en un rincón de la mente— halagador. Espero que algún día pueda devolverle el favor teniéndole como invitado en América. Será bienvenido. Curaremos su melancolía.

Warwick sonrió apenas. Se vio a sí mismo rodeado por un enjambre de mujeres y niños indios, pero enseguida se dio cuenta de que no sabía cómo imaginárselos: el único indio que había conocido estaba ante él.

La emoción le cerró la garganta y humedeció los ojos.

Habló con voz ronca.

—Sabe, yo nunca he viajado en toda mi vida. Lejos de esta isla, me sentiría perdido. Londres y yo somos dos viejos amantes caprichosos. Nos provocamos, incluso nos concedemos pequeñas traiciones. Pero no nos

dejaremos nunca.

Reaccionó y pidió al pintor que girara la pintura para poder verla con las últimas luces del día.

Romney lo hizo.

—Se ha superado a sí mismo —comentó Warwick después de un instante de silencio—. He aquí el alma del héroe americano.

El pintor hizo una inclinación reverente y se despidió. Regresaría al día siguiente para los últimos toques.

Cuando ya se había marchado, Warwick advirtió el aire perplejo de Joseph ante el cuadro.

—¿Piensa que he mentido?

El indio le miró.

—Creo que no soy yo. —Señaló la pintura—. Este hombre es un blanco como ustedes.

El hombre retratado era un americano irreal, la piel y los rasgos eran los de un europeo. Solo los ojos eran los de Joseph Brant, vivos como llamas.

—Al contrario, señor. El artista ha captado la esencia, el concepto, la idea misma que usted encarna. —Rozó extasiado el lienzo—. ¿Lo ve? Bajo las ropas del jefe indio asoma el caballero. La nobleza no es prerrogativa de nuestro viejo mundo; existe algo más antiguo, primigenio, que no depende de los blasones. Es la nobleza de ánimo, la virtud que ha sido de los atenienses y de los espartanos, y que se aprecia en este rostro. —Se giró para mirar a Joseph—. En usted.

Hizo una inclinación, que Joseph a su vez correspondió.

—En pocos días partirá —continuó el conde—. Al menos conservaré algo tangible de su paso entre estas paredes.

—Tal vez cuando la guerra acabe y la alianza entre nuestras naciones se consolide, nos volveremos a ver—dijo Joseph.

—Tal vez —comentó el conde en tono amargo—. O tal vez estaremos muy cambiados como para recordar lo que somos ahora. —Apartó el manto triste que le había envuelto y reaccionó—. Creo que a un guerrero se le suelen regalar las herramientas propias del oficio.

Se acercó a un mueble y sacó un estuche de madera largo y estrecho. Abrió la tapa para que Joseph pudiera ver el contenido. Dos pistolas con empuñadura en relieve estaban colocadas sobre un paño de terciopelo verde.

—Solo han sido usadas una vez, por mi tío, en un duelo. El honor de

nuestro apellido fue defendido por un disparo certero que aún da que hablar en las reuniones de familia. —Sonrió—. Estoy cierto de que usted les dará un uso mejor del que yo les podría dar.

Joseph aceptó el regalo con gesto resuelto. Acarició las pistolas, las empuñó, tanteó su peso.

—Cuando disparen contra los enemigos del Rey, será como si usted hiciera fuego.

—Por fortuna, no —dijo el conde—. Mi puntería no es comparable con la de mi tío, de feliz memoria. Erraría el tiro a una vaca que entrara por la puerta. Pero le agradezco la gentileza.

Joseph no supo qué más añadir. Lanzó otra vez una mirada a su doble, que observaba la escena desde el caballete, luego estrechó con fuerza la mano del conde.

30

Cuando su padre deshizo el abrazo, Esther sintió que se helaba. Una vez más ese hombre la dejaba a sus espaldas, como en Oswego.

Le miró mientras abrazaba a tía Nancy y estrechaba la mano de tío Daniel, que se quedaba en Londres esperando su nombramiento. Se quedaría con ellos hasta el momento de regresar a América, al acabar la guerra.

Su padre estaba a punto de partir y ella no sentía nada. Tiempo atrás, ese hombre gordo y nervioso le había inspirado respeto y afecto.

Miró de nuevo a su padre cuando se despedía de Peter. El muchacho llevaba un uniforme rojo, se había convertido en soldado del Rey. También él partiría a América, pero después, con el ejército, para combatir contra los rebeldes. Su primo recibió el abrazo de Joseph Brant, que le habló en su idioma, el rostro serio pero con tono íntimo, paterno.

Los criados acabaron de cargar el equipaje en la diligencia. Alguien dijo que era hora de marcharse. Los barcos les esperaban en Falmouth.

Aunque era junio hacía frío, a esa hora de la mañana. El sol aún no se había asomado por encima de los tejados y una bruma ligera cubría la mitad inferior del mundo. Esther se encogió en las pieles y sintió un hormigueo en la base de la nuca, que le obligó a volverse.

Philip Lacroix estaba allí. La chiquilla tocó por instinto el brazalete que le había regalado en la leñera. Lo llevaba bajo la manga del vestido.

Con el pensamiento, le pidió que la sacara de allí de nuevo. Que no la dejara en aquella ciudad oscura y brumosa. Se lo pidió al ángel de la guarda, no al Diablo.

Se acercó:

—Ya no nos volveremos a ver, ¿verdad?

Philip miró a lo lejos, más allá de la diligencia, más allá del camino y el puerto. Esther esperó que escrutara el futuro. Esperó que pudiera desmentirla.

—Si sucede, estaré muy feliz —respondió, antes de montarse en el pescante junto al cochero.

Esther sintió los pies como cadenas, las piernas de piedra. Lloró. La diligencia se puso en marcha. Su padre saludó otra vez por la ventanilla, pero ella no lo vio.

31

La guerra sería música.

El regimiento era la formación más grande que se podía dirigir con la voz.

Peter marchaba y marchaba hinchando el pecho, mientras tambores y gaitas acompañaban las maniobras en la plaza de armas. En los primeros días, el esfuerzo había sido ímprobo: sostener el estandarte del regimiento requería vigor y renuncia de sí mismo. A medida que los días pasaban, el cuerpo se habituaba y el temple de joven hombre de los bosques se fortalecía.

Cada compañía tenía uno o dos tambores, y una o dos gaitas. Marcha lenta, Marcha veloz, Strathspey y Reel: cuando varias compañías se unían, los músicos se agrupaban para marcar el paso y animar las fatigas de los hombres. La música daba fuerzas a las piernas, relajaba los brazos tensos, apartaba los pensamientos de la cabeza.

Era magnífico. Peter pensaba que hubiera podido marchar por siempre.

Terminadas las consignas de la jornada, la tropa deambulaba por las calles del pueblo en busca de cerveza. Antes de la hora de la cena, tambores y gaitas recorrían las calles para advertir a los vendedores que era hora de cerrar. Peter regresaba al campo, saciado de cerveza pero hambriento de comida. Sucedía a veces que acababa en los brazos de una mujer de tropa, pero nunca encontraba lo que había sentido con el hada de la Torre de Londres.

La música abría y acompañaba las jornadas. Y las cerraba, por lo menos hasta que alguien se quejaba. Después de la cena, había tiempo para

ejercitar sus dedos y dejar volar la mente.

—¿Cómo se llama esta marcha, muchacho?

El sargento Bunyan había metido la cabeza dentro de la tienda sin pedir permiso. Era un hombre corpulento y entrado en años, enfundado en un uniforme de color ladrillo. Peter dejó el violín y se dirigió al intruso en tono gélido.

—*An Faire*, sargento. Es una doble jiga. Y le ruego que no me llame muchacho.

—Cierto, disculpe. Es que le veo tan joven, señor Johnson. La edad de un tamborilero, más o menos. No era mi intención faltarle el respeto.

Peter vio que el hombre era sincero. Decidió que ese rostro ajado le agradaba.

—Acepto las disculpas, señor.

El sargento abrió su cara en una sonrisa, una arruga más amplia en medio de las que surcaban su rostro.

—Se lo agradezco, y hago una petición, si no soy muy insolente: ¿podría tocar algo de buena música escocesa?

Peter sonrió.

—Señor, la buena música escocesa es música irlandesa.

El sargento sonrió a su vez e hizo el saludo. El muchacho era muy listo.

Era una de las frases preferidas de sir William. «La buena música escocesa es música irlandesa». Y también: «Las familias escocesas más importantes tienen sangre irlandesa».

Sir William estaba orgulloso de sus orígenes.

También estaba orgulloso de ser Warraghiyagey. Y de servir a la Corona.

Sabía muy bien lo que algunos pensaban de los irlandeses, de su fidelidad dudosa. Sabía también que los escoceses no eran vistos de forma muy diferente. En Londres había oído decir que los escoceses más conocidos formaban un grupo que controlaba al Rey. Los londinenses llamaban «política» a esos chismorreos. Pero sir William decía que la fuerza de Britania estaba en ser un Reino Unido: el tiempo diría quienes eran los mejores súbditos y más leales.

El arco hizo vibrar las cuerdas del violín. An Faire. La canción preferida de su padre, el violín nuevo regalado por su madre. Tocar esa música nunca le había gustado, tiempo atrás. Cosas de viejos: pero ahora, las simples escalas de cinco notas y los ritmos de danzas escuchados mil veces durante la infancia surgían a menudo en las cuerdas del violín, como si salieran de las del alma.

Nostalgia de su madre. Era difícil admitirlo para un soldado, no para un joven mohawk. Nostalgia de sir William, también. De Johnson Hall y de los bosques.

32

La historia se la había contado Gwenda, una furcia de Soho Square que se plantaba siempre en el Ojosolo para echarse un trago antes del turno.

Había sido la tarde anterior, justo debajo de la casa.

Estaba en la ventana para atraerse la clientela, todos málchicos y zanguangos, porque al estar ahí los indios, los dedones con pasta andaban en otras cosas, la ganancia era poca y tocaba hacer con los peores grasños de Soho.

De sopetón, al otro lado de la plaza, aparece este palanquín, con unos dentro haciendo jolgorio y unos que portan emperejilados, con capotes y guantes blancos, tirando tranquilos como si estuvieran en Vauxhall para la hora del té.

Ella se había despechugado los grudos, los había acomodado en la pechera y se había puesto a chillar cosas cochinas, de esas que las oyes y ya quieres polear. Era nada más el inicio, que a las golosas suya y de aquellos otros se mezcló una tercera, un cricho de bestia degollada, y después salió a la plaza una cuadrilla vestida de Adán, con el arco, las flechas y todas las menucias del año indio. Los de dentro del palanquín saltan abajo, los porteadores se paran y van a meterse en la calleja oscura, con los indios pegados al culo.

Entonces, de la ventana de Gwenda ya no se vio más nada, solo dos fulanos que se asoman de sucuchos sobre el callejón y uno echa la bazofia de un orinal, el otro tira algo que no se entiende, pero enseguida se arma un barullo que parece que allí debajo los están destripando.

Después de unos buenos diez minutos de chillidos y jaleo, el callejón los escupe fuera, en fila como soldados, delante los dos porteadores, luego cuatro en cueros, que deben de ser los indios, pero ahora tienen las seseras

dentro de sacos y una red encima que los ata a todos juntos, y detrás otros cinco o seis zanguangos, que cuando pasaron debajo de Gwenda, uno hasta le echó el ojo y ella lo reconoció, parece que es uno fijo, un infame que se embolsa la tela con una panda que recluta de las más guarranosas.

Así que el año indio solo había durado seis meses, pensó Ojosolo Fred. El Emperador y sus drugos acabaron en la Marina, tal vez mandados a las colonias, a escabechar indios verdaderos. Los salvajes de Londres eran demasiado escoria para convertirse en nación, pero lo bastante pulidos para enfundar un uniforme. Al revés de aquellos de allá del océano. Demasiado escoria para servir en el ejército pero lo bastante pulidos para… bueno, en fin, al contrario.

Ojosolo pensó que la taberna de nuevo era suya y esta vez, si no quería regalársela a cualquier cabrón, tenía que estudiárselo bien. Claro, el primer cabrón que viniera allí dentro con cuatro drugos armados y guarranosos, se la quitaba con nada, la taberna. Todo estaba en no dejarles venir. Si había algo que le habían aprendido, esas cabezas chifladas, era la frase que el Emperador repetía muy seguido.

El miedo es el alma del comercio.

Para empezar, un letrero. Taberna de Ojosolo, quizá, para dejarlo claro de entrada. No, qué va, Ojosolo Fred, ahora, metía miedo solo a los malencos. Mejor, La Taberna del Emperador, como para recordarte que aquel, antes o después, hasta podía volver. Los curas hacía siglos que tiraban adelante domando a los fieles con una chorrada de este tipo, ¿por qué no le iba a salir bien también a él, durante esos años piojosos que le quedaban por hacer? Si el miedo era el alma del comercio, el comercio tenía mucho que aprender de la Iglesia de Cristo.

La Taberna de los Mohocks, bien, sí, o La Taberna de la Cabellera Cortada, eso, porque ese lunático del Emperador le hizo quedársela, la cabellera de Dread Jack, nunca se sabe, y ahora en efecto resultaba buena, podía clavarla en la pared detrás del banco, bajo un par de hachas cruzadas, donde tenía el retrato al carbón que le habían hecho en cárcel. A lo mejor con la taberna india hasta podía despachar ese bebistrajo, con ginebra, melaza y extracto de menta, que el Emperador piteaba sin parar, y sus drugos estaban obligados, porque decía que ese era el trago preferido de su abuelo y de los otros indios que habían visitado a la reina Ana, antes de que los teutones se metieran en el trono. El bebistrajo también resultaba bueno, para recordarse que allí, en la antigua Taberna Ojosolo, ahora De la

Cabellera Cortada, la Séptima Nación seguía arrejuntándose, hasta que el Emperador volviera de América, con pieles de castor y hembras para todos.

Veinte galones de jarabe con menta. Si conseguía darles salida antes de que criaran gusanos, se lo iba a tatuar en el culo.

El miedo es el alma del comercio.

EL REGRESO

1776

Ningún rastro del *Lord Hyde*. El bergantín de Joseph y Lacroix se había separado del convoy con la tempestad. Guy Johnson escudriñaba el horizonte esperando ver aparecer los árboles.

Hasta ese momento, tedio y fatiga le habían acompañado como una sombra bifronte. El tedio era un arrastre de Londres; la fatiga, tal vez, un anticipo de las pruebas por venir. Días y días de mar, caminatas para desentumecer las piernas, lecturas distraídas, visitas a los otros barcos, comidas asquerosas.

El olor que salía de las bodegas y los alojamientos de la tripulación hería las narices. Guy sintió nostalgia de la grasa de oso.

Se apoyó en la regala, las olas eran grandes, vertiginosas. Le habían aconsejado que mirara a lo lejos, un punto en el horizonte, o echaría hasta el alma a los abismos conato tras conato.

El viaje hacia América. Una estela de desechos arrojados desde la cubierta, un reguero de mierda y vómito.

Se sentía como el hombre-máquina de esos libros franceses que había hojeado en Londres. Necesitaba aceite en todas las articulaciones. El hombre-estatua, conectado con el mundo externo por un túnel de sentidos, escondido dentro de una masa de materia inerte.

Guy Johnson sabía que la estructura de huesos era demasiado débil para sostener el peso de la carne y la grasa en exceso. Y si encima de la carne y la grasa se apoyaba el peso de la responsabilidad y las preocupaciones, bueno: el castillo de naipes se derrumbaba, árbol podrido abatido por un

rayo.

Más allá del horizonte, para no vomitar. Más allá del horizonte, donde Marte recorría la Tierra.

Sintió que tedio y fatiga estaban apoyados en algo más profundo.

Miedo. Hijo de la incertidumbre, pero también de la conciencia de sí mismo. Pensó en Esther y en las niñas. Pensó en el primogénito varón, que nunca habría de llamar por su nombre.

Pensó en la sombra de su esposa.

Pensó en todo lo que ya había perdido, y en lo que aún corría el riesgo de perder.

La delgada línea oscura no era la costa americana, sino la isla de Bermuda. La sentencia del capitán Silas fue acogida con una serie de blasfemias entre dientes y salivazos al suelo, maldiciendo la suerte adversa que les había arrastrado hacia el sur. La tempestad en medio del Atlántico los había separado del resto del convoy, llevándoles seiscientas millas fuera de rumbo. Estaban a flote. Estaban vivos. Solo había que remangarse las mangas.

El mar traiciona, pensó Philip mientras escuchaba hablar al capitán. No puedes plantar los pies, estás suspendido en el abismo, a merced de los elementos. Sobre el mar te deslizas. Y cuando el viento encrespa la superficie, la llanura se transforma en montaña, aluvión que te hace rodar como una canica.

Del mar surgen monstruos. Las bestias satánicas de las Escrituras provienen de Océano, como también la serpiente que devoró a Laocoonte y a sus hijos.

El mar es insidioso e infernal. Morir en el mar significa no tener una tumba, un sitio donde descansar.

Sin embargo, el océano le había devuelto el color al rostro. La palidez de Londres pertenecía al pasado: después de la borrasca, el cielo se abría sobre el barco, azul intenso surcado por altísimas nubes.

Poder mirar lejos, reacostumbrar la vista a los espacios amplios después de aquellos estrechos de la capital, significaba tratar de quitar el velo que cubría los días futuros. Pensar en lo que habría de ser ayudaba a dominar el sentido del pasado, el lejano y el reciente.

Desde que estaban en el mar, había evitado los intentos de conversación

de Joseph. Se limitaba a pocas palabras: sí, no, tal vez.

Pero ahora se encontraban de nuevo uno junto a otro, apoyados en la regala.

—¿Qué piensas? —preguntó Joseph.

El rostro de Philip fue atravesado por una sombra.

—Dos edificios de Londres podrían contener a toda nuestra gente. Si algo sale mal, el nombre de los mohawks se perdería para siempre.

La expresión de Joseph se hizo dura, decidida.

—Sabré convencer a la Casa Larga. El ejército del Rey no tiene límite, los hombres que tomarán las armas por él son imposibles de contar. Nosotros venceremos.

Philip no rebatió, atención atraída por un perfil lejano.

Una vela.

Los dos indios observaron el enigma que se recortaba ante ellos.

—No parece uno de los barcos del convoy —dijo Joseph. Philip sacudió la cabeza.

Tal vez provenía de las islas. El nombre grabado en la proa apenas se entreveía a distancia. Argos, le pareció ver. Joseph no sabía mucho de grandes naves, pero había sido barquero bastante tiempo como para notar que tenía un calado muy bajo. Nada de carga. Era más ligera y veloz que el *Lord Hyde* y avanzaba rápido hacia ellos.

El grito llegó desde el palo mayor.

—¡Nos quitan el viento!

Con una maniobra brusca, el bergantín había entrado en la estela de la nave. Joseph escuchó que las velas se deshinchaban con el ruido de un saco aplastado. Luego un estallido lejano anunció la columna de agua que se levantó por delante de la proa, llenando la cubierta de salpicaduras.

El capitán Silas gritó. Los hombres corrieron por todos lados. Aparecieron las armas.

Joseph se volvió hacia Philip. Estaba cargando el fusil.

El segundo cañonazo desgarró el velamen. Silas ordenó virar, presentando el flanco al enemigo y apuntándole con los cañones de a bordo. La nave pirata respondió con una maniobra arriesgada, se deslizó al lado del *Lord Hyde*, tan cerca que impedía el cañoneo. Los dos costados quedaron a pocas yardas de distancia, los marineros dispararon desde detrás

de las regalas, alguien lanzó perdigones de hierro y clavos con un tirador. Una voz gritó:

—¡Rendios a los Estados Unidos de América! ¡Entregad la carga y el barco!

El Argos intentó cortar el rumbo del *Lord Hyde*. Con el velamen dañado, el timonel hizo todo lo posible para evitar el choque. Los dos barcos de nuevo estaban uno al lado del otro, casi rozándose. Primero llegó la carga de fusilería, luego un lanzamiento de ganchos y anclotes, que los marineros del *Lord Hyde* se apresuraron a soltar o cortar, cubiertos por el fuego de los tiradores.

Joseph y Philip apuntaron contra las figuras que asomaban en el castillo de popa y dispararon al mismo tiempo.

El humo se hizo muy espeso para distinguir un blanco. Los hombres esperaron, los cañones de los fusiles apoyados en la barandilla.

Joseph pensó que hubiera sido triste morir en medio del mar. No volver a ver su casa. Sus hijos. Susanna. No era así como tenía que cumplirse su destino.

Si no podía oponerse a la voluntad de Dios, vendería cara su piel.

Murmuró una plegaria.

El eco de las explosiones y de los gritos empezó a perderse.

El silencio conquistó el espacio más allá de las regalas. Chapoteo, viento. Entrevieron el perfil oscuro de la nave corsaria en retirada. Los habían rechazado.

Insultos llegaron muy lejos. El contramaestre restableció el orden a empujones y patadas, avanzando entre el olor a mierda y pólvora negra.

«Estados Unidos de América», pensó Philip.

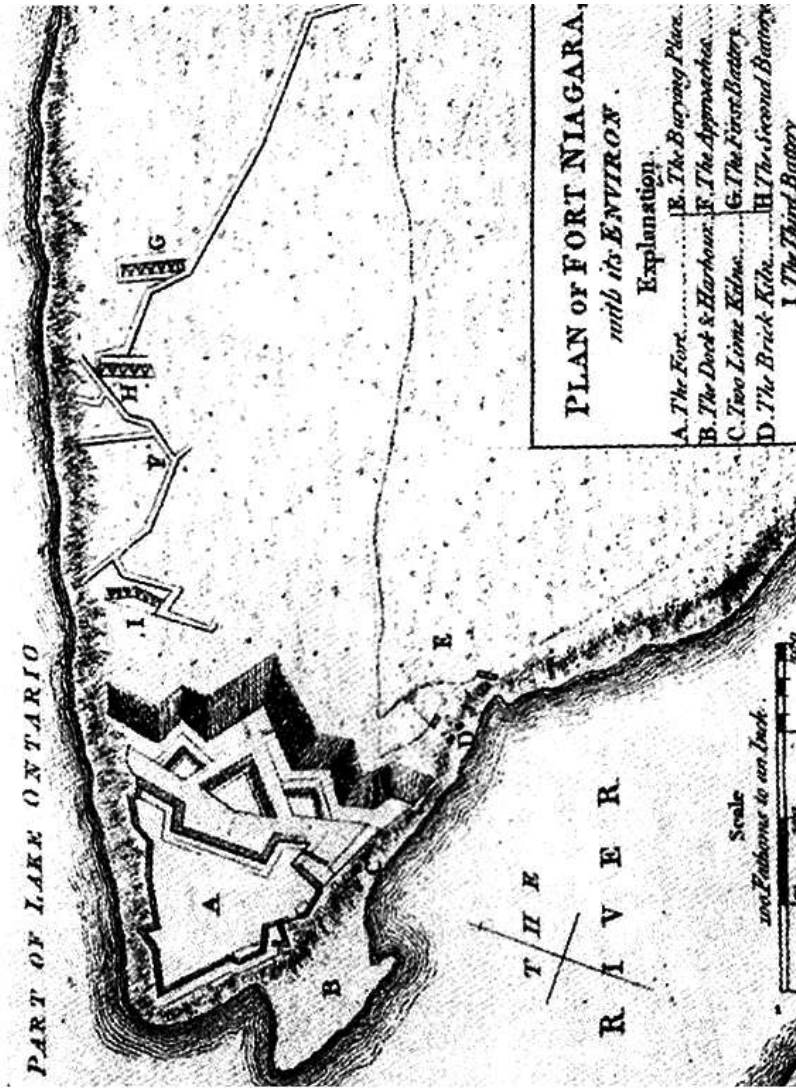
El Leviatán les había alcanzado en medio del océano.

Vio que Joseph se acercaba. Aún empuñaba el fusil. Comprendió que la muerte le había pasado por la mente, apartando el miedo. Tenía en su rostro la firmeza de un Rey de Israel.

No hacía falta soñar para saber lo que les esperaba en tierra firme.

Tercera parte

CORAZÓN FRÍO FRÍO
1776-1779



Planta de Fuerte Niagara (John Carter Brown Library).

1

El Mástil de la Libertad se alzaba hacia lo alto, hacia el cielo. El tronco de abedul había sido pulido con más cuidado e izado de nuevo entre cantos, bailes y renovados augurios. El juramento había corrido de boca en boca: ninguna bota de terrateniente lealista profanaría ese símbolo. La bandera del Congreso ondeaba, roja como la sangre de los primeros mártires. Se decía que en otros lugares había empezado a flamear otra bandera, pero en el valle aún nadie la había visto.

El cielo estaba atravesado por nubes de algodón, el calor era agobiante.

El coronel de la milicia Nicholas Herkimer se sentó, dándose aire con un pañuelo blanco. La gente, los patriotas, un nuevo pueblo en formación llenaba la plaza frente a la iglesia. Muchos mostraban impaciencia. Desde que John Johnson y sus guardianes se habían marchado, la milicia y el comité de seguridad pública tenían en un puño esa zona del valle. Los días de miedo parecían haberse acabado, mejor dicho: continuaban, pero con la otra facción, en perfecta simetría.

Herkimer había sido capitán durante la guerra franco-india, había cumplido siempre su deber respecto a la colonia. Por eso mismo se había alineado del lado correcto. Los motivos eran ideales, más que concretos. La libertad era lo que siempre había caracterizado a los súbditos del rey de Inglaterra. Hacía años, sin embargo, que Jorge III se comportaba como un tirano, aplicando impuestos infames y tributos humillantes, volviendo el rostro a todas las peticiones de representación por parte de las colonias de América. Los súbditos, así las cosas, ya no eran tales. Ya no tenían ningún vínculo. El documento que tenía en sus manos lo demostraba.

Era una versión impresa de la declaración que el Congreso había formulado poco tiempo antes. A partir de ese momento, no había súbditos.

Había ciudadanos, y las colonias eran una nueva Atenas, una nueva Roma republicana. El soberbio Tarquino inglés ya no podía decidir sobre sus vidas. El nuevo Darío que estaba llegando con un inmenso ejército tendría su Maratón.

Ahora tenía que explicárselo, mejor dicho, traducirlo a los presentes. En su mayoría inmigrantes alemanes y holandeses, para ellos el inglés era un idioma casi desconocido. Herkimer se preguntó si sería capaz de expresar aquellos elevados conceptos en mohawk dutch, el dialecto local, mezcla de inglés, alemán y holandés, hablado de una forma inaccesible para los extranjeros. Miró a su alrededor, y se preguntó si la mayoría entendería, aun con la mejor traducción posible.

Una vez más, Herkimer no pudo evitar pensar que todos los problemas en el valle tenían que ver con una ausencia. Sir William: le había conocido bien, habían combatido juntos, y nadie podría convencerle de que un hombre como él hubiera dado la espalda al grito de libertad que se alzaba en toda la colonia. En tiempos del Stamp Act, justo dos años después del fin de la guerra franco-india, sir William no se había pronunciado en contra de las demandas de los *whigs*. Se había limitado a decir que esas razones corrían el riesgo de ser llevadas a cabo en forma impropia. En los años posteriores, siempre había hecho acto formal de sumisión a la Corona, en su posición no hubiera podido hacer otra cosa. Pero había muerto antes de que la situación se precipitara, antes de que la madre patria comenzara a violar y frustrar las demandas legítimas de las colonias. Eso que decían algunos patriotas, que sir William se hubiera puesto de su parte, tal vez era excesivo. Pero sin duda hubiera sido lo bastante inteligente y perspicaz como para no alinearse del lado de un tirano.

Los hijos, los herederos y sus indios habían sido mucho menos lúcidos. Habían tenido miedo.

Herkimer pasó revista a los rostros que abarrotaban la plaza.

—Queridos amigos, veo con placer que estamos todos presentes. Cuando la campana de la libertad tocó sus primeras campanadas, en verdad éramos muchos menos. Todos recordamos lo que ocurrió la primera vez que levantamos el mástil. La prepotencia y la arbitrariedad animaron a otras personas a unirse a nuestra causa. Nosotros hoy…

¿Recordamos? ¿Levantamos? Jonas Klug frunció los labios con una

mueca perpleja. La había oído miles de veces, la historia del mástil. Gente como Rynard no perdía ocasión para hincharse como un pavo: «Yo estaba allí». Como diciendo: tú no, has llegado más tarde, te has dado cuenta después, cuando se necesitaba menos coraje. Miles de veces, y en ninguna de ellas aparecía Nicholas Herkimer. El también se había dado cuenta tarde, pero ninguno de los valientes se atrevía a corregirlo, mudos como piedras.

Y en tanto él explicaba, decía algo sobre la independencia, que el Rey ya no tenía autoridad alguna sobre la colonia, que los ciudadanos de los Estados Unidos de América eran libres y tenían derecho a la felicidad.

Bellas palabras, claro que sí, pero luego detrás del humo había poca llama. De libres nada. ¿Querías dar una lección a un lealista engreído? Disculpe, nada de iniciativas individuales, orden del coronel Herkimer. ¿Querías hacer entender a los salvajes que las cosas habían cambiado? De ninguna manera. Si ibas a Canajoharie, tenías que ir desarmado. Se lo había prometido Herkimer a la bruja india, a lo mejor a cambio de una buena follada, o quizá no. Cuando estás podrido de dinero y las tierras te salen por las orejas, no es tan difícil ser un caballero, respetar al enemigo, dar cuarteles y otras ñoñeces de oficiales.

El sermón concluyó con aplausos y vuelos de sombreros. Cuando el tumulto se aplacó, Klug se aclaró la voz y pidió la palabra.

—Hay algo que no me queda claro, coronel. Los salvajes que viven en el Estado libre de Nueva York, ¿también son ciudadanos o qué?

—Si por salvajes se refiere a los indios, señor, entonces no, no lo son. Pero deben decidir si serán amigos o enemigos de la libertad.

—Perdón, coronel —rebatió Klug—, pero si no son ciudadanos, ¿por qué pueden habitar en nuestra nación? Si compro una casa para vivir allí, y luego resulta que hay gente dentro, yo quiero que la desalojen, fuera todos.

Las palabras de Klug levantaron rumores de aprobación.

Herkimer hizo un gesto con la mano y tomó la palabra.

—Usted olvida que este es un país de justos, señor, que toma como modelo los fastos de Roma y Atenas.

¿Atenas?, se preguntó Klug. No la conocía. ¿Roma? ¿No era la ciudad del Papa? ¿Qué tenía que ver el Papa con la nueva nación? No había ningún papista entre ellos, por fortuna.

—Las propiedades e incolumidad de los indios serán salvaguardadas, siempre que no atenten de modo explícito contra el Congreso y contra los

Estados Unidos de América. Antes de que nuestros antepasados llegaran de Europa, ellos ya vivían en estas tierras. Nuestra tarea es civilizarlas, no expropiarlas.

Klug hizo señas de que no tenía más preguntas, pero la respuesta no le había satisfecho.

Los salvajes estaban en América antes que nadie, qué novedad. También las ardillas, si era por eso, sin embargo nadie les pedía permiso antes de talar un bosque y cultivarlo con centeno. Klug estaba cada vez más convencido: había que librarse de los hocicos rojos de una vez por todas. Tarde o temprano, un general galante con pasión por las squaw se convencería de que los indios también tenían derecho a la felicidad. También los negros. También las ardillas y los bosques.

De seguir así las cosas, los Estados Unidos de América tendrían un oso como embajador, a un negro como ministro y a Hermana Calabaza sentada en el Congreso.

2

El viento dirigía el ejército de llamas. La ciudad de madera sufría ataques furiosos, las casas parecían luchar, retorcerse para no ser alcanzadas por el fuego, pero el enemigo era más fuerte y en poco tiempo la conquistaba, la incendiaba, la ofrecía como tributo a la noche hasta que se derrumbaban. Quedaban montículos de cenizas.

Peter había desembarcado hacía un día. Del Bronx había llegado hasta Manhattan, justo a tiempo para verla arder.

El ejército de Su Majestad había ocupado Nueva York después de la batalla de Long Island. Los rebeldes de Washington se habían retirado entre la niebla, marchando hacia el norte por el Río del Este. O tal vez no: tal vez se habían transformado en llamas.

En la gran pradera en el límite de la ciudad, evacuados con caras tiznadas contemplaban la destrucción. Habían decidido no huir, no dejar que Nueva York se convirtiera en una ciudad de espectros, soldados y desolación. Esta era la recompensa.

El incendio duraba ya muchas horas, se desplazaba hacia el norte y no encontraba obstáculos, el cielo estaba teñido de bronce y pirita. Imposible saber si el sol estaba próximo a levantarse.

Entre los evacuados circulaban voces, todos culpaban a los rebeldes. El fuego se había iniciado en una taberna en las cercanías de Whitehall, en el extremo meridional de la isla, y se había extendido hacia el norte y al oeste con el soplo árido de Eolo, destruyendo todo lo que encontraba entre Broadway y el Hudson. La vieja Iglesia de la Trinidad ya no existía, el fuego había devorado el magnífico órgano. Su valor era de ochocientas cincuenta esterlinas.

Algunos decían que los focos habían sido más de uno, y que al menos

un incendiario había sido detenido. Había amenazado con un cuchillo y herido en el brazo a una mujer, pero luego se llevó la peor parte. El cadáver, colgado de los talones, ya debía de ser cenizas.

¿Había sido él quien cortó las asas de los cubos? ¿Y quién había vaciado las cisternas de agua? Quién sabe cuántos se habían conjurado para causar el incendio. Habían tomado a la ciudad por sorpresa: no había campanas para advertir del peligro. Los rebeldes las habían fundido para hacer proyectiles.

A medida que llegaban los evacuados, las historias crecían y se entrelazaban. La multitud había echado a otros incendiarios, todos *whigs*, a las llamas que ellos mismos habían atizado. Llegaban voces de ejecuciones sumarias. En la pira de Nueva York, el viento levantaba brasas que un tiempo fueron hombres, juzgados culpables en un instante y fusilados, lapidados, apuñalados, pisoteados.

Un año antes, desde el salón panorámico de lord Warwick, Peter había visto fuegos de artificio variopintos. La simulación de un gran incendio, el anuncio de la guerra que nada perdona. Había tenido que cruzar de nuevo el océano para entender a qué se referían los maestros polvoristas venidos de Italia. Y ahora era un soldado.

Desde que llegó a tierra había intentado encontrar a Joseph, sin fortuna. Había subido a bordo del barco que le habían indicado, pero Joseph ya no se alojaba allí desde hacía varios días. Todos recordaban al jefe indio llegado de Londres, nadie sabía decir dónde estaba. Según algunos, había combatido en Long Island junto a los hombres del general Howe. Según otros, había participado solo en el regreso hacia Manhattan, insistiendo en que el ejército rebelde tenía que ser hostigado y alcanzado. Mentiras. Su tío dejaba leyendas a sus espaldas como si se le fueran cayendo, ropas demasiado amplias o incómodas.

Antes del anochecer, un oficial de Marina le indicó el barco donde se alojaba Guy Johnson. Peter aprovechó el poco tiempo que le quedaba antes de la revista del Cameronian y subió a bordo.

Una voz conocida respondió a los golpes en la puerta.

—¿Quién es?

—Peter Johnson, señor.

La puerta del camarote se abrió y apareció la figura corpulenta de Guy Johnson.

—Querido muchacho, ¿cuándo ha llegado? —Ayer por la mañana.

Se estrecharon con fuerza las manos. Peter advirtió que la de Guy estaba sudada.

El superintendente le hizo pasar dentro. El espacio era poco, en gran parte estaba ocupado por baúles y maletas.

—¡Menudo infierno! No tiene ni idea de lo que sucede aquí. He pedido regresar a bordo. Al menos hay algo seguro: el fuego no atraviesa el agua.

Guy quitó un par de bolsos y liberó una silla para ofrecerla a Peter. Él se sentó en la litera.

—¿Cree que han sido los rebeldes quienes causaron el incendio? —preguntó el muchacho.

Guy Johnson se encogió de hombros.

—Eso dicen.

Llevó una mano nerviosa a la botella abierta en la mesita y llenó dos vasos. Ofreció uno a Peter, que lo aceptó sin llevárselo a los labios.

—He buscado a mi tío Joseph, pero no hay rastro de él. ¿Tiene alguna noticia?

—Ya no está en la ciudad —respondió Guy después de tragar el ron—. Se ha marchado hace dos semanas, se dirigía a Oquaga, creo, con su familia.

—¿Lacroix?

—También se ha marchado. En dirección a Canajoharie. Es todo lo que sé. —Se sirvió más licor—. Las colonias han declarado la independencia. Las zonas del interior son un caos, bandidos y saqueadores hacen lo que quieren.

Peter dejó el vaso y miró más allá del ojo de buey que se abría en la pared. Podía divisar un trozo de cielo y la línea oscura de los edificios del puerto envueltos por la neblina. Hacía calor, el sudor se concentraba bajo la casaca de lana. Pensó en los dos hombres en viaje a través de una tierra hostil. Pensó en su madre, que no sabía de él desde hacía meses. Lacroix llegaría hasta ella, estaba seguro.

Reaccionó. Guy había preguntado algo.

—¿Cómo?

—Le he preguntado por su regimiento.

—Estamos bajo el mando del general Howe.

—Bien. Muy bien.

Guy pareció darse cuenta por primera vez del uniforme del muchacho y de las insignias. Le dedicó una sonrisa forzada.

—¿Y usted qué hará? —preguntó Peter.

El otro se entristeció enseguida.

—Para ser sincero, no tengo ni idea.

Guy se levantó y miró hacia fuera, las columnas de humo que aún se elevaban en el norte.

—América arde, querido muchacho —dijo el superintendente con tono grave—. Controlar este incendio no será tarea fácil.

3

Fuera del almacén no había ni un alma, solo polvo y briznas de hierba quemada por el sol. El barco de los Graaf había dejado el cargamento cinco días antes, como todas las semanas. Las mercancías se habían acabado a mediodía. Así era desde hacía al menos tres meses, desde que los rebeldes de Albany habían tomado el control del río y no había barca, en el curso inferior del Mohawk, que pudiera sustraerse a sus atenciones. El señor Graaf recibía un tratamiento especial, en nombre de parentescos y antiguos favores. Su mercancía era la única que podía navegar sin problemas más allá de Fuerte Hunter, y por tanto la única que abastecía el almacén. Pocas horas de asalto, negociaciones, intercambios, racionamientos y ya se hacían reservas para el próximo cargamento. Ron, harina de centeno y carne de cerdo era lo primero que se acababa. Pero también cuerdas, municiones, mantas de lana y cuchillos: con el ejército asediando Nueva York, se esperaba que incluso Graaf se quedara en seco, tarde o temprano. Hasta entonces, la llegada del bajel continuaría atrayendo a familias lejanas, caras que en la aldea tal vez se habían visto alguna vez, gente que vivía a muchas millas de distancia, en los valles secundarios, más allá de las cimas que cerraban el horizonte.

Molly vio que una desconocida atravesaba la plazuela. No estaba allí para hacer compras. Cerró el libro de cuentas, ordenó a Juba que preparara la cena y bajó las escaleras.

La mujer se presentó, dijo que venía de Schoharie y en pocas palabras explicó el motivo de la visita. Las manchas en el rostro de su hija habían aparecido esa mañana. Después de una noche de fiebre y lamentos, bañada en lágrimas y sudor, pequeñas pústulas habían brotado en las mejillas. No muy abundantes, pero lo suficiente como para no dejar lugar a dudas.

La última gran batalla contra la viruela había ocurrido hacía más de diez años, antes de que aquella niña viera la luz.

Molly hurgó en los cajones de un gran mueble, envolvió en un trozo de tela un puñado de hierbas, lo cerró con dos vueltas de cordel.

—No puedo hacer mucho por tu hija —dijo a la mujer ofreciéndole el paquete—. El doctor Brennon se ha marchado del valle este invierno. Fue él quien hizo el cortecillo a nuestra gente a petición de sir William, hace diez años. No sé de nadie que sepa hacer esa operación, y aunque así fuera, el cortecillo sirve para mantener lejos la enfermedad de las manchas, no para quitarla.

La mujer acogió la noticia con resignación. El largo viaje se había revelado una fatiga inútil.

—Perdóname, señora. —La voz de Juba rompió el silencio—. Sé de lo que habláis. La señora tiene razón, el cortecillo no cura, pero puede parar muchas muertes. Juba puede hacerlo.

—¿Tú sabes cómo?

La negra asintió.

—En mi tierra se hace, cuando el morbo llega. Mi padre lo hacía. Hace falta la punta de un cuchillo y un poco del líquido que está en las manchas.

Los primeros que recibieron el cortecillo fueron los hijos de Molly. En los días sucesivos, tuvieron fiebre y vómitos, pero a ninguno les salieron las manchas.

La niña estaba alojada en una casa fuera de la aldea. Había enfermado de forma leve y el pus que Juba sacaba de sus pústulas tenía la fuerza justa para preparar el cuerpo para la lucha sin que muriera en la batalla. Molly envió mensajeros río arriba y río abajo, a las laderas de los montes Adirondack y a las aldeas oneidas a orillas del Susquehanna. Ella misma fue a hablar con Nicholas Herkimer, que había sido buen amigo de sir William y estaba al mando de la milicia rebelde del condado. Le explicó que en unas pocas semanas, los días en que el bajel de los Graaf atracaba en la aldea, hombres y mujeres de todo el valle llegarían hasta Canajoharie, en mayor número de lo acostumbrado. Dijo que nada extraño se estaba tramando, sino que la viruela amenazaba a los hijos e hijas de los mohawks y ellos habían decidido defenderse. Todo aquel que llegara hasta el almacén para vender o comprar recibiría el cortecillo que alejaba las

manchas.

Herkimer había oído hablar muchas veces de la cura que los médicos llamaban «inoculación». La última vez pocos meses atrás, cuando los Casacas Rojas habían salvado Quebec gracias a una epidemia de viruela desencadenada entre los asediantes. Se decía que los soldados de Su Majestad habían sido inoculados y que Washington quería difundir esta práctica también entre sus voluntarios.

El viento hacía caer las primeras hojas, el rumor de las ramas se confundía con las voces. Fuera del almacén, una multitud jamás vista.

Betsy, la hija mayor de Molly, estaba en la puerta y controlaba el paso, observaba rostros y brazos para detener a los que ya eran víctimas de las manchas, explicando que no, que la cura servía solo para los sanos y no para los enfermos, como en cambio muchos esperaban haber entendido.

Dentro, la penumbra habitual estaba atenuada por dos grandes lámparas. Molly acogía a quienes entraban, atendía las compras e intercambios, luego indicaba una silla y hacía señas a Juba para que procediera. La operación era simple. La punta del cuchillo rasguñaba la piel, un trago de ron reconfortaba el espíritu.

Mientras una anciana asustada se sentaba en la silla y Molly buscaba la forma de que aceptara el cortecillo, las voces del exterior se encendieron en un estallido de entusiasmo. Parecía una pelea y Molly se dijo que era normal, que tarde o temprano tenía que suceder, un enfermo que no quiere alejarse, alguien que se cansa de esperar o algún borracho.

Tranquilizó a la anciana y se dirigió hacia la entrada.

Palabras surgían del alboroto, pero no alcanzó a distinguirlas, a componer algo con un poco de sentido.

La sombra en el hueco de la puerta era una figura conocida.

Ronaterihonte estaba de nuevo en Canajoharie.

4

El almacén era un cementerio de estanterías libres y sacos vacíos. Por detrás de los cristales opacos de las ventanas, los chiquillos de la aldea se asomaban. Philip les echaba una mirada y las pequeñas cabezas desaparecían, pero solo por un abrir y cerrar de ojos.

Molly se sentó con las manos en el regazo, dispuesta a recibir cualquier noticia.

—Muchos habíais partido y solo uno regresa —dijo—. Mi corazón tiembla.

Philip dejó que los miembros cansados se fundieran en el abrazo del sillón.

—No tiene motivo. Los tuyos están bien, Molly Brant.

La mujer dio un suspiro de alivio. Philip señaló la fila delante del almacén.

—No se puede decir lo mismo de vosotros.

Molly asintió.

—La viruela ha atacado el valle, pero la hemos detenido a tiempo. Debes hacerte el cortecillo tú también. Pero antes dime: ¿por qué mi hijo y mi hermano no están contigo?

Philip le contó acerca de la decisión de Peter, alistado en el ejército inglés, y de Joseph, en camino hacia Oquaga para reunirse con su familia. Contó también acerca de Daniel Claus, aún en Inglaterra, y de Guy Johnson, en Nueva York.

—La compañía se ha disuelto, por tanto —comentó Molly.

Philip no dijo nada.

—Las cosas no están bien —prosiguió Molly sacudiendo la cabeza—. Contra la epidemia de la rebelión, no conozco ninguna cura. Los colonos

han declarado la independencia del Imperio, sus milicias crecen día a día. Se alistan muchos, incluso personas que no esperábamos que fueran hostiles. —Se entristeció—. Además están aquellos como Jonas Klug, que hacía tiempo que esperaban una ocasión como esta. El bosque no es seguro, el río no es seguro, ningún lugar ya lo es. Johnson Hall ha caído en manos de la milicia. Ocurrió en mayo. Sir John ha tenido que refugiarse en Canadá. Dejó aquí a su mujer con un niño pequeño y otro en el vientre, con escolta. Pocos días después, los milicianos rodearon la casa. Se llevaron a la mujer de sir John junto con el niño, ahora están prisioneros en Albany. También se llevaron a la esposa y los niños de John Butler.

Dejó de hablar, los ojos tristes miraban al suelo. Los volvió a levantar con esfuerzo. Luego pareció traer a la mente algo que reservaba desde hacía tiempo.

—¿Cómo es el Rey de los ingleses? —preguntó.

Parecía muy curiosa por saberlo.

—Un hombre que vive alejado de su gente —respondió Philip—. En un edificio tan grande como un campo de baggataway.

Molly juntó las manos y se reclinó sobre el respaldo.

—Tú quieres que yo te escuche. Habla con sinceridad.

—No podemos vencer, Molly —dijo Philip—. Puedes detener sus enfermedades, pero no la infección que llevan en el ánimo. Los blancos nos destruirán como se destruyen a sí mismos. No importa cuál sea la bandera. Son una vorágine que se extiende y hunde todo.

Esta vez el suspiro de Molly fue grave y prolongado.

—Los hombres piensan que la derrota es el sol que se apaga, el mundo que termina. Las mujeres saben que no es así.

Philip se volvió: las figuras de los niños echaron a correr, en el movimiento percibió atisbos de sonrisas.

—Haremos lo que haga falta —continuó Molly—. Si la guerra es lo que nos espera, la afrontaremos, como ya lo hemos hecho. Sangre será derramada, pero yo te digo que el Pueblo de la Piedra no morirá, si sus hijos no lo reniegan. —Se levantó y le puso una mano en el hombro—. Has regresado. Es bueno tenerte aquí de nuevo, Ronaterihonte. Nos ayudarás a superar el invierno.

—¿Es por esto que me has llamado? ¿Para que les acompañe en la hora del ocaso?

El rostro de Molly permaneció impasible.

—Te he llamado porque todos los círculos deben cerrarse. Lo que quiera decir para cada uno de nosotros no podemos saberlo desde el principio.

Philip se levantó. Sentía un gran afecto por aquella mujer y sabía que sus corazones estarían unidos para siempre, hasta el día del final. Buscó las palabras para decirlo, pero ella se anticipó.

—En tu viaje ha sucedido algo que no me has dicho. —Le lanzó una mirada por encima del hombro, mientras se inclinaba para atizar el fuego —. En tu muñeca no está el wampum de tu adopción.

—Se lo he regalado a una persona que necesitaba buena suerte.

La mujer asintió otra vez.

—Eres un hombre generoso, Philip. La última vez que ese brazalete cambió de manos entrelazó los destinos de dos personas.

Philip se vio cuando era muchacho, pequeño tamborilero bajo el cuchillo del verdugo.

—Dios te bendiga, Molly Brant.

Le dirigió un gesto de despedida y llegó a la sala de las inoculaciones, levantando la manga de la camisa.

5

El respiro del bosque era un grito de espectros. Joseph caminaba hacía semanas, solo, vestido de cazador, nada indio que pudiera revelar su origen. Paso tras paso, la sensación de peligro aumentaba, crecía en el vientre, pesaba sobre los miembros más que la carga de armas y provisiones. Músculos contraídos de forma dolorosa, respiro incapaz de relajarse. El viaje hacia Oquaga era una única e interminable subida.

Un oso se cruzaba en su camino desde hacía días: lo había oído en el duermevela, había visto las señales en los troncos de pino, zarpazos dejados como firma. Era la orenda del enemigo, odio transformado en colmillos y garras.

La presencia de la fiera se advertía alrededor, en algunos momentos hasta parecía que podía percibir su olor. El oso seguía el rastro, a veces anticipaba el recorrido del hombre. Joseph se esperaba verle aparecer entre las sombras del sotobosque.

En realidad el oso, animal solitario, era la amenaza menos grave que se encontraba en aquellos bosques. La más peligrosa de las fieras se desplazaba en grupo, sin cuidado alguno, dejando huellas evidentes, como si no temiera a nada, como retando a la suerte: hombres blancos, milicianos *whigs*, rebeldes, saqueadores en busca de botín. Se sentían señores en tierras indias, y creían estar seguros: el respiro del bosque era un coro que no podían oír. Voces de antepasados, generaciones de otros tiempos, carne convertida en gusanos y alimento para animales, legiones de hombres diezmadas por la viruela y por las guerras combatidas en nombre de aliados distantes. Esos bosques, pensó Joseph, aún pertenecían a los indios. Rechazarían a los extraños como el cuerpo, con ayuda de una buena medicina, aleja la enfermedad.

Esas tierras albergaban los huesos de los ancestros, y los ancestros de Joseph habían sido fieles a la Corona: la medicina que ayudaría a sanar las tierras era el ejército del Rey.

A Joseph Brant le habían enseñado a amar a los ingleses. Ahora que los rebeldes se hacían llamar «americanos», se sentía aliviado.

La humedad empapaba las ropas. La comida se tomaba deprisa, la marcha no tenía pausas, fatiga que agarrotaba las piernas y pesaba en el pecho. Joseph se detuvo para beber y tomó aliento, apoyado en el fusil. Una fuga de pájaros hizo crujir las ramas de los pinos.

Tenía que moverse rápido, en los límites de la capacidad de un hombre. El mundo era un lugar peligroso.

Tenía que llegar a la meta. Oquaga y Unadilla eran aldeas amigas, familiares próximos y lejanos se contaban por docenas. De allí partiría la contraofensiva.

Tenía que llegar hasta su madre, su mujer, sus hijos. Mirar a los ojos a su carne y su sangre, la expresión viva y concreta del ideal por el cual había decidido combatir. Si lograba distinguirse en esa guerra, gente como Klug ya no podría meter sus manos rapaces en cosas de los mohawks. Su madre moriría en paz, y sería tierra mohawk la que albergara sus huesos.

Joseph pensó en su pueblo. Desde los años de su infancia, habían muerto muchos más mohawks que los que ahora aún estaban con vida. Philip tenía razón: dos edificios de Londres hubieran podido contener a todo el Pueblo de la Piedra.

Ya era tarde, la luz anaranjada del sol se filtraba entre las ramas. Los días futuros se anunciaban oscuros como la marcha en la espesura del bosque. Joseph hubiera querido tener a su lado a *le Grand Diable*.

El oso apareció de repente, erguido, cortando el flujo de los pensamientos. Los pelos del lomo se erizaron, Joseph apuntó el fusil. El oso lanzó un gruñido, se dio la vuelta, desapareció en la espesura del bosque.

Joseph se pasó el dorso de la mano por la frente. Un pequeño oso negro, de aspecto muy poco amenazador. Los ojos del hombre y los del animal se habían cruzado. Tal vez no era un mal presagio, tal vez quería decirle algo, ponerle en alerta. Tenía que proceder con cautela, poner atención para no dejar huellas, renunciar al descanso hasta que la nariz pudiera oler el aire de casa.

Eran muchos, ocupaban todo el claro. Joseph contuvo la respiración, escondido entre las matas de zarzas que cubrían la ladera de la colina. Renunciar a la grasa de oso había sido una buena idea. A esa distancia, si el viento hubiera cambiado, el olor habría revelado su presencia. En el grupo había muchos indios. Joseph no podía decir a qué nación pertenecían. En la semioscuridad no conseguía ver bien los rasgos: podían ser mingos, o delawares, incluso oneidas. Estaban a unos cuarenta pasos, y hablaban en voz baja. No así los blancos, que se cruzaban comentarios en voz alta mientras montaban el campamento para la noche.

El encuentro había eliminado la fatiga de los miembros y renovado la lucidez de la mente. Retroceder sin hacer ruido, alejarse del claro, dar un rodeo amplio, reanudar el viaje muchas millas más hacia el oeste. Joseph se encomendó a la clemencia divina y se puso en marcha.

Recorrió el último tramo del viaje con la circunspección de un lince. La cercanía de casa le hacía sentir cada vez más fuerte. En poco tiempo, la soledad del viaje estaría a sus espaldas. La soledad, el destino más triste para un hombre, se quedaría en el vientre del bosque.

Los perros ladraban, pero Joseph estaba tranquilo. Pronto lo reconocerían, y le acogerían apoyando las patas en el pecho, intentando limpiarle la cara con sus lengüetazos, como hacían siempre. La luz débil de una lámpara de petróleo se filtraba entre las maderas desvencijadas que cerraban la ventana.

La puerta se abrió, dejó entrever el ambiente doméstico, liberó olores de vida pacífica. Un chiquillo robusto salió a cielo abierto con un palo en la mano y se dirigió al extraño mientras los perros se enredaban entre sus piernas.

—¿Quién está allí?

Joseph sonrió, pero la voz salió grave y severa.

—¿No reconoces a tu padre, Isaac?

El joven se quedó mudo, de pie.

El abrazo de Susanna alivió la tensión del viaje. Joseph aspiró el perfume de sus cabellos y meció el aliento cálido en su hombro. La mujer le acarició el rostro, como para asegurarse de que en realidad era él. Los

dedos rozaron arrugas y cicatrices, recorrieron el contorno, en una lenta serie de toques y caricias.

—Joseph.

Estaba demasiado cansado hasta para hablar. Apoyó la alforja en el suelo y se dejó caer en una vieja silla. Christina se acercó titubeante al padre, que la sentó sobre sus rodillas. La niña escondió la cara en su pecho. Isaac continuaba mirándole, las facciones tensas con una expresión enigmática.

Susanna se apresuró a servir comida caliente. Los ojos de Joseph se cruzaron con los de la madre. La anciana mujer estaba sentada en el rincón más alejado de la habitación, envuelta en una manta azul.

—¿Cuántas cabelleras francesas has traído, Joseph?

6

Bajó guiándose con la escasa luz que se filtraba a través de las ventanas. Sentía que necesitaba aire fresco y limpio. Aire impregnado de rocío y lluvia inminente. Nubes bajas, hinchadas como odres, tronaban cerca. El perro le recibió en el patio con un aullido gozoso, Joseph le acarició la cabeza. Subió el cubo del pozo para beber y quitarse el sueño de la cara. El agua helada le revigorizó, bajando por el cuello y por debajo de la camisa. Los edificios de la aldea eran masas oscuras que comenzaban a tomar forma. El río corría plácido un poco más allá. Los fuegos de la guerra no rozaban Oquaga. Al menos por ahora.

Volviéndose para regresar, percibió una figura en el borde del huerto. Se quedó paralizado, antes de reconocer a su madre, los cabellos blancos alborotados por la brisa.

—Margaret —la llamó en voz baja, para no asustarla—. Margaret, ¿qué haces aquí?

La anciana olfateaba el aire. Se debía de haber levantado de la cama sin que Susanna se diera cuenta.

—¿Lo hueles?

Joseph olfateó, pero no reconoció nada que no perteneciera a los bosques y a los campos labrados.

—¿Qué cosa, Margaret? Ella volvió a inspirar hondo.

—Hedor de carroña —dijo—. Lo trae el viento del este, junto con la lluvia.

Joseph no olía nada.

—Es mejor que entremos o te enfermarás.

La anciana se volvió para mirarlo.

—Has vuelto, Joseph.

—He vuelto.

—Entonces, ¿por qué no me llevas a casa?

—Pronto, Margaret. Ahora es peligroso. Tenemos que esperar.

—¿Estás seguro?

—Sí, Margaret.

—Aquí hay hedor de carroña.

—Pasará en cuanto cambie el viento.

La anciana sacudió la cabeza.

—Son los blancos. —Frunció la nariz—. Ellos no pasan.

Se dejó llevar hasta la casa. Susanna había bajado para buscarla y en cuanto la vio en la puerta se acercó para llevar arriba a la anciana.

Joseph se sentó delante de la chimenea tiznada. Las brasas apenas ardían bajo las cenizas. Cogió el fuelle y empezó a avivarlas.

Poco después, Susanna volvió a bajar las escaleras y puso a hervir agua para hacer té. Joseph advirtió la densidad de sus pensamientos, las preguntas que guardaba desde la tarde anterior, cuando le había visto llegar cargado de viaje y bosque.

—Debo marcharme pronto —le dijo.

—Isaac y Christina están creciendo sin padre. Sobre todo Isaac, necesita que tú le guíes. Necesita aprender y crecer.

—También necesita un lugar donde eso sea posible —rebatió Joseph—. Tiene que saber que su padre combatirá por él y por los mohawks.

Susanna no pudo alzar los ojos de la tetera.

—Vivo como una viuda.

Joseph se levantó y se acercó a ella.

—Llegará el momento de detenerse y dejar las armas —dijo.

Ella tomó entre sus manos el recipiente sin servir el té.

—¿Cuándo?

Joseph cogió el recipiente y llenó las tazas. El aroma denso llenó sus narices y despertó sensaciones intensas que no sentía desde hacía semanas.

—Cuando hayamos vencido.

7

Llegaron tres días después. Aún no había parado de llover y el mundo estaba cubierto de gris. Por las calles de la aldea los pies se hundían en el fango hasta los tobillos, caminar costaba un esfuerzo enorme. La gente se quedaba en casa, o en los establos para cuidar a los animales.

Un chiquillo fue a advertir a Joseph. Hacía más de una hora que esos tres hombres estaban sentados sobre el vallado como cuervos. Nadie sabía qué era lo que esperaban.

Encorvados bajo los encerados, los tricornios deformados por la lluvia, le miraron acercarse sin mover un músculo. Solo Henry Hough estiraba de vez en cuando el cuello de tortuga para escupir trozos de tabaco en un charco.

La mirada vacía de Johnny se complementaba con la aguda de Daniel Secord.

Cuando Joseph estuvo muy cerca, de un salto bajaron de la valla y se plantaron en el lodo.

—Salud, Joseph Brant —dijo el mayor de los Hough.

Les hizo un gesto con la cabeza.

—Hemos oído de tu regreso —prosiguió el otro—. Ya casi no te esperábamos. Dicen que en Inglaterra has conocido al Rey.

Joseph asintió.

—Maldita miseria, ¡no era mentira! —comentó Johnny. Su hermano le golpeó con el codo.

—Entonces tal vez puedas satisfacer mi curiosidad. —Inclinó la cara hacia delante—. ¿Responde a la verdad que Su Majestad tiene nueve hijos?

—La reina estaba esperando el décimo.

Henry Hough asintió para sí.

—Una gran nación, por Dios. El vigor de nuestro monarca no tiene igual en el mundo.

—El Rey ha mandado las tropas —dijo Joseph—. La contraofensiva es de gran envergadura.

—Las ha mandado a Nueva York —dijo Secord guiñando un ojo—. Por aquí no se las ha visto.

Joseph lo miró unos instantes. Aún llevaba los amuletos senecas, estaba pálido y demacrado.

—Aquí la guerra es tarea mía —dijo—. He regresado para eso.

El cuello de Henry Hough se estiró otra vez.

—Son las palabras que queríamos oír. Dios te bendiga, Joseph Brant, y bendiga al rey Jorge. ¿Cuándo empezamos?

—Cuando estemos listos.

—La lista ya es bastante larga —dijo Johnny. Esta vez su hermano no le inhibió—. De Unadilla hasta aquí, hemos contado por lo menos cinco granjas de traidores.

Tres pares de ojos se clavaron en el indio.

Joseph sabía que, desde ese momento, cada palabra suya tendría un peso distinto. Estaba preparado, los dos meses de punto muerto en Nueva York le habían dado tiempo para pensar y estudiar un plan.

—Necesitamos pólvora negra, municiones, provisiones, dinero. —Les vio asentir—. Y hombres dispuestos a combatir.

—Podemos reunir bastante buena gente —dijo Hough—. Lealistas sinceros.

—Gente con determinación —reafirmó Secord.

—Hacedlo. Yo iré a Fuerte Niágara para conseguir lo que necesitamos. Pediré el apoyo de las naciones. La cita es aquí, a comienzos de la primavera.

Henry Hough simuló un golpe de tos.

—Con todo respeto, Joseph Brant. Nosotros cuatro somos pocos para esta tarea.

—Somos más que suficientes, si dejamos que se extienda la noticia.

—¿Qué noticia? —preguntó Johnny.

Joseph lo miró con ceño de un oficial que pasa revista a un subordinado.

—Que el jefe Joseph Brant combatirá a los rebeldes de Albany en nombre del Rey. Y que no se detendrá hasta que logre derrotarlos.

En las caras de los tres hombres se dibujó una sonrisa codiciosa.

Isaac sintió que le asían de la nuca y comenzó a retorcerse como un animal con un lazo. Susanna le daba tirones. Había salido a escondidas para llegar hasta la plaza central de la aldea, donde se estaban reuniendo todos los habitantes. En vez de esconderse, se había quedado de pie mirando a los viejos envueltos en mantas tribales, los jóvenes que lucían chaquetas de lana raídas y sombreros estropeados, los niños oneidas que se asomaban entre las piernas de los adultos. Alguien había echado unos tablones sobre la plaza, para que no se hundieran en el fango. Su padre empuñaba el bastón de paseo, teniéndolo en alto, para pedir silencio. A su lado, un poco apartados, estaban esos tres hombres. Isaac había entendido enseguida lo que habían venido a hacer. Habían venido a buscar a su padre para llevárselo otra vez. Y así, él de nuevo se quedaría solo con las mujeres. Susanna, Christina, abuela Margaret.

Su padre comenzó a izar en el asta la bandera que había traído de Londres. Se la había mostrado la noche anterior, cuando él había bajado en silencio las escaleras, incapaz de conciliar el sueño, atraído por los ruidos. Lo había encontrado cuando desplegaba el trozo de tela con las dos cruces cruzadas.

—Es la bandera del Reino —había dicho—. Tu primo Peter la porta en su regimiento.

Era hermosa. Isaac había pensado que cuando le tocara ir a la guerra se pintaría la cara con esos colores. Rojo, blanco y azul.

El viento sacudió la tela y un chasquido resonó en el aire.

Su padre pronunció las palabras:

—Esta es la bandera del Rey inglés, la conocéis todos. Desde hoy, también es la bandera de Joseph Brant Thayendanega. Abatiré a todo aquel que quiera abatirla. Acogeré bajo mi mando a todo aquel que quiera defenderla. Dios salve al rey Jorge y a las Seis Naciones iroquesas.

Sacó el cuchillo y grabó en la madera el símbolo del clan.

8

Nueva York, 19 de diciembre de 1776

Mi muy querida madre:

Aprovecho la ocasión para escribir gracias al señor Lorenz, el armero de Albany, que mañana se marchará de Nueva York y se irá a vivir a Oswego, para ya no tener que vender más sus fusiles a los enemigos de la Corona.
Esta es la tercera carta que consigo enviarte, espero que hayas recibido las otras, para ahorrarte todas las noticias que ya contenían. A mi desembarco, he sabido que el señor Lacroix había partido poco antes en dirección a Canajoharie, adonde espero que haya llegado y te haya contado todo sobre nuestra estancia en la ciudad de Londres.
Por mi parte, he sabido que sir John fue obligado a dejar Johnson Hall en manos de los bostonianos, que ahora buscan al tío Joseph y que amenazan con llevarte a Albany para obligarle a entregarse. Estos acontecimientos me llenan el corazón de rabia, y si no fuera por mis deberes de soldado, haría cualquier cosa por estar a tu lado y defender a mis hermanos, nuestras propiedades y la tumba de mi padre. En este momento no estoy haciendo nada interesante o útil y mucho me gustaría que el ejército de Su Majestad se conformara a las costumbres de nuestra gente, es decir, combatir una batalla y luego dejar que los vivos regresen con sus familias, a la caza y al comercio.
Cuando me recibió, el rey Jorge dijo que esperaba volver a verme de nuevo con el grado de general y este augurio suyo ha contribuido mucho a la decisión de alistarme. Si un día el Señor quiere concederme este privilegio, de seguro seré el primer general mohawk

que comande las tropas del Reino y creo que mi padre se sentiría orgulloso de su hijo; él, que fue irlandés de nacimiento y jefe guerrero de las Seis Naciones.

Cuando sueño con ese día, imagino que difundo entre mis subordinados algunas costumbres guerreras de nuestro pueblo, para que no sea solo el número de fusiles lo que haga la diferencia entre dos bandos, sino también el valor y la habilidad de quienes los empuñan.

He participado en mi primera batalla combatiendo con las tropas indias, en el Fuerte Saint Johns, en Canadá, y luego de nuevo cerca de Montreal. Ahora ya he sostenido otras dos, con el uniforme rojo y la bandera en mano, en Nueva York y en Llanuras Blancas. Todas han concluido con nuestra victoria; pero mientras que las primeras podría contarlas minuto a minuto y recordar cada gesto de las hazañas de los guerreros, de las últimas solo puedo decir una cosa: he portado en alto la bandera, y de mis compañeros sé que han disparado y nada más. En un momento dado, me han ordenado regresar al campo y si alguien no me hubiera dicho que los enemigos se batían en retirada, aún estaría preguntándome por el resultado de la batalla.

Tal como están las cosas, ni siquiera sé cuál será nuestro próximo destino. Dicen que estamos a punto de trasladarnos, tal vez a Filadelfia, pero seguro no será un consejo quien lo establezca y ninguno de los soldados podremos escuchar a los generales mientras discuten lo que se debe hacer y toman las decisiones. Por eso no sé decir adonde podrías escribirme, si te fuera posible, pero intentaré hacerlo yo cuanto antes, porque estoy en gran aprensión y estaría muy feliz de recibir en breve vuestras noticias.

No tengo tiempo para añadir nada más, pero
quedo siempre tu
afectísimo hijo,

Peter Johnson

Te pido que recuerdes mis afectos a Betsy, a todos mis hermanos y hermanas, y des mis saludos a mis amigos de Canajoharie. Que la Navidad os traiga serenidad.

9

Pronto llegará *Ohséhrhon*, el final de año, el inicio del invierno. Por la noche, el Gran Carro estará justo sobre nuestras cabezas. Esperaremos la primera luna, pasaremos cinco noches de sueños, y a la mañana siguiente comenzaremos las ceremonias. Agradeceremos a los espíritus: las plantas y los animales, el viento, el sol y las estrellas más distantes. Agradeceremos a Dios. Haremos arder tabaco en el fuego. Las Grandes Cabezas irán de casa en casa, removiendo las brasas y avivando los hogares. Danzaremos, y por la noche soñaremos con intensidad. Al despertar, sacrificaremos un perro blanco, para reafirmar nuestra fidelidad a los espíritus y al Dueño de la Vida. Inventaremos adivinanzas y jugaremos a compartir los sueños. La noche pasará como una nube llevada por el viento, y al tercer día danzaremos engalanados con plumas. El cuarto día cantaremos: comenzarán los Guardianes de la fe, luego los *sachems*, luego las matronas de los clanes, y por último todos los demás. Después de las canciones, daremos nombres a los niños. El día siguiente será el día de los tambores. El último día jugaremos con dados de huesos de melocotones, divididos por clanes. Divertiremos al Dueño de la Vida desafiándonos, bromeando, apostando. El grupo que habrá vencido guiará la última danza. Otra vez hablaremos y agradeceremos a los espíritus, así tendrá inicio el año nuevo.

Molly sabía lo que traería el año nuevo. Guerra y miseria, soledad. Los sueños de la aldea iban en una sola dirección. Excepto los de Ronaterihonte: él afirmaba que no soñaba, pero todos sueñan. El guerrero callaba la verdad con la boca, pero mientras tanto la decía con los ojos: no quería contar sus propias visiones. Cada día comía con Molly, luego se esfumaba como una sombra. Quién sabe dónde pasaría las tardes. No tenía necesidad de esconderse: los *whigs* nunca venían a Canajoharie. Era el

pacto de Molly con Herkimer: no retéis aún al espíritu de sir William. Ahora dormís en su casa, sobre alfombras elegantes, con botas manchadas de barro. Abusáis de su hospitalidad de mil modos. Si mi marido no le ha pedido a Dios que le dejara bajar para exterminaros, y volver al Paraíso cargado de cabelleras, es porque sabe que lo pagaremos nosotros, su gente. Los espíritus regresan al más allá, la represalia se toma contra los vivos. Pero si importunáis a su mujer, madre de sus hijos, madre de ese hijo que se ha distinguido ante el rey Jorge, ni el Dueño de la Vida podrá detenerle.

Molly lo sabía: Ronaterihonte dormía en la casa abandonada de Thayendanega. Bajo ese techo, hubiera sido imposible dormir sin soñar.

La nieve era un pavimento helado, millones de cristales de hielo, millones de minúsculos reflejos componían la blancura que agredía los ojos.

En el rigor del invierno, el campo de baggataway se convertía en la pista degawasa, la «serpiente de las nieves», juego conocido por las naciones indias al oriente y al norte de los Grandes Lagos. Philip lo había jugado cuando era muchacho, con los caughnawagas de la misión.

Sobre la nieve helada, los jugadores lanzaban una vara recta y muy pulida, semejante a una cuchilla de trineo. La vara caía en el hielo y se deslizaba, veloz. Vencía quien llegaba más lejos.

Le habían invitado Oronhyateka y Kanenonte, los dos jóvenes guerreros veteranos de la expedición a Canadá del año anterior. Hacía ya muchas lunas que no veían al Gran Diablo, pero le habían acogido con entusiasmo e impaciencia. Las cosas empeoraban día a día, le habían dicho. Mientras los más malvados de los blancos asediaban a la nación, las ganas de combatir de los guerreros se pudría encadenada, esclava de la prudencia de las mujeres y de la incertidumbre de los *sachems*. Johannes Tekarihoga pasaba sus días aturdido por el ron. Gracias a su linaje, era el único cliente del almacén que podía ignorar el racionamiento.

Los mohawks de Fuerte Hunter, por su parte, eran temerosos e insinceros, siempre dispuestos a ponerse de acuerdo con los enemigos. Si hubiera sido por su *sachem* Pequeño Abraham, pronto ya no habría ninguna nación que defender.

Philip pensó que, cuando era joven, nunca hubiera hablado de un *sachem* de forma irreverente. Estaba a punto de decirlo en voz alta, pero

Kanenonte se anticipó.

—Decimos cosas muy duras, pero es porque se ha endurecido el corazón de los jóvenes, y los músculos están fríos como esta nieve.

—Nuestros *sachems* son hijos de días pasados —añadió Oronhyateka—. Su paso era firme y veloz en tiempos de Hendrick, pero ahora caminan con un bastón. La guerra es terreno de los jóvenes.

Así pensaban Oronhyateka y Kanenonte, y no solo ellos. Recelo e inquietud llenaban el ánimo de los guerreros de Canajoharie. Todos describían a los oneidas como insidiosos y distantes, silenciosos, mezquinos. Seguro que planeaban algo, fascinados por ese reverendo que tenían, Samuel Kirkland, que apoyaba a los colonos rebeldes. Su *sachem* Shononses era bueno para hablar, sus discursos eran bandadas de mariposas que revoloteaban, con alas de mil colores.

—Las mariposas no se defienden —había dicho Oronhyateka—. No combaten. Combaten las abejas y abejorros, pero nunca hay ese tipo de insectos en los labios de Shononses.

Kanenonte miró lejos, entrecerró los ojos y le pareció ver, en el fondo de la explanada, la gawasa lanzada por Oronhyateka. Cogió la vara con los dedos pulgar e índice, la hizo oscilar y la arrojó. La serpiente de madera se deslizó en la blancura.

Fue Oronhyateka quien habló:

—Tenemos que empuñar las armas, Ronaterihonte. En Fuerte Hunter también hay guerreros válidos y valientes, que ya no soportan estarse quietos. Vendrían con nosotros, si nos pusiéramos en marcha. Vendrían con *le Grand Diable* para atacar a la milicia y liberar Johnson Hall. Los enemigos son muchos, pero podemos atraerlos hasta el bosque y matarlos uno a uno.

—¿Y después? —le interrumpió Philip—. Llegarían refuerzos, de Albany o de quién sabe dónde. Personas sin escrúpulos, no como Herkimer. Se desencadenaría la venganza. Tienen como rehenes a mujeres y niños. La imprudencia es un error grave. Tenemos que esperar hasta la primavera, hermanos. Esperar el regreso de Thayendanega y, sobre todo, un nuevo consejo de las Seis Naciones.

Los dos jóvenes no dijeron nada. En el campo se escucharon solo los rumores del juego. Por fin, Kanenonte habló:

—Degonwadonti ha hecho mal en advertir a Herkimer de la viruela. Lo que había que hacer era llevar las manchas a los rebeldes, para destruirlos.

Los blancos lo han hecho, en tiempos pasados. ¿Por qué no hacerlo nosotros también?

Philip se estremeció.

—La viruela no tiene aliados. No distingue a las víctimas. Si el mal se hubiese extendido por el valle, hubiera matado a todos, sin desprecio ni simpatía por nadie. Molly Brant lo ha parado. Advirtió al comandante de los rebeldes para poder curar a nuestra gente sin provocar reacciones.

Callaron otra vez. Los dos jóvenes continuaron con sus lanzamientos, hasta que Kanenonte se dirigió a Philip con un susurro y una media sonrisa.

—Ronaterihonte, ¿para jugar agawasa también debes esperar a Thayendanega?

Philip cogió del suelo una de las varas. La sopesó. Observó el manto de blancura que cubría la hierba a punto de renacer. Luego, se dispuso a lanzar la serpiente.

10

Los bastiones angulares que protegían la fachada sudeste de Fuerte Niágara eran una flecha apuntada hacia la colonia de Nueva York y las ciudades de la costa. Los franceses, para no alarmar a las poblaciones de las inmediaciones, habían construido la fortaleza de modo que se asemejara a un gran almacén en obra de albañilería. En realidad, se trataba de un edificio difícil de expugnar. Los bastiones eran altos, las casamatas estaban llenas de cañones.

Joseph pasó junto a las tiendas y barracas que los desplazados del valle del Mohawk habían montado al pie de las fortificaciones. Rostros conocidos, hombres y mujeres que habían partido con él un año antes para combatir en Canadá. Ahora dependían del gobierno de Su Majestad y de la benevolencia de la guarnición. Su pueblo no tenía otro sitio adonde ir.

La plaza de armas era un caótico mercado. Gente de todas las razas y religiones buscaba asegurarse las últimas provisiones disponibles para pasar el invierno.

Un viejo cazador de ojos endemoniados intentaba vender unas pieles a un grupo de indios que le prestaban poca atención: en la actitud del hombre había algo de loco. El blanco tiró al suelo la piel que estaba magnificando y comenzó a maldecir. Los indios retrocedieron, mirándole con aire interrogante, desconcertado.

Entre la multitud se abrió paso un pequeño grupo de hombres. Eran senecas, pero les encabezaba un joven blanco. Se agachó para recoger la piel. La examinó, la entregó a uno de los indios y sacó unas monedas del bolsillo del chaquetón.

—Te pago un buen precio, y ahora vete de aquí.

El cazador se alejó mascullando. El joven blanco se giró: era Walter, el

hijo de John Butler.

—Que Dios me fulmine, ¡Joseph Brant! Sabíamos que había regresado, solo me preguntaba cuándo nos volveríamos a ver.

El hombre avanzó, rodeado por la cuadrilla que lo escoltaba. Bajo el chaquetón, un collar de wampum daba testimonio de la amistad con los seneca. En la cintura, un par de pistolas.

—¿Cómo está? —preguntó Joseph.

—Bien, creo. Son tiempos difíciles, pero, con la ayuda de los senecas y de la guarnición del fuerte, podemos mantener el control sobre el territorio.

Los senecas miraban a los compañeros de Joseph sin molestarse en darles la bienvenida. Uno de los hombres pronunció las palabras en lengua onondaga, para que todos los presentes pudieran entender.

—Así que tú eres «une dos bastones». ¿Cuáles son, entonces, las palabras del Gran Padre inglés para los seneca?

Joseph respondió con mucha calma.

—Son palabras de alianza. No solo para los senecas, sino para toda la Casa Larga. Podréis escucharlas en detalle en el consejo, en primavera.

El seneca asintió. Walter Butler hizo señas a Joseph y a los suyos de seguirle.

—Vengan, vamos a ver a mi padre. Pero reserve un poco de tiempo para mí durante la cena, Joseph. Quiero conocer las noticias de la madre patria.

El grupo se movió y atravesó la multitud. El joven Butler caminaba sacando pecho. Joseph sintió sobre sí ojos fríos y silenciosos.

—Mi hijo exagera. Estamos haciendo un buen trabajo, pero los *sachems* aún no han decidido de qué lado estar. Vienen aquí porque tenemos provisiones, fusiles, mantas y ron, nos consideran del lugar. Tienen sus intereses, pero no están dispuestos a llevar la nación a la guerra.

John Butler se levantó de la silla y empezó a caminar por la habitación a grandes pasos. El alojamiento espartano reflejaba el aspecto del viejo irlandés, más curtido y canoso de lo que Joseph recordaba.

—No podemos decir que estén equivocados. La guarnición del fuerte tiene pocos efectivos. Las noticias de los desembarcos en Nueva York y en Quebec llegan de muy lejos. Los senecas y tuscaroras no ven el despliegue de la fuerza de Inglaterra, no entienden cuál es la conveniencia de tomar

parte en el conflicto.

Joseph señaló hacia el este.

—La puerta oriental de la Casa Larga está sufriendo ataques del enemigo. Por eso estoy aquí. Para pedir apoyo para mí y para los hombres que estamos reuniendo. Necesitamos pólvora, fusiles y vituallas.

—¿Una milicia lealista? ¿Es eso lo que tiene en mente?

—Sí —respondió Joseph.

Butler se sentó. Joseph miró el sillón de madera taraceada tallada con escenas de la Pasión de Cristo.

Butler golpeó la palma de su mano en el brazo lustroso.

—Un regalo de los senecas. Era de un abate francés.

Pareció meditar a fondo, por fin dijo:

—Yo aquí tengo una tarea. El éxito de la misma depende de la cantidad de bienes que pueda distribuir. —Adoptó un tono grave—. El invierno está cerca y a duras penas hay lo suficiente para los míos. Si me quedo desabastecido, los senecas me darán la espalda, esto es seguro. La única forma de tenerlos de nuestra parte es darles provisiones.

Joseph permaneció impasible.

—¿Me niega su apoyo, capitán?

Butler suspiró.

—Cuando llegue el momento, tendrá todo el apoyo que necesite. Pero si quiere mi opinión, su iniciativa me parece precipitada. No hemos recibido órdenes del alto mando y aún no ha sido convocado el consejo de las Seis Naciones.

Joseph contuvo el impulso de alzar la voz.

—En el valle del Mohawk, los rebeldes ya están haciendo lo que quieren. Johnson Hall ha sido requisada, la mujer de sir John está en prisión. Es hora de defendernos. Dice que deberíamos esperar órdenes, pero yo tengo la palabra del Rey en persona.

—No se enfade, Joseph Brant —dijo Butler levantando la palma abierta —. No conseguirá hacerme cambiar de idea. Sé muy bien lo que sucede en casa. Mi mujer y mis dos hijos también fueron apresados por los rebeldes y llevados a Albany. Yo no estaba allí para defenderlos, sino aquí, cumpliendo mi deber de buen lealista.

El indio se quedó mudo.

Butler se levantó y cogió de la mesa un cetro de madera. Era un bastón de mando, tallado y pintado de rojo y negro. Varias cabelleras adornaban la

empuñadura.

—Otro regalo de los *sachems* senecas —dijo el viejo capitán—. Un objeto admirable, ¿verdad? Emana fuerza, autoridad. —Acarició uno de los mechones de cabellos con un delicado gesto de sus manos ásperas y nudosas—. Miedo.

Se acercó a Joseph, con el bastón bien a la vista.

—¿Qué está dispuesto a hacer? —preguntó—. ¿Sacrificar a su familia? ¿Está dispuesto a perder a seres queridos, los hijos?

Miró al indio sin esperar una respuesta.

Joseph vio pasar delante de sus ojos los rostros de Susanna, Isaac y Christina.

—Solo Dios sabe que no veo la hora de actuar —continuó Butler, con tono bajo y serio—. Pero sé que cuando eso ocurra, será terrible como la cólera de Nuestro Señor, y todos tendremos que estar a la altura. Aceptar los sacrificios que Dios nos imponga. Convertirnos en flagelo. —Una mueca de odio torció la boca—. Ese día arrancaremos las visceras a los renegados. Engalanaremos la avenida de Johnson Hall con sus tripas.

De repente pareció reaccionar.

—Renuevo la propuesta que le hice en Montreal: quédese aquí con nosotros. En el momento oportuno, guiaremos juntos la contraofensiva.

Joseph se levantó de la silla.

—Lo siento, no puedo esperar. Mi decisión está tomada.

Butler asintió resignado.

—Comprendo. No se marche con las manos vacías. Hemos confiscado un cargamento en el lago. Una docena de fusiles y cuatro barriles de pólvora. No es mucho, pero… Lléveselos, le serán útiles.

Joseph sintió que la sangre hervía de rabia, pero consiguió contenerse. Era mejor que nada y no estaba en condiciones de rechazarlos. Observó unos instantes la mano extendida del irlandés, antes de decidirse a estrecharla.

11

Partió de Fuerte Niágara en silenciosa soledad. Un manto de agujas caía del cielo blanco y anunciaba el hielo.

Joseph miró el sendero estrecho y largo delante de sí. Decidió que no sería un viaje de regreso, sino el de un peregrino. El invierno no le detendría, anunciaría a las Naciones su nueva, el evangelio de Joseph Brant Thayendanega. Si John Butler tenía pólvora y carne salada, él tenía una historia que contar, tan hermosa que enardecería los ánimos. La de un indio que, como Hendrick muchos años atrás, había llegado a la isla de Inglaterra y había hablado con el Gran Padre inglés. Sin duda no les podría convencer de combatir en medio de la nieve, pero los primeros calores despertarían los instintos y el deseo de aventura, al menos en los más jóvenes. Luego algo sucedería, estaba seguro. Los acontecimientos ayudarían a convencer a los indecisos, Dios se pondría de su parte.

Llegó a Geneseo el día de Navidad. La curiosidad de los habitantes le acogió con un cálido abrazo. Su fama se extendía y lo precedía hasta los lagos de los Cinco Dedos y el valle del Mohawk. Visitó las aldeas senecas, andando hacia el sur, hasta las pendientes de las montañas Allegheny. A los viejos les contaba del Sabio Padre Blanco que le había confiado la tarea de combatir en su nombre. A los jóvenes, acerca del ejército más fuerte del mundo. A los niños, sobre los fuegos de artificio.

El primer día del año nuevo estaba en Buck Tooth, luego en Conewango, después la nieve le frenó y le obligó a retroceder.

Se dirigió al este, hacia los Cinco Dedos, y cruzó las aldeas, parando en medio de las casas, junto a los fuegos, para referir las palabras del Rey. En Cayuga le subió la fiebre y tuvo que detenerse por dos semanas. Fuera del sitio donde se alojaba, una fila de personas esperaba el relato del Rey y de

la ciudad de los edificios inmensos, que podían contener a cientos de personas. Joseph contentaba a todos. Se mostraba orgulloso, pero no vanidoso. Fingía que tenía salud, resistiendo los ataques de tos como un trago amargo que tenía que pasar. Cuando recuperó las fuerzas, partió en dirección a Onondaga. Enjambres de chiquillos gritones y cantos de mujeres anunciaron su llegada. A los guardianes del Fuego Sagrado de la Confederación les pidió que asistieran al consejo de Oswego en la primavera. Los *sachems* aceptaron, a cambio del relato detallado de su viaje más allá del océano. «Como Hendrick», murmuraban los más viejos sentados en círculo, y el nombre de Thayendanega volaba de una puerta a otra de la Casa Larga. Un viejo jefe decrépito le preguntó cuántos eran los habitantes de Londres. Joseph respondió que eran más que las termitas de un termitero, y los *sachems* discutieron sobre ello un día entero, encerrados en cónclave como los obispos papistas.

—Hermanos, esta rebelión es la amenaza más grave que hayan conocido las Seis Naciones. Los ingleses de América se han declarado independientes de Inglaterra, ya no reconocen la autoridad del Rey. Esto significa que consideran revocado el límite establecido a su expansión en nuestras tierras. Se extenderán hacia el oeste como una marea. Solo combatiendo podemos esperar salvarnos de la catástrofe. Combatir por Inglaterra es combatir por nosotros mismos.

Algunos asentían, pero la mayoría se quedaban perplejos y meditabundos. Nadie partió con él. Reanudó impertérrito su viaje solitario y dejó a sus espaldas las aldeas y el invierno. Llegó a Oquaga a finales de marzo, arrastrando dos mulos cargados con lo que había podido conseguir. Estaba solo. Era el indio más famoso de las Seis Naciones.

1777

12

Se alejaban sin ruido, hacia el ocaso teñido de oro. Se llevaban dos vacas, el caballo de tiro, sacos de maíz. William Adlum contempló el granero medio vacío y pensó en el trabajo que le había costado llenarlo. Los hijos espiaban desde la ventana del sobrado, donde se habían escondido cuando los hombres habían aparecido en el patio. Su jefe había hablado con gentileza, pidiendo víveres y ganado en nombre del rey Jorge. Entretanto, los otros patanes enseñaban los fusiles.

Dos generales habían bloqueado las acciones bélicas: Invierno y Viruela. Con la bruma de esa mañana de abril quedaba claro que el primero daba sus últimos pasos, mientras que el otro ya no atacaba con la misma virulencia.

Ahora otros oficiales tendrían que empuñar el bastón de mando, tomar decisiones, comenzar a ajustar las cuentas.

Joseph Brant estaba completando su vestimenta, en la casa de Oquaga, con lentitud y mucho cuidado, consciente de que el tiempo había llegado, así como del papel que había escogido. El mando. No tenía el grado de general pero esto no tenía mucha importancia, la guerra nombraba en el campo a sus máximos ejecutores. Tomar la iniciativa en el momento justo podía volcar las jerarquías con facilidad. La elección del momento de las operaciones era el factor decisivo de muchos conflictos. El valor y el coraje de los guerreros hacían el resto. Joseph era consciente de las dificultades. Pertrechos escasos, pocos fusiles, faltaban pólvora negra y dinero. Todo lo que se necesita para vencer una guerra. El contingente de hombres no era muy numeroso, pero podía crecer con las victorias. El entusiasmo y el ansia

de botín engrosarían las filas. Si los voluntarios que iban a la batalla con Joseph Brant se hubieran ganado una sólida recompensa, sin costar un penique a las arcas del Rey, en pocos meses se convertirían en legión.

Joseph se puso por último la casaca roja del ejército imperial, un gesto meticuloso y solemne para abrochar cada botón, alisar los pliegues o arrugas, favorecer el aspecto marcial y de autoridad. Ya estaba listo. Fuera, los rayos del sol atravesaban la niebla de la mañana. Solo en ese momento se dio cuenta de que Isaac, a sus espaldas, le miraba, con gesto torvo y absorto. Miró al chiquillo por unos segundos, lo suficiente para causar inquietud en él.

—Ven con tu padre. Tenemos que hablar a los hombres. El muchacho le siguió como un perro.

Los rostros reflejaban historias. Hablaban de vidas dedicadas a desmenuzar terrones y sembrar tierras salvajes; heridas de garras y de cuchillo; expresiones estólidas de campesinos y cazadores. Vivían en zonas del interior de la colonia y Joseph sabía que podía contar con su odio hacia la Asamblea de Albany y los mercaderes de Nueva York.

Delante de todos, los hermanos Hough y Daniel Secord estaban apoyados en sus largos fusiles. Saludaron la llegada de Joseph tocando el ala del sombrero. Algunos los imitaron.

Joseph, una mano en el hombro de Isaac, se colocó bajo la bandera, como en el otoño precedente.

—Estáis aquí por vuestra voluntad —dijo en inglés—. Yo no puedo daros una paga, como hacen los oficiales del ejército, porque no tengo dinero. No puedo proveeros de armas o municiones, ni tampoco del rancho. Pero puedo deciros que obedeceréis a un solo jefe y a nadie más. Y podréis marcharos en cualquier momento. Solo el honor de la palabra os vincula a esta compañía. Nuestro objetivo es uno solo: combatir a los enemigos del Rey. Nuestros enemigos.

—¡Hurra por los Voluntarios de Brant! —gritó Henry Hough.

—¡Hurra! —repitió Johnny.

Siguió un silencio quebrado solo por golpes de tos y esputos de tabaco.

—Establezco aquí el cuartel general —prosiguió Joseph—. Pero para combatir tenemos que procurarnos víveres y municiones.

—Sabemos donde ir a buscarlos, capitán Brant. —De nuevo era la voz

enronquecida de Henry Hough—. En las granjas de los traidores. Esos zorros que no apoyan la rebelión a cara descubierta, sino que lo hacen en la sombra. Cenizos y soplones. Requisemos su ganado y sus graneros. Quitémosles las armas y la pólvora.

—¿Y si te equivocas y en cambio son patriotas? —objetó un muchachote pecoso de cabellera roja.

Henry Hough escupió el tabaco al suelo y le lanzó una mirada de odio.

—Si son buenos patriotas, nos darán las cosas sin problemas. Somos paladines del Rey.

Un murmullo de aprobación recorrió el grupo. Joseph levantó una mano y obtuvo silencio.

—Que Dios nos asista.

William Adlum agradeció a Dios por estar vivo, con toda su familia. Las sombras de la cuadrilla se proyectaban en el suelo hasta tocar la granja. Eran fantasmas que regresaban al Gehena. No, eran ladrones y villanos.

Su mujer le llamó desde la puerta de la casa. Los niños lloraban.

William Adlum apretó los puños y se volvió para entrar. El mundo se derrumbaba, ya solo quedaba rezar. El Día del Juicio tenía que estar cerca.

13

Nueva York era lluvia y figuras grises. Las ruedas del carruaje se hundían en el fango de Wall Street, mientras el caballo empapado avanzaba a paso lento bajo los golpes de látigo del cochero.

Guy Johnson pensaba en la carta recibida el día anterior.

Desde que había regresado a América, había visto que sus antiguos compañeros habían partido uno a uno hacia la Gran Incógnita que comenzaba al otro lado del río Harlem. Se había quedado solo, acampado en un trozo del Nuevo Mundo que ni siquiera era tierra firme. Ahora los acontecimientos le presentaban la cuenta por esa inactividad.

Las articulaciones habían comenzado a crujir: herrumbre entre las vértebras, sensación de torpeza y pesadez, jaquecas. Era tiempo de moverse, necesitaba hacer un par de cabriolas.

El general Howe, el héroe de Boston, le recibiría sin duda alguna. Entre ellos se había creado una cierta confianza. Ahora estaba yendo a pedir permiso para armar un barco y zarpar. No se movía ni una aguja en Nueva York sin el visto bueno del general. Se lo podía comparar con un dictador de tiempos antiguos, que controlaba la ciudad del único modo posible, con puño de hierro y el apoyo de la flota al mando de su hermano, la única persona en la que confiaba de veras.

Un dúo incómodo, los Howe. Los neoyorquinos lo habían tenido que aprender a fuerza de errores. Porque además eran gente revoltosa e indisciplinada, todos contrabandistas que hubieran preferido seguir haciendo negocios sin pagar impuestos a la Corona. No por nada, cuando estalló la insurrección, habían fundido la estatua del rey Jorge para hacer proyectiles y regalárselos a Washington.

El coche redujo su marcha frente a un pelotón de soldados con casacas

rojas que patrullaba la calle. La gente se apartaba para dejarles paso, lanzando miradas indiferentes. Poco más allá, un par de patanes encadenados en la picota, cubiertos de roña. Uno de ellos parecía mirar a Guy. Al otro lado, una segunda patrulla de soldados: los mismos uniformes rojos, la piel oscura. Negros que intentaban alistar a otros.

El mundo cambiaba deprisa, pensó Guy. Un día eres esclavo, al día siguiente un soldado de Su Majestad.

Altos y bajos. Pensó de nuevo en la carta recibida. Daniel Claus comunicaba que había regresado de Londres. Un año de antesala le había hecho ganar el mando de los irregulares indios en la inminente contraofensiva. Escribía desde Montreal, donde se había reencontrado con sir John para reclutar voluntarios. Le invitaban a llegarse hasta allí antes del comienzo del verano.

El destino sabía ser irónico: Guy había dejado al alemán en el punto más bajo y ahora era él quien le ofrecía un sitio a su lado.

Claus decía que esperarían a las tropas regulares para dar inicio a la expedición. Estaba convencido de que esta vez llevarían a la guerra a muchos indios. Joseph Brant también se uniría al grupo.

Joseph. Su traductor, pensó Guy. El intérprete del Departamento. El viejo sir William había tenido buen ojo cuando le escogió como pupilo. En Londres, aquel indio se había vuelto famoso y seguro de sus propias posibilidades.

Si partía en unos días, podía llegar. Llegar allí y tener su parte de honor militar, por gentil concesión de Daniel Claus y sir John Johnson. La idea le revolvía el estómago.

Podría abrazar de nuevo a sus hijas. Claus las tenía consigo. De regreso de Londres para que se reunieran con su padre. Decía que Esther había crecido mucho, que no la reconocería.

Guy se preguntó si las pequeñas recordarían su rostro.

Viajar a través de la colonia era impensable. Los rebeldes dominaban las zonas del interior, bandas de irregulares las recorrían a lo largo y a lo ancho en busca de botín, espías y rehenes. Tenía que obtener el permiso para armar un barco, llegar hasta la bahía de San Lorenzo y Quebec. Remontar el río. Un viaje largo y difícil.

El carruaje se detuvo delante de la residencia del gobernador militar. Guy bajó de inmediato, hizo un saludo a los centinelas de guardia que le dejaron entrar.

—Pensaba que el clima inglés era ingrato, antes de pasar un verano y un invierno en Nueva York.

El general Howe estaba de pie cerca de la ventana. Desde esa posición, disfrutaba la vista de la extensión de tejados, interrumpida por los mástiles de las naves ancladas en los muelles. Gaviotas de plumaje sucio se resguardaban de la lluvia debajo de las cornisas, observando las calles debajo, a la espera de un bocado inesperado.

—¿El mal tiempo pone de mal humor a Su Excelencia?

—No, señor, estoy demasiado al sol, para decirlo como el Príncipe de Dinamarca.

—Cuando Su Excelencia cita a Shakespeare, la situación suele ser grave.

Howe dirigió una mirada furtiva a Guy.

—Me están dejando de lado, coronel Johnson. ¿Cómo tendría que estar mi humor?

—Se está burlando de mí, general. El rey Jorge no tiene mejor oficial que usted.

Howe le dedicó una sonrisa torcida.

—Se olvida que también soy miembro del Parlamento. Por el partido equivocado.

Señaló a Guy una silla con un alto respaldo de madera. El se sentó. Miró la botella de jerez medio vacía, abierta sobre la mesa. El general le invitó a servirse, pero él lo rechazó con una inclinación de cabeza.

—Míreme, coronel Johnson —dijo Howe sin quitar los ojos de la ciudad. La voz estaba enronquecida por el alcohol y los pensamientos—. Tiene ante sí al hombre que ha salvado Boston. Expugnar la colina Breed costó la sangre de muchos buenos soldados. En dos ocasiones nos rechazaron con disparos desde lejos. ¿Cuántos oficiales hubieran ordenado un tercer ataque? Uno lo tiene delante. Hemos tomado esa condenada colina y luego todo el maldito promontorio. —Rozó el cristal con un gesto delicado en fuerte contraste con el uniforme y el tono áspero—. Luego llegó el turno de Nueva York. Una carrera a marchas forzadas, para anticiparse a Washington. Mis hombres controlaban la ciudad cuando los refuerzos de Inglaterra aún no habían llegado. Combatimos aquí en Manhattan, en Llanuras Blancas, expugnamos los fuertes, echamos a los continentales. Ordené a Cornwallis ir detrás de Washington, para que lo persiguiera hasta el Infierno, pero este condenado país es mucho más

grande que el Infierno.

Se interrumpió para concederse un suspiro.

—Nadie ha dejado el alma en esta guerra más que quien le habla, coronel Johnson. ¿Piensa que lo he hecho porque creo que es una guerra justa? Le parecerá extraño, pero no es así. He sido elegido por el partido whig, era contrario a la política de nuestro gobierno en América. Lo he hecho por el bien de Inglaterra y porque soy un súbdito fiel de Su Majestad. He cumplido con mi deber de soldado aunque no estaba de acuerdo. ¿Y cuál es la recompensa? Enviar a Burgoyne a tomar el mando de la ofensiva por tierra. —Hizo una mueca amarga—. Después de todo lo que he hecho en el campo, no se fían de mí. Temen que me convierta en un estorbo, ¿comprende? Entonces me acusan de procrastinación, de retrasar el ataque a las zonas del interior. Las voces salen de la Cámara de los Comunes, pero desde aquí también se oyen.

Se volvió y se sentó en el sillón tapizado en brocado rojo.

—Que lo hagan. Que avancen a las zonas del interior, tan llenos de impertinencia. —Miró a Guy Johnson—. No quiero ofenderle, coronel, pero la altanería de los *tories* linda con la ligereza. Y solo Dios sabe cuán pesada es la guerra.

Con un amplio gesto de su mano el caballero le invitó a proseguir. No se sentía para nada ofendido. Desde el principio, sus discusiones políticas se habían basado en el respeto recíproco. Había sido Guy quien sugirió que, si en Londres Samuel Johnson frecuentaba el mismo club que Edmund Burke, un Johnson mucho menos famoso podía presumir de conversar con un general que era whig.

Howe miró la botella de jerez sin tocarla, como pensando lo que debía hacer.

—Burgoyne conoce poco este país —continuó—. Cree que cuando llegue de Canadá, se encontrará con unas pocas bandas de agricultores armados con horquillas y viejas escopetas. Quisiera tanto saber cómo piensa asegurar líneas de abastecimiento de doscientas millas de largo. —Sacudió la cabeza—. Por lo que a mí se refiere, me quedaré siempre en la costa. Palabra de honor, en América una gran flota de cobertura es la única garantía. Nosotros también atacaremos. Pero en el sur, cerca de Filadelfia. Antes del invierno, habré expugnado esa ciudad también. —Levantó apenas los hombros—. Siempre que me dejen hacerlo —añadió—. Así todos los puertos del norte serán nuestros. Controlar los puertos significa

controlar el comercio y las vías de comunicación con Europa. ¿Qué más necesita una potencia naval como Inglaterra?

Llamaron a la puerta. Un asistente entró con un fajo de hojas, que sometió a la atención del general. Howe empuñó la pluma y la mojó en el tintero.

—Debe disculparme, coronel. Sin duda ha pedido una audiencia por algún motivo y yo le he importunado con mis elucubraciones.

Guy se aclaró la voz, pero las palabras no salieron. Pensaba en la propuesta de Claus y en el cargo de jefe adjunto que le hubiera tocado. Pensaba en el valle del Mohawk en manos de la milicia rebelde, en Johnson Hall transformada en cuartel. Quién sabe quién dormía en las habitaciones de Guy Park. Paletos y mozos de cuadra, ladrones y saqueadores. El hedor debía de haber apestado las paredes, no se habría de ir nunca. Quién sabe si habrían encontrado el tesoro de familia.

Pensaba en los largos días de navegación, en los piratas que asaltaban las naves en nombre de una nación nueva y hambrienta. Pensaba en los mosquitos y de nuevo en Daniel Claus que le tendía la mano.

Miró la ciudad más allá del cristal, a espaldas del general. Un rayo de sol había atravesado las nubes y daba de lleno en la ventana.

—Estoy aquí para presentarle mis respetos, Excelencia —dijo—, y cerciorarme de que su salud es buena. Y también para ofrecerle mis servicios, en caso de que puedan ser útiles.

—Se lo agradezco, señor —respondió distraído Howe, mientras comenzaba a firmar los papeles—. Sé que puedo contar con su apoyo. Mi salud es buena, no se preocupe, aparte del corazón envenenado. Pero ahora debe disculparme, tengo que firmar las condenas a muerte de hoy y no es una actividad que predisponga para la conversación.

Guy se levantó, hizo una inclinación y se dirigió hacia la salida.

—Coronel —le llamó el general.

—Excelencia —dijo Guy volviéndose.

Howe sostenía la pluma de oca en el aire; en su punta una gota de tinta, negra y espesa como la sangre que haría derramar.

—Regrese a verme antes de que me lance a esta gran ofensiva. —Esbozó una sonrisa—. Beberemos una botella de coñac y hablaremos un poco de Londres.

Guy asintió y salió por la puerta.

Había elegido. Se sentía más ligero, pero no mejor.

14

Habían llegado una mañana de junio, después de un día de marcha y una noche a la orilla del río. La gente de Unadilla se había refugiado en la iglesia, rogando que se fueran enseguida. En la puerta se había presentado el reverendo, para darles la bienvenida en la casa del Señor. Joseph lo conocía, uno de esos blancos que al oír hablar de indios se acariciaban la cabellera y esgrimían la cruz.

Sin necesidad de molestar a Dios, los Voluntarios se habían marchado antes del atardecer, con una decena de vacas, tres ovejas y un saco por cabeza de legumbres y carne seca.

La milicia rebelde no había aparecido.

Una semana después, muchas granjas de la zona habían sido abandonadas. Los colonos huían a Cherry Valley a German Flatts y a Albany, para suplicar a los generales y coroneles que no les dejaran solos, a merced de los indios.

Nicholas Herkimer se había ofrecido para ayudarles. Había enviado un mensaje a Joseph para pedir una reunión, en nombre de la antigua amistad entre ambos.

En Unadilla, a mediados de mes.

Bajo rayos ardientes que parecían de verano, Daniel Secord comenzó a caminar entre los terrones. El campo de alfalfa separaba a los Voluntarios de la Milicia de Tryon. Quien los había visto bajar por la orilla del Susquehanna, hablaba de unos trescientos hombres armados.

El general fue a su encuentro a caballo, escoltado por cinco hombres, y se detuvo a esperar en el verde, en el centro exacto del campo. Secord

sintió el olor a tabaco macerado en whisky y pensó que solo un loco podía fumar la pipa con ese sol sobre la cabeza.

—El capitán Brant le manda sus saludos y pide conocer el motivo de la reunión.

Herkimer dio una larga calada y vació la pipa golpeándola contra la silla.

—Siempre hemos sido buenos amigos —respondió—. Dicen que ha hablado con el rey Jorge y lord Germain. Me gustaría saber qué idea se ha hecho de la causa de las colonias.

—¿Y sus milicianos? ¿Ellos también quieren hablar con el capitán? Será un coloquio muy largo.

—Será un coloquio amistoso —rebanó el general—. Le doy mi palabra.

—Muy bien. Regresaré en una hora con la respuesta a sus preguntas. ¿Tiene algo más que preguntar?

El índice de Herkimer quedó como atascado en el hornillo de la pipa, mientras presionaba el tabaco.

—¿Quiere decir que el capitán Brant no tiene intención de verme?

—Quiero decir, señor, que un encuentro con trescientos hombres armados no es un «coloquio amistoso», se llama batalla. Si este es el tipo de reunión que tiene en mente, estamos dispuestos a complacerle.

Esta vez el general pareció no escuchar. Acabó de cargar la pipa y la llevó a su boca sin encenderla.

—Diga a su capitán que haré construir un refugio en este punto preciso. Estaré aquí mañana por la mañana, con cinco hombres desarmados. Con el calor que hace, estoy seguro de que el capitán Brant no querrá que espere en vano.

Palabras de indio, la mercancía más devaluada que había en el mercado. Herkimer quería llevarse a casa unas cien libras.

—Decidme si estoy equivocado —dijo Jonas Klug, mientras pelaba una rama a golpes de cuchillo—, no hemos hecho todo este viaje para escuchar a un salvaje.

—Así se habla —respondió la boca de Rynard saliendo de la oscuridad —. Además, ya sé lo que va a decir, apostaría un dólar español.

—Estoy de acuerdo con vosotros, señores. Tal vez juntos podamos convencer al general.

—El general no va a cambiar de idea, capitán Neuman. A él le encantan las palabras.

Con un movimiento brusco, el cuchillo del alemán cortó la rama en dos. La parte cortada cayó en el fuego y comenzó a consumirse en las llamas.

—Si quieren saber lo que pienso, lo único que cuenta es conseguir la cabellera de Joseph Brant. El resto es todo inútil.

La oscuridad devoraba los rostros. Pareció que hacía lo mismo con las palabras.

—Si combatimos, te dejaremos el honor—comentó Neuman.

—¿Y para qué hay que combatir? Si yo estuviera en la delegación, mañana, resolvería el problema de una vez por todas.

Klug agarró la hoja por la punta, sopesó el cuchillo y lo lanzó para que se clavara en medio de los pies de Rynard.

Fue otra vez el capitán Neuman el primero que habló.

—Si decís que Joseph Brant es un peligro a eliminar, estoy con vosotros. Pero matar un hombre a traición es un deshonor.

—¿Un hombre? Un salvaje, yo digo. Piensa en la miseria, destrucción y muerte que ahorrarías al pueblo americano. Y aunque se tratara de un blanco, ¿qué patriota eres, si prefieres tu honor antes que el bien de la nación?

Una piña cayó en el fuego y esparció un puñado de brasas.

—Él tiene razón —comentó Rynard—. Si un gran error produce grandes beneficios, ya no es un error.

—Herkimer y su amigo indio hablarán —prosiguió Klug—, luego regresaremos a German Flatts y un día nos dirán que Joseph Brant ha desollado viva a toda la gente de Unadilla. Ese día voy a preguntarte cómo te sientes, capitán Neuman.

El hombre revolvía la arena con la punta de la bota. Aplastó una cucaracha que se estaba asomando y levantó la cabeza.

—¿Qué pensáis hacer?

—Quitar de en medio al indio, ¿qué más? Yo me ofrecería, pero mi puntería no está a la altura. Se necesita alguien que sea capaz de disparar lejos y preciso. Cuando aparece Brant, ¡pum!, el problema se resuelve de una vez por todas.

—Por algo así, puedes acabar en el cadalso. Yo me andaría con cuidado.

Klug miró alrededor.

—¿Por qué, estás diciendo que hay espías aquí? Vete con cuidado tú, más bien.

Cayó un silencio frío.

—Calma, señores. Jamás he visto que nadie acabe en el cadalso por cargarse a un indio —proclamó por fin Rynard, en la pausa entre dos escupitajos—. Hay muchos que le darían una medalla, al que elimine al salvaje que ha conocido al Rey.

Un rumor de aprobación se escuchó en torno al fuego.

—He oído a muchos que presumían de ser el mejor cazador de German Flatts, del valle, de toda la colonia. —Klug se puso de pie—. ¿No hay nadie que quiera demostrarlo? ¿Nadie se anima? ¿Tú, Keller? ¿O tú, Rumsfeld?

El último de los nombrados tragó saliva, luego hizo un gesto con la cabeza.

—Yo me encargo.

Klug sonrió.

—Entonces de acuerdo. ¿Estamos todos en esto? El silencio se hizo profundo. Los hombres sopesaron las palabras que acababan de oír. Uno a uno, se pronunciaron.

—Bien, señores. Ahora dormiremos el sueño de los justos.

Dolor, dolor en las costillas: eran patadas, intuyó Klug. Lo estaban despertando a patadas. Y se tarda poco en despertarse de esa forma. El corazón se le subió a la garganta, intentó ponerse sentado pero sintió que la suela de una bota presionaba contra el pecho.

Ajustó la vista. Una bayoneta. Proseguía en un fusil, y en un miliciano que parecía pasárselo en grande. Klug echó una mirada alrededor. Rumsfeld y Keller sufrían el mismo tratamiento, también Rynard.

Escoltado por sus guardias, Herkimer le miraba. En el rostro se dibujaba el disgusto, más que la rabia.

—Tendría que ordenar que os ahorquen por sedición, señores. Pero me conformaré con mucho menos. Tú, Rumsfeld, quince latigazos. Klug recibirá diez. Los otros solo nueve. Luego regresad a vuestras casas. Nunca más os crucéis en mi camino.

El humo de la pipa formaba densas espirales contra el techo. Los hombres estaban cubiertos de sudor y polvo. El general Herkimer tenía una Biblia abierta en las rodillas y leía siempre las mismas cuatro líneas. No era la impaciencia lo que le distraía, ni la preocupación por lo que diría. La reunión era el último acto de una ceremonia: el significado estaba en el gesto, no en las palabras. Mientras un patriota americano hiciera cien millas para discutir con un indio lealista, el tiempo de las masacres aún no habría llegado.

Una hilera de nubes se acercaba al sol, cuando Joseph Brant salió a cielo abierto rodeado por los suyos. Herkimer dejó la Biblia, se levantó y le invitó a entrar. Los hombres de la escolta se sentaron en dos bancos dispuestos en medialuna. Brant rechazó la silla de campo y permaneció de pie.

A sus espaldas, el mayor de los hermanos Hough torció una sonrisa de suficiencia y dio un codazo a Daniel Secord.

Joseph Brant saludó a los presentes y miró a Herkimer.

—Su valor es admirable, señor. Sabe bien que podría destruirles con un gesto. Mis fuerzas son más numerosas. —Hizo una pausa retórica, para que las palabras se imprimieran en la mente de los asistentes. Luego prosiguió —. He tenido que esforzarme mucho para contener a mis guerreros. He tenido que decirles, señor, que usted es un antiguo amigo, y que entre los suyos hay viejos conocidos y compañeros de escuela. Por eso me contentaré con una docena de vacas como oferta de paz, y con el retiro inmediato de sus tropas.

Herkimer hizo un gesto con la mano para callar a los suyos.

—Es una verdadera suerte tener amigos como usted, señor Brant. En todo caso, quiero verificar en persona las condiciones de la gente de Unadilla.

—De eso ni hablar, señor. Recuerde que estamos en guerra, y no lo hemos querido nosotros. Considérese ya afortunado porque no le llevaremos a Unadilla encadenado.

Herkimer asintió, sin quitar sus ojos de los del indio.

—Como quiera, señor Brant. Pero le advierto: no deje que se cometan atrocidades en esta guerra. No serán toleradas.

—Estaba a punto de decir lo mismo. El coloquio ha terminado. La próxima vez que nos encontremos, no será para hablar.

15

Era hermoso llegar a Oswego por el lago, como llegar del mar. Ni siquiera parecía el mismo sitio, cuando había aparecido en el horizonte.

El convoy acuático era majestuoso, imponente. Un gran barco, no muy diferente de los que surcaban el océano, era la punta de lanza de una flota de embarcaciones más pequeñas, dirigidas al consejo de las Seis Naciones.

Esther miraba el vértice de la puntiaguda geometría: indicando la dirección se hallaban John Johnson y Daniel Claus, firmes en la proa del Barrymore, que transportaba un cargamento de hombres y vituallas.

Sir John había preparado un regreso desde Montreal con gran pompa: llegaba al consejo con cientos de hombres, una milicia que había bautizado como Royal Green. Además, el Barrymore desbordaba de víveres, cañones, fusiles, pólvora negra y ron.

Esther había llegado a Canadá con sus tíos a principios de primavera. Tenía que reconocer que, desde que había obtenido el cargo, en la capital, el tío Daniel parecía otra persona. Hasta sus modales habían cambiado, más resueltos: seguía la moda de Londres en sus trajes, incluso el acento alemán era menos marcado.

Por todas partes se hablaba de guerra, nadie pensaba en otra cosa. Esther observaba los rostros, expresiones decididas. Escuchaba lo que decían, palabras inequívocas. «Venganza implacable», «romper los huesos», «los Johnson se pondrán otra vez al mando», «el ejército de Su Majestad llegará dentro de diez días».

Cuando el convoy había sido avistado desde los bastiones de Oswego, una multitud se había reunido en la orilla a esperarles, mientras que otros intentaban subir a bordo de barcas y canoas para ir a darles la bienvenida y escoltar la caravana hasta el atraque. El entusiasmo era irrefrenable, Esther

había sentido una fuerte emoción y muchos sentimientos le habían llenado el corazón. Durante el desembarco y el delirio de las operaciones de descarga, hombres y mujeres habían acudido para echar una mano. Esther había aprovechado el ajetreo para escabullirse entre la confusión general. Había algo que tenía que hacer desde hacía mucho tiempo.

El pequeño cementerio detrás de la capilla estaba desierto. El viento se llevaba los rumores del campamento y de la masa de hombres que preparaba la guerra. Las ráfagas se abrían paso entre las cruces, trayendo hasta allí el olor del lago.

La figura delgada se destacaba en medio de las tumbas, delante de una pequeña lápida de piedra, flores de campo entre las manos juntas.

Madre, he vuelto.

De nuevo estoy en casa, madre mía, aunque nuestra casa está lejos. Amo estos árboles, el agua, nuestros ríos. Hay muchos indios. Nuestros indios. Hay un consejo importante, se decidirá la guerra. Dicen que un gran peligro pende sobre nosotros, pero yo no me quedaré llorando a escondidas. Ya no.

Aquí estoy, he vuelto.

He cruzado de nuevo el océano, para estar aquí contigo.

Ha pasado tanto tiempo y yo he cambiado. He crecido.

En Londres he aprendido muchas cosas. Hubiera podido quedarme, tía Nancy no lo hubiera impedido. He preferido volver.

Para tomar mi lugar, como tú hubieras querido. Como hubiese querido el abuelo.

Tía Nancy y tío Daniel decían que también estaría mi padre, pero no lo he visto. No debe de estar. Hace tiempo que he dejado de esperarle. He aprendido a vivir sin él. Otros han cargado mi dolor en sus espaldas. A uno de ellos espero encontrarle aquí, un hombre valiente y bueno. También por eso he vuelto.

Madre, estas flores frescas son el amor siempre vivo. Son la sonrisa y la esperanza aun en los momentos difíciles. Son el apretón de la mano que aparta el miedo y el dolor.

Me llamo Esther Johnson, hija de Mary, nieta de William. Esta es la tierra donde he nacido, esta es mi gente.

16

Philip pensó que solo dos años antes realizaba el viaje de Canajoharie a Oswego para acabar combatiendo en Canadá. Ahora la guerra estaba en todas partes, y sin embargo siempre se partía de allí, de las orillas del gran lago, donde los iroqueses se reunirían una vez más.

Oronyhateka señaló el humo que se elevaba sobre las copas de los árboles. Ya estaban cerca.

Solo eran unos treinta, los últimos hombres válidos que quedaban en Canajoharie, más el viejo *sachem* Tekarihoga. Había sido un viaje silencioso e invisible, sin fuegos ni pausas prolongadas, en un territorio que ya era hostil. En cada parada, Philip había oído el martilleo del pájaro carpintero. Les seguía, volaba delante y por encima de ellos, controlando que el camino estuviera libre, y con su golpeteo les incitaba a proseguir, a darse prisa.

Cuando las primeras tiendas aparecieron en los límites del claro, Kanenonte lanzó un grito para anunciar su llegada. Kanatawakhon y Sakihenakenta respondieron, mientras Philip se llenaba los pulmones con el fervor que hacía arder el aire.

Algunos Highlanders sacaron trozos de carne hervida de un caldero abollado. Philip se sentó junto al fuego y agradeció. Observó que las llamas bajo el recipiente danzaban sobre las brasas. Pensó en lo que queda después de la combustión: una sustancia polvorienta, seca. Astillas tiznadas, ceniza grisácea. El fuego vivifica, pero también consume. La madera se deshace, se convierte en esqueleto negruzco, desecho inútil, puro polvo.

Era un verano extraño, los temporales se sucedían con rabia, rompían

las ramas de los árboles, transformaban la tierra en fango viscoso. Al sol, la piel del rostro ardía; a la sombra, el cuerpo temblaba.

Las copas de los pinos oscilaban en todas las direcciones, cabezas de frailes empeñadas en cantar cada cual una estrofa diferente.

Todas las canciones eran dolorosas. El sabor de la carne parecía estopa.

Al otro lado de la plaza de armas, una figura llamó su atención. Una joven mujer caminaba hacia él. Philip sintió que una voz interior pronunciaba un nombre.

Esther avanzaba, única silueta clara en la monotonía gris del campamento. En el rostro una sonrisa leve, insondable. La amplia falda, sedosa tonalidad entre rosado y amarillo, rozaba el fango; una cofia con bordes de encajes protegía el peinado. Irradiaba una tenacidad que Philip había visto en potencia aquel día, en Londres, cuando le había cogido la mano, y que ahora parecía haberse desplegado. Alrededor de la muñeca, el brazalete que le había regalado.

Philip se puso de pie.

—Señor Lacroix.

La voz se había hecho madura. Era una mujer. Podía sentir el olor.

Philip no supo como dirigirse a ella. Se quedó callado. Esther le miró de abajo hacia arriba.

—La niña que estaba escondida en la leñera, ¿recuerda? Ahora tengo casi quince años.

—¿Qué hace aquí? —logró preguntar Philip—. Hay guerra.

—Mi tío, el señor Claus, suponía que hubiera podido ver a mi padre. Tenía que venir de Nueva York. Pero yo sabía que no vendría.

Philip arrugó la frente.

—¿Lo sabía?

El rostro de Esther se cubrió con una sombra triste.

—No todos los hombres son valientes. —Clavó sus ojos en los de Philip—. Solo alguno lo es bastante también por los otros. Y sabía que lo encontraría aquí.

Philip se preguntó cómo era posible que esa joven mujer fuera el mismo ser atemorizado que había dejado en Inglaterra. Solo había pasado un año. Luego recordó que, a esa edad, el tiempo se contaba por días, y que los días como los que habían vivido hacían crecer muy rápido.

—Ahora debo marcharme, señor Lacroix. Tía Nancy debe de estar buscándome.

Philip se volvió a sentar junto al fuego. No pudo pensar en nada, porque alguien se agachó a su lado.

No se veían desde hacía un año, pero Joseph habló como si retomara un diálogo interrumpido.

—Así que Molly no ha querido venir.

—Cree que aún puede ser útil en la aldea.

Joseph asintió.

—Me lo imaginaba.

—Tu mensaje decía que estaban todos —dijo Philip—. Pero los oneidas no están.

—¿Tiene importancia? Cada uno decide por sí —respondió Joseph—. Somos parte de un gran ejército. Antes de que acabe el otoño estaremos en casa. —Pinchó un trozo de carne, lo enfrió soplando y lo mordió. Tras haber masticado largo rato, escupió el bocado en el polvo—. Esta carne es de madera. —Se levantó y rozó el hombro de su amigo con la mano—. Partiremos dentro de dos días —dijo—. Vamos a tomar Fuerte Stanwix. También estarán los senecas.

Estaba a punto de alejarse, pero se detuvo y se agachó de nuevo.

—Estoy contento de que estés aquí.

Philip le observó mientras cruzaba la plaza con pasos seguros. Lo había logrado. Era un jefe.

17

En los bosques cercanos a Canajoharie, arándano y fresa habían madurado en anticipo y las mujeres salían al alba para recogerlos húmedos de rocío. Tiempo robado a labores más útiles y un cesto de bayas como botín, apenas suficiente para endulzar la lengua de una familia de bocas hambrientas. Sin embargo, nadie hubiera renunciado a los sabores del bosque, rito que daba inicio al verano, garantía de orden y belleza.

Ese último año el valle se había asomado a un abismo, tierra de conquista para una nueva nación, pero los pequeños frutos aún desprendían aromas y cubrían el borde del precipicio. Dulces como las esperanzas, pensó Molly. Rojos y negros como la guerra.

Tal vez era por eso que la gran visión de dos veranos atrás había regresado, límpida como el aire después de la primera nieve. El funeral de sir William, la tierra tan dura que no se podía cavar, el ataúd que se deslizaba en las aguas, hacia la fuente.

Según las otras matronas era una profecía sobre lo que estaba ocurriendo. Lo que va a contracorriente está destinado a regresar y Jefe Grandes Negocios regresaría por medio de su descendencia, era preciso prepararse para recibirle.

Por eso Molly había decidido quedarse, aunque Joseph le había pedido que fuera. Por eso Ann podía comer arándanos, con los labios manchados de morado y los ojos encendidos de novedad.

Llevó a los dos pequeños niños hacia los arbustos y los rayos del sol. Ann y George se hincaron de rodillas y se pusieron a comer sin parar.

Molly aprovechó para alejarse un poco, al alcance de la voz, hasta una roca de granito escondida entre los árboles. Esperó que el muchacho no se demorara. Sin duda su ausencia ya se había notado. Hacía tiempo que los

whigs la espiaban, controlaban sus movimientos, las personas que entraban y salían del almacén y de su casa. Pero no había ojos que fueran capaces de hurgar en sus sueños, colocarse detrás de cada piedra del bosque, registrar uno a uno a los clientes del almacén. Los espías rebeldes miraban sin ver y Molly, con estrecha vigilancia, continuaba pasando noticias, información, despachos.

En el último mensaje, Joseph la informaba acerca de la gran ofensiva planeada por los ingleses. El ataque a la colonia de Nueva York se realizaría por dos flancos, para cercar a los rebeldes con una maniobra de pinza. Mientras el general Burgoyne llegaba por el lago Champlain, Joseph se encontraba con las tropas del coronel Saint Leger, que desde hacía dos semanas asediaban Fuerte Stanwix. La situación estaba en punto muerto, pero tarde o temprano los rebeldes se rendirían.

Lo que Joseph no sabía era que la noticia había bajado por el río Mohawk, hasta llegar a los asentamientos de los colonos. Esa noche el general Herkimer había partido encabezando a setecientos hombres de la milicia rebelde, en dirección al fuerte, para prestar ayuda a los asediados. La columna estaba confiada a guías indios, para evitar el río y no ser vistos.

El único camino alternativo para un contingente tan numeroso era el antiguo sendero oneida que pasaba por la aldea de Oriskany. La marcha sería muy lenta y un mensajero veloz podría anticiparse a los rebeldes al menos tres días. Esto daría a Joseph el tiempo suficiente para estudiar un contraataque.

Molly escuchó rumores a sus espaldas y se detuvo, a la espera. El joven salió del bosque y le sonrió.

—Dios te proteja, Degonwadonti.

La mujer se acercó y le entregó la carta, pocas líneas redactadas esa mañana, que el muchacho escondió debajo de la camisa.

—Tienes que llegar hasta Thayendanega. Corre sin detenerte. Corre con todas tus fuerzas, si es preciso.

La imagen del cadáver desfigurado de Samuel Waterbridge cruzó su mente, pero la apartó enseguida y apretó el brazo del muchacho.

—Regresa sano y salvo.

Lo vio desaparecer entre los árboles. Se apresuró a llenar el cesto con bayas y llamó a sus hijos para regresar a la aldea.

Mientras caminaba a lo largo del sendero, recordó a Nicholas Herkimer en la sala de Johnson Hall, hablando con sir William y bebiendo té negro.

Luego lo recordó más viejo, cuando había visitado por última vez el almacén, para convencerle de que mantuviera a su pueblo fuera de la guerra.

—Parece que Benjamin Franklin la ha tomado de ustedes, los iroqueses, esa idea de una confederación —le había dicho sonriendo el alemán.

—Si el Congreso solo quisiera robarnos las ideas —había respondido Molly—, el hacha de guerra de los mohawks todavía estaría enterrada.

Por un momento esperó que su hermano y Nicholas Herkimer aún pudieran evitarse, pero sabía que era demasiado tarde. El valle nunca más podría acoger a ambos. El mundo de Warraghiyagey había cambiado para siempre.

Miró sus propias manos y las de sus hijos teñidas por el zumo de las bayas. Tuvo miedo. Visiones de sangre que enrojecía el río e inundaba el bosque la asaltaron con fuerza. Comenzó a murmurar una plegaria en voz baja. Pidió por Joseph. Pidió al Dueño de la Vida que le concediera la victoria sobre los enemigos.

18

Cuando Nicholas Herkimer intentó volver a cargar la pistola se dio cuenta de que sus manos temblaban. Tuvo que apoyarse en un tronco, tomar el aliento necesario, colocar la baqueta en el cañón, apuntar el arma a ciegas detrás del árbol y apretar el disparador. El único ruido que se escuchó fue el del martillo que golpeaba en vano.

La pierna herida cedió, cayó al suelo y permaneció tumbado bajo la lluvia que caía de las ramas e impactaba en el rostro.

Unas manos le agarraron y lo pusieron sentado, la espalda apoyada en la corteza. Vio que bajaban hilos de agua hasta mezclarse con la sangre en un pequeño charco. Ya no recordaba cuántas horas hacía que le habían herido en la rodilla, la pierna era un trozo de madera.

El doctor Van Hoek le quitó la bota. Herkimer intentó no pensar en el dolor. Escuchó que el capitán De Jong disparaba insultos detrás del árbol contiguo. Su cuñado, voluntario lealista, le respondía con los mismos proyectiles unas pocas yardas más allá. Estaba remontando todo el árbol genealógico de la familia, desde antes de zarpar de Rotterdam.

Herkimer pensó que, en el otro lado, también debía de estar su hermano. Y los primos de Williers. Y esos grandes hijos del diablo de los Hough. Conocía a esa gente, algunos habían combatido con él durante la otra guerra, junto a sir William Johnson. Buenos tiradores, santo cielo. Debía agradecer a Dios por el temporal que había concedido una tregua.

Observó los cuerpos tendidos a su alrededor, algunos con el cráneo rojo de sangre. Los lamentos de los heridos contrastaban el silencio de la muerte. Uno de ellos levantaba los brazos al cielo, imploraba ayuda con la voz que le quedaba. Le pareció reconocer a Sanders. Lo habían escalpado, pero aún estaba vivo. Le habría dado el golpe de gracia, si alguna de las

armas de fuego hubiera funcionado. Los gritos de Neuman eran desgarradores. Yacía a pocos árboles de distancia con un proyectil en las tripas, la sangre chorreaba entre los dedos apretados contra el vientre. Lo sujetaban entre dos, pero no conseguían que dejara de invocar a Dios y a su propia madre.

Solo un poco antes esos hombres estaban de pie, vivos. Parecía que hubiera transcurrido un instante, pero la luz decía que ya era pleno día.

«¡No se dispersen, cierren filas! ¡Fuego a discreción!»

Había gritado las órdenes en mohawk dutch, para estar seguro de que todos entendieran. La milicia había obedecido, se habían comportado bien, como soldados, como un verdadero ejército. Pensó que tendría que informarlo a Schuyler y a Washington. Tenían que saberlo. Los habían rechazado, por Dios. También había indios allí entre ellos, y muchos. Demonios del bosque, salían de la misma tierra.

«¡No se dispersen, permanezcan unidos!»

El ataque partió de ambos lados del camino. Una emboscada. Los estaban esperando, alguien les había avisado. El primero en caer había sido Jansen, herido en el pecho. En un instante la fusilería había hecho desaparecer el bosque. Cegados por el humo, se habían formado en falange.

«¡En dos filas, divididos por parejas, uno dispara y el otro carga!»

Disparar y volver a cargar en turnos alternos, sin dejar que los diablos tengan tiempo de acercarse. Mantenerlos a distancia. Con los indios no había salida en el cuerpo a cuerpo. Herkimer lo sabía, lo había aprendido durante la otra guerra. Los que fueron alcanzados por los tomahawks estaban boca abajo.

Desplazándose despacio, todos juntos, como una gigantesca araña, se habían escondido en el monte. La salvación: para cada hombre un refugio de madera sólida, una posición para responder al fuego, un lugar desde donde vender cara la piel.

Herkimer sentía que la moral de los hombres tambaleaba, que el miedo se colaba entre los árboles, silencioso y letal. Tarde o temprano, la lluvia cesaría y la pólvora se secaría. ¿Podrían rechazar un segundo ataque? Era la pregunta que cada uno se hacía en su propio refugio, acompañándola con una plegaria.

Pensó en Gansevoort, bloqueado en Fuerte Stanwix, a pocas millas de allí. Hubieran tenido que llevarle ayuda, aliviar el asedio. Había que resistir como él lo estaba haciendo detrás de los bastiones. El Estado libre de

Nueva York estaba en peligro. Si hubiesen cedido, los ingleses se extenderían por el valle del Mohawk y podrían atacar a Schuyler por el flanco izquierdo.

Tenían que esperar a que la luz disminuyera y luego dejarse guiar por los oneidas fuera del bosque, para organizar la defensa valle abajo.

Los lamentos de Neuman comenzaron a martillear los tímpanos aún más fuerte. Se retorcía, pataleaba para alejar la muerte que le estaba atrapando. Irradiaba pánico, mientras del otro lado los indios hacían eco con gritos animales.

—¡Que lo hagan callar, por Dios! —gritó alguien.

Herkimer pensó que tenían que resistir a toda costa.

—¡Capitán De Jong!

—A sus órdenes, señor.

El teniente se arrastró hasta el árbol, vio el calzón y la caña de la bota empapados de sangre.

—Pasen la voz —ordenó Herkimer ignorando el dolor—. Cada hombre se queda en su sitio. Permanezcan unidos. El que se lance al bosque está perdido. Si no le encuentran antes los indios, morirá de hambre y sed.

De Jong cumplió las órdenes. Las palabras viajaron por entre las ramas hasta perderse en la espesura del monte.

El doctor Van Hoek sacudió la cabeza.

—La herida está infectada. Tiene el proyectil en la rodilla desde hace muchas horas.

Herkimer miró la herida con los dientes apretados. Astillas de hueso asomaban en la carne. Todo el dolor del mundo se concentraba en el mismo punto.

—Haga lo que tenga que hacer.

El doctor asintió.

—¡De Jong! —gritó Herkimer con voz grave. —A sus órdenes.

—¿Qué ha sido de nuestros exploradores?

—Señor, los oneidas están allí abajo. Dicen que ya han disparado demasiado. Dicen que el acuerdo era para hacer de guías. No ven la conveniencia de combatir todavía.

—Refiera esto —susurró el general—. Si pueden abrirnos una vía de salida, me comprometo a conseguirles dos fusiles por cabeza.

Echó una mirada al doctor que rociaba ron sobre los instrumentos. Apretó otra vez el hombro del capitán.

—De Jong, asegúrese de que las filas estén cerradas. O permanecemos en orden cerrado o es el fin.

En ese momento una voz resonó del otro lado.

—¡Eh, Herkimer! ¿Me oyes? El próximo te lo meto entre los ojos.

El general reconoció el timbre y el acento. Tosió y tomó aliento. Logró responder con voz segura.

—Entonces iremos juntos directo al Creador, Henry Hough.

El tormento de Neuman se hizo aún más fuerte. Una mano clemente le tapó la boca, transformando los gritos en un quejido sordo.

Herkimer pensó en la moral de sus hombres. Hizo señas de esperar al doctor y apoyándose en De Jong consiguió ponerse de pie. Habló con toda la voz que tenía.

—¡Milicia del condado de Tryon!

Un amplio coro de voces respondió en el bosque cercano. Todos tenían que escucharle. También los lealistas del otro lado.

—¿Pueden oírlos? Piensan que nos asustan. En cambio nos alientan. ¡Que vengan! Los hemos rechazado una vez, lo haremos de nuevo. Este bosque será su tumba.

—¡Será la tuya, Herkimer! —gruñó Henry Hough.

El general se apoyó en el hombro de De Jong.

—Recuerden que detrás de nosotros está Albany —gritó más fuerte—. Aun cuando todos debamos morir en este condenado bosque, algo es seguro: ¡no pasarán!

Una serie de provocaciones se levantaron desde las filas rebeldes.

Herkimer se dejó caer. Van Hoek le enseñó una sierra, pero el general le detuvo.

—Procúrese un hacha, doctor. No hay tiempo que perder.

19

Joseph observaba a una gran hormiga que caminaba sobre una rama. El insecto transportaba una hoja grande como un naipe. Si los hombres tuvieran esa fuerza, pensó, podríamos derribar con las manos los árboles que tenemos delante y hacer salir de sus nidos a la milicia de Tryon en pocos minutos.

Había sido un enfrentamiento duro. Después de las primeras descargas de fusilería, los guerreros se habían lanzado al asalto. Los hombres de Herkimer habían resistido el ataque en el claro, luego se habían dejado perseguir hasta el monte. La arremetida de los indios y de los Voluntarios se había dispersado en mil regueros, hasta detenerse. El enfrentamiento se había convertido en un caos indistinto de tiros disparados de un tronco a otro, a pocos pasos de distancia.

Joseph había alineado a los Voluntarios detrás de los árboles, mientras los guerreros retrocedían furiosos.

Los Royal Green de sir John también mantenían la posición, pero en esa confusión era difícil entender quién disparaba a quién.

El resultado era que vivos, muertos y heridos se encontraban desparramados en un área de varios cientos de yardas cuadradas de bosque.

Solo el temporal había interrumpido el combate.

Cuando el olor de hojas podridas y madera mojada comenzaba a tapar el de la pólvora negra, Joseph se preguntó cómo aprovechar el punto muerto.

Ese tenía que ser su día. Mientras los soldados ingleses asediaban Fuerte Stanwix, él y sir John estaban guiando el contingente lealista contra la columna de Herkimer. Los ingleses confiaban en él, el indio que había conocido al Rey.

Alguien avanzó por el sotobosque y le distrajo de sus pensamientos.

Sir John y McLeod. Con el nuevo uniforme verde, el escocés aún llevaba el gorro de punta caída.

—Esto va mal —dijo Johnson, pálido—. Herkimer es un alemán cabeza dura, lo conozco. Tendremos que hacerlos salir uno por uno.

—Ya hemos perdido muchos hombres —dijo Joseph. Sir John asintió.

—Herkimer también. Y no conoce estos lugares tan bien como nosotros. Solo puede intentar escabullirse en la oscuridad. Muchos de los suyos se perderán en el bosque, pero muchos más podrían lograrlo.

—Con su permiso, señor —intervino McLeod—. Los mismos que les han traído aquí, pueden sacarles. Los guías oneidas son su salvación.

Joseph asintió. Las informaciones recogidas decían que esos exploradores eran renegados de las tribus, mercenarios sin honor. Había que pensar también en ellos. Nadie les echaría de menos.

Buder llegó hasta él, seguido por Walter y el jefe de los guerreros senecas. Hasta ese momento, sus indios habían observado el enfrentamiento al borde del monte.

—Los senecas están impresionados —dijo Butler guiñando un ojo, hablando en inglés—. Dicen que hoy los hombres de Joseph Brant han demostrado que no temen a la muerte.

Joseph asintió y respondió en el mismo idioma, mirando al jefe del grupo guerrero.

—Refiera a Sayengaraghta mis palabras, capitán Butler. Dígale que Joseph Brant quiere que él y los suyos se queden a un lado como las mujeres y contemplen nuestro valor. Así no tendremos que compartir con nadie el honor de este día.

Butler torció la boca con una mueca burlona. El seneca escuchó la traducción y apretó las mandíbulas con rabia. Por un momento pareció a punto de estallar, pero Joseph le dio la espalda.

Escuchó el aire. Una quietud siniestra reinaba en el bosque. Comprendió que ese era el momento.

Miró a los ojos a los blancos, uno tras otro. Los de McLeod brillaban de impaciencia. Sir John asintió brusco sin decir nada.

Butler estaba desconcertado, como si no estuviese seguro de haber entendido lo que estaban pensando los demás. Los párpados entornados como rendijas sondearon las intenciones del indio.

—La pólvora aún no está seca —objetó.

Cuando no recibió respuesta, se dio cuenta de que había entendido bien. Su hijo Walter blandió el hacha.

El viejo capitán se encasquetó el sombrero en la cabeza.

—Está bien, malditos locos. Acabemos con esto de una vez.

Philip Lacroix no se había pintado el rostro, sin embargo emanaba un aura de fuerza y amenaza. Durante el primer asalto había impedido que los jóvenes se lanzaran a ciegas contra los enemigos, había contenido su impulso y encontrado buenos refugios para hostigar a la milicia. Al principio, los jóvenes habían protestado y maldecido, pero se habían callado cuando muchos guerreros habían caído en el claro, tumbados por los proyectiles. Habían empezado a disparar por detrás de los árboles y las rocas.

Philip observó el grupo de abetos donde se habían refugiado los exploradores oneidas de Herkimer.

Poco después, unos veinte jóvenes mohawks avanzaban en silencio, guiados por el Gran Diablo.

El alarido cortó el aire húmedo. Joseph levantó el tomahawk y a sus gritos se unieron los de todo el contingente lealista. La señal atravesó el bosque, replicada de un árbol a otro.

Un segundo coro resonó al borde de la vegetación. Los senecas entraban en batalla. Su jefe Sayengaraghta gritaba a Joseph Brant que le mostraría cómo sabían morir los senecas. Joseph se sintió satisfecho y eufórico. Se lanzó a correr entre los árboles, Kanatawakhon y Sakihenakenta cubriendo sus flancos. A su paso, los Voluntarios salían a cielo abierto y le seguían gritando su nombre.

Impactaron contra la primera fila de milicianos, trabándose con quien encontraban delante, y rodaron por el suelo, en una cascada de hojas y fango.

Philip se quedó a una cierta distancia, desde donde podía contar a los adversarios. Eran unos treinta, bien armados y en guardia. Esperaban a entender cómo seguiría la batalla, para decidir qué debían hacer. Había

también algunas mujeres, para transportar víveres y municiones.

Philip podía percibir el odio de los guerreros por los oneidas. Localizó al más grande, una mole impresionante, entonces salió solo a cielo abierto, armado con maza y cuchillo. Cuando le vio avanzar, el gigante recogió el desafío con amplios gestos de asentimiento. Philip esquivó su hacha y le apuñaló en el hígado.

En ese instante, los mohawks se lanzaron al ataque.

Royathakariyo, los ojos en blanco y terribles en su cráneo pintado de rojo, cayó primero sobre los enemigos, rompiendo cabezas con la culata del fusil. Nada parecía poder detenerle, hasta que una de las mujeres apareció por detrás y le clavó un cuchillo en la espalda.

Oronhyateka, las dos manos pegadas contra el pecho, como las alas de un águila, se echó al suelo y con dos golpes certeros cortó los tendones de los tobillos de los guerreros, que cayeron como títeres. Kanenonte llegó hasta la mujer que aún blandía el cuchillo y le golpeó el rostro con el tomahawk. Sangre y dientes volaron por los aires.

Sir John dispuso que los Royal Green se pusieran los uniformes vueltos del revés, para ser blancos menos reconocibles. Dio la orden de ataque y salieron de los refugios con las bayonetas caladas en los fusiles.

Los Highlanders empuñaron los sables. Cormac McLeod besó los símbolos rúnicos de la empuñadura. El arma había pertenecido a su padre; los signos grabados se remontaban hasta antes del reinado de María Estuardo, antes de que existiera un rey de Escocia y de Inglaterra, cuando el secreto de la fuerza se transmitía a través de fórmulas mágicas que solo pocos conocían.

Levantó la espada al cielo.

—*Bualidh mi u an sa chean!* —gritó.

Los escoceses le siguieron con el ímpetu de antiguos guerreros.

Herkimer miró otra vez al cielo, el alma salida fuera del cuerpo, suspendida lo suficiente para notar que la luz era más intensa y las nubes se despejaban, para luego caer enseguida dentro de la jaula de carne con un singulto de dolor cegador.

Los seis hombres que lo sujetaban se abrieron como los pétalos de una

flor. Van Hoek cauterizó el muñón con un cuchillo al rojo.

Herkimer se desmayó. Cuando recuperó el sentido, se dio cuenta de que aún podía respirar y oír el fragor del enfrentamiento que destrozaba el bosque.

Ramas partidas, cuerpos echados al suelo, gritos, figuras veloces que corrían en todas las direcciones. Los milicianos le hicieron de escudo, blandiendo los fusiles como clavas, pero enseguida fueron alcanzados por Henry Hough y los suyos.

El general sintió que le levantaban y lo arrastraban. Consiguió ver cuando De Jong retrocedía del ovillo de perros rabiosos, el sable empuñado, gritando órdenes a los defensores para recomponer una fila ordenada. Las fuerzas le abandonaron, Herkimer dejó caer la cabeza hacia atrás. Vio que las copas de los árboles pasaban sobre sí, alternadas con finas tiras de cielo claro. Tenían que resistir un poco más, y la pólvora se secaría. Ahora los ruidos llegaban más atenuados, envueltos por un zumbido sordo.

—General Washington —murmuró—. Hoy, 7 de agosto del año 1777 yo, Nicholas Herkimer, general de la Milicia del condado de Tryon, escribo a Su Excelencia, poniendo a Dios como testigo.

En la línea de defensa, De Jong hirió a un adversario y le clavó una bota en el pecho para liberar la hoja. Una avalancha confusa de cuerpos removía plantas y hojarasca, astillaba huesos y cortezas, esparcía sangre y tripas.

—Excelencia, hoy los milicianos voluntarios de Tryon han resistido la emboscada de un contingente mixto de lealistas y guerreros indios, de igual entidad o incluso superior en número.

De Jong paró la arremetida de un soldado en casaca verde que había conseguido superar la barrera, con la espada le abrió la garganta de lado a lado. Gritó otra vez a los milicianos para que cerraran filas, que no los dejaran avanzar.

—Ninguno de ellos ha retrocedido ni un solo paso. Cada patriota bajo mi mando ha devuelto golpe por golpe, prefiriendo caer en un abrazo mortal con el adversario antes que ceder el campo.

De Jong recibió un mandoble en la cabeza. El capitán rodó sobre sí mismo, se levantó, cegado por la sangre que le caía sobre los ojos. Se tocó la frente, el corte llegaba al hueso. Consiguió arrastrar un poco la espada, luego cayó de rodillas.

—General. Doy fe y solicito que proponga que la milicia de Tryon reciba la medalla al valor del Congreso. Dios salve a América.

De Jong intentó levantar la espada, pero su brazo cayó inerte. La estocada le cortó el aliento. Lo último que vio fueron las runas grabadas en el metal clavado en su costado.

Oronhyateka era una flecha que atravesaba el bosque. Philip corría junto con él, pocas yardas por detrás. Lo vio llegar hasta un oneida, echarle una zancadilla y hacerlo caer. Con un solo movimiento se subió a su espalda y le cortó la cabellera. La agitó en alto, gritando insultos a los enemigos.

Cuatro guerreros caminaban hacia atrás, protegiendo a un oneida que cojeaba. El del medio vio a Philip y gritó:

—Tú eres el Gran Diablo, ahora te reconozco. Te desafío. Yo soy Honyere Tehawengarogwen. Hoy he conseguido doce cabelleras. ¡Te mataré y todos conocerán mi nombre!

La última sílaba apenas tuvo tiempo de salir de los labios. Philip se lanzó hacia delante remolineando la maza, piedra de río montada en una clava. Descargó un mandoble y destrozó el cráneo del guerrero. Ruidos de huesos machacados en un mortero. Percibió un movimiento frente a sí y se agachó de repente, con una patada tiró al suelo al segundo oneida, se echó sobre él, lo apuñaló en la garganta y enseguida rodó lejos. El tercero se abalanzó sobre él, pero un mazazo desde abajo le partió la cara. Mientras Philip se levantaba, el cuarto oneida le rozó con un golpe de tomahawk. Se arrojaron uno contra el otro. Philip le abrió el vientre desde la ingle hasta el estómago.

Se encontró otra vez de pie mirando a los ojos al último enemigo que quedaba.

Shononses, *sachem* de los oneidas.

El viejo jefe jadeaba, la *orenda* dejada en la batalla, el honor perdido con la fuga.

Oronhyateka se había paralizado, miraba al Gran Diablo con aire atónito. Todo el enfrentamiento había durado menos que un pensamiento.

—¡Mátalo! —gritó—. ¡Mátalo, Gran Diablo!

Philip miró a Shononses. El anciano respiraba con dificultad, una especie de gorgoteo. Costillas rotas habían perforado los pulmones, que

ahora se llenaban de sangre. Intentó levantarse, con el tomahawk empuñado.

Philip esperó a que estuviera de pie.

Levantó la clava y golpeó al viejo con toda su fuerza.

Los gritos de Oronhyateka celebraron el obsceno crujido, semejante a una blasfemia sin palabras.

Kanatawakhon se detuvo detrás de un árbol, apuntó y disparó. Por instinto Joseph aceleró el paso, bajo el peso de Sakihenakenta. Los músculos le dolían y el sudor le cegaba, pero jamás hubiera dejado el cuerpo del guerrero a los cuervos. Había muerto a su lado, merecía un funeral y una digna sepultura. No recordaba el momento exacto en que las armas habían vuelto a disparar. Había descargado las pistolas de lord Warwick contra los enemigos, tan cercanos que se veía el color de los ojos. Los proyectiles silbaban entre las ramas, los hombres caían. La milicia continental aún resistía.

Si quería ser un jefe tenía que ser sabio.

Si quería mandar, tenía que saber tomar las decisiones correctas.

Había hecho resonar el alarido del clan, repetido por Kanatawakhon con todo su aliento.

Lo había hecho antes de que los gestos de ese día de sangre perdieran sentido, borrados por la matanza. Matar y morir debían seguir teniendo un significado en el cuadro de la guerra y en el ciclo de las cosas, o cada esfuerzo sería vano y el caos prevalecería.

Llegaron a una loma al cubierto de los árboles y Joseph depositó el cuerpo de Sakihenakenta entre los helechos. Se volvió para mirar a los Voluntarios, continuaban disparando mientras retrocedían. La sangre los había exaltado. Uno de ellos agitaba en alto una cabeza como trofeo.

20

Músculos doloridos, carne desgarrada, agujeros de bala. Sangre coagulada entre párpados y ojos, los oídos guardaban truenos.

Para los guerreros la jornada había terminado así, con el recuento de los sentidos caídos, heridos, perdidos en el enfrentamiento. Exhaustos, se habían desplomado a pocas millas del lugar de la batalla. De los lechos de ramas y mantas subían gemidos y ronquidos.

Philip estaba sentado en un tronco cubierto de musgo, brazos cruzados y codos en sus costados, incapaz de conciliar el sueño. La noche humedecía la piel, los fuegos estaban lánguidos. Quién sabe si Joseph estaría durmiendo.

Los centinelas eran presencias remotas. Al otro lado del claro otros más estaban despiertos. Guerreros jóvenes, demasiado agitados para dormir. Por momentos una frase cruzaba el aire:«…los oneidas creían…»,«…ya no son tiempos de…». Rumores nocturnos, nada más.

A su lado se sentó alguien. Philip no había oído pasos que pisaban la hierba.

El hombre habló en mohawk, pero con un acento que llenó de malestar a Philip. La voz era ronca, un carraspeo prolongado en el tiempo.

—Siempre es así. Recuerdo cómo estaba después de mi primera batalla: habría podido hablar durante días y días. Gracioso: hoy de aquel enfrentamiento recuerdo muy poco.

Philip no respondió, ni se giró para ver quién era su compañero de vigilia. Siguió mirándose los pies.

Permanecieron en silencio por largos minutos. Philip se encorvó un poco más y se rodeó con sus propios brazos: sentía frío.

Al otro lado del campo, las voces se habían apagado. Los jóvenes

habían encontrado el sueño.

—Ahora debo irme —dijo el desconocido—. Que tengas buenas noches, Gran Diablo.

Había hablado en oneida.

Philip se volvió para mirarlo.

Shononses tenía la cabeza destrozada, un ojo vacío, la cara cubierta de sangre. Se levantó y desapareció en la noche.

Philip pensó: a buenas horas ha llegado. Me he vuelto loco.

Cogió un palo y fue a reavivar las brasas del fuego más cercano. Las llamas tomaron cuerpo, secando el aire de un trozo de noche.

Frente a Philip, una niña extendió las manos para calentarse. Una niña.

Philip la conocía. La conocía bien. Los labios temblaron, las mandíbulas retuvieron el alma en la boca, las lágrimas invadieron los ojos.

Un corte le atravesaba la garganta, el vestido estaba manchado de sangre.

Detrás de ella, una mujer, también malherida. Con una mano le acariciaba la cabeza y le despeinaba los cabellos.

Philip cayó de rodillas, los brazos inertes, llorando como un chiquillo.

La niña le sonrió.

—No puede ser—dijo Philip, implorando a esposa e hija—. Habéis muerto hace mucho tiempo.

La niña se acercó y tendió las manos. Quería que su padre la cargara en brazos.

Philip quería hacerlo. Habría querido. Lo deseaba desde hacía muchos años, con toda su alma. No había pasado noche sin que soñara que la abrazaba otra vez. El rostro del guerrero, devastado por el llanto, se repuso para formar una sonrisa, una sonrisa desesperada, ven, hija mía, ven. Pero su madre la llamó:

—Vamos, mi niña. Vamos.

La niña agitó el brazo para saludar a su padre. El corazón de Philip estalló. Madre e hija se alejaron cogidas de la mano. El fuego continuaba ardiendo.

¿Había sido un mal sueño? El peor de su vida.

El peor de la vida de cualquiera, de todas las vidas juntas.

Philip se levantó, se limpió los ojos con la manga. Sobrevino el hipo para hacer temblar la garganta, y la noche estaba más fría que nunca, incluso junto al fuego.

Una mano se posó en su hombro. Ligera.

Philip se volvió y vio a sir William.

El viejo era casi transparente, incorpóreo. Sonreía. Paterno. Triste.

Con él estaba un caballero de aspecto austero, sólido, opaco como los vivos, sin que nada hiciera pensar en la muerte.

Aparte de la pierna cortada, que aún chorreaba sangre.

Se mantenía en pie gracias a una muleta.

Sir William se despidió con un gesto con la barbilla. Hora de marcharse.

Se alejó con el desconocido. Philip lo siguió con la mirada hasta el final del claro.

Desaparecieron, y ya no volvieron a aparecer.

21

El bien de las Seis Naciones. Todos lo querían. Cada palabra se decía por el bien de las Seis Naciones. Cada iniciativa se proponía por el bien de las Seis Naciones.

Las Seis Naciones tenían que vivir. Para vivir, tenían que curarse del mal de la traición. Para curarse, tenían que purgarse y expulsar a los traidores, excrementos envenenados que retorcían las tripas. Los traidores eran los oneidas. Atacar a los oneidas era necesario.

Esta era la postura de los jóvenes guerreros mohawks. Kanenonte la exponía con fervor y ojos inundados de lágrimas, golpeándose el pecho cubierto de moratones, en medio de estallidos ensordecedores de *«Oyeh!»*—.

Joseph escuchaba en silencio. En el pasado hubiese traducido esas invectivas en beneficio de los blancos. Ahora no. El que se hablaba era un idioma universal, el idioma del odio y de la venganza. Se lo hablaba con los ojos, las arrugas de la frente, las líneas alrededor de los labios, el movimiento de brazos y piernas. Se lo hablaba con las gotas de sangre que brotaban de heridas apenas cicatrizadas. Se lo hablaba con dedos cerrados en puño, rechinar de dientes, lágrimas. Nadie levantaría la mano para interrumpir y decir: «No he entendido».

La cabeza de Joseph era un enjambre de dudas. Una pequeña aldea oneida, no más de cien habitantes, a pocas millas de distancia. Viejos, mujeres, niños. La propuesta era saquearlo. Por el bien de las Seis Naciones.

Tomó la palabra Oronhyateka: los oneidas habían guiado a los rebeldes de Herkimer y combatido junto a ellos, contra los guerreros del Pueblo de la Piedra. No se trataba de unos pocos renegados, como habían creído al

principio, sino de los hombres más válidos de aquella nación, e incluso de uno de sus *sachems*. Era una conducta deshonrosa. Les habían traicionado. Se habían dejado instigar por Kirkland y habían apoyado a los ladrones de tierras indias, esa gentuza que invadía con desprecio la casa de Warraghiyagey.

Joseph observó la expresión de John Johnson, pero el rostro del heredero de sir William era indescifrable. Junto a este último, Daniel Claus tenía la mirada fija en el vacío.

Joseph intentó imaginarse sus pensamientos. En Oriskany, indios y voluntarios blancos habían superado la prueba de la batalla y sembrado el terror en los enemigos. Habían hecho su parte. El mismo Herkimer debía de estar muerto, o moribundo. Eso era bueno. Nada de refuerzos para los rebeldes asediados en Fuerte Stanwix. Era tarea del coronel Saint Leger y el ejército de Su Majestad acabar el trabajo y extenderse hasta Albany. Siempre que el asedio no durara demasiado. Si no conseguían tomar Fuerte Stanwix, la victoria de Oriskany se revelaría inútil.

Una escaramuza entre indios era la última preocupación de Claus y sir John. Si no era posible evitarla, había que considerarla como un pequeño tributo, un incidente periférico. Un peaje para poder transitar por esa calle, como sucedía en Europa. La traición de los oneidas era una llaga que había que sajar y cauterizar de inmediato. De lo contrario, el pus del rencor la hincharía y haría que se pudra. La infección se extendería en guerra abierta, los mohawks desperdiciarían vidas y energía para matar a otros indios en vez de combatir contra los *whigs*. Dejar hacer, por tanto.

¿Y Joseph? ¿Qué decisión tomaría?

Al otro lado del círculo de hombres, John Butler estaba de pie con los brazos cruzados apoyado en un árbol. Sentado a pocas yardas de distancia, su hijo Walter, impaciente, contrariado. Para los Butler, «acabar el trabajo» significaba también liberar al resto de la familia, aún prisionera de los *whigs*. Para Walter, quedarse sentados hablando sobre el honor indio era una pérdida de tiempo, mientras su madre y sus hermanos se pudrían en prisión, víctimas de quién sabe qué abusos. Se le podía ver en la cara. Arrancaba briznas de hierba y las trituraba hasta hacerlas polvo. Las yemas de los dedos estaban verdes.

Oronhyateka proseguía: los oneidas se habían aliado con villanos que desde hacía años robaban las tierras de los mohawks, con engaños y contra las leyes. Los oneidas tenían que ser castigados. Enseguida, sin esperar. En

nombre de la Gran Paz, el honor de la Casa Larga, el espíritu de Sakihenakenta, Royathakariyo y los otros caídos.

«Oyeh! Oyeh! Oyeh!»

Alguien pidió el parecer de los blancos presentes.

Cormac McLeod dijo que era un asunto entre indios. Los Highlanders se quedarían fuera, no apoyarían una represalia ni la impedirían. Como escocés, sabía lo que era una guerra entre clanes. Cada cual tenía que resolverlo como mejor creía.

Henry Hough se levantó y dijo que él y los otros Voluntarios acompañarían a Joseph Brant, fuera cual fuera la decisión que tomara.

Todos miraron a Joseph, esperaban que hablara, pero no lo hizo. Con un gesto comunicó distancia, espera, cautela. Miró por un momento a Butler. El hombre de Fuerte Niágara no le devolvió la mirada.

Ningún otro blanco habló.

En nombre de los senecas, tomó la palabra Sayengaraghta. Habló con solemnidad. Dijo que sus guerreros habían llegado hasta Oriskany solo para observar, pero en el furor del enfrentamiento se habían tenido que unir a los hermanos mohawks. Dijo que mucha sangre de valientes había sido derramada, que el honor guerrero de los mohawks y sus amigos había impresionado a los senecas. Añadió que el recuerdo de una batalla tan hermosa no podía ser ensuciado por vacilaciones solo un día después. Una de las naciones de la Liga se había comportado en forma despreciable. Los hermanos menores habían levantado los tomahawk y encendido las pólvoras contra los mayores. Senecas y mohawks eran los guardianes de las puertas de la Casa Larga. Juntos, cumplirían con su deber y castigarían a los traidores, indignos de permanecer bajo ese techo. La aldea oneida debía ser saqueada, por el bien de las Seis Naciones.

Joseph escuchaba, sopesaba, reflexionaba. Vio que el Gran Diablo se levantaba, llegaba hasta la primera fila y colocaba en el centro del círculo la maza que había matado a Shononses.

—Los traidores han muerto en el campo. La venganza ya ha sido cumplida.

El silencio permaneció inviolado. Philip no dijo nada más, se sentó de nuevo a un lado y cargó la pipa. Preguntas desconcertadas pasaron de una cabeza a otra, sin necesidad de respuesta. Los brazos de Oronhyateka cayeron a sus costados, en los ojos la expresión incrédula de quien ha recibido una cuchillada en lugar de un abrazo. Los senecas parecían estar

divididos entre rechazo y respeto.

Joseph miró a su amigo y pensó que en su lugar hubiera hecho lo mismo. Ningún guerrero de la Casa Larga había derramado jamás la sangre de un *sachem*. Si había un hombre que había saldado sus cuentas en batalla con los oneidas, se llamaba Philip Lacroix.

Los equilibrios entre las Seis Naciones eran un problema otra vez. Un problema para Joseph Brant, el indio del Departamento que había dejado de ser un simple intérprete. Ya no tenía que referir, adaptar, embellecer las palabras de otros. Las palabras más esperadas eran las suyas.

Si no hubiese apoyado la venganza, hubiera herido el orgullo de los guerreros y decepcionado a los senecas. Todo hubiera comenzado a disgregarse. Tenía que contentar a todos.

Tenía que mostrarse a la altura de la tarea que había asumido.

Se levantó y cogió el arma de Philip.

22

Los primeros en llegar fueron los Royal Green y los indios canadienses.

Desde el bastión del fuerte, Esther observó que los infantes en uniforme verde marchaban por delante, ansiosos de un catre y una chimenea. Algunos tenían un brazo en cabestrillo o la cabeza vendada. Otros eran llevados en camillas de fortuna. A la cabeza cabalgaba sir John, sobre un frisón negro. El caballero le dirigió una mirada fugaz, en el rostro la fatiga de la marcha, la casaca polvorienta. Tío Daniel lo seguía a corta distancia, a un lado de la columna, también él a caballo. Tía Nancy lo esperó en la entrada y se dieron un rápido abrazo.

Aquella noche, Esther les escuchó hablar mucho. Tío Daniel contaba sobre una batalla furiosa, más allá del lago Oneida. Habían muerto casi doscientos hombres por cada parte, muchos otros habían sido heridos. Los rebeldes asediados en Fuerte Stanwix habían aprovechado para realizar una salida contra el campamento británico, saquearlo y tomar prisioneros. Por si fuera poco, se había corrido la voz de que un segundo contingente rebelde estaba llegando para refuerzo de los asediados. Esto había desalentado a los indios, que habían decidido regresar. Saint Leger había levantado el asedio para reorganizar las fuerzas.

La tarde del día siguiente llegaron los regulares. Una fila ordenada y escarlata apareció en el sendero que bordeaba el río, parejas de mulos arrastraban cañones y vituallas. El coronel Saint Leger no miró a ninguno de los circunstantes que estaban en la explanada para acogerlo. Fue derecho a la plaza de armas y luego a los alojamientos de los oficiales, seguido por Claus y sir John.

Esther bajó de los bastiones con los ojos en llamas por haber mirado el horizonte todo el día. Olvidó recitar las plegarias y dejó volar el

pensamiento hacia las zonas del interior, a los páramos de agua y bosque que devolvía a los hombres poco a poco, nunca todos juntos, rara vez enteros. Intentó soñar, pero solo obtuvo un sueño breve y agitado.

Dos días después llegaron los voluntarios de Joseph Brant. Su marcha silenciosa atravesó el ocaso. El jinete que los guiaba montaba una yegua gris. Cuando pasó por debajo de su apostadero, Esther lo reconoció, la casaca roja con grado de capitán, la bandera del Reino que pendía de la silla, el cráneo calvo con cresta larga y emplumada. Impresionante y robusto, era como si el mástique hubiera grabado los rasgos de Joseph Brant en una máscara.

Detrás estaba John Butler, triste y espectral. Su hijo no estaba. Esa tarde Esther habría de saber que Walter se había lanzado en una loca aventura. Ir río abajo por el Mohawk con pocos hombres, en busca de rehenes para intercambiar con su madre y sus hermanos, aún prisioneros en Albany.

Muchos voluntarios blancos vestían a la manera india, llevaban pinturas de guerra en la cara y cabelleras en la cintura. Apestaban a bestias salvajes y carne podrida. Eran predadores cansados. Uno de ellos llevaba debajo del brazo un saco sanguinolento, asediado por los insectos. Esther no quiso imaginarse lo que podía contener.

El aire fresco de la tarde se coló entre los pliegues del vestido. La muchacha tembló. Era el último día de agosto, pronto el otoño llegaría al lago. Las orillas se teñirían de amarillo y anaranjado, esperando que el viento del norte barriera el terreno preparándolo para la primera nieve. Esther pensó otra vez en las palabras de tío Daniel: esa «retirada estratégica», así la había llamado, significaba que no volvería a ver su casa antes del año próximo. Tía Nancy había preguntado si pasarían el invierno en Oswego.

—No —había respondido tío Daniel—. Regresaremos a Montreal con sir John y sus hombres.

—¿Y los indios?

—Irán a Fuerte Niágara con Butler.

Los veteranos de la expedición guardaban un secreto. En el río Mohawk tenía que haber ocurrido algo terrible. Algo que los había cambiado para siempre y tendría repercusión en sus destinos.

Aquella noche no pegó ojo. Sentía que él estaba vivo y que llegaría. Una voz de la mente sugería que podía estar muerto, pero ella no lo creía.

Poco antes del alba, cayó en un duermevela agitado. Soñó el reflejo de

las hojas en el agua, la proa de una barca que surcaba el lago. Se despertó de golpe y supo donde ir a buscarlo.

Sin que se dieran cuenta tía Nancy y las criadas, se escabulló hacia fuera. Envuelta en un chal, los cabellos bajo una gran cofia blanca, cruzó el campamento en medio de la claridad que precedía al alba. Pasó entre las tiendas y las barracas, animadas por los primeros carraspeos y rezongos. Aquel día, voces sobre un fantasma que merodeaba entre las barracas habían circulado por el campamento. Bajó al embarcadero rápido y en silencio. Los barcos eran colosos durmientes, las barrigas acariciadas por las olas.

En el muelle vio dos figuras enfrentadas. Cruzaban palabras que no conseguían llegar hasta donde estaba. Cuando uno de los dos se alejó, Esther se escondió bajo los pilares de madera y esperó a que pasara sobre ella. Espiando reconoció a Joseph Brant, la misma expresión dura que cuando había llegado el día anterior.

Llegó corriendo hasta el final del muelle, donde el otro hombre estaba aparejando una embarcación ligera.

Cuando Philip Lacroix advirtió su presencia, se volvió para mirarla muy serio.

Esther dirigió su mirada en dirección a Joseph Brant que subía hacia el fuerte. Miró la barca.

—¿Adonde van?

Philip quitó la funda a la vela enrollada.

—Donde irá mi gente. A Fuerte Niágara.

—Llévenme con ustedes —dijo ella sin titubear.

Philip dejó de inspeccionar el fondo en busca de filtraciones y levantó la cabeza. La observó, como si quisiera medir su determinación.

—Debe quedarse con su familia.

—Mi madre está muerta. Mi padre está a mil millas de aquí. Mis hermanas son unas extrañas. En Londres, cada vez que pensaba en regresar, no lo hacía por nadie que aún estuviera vivo. Excepto ustedes.

Philip pareció no querer seguir escuchando, subió al muelle, desató el cabo que mantenía amarrada la barca y comenzó a enrollarlo.

—Le ruego, quieren llevarme a Montreal —añadió ella.

—En Canadá estará más segura.

—En Londres también lo estaba, pero he decidido regresar.

—Tal vez no debía haberlo hecho —dijo Philip—. Ahora regrese, antes

de que alguien se alarme.

Se subió a la embarcación y apoyó un remo contra el pilar del muelle.

Esther le vio bogar unas yardas lago adentro, en el ritmo plácido de la marea baja.

Miró hacia abajo, luego de nuevo el horizonte. Los ojos atraparon la luz del día naciente, reflejando el verde del lago. La brisa levantó los bordes de la cofia que no conseguía contener los largos cabellos rubios. La barca se alejaba.

Saltó.

Una oscuridad gélida y sorda la envolvió, cortó el aliento, comprimió los pulmones, contrajo piernas y brazos.

Esther emergió, intentó nadar, pero nunca nadie se lo había enseñado. Volvió abajo, el horizonte desapareció y reapareció otra vez, braceó, tragó agua. El peso de las ropas la llevó hacia el fondo, los músculos rígidos por el frío, la falda se abrió como una flor en el lago. Una estatua vestida, el mascarón de proa cándido de un barco naufragado.

Esther.

En un rincón de la mente una voz de mujer pronunció su nombre. Esther.

Abrió los ojos y comenzó a agitar los brazos y piernas en dirección a la superficie, se sintió arrastrada por una fuerza invisible. Salió al aire, a los sonidos, a la luz, en un conato de vómito y vida. Con una convulsión volvió a respirar y a toser. Se aferró al bichero que estaba enganchado en el vestido, mientras una mano la agarraba y la arrastraba hasta el fondo de la barca.

Tosió otra vez, vomitó agua.

Cuando la respiración se volvió regular, miró al hombre por debajo de los mechones mojados. La expresión de Philip no traslucía emociones.

Esther vio que la orilla se alejaba: no estaban volviendo atrás. Un alivio profundo le inundó el corazón, mientras los dientes empezaban a castañetear.

El le arrojó una piel enrollada.

—Quítate la ropa y abrígate con eso.

La muchacha se quedó paralizada, indecisa sobre si rendirse al pudor o al temor a la pulmonía. Sin decir nada, Philip desplegó la vela y la interpuso entre los dos, dejando que la brisa la hinchara.

La embarcación comenzó a avanzar más rápido. Esther se desvistió

deprisa y se envolvió en la piel cálida, larga hasta los pies.

Observó la superficie del lago y vio reflejadas las hojas como en el sueño de la noche anterior. Navegaban a lo largo de la costa meridional perseguidos por los rayos del sol. Garzas y colimbos recorrían las orillas en busca de comida, levantando la cabeza para verles pasar. Mecida en la proa, la cabeza que asomaba entre las pieles oscuras, dejó que la plácida tibieza le calentara el cuerpo y el alma. Las orejas ardían, los dedos de los pies y de las manos empezaban a moverse uno a la vez.

La voz de Philip rompió el silencio.

—Podías haber muerto.

—Sabía que no lo permitirías —respondió ella.

—Tú crees que sabes muchas cosas.

Esther sacudió la cabeza.

—Estoy aquí para encontrar mi lugar.

—Entonces deberías haber ido a Montreal con los Johnson.

La muchacha miró al oeste, más allá de la proa.

—Soy la nieta de sir William. Voy donde hubiera ido él.

Al día siguiente atracaron en un poblado de pescadores cayugas. Philip cruzó con ellos pocas palabras, querían saber sobre la batalla de Oriskany y de Fuerte Stanwix. Uno de ellos preguntó por el Gran Diablo. Philip dijo que, por lo que sabía, había caído en el campo. La noticia los impresionó, dejándoles mudos. Fumaron en honor del guerrero ilustre. Philip trocó una caja de tabaco por un vestido y un par de mocasines de buena hechura. A la mañana siguiente, cuando llegó a la barca, encontró a Esther llevando las nuevas prendas. También se había recogido los cabellos en una trenza y estaba sentada delante, empuñando el remo.

Philip se detuvo a mirarla, luego subió a bordo y se puso al timón.

23

Molly colocó una piedra delante de la puerta del almacén, para que el viento no la cerrara. Pleno verano, el sol se alejaba por pocas horas, el alba rompía las noches antes de que la oscuridad se hiciera densa y pesara en las espaldas. A las seis de la mañana, el disco dorado y brillante, de nítidos contornos, ondeaba a un palmo del bosque sacudido por el viento. Aún era un fuego pálido, los ojos podían soportarlo sin sentir dolor. Una hora más tarde, la luz hubiese herido toda mirada.

Molly levantó los brazos por encima de la cabeza y respiró. En Canajoharie comenzaba un nuevo día. Por la noche había oído disparos, lejanos. Justo detrás del horizonte, resplandores, tal vez incendios, una incursión oneida. Venganza engendraba venganza, el hermano agredía al hermano, las granjas acababan en llamas. No había «cortecillo» para ese tipo de contagio, ninguna inoculación podía proteger cuerpos y almas. Tal vez la fiebre tenía que sudarse hasta el final, hacer arder la carne, provocar alucinaciones. Luego, sería necesario un consejo, que se debía realizar en el centro de la Casa Larga. Pronto enviaría un mensaje a los *sachems* de los onondagas, guardianes del fuego sagrado.

Estaba a punto de entrar, pero advirtió un movimiento y se giró.

Los vio al final del sendero. Cinco, uno detrás de otro, aún distantes. Tal vez milicianos.

Hacía tiempo que los *whigs* no ponían un pie en la aldea. Nadie había sido importunado, Herkimer había sido leal. Pero Herkimer había muerto después de la batalla de Oriskany. Muerto sin una pierna, con la sangre transformada en podredumbre.

Quién sabe dónde se encontraba ahora. Quién sabe si ya se había encontrado con William.

Venían por ella, estaba segura. Para decirle algo, o hacerle algo. Todos los hombres estaban muy lejos, no podía llamarlos. No con la voz.

Suspiró y decidió esperar en la puerta, con los brazos cruzados.

En vuelo de flecha, más de doscientas millas separaban a Johannes Tekarihoga de su aldea. Después del concilio de Oswego, el *sachem* —demasiado viejo para combatir en Fuerte Stanwix, demasiado agotado por el duro viaje para regresar enseguida a Canajoharie— había ido a Fuerte Niágara. Sabia decisión. A su llegada, le había acogido con los brazos abiertos el pariente más querido, el amigo más indulgente, el hermano más atento: el ron.

En la habitación dentro del fuerte, aturdido y acostado en un catre, el anciano mohawk miraba el techo oscuro y disfrutaba del silencio de la mañana temprana. La edad y el licor limitaban el sueño a un puñado de horas inquietas, las noches de verano estaban colmadas de charlas y canciones, nubes de sonidos y rumores aleteaban sobre las barracas, mezclándose con el humo de las hogueras. Por las ventanas abiertas, ecos de palabras y ladridos de perros entraban montados sobre suaves ráfagas de viento. Cerca del alba todo se calmaba, a la espera del cambio de la guardia: los ruidos de la noche daban paso a los de la mañana.

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

Tekarihoga se giró hacia la ventana. Un pájaro carpintero, plumas negras y cresta roja, golpeaba con el pico en la jamba de madera.

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

Se levantó del catre. Las articulaciones del cuerpo crujieron, en la espalda un par de músculos aulló. Sentía la cabeza pesada, la lengua revolvió una boca que parecía llena de estiércol.

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

Tekarihoga se acercó al pájaro.

—Has venido por mí.

El pájaro carpintero levantó el pico, giró la cabeza a un lado y a otro, se alejó de la jamba, batió las alas pero no alzó el vuelo.

—Has venido por este pobre viejo, sabías donde encontrarlo. Sabías que no tiene nada que hacer, y escucharía.

El pájaro carpintero volvió a usar el pico como martillo.

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

Un pequeño grupo de irregulares. También había un delaware con un extraño gorro de piel manchada. De seguro no era un sombrero estival.

El primero de la fila era Jonas Klug. Había sido echado de la milicia, y había sido Herkimer en persona quien lo había hecho, pero aún se daba aires de patriota.

Cuando llegó frente a ella, el alemán habló. La voz era un serrucho que serraba mármol.

—¿Estás satisfecha ahora, bruja india?

Molly no dijo nada.

—Lo sabemos, mujerzuela roja, tú has sido quien le ha dicho todo a tu hermano, aquel cerdo, ese que dos años atrás me hizo agredir en mi propia casa. En Oriskany han muerto muchos buenos patriotas. ¡Ruega a tu dios salvaje que no nos entren ganas de matarte aquí como una perra, delante de tu bonito almacén!

—*¿Y por qué no lo hacéis?* —preguntó Molly.

Klug arrugó la frente. Los labios de la mujer no se habían movido. La voz había llegado desde otro lado. Por detrás. No, desde arriba. Los hombres, atónitos, miraron alrededor, algunos levantaron rápido el fusil, dispuestos a apuntarlo a los recién llegados, pero no había nadie. El murmullo de preocupación fue interrumpido por Klug:

—¡Silencio! —Luego se enfrentó a la mujer— ¿Crees que me asustas con tus trucos? No sé cómo lo haces, pero te garantizo que…

—*Fuera de aquí.*

Esta vez no había duda: la voz había llegado por detrás, y era la de un hombre. Klug tuvo que volverse.

El viejo jefe borracho. Tekarihoga. Pero ¿no había partido con los otros?

Piernas abiertas, brazos extendidos a los costados. Parecía sobrio.

Klug lo recordaba más bajo y encorvado. Le apuntaron los fusiles, pero el viejo los ignoró. Miraba a Klug directo a los ojos.

El alemán se dirigió de nuevo a Molly Brant: —Es mejor que le digas al abuelo que…

La viuda de William Johnson tenía los ojos rojos de cólera y los labios tensos, empalidecidos. Temblaba. Klug siguió la dirección de su mirada: el blanco de su odio era el delaware.

¿Qué demonios estaba sucediendo?

La mujer mohawk miraba el sombrero. Miraba las manos. Miraba la bolsa para tabaco colgada en la cintura.

El indio se sentía atravesado, leído renglón por renglón. Como un libro.

Como una carta interceptada.

La mujer estaba dentro de su cabeza.

—*Ese sombrero era un perro.*

El delaware desorbitó los ojos, abrió la boca, trastabilló.

—¿Se puede saber qué sucede? —chillaba Klug.

—*Esa bolsa era un hombre del Pueblo de la Piedra.*

El delaware se giró hacia Nathaniel Gordon, su jefe, como buscando ayuda.

Gordon lo ignoró, los ojos clavados en la bolsa de piel, la barbilla partida por un hilo de baba.

—*Se llamaba Samuel Waterbridge. Tus manos han cortado su piel, jirón tras jirón.*

Gordon gritó. Fue lo último que el delaware escuchó antes de desmayarse.

Los matachines cruzaban miradas atemorizadas. Estaban bajando las armas.

—Pero ¿qué hacéis? ¿Os habéis vuelto tontos? —gritó Klug, luego se dirigió a Nathaniel Gordon y al resto de su banda—. ¿Nos van a detener un vejestorio y una charlatana? Dejad que el indio amaestrado duerma un poco, entremos en esta letrina y destrocemos todo. ¡Que los salvajes sepan lo que sucede a los espías!

Nadie respondió, nadie se movió.

Molly Brant levantó un brazo y con el dedo señaló un campo, una explanada en el límite de la aldea.

—Jonas Klug, tu cabeza rodará sobre esa hierba.

El alemán deglutió. Un grueso bolo de saliva y polvo forzó las paredes de la garganta.

—Ahora vete. No regreséis nunca más a Canajoharie. Y vosotros —dijo señalando a Nathaniel Gordon—, también vosotros moriréis. Sentiréis

todo el dolor de estas tierras. Vuestra agonía no os dejará ni un solo instante de dignidad.

Klug dio un paso hacia delante, estaba a punto de levantar el puño pero alguien le agarró el brazo.

El viejo. La presión era fuerte.

—Fuera de aquí —repitió.

La voz llegaba desde lejos.

Klug se contuvo a duras penas para no vaciar las tripas.

Molly estaba exhausta, extenuada. Nunca había hecho nada parecido. Se dejó caer en su sillón preferido.

En el fuerte, Tekarihoga se dejó caer en el catre. El pájaro carpintero había volado lejos.

—Yo te lo agradezco, mujer —dijo—. Que el Dueño de la Vida siempre te proteja.

Antes de que la sonrisa acabara de dibujarse en los labios, el viejo *sachem* ya se había dormido.

Canajoharie ya no era un lugar seguro. Regresarían con refuerzos: los irregulares, los oneidas, todos, juntos o separados. La firmeza de un *sachem* y una reputación de bruja no eran protección suficiente. Partiría, llevando consigo a quienes estaban dispuestos a ir con ella. Mujeres y niños. Partirían a pie, atravesando senderos escondidos en el bosque, porque por el río era peligroso. Tenían que llegar hasta Onondaga. Allí, Molly hablaría con los *sachems*, les contaría todo. Dejaría en lugar seguro a mujeres y niños, y proseguiría el viaje.

Hasta Fuerte Niágara. Con la ayuda de William podía lograrlo.

Esperaron el final del ocaso en el almacén, luego partieron. Molly y Betsy llevaron fuera de la aldea a unas quince mujeres, entre ellas Juba y otras dos esclavas, tres hombres ancianos que podían caminar y diez niños, el más grande de la mano y los más pequeños sobre las espaldas, dormidos o despiertos.

Aparte de los odres de piel llenos de agua y los sacos de fruta y carne seca, dejaban en Canajoharie todo lo que poseían, para poder andar en los bosques sin impedimentos, apartar ramas con ambos brazos, evitar hoyos,

saltar raíces.

Justo antes de entrar en el monte, Betsy llamó a su madre. Molly se volvió. Estaban sobre la colina, se veía toda la aldea.

—Madre…

—¿Sí, Betsy?

—Mira. Hay una lámpara encendida en el almacén. Era verdad. Cuando habían cerrado la puerta al salir, el almacén estaba a oscuras.

Los *whigs*, o sus espías, no habían perdido tiempo.

24

Marchaban por senderos escondidos entre los árboles, guiados por la mujer más poderosa de la aldea. Confiaban en ella, sus vidas estaban en sus manos. Veían señales donde un blanco no hubiera visto nada, recogían frutos del bosque, se detenían cuando los más débiles se quedaban sin aliento. En los claros el calor amarilleaba la hierba, pero bajo el techo de ramas el aire era fresco y las matas estaban verdes, del sol solo quedaban gotas luminosas, tierra cubierta de pecas doradas. ¿Cuánto tiempo hacía que caminaban?

La tarde del tercer día habían encontrado a un cazador tuscarora. Había salido de un hoyo en la hierba, había saludado al convoy levantando los brazos, la voz pastosa de sueño. Molly le conocía, había ido al almacén varias veces, a cambiar pieles por otras mercancías.

—No vayas a Onondaga, Degonwadonti. Es una ciudad de espectros.

—¿Qué ha ocurrido?

—La viruela ha pasado de cuerpo en cuerpo, veloz como una flecha. Calles y casas están llenas de muertos, moscas y hormigas los cubren. Los demás se han marchado al oeste.

Un murmullo de consternación recorrió el pueblo de Canajoharie.

—¿Qué ha sido del fuego sagrado? —preguntó Molly.

—Apagado —respondió el cazador—. Los guardianes están muertos. No vayas a Onondaga, Molly Brant. Prosigue tu viaje.

Onondaga abandonada. El fuego sagrado extinguido después de cinco mil lunas. Una grieta ancha y profunda se tragaba la historia de las Seis Naciones.

—¿Cómo sabes todo esto? ¿Has estado allí? —preguntó alguien.

—No, pero creo a quien me lo ha dicho. Y vosotros también me

creeréis. Seguid caminando hacia el oeste, y al alba podréis oler el hedor de la muerte. No os detengáis.

El cazador tenía razón. Cuando el cielo entre las ramas se hizo más claro, la peste empalagosa les agredió de improviso. Fue como una emboscada: donde los árboles raleaban, una brisa pestífera penetró el bosque, llevando a narices y bocas noticias de cuerpos hinchados, vapores, gusanos que chupaban carne podrida. La milicia rastrera de Viruela.

No se acercaron a la ciudad. Como no querían dormir cerca del estrago, marcharon hasta que el sol estuvo alto. El sueño llegó, pero les venció con mucho esfuerzo, después de varios asaltos desordenados.

Molly se quedó despierta. La marcha debía proseguir hasta Fuerte Niágara, con mujeres, viejos y niños, algunos muy pequeños. Pidió a Warraghiyagey que le diera fuerzas, y que le mandara una señal.

Por la tarde, en el sendero que habían recorrido, escuchó pasos y ruidos de ramas. Cogió un fusil y se puso de pie.

Del bosque salieron una mujer y dos niñas. Eran oneidas. Vieron a Molly y se sobresaltaron. La mujer se inclinó y protegió a las niñas con su propio cuerpo.

—¡No dispares! Nosotras te conocemos, tú eres Molly Brant de Canajoharie. Vamos de camino a Canandaigua, a casa de nuestros parientes senecas. Por miedo a la guerra. No tenemos nada contra los mohawks, tú eres nuestra hermana mayor.

Molly bajó el arma. Había pedido una señal y tal vez la había recibido.

—Vamos a Fuerte Niágara. Podéis viajar con nosotros.

La mujer se llamaba Aleydis, sus hijas Myrte y Marjolin.

Aleydis había sabido del final de Onondaga a través de un misionero evangélico, poco después de haber dejado Canowaroghare. Según él, el fuego sagrado no se había extinguido debido a la epidemia. Los guardianes habían decidido apagarlo hasta que los mohawks y los oneidas hubieran dejado de matarse entre sí. Molly tenía muchas dudas sobre esa versión de los hechos, pero la tomó como parte de la señal enviada por William: las Seis Naciones debían proseguir juntas.

Volvieron a partir al atardecer. Molly guió el convoy hacia Fuerte Niágara, hacia Thayendanega, dejando la muerte a las espaldas.

25

Media milla antes del fuerte, serpientes de humo ondeaban en el viento, bajo un cielo de nubes.

Las barracas de cortezas surgían en una explanada, entre ramas secas de mimbre con costra de barro.

Vista desde el camino podía ser una aldea seneca, no muy diferente de las muchas que Molly había cruzado hasta allí. Era necesario acercarse y distinguir los rostros para saber qué eran en verdad. Rostros exhaustos y desgarrados, espaldas encorvadas, gestos bruscos, ojos muy abiertos para esconder la fatiga. Una banda de cuervos se paseaba entre los fuegos, mientras niños sucios y asustados apretaban contra el pecho sus mazorcas. Tres años antes, en otras tierras, hubieran puesto granos sobre sus palmas, para invitar a los pájaros a picarlos en las manos. Los cachorros de perro no jugaban revolcándose con los del hombre, pero seguían ansiosos al rebaño, en busca de desechos. Azadones y azadas estaban oxidados, olvidados en los fondos de las cabañas. Por todas partes, trozos de cajas rotas, ollas esparcidas en torno a las hogueras, toneles y barriles, rollos de cuerda, troncos podridos, montones de serrín mojado, charcos tan grandes como un estanque.

Un campamento de desplazados, donde hasta el espíritu de los hombres se volvía precario.

Gritos de bienvenida se levantaron de los barracones, más altos que los ladridos y los truenos sordos que resonaban en el lago. Lágrimas y sonrisas tenían sabores de un regreso a casa, como si Canajoharie estuviese renaciendo, cuatrocientas millas más hacia el oeste. Como si el río, los campos de maíz, los pinos de las colinas, las tumbas de los antepasados, fueran un miembro de la nación que se podía amputar sin que ella muriera.

La mirada pasaba de una familia a otra, para reconstruir historias, lutos, nacimientos y matrimonios. Molly se acordaba de todos ellos, cuándo habían partido y qué habían dejado, excepto de una muchacha joven, de aspecto cuidado, que observaba inmóvil desde la puerta de una barraca. Era blanca, sin duda la única en todo el campamento, y los grandes ojos claros tenían una expresión familiar. En la muñeca derecha, la muchacha llevaba un brazalete. Demasiado lejos para poder ver la trama, pero Molly no lo necesitaba. Otros sentidos le dieron la respuesta. El wampum de adopción de Philip Lacroix.

Molly advirtió que las voces se habían callado. Los ojos de las mujeres mohawks estaban fríos, lanzaban amenaza. Una de ellas escupió al suelo.

—Degonwadonti, veo que nos has traído de regalo a mujeres e hijas de traidores. —La mujer se colocó con las piernas abiertas delante de las oneidas—. Hace mucho tiempo que no como carne. Dos jóvenes corazones son buenos.

Aleydis sostuvo su mirada, el cuerpo temblaba.

La risa de Molly despejó el campo como un viento de otoño.

—Pero ahora yo estoy aquí, las raciones serán adecuadas. ¿Hay alguna familia de Canajoharie que no tenga parientes oneidas? Para mí, la Ley aún es válida, ellas son mis hermanas. Compartirán los días amargos que estamos viviendo, y cuando nuestra gente venza, lo celebrarán con nosotros. Esto es lo que os digo.

Molly miró alrededor. Una sonrisa aterradora contraía los labios, en los ojos había una tempestad. Hubo murmullos de aprobación. La mujer hambrienta hizo un gesto con la mano, se dio la vuelta y se fue.

La atención de la multitud se desplazó hacia un carro que subía desde el lago. Del coro de voces confusas surgieron frases, las mujeres esperaban una carga de provisiones y ropas, los hombres ya saboreaban el ron.

El carro llegó a las primeras barracas. Bajo la lona encerada, se adivinaban cajas y barriles amontonados sin cuidado. Los niños se abrieron paso entre las piernas de los adultos, perseguidos por los perros. Molly reconoció a John Butler, sentado en el pescante, mucho más viejo de lo que recordaba. A su lado, un oficial inglés, tricornio negro en equilibrio sobre la cabeza. Avanzaron hasta donde los cuerpos lo permitieron, luego Butler tiró de las riendas, se puso de pie y habló con voz cansada.

—Escuchad. El coronel Bolton y yo hemos venido a dar nuestro saludo a Molly Brant, en nombre del Departamento Indio y de la guarnición de

Fuerte Niágara. Su llegada es un acontecimiento precioso, muy grato para todos nosotros, y es nuestro deseo que se festeje como es debido. El Gran Padre Inglés ha puesto a vuestra disposición una carga más variada que la de costumbre. Encontraréis embutidos, salmón ahumado, galletas de trigo y ron. —Butler acalló los entusiasmos, se aclaró la garganta y prosiguió—. Me ha llegado la noticia de que la última carga ha causado un gran desorden, con episodios vergonzosos que no os hacen ningún honor. Por eso quiero que se queden aquí tan solo cinco hombres, para descargar el carro, y que todos los otros vuelvan a sus cosas hasta que nos hayamos alejado.

Con un murmullo de protestas, la gente de Canajoharie abandonó la explanada, mientras cinco jóvenes robustos desataban las cuerdas de la carga. Molly pensó que nunca, antes de entonces, había visto a su gente tan esclava de la limosna de los blancos.

John Butler saltó al suelo, junto con el oficial inglés.

—Es un verdadero alivio que esté aquí —espetó—. Su gente está desbandada, hace falta poner orden.

—Yo también estoy contenta de verle. ¿Tiene noticias de su esposa y de los niños?

El capitán sacudió la cabeza.

—No, por desgracia. Pero hay más. Los *whigs* han capturado también a Walter. Toda mi familia está con cadenas.

—Esto me apena. La guerra nos aleja de nuestros seres queridos. Hace dos años que no veo a mi hijo y mi hermano.

—Joseph está aquí en el fuerte. Tenemos habitaciones y provisiones para ustedes también.

La barriga oscura de las nubes pendía sobre las cabañas, mujeres y niños miraban la montaña de cajas surgida en el centro del campo. La voz de Ann llamó a su madre, asustada por el trueno.

—Se lo agradezco —dijo Molly—. Acepto su hospitalidad.

—Sea bienvenida —se apresuró a responder el coronel Bolton, luego se giró, vio que los jóvenes habían acabado el trabajo e hizo señas de que debían irse.

Las primeras gotas mojaban la tierra. Molly se volvió para mirar a la muchacha, pero la puerta de la barraca estaba cerrada.

26

Durante más de dos años Joseph había sido una hoja de papel, una escritura tosca, presencia que había que encontrar en los sueños. Dos años de palabras sin voz, encuentros sin cuerpo, preguntas aún sin respuesta. Ahora la voz se había vuelto más seca, como abrasada por un gran calor. El rostro parecía el mismo, solo las sienes estaban algo encanecidas. Nuevas preguntas ponían en sombras el pasado.

La habitación era modesta. Un catre, dos banquetas, una mesa robusta, una ventana estrecha. Joseph llevaba chaqueta y pantalón de lana, el cuello de la camisa cerrado con un pañuelo negro. Acabado el abrazo, enseguida preguntó por las novedades de Canajoharie.

Molly se sentó en una banqueta y masajeó las piernas doloridas.

—Desde que Herkimer murió, nadie tiene a raya a los rebeldes —respondió—. Quedarse allí era demasiado peligroso.

Joseph se entristeció. Sacó la pipa y la sostuvo entre sus manos sin cargarla.

—¿Cómo va la guerra? —preguntó Molly.

—Nada bien. El general Burgoyne ha sido derrotado en Saratoga. La ofensiva desde Canadá está abortada. Estamos obligados a pasar el invierno aquí, mientras el frente se desplaza al sur.

Siguió un silencio lleno de pensamientos. Los ruidos del campo permanecían lejos.

Fue Molly quien habló de nuevo.

—El fuego sagrado se ha apagado.

El hermano contuvo un gesto de rabia.

—La Casa Larga se cae a pedazos —dijo—. Los oneidas están con los rebeldes y los tuscaroras se dejan tentar. Dios los maldiga.

—Tu mujer y tus hijos son oneidas. ¿Harás que vengan aquí?

—Ya están en camino.

Joseph llegó hasta la pequeña ventana para mirar fuera.

—Solo el miedo puede echar atrás a los colonos —prosiguió—. Si queremos recuperar el valle tenemos que aislarlos, dejarles sin comida ni aire.

Molly intuyó la urgencia que flotaba en las palabras. Volvió a ver la sangre que inundaba el bosque. La frontera se convertiría en un campo de batalla. Si esto era lo que les aguardaba, tendrían que prepararse para tiempos aún más duros.

—Extraños signos se pueden ver en estos días, no es fácil interpretarlos. ¿Por qué Esther Johnson está aquí?

—Ha llegado junto con Philip —respondió Joseph—. Vive a escondidas del campamento, no quiere que los blancos la envíen de nuevo a Montreal.

—¿Él dónde está?

Joseph señaló hacia el exterior:

—Siempre en los bosques, de cacería. Los senecas han concedido su territorio a condición de que sea él quien guíe las partidas. Se dicen cosas muy extrañas sobre él. Dicen que no duerme por las noches y que regresa al campamento por la mañana con presas enormes. —Volvió a sentarse y a mirar a su hermana—. Algo ha cambiado en él. Ha sido después de Oriskany, después de haber matado a Shononses.

—Me he enterado. Ronaterihonte tiene muchos espectros a su lado.

Joseph le rozó el hombro.

—Tus ojos también han cambiado. Hay algo que mi hermana no me ha dicho.

Molly asumió una expresión dura.

—Mis hijos y yo hemos sufrido injurias y amenazas.

—¿Quién ha sido?

—Jonas Klug.

Joseph apretó las mandíbulas.

Molly cerró los ojos y dejó que el odio brotara del corazón.

—He soñado que daba puntapiés a su cabeza. He soñado que tú me la traías de regalo.

Vio que los músculos de su hermano se contraían.

—Llegará el día.

27

—Toque para nosotros, señor. Aquella giga irlandesa, o alguna otra cosa, con tal de que se pueda bailar.

El sargento Bunyan tenía el rostro apagado, fatigado. La voz estaba algo velada por el alcohol. El viejo soldado resistía marchas forzadas, comida inadecuada, licor ordinario: ese temple soportaba cualquier prueba, siempre que no se le privara de la música o de la paga.

El coronel Percey había ordenado distribuir el ron. Los rebeldes, con ese George Washington a la cabeza, se retiraban hacia Filadelfia, el ejército de Su Majestad acosaba. El alcohol abrumaba, embotaba, tendía una manta sobre los cuerpos muy cansados, hacía cantar y bailar, reír y llorar.

Peter no tenía ninguna gana de tocar. Posó la taza llena de líquido amarillento. Contenía una orden implícita: sean felices.

—Vamos con An Faire, señor Bunyan. —Peter sorbió el último trago y prosiguió—. Deje que le diga una cosa, señor Bunyan: si en verdad tiene ganas de bailar, es un hombre de hierro.

Bunyan recibió las palabras del portaestandarte como un cumplido. La boca respondió con una virginal sonrisa que parecía fuera de lugar en un rostro rudo y ya entrado en años. Tras una breve vacilación, Peter abrió el estuche. La madera despedía un olor agradable, las cuerdas del arco olían a pez. Todo parecía estar en orden: cogió el instrumento y lo sopesó, como para comprobar la consistencia. Lo empuñó, el arco se deslizó sobre las cuerdas ya desgastadas. El instrumento estaba desafinado. Peter no se tomó la molestia de afinarlo.

Ya no tocaba con gusto. El motivo de la desafección no era el cansancio, ni tampoco un malhumor pasajero. Días atrás había oído una conversación entre dos guías, un munsee y un indio del sur. El munsee

decía que el fuego de la Confederación Iroquesa estaba apagado: los oneidas, mohawks y senecas habían derramado sangre de primos y hermanos. Peter se había quedado helado. El pensamiento había volado a su madre, al tío Joseph, a los días en Canajoharie tan lejanos como Londres, como la China o la Luna. El mundo que había conocido se disolvía ante sus ojos, nieve al sol de abril. Hombres y rostros vivientes devenían en dolorosos recuerdos.

Peter sintió vibrar las notas. Los soldados insinuaron pasos de baile. Tocó como un autómata, los dedos encontraron los acordes por virtud mecánica. La marcha era lenta, melancólica. Imposible bailar. Después de un minuto, Peter tuvo un sobresalto. Se dio cuenta de la incomodidad de los hombres.

—Disculpe, señor. ¿No le parece muy lenta para una giga?

El joven hizo un gesto con la cabeza.

—Tiene razón, señor Bunyan. No me siento nada bien, he bebido demasiado. Ruego que me disculpen.

Peter colocó el violín en el estuche, hizo el saludo y entró en la tienda, acompañado por rumores de desilusión.

La lámpara ardía con suavidad, proyectaba sombras temblorosas. Tendido en el catre, Peter miraba un punto en lo alto, sobre la cabeza, más allá de la tela encerada que envolvía el cuerpo y las posesiones terrenales. Miró el estuche del violín. Tiempo atrás, abrirlo había sido abrir un cofre, en su interior un tesoro de imágenes y recuerdos. Ahora sentía disgusto al hacer ese gesto. En casa, a mil millas de distancia, quizá solo el río y los árboles aún estaban en su sitio. Sintió que un escalofrío sacudía los miembros: las imágenes se convertían en fantasmas, los recuerdos mutaban en memorias. Día tras día, el curso de los acontecimientos le alejaban de sí mismo. Se sintió una seta brotada de la tierra, espuma en la corriente. La incertidumbre pesaba en el pecho como una roca. ¿Qué suerte había tenido su gente? Voces interiores tejían tramas de pensamientos, pero de esa cacofonía solo surgían dudas, presentimientos alarmantes, sombrías premoniciones.

Era la fatiga, resolvió, lo que le impedía comprender el sentido de esa agitación. Pidió que el sueño llegara pronto.

Dos horas más tarde aún estaba despierto, la cabeza atravesada por las mismas sombras que la lámpara dibujaba en la tela, las piernas pesadas. Tomó entre sus manos la Biblia, la hojeó distraído. Leyó un pasaje

dedicado a los pájaros, que no deben pensar en trabajar porque el Señor proveía por ellos, y de hecho no lo hacen, viven, vuelan y basta. Dios proveía a todas las criaturas. Hombres, lirios de campo, pájaros.

Los hombres sin embargo deben trabajar, y combatir, las mujeres sufrir en el parto. Lirios y pájaros no pecaron, en el origen.

Su madre decía que los pájaros no son animales como los otros. Son ángeles que portan los espíritus de los hombres.

Peter imaginó un pájaro que desplegaba las alas sobre él, se hacía cada vez más grande. Las alas cubrían el sol, extendidas de una punta a otra del océano. El pájaro era una sombra, negra como la noche, silenciosa e insondable.

28

Esa noche, antes de irse a dormir, Molly elevó plegarias al Dueño de la Vida. Pidió a los vientos que soplaran suaves. Pidió al sol que sus rayos iluminaran la victoria de su pueblo. Pidió al espíritu de Hendrick que le diera sabiduría en sus decisiones. Pidió a la abuela Luna y al Dueño de la Vida que no se derramara mucha sangre. Que permitieran que regresaran a las casas, pensar en el futuro de sus hijos.

Molly pidió a William: que guiara sus ojos y sus sentidos, que controlara las pasiones, la rabia y el orgullo.

Molly pidió ayuda, luego se adormeció.

La iglesia está repleta. Ojos y cabezas casi rozan el techo, como sacos de maíz almacenados para el invierno. Propietarios irlandeses, aparceros escoceses, guerreros mohawks. Osos y lobos acurrucados en el suelo de tierra.

Enormes tortugas sostienen el altar con sus dorsos.

El pastor, de pie en el púlpito, hojea el libro de oraciones.

Peter se levanta. Toca el violín: la vieja marcha irlandesa que su padre hacía entonar a las gaitas antes de dar batalla. Dos *sachems* con guantes negros y manto de luto se acercan al ataúd para depositarlo debajo del altar, pero la fosa aún no está cavada.

Los fieles pasan al frente, uno a la vez. Cogen un azadón e intentan clavarlo. Inútil. La tierra es más dura que el hierro. El mango de la azada se rompe.

Joseph empuña el tomahawk para usarlo como piqueta. Un guerrero lo acompaña, el rostro en sombras. Cava con las uñas hasta que sus dedos se

manchan con sangre.

Por detrás del muro de espaldas, el ataúd aún está abierto, pero en vez de un cuerpo solo se ve un jirón azul.

La iglesia desaparece. En su lugar, un bosque de arces en otoño. Sentado sobre una roca, William bendice con una sonrisa los esfuerzos de Joseph y Philip. Tiene un sonajero de tortuga y el rostro pintado.

Me acerco, me siento en sus rodillas, le acaricio los labios.

—¿Quién está en el ataúd, William?

Él responde, pero es un idioma desconocido. Un viento de tramontana se lleva las palabras. En el río aparece una canoa. A bordo, una muchacha. William sube y me ofrece su mano.

—Acompáñame al Jardín, amor mío, en el centro del Agua.

Joseph y Philip cargan el ataúd, la canoa remonta la corriente.

Aprieto fuerte la mano de la muchacha. En la muñeca lleva un brazalete de adopción.

Sus ojos tienen el color del río.

Es Esther Johnson.

29

—Una guerra no es una guerra hasta que un hermano no mata a otro hermano. Es un dicho francés, pero no puedo pronunciarlo como usted, señor Dalton. Y por eso lo digo en nuestro idioma, mejor dicho, en el idioma del reino por el cual tenemos que combatir, matar y morir.

El coronel Abercromby hizo una pausa de efecto.

—Pero nosotros no tenemos hermanos del otro lado, ¿verdad? Tal vez algún pariente lejano. En cualquier caso, aunque los tuviéramos, a estas horas ya les habríamos desconocido. —Pasó el catalejo al ayudante de campo y acarició el cuello del purasangre que montaba—. Parece que, por una vez, los yanquis tienen intenciones de mantener la posición y resistir. Están bien preparados, no hace falta decirlo, Sullivan sabe lo que hace. Una artillería decente, algunos uniformes franceses y allí los tienes convertidos en ejército.

—Estamos apenas fuera de tiro, señor —dijo el asistente—. Los hombres están alineados.

—Muy bien. —Abercromby hizo otra caricia al animal—. No queda más que esperar la orden de Howe, entonces.

Las nubes se habían espesado ya por la mañana, hinchadas de lluvia, pero el tiempo aguantaba, como por milagro maligno.

Peter había dormido y comido mal. Esa mañana, junto al grueso del ejército, habían vadeado el Brandywine por el norte, realizando una amplia maniobra para dar un rodeo a las tropas de Washington y atacar por el flanco. Mientras tanto, las unidades de mercenarios hessianos simulaban un ataque en un vado más al sur, para distraer a los rebeldes.

Extenuado por la larga marcha de aproximación, el cuerpo joven y rápido se había convertido en un peso, como el uniforme, como el asta de

la bandera. Peter sentía que los brazos dolían. El asta parecía de plomo mientras el viento hinchaba y agitaba el estandarte del Reino, vela expuesta a la violencia de los elementos. Su tarea era ofrecer la referencia visual al primer contingente de infantería ligera que se aprestaba a atacar la colina. La bandera no era solo un símbolo, era la aguja de la brújula, la guía para la disposición en el campo.

La voz gárrula del coronel interrumpió las reflexiones de Peter.

—Teniente Johnson, hoy es un buen día para ganarse una segunda medalla. Lleve la Union Jack sobre el tejado del ayuntamiento de Birmingham y la obtendrá sin duda alguna.

—Si Dios quiere, señor. No suelo pedir mucho a la suerte.

El coronel le rozó un hombro con la punta de la fusta.

—La primera se la ha ganado en los bosques, combatiendo la petite guerre. Pero hoy, señor, hoy combatiremos una verdadera guerra. —Soltó risitas nerviosas—. Con todas las reglas. —Miró al cielo—. Y esté seguro de que no será como en Llanuras Blancas. No lloverá.

El humor locuaz de Abercromby delataba nerviosismo. Nadie más tenía ganas de hablar entre las filas de infantes alineados. La tensión circulaba en silencio.

Un redoble de tambores hizo vibrar el aire. Por tres veces.

La orden de avance. Los estandartes de los regimientos se pusieron en marcha.

Peter se volvió para mirar la colina Osborn. En la cima, el general Howe y Cornwallis apuntaban los catalejos hacia la colina de enfrente. Los cañones tronaron, mientras el sonido agudo y penetrante de las gaitas invadía el claro.

Peter se estremeció. En los pocos segundos antes de obligar al cuerpo a moverse, antes de que el horrible mecanismo de la guerra le arrollara, vio el rostro de su madre. Estaba enfurecida, terrible. Guerreros le acompañaban, altos, esbeltos, pintados con colores vivaces, la expresión de quienes se atreven a mirar la muerte a la cara. Su madre gritaba que le llevaran su semental negro, porque ya no era tiempo de palabras. Peter sintió que las piernas se movían. El cuerpo parecía ser capaz de marchar por su cuenta: en el fondo, eso había hecho durante meses. El dolor de los brazos estaba lejano, en un rincón de la mente, más distante de la conciencia que los latidos que sentía en los oídos.

Los cañonazos destrozaron el terreno un poco por delante de las

primeras líneas. Podía ver a los sargentos cerrar las filas, poner a los infantes en su sitio, recorriendo con largos pasos los flancos, sable desenvainado, expresión severa. El viento llevaba olor a miedo.

Estruendos. Explosiones. Gritos. «Son soldados de Su Majestad, por Dios», «En algún momento estarán a tiro».

Peter pensó en las palabras del coronel. Una guerra no es una guerra hasta que un hermano no mata a otro hermano. Delante de sus ojos, hombres, hombres y hombres iban a la muerte en filas ordenadas. Marchaban hasta que el mundo estallaba, la tierra desgarrada, miembros y cabezas volaban hacia el cielo. La muerte despedía olor a sangre, excrementos, tierra mojada.

Las bocas de fuego de los continentales tronaban a repetición, abriendo cráteres en la formación inglesa, huecos que tenían que ser llenados deprisa por refuerzos de las filas posteriores. Los piqueros hacían un gran esfuerzo para mantener en orden las formaciones, oficiales y suboficiales exhortaban e incitaban, rostros enrojecidos. Peter miraba la escena como dentro de un sueño, ajeno a la fatiga, a la pena por la suerte de su gente, al final de su mundo.

Caían bombas. Cuerpos destrozados se acumulaban. Unas veinte yardas a la izquierda, un capitán con uniforme manchado de sangre levantó el sable y arengó a los hombres.

Una explosión lo eliminó. Trozos de tierra y jirones de cuerpos llegaron hasta el portaestandarte. Peter se quedó paralizado, cerró los ojos. Escuchaba los gritos de los sargentos.

—¡Adelante! ¡Por el Rey! ¡Adelante!

Las primeras filas estaban ya bajo fuego de fusilería. Pero también sus artilleros debían haber acercado las piezas y afinado la puntería, porque estaban alcanzando las defensas de los rebeldes, concediendo a la infantería algo de cobertura y margen de maniobra. Peter podía distinguir las figuras de los yanquis en la línea defensiva. Otros disparaban desde las ventanas de las casas de la aldea.

Las primeras dos filas de Casacas Rojas se detuvieron, una de pie, la otra de rodillas, y respondieron al fuego. Tercera y cuarta fila se colocaron delante y repitieron la operación, mientras los otros volvían a cargar. La marcha prosiguió inexorable.

—¡Portaestandarte Johnson! —Alguien gritaba su nombre—. ¡ Portaestandarte!

—El coronel le miraba desde lo alto de la montura.

Peter reaccionó, intentó contener el temblor.

—Ordene, señor.

—¡Quiero ver nuestras banderas en esa colina! ¡Adelante! ¡Haga ver de qué pasta está hecho, por Dios!

Peter se impulsó hacia delante, mientras los cuerpos caían alrededor. Ahora estaban fuera de tiro de los cañones y eran los disparos de los fusiles lo que exigía el mayor tributo de sangre. La fusilería de los rebeldes era densa y precisa.

Así que esta es mi muerte, pensó.

Siguió avanzando.

Así que esta es mi muerte.

Una bala rompió el asta de la bandera, el estandarte acabó en el suelo. Peter sintió una sensación de lúgubre liberación y se dejó caer.

Así que esta es mi muerte.

Alguien se le echó encima.

—¡Levántese, Johnson! ¡Recoja la bandera!

Era el sargento Bunyan, la expresión petrificada en una mueca. Un proyectil le dio en el pecho, derribándole al suelo. Intentó levantarse, le faltaron las fuerzas. Solo consiguió incorporarse sobre los codos, tragando aire a grandes bocanadas.

Peter se puso de rodillas. Sintió la sombra de las grandes alas sobre sí.

Bajo la mirada atónita del sargento se quitó la casaca y la camisa. Bunyan tragó saliva.

—¿Qué demonios hace? —logró decir a duras penas—. Será sometido a juicio…

Sometido a juicio. Peter nunca había oído palabras más insensatas. Ese había sido el día de la muerte insensata. Pero él no había vivido sin un sentido.

La gran rapaz descendía en picado.

Peter se inclinó. Cogió tierra empapada en sangre y con los dedos sucios se pintó en el rostro signos rojo oscuro.

Los cuernos de guerra llamaban al asalto con bayoneta. Las filas se abrieron, la carga de los soldados ingleses soltó un grito homicida que pareció hacer temblar las barricadas y el puñado de casas en la colina.

Peter se puso de pie, el torso desnudo y la bandera en mano. La apuntó hacia delante como una pica. El grito de guerra del clan del Lobo resonó en

el aire.

El joven guerrero mohawk se lanzó contra la línea de los rebeldes, veloz como el pensamiento que le atravesaba la mente.

El alma había puesto las alas.

30

La cacería había sido mala y Philip estaba inquieto, pero no era una novedad, así era desde hacía días.

La batida junto a los senecas no había dado fruto: la persecución de un gran ciervo se había prologado durante horas, estaban seguros de haberlo rodeado, cuando se dieron cuenta de que el animal había desaparecido, desvanecido al final de las huellas dentro de un zarzal inextricable. Habían cruzado miradas indecisas, alguien había maldecido en voz baja, como solían hacer entre los senecas. Todos juntos habían decidido que la batida había terminado.

En el viaje de regreso al fuerte, el hombre en retaguardia de la fila dijo que en el camino había algunos pájaros muertos, que ningún otro había notado. Philip le preguntó qué pájaros eran, el cazador no respondió. El silencio acompañó a la cuadrilla hasta estar a la vista del fuerte.

Llegados a las barracas de los desplazados encontraron a un colono del valle del Mohawk y recibieron la noticia, tremenda. El hombre estaba conmocionado, habló a Philip con deferencia y un hilo de voz.

Peter Johnson, el hijo de sir William y Molly Brant, había muerto en la batalla.

Los cazadores pronunciaron palabras de respeto y dolor, Philip se despidió de ellos diciéndoles que regresaría más tarde, los hombres se alejaron. Se quedó solo, cerca de un gran arce, presa de un desconcierto profundo ante la realización del más oscuro de los presagios.

Peter, el futuro y la esperanza de la nación, Peter, el violín y la espada, Peter, estudios y cresta mohawk, sueños y electricidad. El Valle plasmado por William Johnson moría con él.

Los pies le llevaron al fuerte. Le pareció sentir que pensamientos

dolorosos vagaban en el aire hasta saturarlo.

Había caído la tarde, antorchas proyectaban sombras siniestras y deformes. Philip inspiró con fuerza el aire punzante que raspaba las narices, comenzó a caminar sin una dirección precisa.

La figura de Joseph salió de las sombras. El hombre que se había convertido en jefe se plantó delante. Miraba un punto indefinido a las espaldas de Philip. El rostro estaba deformado por los reflejos de las llamas y el sufrimiento.

—No tenía que haberle dejado ir. —La voz era hierro estridente—. Tenía que quedarse junto a nosotros, bajo mi protección.

—Había elegido su destino y nadie podía impedírselo —rebatió Philip.

Percibía el dolor de su amigo como una fiera agazapada en el ánimo, lista para dar un salto.

—Lo que le debemos es llevar a cabo lo que hemos comenzado.

Un escalofrío calló a Philip. Joseph era un muro de pena y odio que absorbía la luz de las antorchas hasta ofuscarla. Una multitud de espectros danzaba en la oscuridad a sus espaldas.

—Llevaré esta guerra hasta el final, junto con aquellos que quieran acompañarme. Lo haré en nombre de Peter y de aquello por lo que combatía. Lo haré por todos nosotros. Tenemos que recuperar lo que nos pertenece.

—¿Qué significa? —preguntó Philip.

Joseph pareció no haber escuchado la pregunta.

—Dejaré que pase el invierno. Dejaré que se sientan seguros.

—¿Qué significa, Joseph?

El tono de Philip reveló la preocupación.

—Hay una sola forma de recuperar nuestras tierras —respondió el otro —. Hacer lo que hicieron los franceses y los hurons en la otra guerra.

—¿Atacar los asentamientos?

—Quitarles el ganado, destruir las cosechas. Tenemos que agredirlos en sus casas, echarles uno a uno, si es necesario. Forzar a los colonos a que se vayan.

—En esas casas hay mujeres y niños —objetó Philip—. ¿Piensas honrar así la memoria de Peter? ¿Esta es tu guerra?

—Es lo que se debe hacer.

—Mi mujer y mi hija están muertas por causa de gente que pensaba de este modo.

Joseph lo miró furioso.

—La guerra nunca ha sido otra cosa más que esto, y tú lo sabes.

Philip se acercó mucho, hasta clavar sus ojos en los de Joseph.

—Sí. Sé dónde se pierde el camino que quieres recorrer. En un lago de sangre.

—Yo soy un jefe —rebatió Joseph—. Tengo que combatir por mi pueblo, tengo que darle una tierra. Si la dureza del roble no es suficiente, entonces seremos roca. Pero tenemos que intentarlo, debemos hacerlo. O no habrá un mañana para los mohawks.

Philip pensó en cuando habían rechazado el ataque de los piratas en mar abierto. Aquel día, Joseph tenía la misma mirada que ahora veía dirigida contra la noche.

Habló con hielo en la sangre.

—Hace muchos años hice sufrir a otros lo que yo mismo había sufrido.

Joseph se sobresaltó, como si advirtiera estar al borde de un abismo.

Philip continuó.

—Cuando asesinaron a mi familia, mi rabia era ciega, como lo es ahora la tuya. He dejado que me guiara en la venganza. He devuelto cada golpe, sin hacer distinciones. Mi tomahawk no se ha detenido ni aun ante los inermes y los inocentes. —La voz era baja y vibrante, las palabras rodaban a sus pies—. Entonces he sabido que no existe nada que yo no pueda hacer. He sentido horror de mí mismo, de lo que los hombres pueden desencadenar. No iré contigo, Joseph.

El otro no se inmutó. Había recibido la confesión con el estoicismo de un sacerdote. La rabia parecía haberse enfriado. Los destinos estaban decididos.

—Cuando Molly me pidió que fuera a llamarte, pensé que no sabría qué hacer contigo. —Miró a Philip una vez más—. Estaba equivocado. Eres tú quien no sabe qué hacer de ti. —En sus palabras había desolación y amargura—. Buena suerte, Ronaterihonte.

La oscuridad lo devoró. La figura quedó marcada en el punto donde había desaparecido, suspendida en el aire de la noche.

Philip hubiera querido encaminarse hacia una meta, si solo hubiera tenido alguna. Se acercó a uno de los fuegos y se sentó en silencio, pensando en que Peter ya no estaba.

31

Al alba he ido donde ella. La mujer que muchos llaman bruja. La madre de Peter, mi primo, muerto en batalla. La mujer que ha dado a sir William, mi abuelo, ocho hijos. Estaba en plegaria, los brazos abiertos, con las palmas hacia arriba. Recitaba frases en su idioma, música misteriosa. Tenía que contarle del sueño. Temor y ansia me desvelaron toda la noche. Ha sido una bruja también para mí, ya lo sé. Recuerdo la desconfianza, la angustia.

Dicen que puede parar los rápidos, desviar los ríos, fulminar a los enemigos. Que puede curar a los enfermos, favorecer las cosechas, propiciar la fertilidad. Llamar a los muertos, transformarse en animal. No sabía cómo dirigirme a ella, sin embargo tenía que hacerlo. Me he quedado mirándola, seguía los gestos de la plegaria al despuntar el sol, hasta que ha reparado en mí, que la observaba al otro lado de la ventana, y ha hecho señas de que entrara. Ha puesto el agua en el fuego, recibido mi abrazo, escuchado mis palabras de dolor.

Le he dicho que había soñado con Peter. Me ha mirado a los ojos, ha dicho:

—Cuéntame.

He dicho lo que recordaba: Peter cavaba una fosa, pero la tierra era dura, la azada se rompía. Philip y Joseph Brant cargaban un ataúd en una barca. En la barca estaba el abuelo William. Me ayudaba a subir.

Mientras se lo contaba, la expresión de Molly cambiaba, se hacía menos doliente.

Me ha preguntado si el abuelo decía algo. He respondido que no lo recordaba.

Me ha dicho que hay modos para ayudar a los recuerdos, hacer las imágenes más claras. Me ha pedido el brazalete, lo ha sostenido entre sus

manos cerca de los labios que susurraban frases. Lo ha colocado sobre el humo que ascendía del brasero encendido, le ha soplado su aliento antes de devolvérmelo.

Ha dicho que el brazalete era precioso y que no era casualidad que hubiera llegado hasta mí. Me ha preguntado por Londres, por Peter, lo que había visto.

Ha dicho que iba a mandar a sus hijos a Montreal. Tío Daniel se encargaría de lo que necesitaban. Tendrán una casa de piedra, comida suficiente, lecciones de inglés y matemáticas. Me ha preguntado si quería partir con ellos. Ha escuchado mi respuesta: no me iría de allí ni siquiera a la fuerza. Ha suspirado y sonreído.

—Vivirás en mi casa —ha dicho—. No es bueno que una mujer de mi edad se quede sola.

El sol aún no estaba alto, el ansia había desaparecido.

Una extraña calma avanza en mí.

1778

32

Agachado en la sombra, los huesos contraídos uno contra otro, no más alto que un chiquillo antes de convertirse en hombre, hurgando entre los cabellos en busca de piojos, tosiendo, gargajeando. Todo lo que hay por hacer es tomar sopa, si hay, drenar savia vital de las ollas que ya no puedes llenar ni defender. Solo comer y defecar, esto te sale bien, si no has bebido demasiado.

Tienes las vestiduras de un hombre de rango, el tiempo ha dejado un retículo de surcos en el rostro.

Johannes Tekarihoga, último de los Tekarihoga, jefes espirituales del clan de la Tortuga desde tiempos anteriores al tiempo en que Mujer del Cielo cayó desde lo alto, la gente noble, que sostiene al mundo sobre sus espaldas. Si el mundo gira fuera de su eje, la culpa no es tuya. El destierro, más bien, parece que te ha dado destellos de una antigua dignidad. Los más viejos dicen que te pareces al Tekarihoga anterior a ti. ¿Cómo pueden saberlo? Ya nadie es más viejo que tú, ahora.

Solo quien es como una flecha halla su camino, dicen. Tal vez puede existir una flecha vacilante, lenta, la punta separada de la madera, que sin embargo es capaz de recorrer el aire hasta encontrar su destino. El costado de un ciervo. Un blanco colocado en el tronco de un árbol. El suelo, tras haber tragado aire siempre que las alas invisibles te hayan sostenido. Se habla de flechas que van derecho, no de flechas veloces. Se habla de flechas que van derecho, no de flechas jóvenes.

Suceden cosas misteriosas en el limbo algodonado donde tu mejor amigo, ese que se bebe en pintas y damajuanas, te ha confinado. Suceden cosas cada día; los espíritus tienen alas impalpables que te rozan a menudo. Tu destierro alcohólico es menos vulgar, menos miserable de lo que

muchos se esperaban.

Y así, cuando el andar se hace vacilante, te apartas de la vista de las mujeres, sales del campo, vagas por el bosque gritando en voz baja, maldiciendo entre dientes, o bien riendo y riendo, insinuando pasos de danza, elevando las manos al cielo y dando las gracias por otro día de vida, otro día a pesar de todo, larga vida a ti y a tu mejor amigo.

Muchos aún te consideran un sabio, y eres muy querido. Las mujeres te sonríen, los chiquillos te saludan con deferencia: siempre has sido generoso. Todos los regalos pasan a otras manos, solo has cogido para ti lo que necesitabas. Si Tekarihoga fuera rico, ahora, su gente no pasaría hambre. Es por esto que te aman, tú eres la imagen de los días pasados.

Cuando Mujer de la Tierra soñó por primera vez, fértiles campos nacieron de ese cuerpo exuberante. Una nube de occidente tomó distintas formas para complacerla, hasta que se convirtió en un joven hombre. Mujer de la Tierra se enamoró al instante y deseó tener al hombre nube dentro de sí. Ahora Mujer de la Tierra solo desea que los insectos dejen de arremolinarse, de formar filas, de combatir. Las nubes de occidente tienen formas de barcos, de cañones, de enormes pájaros funestos.

El mundo rueda fuera de su eje, y tú eres como todos los hombres, corres detrás de los pensamientos; si estás alegre ríes y ríes, si estás triste, lloras y maldices al destino.

El viejo estaba sentado en una roca. Miraba la superficie rojiza de las aguas, donde el sol parecía apagar su fuerza para obligarse a una noche de destierro. El rostro estaba inmóvil, los ojos parecían trozos de lago llegados para dar luz a un rostro marcado por las estaciones. Regresando de la pesca, Philip había podido observar su figura durante más de una hora, mientras remaba hacia la orilla. No se había movido ni un milímetro. Philip había amarrado la barca y se había acercado, poniendo cuidado para permanecer a la vista.

—¿Cómo estás, viejo?

Tekarihoga giró la cabeza y le miró sin expresión.

—El lago está un poco encrespado. Es muy extraño en esta estación.

Philip asintió.

—El tiempo cambiará con la luna nueva.

Tekarihoga calló. Philip escuchó el chapoteo del agua en las rocas,

perezoso, lento. Luego el viejo prosiguió.

—Nunca he sido un buen pescador, Ronaterihonte. Hay pocas cosas que sé hacer, a decir verdad.

Philip estaba asombrado. Convencer a Tekarihoga para que responda con algo más que un monosílabo era muy difícil.

—Eres un buen jefe, incluso en estos días difíciles.

Tekarihoga levantó las cejas.

—Oh, no es difícil. Los días están llenos de señales, ya te habrás dado cuenta. Dar buenos consejos es fácil, solo basta tomarse a sí mismo como ejemplo de locura.

Un pájaro nocturno lanzó un canto estridente. Tekarihoga volvió su mirada a la superficie de las aguas.

—Tú eres un buen guerrero, Ronaterihonte. Los hombres jóvenes tienen miedo de tu sombra, por eso no saben qué hacer contigo. No puedes ser un padre, tampoco un hermano: ellos no comprenden tu camino.

—Lo sé.

Tekarihoga hizo un gesto con la cabeza.

—Una vez, en Albany, vi a un carnicero holandés. Era mucho más hábil y veloz que nuestro mejor cazador. Todo el día haciendo lo mismo. Matar, descuartizar, desosar. Este no es tiempo de guerreros, Ronaterihonte. Ya no es el tiempo de los mohawks.

Philip sonrió. Era como si la mente del viejo hubiera rozado la suya. La generación presente podía desaprobar la decisión del Gran Diablo. No tenía importancia, la locura lo invadía todo.

Se despidió del viejo, enfiló sus pasos en dirección al fuerte. Cuando miró hacia atrás, la figura se recortaba en el crepúsculo, inmóvil.

33

Durante el invierno, presagios y plegarias habían mantenido al rojo vivo el afán de venganza. Cada día, los senecas recordaban a los guerreros caídos en Oriskany. Las lágrimas de los mohawks aún estaban tibias por Peter Johnson.

En cuanto los senderos estuvieron libres de nieve, Joseph dejó Fuerte Niágara y llegó hasta Oquaga.

La bandera del Rey aún se destacaba en el centro de la aldea, llena de lluvia que le impedía ondear. Gracias al ron requisado por los Hough, después de dos días de fiesta, el número de Voluntarios se había doblado.

A finales de mayo, doscientos hombres atacaron un grupo de granjas en el curso alto del río Schoharie. Algunos colonos habían logrado escapar, los otros fueron capturados junto con el ganado. Joseph ordenó que llevaran a las mujeres y los niños a un granero de Cobleskill. Cuando los guerreros se fueron, en un radio de tres millas, ningún otro edificio se había salvado de las llamas.

En el viaje de regreso, Joseph encontró un mensaje clavado en un palo. Estaba firmado por el capitán McKean, en nombre de los habitantes de Cherry Valley. Pedían que dejara de amenazarles y que se enfrentara a la milicia en un combate en igualdad de armas. Si no era un cobarde, le enseñarían de buena gana cómo se transformaba un brant, un ganso carinegro, en un pato de corral.

En Oquaga, Daniel Secord le esperaba con tres espías rebeldes capturados en los alrededores.

El primero estaba regresando a Fuerte Stanwix. Tenía que informar a Gansevoort de que, el día de Pentecostés, el jefe Brant había matado y escalpado a seis hombres en las cercanías de Springfield.

El segundo había pasado durante el Pentecostés por el lago Otsego, y había visto con sus propios ojos las cabezas clavadas de dos famosos rebeldes y el símbolo de Thayendanega grabado en la base de las picas, bajo una lluvia de sangre aún fresca.

El tercer informador llevaba una carta para el general Schuyler. El comité de seguridad de Schoharie pedía el apoyo del ejército contra los Voluntarios de Brant, que en el día de Pentecostés habían atacado por sorpresa la aldea y habían torturado y matado hombres y bestias.

Feliz por haber recibido el don de la ubicuidad, Joseph partió de inmediato hacia el oeste. Butler y Sayengaraghta le esperaban en Tioga para planear un ataque en conjunto. En realidad, hacía tiempo que los senecas ya habían elegido el campo de venganza. El valle de Wyoming, una tierra de ensueño que los colonos habían sustraído a sus padres mediante engaños. Joseph decidió que no iría con ellos, para no alejarse demasiado de Oquaga. Las voces decían que los rebeldes se preparaban para atacarla de un momento a otro. John Butler y sus Rangers unieron sus bajeles a las canoas de los guerreros. Joseph remontó el Susquehanna solo.

La noticia le llegó una semana después, mientras guiaba a los Voluntarios hacia el norte.

Fuerte Wyoming había caído, junto con otras siete fortalezas. En menos de cuatro días, el fuego había destruido un millar de granjas, establos y graneros. Los hombres de Butler regresaban a Tioga con cuatrocientas cabezas de ganado, doscientas veintisiete cabelleras y cinco prisioneros. El salvajismo del «Monstruo Brant» en la Matanza de Wyoming era ya objeto de despachos, maldiciones y artículos de periódicos.

El 11 de julio de 1778, cuarto aniversario de la muerte de sir William, Joseph se bañó en aguas del Mohawk después de tres años de ausencia. Luego bajó por el valle desbordante de orenda.

En Andrewstown prendió fuego a las casas sin controlar que estuvieran vacías. Ocho cabelleras chamuscadas adornaron los cinturones de los Voluntarios y los tomahawks de los guerreros. En Springfield perdonó las granjas de los lealistas y la iglesia.

Hizo que fusilaran a dos espías, cargó lo que se podía transportar y quemó todo el resto.

En German Flatts, los alemanes consiguieron atrincherarse en el fuerte y Joseph se maldijo a sí mismo por no haber llevado un mortero. Solo con los fusiles, asaltar la empalizada era una empresa imposible. Jonas Klug

quedaría indemne, con el único dolor de tener que ver su casa devorada por el fuego.

Mientras tanto, Francia había entrado en la guerra al lado de los rebeldes y George Washington había puesto precio a la cabeza de Joseph. Cien, doscientas, tal vez hasta quinientas esterlinas. En el Nuevo Mundo, ninguna estrategia para enriquecerse era tan rápida y segura como matar al Monstruo Brant.

Era el indio más odiado desde los tiempos de Pontiac.

34

La leña para iluminar la fiesta estaba apilada en la pradera, en medio de la hierba amarillenta del final del verano.

En el último año, el claro sin cultivar entre Fuerte Niágara y las barracas de los desplazados se había reducido mucho. Durante las tres lunas invernales, un manto de nieve dura lo había cubierto sin interrupciones. La última placa blanca se había disuelto en Pentecostés, justo a tiempo para acoger a los nuevos desterrados. Incursiones y represalias expulsaban desplazados de las aldeas de frontera.

Butler y los senecas acababan de regresar con un enorme botín de cabelleras y ganado. Susanna había preguntado por Joseph, solo obtuvo una única y banal certeza. Su marido se había separado de ellos y junto a los Voluntarios seguiría combatiendo. Por lo demás, ni una respuesta que se pareciera a otra. Como con cada pregunta sobre Joseph Brant y sus empresas.

Susanna recordaba a los prisioneros de Springfield, llegados en la Pascua. Decían que el jefe Brant les había hecho encerrar en la iglesia y desde allí habían asistido a la destrucción: campos devastados, ganado degollado, la cosecha y las granjas destrozadas, los árboles frutales serrados en la base. Luego había dejado ir a las mujeres y los niños, y se llevaron a los hombres.

Tres semanas más tarde, un médico holandés en fuga desde Cobleskill había descrito un infierno: el valle cubierto por un bosque de palos, con el símbolo del Monstruo Brant grabado en la base y cabezas de rebeldes clavadas en la punta.

Dos familias de esclavos se habían presentado en el fuerte a mediados de junio. Decían que habían huido mientras los Voluntarios de Brant

atacaban la granja de su amo. Algunos contaban entusiasmados que el indio había echado al viejo a los cerdos. Otros estaban convencidos de que se había disparado él mismo para no acabar en manos de los salvajes, y que Joseph había puesto a las hijas en manos de un amigo suyo que vivía en la zona.

Después de cientos de historias de este tipo, Susanna había dejado de preguntarse dónde estaba la verdad.

Cuando nace de una mentira, el odio es mucho más pesado, y su marido tenía sobre sus espaldas una carga insostenible.

La luz del sol se demoró un poco más en la tarde de verano. Las aguas del lago se convirtieron en una gigantesca lámina de cobre. Por fin se encendieron las infinitas estrellas y un instante después cinco fuegos, alineados a lo largo de doscientas yardas. La procesión dibujó anillos Y espirales en torno a cada uno y pronto los envolvió en un único abrazo. Hombres y mujeres bailaron al ritmo de los tambores, se golpearon el pecho, pisotearon el suelo. Luego el grupo volvió a unirse y todos se sentaron en círculo. Molly colocó en el fuego un cesto de tabaco y dio inicio al ritual de las cabelleras.

Se puso de pie un guerrero Y bailó compitiendo con las llamas. Las cintas de colores que pendían en sus brazos azotaron el aire como las crines de un semental. Alzó al cielo un asta engalanada con cabelleras y cientos de gargantas le rindieron homenaje.

El hombre tomó aliento y comenzó a declamar la historia de sus trofeos. Por detrás de una fila de cabezas, una pandilla de jóvenes no hacía más que saltar y gritar en coro. Parecían borrachos, y cuando un viejo se volvió para reprenderles se escaparon riendo. Mientras se alejaban, Susanna reconoció la figura y el andar de Isaac. Sintió el impulso de correr tras él, pero se quedó sentada. Ya no podía perseguirle, no todas las veces, y ciertos gestos no tienen sentido, cuando no hay constancia.

Acabado el relato, el guerrero desprendió una cabellera del palo. Pertenecía a un coronel, un hombre de valor. El guerrero declaró que Molly Brant se le había aparecido en sueños, le había dado instrucciones para sorprenderlo y le había pedido que le llevara la cabellera, para vengar la muerte de su hijo Peter.

Las cabezas se giraron hacia la matrona, los tambores de agua callaron, por primera vez desde el comienzo de la fiesta. El rostro de la mujer era un enigma de cólera, los ojos ardían.

—Deja tu regalo para otros. No bastarían mil cabelleras para aplacar mi rabia y tampoco bastarían diez mil para aplacar el espíritu de mi hijo, que aún vaga en el campo de batalla.

Las otras matronas asintieron y llegó el turno de los prisioneros.

Un chiquillo rubio fue desvestido y envuelto con una capa de lino azul, mientras sus viejas ropas se quemaban en el fuego. Su nueva madre dejó de llorar y gritar y fue hacia él, como si fuera su propio hijo, que regresó sin avisar después de un largo viaje. Hizo que se levantara del suelo y le llevó con sus nuevos hermanos.

Las otras mujeres también pidieron hijos y maridos. Ninguna decidió darles muerte. Susanna pensó que era un hecho raro, en tiempos tan desesperantes y crueles.

Una nación de trescientos desplazados no podía permitirse desperdiciar una vida.

35

En la prisión de Albany se cenaba con pan rancio y agua caliente, una sopa pastosa a menudo enriquecida con carne de gusanos.

Si aprendías a cazar, podías permitirte una dieta mejor. Arañas y cucarachas, ratones, lombrices. La lagartija era la presa más apetecida. Comiendo con los ojos cerrados, podías convencerte de que era anguila.

Durante ocho meses, Walter no había tomado otra comida.

Los carceleros se aburrían de muerte. Entre sus pasatiempos, el látigo era con mucho el más inocuo. Durante ocho meses, Walter había sufrido humillaciones que la lengua se negaba a contar. Luego, había fingido caer enfermo y había conseguido huir.

Tiró de las riendas y miró a sus espaldas para apartar los recuerdos.

Doscientos Rangers marchaban alineados a través del sendero, el grueso de los senecas se había diseminado en el bosque, para prevenir emboscadas. Sayengaraghta, envuelto en un manto negro, cerraba la fila montado en un purasangre. El animal era un regalo de su padre al gran jefe de guerra. Por desgracia, John Butler no había podido agregarse a la nueva expedición, a causa de una severa pulmonía, y así Walter había asumido el mando y la tarea de reclutar a lo largo del camino.

La experiencia de su padre se echaría en falta, eso lo sabía, pero el invierno estaba a las puertas y no había tiempo que perder.

Su madre y su hermano aún estaban en la cárcel, para rescatarlos se necesitaban prisioneros.

Walter estaba hambriento de venganza y ya era bastante grande para obtenerla por sí solo.

Pasar el invierno en Fuerte Niágara no estaba en los planes de Joseph. Hubiera preferido Oquaga, una base más cómoda, más próspera y menos

helada. Pero Oquaga ya no existía, y tampoco Unadilla. Los continentales y la milicia habían atacado las aldeas aprovechando su ausencia.

Las granjas más bonitas del condado reducidas a ruinas tiznadas.

Quemadas las provisiones, las plantas de maíz descabezadas. Los huertos de frutales eran hileras de troncos. Las bestias yacían degolladas en medio de la sangre.

Mujeres y niños habían huido a tiempo, pero ahora las familias se habían dispersado y junto con ellas los Voluntarios. Joseph sabía que reunirlos de nuevo, en primavera, no sería fácil.

En el viaje hacia occidente, le acompañaban solo unos ochenta hombres, muchos con sus familias a cuestas. Más bocas que alimentar en el campamento de desplazados de Fuerte Niágara.

A primeras horas de la tarde, Daniel Secord regresó del reconocimento con la noticia. El joven Butler estaba acampado en Tioga, con un regimiento de Rangers y por lo menos trescientos guerreros senecas.

—¿Walter Butler? ¿No estaba prisionero en Albany?

—Ya no. Se ha fugado y está aquí para verte. Dice que la temporada de caza aún no ha terminado.

Llegaron después del crepúsculo, con un serpenteo de antorchas. La noche era fría y el viento olía a nieve. Walter Butler les acogió con entusiasmo y un plato de alubias para calmar el hambre.

Mientras las bocas se llenaban, hizo la propuesta. Unir las fuerzas para una incursión en Cherry Valley, el asentamiento más rico de todo el valle. Pocos meses antes, los rebeldes habían erigido un fuerte, pero se decía que el coronel Alden sabía mucho más de mujeres que de guarniciones.

—Allí viven muchos lealistas —observó Joseph—. Buena gente como el juez Wells. Es preciso avisarles, antes de atacar.

El otro hincó los dientes en una cabeza de chivo.

—Mejor no arriesgarse. Hágame caso, Dios reconocerá a los suyos.

Dios sin duda, pensó Joseph, pero no los senecas. El tono desafiante del muchacho no le gustaba, el blanco escogido tampoco. El instinto sugería dejar correr. La razón decía que solo quedándose evitaría una matanza.

—Iremos con ustedes —dijo al final.

—Muy bien. Diga a sus hombres que la paga es generosa. Deben firmar esta misma noche.

Henry Hough levantó la cara del cuenco:

—¿Firmar qué?

—El reclutamiento —replicó el joven, con la actitud altanera de quien explica una obviedad—. Los Rangers de John Butler son la única unidad autorizada para combatir en esta zona.

Joseph comprendió que el muchacho no había ido a buscarle como un simple aliado. El padre tenía un encargo oficial y recibía una paga extra por cada nuevo recluta. Para él, los Voluntarios de Brant eran una pérdida de ganancia.

Las ganas de levantarse y marcharse eran cada vez más difíciles de contener.

—No sea torpe, Walter. Mis hombres son voluntarios, han elegido combatir conmigo y seguirán haciéndolo hasta cuando quieran.

Los ojos del joven rugieron pero la boca permaneció cerrada. Lanzó al fuego el cráneo del chivo. Se puso de pie.

—Está bien —dijo fuerte y claro—. Pero no deben llevar insignias distintivas, tampoco esa cinta amarilla que tienen en los sombreros. Y los blancos tendrán que evitar las pinturas de guerra.

Una cúpula de silencio rodeó el vivaque. Desde los fuegos cercanos, gritos y canciones se levantaron en vuelo.

Sayengaraghta esperó la traducción de la última frase, pero fue el primero en hablar.

—Capitán Butler es razón, hermano. —El inglés del jefe seneca parecía una rueda averiada—. Hemos visto en Oriskany a estos blancos tuyos que hacen batalla con pinturas y digo que todos combatimos con más fuerza si cada hombre es fiel a sus antepasados.

—Tu abuelo no conocía el fusil—espetó Henry Hough—. El mío doblaba el espinazo todo el año para mantener a un párroco de mierda. Me cago en los antepasados.

Arrojó el cuenco al suelo, se levantó, se sacudió los pantalones con la mano y desapareció en la oscuridad. Su hermano le imitó, acompañado por los demás Voluntarios que estaban sentados en torno al fuego. Por último, Daniel Secord: escupió un proyectil de tabaco y siguió al grupo.

Joseph vio que el pequeño grupo se acercaba a otros vivaques y aumentaba poco a poco. Comprendió que en Cherry Valley sería un capitán sin ejército. De nuevo evaluó qué debía hacer. Decidió quedarse.

36

Durante la noche había nevado, pero al alba los copos comenzaban a derretirse. Una lluvia fina, compacta, como la niebla que flotaba sobre el río.

Los Voluntarios se habían marchado todos, en dirección a Fuerte Niágara. Solo Kanatawakhon se había quedado junto a Joseph. Cuando alcanzaron a Butler en la parte de atrás del monte, un tenue rayo de sol iluminó el valle, los cerezos desnudos, la lengua de agua que lamía las orillas. Las casas parecían elementos del paisaje, silenciosas como rocas.

Hasta en un día como ese, Cherry Valley hacía honor a su belleza.

Paró de llover y la niebla remontó las colinas para unirse a las nubes.

Los hombres estaban impacientes por atacar. Walter Butler los contuvo, para asegurarse de que la pólvora estuviera bien seca.

—Nosotros tenemos los tomahawks —dijo Sayengaraghta y, con un gesto cómplice, Butler le dejó partir.

Joseph se agregó a los senecas y los siguió entre los abetos, hasta una maraña de ramas y enebros, pero mientras ellos luchaban para abrirse paso, retrocedió una media milla y comenzó a descender en otra dirección.

Los perros de Cherry Valley empezaron a ladrar.

El señor Mitchell se despertó cuando todavía brillaban las estrellas.

Rompió un huevo en una taza con ron, añadió café, mantequilla y azúcar de arce. Mientras bebía, echó una mirada a su mujer y a los niños, aún en brazos del sueño.

Caía aguanieve, y tenía que recoger el último corte de leña antes de que quedara sepultado bajo una capa helada.

Salió, desató el ronzal del mulo y se dirigió hacia la colina.

Al salir del bosque, Joseph vio las granjas. Los ruidos del amanecer se escuchaban a distancia. Golpes de hacha en una leñera, voces, el mugido de las vacas esperando a ser ordeñadas. La casa del juez Wells era muy grande, una finca en el lado opuesto de la aldea.

Empezaron a correr, pero los terrones de los campos arados dificultaban el paso. Los senecas habían atravesado los arbustos y salían a cielo abierto como lobos. Una manada de trescientos guerreros.

Corrieron más rápido, se cayeron, se levantaron con las rodillas heridas.

La señora Wells había sido huésped en Johnson Hall y le había regalado a Molly un chai de lana mohair.

Vieron que la manada llegaba a la primera granja. Un grupo se detuvo, los otros prosiguieron. Joseph señaló a Kanatawakhon la casa contigua. En tanto los Rangers también entraban en la aldea a paso de carga.

El señor Wells había comprado un caballo al viejo Butler y bebido el licor que preparaba su esposa. A Walter también le tenía que importar la salvación del juez.

A lo largo del camino corría un torrente de bestias, hombres y sangre. Los guerreros seneca escalpaban a los fugitivos por las espaldas, sin dejar de correr. Un atasco de cuerpos se formó contra un caballo con las patas al aire. Del río llegaron los gritos de los que buscaron salvarse dentro del agua y ahora se ahogaban en el hielo.

El señor Wells estaba apoyado en la jamba, de rodillas, las manos juntas debajo de la boca. En medio de la cabeza, el hueso blanco del cráneo asomaba como una roca en un pantano negro. Un hombre se arrojó desde la ventana de la primera planta, cayó en el patio y echó a correr colina abajo.

—Es el coronel Alden. No lo dejéis escapar.

La voz prorrumpió desde las escaleras. Joseph no había terminado de volverse cuando dos guerreros senecas salieron de la casa, arrollando el cadáver de Wells para lanzarse a la persecución. El joven Butler llegó hasta la puerta y disparó un par de tiros, pero sin resultado. Gritó a los de arriba que bajaran de inmediato y se prepararan para el asalto del fuerte. Luego vio la expresión de Joseph y señaló al juez tumbado en el suelo.

—Escondía a un coronel rebelde. Ha tenido lo que se merecía.

Joseph lo empujó a un lado y entró en la casa.

En la antesala estaba el cuerpo de un joven. Otros dos en la cocina. Un viejo y una vieja se abrazaban junto a la chimenea. Escalpados.

Fuera, el viento traía olor a carne quemada y el humo de decenas de hogueras. Walter Butler intentaba organizar el ataque del fuerte. Joseph observó que el joven capitán forcejeaba y sudaba ante la indiferencia de los senecas. Había creído que usaba a los guerreros para su propia venganza y ahora no sabía cómo detenerles.

Antes de mediodía, el señor Mitchell se encaminó a casa. Donde raleaban los árboles, advirtió un humo que no podía salir de la chimenea. Se lanzó por la pendiente, en un desmoronarse de piedras y raíces.

El pequeño establo estaba devorado por el fuego. La casa estaba en llamas, pero el incendio aún no había dañado las vigas portantes.

Su mujer y sus hijos estaban debajo de las mantas, como la última vez que les había mirado. A la vista de los cráneos, el vómito le hizo doblarse en dos. Faltaba Eleanor, la hija menor.

Mitchell corrió al patio, llenó dos cubos en la cisterna y comenzó a echar agua sobre las llamas, dentro y fuera, dentro y fuera, mientras llamaba a su hija con toda la voz que le quedaba.

Cuando el golpe del agua chocó contra el aparador, vio que una mano se asomaba entre las astillas y rasguñaba el suelo.

Haciendo palanca con un trozo de viga, liberó a la niña del peso del mueble, la abrazó, la llevó fuera para que pudiera llenar los pulmones. Con los dedos quitó de su cara lágrimas y cenizas, apartó mechones de cabello, le acarició una mejilla, sin poder hablar.

De nuevo la estrechó contra sí, como si nunca antes lo hubiera hecho, y en ese momento los vio. Habían aparecido en la cima de la colina, a un centenar de yardas, llevaban las casacas verdes de la milicia lealista.

El señor Mitchell agradeció al cielo que no fueran salvajes y se dijo que lo mejor era quedarse allí, no intentar una fuga imposible, levantar las manos y encomendarse a Dios. Susurró a su hija que se quedara tranquila.

Joseph buscó la casa de los Mitchell, una familia modesta que había conocido años antes. Espió por una ventana y vio a una desconocida sentada en el suelo, desgranando mazorcas. Sus dos hijos tenían la misma

edad que Isaac y Christina: ella ayudaba a la madre, él atizaba el fuego bajo la olla.

—¿Qué hacen aquí? ¿Por qué no huyen?

—Nosotros estamos con el Rey —respondió la mujer con voz tranquila.

Joseph abrió mucho los ojos.

—Ni siquiera el Rey podría salvarles, ahora.

—He oído que gritaban el nombre del jefe Brant. Si los indios están con él, no nos harán daño.

—Joseph Brant soy yo, pero no tengo poder sobre estos hombres.

Se apartó de la ventana y observó el valle. Bandadas de cuervos revoloteaban sobre los cadáveres. Vio a Kanatawakhon y le llamó con un grito.

Con un puñado de tierra oscura mojada con saliva dibujó en las mejillas de la familia dos signos verticales atravesados por una cruz inclinada. La marca de los prisioneros de Thayendanega.

—Quizá así estarán a salvo —dijo a la mujer mientras ponía a ella y a los niños en manos de Kanatawakhon, para que les llevara hasta el río.

Se alejó y siguió buscando, hasta que reconoció una barraca. Los humos negros que se retorcían por encima del tejado le indicaron que había llegado tarde.

Entró. La mujer parecía dormida. Los dos hijos estaban tendidos con ella.

El primero de los tres apuntó el fusil contra el señor Mitchell y le intimó a quedarse quieto.

El segundo levantó en alto un hacha y la descargó sobre la cabeza de la niña. La boca no emitió ni un grito.

El tercero dijo:

—Contesta, gusano. ¿Es peor seguir viviendo así o morir como un perro?

El señor Mitchell no dijo nada.

El primero de los tres le abrió la garganta con un cuchillo de caza.

Los Rangers entraron en la casa, para ver si los salvajes habían dejado algo.

Mientras se alejaba de la casa, Joseph tropezó con una estatua de carne.

El cadáver de la niña estaba entre los brazos de su padre, como un diamante engarzado en su montura.

37

El baúl aún estaba lleno, todo estaba en orden.

Joseph bajó la tapa. Pensó en Peggie, su primera esposa, enterrada con sus cosas en una tierra que ya no era de los mohawks.

Pensó en Peter. Se preguntó qué cosas hubiera escogido para él, si no lo hubieran tirado quién sabe dónde, junto con otros mil.

Su viejo violín había quedado en Canajoharie. Los libros en Johnson Hall o tal vez quemados. La espada de Ethan Allen, quizá eso se lo había llevado a la tumba. No regresaría a Londres para ofrecerla de nuevo al Rey.

Pensó en sí mismo, en el ajuar funerario que algún día le prepararían sus hijos, en lo que hubiera deseado.

Una copia del Evangelio que había traducido. Las pistolas regaladas por lord Warwick. El bastón de paseo con el símbolo del clan del Lobo.

Pensó en Susanna. Había llenado el baúl para trasladarse a la nueva casa y no había vivido lo suficiente para vaciarlo. Tal vez había comprendido que le podía servir para el último viaje. La pulmonía había golpeado primero a los habitantes de las barracas, los hambrientos, aquellos aún sin refugio, que para protegerse del viento dormían dentro de hoyos cavados en la nieve. Luego la enfermedad había trepado las murallas del fuerte y Susanna había muerto de fiebre, tres días antes de que él regresara. El ataque a Cherry Valley le había impedido abrazarla por última vez.

Miró las vigas del techo, las paredes revocadas con arcilla, el pavimento de madera aún lustroso.

Antes del verano, Molly había convencido al coronel Bolton para que construyera dos granjas. Una la habitaba ella, con Esther Johnson, la servidumbre y el consabido ejército de huéspedes y peregrinos. La otra tenía que proteger a Susanna y a los niños de los rigores del invierno.

Ahora nadie plantaría árboles de frutos, cuando llegara la primavera. Nadie recogería el lino ni prepararía la tierra para acoger a las Tres Hermanas.

Más allá de los cristales de la ventana, las aguas del lago se mostraban plomizas y una capa de hielo ocupaba las orillas. Calles y senderos eran finas grietas en medio del blanco de los campos. Pocas semanas más y Fuerte Niágara se transformaría en un barco inmóvil en un mar de hielo.

En la primavera, la nueva casa permanecería vacía.

Joseph debía regresar a combatir. Isaac y Christina no podían quedarse allí. Irían a casa de Margaret, en el lago Cayuga.

Al regreso no estaría Susanna, para llevar a Christina a los brazos de su padre. No estaría su voz, para contar las últimas hazañas de Isaac e impedirle que se quedara callado.

Joseph se levantó y cogió el baúl. La puerta de la casa se abrió sin ruido y en el hueco apareció su hijo, sucio y tembloroso.

Tenía los ojos hinchados, la cara y los zapatos llenos de fango, la chaqueta reducida a un trapo.

Se quedó inmóvil, apoyado en la jamba con un hombro.

Joseph rodeó la mesa, lo agarró de un brazo y le arrastró hacia dentro.

—¿Qué demonios te ha sucedido?

La cara del muchacho se iluminó de orgullo.

—He golpeado a un seneca, porque me ha ofendido.

—Como estás ahora, te ofendes tú mismo. ¿Qué te ha dicho?

—Me ha llamado «sucio oneida».

Joseph miró a su hijo a los ojos, las lágrimas asomaban entre las pestañas. Lo asió del hombro y hubiera querido hablarle con calma, pero el olor a alcohol desató la ira. Abrió su mano y le dio una bofetada.

—No te acerques al ron, ¿me has oído? Y ahora ve a asearte, no quiero llegar tarde.

Las lágrimas empezaron a caer.

Joseph se quedó callado, inmóvil, mientras el muchacho sollozaba. Quería dejar que se desahogara.

Isaac se limpió los ojos y cuando los volvió a abrir ya no había lágrimas, sino odio. Enseñó los dientes, como una bestia asustada, luego encontró la fuerza para reñir otra vez.

—Susanna ha muerto hace tres días. Si no querías llegar tarde, debías haberlo pensado antes.

Volvió las espaldas y estaba a punto de retirase, pero Joseph lo agarró de un brazo, le echó al suelo y antes de que consiguiera meterse bajo la mesa, le puso una rodilla sobre el pecho y comenzó a golpearle con rabia.

Isaac se cubrió detrás de un muro de piernas y brazos. Joseph se levantó de golpe y le dio un puntapié.

Alguien llamó a la puerta y una voz atemorizada preguntó si todo estaba bien.

Joseph cogió de nuevo el baúl, intentó decir algo pero no le vino a la mente nada y entonces salió.

Fuera, un grupo de caras gastadas esperaba entrar en escena para la limosna diaria. Muchos habían preparado palabras de consuelo y recitaban un repertorio de llantos y desesperación. Desde los tiempos de Londres Joseph ya no recibía una paga, pero ahora poco bastaba para estar entre los hombres más ricos de la nación. Una casa sólida, el pan de cada día y el favor de los ingleses.

Atravesó la muchedumbre, mientras con gestos bruscos rechazaba los asaltos. Un viejo le recordó con fastidio que un gran hombre suele donar todo, hasta la última migaja. Joseph replicó que quizá era por eso que grandes hombres se encontraban cada vez menos.

Pensó que ya no le importaba ser un gran hombre, un indio rico o un guerrero invencible.

Solo importaba tomar la decisión apropiada, para Isaac y para Christina. Para que un día, a su tumba, no tuvieran que llevar un baúl de rencor.

—Tiempo atrás, tú eras una mujer en la flor de la vida. Ahora esos pétalos están secos y su perfume está en el viento que sopla. Ahora debemos dejarte ir, porque ya no se nos concede andar juntos sobre el mismo suelo. Por eso dejamos aquí tu cuerpo, para que tú puedas avanzar con calma hacia el Dueño de la Vida. No permitas que las cosas terrenales te distraigan. Ocuparte de tu familia era tu tarea sagrada y has sido fiel a ella. Las fiestas y los bailes te han dado placeres, pero ahora no permitas que estas cosas te confundan la mente y prosigue adelante por tu camino.

El manto negro envolvía a Tekarihoga como una enorme concha. El viejo *sachem* era un molusco blanco y gris que asomaba en las valvas entreabiertas. A su lado, Philip llevaba un traje de piel y una cinta de

terciopelo negro en el brazo derecho. La multitud formaba tres cercos en un amplio círculo. Estaba todo Canajoharie, los familiares oneidas de Susanna, Henry Hough y muchas familias de Oquaga, los Butler y algunos ingleses. Los negros que habían cavado la fosa observaban la escena un poco apartados. El orador volvió a hablar.

—También vosotros, parientes y amigos de esta mujer, debéis perseverar en vuestro camino. Por eso, con un collar de conchas queremos despejar el cielo de las nubes negras, para que el sol pueda continuar guiándoos. Con otro collar limpiaremos el suelo, para que podáis seguir el camino sin incertidumbre. Con el tercero, limpiaremos el corazón y las entrañas, para que el dolor no os distraiga.

Philip ofreció los collares de wampum al hombre más noble de la nación. Joseph comprendió que no eran solo gestos formales.

Sin necesidad de hablar, Ronaterihonte estaba diciendo algo. El dolor les acercaba.

Tekarihoga agitó en el suelo uno de los collares, hizo girar el segundo sobre su cabeza, con el tercero tocó el vientre de Joseph. Luego los recogió entre sus manos y se los colgó en el cuello.

Joseph levantó la cabeza y miró de nuevo a Philip.

También él se había puesto tres collares. Pendían en su pecho un poco más abajo de la cruz.

38

El abuelo William canturrea una canción entre dientes. Sentada en sus rodillas, Esther no entiende todas las palabras. Son palabras antiguas, un canto de niños o una fórmula mágica.

Se encuentran fuera, en el gran claro delante de Johnson Hall, y se respira aire de paz. Es un día luminoso, tal vez verano. El abuelo William señala el cielo, el azul sobre ellos.

—Cielo se dice *speir*— dice a la niña.

Luego toca el brazo de la silla.

—Madera se dice *adhamad*.

Espera que ella repita y sonríe. La niña le roza los labios con sus pequeños dedos.

La lista continúa, pero Esther ya ha regresado al presente. Tiene quince años, está en la casa de Molly Brant, el recuerdo ha surgido de improviso. O tal vez no, tal vez ha sido seguir los pasos de Molly lo que la ha ayudado a sacarlo a la luz, después de que durante mucho tiempo hubiera quedado sepultado.

Molly le ha hablado muchas veces del sueño. El mensaje del abuelo William a los vivos. La frase en el idioma de su tierra, palabras llevadas por el viento.

¿ Quién está en el ataúd?

Ahora las palabras resuenan claras.

Esther corrió fuera de la casa. El campamento estaba inmerso en la luz de las primeras horas de la tarde, hacía calor, el zumbido de los insectos mecía el sueño de niños y ancianos. Las mujeres lavaban las ropas o

tostaban el maíz.

Molly hablaba con dos matronas, en el centro de un corrillo de personas.

Philip dejó el hacha y miró la pila de leña cortada. Por mucha que se acopiara en los almacenes, tenía la impresión de que nunca sería suficiente. Limpió el sudor que le cubría el pecho y la cara y solo entonces advirtió a la muchacha.

—Te he traído algo de comida.

Esther apoyó el paquete sobre el tocón y lo abrió, revelando un par de mazorcas y una batata.

—Gracias.

El se puso la camisa y se sentaron en un tronco a comer el maíz.

Gozaron de aquella calma sin necesidad de decir nada. No había niebla. Bajo los bastiones del fuerte, donde el Niágara se echaba en el gran mar interno, el agua lograba reflejar el cielo límpido.

—He oído que la guerra durará como mucho otro año. ¿Tú qué crees?

Philip se encogió de hombros.

—Para esta gente no hay mucha diferencia. Su mirada no va más allá del invierno.

Los ojos de Esther se entristecieron.

Philip la miró. Acabaron de comer en silencio.

—¿Qué harás después? —preguntó la muchacha.

—¿Habrá un después? —dijo Philip sin esperarse una respuesta.

—Claro. El invierno pasa, vuelve la primavera. Todo comienza de nuevo.

Esther rema con los ojos cerrados. En la muñeca lleva un brazalete de adopción. El ataúd está en la canoa. Juntos remontamos la corriente.

La muchacha blanca indica el camino. ¿No es así, William? Tu nieta ha venido a mí diciendo que recordaba. Ha descifrado tus palabras, esas que yo no conseguía escuchar.

«En el ataúd está el cielo del valle del Mohawk y la caja está hecha con la madera de la Casa Larga.»

Entonces, ¿esto es lo que nos espera?

Ven a verme, William, para apartar la rabia y el miedo que tengo en el corazón. Es muy grande la prueba que tenemos que sostener. Sonríeme en

sueños, porque hemos sido felices. Cuando nos reencontremos, recordaremos cada cosa. Nuestros días, los respiros, nuestros abrazos. También estará Peter. Encontrará el camino para llegar hasta ti, antes de que yo vaya con vosotros.

Este es el tiempo, William. Ahora que nuestro mundo se consume en el fuego. Ahora que el ciclo se cumple. El roble se convierte en cenizas, las cenizas alimentan nuevas raíces.

Aún debo hacer esto. Subir a la canoa. Encontrar el Jardín.

1779

39

ÓRDENES de GEORGE WASHINGTON al general JOHN SULLIVAN

31 de mayo de 1779

La expedición cuyo mando le ha sido confiado debe ser dirigida contra las tribus hostiles de las SEIS NACIONES, incluyendo a sus aliados y partidarios. El objetivo inmediato es la DESTRUCCIÓN total de sus asentamientos y la captura del mayor número de prisioneros de ambos sexos y cualquier edad. Es imprescindible que los campos sean devastados para impedir las cosechas de este año y las futuras.
Aconsejo y recomiendo que se instalen en el centro del territorio indio con una cantidad suficiente de vituallas y municiones, y desde allí hacer partir las expediciones contra las aldeas de los alrededores, dando instrucciones para que lo hagan de la forma más directa y efectiva, de modo que el poblado no sea simplemente saqueado, sino DESTRUIDO.
Usted no prestará oído a ninguna propuesta de pacificación hasta la devastación total de todos los asentamientos. Nuestra seguridad futura depende de su incapacidad para perjudicarnos y del terror que la severidad del castigo que reciban logre infundir en sus mentes.

Pájaros, pájaros de presa. Hasta los rasgos y la forma de andar de los indios les hacían parecerse a las aves, cruce entre gallos y cuervos, entre pavos y águilas. El modo de hablar, además, era similar a un gorjeo, un graznido, más incomprensible que el español o el chino. Ahora los nidos ardían uno tras otro: remontando el Susquehanna a lo largo del territorio de

los iraqueses, ni una sola cabaña, ni un solo recinto fortificado de salvajes había quedado en pie. Goigouen, Chonodote, Kanadasega… ¿qué sentido tenía darle aún un nombre a la desolación, a la ruina, al desierto? Tierra Virgen, así deberían llamarla en el futuro. Tierra Redimida, entregada a quienes le sacarían pleno fruto.

John Sullivan seguía las órdenes con el máximo escrúpulo. Era un nuevo tipo de guerra, dictado por las contingencias, consentido por la reducción de la presión británica sobre la colonia de Nueva York. Dejar tierra quemada, aniquilar la simiente de las naciones rebeldes. La tarea era decisiva, aunque ya la potencia de los iroqueses era un recuerdo lejano: mohawks, onondagas, cayugas y senecas expiaban con lagos de lágrimas y ríos de sangre la miopía y la arrogancia de sus jefecillos.

Tiempo atrás, los hombres de letras de las ciudades de la costa habían llamado a esos salvajes «nobles primitivos» y «atenienses de América». La distancia geográfica falsea la perspectiva: vistos de cerca, los salvajes eran siniestros, sucios, insidiosos. Dispuestos a postrarse a tus pies para que casas, campos y posesiones fueran perdonados, dispuestos a dispararte por la espalda a la primera ocasión. Esos ejemplos de nobleza primigenia eran animales vengativos: mejor ir hasta el fondo, eliminarlos de una vez por todas, para proteger los días futuros y la propia descendencia. Lo que estaba sucediendo era parecido a las historias de la Biblia: pueblos enteros borrados, generaciones extinguidas de la faz de la tierra, ciudades donde no quedaba en pie ni una piedra. Todo con la bendición del Dios de los Ejércitos, protector de George Washington, el Destructor de Ciudades.

Sullivan miró con el catalejo la aldea que ardía media milla valle abajo y se sintió rozado por el ala terrible de la historia. Filas de infantes y convoyes de artillería subían por el sendero. Tambores redoblaban, pífanos sonaban. Columnas de humo se elevaban en el horizonte. En el aire resonaban los últimos disparos. Gritos lejanos. Había que ser cuidadoso: esto preocupaba a Sullivan. Los nidos ardían, pero los salvajes aún tenían ganas de combatir, se retiraban a los bosques, vivían de raíces y cortezas, demacrados, descarnados como esqueletos, guardaban el último aliento que tenían en el cuerpo para clavarte un cuchillo en las costillas. Que se escapen. No encontrarían ni siquiera un grano de mijo para calmar el hambre.

Algunas aldeas estaban hechas con casas similares a las de la gente civilizada, otras solo eran amasijos de barracas. Todas tenían empalizadas

alrededor, algunas parecían verdaderos fortines, con una gran Union Jack ondeando, última e inútil provocación. Pero no se trataba de asediarlas: te apostabas, preparabas cañones y morteros, esperabas la orden, y se empezaba a hacer caer sobre el enemigo el castigo que merecían.

El artillero André Brillemann bebió un trago y pasó la cantimplora.

El sendero que subía desde la aldea era una larga serie de rostros enjutos, cuerpos penosos y exangües. Los prisioneros —viejos, mujeres y niños— marchaban en silencio. Las mujeres se cubrían el rostro con el borde de las mantas que llevaban como abrigo, niños en las espaldas o pegados al pecho. Los viejos clavaban los ojos en el suelo, en el polvo y en el barro endurecido.

El artillero odiaba esa parte de su deber. Asistir al desfile de los vencidos, de ESOS vencidos, no le exaltaba. El dolor es una especie de aura, de burbuja maligna, estar demasiado cerca del sufrimiento hace que se pudran los humores del cuerpo, hace envejecer pronto. Las semanas de campaña parecían meses, años. Cuando se trataba de preparar la pieza, calcular la elevación, cargar y encender la mecha en el fogón, André se sentía bien, eran gestos ordenados, meticulosos, una especie de arte. Los artilleros eran una orquesta bien avenida: un trabajo limpio.

Agradeció el destino que le había hecho un artillero. Saquear aldeas y ensañarse con gente inerme no era para él. Y allí estaban los infantes, en cambio. Empujaban a los más lentos con la culata del fusil, gritaban, maldecían, se reían.

Una vieja india tropezó y cayó al suelo. Sin pensar, Brillemann la ayudó a levantarse.

—¿Por qué no le da también su casaca, buen samaritano?

El artillero se estremeció. La voz pertenecía a un ex miliciano del valle del Mohawk que hacía la campaña siguiendo al ejército, junto con una banda de patanes: un indio delaware, un ex mercader de Albany, dos cazadores de pieles. El rostro del hombre era burlón, hostil. A Brillemann le volvió a la mente su nombre.

—¿Qué quiere decir, señor Klug?

Por detrás de Klug se abrió paso otro de los patanes.

—No soporto a quien derrocha compasión por gente de este tipo. —Señaló el desfile a sus espaldas, con un gesto rápido de la mano—. Nadie puede decir que es un patriota americano y sentir piedad por esos animales.

El rostro del guía reflejaba odio. Detrás de él, la cuadrilla de irregulares,

caras angulosas, ojos que parecían rendijas.

—Dejen en paz a este soldado.

La voz baja y decidida del sargento Harinck hubiese disuadido a cualquiera. Pero antes de que pudiera interponerse entre el artillero y su acosador, este último se lanzó como una fiera sobre el adversario. Brillemann cayó al suelo, de espaldas. El adversario lo sujetaba apretándole con la mano izquierda la garganta, llenándole de golpes con la derecha.

El artillero reaccionó con la fuerza de la desesperación. Los cuerpos comenzaron a rodar en el polvo, acompañados por gritos, patadas, maldiciones, mientras en derredor artilleros e irregulares llegaban a las manos.

El general Sullivan había sido tentado por el castigo ejemplar. Al menos él, sin embargo, se atendría al código de guerra. Los hombres que le habían pasado por delante tenían las caras amoratadas, los uniformes destrozados. Nadie había confesado la causa de la refriega. Los irregulares que parecían haberla provocado habían desaparecido. Tendría que castigar a los ofendidos, el código de guerra hablaba claro.

Sullivan pensó en la sangre que saldría bajo los golpes de látigo. Poco importaba, esa tierra ya estaba empapada. Firmó la condena. Los hombres salieron de la tienda de campaña, grilletes en las manos, empujados por culatazos de fusiles.

Era la última tarea de la jornada. Llamó al asistente, ordenó que no dejara pasar a nadie. Se sirvió un vaso de jerez.

A la luz de la lámpara, en la mesita que servía como escritorio, Sullivan abrió el libro que le había acompañado durante toda la carrera. De bello gallico. Era adecuado al contexto, retomar la lectura le había brindado momentos de exaltación, le había inducido a reflexionar, le había proporcionado modelos y ejemplos innumerables. Se acercaban a Fuerte Niágara, la Alesia de los lealistas. La gloria del mundo es transitoria. Tiempo atrás, la caída de las Seis Naciones hubiera sido impensable. Ahora, la agonía de esa antigua potencia se cruzaba con el surgimiento de una nueva nación.

Al principio de la guerra, el terror había golpeado a las ciudades de la costa. Se pensaba que hordas de indios podían llegar desde los bosques y pasar a sangre y fuego todas las cosas. Burgoyne, el vencido de Saratoga,

había aprovechado estas fantasías y puso en circulación un soneto donde hablaba de los indios como los «diez mil perros del Infierno», dispuestos a vengar el honor de Inglaterra. Estúpido. Un tirano protegido por una manada de salvajes, fíjate el papel que le había hecho hacer a su propio rey.

No había lugar para el pasado en América.

40

Batir de alas y viento entre las plumas. La vista precede el descenso hacia la columna de humo que pronto oscurecerá el sol. El pájaro vuela sobre el claro en llamas. Entre los campos surgen esqueletos que fueron cabañas, casas, almacenes. Una ciudad.

Batir de alas. Otra vuelta sobre las ruinas. Cadáveres hinchados por el calor del fuego o retorcidos como madera seca. Sobre un cúmulo de cuerpos, único superviviente, un perro ladra enloquecido a la serpiente que remonta la colina. El pájaro carpintero vuela en esa dirección para ver mejor. La enorme criatura avanza por el sendero del noroeste, en busca de nueva presa. Una escolopendra de cola puntiaguda y brillante, el lomo lleno de aguijones. El pájaro carpintero distingue hombres, bestias, ruedas, metal. Se posa en una rama para verlos pasar por debajo de sí. El olor que desprenden mete miedo, los ojos, tantos como las estrellas, reflejan aún los resplandores del incendio, enrojecidos por las cenizas. A la cabeza hay un hombre en un caballo negro como la noche. Viste un uniforme azul y su nombre es Destrucción. En la alforja de la silla tiene guardado un libro. En la mirada retiene el futuro. En el costado lleva una espada de oro para la cabeza de su enemigo.

Batir de alas. El pájaro carpintero se echa a volar asustado, se dirige al oeste. Supera al ejército, vuela sobre el bosque y la colina. El aire de nuevo es fresco y limpio. Mira hacia abajo, observa la espesura de los árboles a lo largo del torrente. Una cuadrilla de hombres remonta la cima, se desplazan rápido para buscar una posición mejor.

El pájaro carpintero desciende. Delante corre un indio, uniforme rojo sangre abierto enseñando los signos de guerra. Cruzadas sobre el pecho lleva dos grandes pistolas, Odio y Venganza. Es un guerrero y un jefe. Mil

lo siguen, una manada de lobos, colmillos fuera rechinando de rabia para reconvenir a la suerte. Pasan entre los árboles con rumores de flechas lanzadas, desaparecen y reaparecen, espectros del bosque aferrados a un destello de fortuna. Son indios. Son blancos. Combaten juntos hace mucho tiempo para conseguir distinguirles.

Otro golpe de alas. El pájaro carpintero se inclina de lado, realiza un amplio giro y vuelve sobre ellos, solo para verles disponerse entre las rocas, fusiles apuntados y corazones en la boca, a la espera del horizonte que avanza.

Batir de alas. El vuelo gana altura, asciende para sobrevolar lo que queda del territorio seneca. El monstruo devora un trozo a la vez. El incendio quema los cimientos de la Casa Larga y trepa por los muros.

El pájaro vuela aún más al noroeste, muy veloz, hasta entrever la costa del gran lago y los toscos bastiones del fuerte que caen a pico hacia el agua. Pasa sobre el campo de tiendas y barracas que rodea Fuerte Niágara en un abrazo desesperado. Ve que los centinelas ingleses echan los restos del rancho desde la empalizada, para la multitud que se agolpa allí debajo. Niños con vientres hinchados por el hambre se meten entre las piernas de los adultos para buscar los mejores bocados.

El descenso llega hasta un pequeño barco que acaba de zarpar. Un esfuerzo para reducir la velocidad y posarse en la regala.

El pájaro carpintero mira a la mujer envuelta en un chal de lana cruda, firme en el castillo de proa. El sol ilumina los rasgos marcados del rostro. Los marineros no se acercan ni le dirigen la palabra. Ella se vuelve y extiende la mano para acariciar el plumaje del animal, que luego de un instante se echa de nuevo a volar.

Las visiones dejaron a Molly. Miró otra vez la extensión llana que la separaba del futuro, los pensamientos afilados por el aire frío de la mañana.

Acompáñame al Jardín, amor mío, en el centro del Agua.

Estás cerca, lo siento, en este lago que también refleja nuestro cielo, el cielo del valle que no volveremos a ver. Lo llevo conmigo, en la estela de esperanza que sostiene el destino de nuestra gente. Falta tan poco. La vida ya está acabando, debe comenzar otra, si esto es lo que el Padre Celeste depara para nosotros.

Haz que el viento sople fuerte e hinche las velas. Necesitamos la

rapidez del vuelo. Hasta Montreal y Quebec. Tendrán que ayudarnos o recibir mi maldición.

Peter ha muerto por combatir a los enemigos de su Rey. Mi familia ha dejado a sus espaldas tierras, propiedades, granjas. Mi pueblo ha abandonado el vientre de la nación.

Tendrán que concedernos lo que nos corresponde, no su caridad, o perderán la última pizca de honor ante las generaciones que vendrán.

Nos corresponde una casa, para acoger a los hijos que aún nos quedan. Nos corresponde una tierra, para plantar las semillas que hemos salvado de la destrucción. Para hacer crecer la hierba sobre nosotros, cuando llegue el tiempo.

Nos corresponde un nuevo cielo, despejado de humo de cañones, para interrogar el futuro con la serenidad del pasado.

41

Llegaron al fuerte a mitad del día. A la cabeza marchaba Joseph Brant, seguido por una pequeña cuadrilla de Voluntarios y Rangers. Kanatawakhon, Oronhyateka y Kanenonte cerraban la fila, perros guardianes de un rebaño.

Los hermanos Hough y Daniel Secord se habían quedado atrás con el grueso de la tropa, junto a los Rangers de John Butler. Muchos habían regresado a las granjas y a sus familias, demasiado cansados para continuar la guerra. Algunos se presentarían en primavera, listos para recomenzar. Los guerreros senecas que aún estaban dispuestos a combatir eran pocos, la mayor parte, extenuada, quería tratar una paz separada con los rebeldes.

El coronel Bolton había formado a la guarnición para la presentación de armas.

Mientras atravesaba el campo y cruzaba el portón del fuerte, Joseph observó solo miseria. El miedo había abandonado esos lugares, para dar paso a la resignación. Desplazados y prisioneros se mezclaban en la gran extensión de tiendas y barracas, aplastados por el mismo destino. Estación tras estación, las oleadas de seres humanos se habían superpuesto una a la otra, estratificadas alrededor de los bastiones, excrecencias de musgo sobre el tronco de un árbol.

Un nuevo otoño se acercaba rápido. Las hojas se deslizaban hacia el lago, formaban islas móviles de color amarillo y anaranjado. Joseph pensó que podía ser el último para todos ellos.

Bolton le invitó a las dependencias de los oficiales. Joseph le siguió, demasiado cansado hasta para responder.

—Capitán Brant —dijo Bolton cuando estuvieron sentados—. Imagino que no es portador de buenas noticias.

Joseph levantó la barbilla para vencer el sueño que le acosaba hacía días. La marcha hacia Fuerte Niágara había sido sin pausa.

—Sullivan se dirige a Geneseo. En Newtown les hemos tendido una emboscada, pero ha olido algo raro y nos ha respondido a cañonazos. No hemos podido hacer más que quedarnos mirando mientras destruía las aldeas senecas una tras otra y quemaba los campos. Tiene cuatro mil hombres consigo y artillería pesada. Estamos organizando la última defensa. He venido a reclutar a todos los hombres válidos.

—No me andaré con giros de palabras, capitán Brant. La situación es desesperada. La mitad de la gente no superará el invierno. Inútil es decir que cuando lleguen los continentales podré evacuar solo a mis hombres.

—¿Dónde está mi hermana?

Bolton suspiró.

—Ha partido hacia Canadá. Quiere hablar con el gobernador. Se necesitan barcos y un lugar donde llevar a su gente.

Joseph pensó en la masa de desesperados de allí fuera. Pensó en Molly, más allá del gran lago. Pensó en sus hijos, refugiados con Margaret en Cayuga. Aún había algo que podía hacer.

Pendían de sus labios mientras les enseñaba cómo afinar la puntería. El blanco era un tocón a cuarenta pasos. Uno a la vez, los muchachos intentaban su disparo y recibían los consejos de Philip.

—Nunca hay que quedarse quieto después de hacer fuego, sino correr siempre detrás de la presa.

Uno de los más grandes objetó que, si fallaba el tiro, la presa escaparía y de seguro no se dejaría alcanzar.

Philip asintió.

—¿Y si la hubieras herido? Correrá hasta que le fallen las fuerzas. Entonces, tú debes estar allí a su lado, para recoger su vida. Agradecerás a su alma, por haberte concedido la carne y la piel. Agradecerás a Dios y a tus piernas fuertes.

Advirtió una figura en el margen de la playa y dejó de hablar.

—¿Cuándo nos llevarás a cazar un ciervo?

Philip ignoró la pregunta. La figura familiar se acercaba. A su espalda reconoció a Kanatawakhon, inmóvil como una estatua, el fusil en el hueco del codo.

Los jóvenes hombres miraron al recién llegado con ojos muy abiertos y atentos.

Joseph habló.

—No iréis a cazar ciervos este año. Os espera una tarea más importante. —El tono era firme—. Un ejército amenaza el fuerte y vuestras familias. Debéis combatir por ellos.

Cayó el silencio.

—¿Quién nos llevará a la batalla? —preguntó alguien.

Todos se volvieron hacia Philip, a la espera de una respuesta, pero el cazador permaneció impasible.

—Yo, Joseph Brant.

El nombre les impresionó, lo conocían bien. Estiraron el cuello, se cruzaron murmullos.

—Partiremos mañana al alba. Procuraos un fusil. Pero cualquier otra arma puede servir.

Con un gesto despidió a los muchachos, que echaron a correr alborotados.

Philip se levantó y se acercó al agua, dejando que las olas mojaran los mocasines. Joseph fue tras él. Sus huellas se entrecruzaron en la arena, hasta encontrarse codo con codo, frente a la gran superficie fluida.

Philip notó que Joseph había envejecido. La cara marcada, el cuerpo robusto y macizo.

—¿Has venido a reclutar a los chiquillos?

—También a los viejos —respondió Joseph—. Nos enfrentaremos a Sullivan. He venido para despedirme. Tal vez no nos volvamos a ver.

El sol comenzaba a tender una estela de luz en el agua. Philip pensó que ante aquella paz era extraño pensar que el mundo acababa. Largos cabellos rubios le atravesaron la mente como una flama. Algo remoto afloraba en ese último trozo de tierra, en aquella lenta espera del final. Molly había ido más allá de la extensión de aguas, en busca de futuro. Quién sabe si regresaría a tiempo.

—¿Recuerdas años atrás, cuando escapamos de la emboscada en el río? —preguntó Joseph—. Uno de nosotros hubiera podido morir entonces. En cambio fuimos nosotros, y no los guerreros más expertos, que matamos a los enemigos y salimos vivos.

Philip miró las olas que se extendían sobre la arena y borraban las huellas.

—Después de todo, recorremos el mismo camino desde el inicio, Joseph Brant.

—Aún queda un tramo por hacer —añadió Joseph. Philip tornó a mirar el lago.

42

Al alba, la cuadrilla estaba lista. Se llenaban las alforjas con víveres y municiones. Muchachos con fusiles más altos que ellos abrazaban a sus madres. Hombres encorvados por el peso del tiempo hacían alarde de viejos tomahawks y se despedían de sus esposas ancianas.

Tekarihoga asistía a la escena apartado, murmurando una oración. Envuelto en una manta colorida y con el penacho de plumas en la cabeza, recordaba a un gallo flaco. Los inviernos de Niágara le habían hecho perder peso y varios dientes.

Un crío de pocos años se acurrucó junto a la caja que servía de asiento y echó una mirada a los preparativos desde detrás de la manta. El viejo le miró con el rabillo del ojo. Tenía una mirada intensa, adulta. La miseria y el hambre hacen crecer deprisa. La guerra vuelve decrépitos.

—No dejes que te vean o te darán un fusil a ti también —dijo.

El niño se escondió temeroso.

—Dueño de la Vida, escúchame —murmuró Tekarihoga, mientras Joseph salía de las dependencias envuelto en un manto de fuerza—. Guía el brazo de Thayendanega y manten siempre firme su corazón.

Llevaba la casaca roja con pantalones de ciervo. Había renovado la rasadura, la cresta destacaba en su cráneo.

—Haz que guíe a estos hombres a la batalla como un gran jefe —continuó Tekarihoga—. Y si debiera ser su día, concédele una muerte honorable.

Joseph llegó hasta el centro de la explanada, donde Kanatawakhon le esperaba para darle las armas. Cruzó sobre el pecho las fundas de las pistolas y empuñó el fusil. En ese momento, vio al viejo *sachem* y se acercó.

—Bendíceme, noble Tekarihoga.

El anciano guerrero le rozó la frente con la mano.

—Dentro de cada hombre se encuentra lo justo. Deja que sea tu estrella a lo largo del camino. —Levantó la palma y la mantuvo abierta—. Salud, noble Thayendanega.

Joseph dio gracias al viejo *sachem* con un gesto de la cabeza.

Se volvió hacia la muchedumbre de ojos asustados y cansados.

No habían sido los sueños de la noche los que la pusieron en alerta. Se había despertado antes del alba, en la casa de Molly, y había entendido por qué, la tarde anterior, había encontrado una corona de espigas delante de la puerta. Había sido estúpida. Se había dejado entusiasmar como una niña. Ese símbolo nupcial no era un regalo, sino un mensaje. La alegría le había ofuscado la mente. Ahora todo estaba claro, aunque hubiese dado cualquier cosa por equivocarse.

Se detuvo en la puerta de la cabaña.

Philip estaba cruzándose el saco en bandolera, el fusil a su lado, las armas blancas en la cintura.

Esther sintió que la carcomía la rabia.

—¿Por qué? —preguntó.

Philip se acercó y le rozó la mano.

—Son más jóvenes que Peter. No les dejaré solos.

Esther sacudió la cabeza sin poder hablar, sintió que las lágrimas encontraban una salida, después de que durante mucho tiempo hubieran quedado sepultadas en el fondo del alma.

Le apretó la mano. Ella lo abrazó, la boca muy cerca de su mejilla.

—Llévame fuera de esta destrucción.

Philip le acarició los cabellos y la cara.

—Ten preparada una barca. Yo regresaré.

Esther se estrechó contra él, respirando su respiro.

—Tenemos que vivir, Philip. Tenemos que vivir por quienes ya no pueden hacerlo.

El llanto ahogó su voz. Él le secó las lágrimas con una caricia.

Esther sintió que le faltaba el aliento. Se dio cuenta de que no conseguía pensar en el momento sucesivo, en la hora que vendría, en el día después. Se sintió al borde de un abismo, petrificada, e imploró al cielo que

sucediera de verdad, que les convirtiera en estatuas, que nada pudiera deshacer aquel abrazo.

Philip la estrechó más fuerte.

—Regresaré a buscarte y nos iremos de aquí.

—Júralo —dijo ella.

—Te lo juro, Esther Johnson.

Deshizo el abrazo y le acarició de nuevo el rostro.

—Dilo otra vez —susurró ella conteniendo los sollozos.

—Te lo juro.

Le escuchó coger el fusil.

No levantó los ojos para verle marcharse.

Tekarihoga le vio llegar hasta el grupo. Los jóvenes sonrieron. Alguien levantó el fusil y lanzó un grito de entusiasmo.

Joseph dio la orden y partieron a la carrera.

Pasaron delante del *sachem*, rápidos y ligeros.

—Mira, pequeño —dijo el viejo al niño acurrucado a sus pies—. Míralos bien. Un día, cuando yo ya lleve muerto mucho tiempo, podrás decir que has visto a Thayendanega y Ronaterihonte correr juntos.

43

Cuando sintió la esquirla clavada debajo del ojo, Henry Hough decidió que no acabaría como un topo. El tiempo corría a favor del enemigo. Confiar en la velocidad había sido el único error de un plan simple.

La vanguardia de Sullivan había perdido contacto con el grueso del ejército. Los cañones no habían logrado cruzar un vado y había sido necesario construir un puente. Los de delante, en tanto, habían ganado por lo menos un día de marcha.

La idea era atacarlos en el camino, hacerles prisioneros y luego retomar la posición con los otros para la gran emboscada. Si Joseph Brant hubiera llegado deprisa con refuerzos de Niágara, mucho mejor. Si no, lo harían solos.

John Butler había aprobado la idea. El cercamiento había sido fácil, pero esos veinte bastardos se habían refugiado detrás de un puñado de rocas y, según parecía, eran los tiradores más certeros de América. No había modo de hacerles salir, y antes de que se terminaran las municiones los otros podían estar allí. Cuatro mil hombres y una batería de cañones. Acabar como un topo.

Hough llegó hasta los Butler, que espiaban a los enemigos desde detrás de un tronco.

—Pueden tenernos aquí todo lo que quieran —gruñó—. Tenemos que sacarlos.

Walter Butler le fulminó con la mirada, mientras el padre apretaba las mandíbulas, con ansia.

—Nos maldigo —gritó en la cara a Hough—. Si se nos escapan, advertirán a Sullivan y la emboscada fracasará.

Hough miró más allá del humo de los disparos. Podía distinguir los

cabellos rojos de uno de los francotiradores. Calculó una distancia de unos setenta pasos. Tenían que echárseles encima, no había alternativa. Obligarlos a dejar aquellas condenadas rocas, empujarlos hasta el grupo de Secord, como pájaros hacia las redes. La superioridad numérica era aplastante, si partían todos juntos no sacrificarían más de veinte hombres. Esperó no estar dentro de ese número.

Lanzó el grito de ataque y salió a cielo abierto.

Mientras comenzaba a correr con las armas en puño, vio que los demás le acompañaban rápido. Disparó hacia delante, sin siquiera apuntar.

Pocos pasos y el impacto estuvo a punto de echarle al suelo.

Los bastardos no se habían lanzado hacia la red, sino contra los cazadores. Los pájaros no lo hacían nunca.

Vio que su hermano escupía sangre, atravesado por una bayoneta.

Desenvainó el cuchillo de caza y se echó hacia delante, hirió al adversario en la pierna, en el brazo, en el cuello, hasta que se desplomó.

Abrazó a su hermano que se agitaba en el suelo. Lo sujetó por los hombros para sostenerle.

La sangre le tiñó las manos, la casaca, la cara.

—Santo Dios, Johnny.

—Henry. Me muero, Henry…

—Johnny —Intentó levantarle la cabeza, pero cayó inerte—. Johnny.

El cuerpo de su hermano yació exánime entre sus brazos.

El grupo de Secord llegó en último lugar al campamento. Traían hombres malheridos, con una cuerda al cuello.

—Hemos capturado a estos cuatro, otros once quedaron en el campo —dijo Secord—. Si hemos contado bien al principio, se han escapado cinco.

Las últimas palabras hirieron a los guerreros como una cuchillada. Los supervivientes darían la alarma a Sullivan, la emboscada se esfumaba y la capital de los senecas distaba menos de diez millas. Sin poder contar con la sorpresa, no había forma de evitar la destrucción. El ejército rebelde haría su tarea, con el escrúpulo que ya le convertía en leyenda. La puerta occidental de la Casa Larga se vendría abajo, y desde el umbral los cañones de Sullivan apuntarían hacia Fuerte Niágara.

John Butler callaba sombrío. Lanzó una mirada a los prisioneros. Ordenó que llevaran a los dos blancos a su tienda y dejó los oneidas a los

guerreros, para que desahogaran la rabia.

Henry Hough se le plantó delante.

—¿Por qué pueden divertirse solo ellos?

Butler lo miró a los ojos y lo que vio le hizo estremecerse.

—Es lo que se suele hacer con los prisioneros —dijo—. Los indios a los indios.

Secord apareció a espaldas del amigote, y se colocó cerca de la entrada de la tienda donde habían llevado a los rebeldes. Walter Butler se puso junto a su padre, listo para lanzarse.

—Los blancos a los blancos —dijo Hough.

Butler comprendió. Echó miradas a su alrededor, nadie hacía caso de lo que estaba sucediendo. Los guerreros bailaban en círculo. Habían sacado los intestinos del vientre de uno de los oneidas y con ellos lo estaban atando al tronco de un roble.

El sudor le cayó dentro de los ojos. Hough también estaba sudado, levantó apenas el ala del sombrero y se pasó una mano sobre la frente, para luego volver a calárselo.

Butler advirtió que su hijo echaba el peso hacia delante, pero le detuvo con la mano.

—Al infierno —susurró, antes de alejarse arrastrando a Walter por la manga.

En la entrada, esperaron a que los ojos se acostumbraran a la penumbra. Reconocieron a los prisioneros, sentados, las manos atadas tras la espalda. Secord fue a sentarse en un rincón, encontró unos sonajeros de tortuga y comenzó a agitarlos. Hough se colocó al lado del rubio y le miró largo rato.

—Soy el teniente Boyd, del Ejército Continental americano. Me declaro prisionero del capitán Brant.

Hough asintió serio.

—Teniente, ¿usted quiere ser capitán? ¿O tal vez coronel? Sacó el puñal y comenzó a limpiarse las uñas.

El prisionero le miró incrédulo.

—Yo, no —prosiguió Hough—. Nada de grado, nada de firma. De esta guerra me voy cuando quiero, y nadie puede decirme nada.

Se volvió hacia el otro hombre atado, que miraba nervioso la hoja. Henry Hough se echó hacia delante y le abrió por completo la nariz.

La sangre salpicó toda la tienda. Los gritos no llamaron la atención de nadie.

Boyd contrajo los músculos, la cara pálida y aterrorizada.

Secord agitó otra vez los sonajeros, con falsa alegría.

—Yo estoy aquí solo por dos razones —continuó Hough—. La primera era defender mi casa, en Oquaga, pero alguno de ustedes la ha quemado.

Se acercó de nuevo al teniente, lo agarró por el pelo de la nuca y le metió un puñado de tierra en la boca. Luego, con el índice, empezó a vaciarle un ojo, con la misma fría determinación que habría usado para quitar el hueso de un melocotón.

—La segunda es porque le he cogido el gusto —dijo mientras la uña se hundía dentro de la órbita.

El teniente gimió, tragó la tierra, intentó hablar, pero un segundo puñado le volvió a callar.

El otro se armó de valor. La sangre chorreaba por el cuello y el pecho. Dijo que tenían información para dar a cambio de la vida. Recibió un puñetazo en la boca y una invitación a expresarse con franqueza, si los labios partidos se lo permitían.

—Queremos hablar con el capitán Brant —farfulló el teniente antes de que el otro hablara.

Hough los miró, y sin decir palabra salió de la tienda.

Regresó poco después. Secord ya no tocaba los sonajeros, los prisioneros estaban desnudos y uno sollozaba.

El teniente habló con tono agitado al indio que tenía delante.

—Capitán Brant, a cambio de su clemencia, podemos revelar los planes del general Sullivan.

—¿Qué dice? —preguntó el seneca en su lengua dirigiéndose a Secord.

—No importa. Sigue adelante.

El indio preparó las brasas. Hough sacó de la alforja una bolsa de orejas de cerdo y se puso a masticarlas junto con su amigo, disfrutando de la escena. Secord volvió a coger y agitar los sonajeros, para tapar los gritos.

Por fin, el teniente levantó una mano. Secord se detuvo.

Hough tragó el bocado, se acercó y recogió los susurros del prisionero.

—Bien, teniente Boyd, usted deseaba que el capitán Brant supiera esto —dijo—. Se lo informaré, le doy mi palabra.

—Piedad —logró balbucear Boyd.

La cabeza cayó hacia delante, sobre el pecho de Hough, que empezó a

acariciarle los cabellos dorados, ignorando las súplicas del prisionero.

—Escucha. Mi casa ya no existe, esto ya te lo he dicho, y tampoco mi hermano. Era un estúpido, pero lo amaba mucho y era toda mi familia. Tal vez lo has matado tú, tal vez no. La casualidad ha querido que tú te cruzaras en mi camino justo hoy. La insondable voluntad de Dios. Para nosotros dos la guerra acaba aquí. Te llevo conmigo a Geneseo. Recibirás a tu general como corresponde.

44

Corrían desde hacía cuatro días. Se habían concedido apenas tiempo para comer y reposar, lo necesario para recuperar las fuerzas. Los más viejos comenzaban a quedarse atrás. Philip había decidido marchar al final de la columna, para estar seguro de que ninguno cayera.

Los muchachos también estaban cansados. Nunca habían afrontado un esfuerzo semejante.

No faltaba mucho ya, Geneseo distaba unas veinte millas. Al día siguiente, llegarían al campo de Butler para unirse al grueso del contingente.

Podía ser el último momento de reposo antes del enfrentamiento.

Sentado en medio del vivaque, Philip observó los rostros uno a uno, como delante de un fresco. Los cuerpos emanaban una energía que no tenía el sabor de la sangre y del plomo. Parecían los habitantes de una ciudad desconocida, en marcha para detener un huracán o una inundación.

Miraba a los chiquillos de ojos incrédulos y no se los imaginaba luchando con el cuchillo. Les veía en el bosque, cazando ciervos, o nadando en un río. Miraba a los guerreros ancianos y no se preguntaba cuántos enemigos podían matar, sino dónde llevarían a sus familias al inicio del invierno. Les veía rodeados de hijos y nietos, muriendo en la aldea de los padres, no cubiertos de polvo y sangre. Miraba a los voluntarios blancos que acompañaban a Joseph, y veía mercaderes, campesinos, herreros y carpinteros.

Tenía ojos nuevos. Quizá hubiera visto también las mismas cosas en la cara de los enemigos.

Los hombres de Sullivan eran alemanes, holandeses, ingleses *whigs* e irlandeses, exiliados corsos, mercenarios suizos, guías oneidas y tuscaroras.

Desde luego algunos combatían por un principio, otros por la paga, otros más por gloria o miedo. Había quien había seguido a su hermano mayor y quien se había alistado en contra del parecer de su padre. Algunos odiaban, otros buscaban un provecho. Philip sabía del lema que Sullivan llevaba en los estandartes: «Civilización o muerte». Sus soldados lo gritaban en coro, a la salud de la destrucción. Lo gritaban a las casas de piedra y a los campos labrados, a las ropas de lana y a los fusiles. Lo gritaban a una alianza de pueblos que se había dado una ley de paz, en tiempos remotos. Lo gritaban, para decir que cualquiera que no fuera igual a ellos merecía el exterminio. Sin embargo, ni siquiera entre ellos se parecían.

Philip volvió a mirar la llanura. Después de muchas lunas, de nuevo estaba listo para combatir, aunque ya no había un pueblo que defender.

Nosotros tenemos que vivir, repitió Esther en su mente. Si lo que estaba a punto de suceder se lo hubiera concedido, volvería atrás a buscar ese nuevo inicio.

Hasta los centinelas que anunciaron su llegada parecían contagiados por el humor del campamento. Aires de desmovilización.

Joseph llevó la columna de viejos y muchachos cerca de los fuegos aún encendidos, para que descansaran y comieran algo. Philip se colocó a su lado y le rozó el brazo. Señaló los palos de guerra: bajo una nube de moscas, dos oneidas destripados. Los más jóvenes los miraron impresionados.

Joseph se quedó paralizado y vio que John Butler venía a su encuentro.

—Las novedades no son buenas, Joseph Brant. Con pocas palabras le contó sobre el ataque fallido a la vanguardia enemiga.

Joseph aguantó el golpe.

—Sullivan es demasiado listo para dejarse sorprender, ahora que está sobre aviso —añadió Butler—. No podemos sostener una batalla en campo abierto. Son demasiados. Geneseo está perdida.

Joseph miró a Philip. Vio la propia desilusión reflejada en los ojos de su amigo. La carrera había sido inútil.

Señaló a los hombres que desmontaban las tiendas.

—¿Adonde van?

—A casa —respondió Butler, mientras miraba el tropel llegado desde Niágara—. Haga volver a esta gente. Que regresen con sus madres. —Vio

las cabelleras grises—. Y con sus hijos —añadió—. Ya no podemos hacer nada. Se ha acabado, Joseph. Los senecas combatían por Geneseo, nada más. Ahora volverán a morirse de hambre y de frío a Fuerte Niágara. —Mordió el tabaco—. Los nuestros también quieren volver a casa. Los que todavía tienen una. A los demás, los llevo conmigo a Oswego. Cuando sir John llegue de Montreal con refuerzos, continuaremos la guerra.

—¿Abandonan Fuerte Niágara?

Butler suspiró y se puso más cerca, como si quisiera compartir un secreto.

—Hemos sacado información a los prisioneros. El objetivo de Sullivan no es Niágara.

Joseph se quedó callado, evaluando la información más inesperada.

—Se dirigirá hacia el este —añadió el irlandés.

En el silencio que siguió, los pensamientos de Joseph viajaron veloces, recorrieron la llanura hasta los Cinco Dedos, y luego más allá, hasta el valle del Mohawk.

—Quiere destruir las otras ciudades —dijo Butler—. Barrerlo todo.

Joseph miró las brasas. La tentación de bajar los brazos era fuerte. La fatiga del viaje estaba a punto de ganar la partida. Las fuerzas estaban ocupadas en controlar la angustia.

Pensó que las Seis Naciones pronto serían cenizas. Abandonadas a su destino por los aliados. Primero, Guy Johnson. Luego, sir John y Daniel Claus. Por último, John Butler. Había combatido a su lado hasta el final, pero ahora para él también los indios eran una carga de tres mil hambrientos.

La voz del hijo llamó la atención de Butler. Walter estaba listo, los Rangers se estaban formando en columna.

—Venga con nosotros —dijo el viejo irlandés.

Joseph permaneció inmóvil.

—Le esperaremos en Oswego —añadió Butler, entristecido.

Detrás de él, los Rangers se pusieron en marcha, silenciosos y cansados. Los senecas partían poco a poco, pequeños grupos de guerreros desaparecían a lo largo del sendero.

Joseph revisó las provisiones y el agua en la cantimplora.

—Sullivan va hacia el este —dijo mirando a Philip—. La primera ciudad en su camino es Cayuga. Allí están mis hijos. Mi madre.

—Son casi noventa millas.

—Lleva a los ancianos y muchachos a Niágara —ordenó Joseph.

—Han venido hasta aquí. Encontrarán la forma de regresar —respondió el amigo, cruzándose la correa del fusil—. En Cayuga hay viejos y niños. Debemos sacar de allí a todos.

—¿Solo nosotros?

Philip señaló a sus espaldas.

—Parece que no.

Joseph se volvió y vio a Kanatawakhon firme a pocos pasos, apoyado en el cañón del fusil, listo para partir.

Sin más palabras, los tres hombres se encaminaron hacia el exterior del campo, pero las figuras de dos guerreros se les plantaron delante en el sendero.

—¿Pensáis ir contra Sullivan solos? —preguntó Oronhyateka.

—Vamos a salvar a mis hijos —respondió Joseph.

—¿Una hazaña digna de ser recordada? —preguntó Kanenonte.

—Digna de un hijo del clan del Lobo.

Kanenonte sonrió, mientras Oronhyateka lanzaba el alarido de guerra.

Corrieron a través del llano y entre la espesura de los árboles, apremiados por el crepúsculo y por la suerte, un ejército de cinco hombres y muchos fantasmas.

Corrieron para salvar un puñado de almas del Apocalipsis. Corrieron, porque así estaba escrito. Ahora que el tiempo acababa, cada cosa hallaba cumplimiento.

45

Gemelo Izquierdo es el hielo. Es el señor del invierno, frío, resbaladizo, cortante cristal de roca. Es una tempestad de noroeste, hielo que se cuela entre las rendijas de las barracas. Hombre de Hielo, Corazón Frío Frío, Espejo de Piedra: algunos dicen que su verdadera naturaleza es el Torbellino.

Gemelo Derecho es el fuego. Es el señor del verano, cálido, húmedo, blando mantillo. Es viento tibio de sudeste, es llama que hace hervir el agua y cuece la comida. Dueño de la Vida, Regidor del Cielo, Dios Padre: algunos dicen que su naturaleza es el Rayo de Sol.

También Destrucción proviene de sudeste, pero es una nube cargada de granizo que avanza ocupando el cielo. De la barriga llueven relámpagos, sus emisarios devastan la tierra. En la nube hay fuego, pero no pertenece a Gemelo Derecho. Los Blancos han usurpado su dirección, desde que cruzaron el océano todo es confuso, y del este llega a menudo el luto. El ron, la viruela en su caballo esquelético, y ahora esto: columnas de fusiles, bayonetas y cañones. El fuego impulsa el corazón del hombre blanco. Sangre incesante, frenética, nutre enormes extensiones de hombres, más de los que es posible imaginar, más que la más grande bandada de palomos migratorios. Esperan a Destrucción para irrumpir como langostas y poner fin a nuestros días.

Al anochecer de un día breve y frío, el general Sullivan tomó la decisión. Una lluvia plomiza caía sobre el encerado y el tricornio, los ollares del caballo echaban resoplidos de humo. Los hombres marchaban cabizbajos. Nada de tambores, nada de pífanos, las banderas empapadas de

agua. Cansancio. Dejada atrás Geneseo, la siguiente parada no podía ser más que Niágara. Guarnición inglesa, desplazados, muchos guerreros. Sin duda habían recibido víveres, armas y municiones de Canadá. El invierno se anunciaba largo y helado. Sería un asedio terrible, no solo para los que estaban dentro.

Sullivan pensó en los meses delante del recinto de fortificaciones. Las murallas eran sólidas. Allí, también los *tories* tenían cañones. Sullivan pensó en los últimos acontecimientos. La guerra entre gentes distintas, sin ninguna ley común, por fuerza es cruel, los episodios de piedad están ausentes, el alma bestial se manifiesta en las formas más repugnantes. Sullivan recordó el cuerpo del teniente Boyd atado a un árbol, en la entrada de Geneseo. Decapitado, eviscerado de modo que los intestinos sirvieran de cuerdas y macabro ornamento, hórrida ofrenda a los demonios de los salvajes. Sintió en el fondo de su alma que la empresa tenía que ser llevada a término, con inteligencia y frialdad, para liberar a la futura nación de vecinos tan escandalosos, tan inmorales.

Sullivan había decidido. Se volvía atrás, ni más ni menos que para no desobedecer la orden de Washington. Devastar de manera definitiva el territorio de las Seis Naciones, esparcir sal sobre las ruinas. Delenda Carthago. Cada casa debía ser destruida, cada campo devastado, cada huella de la presencia de indios borrada.

Lo que se debe hacer. Dirigirse hacia el este, hacia Cayuga y el valle del Mohawk.

En ciertos momentos, la sabiduría es locura y la inconsciencia es la única sabiduría. La muerte de un hombre da vida a los gusanos y a las larvas. También estos mueren, y de la tierra gorda surgen los fuegos de las aldeas. Niños maman leche, jóvenes se pintan la cara dispuestos a dar muerte.

Mujer del Cielo preguntó a los Gemelos:

—¿Sabéis de dónde provenís? ¿Y sabéis dónde iréis cuando vuestro viaje en esta tierra se haya acabado?

Gemelo Derecho respondió:

—Sé de donde venimos. Del cielo hemos llegado, del mundo más allá de las nubes. No lo olvidaré. Cuando llegue el momento, regresaré al lugar de donde he llegado.

Mujer del Cielo se complació.

—Te llamaré Regidor del Cielo.

Luego se dirigió al otro. Gemelo Izquierdo dijo:

—¿Qué necesidad hay de saber de dónde vengo y donde iré cuando deje la tierra? No quiero romperme la cabeza hablando de otro mundo, porque ahora estoy en este. Soy joven, soy fuerte, y por aquí hay para divertirse.

Lo hacían siempre así. Seguir al ejército, completar el trabajo. Sullivan se preocupaba por devastar, destruir, desarraigar: el saqueo no era muy prolijo. Detrás de la última retaguardia, comenzaba el trabajo de los irregulares.

Cuando los soldados habían cruzado el horizonte, o se habían perdido en el vientre verde del bosque, las mujeres que habían logrado huir regresaban, primero las más valientes. Llegaban poco a poco: concentrándose en el primer grupo, había tiempo para hacer lo que a uno le gusta. Solo había que quedarse a cubierto, espiar los movimientos, ver dónde los salvajes habían escondido las cosas más preciosas: por lo general, las enterraban. Entonces Nathaniel Gordon y sus amigos salían a cielo abierto: comenzaba el baile. No hay guerra sin saqueo, no hay saqueo sin violación, una buena violación tiene que ser coronada con la muerte.

Los cadáveres de las mujeres parecían meros maniquíes. Las zonas de carne expuestas al viento del norte estaban amoratadas, horribles. La más joven alzaba los ojos al cielo, parecía pedir alguna cosa.

Klug contaba las monedas de oro extraídas de un cofre de madera y piel. Había mucho dinero allí dentro. Se repetía que su decisión había sido correcta: echado de la milicia, había pensado que se precisaba algo más de guerra y cabelleras para regresar a German Flatts como patriota.

Echó una mirada alrededor. Nathaniel Gordon daba órdenes a los demás, el guía delaware reía y corría detrás de un perro. El sombrero con las orejas cayó y rodó en el suelo.

En un momento dado, el perro se detuvo, giró sobre sí mismo, patas tiesas, empezó a ladrar y rechinar los dientes. El delaware le partió el cráneo con el tomahawk.

Dios, ¿qué estaba haciendo el salvaje? Había sacado el cuchillo, le había abierto la panza, lo estaba desollando. El cuerpo había quedado con

la carne y la escasa grasa al aire, al frío. Los otros habían encendido un fuego.

—¿Quieres tú también, Klug?

—¡Cielos, no! No como cosas de salvajes, por Dios.

Nathaniel Gordon rió burlón.

—Se ve que eres un campesino, Klug. Sin embargo, pensaba que estas semanas te habían desvezado. —Clavó sus ojos fríos en los del alemán—. Por lo que a mí respecta, esta carne es muy buena. —Mordió un trozo de perro mostrando dientes amarillentos. Masticó con expresión satisfecha—. Después de hacer la guerra, me entra un hambre del demonio. Pondría al fuego hasta los cachorros de salvaje, si los encontrara. —La compañía estalló en risas. El delaware se limpió los dientes con la punta del cuchillo. Nathaniel Gordon prosiguió—. Anda, Klug, no sabes lo que te pierdes. No querrás ofender a nuestro amigo primitivo.

Klug exhaló con fuerza. Sus compañeros metían miedo. Era muy fácil fastidiar a aquella gente. Sin embargo, no se había echado atrás, ni siquiera en las cosas más repugnantes.

Los cuervos daban amplias vueltas, sobre el humo de las ruinas. Una nube de vapor se formó delante de la boca y la nariz, desvaneciéndose enseguida. Klug tragó saliva y aceptó un trozo de carne. Se lo llevó a la boca y empezó a masticar.

46

Un mes más, luego el hielo, la nieve, el letargo. Las presas grandes eran raras en la estación fría y los bosques cercanos al lago Cayuga no eran excepción. Ese mes habría de decir a todos si Isaac Brant era un buen cazador. Abatir el primer ciervo a los doce años, como los mejores guerreros de la nación.

Mientras limpiaba el jaeger, estudió el día que le esperaba. Velos de bruma atravesaban la aldea. Las grandes casas de troncos encuadrados aparecían a trozos y, más allá de la empalizada que las protegía, copas de hayas hendían el gris.

Cuando salió, el sol estaba detrás de las montañas y los sapos celebraban el aire húmedo. Sacó del bolsillo una pequeña cantimplora y se llevó a la boca ron que sabía a melaza y tabaco. Hizo el último control de pólvora, cartuchos y cuchillo, echó otro trago. Podía hacerlo con calma, nadie le esperaba, aparte del ciervo que había soñado. Hacía meses que salía de cacería solo. No se podía elegir, en Cayuga: niños pequeños, mujeres, viejos con puntería incierta que no querían perder la cara delante de un muchacho. Los de su edad iban de cacería en grupo, pero hacían tanto ruido que nunca cazaban nada.

—No es un buen día para ir a los bosques.

La voz de la abuela Margaret le golpeó en la nuca. Isaac la vio y se quedó a distancia: el hedor de la vieja le daba náuseas. Estaba siempre arrebujada en aquella manta, sentada en el sillón, todo el día y también de noche.

—Hay una mancha oscura en el sol y el viento huele a fuego y carroña.

Isaac se alejó cruzando los dedos. El sol aún no se había visto y el viento no soplaba hacía días.

En el camino, un niño le saludó con la mano, por encima de los hombros de su madre. Isaac aligeró el paso: un verdadero cazador solo tiene ojos para la presa. Mujeres y crios son inútiles distracciones.

Continuó por un sendero en el bosque que cruzaba una zona de ciervos, cinco millas monte arriba. No había caminado doscientas yardas, cuando un ruido le frenó.

Pies que corrían y quebraban ramas. Un trapaleo que ningún cazador haría, ni aun persiguiendo a un cervatillo a matacaballo.

Isaac se escondió detrás de un tronco, el alma en confusión. Su mitad derecha esperaba que fuera gente conocida, la otra que fueran enemigos.

Montó el martillo del fusil y justo en ese momento el ruido cesó. Silencio. Solo el lamento de los palomos en lontananza. Luego un rumor que desde un punto en lo alto se multiplicaba y corría en varias direcciones.

Le estaban rodeando. Por instinto se echó monte abajo. Uno de los perseguidores gritó.

Isaac reconoció el grito de guerra del clan del Lobo, aminoró el paso, se volvió hacia atrás. Con el rabillo del ojo captó una sombra que llegaba, no le dio tiempo a apartarse. Se encontró en el suelo.

—¿Isaac? Quietos, es Isaac.

Era la voz de Jacob Kanatawakhon, que ya se levantaba y le ofrecía la mano.

Enseguida llegó su padre.

—¿Dónde están Christina y Margaret?

Aparecieron otros hombres de Canajoharie. Philip Lacroix, Jethro Kanenonte, Paul Oronhyateka.

—Ponte de pie, hay que advertir a todos. El ejército de Sullivan está a pocas millas de aquí.

Isaac ignoró la mano y se levantó solo.

Abrió mucho los ojos. Estaba en compañía de los guerreros más valientes del clan y sintió que ese día quedaría grabado en su memoria más que una gran caza.

Hizo señas de seguirle, y se lanzó a toda velocidad hacia Cayuga.

Las noches eran frías, tensas, un abismo oscuro. Bajo el peso de las mantas Klug se encogía como un animal enfermo, la espalda y las piernas recorridas por escalofríos. Largo duermevela, Klug se quedaba dormido

poco antes del alba y luego una patada en las costillas, una llamada enfurecida le despertaba. Era dura la vida del saqueador. Además, estaba el asunto de la carne de perro. No sabía por qué, pero tenía la impresión de que después de ese episodio algo había cambiado.

Ahora estaban de reconocimiento. No podían encender fuegos para cocinar, hacía días que se alimentaban con carne seca y Klug tenía un hueco en lugar de las tripas. No soñaba nunca. Entraba por pocos minutos en un embudo de tinieblas, cuando los pensamientos que pasaban por la cabeza le dejaban tranquilo. Desde hacía días, eso era todo su sueño.

Sensación húmeda en la frente y las mejillas. Abrió los ojos y miró hacia arriba. La figura se compuso con dificultad, saliendo de una niebla confusa: Nathaniel Gordon, alto como un gigante, se subía los pantalones. Klug se puso sentado de golpe. La banda explotó en una grotesca carcajada. El delaware tenía el cuerpo sacudido por sollozos. Los ojos lagrimeaban, la boca reía y reía, grosera, estridente. De su garganta salía un lamento, como de cerdo degollado o de mujerzuela india cuando le abrías las piernas.

Nathaniel Gordon cambió de expresión de improviso. Todos callaron.

—Muévete, Klug. Siempre eres el último, eres una cruz. No sé qué me obliga a llevarte con nosotros. Se dirigió al resto de los amigotes.

—Vamos, la aldea nos espera.

Uno de los saqueadores intervino.

—Así es, Nat. La aldea nos espera. Y después pasa como en Secondaga, un viejo aparece de la nada y empieza a dispararnos. ¿No es mejor esperar a Klug también? Podríamos llevarnos una sorpresa; cuantos más somos, mejor es.

Nathaniel Gordon sacudió la cabeza.

—Mientras llegamos a la aldea, Klug ya nos habrá alcanzado. Y si se queda atrás, no será una gran pérdida.

La banda comenzó a bajar por el sendero que llevaba hacia Cayuga. Klug se levantó lo más rápido que pudo, los huesos dolían, odiaba quedarse atrás, solo, en medio del bosque. Miró alrededor nervioso, aguzó los oídos, mientras las espaldas de sus compañeros se alejaban hacia el valle. Cogió deprisa sus cosas, se colgó la mochila al hombro, luego se paró un segundo. El fusil, el fusil estaba descargado, no era seguro andar por los bosques con las armas descargadas. Dejó la mochila, cargó rápido. El primer cartucho cayó desparramando su contenido en el suelo húmedo. Maldijo, completó

la operación —pólvora-munición-taco, empujar todo hasta el fondo del cañón—, se colocó el fusil en bandolera, miró el sendero y se puso en marcha.

Los compañeros desaparecían en la media luz del alba, detrás de la última curva.

Philip caminaba despacio. Pasaba revista a la columna de desplazados. Todo estaba listo para la partida.

Unas cincuenta personas, tal vez sesenta. Mujeres, niños. Viejos cuyos brazos no hubieran resistido el peso de un tomahawk. Chiquillos que empuñaban bastones, cuchillos, algunos incluso un fusil herrumbroso, trastos de la antigua guerra. Como mucho servían de clava. Oronhyateka y Kanenonte bromeaban, sopesaban esas pobres armas, suscitaban admiración contando sus hazañas de guerra.

Kanenonte se golpeó el pecho con un puño, luego lo dirigió hacia Philip, para señalarle:

—¿Veis? Nosotros combatimos junto con Joseph Brant y el Gran Diablo. Ellos se fían de nosotros.

Philip siguió adelante. Kanatawakhon observaba los árboles de alrededor, y las matas, también las piedras del sendero, como si esperara ver aparecer enemigos en forma de lagartijas.

Isaac estaba en la cima, primero en la fila, armado, ceñudo, orgulloso. Miraba frente a sí y respiraba hinchando el pecho. Temblaba y no quería dejar que se viera. Se parecía a Joseph cuando era joven, pensó Philip.

Joseph estaba al final, ocupado en convencer a su madre.

—Te lo he dicho, Margaret. Tenemos que marcharnos deprisa, no hay que esperar ni un batir de alas.

La vieja, envuelta en la manta mohosa, estrechaba contra sí a Christina y miraba los árboles, como Kanatawakhon.

—Te digo que el viento huele a carroña. Fuego y carroña. No podemos partir ahora, acabaremos directo en el hedor y las llamas.

—No corre un soplo de viento, madre. El fuego estallará aquí, si no partimos enseguida.

—¡Ya no te reconozco, Joseph, pareces un blanco! ¿Cómo haces para no oler la peste? ¡Las carroñas están más adelante en el sendero!

Philip sintió erizarse los vellos de los brazos. Se acercó a

Kanatawakhon.

—¿Qué te preocupa, hermano?

—Ruidos, Gran Diablo. Son débiles, pero han llegado a mis oídos, estoy seguro.

—Con todo este vocerío, tu oído puede haberse engañado.

—No, Gran Diablo. He enseñado a mis oídos a no burlarse de mí. He oído algo debajo de las voces.

—¿Sullivan? —preguntó Philip.

—No. Serían ruidos grandes y pesados como osos. Estos son insectos.

Se acercaron a madre e hijo, la rencilla aún estaba en curso. Philip puso una mano en el hombro de Joseph:

—Tal vez tu madre tenga razón —le dijo—. Extraños movimientos, aquí alrededor. Mejor ir a ver.

Joseph arrugó la frente.

—Escucha a tu amigo, Joseph —dijo la anciana—. Es un buen mohawk, aunque sea francés.

Llamaron a Oronhyateka y Kanenonte. Tras un rápido conciliábulo, se decidió que la columna partiría, con prudencia y en silencio. Los cinco guerreros la precederían durante media milla, a los lados del sendero, pasando rápido de un árbol a otro. Si hubiesen encontrado al enemigo, intentarían sorprenderlo y eliminarlo, mientras la columna proseguía el camino. Luego se unirían a ella, para escoltarla durante el largo viaje.

Joseph llamó a Isaac:

—Ya eres un hombre. Nosotros tenemos que controlar que la vía de fuga no sea peligrosa. Hasta que no regresemos, te confío la protección de Margaret y Christina.

Isaac se irguió como en posición de firmes, levantó la barbilla y apretando los dientes dijo:

—Las defenderé.

Joseph escuchó un silbido. Se volvió, Philip estaba acuclillado detrás de un árbol. Olfateaba el aire que llegaba de las colinas.

Un chasquido de lengua de un guerrero a otro reunió al grupo. Comenzaron a subir la pendiente, luego Philip hizo señas de separarse. Oronhyateka y Kanatawakhon se agazaparon detrás de un gran tronco de pino. Philip, Joseph y Kanenonte se escondieron entre la hierba alta. Philip

se agachó, apoyándose en el fusil. Miraba el suelo, respiraba lento.

Klug caminaba rápido. Se dio cuenta de que podía poner un pie en falso, el sendero era en bajada, irregular, las espaldas estaban cargadas con el peso del saco y del fusil. Estaba muerto de cansancio, casi rendido, a cada paso juraba que regresaría a casa, a German Flatts, para ocuparse de política, total, la guerra ya la había hecho, lo sabían todos.

¿Dónde estaban los otros? Klug buscó al resto de la cuadrilla; les vio a ochenta, noventa yardas más adelante. Les siguió con la mirada mientras aceleraba el paso.

Hubo un disparo, una nube de humo. Uno de los compañeros cayó. Los otros empuñaron los fusiles. Una orden seca, gritada. Los suyos arrojaron las armas. De los lados del sendero salieron indios.

Klug se vio recorrido por un espasmo frío. Sintió que las tripas se retorcían. Se acurrucó detrás de una roca.

Joseph miró a Nathaniel Gordon.

—Tu rostro me es familiar.

El hombre escupió al suelo, desdeñoso.

—No te he visto antes, no sé quién eres.

El rostro de Joseph era hielo.

—Muy pronto, ya no tendrás ganas de desafiarme.

Oronhyateka quitó el sombrero de piel de la cabeza del delaware y le dio vueltas en sus manos.

Kanenonte apuntó con el dedo la bolsa para tabaco que el delaware llevaba en la cintura.

Una súbita conciencia se abrió paso en la cabeza de los mohawks. El delaware se estremeció. Kanenonte lanzó un grito agudo, terrible.

Dios, parecía que no se habían percatado de él. El sendero era en bajada, aún no era pleno día. Por instinto, Klug sintió el impulso de volver los pasos, de huir lo más veloz que podía. Pero había una figura, allí en el fondo, de la cual no conseguía quitar los ojos.

Se sobresaltó. Cielo santo, era Joseph Brant. Casaca color ladrillo y

pinturas de guerra. El modo de moverse era inconfundible. Con la cautela de un gato, Klug sacó el catalejo.

Gordon tenía la cara pálida. El delaware era un muro de piedra. El jefe de los salvajes sin duda era Joseph Brant.

El corazón latía enloquecido. Klug sintió que la fría determinación del odio movía sus miembros. Antes de preguntarse si sería capaz de llevar a término la tarea, había empuñado la carabina Kentucky. Apretó el gatillo.

Solo un débil sonido metálico. Había cargado mal el fusil, la bala debía de haberse caído del cañón mientras apretaba el paso en la bajada.

Maldijo entre dientes, pidió que le fuera concedido el tiempo suficiente. Volvió a cargar con atención, escuchó gritos, miró hacia abajo. La situación se precipitaba.

Empuñó, apuntó. El héroe que despacharía al Monstruo Brant estaba allí, detrás de aquella roca, y se llamaba Klug. Apretó el gatillo. Una nube de humo cubrió la escena, Klug asomó la cabeza de lado para controlar el efecto del tiro. Había un hombre en el suelo, el delaware luchaba con otro salvaje, quizá sus compañeros podían prevalecer, pero las piernas de Klug decidieron huir.

Correr, un paso tras otro. El, Jonas Klug, el hombre que había despachado a Joseph Brant.

47

Philip vio a Molly, vestida de azul tenue, y dio un paso para subir a la colina. Respiró aire y luz, el mundo estaba tranquilo, el maíz maduro y meditabundo, los sonidos del mundo rocío fresco. Molly estaba lejana, allá en la cima, pero sabía que llegaría a ella. Después de tanto tiempo, los pies andaban ligeros, la hierba respondía a su roce, se doblaba, concedía el paso. El universo escuchaba curioso. La guerra había acabado y había sol por doquier.

Molly lo saludó y sonrió. Ven, desde aquí se ve todo, campos y lagos, montañas y océanos, el cumplimiento de los ciclos.

Philip se acercó, miró frente a sí. El mundo ya no tenía horizonte, se extendía hasta donde los ojos podían ver, y proseguía, cada vez más estrecho y denso, vago y empapado de aire, sin desaparecer nunca.

Pueblos y colores, vidas y destinos, todo vive en aquella delgada franja.

Allí en el fondo estamos nosotros vistos de espaldas, pensó Philip Lacroix Ronaterihonte. Si la flecha de mi mirada lograra llegar tan lejos, podría clavarse en mi nuca.

Molly Brant Degonwadonti le cogió la mano.

El aire formó pequeños vórtices fluctuantes.

Philip habló.

Es tiempo de que yo sepa por qué me has escogido.

Lanza tu mirada allí al fondo, tamborilero. Y detrás de nosotros, y todo alrededor. Estamos en el filo del tiempo, donde la respuesta precede a la pregunta, el efecto precede a la causa, la muerte precede al nacimiento.

Tenías que subir esta colina, para comprender tu camino.

Privado de madre y de padre, has muerto como francés para nacer como mohawk, el día en que caía en la batalla Hendrick.

Ese día el mundo de sir William plantó raíces.

Tenías que morir para vengar a Hendrick. Te has salvado, un nuevo ciclo se ha abierto.

La nación te ha dado un padre y una madre. Has sido un gran guerrero. Has superado pruebas. Caminabas con los mohawks.

Luego la nación te ha perdido, y tú has perdido a la nación. Tu ciclo incompleto desequilibraba el mundo, el Dueño de la Vida lo sabía.

Tenías que regresar al mundo, Ronaterihonte, para poder morir, para iluminar el destino de la Casa Larga.

Philip habló.

Yo, privado de madre, ya no sé cuántas veces he nacido. Tú eres la primera y la última partera, has hecho de mí un mohawk y me has llamado por última vez. Ahora eres la muerte.

Molly habló.

El mundo se ha desbloqueado.

Molly habló.

Un círculo se cierra, un círculo se abre.

Molly habló.

Las Seis Naciones vivirán.

Philip suspiró, los ojos se bañaron de lágrimas.

El plomo había rasgado la carne, cortado una vena, dado vía libre a la sangre.

Alguien gritó un nombre:

—¡Ronaterihonte!

Alguien entonó una pregunta.

Alguien gruñó una respuesta.

Las últimas figuras humanas se agolparon en los rabillos de los ojos cada vez más velados.

Hubo de haber rechinar de dientes, apretones de puños. Llantos, y cantos, y despedidas. Philip estaba listo.

Regreso al útero del mundo, madre, mi origen, mi nación. A la oscuridad tibia y acogedora de la tierra.

48

Joseph recordó la primera vez que había visto a Philip. Un muchacho asustado, de uniforme, tal vez blanco o tal vez indio.

Joseph también era un muchacho, demasiado joven para combatir. Molly le había llevado consigo al lago George. Tenía que ayudar a las mujeres a curar heridos: correr a buscar agua para lavar las llagas o ron para aturdir a quien tenía una bala clavada en la carne. Ayudar a sostener a quien caminaba con dificultad.

Ese día había visto que sir William regresaba del campo en camilla. Por quienes le transportaban había sabido la noticia: Hendrick había muerto.

Poco después, de pie junto a Molly, había asistido a la llegada del grupo de prisioneros, entre los gritos de cólera y dolor de los guerreros y los lamentos de los que eran arrastrados y golpeados con patadas.

El muchacho estaba acabado. Joseph estaba seguro de que su sangre mojaría la hierba. En cambio, su hermana se había echado hacia delante, orgullosa y furente. Había desafiado a los guerreros, les había afrentado, hecho sentir estúpidos y fuera de la historia de las Seis Naciones. En un momento dado, Joseph se había visto señalar, Molly le había utilizado como argumento: Este muchacho tiene la edad de mi hermano.

Ese día la nación adoptaba al futuro Grand Diable. La vida de Joseph cambiaba para siempre.

El mundo se había abierto, una boca llena de úlceras y dientes podridos había devorado a Philip.

Joseph lo sentía: el proyectil era para él.

La nota de dolor vibraba en encías, sienes y globos de los ojos. En los oídos retumbaban órdenes superpuestas, masculladas y perdidas en el eco, cada vez más carentes de sentido.

En torno a quien moría, todo cambiaba deprisa.

Joseph habría de vivir. Habría de tener tiempo. Habría de permanecer con los fantasmas. Tiempo de pensar, recordar, echarse la culpa, disculparse a sí mismo. Y vivir en lugar de los muertos, vivir, porque es así, se vive o se muere. Y quien aún está en vida se preocupa por los vivos, por los que han quedado.

Sullivan apremiaba. Tenían que montar una camilla para el cuerpo de Philip y llegar hasta la columna de supervivientes. Christina, Isaac, Margaret. Salvar a todos, dejar ese mundo enloquecido.

—Nosotros nos quedamos aquí, Thayendanega —dijo Oronhyateka, y señaló a los prisioneros—. Hay algo que se debe hacer desde hace tiempo, ya sabes.

—Se debe hacer desde el principio de todo esto —añadió Kanenonte.

—Sullivan está llegando —respondió Joseph—. No hay tiempo. —Para escoltar a los desplazados, bastáis tú y Kanatawakhon —dijo Oronhyateka. Kanenonte sonrió.

—Nos veremos donde nos espera el Gran Diablo, algún día. Joseph apretó los ojos, aspiró aire con la nariz, metió el cuello entre los hombros como si tuviera frío. Abrió los ojos y dijo:

—Está bien.

El hombre que se había presentado como Nathaniel Gordon, sentado en suelo con las manos atadas por detrás, miró a Joseph con ojos llenos de súplicas.

—¡Puedo decir el nombre del que ha disparado a tu amigo, Joseph Brant! ¡Es uno de tu aldea! ¡Klug! ¡Maldigo el día en que ese alemán se unió a nosotros!

Los guerreros se sobresaltaron, las miradas pasaron de un rostro a otro. Joseph trituró aire en sus puños, hasta sentir dolor en los brazos.

—Todo halla su propio lugar, Thayendanega —dijo Oronhyateka, luego se giró hacia Gordon—: Nada de lo que nos digas te salvará la vida. Tú y tus amigos debéis pagar por mucho más que esto.

Gordon soltó un quejido y se desinfló como un odre agujereado, vaciado de toda energía. —Te suplico, Joseph Brant… Joseph le miró con desprecio:

—No habéis hecho nada por vosotros mismos. ¿Cómo podría hacer yo algo por vosotros?

Kanenonte y Oronhyateka lloraban y reían, se cubrían la cara con las manos, se daban manotazos en la espalda. Parecían fuera de juicio, sin embargo se emborrachaban con método, con pericia avivaban las llamas, y por mucho ron que bebieran, siempre volvían a torturar al prisionero colgado cabeza abajo cerca del fuego. Cada jirón de piel extirpado tenía un nombre:

—Este es por Samuel Waterbridge. Este es por Royathakaryo. Este es por Sakihenakenta. Este es por Ronaterihonte.

El delaware no gritaba, ni siquiera un gemido. Escalpado, desollado, brasas encendidas y cenizas calientes sobre la carne viva.

Los otros tenían que mirar, patadas y bofetadas si cerraban los ojos. Suplicaban como niños. Cada uno de ellos se había vomitado y meado y cagado encima. Gordon ya no tenía más lágrimas para llorar.

—¿Has oído qué bonita frase ha dicho Thayendanega? —dijo Kanenonte, riendo y enseñando los dientes—. ¡Hubiera querido decirla yo! «No habéis hecho nada por vosotros mismos. ¿Cómo podría hacer yo algo por vosotros?»

—Thayendanega es un gran guerrero —comentó Oronhyateka.

—¿Y nosotros? ¿Nosotros somos grandes guerreros? —preguntó Kanenonte.

Oronhyateka no respondió. Por enésima vez se acercó al prisionero.

Alzó el cuchillo, levantó y extirpó un jirón de piel.

—Este es por Oronhyateka.

Enseguida cortó otro.

—Este es por Kanenonte.

Risas, sollozos y plegarias. Crepitar de llamas.

49

La tierra estaba húmeda y blanda, las palas cavaban sin encontrar obstáculos. Joseph y Kanatawakhon trabajaban deprisa. Isaac rodeaba con un brazo los hombros de Christina. Margaret daba vueltas alrededor de los dos guerreros y los miraba, como para asegurarse de que el trabajo procediese bien. El resto de la columna hacía un alto a poca distancia, pero solo la familia Brant asistía a la sepultura del Gran Diablo. Sepultura sin ritos, ni cristiana ni pagana, a la espera de reanudar el viaje. Fuerte Niágara todavía estaba muy distante.

El cuerpo de Philip estaba envuelto en la manta de Margaret. La anciana lo había visto muerto, echado en la camilla de ramas y cuerdas. Murmurando algo, se había quitado de encima el gran paño polvoriento y lo había ofrecido.

—¿Estás segura, abuela? —había preguntado Isaac—. El aire es fresco.

—No importa. No me quedan muchas lunas. Pronto me la devolverá.

Joseph le había dado a la madre su chaqueta de lana. La vieja la llevaba como si fuera un chal.

En pocos minutos, Joseph y Kanatawakhon cavaron una fosa profunda de cinco pies.

Era el momento de depositar el cuerpo. Joseph sentía que la incumbencia y la fatiga apretaban fuerte su garganta, como dos manos decididas a estrangularle. Al borde de la fosa sintió que vacilaba, Kanatawakhon le agarró de un brazo.

—Esta tumba me llama a mí también —comentó Joseph—, pero aún no es el tiempo.

—Siéntate, Thayendanega, estás cansado —dijo su compañero.

—¿Hace cuánto tiempo que no dormimos, Kanatawakhon?

—He perdido la cuenta de los días, hermano.

—Yo también. —Joseph se alejó unos pasos y llamó a su hijo—: Isaac, ven a echar una mano. Aprende a enterrar a los muertos.

Isaac se separó de su hermana, Joseph tomó su lugar. La niña se abrazó a una pierna del padre.

Kanatawakhon e Isaac levantaron el cuerpo por los hombros y por los pies, lo cargaron con ruda solemnidad, lo dejaron caer dentro de la fosa.

El último viaje de Ronaterihonte fue un vuelo rápido, la caída no produjo ningún ruido. La tierra blanda acogió el cuerpo y pareció que se modelaba en torno a él. El guerrero y el muchacho cogieron las palas. Joseph los detuvo.

Se dirigió a la madre:

—Margaret, eres la más anciana. Representas al clan, a la nación. Di unas palabras por este guerrero.

Todos callaron. La anciana avanzó, encorvada, tambaleante. Se detuvo a un pie del borde.

—Todos los míos te han querido mucho, Philip Lacrosse. Mi hija te ha dado la vida. Una parte de mi hijo muere contigo.

Joseph sintió una presión que se cerraba alrededor de su garganta, como para estrujar la cabeza, obligándole a sacar lágrimas. Los ojos se humedecieron.

—Mi nieto te ha sepultado. Yo, por último, me despido. Todos elevaremos plegarias por ti.

Dicho esto, se alejó. Pasó junto a Joseph y Christina, puso un paso tras otro en dirección a la muchedumbre de desplazados.

Joseph dio la señal. Las palas levantaron trozos de tierra.

50

—Dueño de la Vida, ha llegado a ti un gran guerrero, que conoció al Pueblo de la Piedra en la suerte adversa y con él tejió su destino, como el wampum que tengo entre mis manos. Su nombre es Ronaterihonte. Los ríos y los valles conocieron su fama y su valor. El defendió a la nación en el peligro, vivió junto a nosotros el tiempo de la carestía y de la miseria. Nos enseñó que cuando la sombra desciende sobre la tierra no es el honor lo que cuenta, sino la salvación de los que están amenazados. Nuestro hermano Ronaterihonte oscureció su luz para atravesar las tinieblas con su pueblo. Dueño de la Vida, acógelo como conviene al más noble de los hombres. Amén.

Johannes Tekarihoga bajó los brazos que había tendido al cielo, iluminado por el sol. El lago brillaba como oro delante de la roca donde solía contemplarlo.

Cuando escuchó el batir de alas, sonrió. Volvió la cabeza y vio que el pájaro carpintero brincaba a su lado.

—Has regresado, amiga mía.

Sintió la calidez del mediodía, aunque noviembre ya era penetrante. Respiró hondo y advirtió una sensación de vigor antiguo, de energía renovada que atravesaba los miembros. Paladeó el viento que se colaba entre los sauces. Sintió correr en sus venas el agua que le rodeaba, mientras creía escuchar el anuncio de un acontecimiento propicio. La superficie del lago se había poblado de espíritus: antepasados, guerreros, *sachems* y matronas del clan, conscientes del destino de su propia descendencia.

El pájaro carpintero saltó a su hombro. El anciano mohawk distendió el rostro.

—Bien. Nuestros padres me esperan. —El jefe del clan de la Tortuga

inspiró fuerte por la nariz y miró otra vez al pájaro carpintero—. Mi corazón estará con vosotros, en el jardín en el centro del agua —susurró sin apenas mover la boca.

Cerró los ojos y pareció adormecerse. El pájaro carpintero voló lejos, en dirección al lago y los perfiles oscuros de los barcos que se veían en el horizonte.

Una salva de cañones y los gritos de los vigías salieron de los torreones del fuerte, mientras el cuerpo del viejo *sachem* se deslizaba hacia el agua.

Guy Johnson caminaba por el muelle a grandes pasos, ralentizado por la masa de harapientos que subía a los barcos, junto con carnadas de hijos, trastos y ganado flaco. En cuanto bajó a tierra, le había impresionado el silencio, como si todos hubieran decidido no hacerse oír, temerosos de que la vía de la salvación se cerrara como se había abierto.

Comprendió que había llegado justo a tiempo. El viaje había durado más de un año. Partiendo de Nueva York a inicios del otoño de 1778, un hielo terrible le había bloqueado en Halifax hasta avanzada la primavera, luego había partido de nuevo y llegado hasta Montreal. Después río arriba, a través del San Lorenzo, hasta el lago, y ahora Niágara.

Los relatos de miseria y penurias no preparaban para el impacto con la realidad. Un pueblo orgulloso y tenaz conocía la decadencia y el abandono, la carestía y la muerte. Pequeños fragmentos de otros pueblos también se agolpaban en aquel rincón de mundo. Seguían el destino de los iroqueses, mezclados entre la gran muchedumbre. Aún fieles, por conveniencia o convicción, al Rey que estaba en Londres.

Consiguió abrirse paso entre la multitud y llegar al sendero que llevaba hasta el fuerte y el campo de desplazados. Se paró a tomar aliento y contempló el espectáculo de aquel ir y venir, bajo el cielo límpido que blanqueaba las murallas. Cuerpos dolientes y consumidos por el hambre arrastraban los pies en la orilla. Los pocos soldados de la guarnición regulaban el flujo sin mucho esfuerzo.

Una lúgubre procesión era lo que quedaba de las Seis Naciones.

Poco más de cinco años habían pasado desde el funeral de William Johnson, pero valían un siglo, y sobre el sueño que tiempo atrás parecía una sólida roca se amontonaba un gran cúmulo de miseria y muerte. Pensó en todo lo que había luchado y arriesgado para obtener el nombramiento de

superintendente del Departamento Indio y lo poco que eso significaba ahora.

Miró de nuevo la muchedumbre. En cada uno de los rostros, conocidos o ignotos, encontraba el elemento común de la materia que los formaba. Tierra oscura de la noche de los tiempos, el rostro de los viejos. Tierra roja de roca veteada, el de los últimos guerreros. Polvo blanco y marmóreo, la cara de las jóvenes mujeres.

Una de ellas se acercó. La expresión de dolor impresionó a Guy.

—Padre —dijo ella.

La miró atónito, incapaz de reconocer en esa mujer a su niña. Llevaba los cabellos peinados como una india

—Esther. Bendito Dios, Esther.

Quería abrazarla, pero no sabía como hacerlo: todo un océano se había interpuesto entre ellos, luego un continente. Eran extraños, pero Guy esperaba poder ofrecerle aún un aliado y una vida nueva. Había atravesado América para ello.

—¿Por qué está aquí?

Guy leyó el luto en los ojos de su hija, pero también una fuerza innata, que le desconcertaba desde que era niña. Ahora lo podía ver, era la mirada de William Johnson.

—Te llevaré a Nueva York. Nos marcharemos de este país.

—Ya es tarde —dijo Esther.

Dejó que su padre le cogiera una mano entre las suyas.

—No es verdad —insistió Guy—. Podemos regresar a Londres, lejos de la guerra.

—Sabe que no iré.

—Soy tu padre, no partiré sin ti.

La mujer hizo algo inesperado. Le sonrió.

—El futuro no está a nuestras espaldas, sino frente a nosotros —dijo— Más allá de este lago. Las Mil Islas. Hacia allí vamos.

—Tengo que prohibirlo.

—Pero no lo hará. —Se acercó mientras le rozaba una mejilla con la mano—. Cuide de usted y de mis hermanas. —Se apartó de él y enseguida se detuvo—. Le ruego que no sienta pena. Es lo que tenía que ocurrir.

Se dirigió al muelle, donde Molly Brant esperaba inmóvil, envuelta en un manto blanco.

Guy hubiera querido retenerle, pero no logró hablar ni moverse. Los

brazos inertes en los costados, la boca apretada.

Joseph reconoció la figura solitaria en la cima de la cuesta. De todos los blancos que esperaba ver, Guy Johnson en realidad era el último. Sintió un impulso de compasión, como si percibiera el esfuerzo que había realizado para llegar hasta allí.

—Joseph —dijo Guy, turbado—. Lo he perdido todo, también a mi hija.

—Ha encontrado su lugar —dijo el indio mirando a la mujer que se alejaba—. ¿Podemos decir lo mismo de nosotros?

Guy pareció resignado.

—¿Qué hará ahora? —preguntó. Joseph respondió sin pensar.

—Lucharé en el tiempo que queda. Moriré con honor.

El irlandés enderezó la espalda, recuperando el control de sí.

—Le deseo buena fortuna.

El indio estrechó la mano tendida. La expresión amarga de Guy Johnson desapareció bajo el tricornio. Joseph le miró alejarse en dirección al muelle y atravesar la multitud apiñada en torno a las barcas. Por algunos instantes, el sombrero surgió de nuevo entre el mar de cabezas, luego desapareció del todo.

Joseph hizo un gesto a Kanatawakhon y bajaron al lago.

Molly supervisaba el embarco, observando el lento éxodo que estaba a punto de comenzar. Acto final de un viaje iniciado cuatro años antes.

—Has venido a decirme que no vendrás con nosotros.

—Aún hay cuentas pendientes que saldar. —La abrazó—. Protege a mis hijos y a nuestra madre.

Isaac, Christina y Margaret estaban ya en una de las barcas y le miraban desconcertados. El mismo se había encargado de embarcarles con los primeros. Isaac volvió la cabeza al otro lado.

—Te esperaremos —dijo Molly.

Joseph cogió la alforja y se la cruzó en bandolera. Se encaminó lento detrás de Kanatawakhon, contra la corriente de seres humanos que se desplazaba hacia la orilla.

Esther observó que la tierra se alejaba una vez más. Rozó el wampum

que llevaba en la muñeca.

Pronto volvería a ver a Philip. Conocía el camino, ya lo había recorrido.

No hay lutos para quien es capaz de soñar.

Habías dicho que tuviera preparada una barca, amor mío. Aquí está.

Philip subiría a bordo. Juntos atravesarían el lago, tan grande que no se veía el final.

Esther miró a Molly, firme en el castillo de popa. La visión de la mujer le infundió valor.

No hay destrucción para quien comprende la ley del tiempo.

Pensó en lo que había vivido en sus dieciséis años y en el mundo que se había derrumbado a su alrededor.

Pensó en la vida que le esperaba y en el mundo nuevo que construiría, en el Jardín en el centro del Agua.

Las Mil Islas.

Manituana.

EPÍLOGO

Valle del río Mohawk
1783

El hombre resbaló en el fango y se levantó. Avanzó con dificultad por la explanada en dirección al bosque, la mano apretaba el costado herido.

La lluvia había transformado el campo en un pantano, los pies se hundían.

Una rodilla cedió, el hombre acabó en el suelo. Se puso de pie, prosiguió agachado hacia delante, en los pulmones el miedo y el olor acre traído por el viento. Casas ardían a menos de una milla. Soltó un grito ahogado, un sollozo de terror mientras se revolcaba en el lodo. Consiguió sentarse y sacar la pistola de la cintura. El martillo golpeó en vano. La arrojó contra los perseguidores con un grito de animal acorralado.

Llegaron hasta él sin prisa y se detuvieron a mirarle.

El hombre jadeaba aterrorizado, los ojos llenos de lágrimas.

Los dos indios se cruzaron un gesto.

Uno de los dos levantó el sable.

El hombre gritó.

La cabeza salió rodando.

La lluvia caía espesa, en pequeñas gotas, envolviendo todo en una paz triste.

Kanatawakhon apuntó la hoja hacia abajo, dejó que la sangre mojara la tierra. Murmuró palabras en la lengua de los padres.

Joseph recogió la cabeza cortada. Cogió un puñado de fango y lo metió en la boca abierta.

—Querías mi tierra, Jonas Klug. Aquí la tienes. Ahora es tuya.

Colocó el trofeo en un saco y se lo echó al hombro. El cansancio por los largos años de guerra hacían que la carga fuera aún más pesada.

La venganza. El regalo para Molly. Había pasado a sangre y fuego el valle, una vez, dos, pero Klug siempre había logrado escapar. Lo había encontrado justo cuando la guerra terminaba.

El aire trajo ruidos de disparos lejanos, llamadas de reunión. El trabajo de los Voluntarios había acabado. De Schoharie a German Flatts, las casas de los colonos eran cenizas. El sueño de sir William había desaparecido para siempre, nadie más se apropiaría de él.

Los dos indios se encaminaron lentos a la cima de una loma. Se quedaron mirando la devastación que les rodeaba. El humo se levantaba desde los cuatro puntos cardinales, los campos estaban quemados o en ruinas, vacas que escaparon a la incursión vagaban sin rumbo.

Kanatawakhon pronunció pocas palabras.

—Sí —asintió Joseph—. Ya no volveremos más.

La guerra estaba perdida. Las últimas noticias decían que en París los blancos discutían una paz. Los ingleses negociaban la rendición, pero ningún indio estaba con ellos. Joseph Brant era ahora un aliado incómodo. Los supervivientes de las Seis Naciones vivían en un puñado de islas en el origen del San Lorenzo.

La mente de Joseph se elevó sobre los escombros de Iroquirlanda, remontó el río, voló más allá de los lagos. La visión de Christina que jugaba bajo el sol le aligeró el corazón. Isaac llegaba a la orilla a nado y salpicaba a su hermana con agua fresca, la hacía reír, corría tras ella hasta la casa de madera. Molly la había hecho construir para ellos. Había otras, chimeneas encendidas, huertos labrados, barcas que iban y venían. Y estaba ella, Degonwadonti, imagen viva de Mujer del Cielo, que contaba a los más pequeños la leyenda del Jardín de Dios y de los mil fragmentos que se salvaron de la destrucción. Mil gotas de Paraíso donde hacer crecer la esperanza. En el patio, una joven mujer de cabellos rubios elegía las semillas que debían brotar en primavera. La descendencia de Mazorca, Alubia y Calabaza.

Joseph lo sabía. No vería aquella cosecha. No desde el fondo de una guerra que le había costado todo y pretendía licenciarle sin ruido ni resarcimiento. Haría responder a los blancos por sus promesas, con el aliento que le quedaba. Regresaría a Londres, si era preciso, para pedirlo al Rey en persona. El camino todavía llevaba lejos. Apretó fuerte la punta del

saco.

—Tenemos que ponernos en marcha.

Los dos indios bajaron hacia el río. Las figuras se tornaron vagas, hasta desaparecer detrás de la cortina de lluvia.